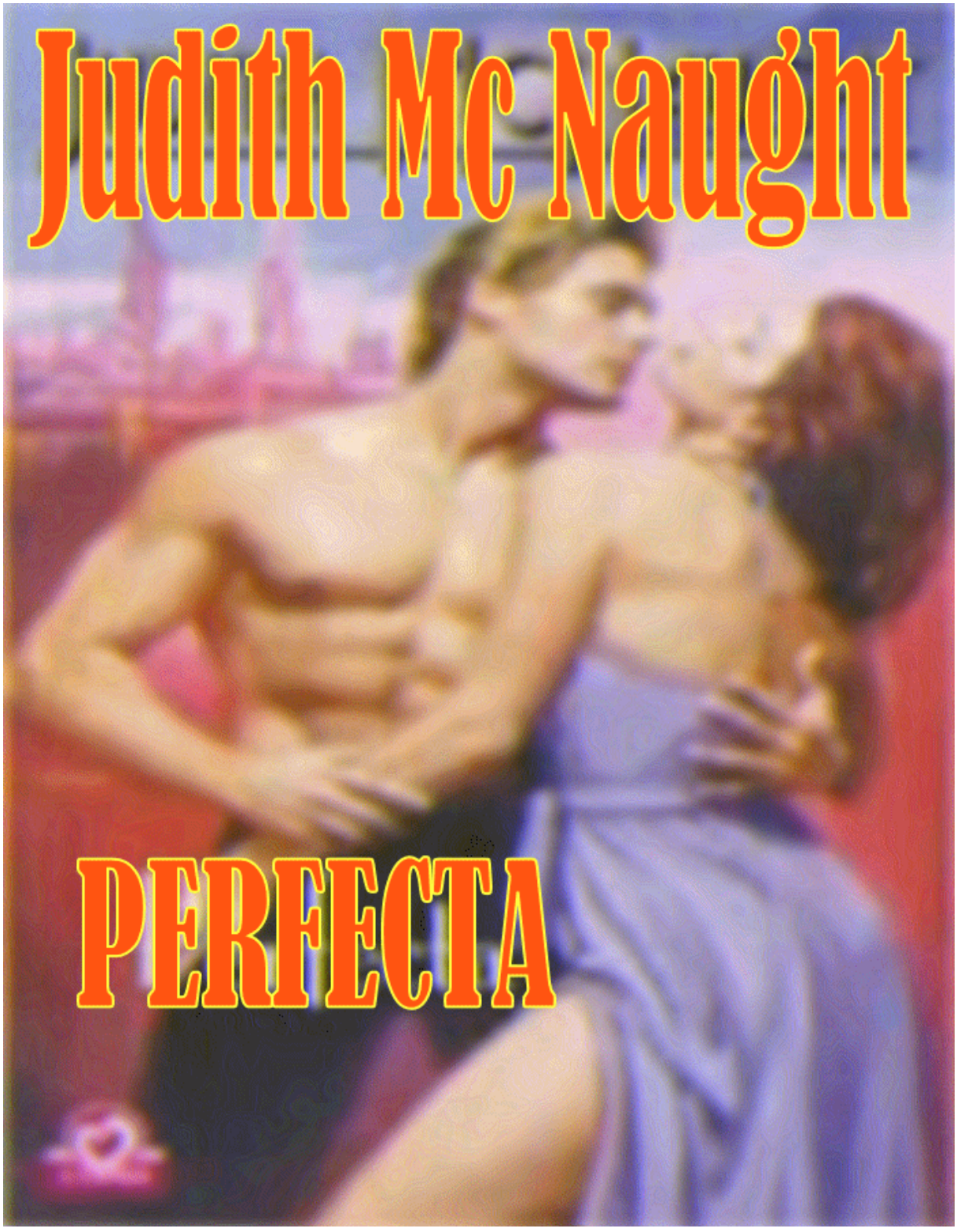
# PERFECTA

## JUDITH MCNAUGHT




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*Prólogo*

*1976*

Margaret Stanhope estaba de pie en las puertas que daban a la terraza. Sus facciones aristocráticas eran una máscara gélida mientras observaba al mucamo que en ese momento pasaba una bandeja de bebidas a sus nietos, quienes acababan de regresar de distintos colegios privados, para pasar allí las vacaciones de verano. Más allá de la terraza, en el valle, era claramente visible la ciudad de Ridgemont, Pennsylvania, con sus calles serpenteantes flanqueadas de árboles, su prolijo parque, la agradable zona comercial y, hacia la derecha, el Club de Campo. Exactamente en el centro de Ridgemont había una serie de edificios de ladrillo; eran las Industrias Stanhope, la empresa directa o indirectamente responsable de la prosperidad económica de casi todas las familias que vivían en el lugar. Como la mayoría de las ciudades pequeñas, Ridgemont poseía una rígida jerarquía social, y la familia Stanhope ocupaba el pináculo de esa estructura, así como la mansión Stanhope se erigía sobre la colina más alta de la zona. Sin embargo, ese día Margaret Stanhope estaba lejos de pensar en el paisaje que se divisaba desde su terraza, ni en el elevado nivel social que poseía desde su nacimiento y que aumentó con su casamiento; sólo podía pensar en el golpe que se disponía a asestar a sus tres odiosos nietos. Alex, el menor, de dieciséis años, notó que los miraba y, a regañadientes, tomó una taza de té helado de la bandeja que le ofrecía el mucamo, en lugar de la copa de champaña que hubiera preferido. Alex y su hermana son idénticos, pensó Margaret con desprecio, mientras los estudiaba. Ambos eran malcriados, promiscuos e irresponsables; bebían demasiado, gastaban demasiado y jugaban demasiado; no eran más que chiquilines consentidos que ignoraban por completo lo que era la autodisciplina. Pero eso estaba por llegar a su fin.

Su mirada se posó en el mucamo, que en ese momento le ofrecía la bandeja a Elizabeth. Al ver que su abuela la observaba, la chiquilina de diecisiete años le dirigió una mirada desafiante y en un gesto infantil se sirvió dos copas de champaña. Margaret Stanhope la miró sin hacer ningún comentario. Esa chica era la viva imagen de su madre, una mujer superficial, frivola y excesivamente excitada sexualmente, muerta ocho años antes cuando el auto deportivo que conducía el hijo de Margaret patinó y volcó sobre la ruta helada. En ese accidente murieron ambos, y quedaron huérfanos los cuatro hijos. El informe policial indicaba que los dos estaban borrachos y que viajaban a excesiva velocidad.

Seis meses antes, sin hacer caso de su edad avanzada ni del mal tiempo reinante, el marido de Margaret murió en un accidente aéreo, mientras piloteaba su avión rumbo a Cozumel, para ir a pescar. La modelo de veinticinco años que viajaba con él en el avión debía de ser su carnada, pensó Margaret con poco habitual crudeza y completo desinterés. Esos accidentes fatales eran una prueba elocuente del libertinaje y del descuido que durante generaciones caracterizó la vida de todos los hombres de la familia Stanhope. Todos ellos, apuestos, arrogantes y temerarios, vivieron cada día de sus vidas como si fuesen seres indestructibles y que no debían dar cuenta a nadie de sus actos; El resultado fue que Margaret se pasó toda una vida aferrándose a su maltrecha dignidad y a su autocontrol, mientras el marido gastaba su fortuna a manos llenas en sus vicios y enseñaba a sus nietos a vivir exactamente de la misma manera. El año anterior, mientras ella dormía en el piso superior, su marido llevó prostitutas a esa casa y las compartió con sus nietos. Las compartió con todos, con excepción deJustin. Su querido Justin...

Suave, inteligente y trabajador, Justin fue el único de sus tres nietos que se parecía a los hombres de su familia, y Margaret lo quiso con toda el alma. Y ahora Justin estaba

muerto, mientras su hermano Zachary seguía vivo y saludable, amargándola con su vitalidad. Margaret volvió la cabeza y lo vio subir con agilidad los escalones de piedra que conducían a la terraza, y la explosión de odio que la recorrió al ver a ese muchacho alto y morocho de dieciocho años fue casi insoportable.

Zachary Benedict Stanhope III, que llevaba el nombre del marido de Margaret, era idéntico a lo que fue su abuelo a la misma edad, pero no era por eso que lo odiaba. Su motivo era mucho más fuerte y Zachary lo conocía muy bien. Sin embargo, faltaban pocos minutos para que por fin pagara por lo que había hecho... aunque ningún castigo sería bastante. Margaret no se sentía capaz de infligirle todo el castigo que merecía y se despreciaba por su debilidad casi tanto como despreciaba a su nieto.

Esperó hasta que el mucamo terminó de servirles la champaña, después avanzó hacia la terraza.

-Sin duda deben de estar preguntándose por qué he organizado esta pequeña reunión familiar -dijo. Zachary la observaba en silencio, apoyado contra la balaustrada, pero Margaret alcanzó a interceptar la mirada de aburrimiento que intercambiaron Alex y Elizabeth, sin duda ansiosos por huir de allí y reunirse con sus amigos, adolescentes idénticos a ellos: amorales de carácter débil que hacían lo que se les daba la gana porque sabían que el dinero de sus familias les evitaría cualquier consecuencia desagradable. -Veo que están impacientes -agregó la abuela, dirigiéndose a los que acababan de mirarse-, así que iré al grano. Estoy segura de que a ninguno de los dos se les ha ocurrido pensar en algo tan banal como su estado financiero; sin embargo, la realidad es que su abuelo estaba muy ocupado por sus "actividades sociales", y demasiado convencido de su inmortalidad, para establecer fondos fiduciarios para ustedes después de la muerte de sus padres. El resultado es que yo tengo el pleno control de la fortuna de la familia. Y por si se preguntan qué significa eso, me apresuraré a explicarlo. -Sonrió satisfecha antes de continuar hablando. -En tanto ustedes dos continúen estudiando en sus respectivos colegios, y se comporten de una manera que yo considere aceptable, seguiré pagando sus estudios y les permitiré conservar sus autos. Punto.

La primera reacción de Elizabeth fue más de curiosidad que de alarma.

-(Y qué me dices del dinero para mis gastos personales y del que me hará falta cuando ingrese el año que viene en la Universidad?

-No tendrás "gastos personales". Vivirás aquí y asistirás a la Universidad del pueblo durante los primeros años. Si a lo largo de ese tiempo demuestras que mereces mi confianza, entonces, y sólo entonces, permitiré que ingreses en otra Universidad.

-¡La Universidad del pueblo! -exclamó Elizabeth, furiosa-. ¡No es posible que hables en serio!

-Ponme a prueba, Elizabeth. Desafíame y verás que corto todo lazo contigo y entonces quedarás sin un solo centavo. Y te advierto que si me llego a enterar de que has vuelto a asistir a alguna de esas fiestas llenas de borrachos, drogadictos y promiscuos, no volverás ver un sólo dólar. -Se volvió a mirar a Alexander. -Y, por si tienes alguna duda, eso también va por ti. Tampoco volverás a Exeter el otoño que viene. Terminarás tus estudios preuniversitarios aquí mismo.

--,N0 nos puedes hacer eso! -explotó Alex-. {Abuelo jamás lo hubiera permitido!

-¡No tienes derecho a decirnos cómo debemos vivir nuestras vidas! -lloriqueó Elizabeth.

-Si mi ofrecimiento no te gusta -informó Margaret con voz de acero-, te sugiero que consigas trabajo de camarera en algún restaurante, o que te busques un tratante de blancas, porque ésas son las dos carreras para las que, por el momento, estás preparada.

Notó que palidecían y asintió, satisfecha. De repente, Alex preguntó:

-¿Y qué pasa con Zack? Él tiene notas estupendas en Yale. Supongo que no lo obligarás a vivir aquí.
Acababa de llegar el momento tan esperado.
-No -contestó-. No lo haré vivir aquí, -Se volvió hacia Zachary para poder verle la cara y espetó: -¡Vete! ¡Vete de esta casa y no vuelvas nunca más! Jamás quiero volver a verte ni oírte nombrar.

A no ser porque notó que el muchacho apretaba los dientes, hubiera creído que sus palabras no tenían ningún efecto sobre él. No pidió explicaciones, porque no las necesitaba. En realidad, desde que la oyó hablar con sus hermanos, él sin duda suponía lo que le esperaba. Se irguió en silencio y estiró una mano para tomar las llaves del auto que había arrojado sobre la mesa. Pero antes de que llegara a tocarlas, la voz de Margaret lo detuvo en seco.
-¡Deja esas llaves! Aparte de la ropa que tienes puesta, no te llevarás nada de esta casa.
Zack retiró la mano y miró a sus hermanos, como si esperara que dijeran algo, pero ellos estaban demasiado inmersos en su propia desgracia para poder hablar, y tenían miedo de verse obligados a compartir su destino si desafiaban de alguna manera a la abuela.
Margaret detestaba a los dos menores por su cobardía y su falta de lealtad, pero al mismo tiempo trató de que quedara claro que ninguno de ellos podía dar la menor muestra de coraje.
-Si alguno de ustedes dos se pone en contacto con él, o permite que él se ponga en contacto con ustedes -advirtió cuando Zachary empezó a bajar los escalones de piedra de la terraza-, aunque sólo sea que asistan a una fiesta a la que también asiste él, sufrirán su mismo destino, ¿han comprendido? -Hacia el nieto que se alejaba, su advertencia fue distinta. -Zachary: si estás pensando en refugiarte en la compasión de tus amigos, no te molestes. En Ridgemont, las Industrias Stanhope son la principal fuente de trabajo, y yo soy su propietaria absoluta. Nadie querrá ayudarte a riesgo de incurrir en mi desagrado... y en la pérdida de su trabajo.
La advertencia de su abuela lo hizo volverse al llegar al pie de los escalones, desde donde la miró con tanto desprecio que recién entonces Margaret comprendió que su nieto jamás hubiera considerado siquiera la posibilidad de refugiarse en la caridad de sus amigos. Pero lo que más le interesó fue la expresión que vislumbró en la cara de su nieto antes de que él volviera la cabeza. ¿Sería angustia lo que veía? ¿O furia? ¿O temor? Esperaba de todo corazón que fueran las tres cosas.

El camión se detuvo junto al muchacho solitario que caminaba por la banquina de la ruta, con el saco sport sobre un hombro y la cabeza inclinada como si luchara contra el viento.

-¡Eh! -gritó Charlie Murdock. -¿Quieres que te lleve?

Un par de ojos color ámbar, de expresión aturdida se clavaron en Charlie y durante algunos instantes el muchacho pareció desorientado por completo, como si hubiera estado caminando en estado de sonambulismo. Después asintió. Cuando trepó a la cabina del camión, Charle notó el par de pantalones costosos que llevaban su pasajero, los zapatos perfectamente lustrados, las medias al tono, el corte de pelo perfecto, y supuso que había levantado a un estudiante que por algún motivo hacía dedo. Confiando en su intuición y sus poderes de observación, Charle decidió

conversar con el desconocido.

-¿En qué universidad estudias?

El muchacho tragó, como si tuviera un nudo en la garganta, y volvió la cabeza hacia la ventanilla, pero cuando habló su voz era fría y cortante.

-No voy a la universidad.

-¿Se te descompuso el auto?

-No.

-¿Tu familia vive por los alrededores?

-No tengo familia.

A pesar del tono brusco de su pasajero, Charle, que tenía tres hijos adolescentes, tuvo la sensación de que el muchacho hacía tremendos esfuerzos por controlarse y mantener a raya sus emociones.

-¿Por casualidad tienes nombre?

-Zack... -contestó el joven, y después de una breve vacilación, agregó: -...Benedict.

-¿Adónde te diriges?

-Adonde usted vaya.

-Yo voy hasta la Costa Oeste. Los Ángeles.

-Perfecto -contestó el muchacho en un tono que desalentaba todo intento posterior de conversación-. El lugar no tiene importancia.

Recién cuatro horas después, el desconocido habló por primera vez por voluntad propia.

-¿Necesitará ayuda para descargar el camión cuando llegue a Los Ángeles?

. Charlie lo miró de soslayo, analizando sus conclusiones iniciales acerca de Zack Benedict. Estaba$^{s}$! vestido como un muchacho rico y tenía la dicción de | los ricos, pero ese muchacho rico en particular se hallaba sin dinero, alejado de su ambiente y en un momento de mala suerte. Además estaba dispuesto a tragarse su orgullo y a hacer trabajos manuales, cosa que, desde el punto de vista de Charlie suponía bastante coraje.

-Por tu aspecto diría que eres capaz de levantar cosas pesadas -dijo, estudiando el cuerpo alto y musculoso de Benedict-. ¿Has estado trabajando con pesas o algo así?

-Antes boxeaba en... Boxeaba -se corrigió. "En la universidad", terminó Charlie mentalmente la frase. Tal vez porque Benedict le recordaba a sus propios hijos a esa edad, cuando decidían ganarse la vida por su cuenta, o quizá porque presintió que los problemas de Zack Benedict debían de ser bastante desesperados, Charlie decidió que le daría trabajo. Habiendo llegado a esa conclusión, le tendió la mano.

-Me llamo Murdock, Charlie Murdock. No puedo pagarte mucho, pero por lo menos, cuando lleguemos a Los Ángeles, tendrás la oportunidad de ver mucho cine. Este camión está cargado de películas de los Estudios Empire. Me contrataron para transportarlas y en eso estamos.

La indiferencia de Benedict ante esa información de alguna manera aumentó la convicción de Charlie de que su pasajero no sólo estaba fundido sino que no tenía la menor idea acerca de cómo solucionar ese problema.

-Si haces un buen trabajo, tal vez pueda recomendarte a la oficina de personal de los Estudios, es decir, siempre que no te moleste empuñar una escoba o romperte el lomo.

El pasajero volvió nuevamente la cabeza hacia la ventanilla. Justo en el momento en que Charlie cambiaba de idea y decidía que Zack se consideraba demasiado bueno para hacer trabajos físicos, el joven volvió a hablar con una voz enronquecida por el alivio y la gratitud.

-Gracias. Se lo agradezco mucho.

1

1978

-Soy la señora Borowski, del servicio público Me.hogares adoptivos LaSalle - anunció la mujer de mediana edad, mientras cruzaba la alfombra oriental rumbo a la recepcionista, con una bolsa de compras en el brazo. Señaló a la jovencita de once años que iba tras ella y aclaró con frialdad: -Y ésta es Julie Smith. Ha venido a ver a la doctora Theresa Wilmer. Volveré a buscarla cuando termine de hacer mis compras.

La recepcionista le sonrió a la pequeña. . -*La.* doctora Wilmer estará contigo en un ratito, Julie. Mientras tanto siéntate allí y llena esta tarjeta. Me olvidé de dártela la vez pasada, cuando viniste.

Muy consciente de sus jeans andrajosos y de la gastada chaqueta que llevaba puesta, Julie miró con expresión inquieta la elegante sala de espera donde frágiles figuritas de porcelana reposaban sobre una antigua mesa ratona y valiosas esculturas de bronce se apoyaban en pies de mármol. Apartándose todo lo posible de la mesa llena de esos objetos, Julie se encaminó a una silla junto a un enorme acuario donde exóticos peces de colores nadaban entre ramas verdes. A sus espaldas, la señora Borowski volvió a asomar la cabeza para prevenir a la recepcionista:

-Julie es capaz de robar cualquier cosa que no esté atornillada. Es escurridiza y rápida, así que será mejor que la vigile de cerca.

Sofocando su furia y su humillación, Julie se dejó caer en una silla, estiró las piernas hacia adelante en un esfuerzo consciente de adoptar la actitud de persona aburrida y nada afectada por los horrible comentarios de la señora Borowski, pero los color que teñían sus mejillas estropearon el efecto, aparte de que sus piernas no llegaban al piso.

Instantes después cambió de postura y miró aterrorizada la tarjeta que acababa de entregarle la recepcionista para que la llenara. Aunque sabía que no podría deletrear las palabras, no tenía más remedio 1 que intentarlo. Apretando los dientes, se concentró en las letras que aparecían en la tarjeta. La primera palabra empezaba con una letra N como la de No en los carteles de No *Estacionar* que se alineaban por la calle. Sabía lo que decían esos carteles porque sus amigos se lo habían dicho. La segunda letra era una *a* como la de *gato,* pero la palabra no era *gato.* Apretó los dedos alrededor del lápiz amarillo, mientras luchaba contra la familiar sensación de frustración y de furiosa desesperación que la agobiaba cada vez que se esperaba que leyera algo. Había aprendido la palabra *gato* en primer grado ¡pero nadie escribía jamás esa palabra en ninguna parte! Mientras observaba las palabras incomprensibles de la tarjeta, se preguntó con furia por qué sería que las maestras les enseñaban a leer palabras tontas como *gato* cuando nadie escribía jamás la palabra *gato* fuera de los estúpidos libros de primer grado.

Pero los libros no son tontos, se recordó Julie, y las maestras tampoco. Otros chicos de su edad hubieran leído esa tonta tarjeta en un abrir y cerrar de ojos. Ella era la que no podía leerla, la tonta era ella.

Pero, por otra parte, se dijo que sabía una cantidad de cosas que los otros chicos ignoraban por completo, porque ella se obligaba a prestar atención a las cosas. Y había notado que cuando le entregaban a uno algo que debía llenar, casi siempre se suponía que había que empezar por escribir su propio nombre...

Con cuidadosa prolijidad, escribió J-u-1-i-e-S-m-i-t-h a lo largo de la parte superior de la tarjeta; después se detuvo incapaz de escribir nada más. Sintió que empezaba a enojarse de nuevo, y antes de permitir que ese tonto pedazo de papel le estropeara el día, decidió pensar en algo agradable, como la sensación del viento sobre

la cara, en primavera. Conjuraba la visión de sí misma bajo un gran árbol lleno de hojas, observando a las ardillas que correteaban por las ramas cuando la voz de la recepcionista la sacó de su ensoñación, llenándola de alarma y de culpa.

-¿Tienes algún problema con el lápiz, Julie?

Julie clavó la punta del lápiz en el género de sus jeans y la -rompió.

-Tiene la punta rota.

-Aquí tienes otro... .

-Hoy tengo la mano dolorida -mintió, poniéndose de pie-. No tengo ganas de escribir. Y debo ir al baño. ¿Dónde queda?

-Justo al lado de los ascensores. La doctora Wilmer te recibirá muy pronto, así qué no tardes.

-No tardaré -contestó respetuosamente Julie. Después de cerrar la puerta de la oficina a sus espaldas, se volvió a mirar lo que tenía escrito y estudió con cuidado las primeras letras, para poder reconocerlas a la vuelta. "P", susurró en voz alta para no olvidarse, "S-I", Satisfecha, recorrió el largo corredor alfombrado, dobló a la izquierda al llegar al final y a la derecha al ver el surtidor de agua, pero cuando por fin llegó a los ascensores, vio que allí había dos puertas, sin ninguna letra en ellas. Estaba casi segura de que debían ser las puertas de los baños, porque, entre otra serie de conocimientos almacenados, estaba el hecho de que por lo general, en los grandes edificios, las puertas de los baños tenían picaportes distintos de los de las oficinas. El problema era que ninguna de esas puertas decía *Hombres o Mujeres,* dos palabras que reconocía, ni tenían esas figuritas de un hombre y una mujer que indicaban a la gente como ella qué baño debían usar. Con mucha calma, Julie apoyó la mano en una de las puertas»! entreabrió y espió. Retrocedió al ver esos extraños inodoros de pared, porque había otras dos cosas que sabía y que dudaba que las demás chicas supieran: los hombres utilizaban inodoros muy raros. Y volvían locos si alguna chica abría la puerta mientras lo hacían. Julie abrió la otra puerta y entró en baño correcto.

Consciente de que el tiempo pasaba con rapidez salió del baño y se apresuró a desandar sus pasos,! hasta llegar a la parte del corredor donde debía estar;
el consultorio de la doctora Wilmer. Allí empezó a estudiar laboriosamente los nombres de las puertas. La de la doctora Wilmer empezaba con una P-S-I,! Leyó la P-E-T de la primera puerta y decidió que debía haber memorizado mal las letras, así que la abrió. Una desconocida, de pelo gris, levantó la vista de la máquina de escribir.

-¿Sí?

-Perdón, me equivoqué de puerta -murmuró Julie, poniéndose colorada-. ¿Sabe dónde está el consultorio de la doctora Wilmer?

-¿La doctora Wilmer?

-Sí, usted sabe... Wilmer... ¡empieza con P-S-I!

-P-S-I-... ¡Ah! Te debes de referir a Psiquiatras Asociados. Ésa es la oficina dos mil quinientos dieciséis, en el otro extremo del corredor.

Normalmente, Julie hubiera simulado comprender y continuado asomándose a todas las oficinas hasta encontrar la que buscaba, pero estaba demasiado preocupada por su tardanza como para demorarse más.

-¿Me los deletrea, por favor?

-¿Cómo?

-¡Los números! -exclamó ella con desesperación-. Deletréelos así: tres-seis-nueve-cuatro-dos. Dígamelo así.

La mujer la miró como si se tratara de una idiota, cosa que Julie sabía que era, pero le resultaba odioso que el resto de la gente se diera cuenta. Después de lanzar un suspiro de irritación, la mujer le hizo el gusto.

- El consultorio de la doctora Wilmer es el dos-cinco-uno-seis.

-Dos-cinco-uno-seis -repitió Julie.

-Es la cuarta puerta a la izquierda -agregó la mujer.

-¡Bueno! - exclamó Julie, llena de frustración-. ¿Por qué no empezó por decirme eso?.

Al oirla entrar, la recepcionista de la doctora Wilmer levantó la cabeza.

-¿Te perdiste, Julie?

-¿Yo? ¿Cómo me voy a perder? -mintió la pequeña con un enfático movimiento de la cabeza rizada, mientras regresaba a su asiento. Sin saber que le observaban a través de algo que parecía un espejo común, volvió su atención al acuario. Lo primero ¡que notó fue que uno de los hermosos pececitos acababa de morir y que otros dos nadaban a su alrededor como si contemplaran la posibilidad de comérselo. Automáticamente golpeó el vidrio con un dedo para ahuyentarlos, pero a los pocos instantes los vio regresar. -Aquí hay un pescadito muerto -le comunicó a la recepcionista, tratando de no sonar demasiado preocupada-. Si quiere, lo puedo sacar del agua.

-Esta noche lo sacará la gente de limpieza, pero gracias por el ofrecimiento.

Julie se tragó la airada protesta por lo que sentía era una innecesaria crueldad hacia el pez muerto. No estaba bien que dejaran allí a un ser tan hermoso y tan indefenso. Tomó una revista de la mesa ratona y simuló mirarla, pero por el rabillo del ojo seguía vigilando los dos peces depredadores. Cada vez que se acercaban a molestar a su camarada muerto, Julie miraba a la recepcionista para asegurarse que no la estuviera vigilando, y con el aire indiferente del mundo, golpeaba el vidrio para ahuyentarlos.

A pocos pasos de distancia, en su consultorio y frente al espejo de doble faz, la doctora Theresa Wilmer observaba la escena con los ojos iluminados por una sonrisa ante el intento de Julie de proteger al pez muerto, mientras mantenía una fachada de total indiferencia para beneficio de la recepcionista. Miró al colega que estaba a su lado y dijo:

-Allí tienes a "Julie la terrible", la adolescente que algunos padres adoptivos oficiales han considerado no sólo "incapaz de aprender" sino inmanejable una mala influencia para sus compañeros y una alborotadora que terminará siendo delincuente juvenil,! ¿Sabías -preguntó con tono de admiración en la voz- que fue capaz de organizar una huelga de" hambre en LaSalle? Convenció a cuarenta y cinco chicos, casi todos mayores que ella, de que la siguieran en su exigencia de mejor comida.

El doctor John Frazier miró a la chiquilla por el espejo de doble faz.

-Supongo que lo habrá hecho por una secreta necesidad de desafiar a la autoridad.

-No -contestó con sequedad la doctora Wilmer-. Lo hizo por una profunda necesidad de recibir mejor comida. En LaSalle la comida es nutritiva, pero no tiene gusto. Te lo aseguro, porque yo misma la probé.

Frazier dirigió una mirada de sorpresa a su colega.

-¿Y qué me dices de sus robos? No puedes ignorar ese problema.

-¿Alguna vez has oído hablar de Robin Hood?

-Por supuesto. ¿Por qué?

-Porque estás mirando una versión adolescente actual de Robin Hood. Julie es tan rápida, que es capaz de robarle una corona de oro de una muela sin que te des cuenta.

-No me parece que ésa sea una recomendación para enviarla a vivir con tus

inocentes parientes de Texas, que es lo que entiendo piensas hacer.

La doctora Wilmer se encogió de hombros.

-Julie roba comida, ropa o juguetes, pero nunca se queda con nada. Siempre les entrega el botín a los chicos mas pequeños de LaSalle.

-¿Estás segura?

-Absolutamente segura. Lo he comprobado.

Con una pequeña sonrisa renuente, John Frazier estudió a la pequeña.

-Se parece más a Peter Pan que a Robin Hood. No es lo que yo esperaba, después de leer su historia clínica.

-A mí también me sorprendió- admitió la doctora Wilmer. Según el legajo de Julie, el director del orfelinato LaSalle, donde en ese momento residía, la consideraba "un problema disciplinario, con predilección por hacerse la rabona, crear problemas, robar y vagar en compañía de jovencitos de mala reputación del sexo contrario". En base a todos esos comentarios desfavorables, la doctora Wilmer esperaba encontrarse con una criatura dura y beligerante, cuyo constante contacto con jovencitos del sexo opuesto posiblemente indicara un temprano desarrollo físico y quizás hasta una precoz actividad sexual. Por ese motivo quedó estupefacta al ver entrar a la criatura en su consultorio, dos meses antes, con aspecto de duendecito travieso, vistiendo jeans y una remera gastada, con el pelo corto y rizado. En lugar del proyecto de mujer fatal que la doctora esperaba, Julie Smith tenía el rostro de un pilluelo encantador, dominado por un par de enormes ojos de espesas pestañas y de un azul sorprendente. En contraste con esa carita y esos ojos inocentes, se paró frente al escritorio de la doctora en una postura masculina y desafiante, sacando el mentón y con las manos metidas en los bolsillos traseros del jean. |

La chiquita cautivó a Theresa en ese primer encuentro, pero la fascinación que sentía por Julie comenzó aún antes de eso, casi desde el momento que, una noche, en su casa, abrió el legajo de Julie empezó a leer sus respuestas a la batería de tests formaban parte del proceso de evaluación que la misma Theresa había desarrollado. Cuando terminó de leer, Theresa comprendía a fondo el funcionamiento de esa mente infantil, así como la profundidad de su pena y los detalles de su problema: abandonada al nacer por sus padres biológicos, y dos veces rechazada por padres adoptivos, Julie no tuvo más remedio que pasar su infancia dentro de los límite de los barrios pobres de Chicago en una sucesión de casas superpobladas de matrimonios que acogían huérfanos a cambio de un arancel. Como resultado, su única fuente de verdadero cariño y calidez humana eran sus compañeros, chicos desaliñados, sucios y descuidados, igual que ella, a quienes Julie filosóficamente consideraba de "su misma clase"; chicos que le enseñaban a robar objetos de las tiendas y después a hacerse la rabona con ellos. Su mente rápida y sus dedos aún más veloces lograron que Julie fuera tan hábil para ambas cosas que, por grande que fuera la frecuencia con que la enviaran a un nuevo hogar para huérfanos, de inmediato adquiría cierta popularidad y respeto entre sus pares, hasta el punto de que, algunos meses antes, un grupo de chicos condescendió a demostrarle las distintas técnicas que usaban para robar autos, poniéndolos en marcha por medio de puentes, una demostración que tuvo como resultado que todo el grupo fuera encarcelado, incluyendo a Julie, que sólo era una observadora.

Ese día marcó el primer arresto de Julie y, aunque ella lo ignorara, su primera verdadera "oportunidad" porque en definitida fue -eso lo que la llevó *a* ser tratada por la doctora Wilmer. Después de ser -de alguna manera injustamente-arrestada por

intento de robo de automóviles, Julie fue anotada en el programa de la doctora Wilmer, que incluía uan intensa batería de tests psicológicos y de inteligencia, entrevistas personales y evaluaciones conducidas por el grupo de psiquiatras y psicólogos voluntarios de la doctora Wilmer. La finalidad del programa consistía en apartar a esos jóvenes, que se encontraban al cuidado del estado, de una vida de delincuencia o de cosas aún peores.

En el caso *de* Julie, la doctora Wilmer estaba absolutamente decidida a lograrlo, y cuando a Terry Wilmer se le metía algo en la cabeza, lo lograba. Con tal de llegar a su meta, la doctora Wilmer estaba dispuesta a explotar todos los medios que tuviera a su disposición, incluyendo la posibilidad de reclutar el apoyo de algunos de sus colegas, como Joe Frazier. En el caso de Julie, hasta recurrió a la ayuda de primos lejanos, que estaban lejos de ser ricos pero tenían lugar en su casa y, con un poco de suerte, en sus corazones, para recibir a una jovencita muy especial.

-Quería que la vieras -dijo Terry, y corrió las | Cortinas que cubrían el espejo de doble faz. Justo en ese momento, Julie se puso de pie, miró la pecera y metió ambas manos en el agua.

-¡Qué diablos...! -empezó a decir Joe Frazier, pero se interrumpió y observó en un silencio lleno de asombro a la chiquita que se acercaba a la distraída recepcionista, con el pez muerto entre las manos empapadas.

Julie sabía que no estaba bien que mojara la alfombra, pero no pudo tolerar que ese hermoso pescadito fuera picoteado por los demás. Sin saber con seguridad si la recepcionista no había advertido que se acercaba o si simplemente había decidido ignorarla, se detuvo junto a ella.

-Discúlpeme - dijo en voz demasiado alta, extendiendo las manos.

La recepcionista, que estaba totalmente enfrascada en su tarea, se sobresaltó, hizo girar su silla y lanzó una sorda exclamación ante ese pez muerto y empapado que le ponían debajo de la nariz.

Con cautela, Julie dio un paso atrás, pero insistió. -Está muerto -repitió, luchando para que no se le notara en la voz la pena que sentía-. Los otros peces se lo van a comer, y es algo que no soporto ver. Si me presta un pedazo de papel, lo envolveré para que pueda ponerlo en su papelero.

Recuperada de la impresión, la recepcionista ocultó una sonrisa, abrió un cajón del escritorio y sacó varios pañuelos de papel, que entregó a Julie.

-¿Te gustaría llevártelo para enterrarlo en tu casa?

Era exactamente lo que Julie tenía ganas de hacer, pero le pareció percibir un tono divertido en la voz de la mujer, de manera que envolvió al pez con rapidez y se lo entregó.

-No soy tan tonta, ¿sabe? No es más que un pescado. No es como si fuera un conejo o un animal especial como ésos.

Desde el otro lado del espejo, Frazier lanzó una risita y meneó la cabeza.

-Se muere por hacerle un entierro con todas las de la ley a ese pececito, pero su orgullo le impide admitirlo. -Se puso serio y preguntó: -¿Y qué me dices de sus dificultades de aprendizaje? Según los informes, sólo posee nivel de segundo grado.

Con un bufido muy poco profesional, la doctora Wilmer tomó el sobre de papel manila que contenía el resultado de los tests de Julie. Se lo pasó y dijo sonriendo:

-¿Por qué no estudias su nivel de inteligencia cuando las pruebas son orales y no

tiene necesidad de leer?

*Joe Frazier* lo hizo y lanzó una carcajada.

-Esa criatura tiene un coeficiente intelectual más alto que el mío!

-Julie es una criatura especial en muchos sentidos Joe. Lo noté en cuanto vi su legajo, pero cuando la conocí supe que era así. Es valiente, sensible y muy inteligente. Bajo sus bravuconadas, tiene una extraña ternura, una enorme esperanza y un optimismo quijotesco al que se aferra aunque la desagradable realidad se encargue de tratar de destruirlo. Ella no puede mejorar la suerte que le ha tocado en la vida, de modo que inconscientemente se ha dedicado a proteger a los chicos del hogar en que se la interne. Roba para ellos, miente por ellos, y los organiza para que hagan huelgas de hambre, y ellos la siguen sin chistar. A los once años es una líder nata, pero si no la alejamos con rapidez de ese ambiente, algunos de sus métodos la harán aterrizar en un reformatorio y con el tiempo en una cárcel. Y en este momento, ése no es el peor de sus problemas.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que, pese a todos sus maravillosos atributos, la autoestima de esa chica es tan baja, que te diría que es casi inexistente. Como nunca ha sido adoptada, está convencida de que no vale nada, de que no merece que la quieran. Y como no sabe leer como los demás chicos de su edad, cree que es tonta incapaz de aprender. Y lo más aterrorizante de todo es que se encuentra a punto de darse por vencida. Es una soñadora, pero sus sueños penden de un hilo. Y no estoy dispuesta a permitir que el potencial, las esperanzas y el optimismo de Julie se desperdicien -terminó diciendo Theresa con innecesaria vehemencia.

Ante su tono, el doctor Frazier no pudo meno que alzar las cejas.

-Perdóname por decirlo, Terry, ¿pero no eras tu la que predicaba que nunca había que dejarse involucrar con un paciente?

La doctora Wilmer esbozó una sonrisa triste, pero no lo negó.

-Era mucho más fácil seguir esa regla cuando todos mis pacientes eran chicos de familias pudientes que se consideraban "poco privilegiados" si no les regalaban un auto de cincuenta mil dólares el día que cumplían dieciséis años. Espera hasta haber trabajado más con chicos como Julie, chicos que dependen del "sistema" que les hemos organizado y que de alguna manera se han deslizado por entre los resquicios de ese mismo sistema. Entonces empezarás a no poder dormir, aunque nunca te haya sucedido antes.

-Supongo que tienes razón -dijo el doctor Frazier, devolviéndole el sobre de papel manila-. Por pura curiosidad, me gustaría Saber: ¿por qué fue que nadie adoptó a Julie?

Theresa se encogió de hombros.

-Fue una combinación de mala suerte y desaciertos. Según su legajo del Departamento de Servicios Infantiles y Familiares, la abandonaron en un callejón a las pocas horas de nacer. Su historia clínica indica que fue un bebé prematuro, nació diez semanas antes de tiempo. Debido a eso y a las malas condiciones en que se encontraba cuando la llevaron al hospital, hasta los siete años tuvo una larga serie de problemas de salud. Durante todo ese tiempo fue hospitalizada con frecuencia y era muy débil.

"El Servicio Familiar le encontró padres adoptivos cuando tenía dos años -continuó diciendo Theresa-, pero cuando se realizaban los procedimientos de adopción, la pareja decidió divorciarse y la devolvieron. Algunos años después, la volvieron a colocar con otra pareja, que había sido estudiada en forma cuidadosa, pero Julie contrajo una neumonía y sus nuevos padres adoptivos, que habían perdido a su propia hija cuando tenía la edad de Julie en ese momento, quedaron emocionalmente

destrozados y renunciaron a la adopción. Después la ubicaron con una familia paga, donde debía permanecer poco tiempo, pero algunas semanas después la asistente social que se ocupaba del caso de Julie resultó grave--_mente herida en un accidente y nunca reanudó su trabajo. A partir de ese momento se inicia la proverbial "comedia de errores": el legajo de Julie se extravió...

-¿Cómo?

-No juzgues con demasiada severidad a la gente del Servicio Familiar. Casi todas son personas muy dedicadas y concienzudas, pero no son más que seres humanos. Considerando el exceso de trabajo y los problemas financieros que tienen, es sorprendente que logren hacer todo lo que hacen. De todos modos, para abreviar, los padres con quienes vivía Julie tenían la casa llena de chicos que alimentar y supusieron que el Servicio Familiar no conseguía ubicar una pareja que quisiera a Julie porque la chiquita no tenía buena salud. Y cuando el Servicio Familiar se dio cuenta de que habían traspapelado el legajo, Julie ya tenía cinco años y había pasado la edad más atractiva para ser adoptada. Además tenía un largo historial de enfermedades y, cuando la sacaron de esa casa para colocarla en otra, empezó a tener ataques de asma. A raíz de eso perdió muchos días de clase en primero y segundo grados, pero como era "una chiquita tan buena" las maestras la hacían pasar de grado de todas maneras. El matrimonio en cuya casa vivía ya tenía a su cargo otros tres chicos con problemas físicos, y estaba tan ocupado cuidando de ellos que no notaron que el aprendizaje de Julie no avanzaba, sobre todo porque de todos modos pasaba de grado. Pero al llegar a cuarto grado, la misma Julie se dio cuenta de que no estaba a la altura de sus compañeros, y entonces empezó a simular enfermedades para faltar al colegio. Cuando el matrimonio que la tenía a su cargo insistió en que asistiera a clases, Julie tomó el único camino que le quedaba para evitarlo: cada vez que podía se hacía la rabona y vagaba con un grupo de chicos de la calle. Como ya te dije, es rápida, valiente y decidida... asi que ellos le enseñaron a robar mercadería de los negocios y a evitar que la descubrieran.

"Prácticamente conoces el resto: con el tiempo la pescaron robando y la mandaron al instituto LaSalle, que es adonde envían a los chicos que no andan bien en el sistema de hogares pagos. Hace algunos meses la apresaron, injustamente, junto Con un grupo de chicos mayores que le estaban enseñando a hacer arrancar un auto mediante un puente. -Terry lanzó una carcajada ahogada y finalizó diciendo; -Julie no era más que una observadora fascinada, pero sabe hacerlo. Se ofreció a demostrármelo. ¿Te das cuenta? ¡Esa chiquita de enormes ojos inocentes sabe poner en marcha tu coche sin necesidad de una llave! Sin embargo jamás trataría de robar un auto. Como te dije, sólo roba cosas que pueden ser útiles para sus compañeros del LaSalle.

Con una sonrisa, Frazier indicó la pared espejo con la cabeza.

-Entonces supongo que un lápiz colorado, un bolígrafo y un puñado de caramelos les serán útiles.

-¿Qué?

-Mientras hablabas conmigo, tu paciente se ha apropiado de todo eso en la sala de espera.

-¡Dios Santo! -exclamó la doctora Wilmer, pero sin experimentar verdadera preocupación.

-¡Es rapidísima! -observó Frazier con un dejo de admiración-. Yo la sacaría de allí antes de que descubra la manera de sacar el acuario por la puerta.

Apuesto a que a los chicos del LaSalle les encantaría tener algunos pececitos

tropicales.

La doctora Wilmer consultó su reloj.

-En cualquier momento me llamarán los Mathison desde Texas para decirme cuándo estarán listos para recibirla. Quiero poder explicarle todo a Julie cuando la haga pasar. -Mientras hablaba, amunicador y se oyó la voz de la secretaria.

La llama la señora Mathison, doctora Wilmer.

-¡Ese es el llamado que esperaba! -exclamó con alegría la doctora Wilmer.

Cuando terminó de hablar, se puso de pie y se encaminó a la puerta, feliz al pensar en la sorpresa que le tenía reservada a Julie.

2

-Julie -dijo desde la puerta-, ¿quieres entrar, por favor? -Y cuando Julie entró y cerró la puerta a sus espaldas, Terry agregó con tono alegre: -Tu programa de tests ha terminado. Ya llegaron todos los resultados.

En lugar de sentarse, la joven paciente permaneció parada frente al escritorio de la doctora Wilmer, con los pequeños pies levemente separados, las manos metidas dentro de los bolsillos traseros del jean. Se encogió de hombros con aparente indiferencia, pero no preguntó por los resultados de los tests, porque Terry sabía que tenía miedo de oír las respuestas.

-Esos tests eran una tontería -dijo la chiquilla-. Todo el programa es una tontería. Usted no puede saber nada sobre mí por una serie de tests y algunas charlas en su consultorio.

-En los pocos meses que hace que nos conocemos, he aprendido muchas cosas sobre ti, Julie. ¿Quieres que te lo demuestre contándote lo que he descubierto?

-No.

-Por favor, déjame decirte lo que yo creo. Julie suspiró .y esbozó una sonrisa traviesa.

-Lo quiera yo o no, usted lo mismo lo va a hacer.

-Tienes razón -aceptó la doctora Wilmer, sofocando una sonrisa ante la astucia del comentario. Los métodos directos que se proponía utilizar con Julie eran diferentes de los que solía usar, pero Julie era naturalmente intuitiva y tenía demasiada experiencia callejera para dejarse engañar por palabras azucaradas y verdades a medias. -Por favor, siéntate-pidió, y en cuanto Julie se dejó caer en la silla frente al escritorio, comenzó a hablar con tranquila firmeza-. He descubierto que a pesar de todos tus actos atrevidos y tus bravuconadas, la verdad es que te mueres de miedo cada día de tu vida, Julie. No sabes quién eres, ni qué eres, ni lo que llegarás a ser. Como no sabes leer ni escribir, estás convencida de que eres una imbécil. Dejaste de asistir al colegio porque no estás a la altura de otros chicos de tu edad y te duele muchísimo que se rían de ti en clase. Te sientes atrapada y sin esperanzas, y ésas son sensaciones que te resultan odiosas.

"Sabes que renunciaron a ti cuando estaban por adoptarte, y que tu madre te abandonó al nacer. Hace mucho tiempo que decidiste que tus padres biológicos no te conservaron y tus padres adoptivos te devolvieron, porque se dieron cuenta de que ibas a resultar una persona inservible y porque no eras bastante inteligente ni bastante bonita. Así que empezaste a cortarte el pelo como un varón, a negarte a usar ropa de mujer y a robar cosas, pero sigues sintiéndote infeliz. Nada de lo que hagas parece tener importancia, y en eso reside el verdadero problema: a menos que te metas en líos, a nadie le importa lo que hagas. Y te odias, porque quieres importarle a alguien.

La doctora Wilmer hizo una pausa para que Julie absorbiera sus últimas palabras, y luego siguió adelante:

-Tienes una necesidad tremenda de ser importante para alguien, Julie. Si pudieras pedir un solo deseo, sería ése.

*Julie* sintió que las lágrimas de humillación le hacían arder los ojos, y parpadeó para contenerlas.

*A* Terty Wilmer no le pasó inadvertido el rápido /parpadeo y los ojos húmedos, y supo lo que significaban las lágrimas de Julie: que sus palabras acababan de dar en el blanco. Suavizó el tono de su voz y siguió hablando.

-Odias tener esperanzas y soñar, pero no lo puedes evitar, así que inventas historias maravillosas y se las cuentas a los más chiquitos de LaSalle: historias de chicos solitarios y feos que un día encuentran familias, amor y felicidad.

-¡Está completamente equivocada! -protestó Julie, poniéndose colorada hasta la raíz del pelo-. Me está haciendo quedar como una... ¡chiquilina llorona! Yo no necesito que nadie me quiera, y los chicos de .LaSalle tampoco. ¡No lo necesito, y tampoco lo quiero! Soy feliz...

-Eso no es cierto. Hoy tú y yo nos vamos a decir toda la verdad, y yo todavía no he terminado.

-Mantuvo la mirada en su pequeña paciente y declaró con suavidad, pero también con firmeza:

-Ésta es la verdad, Julie: durante el tiempo que has estado en este programa de tests, hemos descubierto que eres una chica valiente, maravillosa y muy inteligente. -Sonrió al ver la expresión sorprendida e incrédula de Julie. -El único motivo por el que todavía no has aprendido a leer y escribir es que tuviste que faltar tanto al colegio cuando estabas enferma, que luego no pudiste alcanzar a tus compañeros. Eso no tiene absolutamente nada que ver con tu capacidad de aprender, que es lo que tú llamas viveza y nosotros llamamos inteligencia. Lo único que te hace falta para ponerte al día con tus estudios es que durante un tiempo alguien te ayude. Y aparte de ser inteligente -continuó, cambiando levemente de tema-, tienes una necesidad perfectamente natural y normal de que te quieran por lo que eres. Eres bastante sensible, por eso te ofendes con facilidad. También es por eso que no te gusta que hieran los sentimientos de otros chicos, y entonces haces grandes esfuerzos por verlos felices, y les cuentas cuentos y robas cosas para dárselas. Ya sé que te resulta odioso ser sensible, pero créeme que es una de tus mayores virtudes. Por lo tanto, lo único que tenemos que hacer es ubicarte en un ambiente que te ayude a convertirte en la joven mujer que puedes llegar a ser...

Julie palideció, pensando que esa palabra ambiente, tan poco familiar, debía de ser sinónimo de alguna institución, de la cárcel tal vez.

-Conozco a una pareja que podría ser tus padres adoptivos ideales: James y Mary Mathison. La señora Mathison ha sido maestra, y está ansiosa por ayudarte a ponerte al día con tus conocimientos escolares. El reverendo Mathison es pastor...

Julie se levantó de un salto, como si acabaran de quemarle el trasero.

-¡Un pastor! -explotó, meneando la cabeza al recordar los sermones acerca del fuego del infierno y la condenación que había escuchado con demasiada frecuencia en la iglesia-. No, gracias, ¡prefiero la cárcel!

-Nunca has estado en la cárcel, de modo que no sabes de qué estás hablando -declaró la doctora Wilmer y continuó hablando del nuevo hogar como si Julie no tuviera nada que decir al respecto, cosa que la pequeña reconoció era así-. Hace varios años que James y Mary Mathison se mudaron a una pequeña ciudad de Texas. Tienen dos hijos varones que te llevan cinco y tres años y, a diferencia de otros hogares donde has estado viviendo, allí no habrá otros chicos huérfanos. Formarás parte de una verdadera familia, Julie. Hasta tendrás un cuarto propio, y ésas son cosas nuevas para tí. He hablado con

James y con Mary, y están ansiosos por tenerte con ellos.

-¿Durante cuánto tiempo? -preguntó Julie, esforzándose por de no dejarse llevar por la excitación cuando posiblemente sólo se tratara de una cosa temporaria y que de todos modos no daría resultado.

--Para siempre, suponiendo que te guste estar allí y que estés dispuesta a seguir una regla estricta que ellos mismos se han impuesto y que también han impuesto a sus hijos: la honestidad. Eso significa que no podrás volver a robar, ni mentir, ni hacerte la rabona al colegio. Lo único que te piden es que seas sincera con ellos. Están convencidos de que lo serás, y están ansiosos por tenerte allí para que formes parte de la familia. Hace algunos minutos me llamó por teléfono la señora Mathison, y me dijo que salía a comprarte algunos juegos y cosas que te ayudarán a aprender a leer y escribir con la mayor rapidez posible. Está esperando que llegues para salir contigo a comprar cosas para tu dormitorio, porque quiere que sea exactamente a tu gusto.

Julie hacía esfuerzos por contener su alegría.

-Supongo que no saben que me detuvo la policía, ¿verdad? ¿Por intervenir en raterías?

-Por eso y por intentar un robo mayor, automóviles. Sí, están enterados de todo.

-¿Y a pesar de eso quieren que viva con ellos? -preguntó Julie con tono burlón-. Realmente deben de estar muy necesitados del dinero que el Servicio Familiar paga a los que reciben chicos huérfanos.

-¡El dinero no tiene absolutamente nada que ver con la decisión de los Mathison! -retrucó la doctora Wilmer, con tono severo-. Son una familia muy especial. No son ricos en lo que a dinero se refiere, pero se sienten ricos en otros sentidos... porque cuentan con otras bendiciones que quieren compartir con una criatura que lo merezca.

-¿Y creen que yo lo merezco? -se burló Julie - Antes de tener una entrada en la policía nadie me quiso ¿Por qué me va a querer alguien ahora?

La doctora Wilmer se puso de pie y rodeó el escritorio, ignorando la pregunta retórica.

-Julie -diJo con suavidad y esperó hasta que, a regañadientes, la chica levantó la mirada-. Creo que eres la criatura más merecedora que he tenido el privilegio de conocer. -Y ese cumplido sin precedentes fue seguido por uno de los pocos gestos físicos de afecto que Julie había conocido en su vida: la doctora Wilmer le acarició la mejilla mientras decía:

-No sé cómo has logrado seguir siendo tan dulce y especial como eres, pero créeme que mereces toda la ayuda que yo te pueda dar y todo el amor que creo que encontrarás en casa de los Mathison. Julie se encogió de hombros, preparándose para la inevitable desilusión, pero cuando se puso de pie descubrió que le costaba apagar la

llama de esperanza que había en su corazón.

-No cuente con eso, doctora Wilmer. La doctora Wilmer sonrió con suavidad.

-Estoy contando contigo. Eres una chica muy inteligente e intuitiva y sabrás lo que es bueno cuando lo encuentres.

-Usted debe de ser realmente capaz en su trabajo -dijo Julie, suspirando con una mezcla de esperanza y de miedo al futuro-. Casi ha conseguido que crea todas esas tonterías.

-Soy excelente en mi trabajo -convino la doctora Wilmer-. Y fue muy inteligente e intuitivo de tu parte que te hayas dado cuenta. -Sonriente, tocó el mentón de Julie y agregó con suave solemnidad:

-¿Me escribirás de vez en cuando para contarme cómo te va?

-Por supuesto -dijo Julie con otro encogimiento de hombros.

-A los Mathison no les importa nada de lo que he hecho en el pasado; confían en que serás honesta con ellos de ahora en adelante. ¿También tú estarás dispuesta a olvidar el pasado y a darles la posibilidad de ayudarte a ser la persona maravillosa que puedes ser?

¿Por qué me va a querer alguien ahora?

Tantos halagos sin precedentes hicieron que Julie lanzara una risita y elevara los ojos al cielo.

-Sí. Seguro.

Negándose a permitir que Julie le quitara importancia a su nuevo futuro, Theresa continuó diciendo con tono melancólico:

-Piénsalo, Julie. Mary Mathison siempre quiso tener una hija, pero tú eres la única chiquita a quien ha invitado a ir a vivir con ella. A partir de este momento, empiezas de nuevo, a foja cero y con una familia propia. Estás toda limpia, reluciente y nueva, como un bebé. ¿Lo comprendes?

Julie abrió la boca para decir que lo comprendía, pero se le había formado un extraño nudo en la garganta, así que sólo asintió.

Theresa Wilmer contempló esos inmensos ojos azules que la miraban desde esa encantadora carita de duende y a ella también se le formó un nudo en la garganta cuando pasó la mano por la cabeza rizada de Julie.

-Tal vez algún día decidas dejarte crecer el pelo -murmuró, sonriendo-. Será hermoso y abundante.

Julie por fin logró recuperar la voz, y frunció la frente, preocupada.

-Esa dama... quiero decir, la señora Mathison..., usted no cree que tratará de ponerme ruleros o cintas en el pelo o alguna bobada por el estilo, ¿verdad?

-No, a menos que tú quieras usarlo así. El estado de ánimo sentimental de Theresa continuó mientras observaba la salida de Julie. Notó que la chiquita había dejado la puerta del consultorio levemente abierta, y como la secretaria había salido a almorzar, se levantó y fue a cerrarla. Cuando estaba por tomar el picaporte, vio que Julie se apartaba de su camino para acercarse a la mesita ratona pero sin detenerse. Luego volvió a desviarse para pasar ¿unto al escritorio de la recepcionista.

Cuando se fue, sobre la mesita ratona había un puñado de caramelos. Sobre el prolijo escritorio de la recepcionista quedaron un lápiz colorado y un bolígrafo.

Una sensación de júbilo, de orgullo y de triunfo enronquecieron la voz de Theresa cuando susurró en dirección a la chiquita que se alejaba:

-No querías que nada arruinara tu nuevo principio, ¿verdad, querida? ¡Así me gusta!

*3*

El ómnibus del colegio se detuvo ante la cálida casa de estilo Victoriano que Julie se había permitido considerar su casa durante los tres meses de su vida con los Mathison.

-Aquí estás, Julie -dijo el bondadoso chofer, pero cuando Julie bajó, ninguno de sus nuevos amigos se despidió de ella como generalmente lo hacían. El silencio frío y lleno de sospechas que la rodeaba la llenó de terror al poner sus pies sobre la vereda cubierta de nieve. Una suma de dinero, reunida por los alumnos de la clase de Julie para pagar los almuerzos de la semana, había sido robada del escritorio de la maestra. Todos los chicos de la clase fueron interrogados al respecto, pero fue Julie quien se había quedado en el aula durante el recreo para dar los toques finales a su deber de geografía. Julie era la principal sospechosa, no sólo por haber contado con la perfecta oportunidad para robar el dinero, sino por ser la recién llegada, la de afuera, la chica que venía de la gran ciudad llena de maldad; y como en su clase nunca había sucedido nada semejante, a los ojos de todos ya era culpable. Esa tarde, mientras esperaba fuera de la oficina del director, oyó que el señor Duncan le decía a su secretaria que tendría que llamar al reverendo Mathison y a su señora para decirles lo del dinero robado. Y sin duda lo había hecho, porque el auto del reverendo Mathison estaba en el camino de entrada de la casa, y por lo general él nunca llegaba tan temprano.

Al llegar a la entrada de la cerca de madera que rodeaba el jardín, Julie se quedó parada, mirando la casa, y le temblaron las rodillas al pensar que podían echarla de allí. El matrimonio Mathison le había dado un cuarto propio, con cama con dosel y una colcha floreada, pero no iba a extrañar eso tanto como extrañaría los abrazos. Y las risas. Y las voces hermosas de todos. De solo pensar que no volvería a oír a James Mathison diciéndole "Buenas noches, Julie, no olvides de rezar tus oraciones, querida", tenía ganas de arrojarse de boca sobre la nieve y llorar como un bebé. ¿Y cómo iba a seguir viviendo sin oír a Carl y a Ted, a quienes ya consideraba sus hermanos mayores, llamándola para que jugara con ellos o para que los acompañara al cine? Nunca más volvería a ir a la iglesia con su nueva familia, ni se sentaría en el primer banco para escuchar al reverendo Mathison hablar con suavidad "del Señor", mientras toda la congregación escuchaba en respetuoso silencio lo que él decía. Al principio esa parte de su nueva vida no le gustó; los servicios religiosos le parecían interminables y los bancos eran duros como la piedra, pero luego empezó a escuchar lo que decía el reverendo Mathison. Y después de un par de semanas, casi empezó a creer que realmente existía un Dios bueno y lleno de amor, que cuidaba de todo el mundo, hasta de chiquilinas de porquería como Julie Smith. Y mientras permanecía parada en la nieve, Julie murmuró:

-¡Por favor! -dirigiéndose al Dios del reverendo Mathison, aunque supiera que eso no serviría de nada.

Debí haber sabido que esto era demasiado bueno para que durara, comprendió Julie con amargura y las lágrimas contra las que había estado luchando le empañaron la vista. Por un momento se permitió esperar que le dieran una buena tunda en lugar de mandarla de vuelta a Chicago, pero sabía que no sería así. En primer lugar sus padres adoptivos consideraban que no convenía pegarle a un niño, pero en cambio creían que robar y mentir eran graves ofensas, totalmente inaceptables a los ojos "del Señor" y a los de ellos mismos. Julie les prometió que no haría ninguna de las dos cosas, y ambos habían confiado plenamente en ella.

La correa de su nueva mochila de nailon se le deslizó del hombro izquierdo y la mochila cayó a la nieve, pero Julie se sentía demasiado desgraciada para que le

importara. Arrastrándola por la otra correa, se encaminó aterrorizada hacia la casa y empezó a subir los escalones del porche.

Enfriándose sobre la mesada de la cocina había una bandeja de bizcochos de chocolate, los favoritos de Julie. Normalmente el aroma exquisito de las tortas recién horneadas le hacía agua la boca; en cambio ese día le dio ganas de vomitar, porque Mary Mathison nunca volvería a hacerlas especialmente para ella. La cocina se hallaba desierta, y una mirada al living le confirmó que también estaba vacío, pero alcanzó a oír que sus hermanos salían del dormitorio que compartían en el otro extremo del vestíbulo. Con manos temblorosas, Julie colgó la correa de la mochila donde llevaba los libros de uno de los ganchos que había junto a la puerta de la cocina; después se sacó la campera acolchada, la colgó y se encaminó hacia el dormitorio de los muchachos.

Carl su hermano adoptivo de dieciséis años, la vió parada en la puerta del cuarto y enseguida le pasó un brazo por sobre los hombros. , -«¡Hola, Julie-Bob! -saludó con tono de broma-. ¿Qué te parece nuestro nuevo poster?

-Por lo general el sobrenombre que le había puesto Carl la hacía sonreír; en cambio en ese momento le dio ganas de aullar, porque eso era algo que tampoco volvería a oír. Ted, que tenía dos años menos que Carl, le sonrió y señaló el poster del último ídolo cinematográfico de ambos, Zack Benedict.

-¿Qué te parece, Julie? ¿No es bárbaro? Algún día tendré una motocicleta idéntica a la de Zack Benedict.

A través de sus ojos llenos de lágrimas, Julie miró la fotografía ampliada de un muchacho alto, serio, de anchos hombros, que estaba parado junto a una motocicleta, con los brazos cruzados sobre el pecho ancho y muy bronceado.

-Es el más grande de los actores -convino ella, aturdida-. ¿Dónde están tu padre y tu madre?-agregó con voz chata. Aunque sus padres adoptivos la habían invitado formalmente a llamarlos mamá y papá, y ella aceptó, Julie sabía que ese privilegio le sería negado en adelante-. Tengo que hablar con ellos. -Su voz ya tenía el acento de las lágrimas todavía no derramadas, pero estaba decidida a terminar de una vez por todas con ese inevitable enfrentamiento, porque no soportaba ese miedo un solo instante más.

-Están en su dormitorio manteniendo una conversación privada -contestó Ted, sin apartar la mirada del poster-. Mañana a la noche, Cari y yo pensamos ir a ver la nueva película de Zack Benedict. Queríamos llevarte con nosotros, pero está calificada para mayores de 14 años porque tiene escenas de violencia, así que mamá no nos dio permiso para llevarte.

-Apartó un instante la mirada del poster y al ver la cara de Julie la animó. -¡Vamos, chiquita, no te pongas tan triste! Te llevaremos a ver la primera película que...

La puerta del otro extremo del vestíbulo se abrió, y los padres adoptivos de Julie salieron del dormitorio, con expresiones sombrías.

-Creí haberte oído la voz, Julie -dijo Mary Mathison-. ¿Te gustaría comer algo antes de empezar a hacer los deberes?

El reverendo Mathison miró la cara de su hija adoptiva y dijo:

-Creo que Julie está demasiado angustiada para poder concentrarse en los deberes. ¿Te gustaría que conversáramos ahora sobre lo que te está molestando, o prefieres que lo hagamos después de comer? -preguntó, dirigiéndose a ella.

-Ahora -dijo Julie en un susurro. Carl y Ted intercambiaron una mirada de intriga y preocupación y empezaron a salir, pero Julie meneó la cabeza, haciéndoles señas de que se quedaran. Será mejor que me saque esto de encima enseguida y delante de

todos, pensó. Cuando sus padres adoptivos se sentaron en la cama de Carl empezó a hablar con un hilo de voz. -Hoy hubo un robo de dinero en el colegio.

-Sí, ya lo sabemos -contestó desapasionadamente el reverendo Mathison-. Nos llamó el director de la escuela. El señor Duncan y tu maestra parecen creer que eres la culpable.

En el camino de regreso del colegio, Julie ya había decidido que, por dolorosas o injustas que fueran las cosas que ellos le dijeran, no suplicaría ni se humillaría. Por desgracia nunca imaginó el increíble dolor que sentía en ese momento en que estaba perdiendo a su nueva familia. Enterró las manos en los bolsillos traseros de los jeans e inconscientemente adoptó una actitud desafiante, pero para su espanto, empezaron a temblarle violentamente los hombros y tuvo que secarse esas lágrimas odiosas con la manga.

-¿Robaste ese dinero, Julie? -¡No! -La palabra explotó como un grito de angustia.

-Entonces no hay nada más que hablar. -El reverendo Mathison y su señora se pusieron de pie como si acabaran de decidir que, además de ladrona, era una mentirosa, y a pesar de su decisión de no hacerlo, Julie empezó a suplicar.

-Yo j-juro que no t-tomé ese dinero

-sollozó mientras se retorcía el dobladillo del suéter-. Les pro-prometí que no volvería a mentir ni a robar, y no lo he hecho. ¡No lo hice! ¡Por favor! ¡Por favor, créanme!

-Por supuesto que te creemos, Julie.

-Les aseguro que he cambiado, he cambiado y...

-Se interrumpió y los miró con incredulidad.

-¿Ustedes... qué? -susurró.

-Julie -dijo su padre adoptivo, apoyando una mano sobre su mejilla-, cuando viniste a vivir con nosotros, te pedimos que nos dieras tu palabra de que no habría más robos ni más mentiras. Cuando nos diste tu palabra, nosotros te dimos nuestra confianza, ¿recuerdas?

Julie asintió, recordando ese momento, tres meses antes, con claridad cristalina. Entonces vio la sonrisa de su madre adoptiva y se arrojó en sus brazos. Mary Mathison la abrazó con fuerza y la envolvió en su perfume de claveles y en la silenciosa promesa de una vida entera llena de besos de buenas noches y de risas compartidas.

Las lágrimas de Julie surgieron a torrentes.

-Bueno, bueno, ¡no llores tanto que te enfermarás! -dijo James Mathison, sonriéndole a su mujer por sobre la cabeza de Julie-. Deja que tu madre se encargue de la comida y que el buen Dios se encargue del asunto del dinero robado.

Ante la mención del "buen Dios", Julie de repente se puso tensa y salió corriendo, mientras gritaba por sobre el hombro que volvería a tiempo para poner la mesa.

En el sorprendido silencio que siguió a su abrupta y extraña partida, el reverendo Mathison dijo con preocupación:

-En este momento no debería ir a ninguna parte. Todavía está demasiado angustiada, y dentro de un rato habrá oscurecido. Carl -agregó-, síguela para ver qué hace.

--Yo también iré -dijo Ted, sacando una campera del placard.

A dos cuadras de la casa, Julie aferró las heladas manijas de bronce y consiguió abrir las pesadas puertas de bronce de la iglesia de la que su padre adoptivo era pastor. La pálida luz invernal entraba por los altos ventanales mientras ella recorría la nave central y se detenía al llegar frente al altar. Sin saber exactamente cómo debía proceder en esas circunstancias, levantó su mirada resplandeciente hasta la cruz de madera.

Después de algunos instantes de silencio, habló en voz baja y tímida.

-Un millón de gracias por hacer que los Mathison me creyeran. Es decir, yo sé que Tú has sido El que los hizo creerme, porque éste es un milagro de la vida real. No te arrepentirás -prometió-. Voy a ser tan perfecta que haré que todo el mundo se enorgullezca de mí. -Se volvió para alejarse, pero enseguida fijó nuevamente la mirada en el crucifijo. -¡Ah! Y si tienes tiempo, ¿no podrías asegurarte de que el señor Duncan descubra quién robó ese dinero? Porque si no, me echarán la culpa de todos modos, y eso no me parece justo.

Esa noche, después de comer, Julie limpió a fondo su dormitorio, que siempre mantenía impecable, y al bañarse se lavó dos veces detrás de las orejas. Estaba decidida a ser perfecta.

***

El lunes de la semana siguiente, Billy Nesbitt, un alumno de séptimo grado, fue descubierto con seis botellas de cerveza que generosamente compartía ¿varios amigos a la hora del almuerzo. Metido dentro del paquete de botellas vacías había un prolijo sobre que decía: "Dinero para almuerzos. Clase de la Srta. Abbot" escrito con la letra de la maestra de Julie.

Julie recibió una disculpa formal por parte de su maestra frente a todos sus compañeros, y una disculpa menos entusiasta y privada por parte del amargado señor Duncan.

Esa tarde, Julie bajó del ómnibus del colegio frente a la iglesia, dentro de la que estuvo quince minutos. Después corrió todo el camino hasta su casa para compartir la noticia. Entró como una exhalación, con la cara roja de frío, ansiosa por ofrecer la prueba fehaciente que la exoneraría por completo del robo. Corrió a la cocina donde Mary Mathison preparaba la comida.

-¡Puedo probar que no robé el dinero de los almuerzos! -jadeó, mirando expectante a su madre y sus hermanos.

Mary Mathison le dirigió una sonrisa extrañada y continuó pelando zanahorias; Cari apenas levantó la vista del plano de planta de una casa que estaba dibujando para su Proyecto de los Futuros Arquitectos de los Estados Unidos; Ted le dedicó una sonrisa distraída y continuó leyendo su revista de cine que tenía la fotografía de Zack Benedict en la tapa.

-Nosotros ya sabemos que no robaste ese dinero, querida -contestó por fin la señora Mathison-.

Dijiste que no habías sido tú.

-Es cierto. Nos dijiste que no habías sido tú -corroboró Ted, volviendo la página de la revista.

-Sí, pero... ¡pero ahora puedo hacer que realmente me crean! ¡Puedo probarlo! -exclamó mirándolos por turno.

*La* señora Mathison *dejó las zanahorias y* empezó a desabrochar la campera de Julie.

-Ya lo probaste -dijo con una sonrisa suave-. Nos diste tu palabra, ¿'recuerdas?

-Sí, pero mi palabra no es lo mismo que una prueba real. No vale tanto.

La señora Mathison la miró directamente a los ojos.

-Sí, Julie -dijo con suavidad, pero con firmeza-, lo es. Decididamente lo es. -Y mientras desabrochaba el primer botón de la campera acolchada de Julie, agregó; -Y si eres tan honesta con todos como lo eres con nosotros, muy pronto tu palabra será prueba suficiente para todo el mundo.

-Billy Nesbitt robó el dinero para comprar cerveza para sus amigos -insistió Julie, en obstinada protesta contra ese anticlímax. Y luego no pudo contenerse y agregó: -Y de todos modos, ¿ustedes cómo saben que siempre diré la verdad y que nunca volveré a robar?

-Lo sabemos porque té conocemos -contestó su madre adoptiva con tono enfático-. Te conocemos, confiamos en ti y te queremos.

-Sí, chiquita, te queremos -afirmó Ted con una sonrisa.

-Sí, así es -agregó Carl, levantando la vista para asentir.

Para su horror, Julie sintió que las lágrimas le hacían arder los ojos, y se volvió con rapidez para ocultarlas. Pero ese día marcó un hito irreversible en su vida. Los Mathison le habían ofrecido su casa, su confianza y su amor a ella, no a otra criatura afortunada. Esa familia maravillosa y cálida era suya para siempre, no sólo por un tiempo. Lo sabían todo acerca de ella, y a pesar de eso la seguían queriendo. Julie se regocijó en ese conocimiento recién adquirido. Se enfrascó con mayor decisión aún en sus tareas escolares, y ella misma fue la primera sorprendida al comprobar con cuanta facilidad aprendía. Cuando llegó el verano, pidió que la dejaran hacer un curso durante las vacaciones, para poder reponer con mayor rapidez todas las clases perdidas.

El invierno siguiente Julie fue citada al living, donde, ante la sonrisa fascinada de su nueva familia, abrió sus primeros regalos de cumpleaños. Cuando terminó de abrir el último paquete y de levantar el último trozo de papel desgarrado, James y Mary ¡Mathison y Carl y Ted le hicieron el regalo más exquisito de todos.

Estaba dentro de un gran sobre color marrón, de aspecto poco auspicioso. El sobre contenía una larga hoja de papel impreso en letras elaboradas, cuyo encabezamiento rezaba: Solicitud de adopción.

Julie los miró con los ojos llenos de lágrimas y apretó el papel contra su pecho.

-¿Yo? -preguntó.

Ted y Carl malinterpretaron el motivo de sus lágrimas y empezaron a hablar al mismo tiempo, con tono ansioso.

-Queríamos que fuera oficial, Julie, no es más que eso, para que te puedas llamar Mathison igual que nosotros -explicó Cari.

-Es decir -agregó Ted-, si no estás segura, no hay ninguna necesidad de seguir adelante con el asunto... -Se detuvo cuando Julie se arrojó en sus brazos con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerlo caer.

-¡Claro que estoy segura! -chilló ella, fascinada-. ¡Estoy segura, estoy segura, estoy segura!

Nada podía empañar su alegría. Esa noche, cuando sus hermanos la invitaron a ir al cine con un grupo de amigos para ver una película protagonizada por el héroe de todos ellos, Zack Benedict, Julie aceptó enseguida, aunque no comprendía por qué ese actor les gustaba tanto. Envuelta en júbilo, se instaló en la tercera fila del cine Bijou con uno de sus hermanos a cada lado y miró distraídamente la película protagonizada por un tipo alto, de pelo oscuro, que no sabía hacer mucho de nada, aparte de correr carreras de motocicleta, pelear a golpes de puño y poner cara de aburrido y ser bastante...frío.

-¿Qué te pareció la película? ¿No piensas que Zack Benedict es fantástico? -le preguntó Ted al salir del cine en medio de una multitud de adolescentes que comentaban más o menos lo mismo que él.

La dedicación de Julie a una honestidad total ganó por escaso margen a sus deseos de mostrarse en todo de acuerdo con sus maravillosos hermanos.

-Benedict es... bueno... me parece un poco viejo -contestó, mirando en busca de apoyo a otras tres chicas que los habían acompañado al cine.

Ted no salía de su asombro.

-¡Viejo! ¡No tiene más que veintiún años, pero ha vivido en serio! Leí en una revista de cine que desde los seis años se gana la vida él solo, que ha vivido en el Oeste y ha trabajado en ranchos. Es domador de caballos. Después, trabajó en rodeos. Durante un tiempo formó parte de una pandilla de motociclistas... que viajaron por todo el país. Zack Benedict -terminó diciendo Ted con admiración-, es un verdadero hombre.

-Pero tiene aspecto de... frío -insistió Julie-. Frío y además un poco ruin.

Las mujeres del grupo rieron a gritos de lo que Julie consideraba una crítica sensata.

-*Julie -dijo* Laury *Paulson, todavía riendo-,* Zachary Benedict es maravilloso y completamente sexy. Todo el mundo lo considera así.

Julie, que sabía que Carl estaba secretamente enamorado de Laurie Paulson, enseguida reaccionó con lealtad hacia su hermano.

-Bueno, a mí no me parece. No me gustan sus ojos. Son marrones y de expresión ruin.

-¡No tiene ojos marrones, sino dorados! Tiene ojos increíblemente atractivos, ¡pregúntaselo a cualquiera!

-Julie no es buen juez para esa clase de cosas -intervino Carl, alejándose de su amor secreto para emprender el regreso hacia su casa-. Es demasiado chica.

-¡Debo decirte que no soy demasiado chica para saber -contestó Julie, tomando del brazo a sus dos hermanos- que Zack Benedict no es tan buen mozo como cualquiera de ustedes dos!

Ante ese halago. Cari dirigió una mirada por sobre el hombro a Laurie Paulson y enmendó su juicio anterior.

-Sin embargo, Julie es muy madura para su edad.

Ted seguía enfrascado en la vida maravillosa de su héroe cinematográfico.

-Imaginen lo que debe de ser depender de uno mismo desde tan chico, trabajar en un rancho, andar a caballo, enlazar novillos...

# 4

1988

-¡Saquen de aquí esos malditos novillos! ¡Tienen un olor intolerable! -Sentado en una silla plegadiza *de lona negra, con la palabra* DIRECTOR *escrita encima* de su nombre, Zachary Benedict ladró la orden y miró con furia el ganado que se movía en un corral provisorio, construido cerca de la casa de un rancho. Luego continuó haciendo anotaciones en su guión. El rancho se encontraba a sesenta kilómetros de Dallas, y se lo habían alquilado a un billonario para filmar parte de una película llamada *Destino* que, en opinión de *Variety,* posiblemente le reportara a Zack un Oscar como Mejor Actor y otro en calidad de Mejor Director... suponiendo que alguna vez consiguiera terminar de rodar ese filme que todo el mundo consideraba signado por la mala suerte.

Hasta la noche anterior, Zack creía que era imposible que las cosas empeoraran. Con un presupuesto acordado de 45 millones de dólares para cuatro meses de filmación. *Destino* ya llevaba un mes de atraso en el rodaje y superaba en siete millones el presupuesto original, a causa de la enorme cantidad de problemas absurdos y de accidentes que persiguieron a la película prácticamente desde el día del comienzo de la filmación.

Y ahora, después de meses de demoras y desastres, sólo faltaba filmar dos escenas, pero la satisfacción que debía embargar a Zack había sido substituida por una furia desenfrenada que apenas lograba contener mientras hacía inútiles esfuerzos por concentrarse en los cambios que quería introducir en la escena siguiente.

A través de las puertas abiertas de la caballeriza, Zack alcanzaba a ver a algunos utileros colocando fardos de paja, y a los asistentes de iluminación que se trepaban a los andamies para colocar luces, mientras los camarógrafos les daban indicaciones. En un extremo del parque, bajo un monte de robles, las casas rodantes reservadas para los principales actores formaban un semicírculo, con las persianas bajas y los equipos de aire acondicionado encendidos, para luchar contra el calor del mes de julio. A su lado, los camiones de la firma que proveía comidas y bebidas distribuían refrescos a los sudorosos integrantes del equipo técnico y a los acalorados actores.

Tanto el elenco como el equipo técnico estaban integrados por profesionales acostumbrados a esperar horas enteras para estar listos para unos pocos minutos de filmación. Por lo general reinaba una atmósfera amistosa, y el día de las tomas finales era directamente alegre. Normalmente, esa misma gente, que permanecía parada en incómodos grupos cerca de los camiones, habría estado dando vueltas alrededor de Zack, haciendo bromas acerca de los tormentos que habían sufrido juntos, o conversando con entusiasmo sobre la fiesta con la que el día siguiente se celebraría el fin del rodaje. Sin embargo, después de lo sucedido la noche anterior, si podían evitarlo, nadie hablaba con Zack y nadie esperaba que se organizara una fiesta.

Ese día, los treinta y ocho integrantes del elenco y equipo técnico de Dallas temían lo que podía llegar a suceder en las horas siguientes. Por lo tanto, las órdenes que por lo general se impartían en tono razonable, ese día se gritaban con impaciencia, y las indicaciones que por lo general se cumplían con rapidez, ese día se realizaban con la torpeza de la gente que está nerviosa y deseando terminar con algo de una buena vez.

Zack prácticamente palpaba las emociones que emanaban de todos los que lo rodeaban; la comprensión de los que le tenían simpatía, la burla satisfecha de los que

no se la profesaban o eran amigos de su mujer, la ávida curiosidad de aquellos a quienes ambos les resultaban indiferentes.

Al comprender que nadie había oído su orden de que sacaran de allí a los novillos, Zack miró alrededor en busca del asistente de dirección y lo vio parado en el césped, con los brazos en jarras y la cabeza echada hacia atrás, observando decolar al helicóptero que partía en un viaje de rutina al laboratorio de Dallas donde se procesaban los copiones del día.

-¡Tommy! -llamó con irritación.

Tommy Newton se volvió de inmediato y se le acercó al trote, sacudiéndose con las manos la tierra que se le había pegado a los shorts color caqui. De baja estatura, pelo castaño, ojos color de avellana, y anteojos con armazón de metal, el asistente de dirección de treinta y cinco años tenía una apariencia estudiosa que ocultaba un enorme sentido del humor y una energía infatigable. Ese día, sin embargo, ni siquiera Tommy pudo hablar en un tono ligero. Sacó la tablilla con sujetador que llevaba bajo el brazo, por si tenía que hacer alguna anotación, y preguntó:

-¿Me llamaste?

-Sí, que alguien se lleve esos novillos a otro lado, adonde el viento no traiga su olor hasta aquí -contestó Zack, sin molestarse en levantar la mirada.

-Por supuesto, Zack. -Subió el control de volumen del transmisor que llevaba en la cintura y le habló a Doug Furlough, el jefe de utileros, que supervisaba a los hombres que en ese momento construían un corral para *la toma final del día* siguiente.

-Doug -dijo Tommy hablando por el micrófono.

-¿Sí, Tommy?

-Pídeles a los peones del rancho que lleven a los novillos a la pastura del sur.

-Creí que Zack los iba a necesitar para la próxima toma.

-Ha cambiado de idea.

-Está bien, me encargaré de eso. ¿Podemos empezar a desarmar el escenario de la casa, o prefieres que lo dejemos?

Tommy vaciló, miró a Zack y repitió la pregunta.

-Que lo dejen como está -contestó Zack con tono cortante-. No quiero que lo toquen hasta mañana, cuando haya visto los copiones. Si hay algún problema no quiero perder más de diez minutos en preparar otra toma.

Después de repetirle la respuesta a Doug Furlough, Tommy empezó a volverse, pero vaciló.

-Zack -dijo por fin con tono sombrío-, supongo que en este momento no estás de ánimo para oír esto, pero esta noche... las cosas van a ser bastante agitadas, y es posible que no tenga otra oportunidad para decírtelo.

Zack se obligó a demostrar un interés que no sentía, mientras Tommy seguía hablando, vacilante.

-Tú mereces otro par de Oscar por esta película. Varias de tus actuaciones, y algunas escenas que les has arrancado a Rachel y a Tony, han puesto piel de gallina a todo el equipo, y te aseguro que no exagero.

La sola mención de su mujer, sobre todo en relación con Tony Austin, hicieron hervir la sangre de Zack, quien se puso de pie de un salto, guión en mano.

-Te agradezco el cumplido -mintió-. Hasta dentro de una hora no habrá suficiente oscuridad como para filmar la próxima escena. Cuando todo esté listo en las caballerizas, dale un descanso al equipo para que coman algo. Mientras, yo verificaré cómo ha quedado todo. Hasta entonces, buscaré algo de beber y un lugar donde poder concentrarme. -Señaló con la cabeza el monte que se alzaba a la orilla del parque. -Si

me necesitas, estaré allí.

Se dirigió a los camiones que repartían refrescos y en el instante en que él pasaba se abrió la puerta de la casa rodante de Rachel y ella salió. Sus miradas se encontraron, todas las conversaciones se detuvieron, las cabezas se volvieron y la expectativa vibró en el aire como una descarga eléctrica, pero Zack simplemente dio un rodeo para evitar a su mujer y siguió su camino, deteniéndose unos instantes para hablar con el asistente de Tony Newton y para hacer algunos comentarios intrascendentes con un par de dobles. Fue una actuación estupenda de su parte, que le exigió un supremo esfuerzo de voluntad, porque le resultaba imposible ver a Rachel sin recordarla tal como la había visto la noche anterior, cuando volvió inesperadamente a la suite de ambos en el Hotel Crescent y la encontró con Tony Austin.

Ese día, más temprano, le había advertido que a ultima hora mantendría una reunión con los camarógrafos y los asistentes óc *dirección* para analizar algunas ideas nuevas, y que pensaba quedarse a dormir en su casa rodante. Pero cuando estaba a punto de comenzar la reunión, Zack se dio cuenta de que se había olvidado sus notas en el hotel, y en lugar de mandarlas a buscar, decidió que ganaría tiempo si los invitaba a todos a ir al Crescent con él. En un estado de ánimo extrañamente animado, puesto que por fin se acercaba la terminación del rodaje, los seis hombres entraron en la suite a oscuras, y Zack encendió las luces.

-jZack! -gritó Rachel, deslizándose de encima del cuerpo del hombre desnudo con quien estaba acostada en el sofá, mientras aferraba con desesperación una bata y miraba a su marido con ojos enloquecidos por la sorpresa. Tony Austin, que coprotagonizaba *Destino* con ella y Zack, se sentó de un salto.

-¡ Bueno, Zack, tranquilo! -suplicó, poniéndose de pie y refugiándose detrás del sofá al ver que Zack se adelantaba-. ¡No me pegues en la cara! -advirtió en un grito casi histérico, al ver que Zack saltaba sobre el respaldo del sofá-. Todavía tengo que filmar dos escenas y... -Hicieron falta cinco integrantes del equipo para contener a Zack.

-¡No seas loco, Zack! -gritó el jefe de sonido, mientras trataba de sujetarlo.

-¡Si le estropeas la cara no podrás terminar la maldita película! -jadeó Doug Furlough, aterrándole un brazo.

Zack se liberó de los dos hombres y, antes de que pudieran volver a sujetarlo, con un cálculo frío y deliberado le rompió dos costillas a Tony. Jadeando, más de furia que de cansancio, Zack los observó llevarse al desnudo Austin, que salió renqueando de la habitación, mientras los demás formaban un círculo a su alrededor. Más allá de la puerta abierta, media docena de huéspedes del hotel observaba la escena, sin duda atraídos por los gritos de Rachel, quien le suplicaba a Zack que no siguiera castigando a su amante. Al verlos, Zack se adelantó en dos *zancadas* y les cerró la puerta en las narices.

Después se dirigió a Rachel, haciendo esfuerzos por controlar una terrible necesidad de pegarle también a ella.

-¡Fuera de mi vista! -advirtió, mientras ella retrocedía, asustada-. ¡Fuera de aquí, o no seré responsable de lo que te pase!

-¡No te atrevas a amenazarme, hijo de puta arrogante! -retrucó ella con tanto triunfo y desprecio en la voz que él quedó como paralizado-. Si me llegas a poner una mano encima, mis abogados no se conformarán con la mitad de todo lo que tienes, ¡me quedaré con todo! ¿Me has comprendido, Zack? Me voy a divorciar de ti. Mañana mis abogados presentarán la demanda en el juzgado de Los Ángeles. ¡Tony y yo nos vamos a casar!

Al darse cuenta de que su mujer y Austin habían estado acostándose a sus espaldas mientras con toda calma planeaban vivir con el dinero que a él le había costado tanto ganar, Zack perdió el control. Tomó a Rachel del brazo y la empujó hacia la puerta del living.

-Antes de permitir que te quedes con la mitad de nada, te aseguro que te mataré. Y ahora, vete.

Ella cayó de rodillas, pero enseguida se puso de pie, apoyó una mano en el picaporte y lo miró con la cara convertida en una máscara de odio jubiloso.

-Si estás pensando en la posibilidad de mantenernos a Tony o a mí alejados del set mañana, ni te molestes en intentarlo. No eres más que el director de esta película. El estudio ha invertido en ella una fortuna. Te obligarán a terminarla, y te harán juicio si haces algo para demorarla o sabotearla. -Abrió la puerta y le dirigió una mirada llena de malicia. -De una manera o de otra, pierdes. Si no terminas la película, estarás arruinado. Y si la terminas, me tendrás que dar la mitad de lo que te paguen. -Y se fue, dando un portazo a sus espaldas.

Tenía razón con respecto a la necesidad de terminar de filmar *Destino.* A pesar de su furia, Zack sabía que era así. Sólo faltaba filmar dos escenas, y Rachel y Tony intervenían en una. No le quedaba otra opción que tolerar a su mujer adúltera y al amante mientras dirigía esa escena. Se acercó al bar, se sirvió un whisky puro, lo bebió de un trago y se sirvió otro. Se acercó a la ventana con el vaso en la mano y contempló el perfil luminoso de la ciudad, mientras su furia y su pena comenzaban a aquietarse. Decidió que a la mañana siguiente llamaría a sus abogados y les daría instrucciones para que iniciaran los procedimientos del divorcio de acuerdo con sus condiciones, no las de Rachel. Pese a haber amasado una considerable fortuna como actor, la multiplicó muchas veces gracias a astutas inversiones, que estaban ocultas por una serie de complicados fideicomisos y formas legales que las protegerían de la avaricia de Rachel. Zack aflojó la mano en que sostenía el vaso. Había logrado controlarse; sobreviviría y seguiría adelante. Se sabía capaz de hacerlo... y lo haría. Lo sabía porque mucho tiempo antes, a los dieciocho años, tuvo que enfrentar una traición mucho más dolorosa que la de Rachel, y entonces descubrió que poseía la capacidad de alejarse de cualquiera que lo traicionara, sin volver a mirar atrás. Nunca miraba hacia atrás.

Se encaminó al dormitorio, sacó las valijas de Rachel del placard y las llenó con su ropa. Después tomó el teléfono que había junto a la cama.

-Mande un botones a la Suite Real -le pidió al telefonista. Cuando instantes después llegó el botones, Zack le entregó las valijas de cuyos costados sobresalían pliegues de la ropa de Rachel. -Lleve estas valijas a la suite del señor Austin -ordenó.

En ese momento, si Rachel hubiera vuelto para suplicarle que la volviera a aceptar, si hubiera podido demostrarle que el motivo de lo que hizo era que estaba drogada, loca y que no sabía lo que hacía ni decía, habría sido demasiado tarde, aun en el caso de haberle creído.

Porque, para él, ya estaba muerta.

Tan muerta como la abuela, la hermana y el hermano a quienes una vez había amado. Tuvo que emplear toda su fuerza para erradicarlos de su corazón y de su mente, pero lo logró.

5

Zack hizo un esfuerzo por sacarse de la cabeza el recuerdo de lo sucedido la noche anterior y se instaló debajo de un árbol, desde donde veía todo lo que sucedía sin que nadie lo viera a él. Observó a Rachel entrar en la casa rodante de Tony Austin. Los noticiarios de la mañana habían abundado en detalles sensacionalistas de la escena de la suite y de la pelea subsiguiente, detalles que sin duda habían sido proporcionados por los huéspedes del hotel. Y ahora el periodismo había caído sobre el lugar de la filmación y la gente de seguridad del estudio luchaba por mantenerlos en la puerta de entrada del *rancho,* con promesas de una posterior conferencia de prensa. Rachel y Tony ya habían hecho declaraciones a los medios, pero Zack no tenía la menor intención de decirles una sola palabra. El asedio periodístico le resultaba tan indiferente como la noticia que recibió esa mañana de que los abogados de Rachel ya habían presentado demanda de divorcio ante los tribunales de Los Ángeles. Lo único que lo angustiaba era tener que dirigir esa última escena entre Rachel y Tony antes de dar por terminado el rodaje. Se trataba de una escena de sensualidad violenta y no sabía cómo lograría digerir la situación, sobre todo delante de todo el equipo técnico.

Pero una vez que pasara ese mal trago, sacar a Rachel de su vida le iba a resultar mucho más fácil de lo que creyó la noche anterior, porque debía admitir que, fueran cuales fuesen los sentimientos que ella le inspiró tres años antes, cuando se casaron, esos sentimientos desaparecieron poco después. Desde entonces, el matrimonio no fue más que una conveniencia sexual y social para ambos. Sin Rachel, su vida no sería más vacía, ni más carente de sentido, ni más superficial que durante la mayor parte de los últimos diez años.

Ante ese pensamiento Zack frunció la frente y se preguntó que motivo habría para que con tanta frecuencia su vida le pareciera tan frustrante y carente de sentido, sin un propósito importante ni una gratificación profunda. Y sin embargo, recordó que no siempre fue así...

Cuando llegó a Los Ángeles en el camión de Charlie Murdock, la supervivencia misma era un desafío y el trabajo que consiguió con ayuda de Charlie, como peón de carga de los Estudios Empire, le pareció un triunfo enorme. Un mes después, el director de una película de segunda categoría decidió que necesitaba algunos extras más en una escena multitudinaria y reclutó a Zack. El papel sólo exigía que Zack se apoyara contra una pared de ladrillos, con expresión dura e introvertida. El dinero que ganó ese día le pareció una fortuna. Varios días después el director lo mandó llamar.

-Zack, muchacho, tienes algo que nosotros llamamos presencia -dijo-. Fotografías muy bien. En celuloide eres una especie de James Deán moderno, sólo que más alto y más buen mozo que él. Te robaste esa escena, con sólo estar allí parado. Si sabes actuar, te incluiré en el reparto de una película del Oeste que empezaremos a filmar.

Lo que entusiasmó a Zack no tue la perspecuvci de actuar en el cine, sino el sueldo que le ofrecieron. De manera que aprendió a actuar.

En realidad, no le resultó demasiado difícil. Para empezar, antes de abandonar la casa de su abuela, hacía años que "actuaba", simulando que las cosas no le importaban cuando en realidad le importaban mucho; además había decidido lograr una meta; demostrarle a su abuela y a todos los habitantes de Ridgemont que era capaz de sobrevivir por sus propios medios y que prosperaría en gran escala. Con tal de lograr esa meta, prácticamente estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, por difícil que fuera.

Ridgemont era una ciudad chica y no le cabía duda de que los detalles de su ignominiosa partida debían de ser conocidos por todos. Después del estreno de sus dos primeras películas, leyó todas las cartas que le enviaban sus admiradoras, con la esperanza de que alguien lo hubiera reconocido. Pero si así fue, nadie se molestó en escribirle.

Después, durante un tiempo fantaseó con la posibilidad de regresar a Ridgemont con dinero suficiente para comprar Industrias Stanhope y dirigirlas, pero a los veinticinco años, cuando ya había amasado la fortuna necesaria para hacerlo, también había madurado lo suficiente como para comprender que el hecho de comprar la maldita ciudad y todo lo que contenía no modificaría nada. Para entonces ya había ganado un Osear, lo proclamaban un verdadero prodigio y lo llamaban la "Leyenda del Futuro". Podía elegir los papeles estelares que quisiera interpretar, tenía una fortuna en el banco y un futuro que todo hacía suponer sería espectacular.

Le había demostrado a todo el mundo que Zachary Benedict era capaz de sobrevivir y prosperar en la escala más fabulosa. Ya no tenía nada por qué luchar, no le quedaba nada que demostrar y la falta de ambas cosas lo dejaba extrañamente desinflado y vacío. Privado de sus antiguas metas, Zack buscó otras gratificaciones. Construyó mansiones, compró yates y condujo autos de carrera; escoltó mujeres hermosas a resonantes reuniones sociales, y después se las llevó a la cama. Disfrutaba de sus cuerpos y muchas veces también de su compañía, pero nunca las tomó en serio, y ellas tampoco esperaban que lo hiciera. Zack se había convertido en un trofeo sexual, buscado tan sólo por el prestigio que otorgaba dormir con él y, en el caso de las actrices, muy buscado por las influencias y conexiones que poseía. Como todas las superestrellas y símbolos sexuales anteriores a él, fue también una víctima de su propio éxito. No podía entrar en un ascensor o comer en un restaurante sin que lo acosaran sus admiradoras; las mujeres le metían en la mano llaves de habitaciones de hotel y daban generosas propinas a los conserjes para que les permitieran la entrada a su suite. Las esposas de algunos productores lo invitaban a fiestas de fin de semana y se levantaban de la cama de sus maridos para meterse en la suya.

Aunque con frecuencia aprovechaba el banquete de oportunidades sexuales y sociales que se desplegaban ante él, una parte de su ser -su conciencia o una faceta latente de moralidad yanqui- se sentía asqueada ante tanta promiscuidad y superficialidad, ante tanto narcisismo y psicopatía, ante todo lo que convertía a Hollywood en un albañal, un albañal prolijamente desodorizado para proteger la sensibilidad del público.

Una mañana despertó y de repente ya no pudo seguir tolerando todo aquello. Estaba harto del sexo sin sentido, aburrido de fiestas estridentes, enfermo de codearse con actrices neuróticas y estrellitas ambiciosas, y completamente disgustado con la vida que estaba viviendo.

Empezó a buscar una manera distinta de llenar el vacío de sus días, un nuevo desafío y un motivo mejor para existir. Como actuar ya no le resultaba un desafío, empezó a pensar en dirigir. Si llegaba a fracasar como director, ese fracaso sería muy resonante, pero hasta el riesgo de poner en juego su reputación surtió en él un efecto estimulante. Dirigir una película se convirtió en su nueva meta, y se propuso lograrla con la misma decisión que lo llevó a triunfar en las anteriores. El presidente de Estudios Empire trató de convencerlo de que no lo intentara, pero pese a sus ruegos y sus razonamientos, en definitiva no tuvo más remedio que capitular, tal como Zack esperaba.

La película cuya dirección le encargaron era un filme de suspenso de bajo presupuesto llamado *Pesadilla y* tenía dos papeles protagonices: uno para una niña de nueve años y otro para una mujer. Para el papel de la niña, Empire insistió en Emily McDaniels, una ex estrellita infantil que tenía los hoyuelos de Shirley Temple y casi

trece años, pero que representaba nueve y estaba contratada por el estudio. La carrera de Emily ya se despeñaba, cuesta abajo; lo mismo sucedía con la de una rubia sugestiva llamada Rachel Evans, a quien le adjudicaron el otro papel. En sus filmes anteriores, Rachel Evans siempre había hecho papeles secundarios y nunca demostró demasiado talento.

El estudio le impuso a Zack esas actrices con el transparente propósito de darle una lección; para que aprendiera que su fuerte era actuar, no dirigir. Era casi seguro que la película apenas devolvería el dinero que costara, y los ejecutivos del estudio esperaban que con eso terminaran los devaneos de su actor más cotizado y que Zack renunciara a desperdiciar su talento detrás de las cámaras.

Zack lo sabía, pero nada lo detuvo. Antes de iniciar la producción, dedicó semanas enteras a ver las viejas películas en que habían actuado Emily y Rachel, y sabía que había momentos -muy breves-en los que Rachel Evans demostraba poseer cierta dosis de genuino talento. Momentos en que la "gracia" de Emily, que había desaparecido con la adolescencia, era reemplazada por una encantadora dulzura que se notaba en cámara pues era genuina.

A lo largo de las ocho semanas de filmación, Zack consiguió todo eso y mucho más de sus dos protagonistas femeninas. Logró transmitirles a ambas su propia decisión de triunfar; sin duda su sentido del momento preciso y de la iluminación fueron una ayuda, pero lo más importante fue su manera intuitiva de saber cómo utilizar mejor a Rachel y a Emily.

Al principio a Rachel la enfureció que la acicateara y la hiciera repetir innumerables veces cada toma, pero cuando él le mostró los copiones de la primera semana, lo miró con una nueva expresión de respeto en sus ojos verdes.

-Gracias, Zack -le dijo con suavidad-. Por primera vez en la vida tengo la sensación de haber sabido actuar.

-También es como si yo realmente, pero realmente, supiera dirigir -contestó él en broma, pero se sentía aliviado, y lo demostró.

Rachel se sorprendió.

-¿Quieres decir que dudabas? ¡Yo creí que estabas convencido de todo lo que nos has hecho hacer!

-Si quieres que te diga la verdad, no he dormido bien una sola noche desde que empezamos la filmación -confesó Zack. Y era la primera vez en años que se animaba a admitir que tenía dudas acerca de su trabajo. Pero ese día era muy especial. Acababa de comprobar que poseía talento para dirigir. Más aún, ese talento recién descubierto iluminaría el futuro de una simpática criatura llamada Emily McDaniels cuando los críticos tuvieran ocasión de ver su espléndida actuación en *Pesadilla. Zack* le tenía tanto cariño a Emily, que el hecho de trabajar con ella lo llevó a desear tener un hijo propio. Al observar lo unida que era con su padre y la alegría que ambos compartían, de repente Zack se dio cuenta de que quería tener una familia. Eso era lo que le faltaba en la vida: una esposa e hijos que compartieran sus éxitos, una familia con la que pudiera reír y por la que pudiera luchar.

Rachel y él celebraron esa noche con una comida que les sirvió el mucamo de Zack. El estado de ánimo confidencial que se inició más temprano cuando ambos admitieron las dudas que habían tenido sobre sus respectivos talentos, los condujo a una intimidad tranquila que, en el caso de Zack, no tenía precedentes y resultaba terapéutica.

Sentados en el living de su casa, frente a una pared de vidrio que daba al mar, conversaron durante horas, pero no sobre el "negocio". Eso resultó un agradable cambio para Zack, que se desesperaba por conocer alguna actriz que pudiera hablar de otra cosa. Terminaron en la cama de Zack, donde se regodearon con una noche de amor placentero y con una enorme dosis de inventiva. La pasión de Rachel parecía auténtica, y no sólo una forma de agradecimiento por haber logrado su lucimiento en el filme, y eso también le gustó. En realidad, mientras permanecían tendidos en la cama, Zack se sentía contento con todo: sus copiones, la sensualidad de Rachel, su inteligencia y su ingenio.

De repente ella se apoyó sobre un codo y se alzó para mirarlo.

-¿Qué es lo que realmente quieres de la vida, Zack? -preguntó-. Me refiero a lo que quieres en serio.

Él permaneció unos instantes en silencio y luego, tal vez porque se sentía débil después de horas de hacer el amor, o quizá porque estaba harto de simular que la vida que se había forjado era lo que quería, contestó con un dejo de burla.

-Una casita en la llanura.

-¿Qué? ¿Me estás diciendo que te gustaría actuar en una segunda parte de la película *Una casita en la llanura?*

-No, quiero decir que eso es lo que me gustaría vivir. Aunque la casa no tiene por qué estar en una llanura. He estado pensando en comprar un rancho en las montañas.

-¡Un rancho! Todo el mundo sabe que odias los caballos y el ganado. -Se acostó de lado junto a él y le pasó un dedo acariciante por el cuerpo, desde el hombro al estómago. -¿De dónde eres, Zack? Y por favor, no me cuentes ninguna de esas mentiras inventadas por el estudio de que creciste solo, que formaste parte de un rodeo y después te uniste a una pandilla de motociclistas.

El estado de ánimo sincero de Zack no llegaba hasta el extremo de confesar su pasado. Nunca lo había hecho y jamás lo haría. Cuando, a los dieciocho años, el departamento de prensa del estudio empezó a interrogarlo, él les dijo con toda frialdad que le inventaran un pasado. Cosa que hicieron. Su verdadero pasado estaba enterrado y esa conversación tenía sus límites. Su tono evasivo no dio lugar a dudas.

-No vengo de ninguna parte en especial.

-Pero estoy convencida de que no eres un chico vagabundo que creció sin saber qué cubiertos usar en cada ocasión -insistió ella-. Tommy Newton me dijo que ya a los dieciocho años tenías mucha clase, un gran "barniz social", como él lo llamó. Eso es todo lo que sabe acerca de tí, y ha trabajado contigo en varias películas. Y ninguna de las actrices con quienes has trabajado sabe nada de tí. Glenn Close y Goldie Hawn, Lauren Huttón y Meryl Streep... todas dicen que es maravilloso trabajar contigo, pero que eres muy reservado con respecto a tu vida privada. Lo sé porque les he preguntado.

Zack no intentó ocultar su desagrado.

-Te equivocas si crees que me halagas con tu curiosidad.

-No puedo evitar mi curiosidad -rió ella, besándole la barbilla-. Eres el amante ideal de todas las mujeres, señor Benedict, y también eres el hombre misterioso de Hollywood. Es sabido que ninguna de las mujeres que me han precedido en esta cama ha conseguido hacerte hablar sobre algo personal. Y como sucede que estoy aquí, en la cama contigo, y que esta noche me has comentado una cantidad de cosas que son personales, supongo que te he atrapado en un momento de debilidad o que... simplemente tal vez... te gusto más que las otras. En cualquiera de los dos casos, debo tratar de descubrir algo acerca de ti que ninguna otra mujer sepa. Como comprenderás, aquí lo que está en juego es mi amor propio femenino.

Su franqueza y su desenvoltura convirtieron el enojo de Zack en una divertida exasperación.

-Si quieres seguir gustándome más que las otras -dijo con una mezcla de broma y advertencia-, no sigas tratando de averiguar y habla de algo más agradable.

-Agradable... -Se acostó sobre el pecho de Zack, lo miró sonriente a los ojos y enredó los dedos en la mata de vello de su pecho. En base a ese lenguaje corporal, Zack esperaba que dijera algo sugestivo, pero el tema que Rachel eligió no pudo menos que hacerle gracia. -Veamos... ya sé que odias a los caballos, pero que te gustan las motocicletas y los automóviles veloces. ¿Por qué?

-Porque -bromeó él, entrelazando sus dedos con los de ella- ellos no se reúnen en tropillas con sus amigos cuando uno los deja estacionados, ni te critican cuando les das la espalda, sino que van hacia donde tú quieres.

-Zack -susurró ella, apoyando la boca contra la de él-. Las motocicletas no son las únicas que van hacia donde tú quieres. Yo también.

Zack sabía a qué se refería. Señaló. Ella se deslizó hacia abajo e inclinó la cabeza.

A la mañana siguiente, Rachel le preparó el desayuno.

-Me gustaría filmar una película más, una película importante, para demostrarle al público que soy una verdadera actriz -dijo mientras metía pastelitos en el horno.

Saciado y relajado, Zack la observó moverse por su cocina. Sin vestir ropa sexy ni lucir un extravagante maquillaje, le resultaba mucho más atractiva e infinitamente más hermosa. Y además ya había descubierto que también era inteligente, sensual e ingeniosa.

-¿Y después, qué? -preguntó.

-Después me gustaría retirarme. Tengo treinta años. Lo mismo que tú, quiero vivir una existencia verdadera, una vida con sentido, pensando en algo más que en mi figura y mis posibles arrugas. La vida es mucho más que esta tierra de fantasía, superficial y relumbrante, en la que vivimos y que le infligimos al resto del mundo.

Una declaración sin precedentes como ésa en boca de una actriz convirtió a Rachel en una bocanada de aire fresco para Zack. Además, si pensaba no seguir trabajando, por lo visto había conocido a una mujer a quien él le interesaba como persona, no en función de lo que pudiera hacer por su carrera. Estaba pensando en eso cuando Rachel se inclinó sobre la mesa de la cocina y preguntó con suavidad:

-¿Mis sueños se pueden comparar de alguna manera con los tuyos?

Zack se dio cuenta de que le estaba haciendo un ofrecimiento, y que lo hacía con tranquilo coraje y sin jueguitos. La estudió unos instantes en silencio y luego no hizo el menor intento de ocultar la importancia que atribuía a lo que estaba por preguntarle.

-¿Hay hijos en tus sueños, Rachel? Ella contestó con dulzura y sin vacilar.

-¿Hijos tuyos?

-Hijos míos.

-¿Podemos empezar ahora mismo?

Ante la inesperada respuesta, Zack lanzó una carcajada. Entonces ella se le instaló en las rodillas y la risa se convirtió en ternura y en una esperanza vibrante, emociones que él creía muertas a los dieciocho años. Deslizó las manos bajo la camisa de Rachel y la ternura se trocó en pasión.

Se casaron cuatro meses después, en el gracioso mirador del parque de la propiedad de Zack en Carmel, en presencia de un millar de invitados, entre los que había varios gobernadores y senadores.

Zack estaba sonriente. Era el día de su casamiento, y lo invadía una sensación de optimismo al imaginar cálidas veladas con hijos sobre las rodillas y la clase de familia que nunca había tenido. Esa fiesta importante era idea de Rachel y él cedió, aunque

hubiera preferido una ceremonia sencilla con un par de amigos presentes.

El padrino de la boda fue el vecino de Zack en Carmel, el industrial Matthew Farrell. Se habían conocido tres años antes, cuando un grupo de admiradoras de Zack trepó la cerca que rodeaba la propiedad y en su huida hicieron sonar la alarma en ambas residencias. Esa noche, Zack y Matt descubrieron que compartían varios gustos, entre ellos el buen whisky, una tendencia a la brusquedad más despiadada, la intolerancia hacia las falsas pretensiones y, más adelante, una filosofía similar con respecto a las inversiones financieras. El resultado fue que, además de amigos, terminaron siendo socios en varias empresas.

Al estrenarse. *Pesadilla* no ganó un Osear, ni siquiera recibió una nominación para el premio, pero logró abultadas ganancias, recibió excelentes críticas y revivió las tambaleantes carreras de Emily y Rachel. La gratitud de Emily y su padre fue inmensa. Sin embargo, Rachel descubrió que todavía no estaba dispuesta a renunciar a su carrera ni a tener el hijo que Zack tanto deseaba. En realidad, la carrera que antes aseguraba no interesarle se convirtió en una obsesión que la consumía. No soportaba faltar a una fiesta "importante" ni ignorar una posibilidad de recibir publicidad, por mínima que fuera, y mantenía en vilo a los empleados de Zack, su secretario, su jefe de relaciones públicas, para que respondieran a sus exigencias sociales y llevaran a cabo sus ambiciosos planes publicitarios. Le desesperaba hasta tal punto su necesidad de fama y de aplausos, que despreciaba a cualquier actriz más conocida que ella y era tan insegura con respecto a su talento, que le daba terror trabajar en una película que no estuviera dirigida por Zack.

El peso de la realidad demolió el optimismo que Zack experimentaba el día de su casamiento. Había sido embaucado por una actriz inteligente y ambiciosa que estaba convencida de que sólo él poseía la clave que la conduciría a la fama y la fortuna. Zack lo sabía, pero se culpaba a sí mismo más que a Rachel. La ambición la llevó a casarse con él y, aunque no le gustaran los métodos que ella había empleado, Zack comprendía los motivos que la impulsaron, porque en una época también él tuvo necesidad de demostrar lo que valía. Por otra parte, él se casó movido por una cándida ilusión que lo llevó a creer, aunque por corto tiempo, en la imagen de una pareja fiel, rodeada de niños felices de mejillas rosadas que les pedían que les contaran cuentos a la hora de dormir. Por su propia infancia y experiencia, él debió saber que esas familias eran mitos creados por poetas y productores cinematográficos. Y, ante esa realidad, la vida se volvía a extender ante él con una monotonía insoportable.

Entre los habitantes de Hollywood afligidos por un problema similar, la solución proscripta iba desde la cocaína a una variedad de drogas, legales o no, o al consumo de una botella de whisky por día. Pero Zack sentía el mismo desprecio que su abuela por la debilidad y no estaba dispuesto a aceptar muletas emocionales. Así que solucionó su problema de la única manera que se le ocurrió. Cada mañana se enfrascaba en su trabajo, y seguía trabajando hasta que, a la noche, volvía a caer rendido en la cama. En lugar de divorciarse de Rachel, pensó que, aunque su matrimonio no fuera idílico, era mucho mejor que el de sus abuelos, y no peor que otros que conocía. Y así le hizo una propuesta a su mujer: podía elegir entre divorciarse o bajar el nivel de sus ambiciones y tranquilizarse un poco, en cuyo caso él le concedería su deseo de dirigirla en otra película. Con sabiduría, y agradecida, Rachel aceptó esta segunda posibilidad.

Después del éxito de *Pesadilla* el estudio estaba ansioso por permitir que Zack protagonizara y dirigiera el filme que quisiera. A Zack le encantó el guión de una película de suspenso y acción llamada *El ganador se queda con todo,* que tenía papeles protagonices para él y Rachel, y Empire invirtió el dinero para producirla. Poniendo en juego una combinación de paciencia, halagos, ácidas críticas y una ocasional demostración de gélido mal humor, Zack logró manipular a Rachel y al resto del elenco hasta que rindieron lo que él pretendía, y luego manejó las luces y los ángulos

de cámaras para que lo captaran.

Los resultados fueron espectaculares. Rachel recibió una nominación de la Academia de Ciencias Cinematográficas por su interpretación. Zack ganó un Oscar como Mejor Actor, y otro como Mejor Director. Este último premio no hizo más queconfirmar lo que los magnates de Hollywood ya sabían: que Zack era un genio como director.

Los dos Osear proporcionaron una tremenda satisfacción a Zack, pero ni la más mínima paz interior. Aunque él ni siquiera se dio cuenta de ello. Zack ya no esperaba esa paz interior, y con toda deliberación se mantenía demasiado ocupado, para no extrañarla. En su necesidad de desafíos, durante los dos años siguientes dirigió y protagonizó otras dos películas: un filme erótico de suspenso y acción que protagonizó con Glenn Close y una película de aventuras en la que trabajó con Kim Bassinger.

Andaba en busca de un nuevo desafío cuando voló a Carmel para concretar un negocio con Matt Farrell. Esa noche buscó algo para leer y se topó con un libro que debía de haber sido olvidado allí por algún invitado. Mucho antes de terminar de leerlo, Zack sabía ya que *Destino* sería su próxima película.

Al día siguiente entró en la oficina del presidente de los Estudios Empire y le entregó el libro.

-Aquí tienes mi nueva película, Irwin.

Irwin Levine leyó la solapa del libro, se apoyó contra el respaldo del sillón y suspiró.

-Está bien. Hablemos de negocios. ¿Cuándo quieres empezar a filmar *Destino?* ¿Has pensado en alguien para los papeles principales?

-Yo haré el papel del marido, y me gustaría que, si está disponible. Diana Coperland interprete el de la esposa. Rachel sería excelente para la amante. Emily McDaniels para la hija.

Irwin alzó las cejas.

-Rachel tendrá uno de sus ataques de nervios si le ofrecemos un papel que no sea el protagonice.

-De ella me encargaré yo -aseguró Zack. Rachel y Levine se detestaban mutuamente, aunque ninguno de los dos explicó jamás el motivo de tanto odio. Zack sospechaba que años antes debían de haber tenido una aventura que terminó mal.

-Si ya no te has decidido por alguien para el papel del segundo personaje masculino -continuó diciendo Levine, un tanto vacilante-, tengo que pedirte un favor. ¿Considerarías la posibilidad de dárselo a Tony Austin?

-¡Nunca! -contestó Zack directamente. La adicción de Austin al alcohol y las drogas era tan legendaria como sus otros vicios, y era un hombre en quien no se podía confiar. Su última sobredosis accidental, cuando comenzaba a filmar una película para Empire, lo obligó a aterrizar durante seis meses en un centro de rehabilitación, y otro actor tuvo que asumir su papel.

-Tony quiere volver a trabajar y ponerse a prueba -explicó Levine con paciencia-. Los médicos me aseguran que ha abandonado sus hábitos y que es un hombre nuevo. Esta vez me inclino a creerles.

Zack se encogió de hombros.

-¿Y en qué se diferencia esta vez de las demás?

-En que esta vez, cuando llegó al Cedars-Sinaí, ya estaba prácticamente muerto. Consiguieron volverlo a la vida, pero la experiencia lo ha aterrorizado y está dispuesto a madurar y empezar a trabajar en serio. Me gustaría darle una posibilidad, un nuevo principio. -En la voz de Levine apareció una nota piadosa. -Es lo único decente que podemos hacer, Zack. Estamos todos juntos en esta tierra. Debemos cuidar unos de los otros. Tenemos que darle trabajo a Tony porque está fundido y porque...

-Y porque te debe una pila de plata por esa película que nunca terminó de filmar -agregó Zack.

-Bueno, sí, nos debe una cantidad importante de dinero por esa película -admitió Levine a regañadientes-. Pero vino a verme y me pidió que le permitiera pagar su deuda con trabajo, para poder demostrar que ahora es confiable. Y ya que por lo visto eres invulnerable a un pedido piadoso, considera los motivos prácticos por los que nos conviene utilizarlo. Pese a toda la mala publicidad que se le ha hecho, el público sigue adorándolo. Sigue siendo el muchacho malo, equivocado y buen mozo, el que todas las mujeres quieren consolar.

Zack vaciló. Si Austin realmente se había reformado, era perfecto para el papel. A los treinta y tres años, su apostura rubia y juvenil tenía las marcas de la disipación, cosa que de alguna manera lo hacía más fascinante para las mujeres de doce a noventa años. El nombre de Austin era particularmente taquillero. El de Zack, también; juntos tendrían la posibilidad de establecer un verdadero récord de venta de entradas. Y dado que, como parte de su cachet por dirigir Destino, Zack intentaba obtener un importante porcentaje de las ganancias de la película, ése era un punto que influía en su decisión. También lo era el hecho de que, aun borracho, Austin era mejor actor que muchos otros, y pensándolo bien era perfecto para el papel. Por otra parte, el hecho de utilizar a Austin en esa película significaría hacerle un favor a Empire, y Zack estaba decidido a que, a cambio, ellos le hicieran concesiones. Por ese motivo decidió ocultar el entusiasmo que le producía la idea.

-Le permitiré hacer una prueba, pero te advierto que no me entusiasma pensar en convertirme en niñero de un drogadicto, reformado o no.

Levine se levantó para estrechar la mano de Zack. El proyecto ya estaba en marcha y ese apretón de manos iniciaba la rueda de negociaciones contractuales.

Diana Copeland no pudo aceptar el papel de esposa de Zack porque tenía un compromiso anterior, de modo que Zack le encomendó el papel a Rachel. Algunas semanas después, los planes de Diana se modificaron, pero para entonces Zack ya tenía la obligación moral y legal de permitir que Rachel conservara el papel protagonice. Para su sorpresa. Diana pidió el papel secundario de la amante. Emily McDaniels aceptó fascinada el papel de la hija adolescente, y a Tony Austin se le encomendó el del otro personaje masculino. Los papeles secundarios se distribuyeron sin dificultad y Zack reunió a todos sus técnicos predilectos para formar el plantel de la película.

Un mes después de iniciado el rodaje de Destino, se empezó a correr la voz de que, a pesar de que la filmación estaba plagada de accidentes y demoras, los copiones -las porciones de la película que se enviaban día a día al laboratorio para ser procesadas- eran fantásticos. Todo Hollywood comenzó a predecir que el filme ganaría varias nominaciones para los premios de la Academia.

6

Un ruido de pasos en el pasto arrancó a Zack de sus recuerdos. Al mirar por sobre el hombro vio que, en el crepúsculo, se le acercaba Tommy Newton.

-El equipo técnico está cenando, y en las caballerizas todo está listo -informó.

-Perfecto. Iré a verificar todos los detalles -dijo Zack, poniéndose de pie. Ya lo había hecho más temprano, pero no le gustaba dejar nada librado al azar, y además eso le proporcionada una excusa para no tener que departir con los demás durante otro rato. -Esta noche no ensayaremos la escena -informó-. Trataremos de hacer la toma directamente.

-Muy bien, haré correr la voz -dijo Tommy, asintiendo.

Una vez dentro de la caballeriza, Zack estudió el escenario donde se filmaría la última escena importante de la película. En los últimos meses, la historia había cobrado vida frente a las cámaras, más vibrante y llena de suspenso de lo que él creía. Era la historia de una mujer apresada entre el amor a su hija y el preocupado magnate que era su marido, y su apasionado romance con un hombre apuesto e inútil, que la necesitaba y sentía por ella romance con un hombre apuesto e inútil, que la necesitaba y sentía por ella una peligrosa obsesión. Zack interpretaba el papel del marido poco cariñoso. Emily McDaniels era la hija adolescente a quien no le interesaban los lujos que le proporcionaban sus padres y que sólo deseaba que le prestaran más atención.

La mayoría de las escenas habían sido filmadas fuera de secuencia, como era habitual, pero, por una necesidad logística, las últimas dos escenas que faltaba filmar eran las últimas de la película. En la que se estaba por rodar, Rachel se encontraba con su amante en la caballeriza, donde habían tenido lugar gran parte de sus encuentros amorosos. Obligada a verlo "una sola vez más" porque en caso contrario él revelaría la aventura al marido y a la hija, Rachel oculta un arma en la caballeriza, con la que piensa atemorizarlo para que se aleje de allí. Cuando él trata de obligarla a hacer el amor, ella lo amenaza con el arma, y en la lucha subsiguiente, ambos resultan heridos. La escena debía ser violentamente sexual y la tarea de Zack como director era lograr que fuese muy sexual y muy violenta.

Recorrió lentamente el pasillo que dividía en dos la caballeriza en penumbras, mirando a su alrededor. Todo estaba exactamente como él lo deseaba: los caballos, en los boxes que se alineaban a la izquierda, asomaban los morros a su paso. Riendas, frenos y otros elementos de montar colgaban en la pared opuesta; las monturas estaban colocadas en montureros de madera; sobre una mesa contra la pared de un extremo se encontraban los distintos elementos necesarios para cepillar, rasquetear y acicalar a los caballos.

El verdadero foco de la escena se centraba en esa mesa del extremo del corredor, junto a algunos fardos de pasto, donde los dos protagonistas lucharían. Los fardos de pasto estaban en su lugar, y el arma que se utilizaría en la escena se encontraba sobre la mesa, oculta entre botellas de linimentos y cepillos. Arriba, en los andamies, una segunda cámara ya estaba enfocada hacia las puertas dobles para tomar a Emily cuando entrara a caballo después de oír los disparos. Todos los reflectores se hallaban también en su lugar.

Con la rodilla, Zack empujó la mesa unos centímetros hacia la izquierda, después cambió de lugar un par de botellas que había sobre ella y desplazó apenas el arma para que estuviera dentro del radio de foco de la cámara, pero lo hizo más porque estaba

nervioso que por una verdadera necesidad. Sam Hudgins, el director de fotografía, y Linda Tompkins, la escenógrafa, ya habían realizado su impecable trabajo de trasladar las ideas de Sam a un set completo en todos sus detalles y que creaba exactamente el efecto deseado. De repente Zack sintió necesidad de empezar de una vez y pasar cuanto antes el mal trago. Se encaminó a la puerta y sus pisadas resonaron sobre el piso de mosaicos.

Enormes reflectores iluminaban el costado de las caballerizas, donde los integrantes del equipo comían ante mesas de picnic o sentados en el pasto. Tommy vio a Zack enseguida y ante un movimiento de cabeza del director, anunció:

-¡Bueno, dentro de diez minutos empezamos!

Hubo un movimiento general cuando los del equipo técnico se pusieron de pie para dirigirse a su lugar de trabajo o para acercarse presurosos a la mesa del buffet para servirse otra bebida fresca. En un esfuerzo por recortar gastos innecesarios en un presupuesto ya excedido, Zack sólo mantenía allí a la gente más imprescindible del equipo, y había enviado de regreso a la Costa Oeste a todos los demás, incluyendo al segundo y tercer asistentes de dirección y a varios asistentes de producción. Aun sin contar con ayuda, Tommy Newton se las arreglaba para manejar a la perfección todos los detalles.

Zack lo vio enviar a su único asistente de producción a la casa rodante de Austin, de la que instantes después emergieron Rachel y Tony, seguidos por sus peluqueros y maquilladora. Tony parecía inquieto y levemente enfermo; Zack esperaba que las costillas rotas lo estuvieran matando de dolor. En cuanto a Rachel, pasó junto a Zack con la cabeza en alto y gesto arrogante... una reina que no está dispuesta a rendirle cuentas a nadie. Emily McDaniels sé paseaba de un lado para el otro frente a su padre, ensayando sus parlamentos. En el momento en que Rachel pasó a su lado, levantó la vista y en su rostr& se pintó una expresión de profunda antipatía, pero enseguida miró a su padre y siguió ensayando. Considerando que al principio Emily le tenía simpatía a Rachel, Zack atribuyó su actitud a la lealtad que sentía hacia él, y se emocionó. En el momento en que estiraba la mano para tomar un sandwich de la mesa del buffet, lo sobresaltó la voz suave y comprensiva de Diana Copeland.

-¿Zack?

Zack se volvió, levantando las cejas, sorprendido.

-¿Qué haces aquí? Yo creí que esta mañana viajabas a Los Ángeles. Diana parecía inquieta.

-Eso pensaba, pero cuando me enteré de lo que sucedió anoche en el hotel, decidí quedarme para hacerte compañía esta noche.

-¿Por qué? -preguntó Zack, casi con rudeza.

-Por dos motivos -contestó Diana, desesperada por hacerle entender que hablaba con sinceridad-. En primer lugar, para darte apoyo moral, en el caso de que te haga falta.

-No me hace falta -contestó amablemente Zack-. ¿Y cuál es el otro motivo?

Diana miró las orgullosas facciones de Zack, los ojos color ámbar que la miraban con frialdad desde debajo de las espesas pestañas, y comprendió que con sus palabras había dado la impresión de que lo compadecía. Nerviosa por la mirada fija de Zack y por el prolongado silencio, por fin explotó.

-Mira, no sé cómo decir esto... pero... ¡pero creo que Rachel es una imbécil! Y si yo pudiera hacer cualquier cosa por ayudarte, te pido por favor que me lo permitas. Y, Zack -terminó con profundo sentimiento-, yo trabajaría contigo en cualquier momento, en cualquier lugar, y en cualquier papel. Quería que también supieras eso.

Notó que la indescifrable expresión de Zack se convertía en una sonrisa divertida y

se dio cuenta de que sus palabras lo habían llevado a creer que tras sus muestras de lealtad se ocultaba la ambición.

-Gracias, Diana -dijo Zack con una cortesía que la hizo sentir aún más tonta-. Que tu representante me llame dentro de algunos meses, cuando esté armando el elenco de mi próxima película.

Diana lo observó alejarse con pasos largos y seguros, luciendo una remera azul oscura que destacaba sus hombros anchos, un pantalón caqui que ajustaba sus angostas caderas... un cuerpo delgado y fuerte pero que tenía la gracia de un león... los ojos del león... el orgullo del león. Lo único que estropea la analogía es su pelo, pensó Diana. Es tan oscuro que parece negro. Sonrojándose a causa de la incomodidad que sentía y de la derrota que acababa de sufrir, se apoyó contra un árbol y miró a Tommy, que había estado parado junto a Zack durante casi todo el diálogo.

-¡Qué manera de meter la pata! ¿No es cierto, Tommy?

-Sí, creo que acabas de hacer la peor interpretación de tu vida.

-Zack cree que lo que quiero es que me dé un papel en una de sus películas.

-¿Y no es así?

-Diana le dirigió una mirada asesina, que Tommy no vio porque en ese momento observaba a Rachel y a Tony Austin. A los pocos instantes ella dijo:

-¿Cómo es posible que esa hija de puta lo prefiera a Tony Austin? ¿Cómo puede?

-A lo mejor le gusta sentirse necesaria -contestó Tommy-. En realidad, Zack no necesita a nadie. Tony, en cambio, necesita a todo el mundo.

-Dirás que utiliza a todo el mundo -corrigió Diana con desprecio-. Ese Adonis rubio en realidad no es más que un vampiro; devora a la gente, la seca y después, cuando ya no le es útil, la tira a la basura.

-Tú deberías saberlo -contestó él, pero deslizó un brazo sobre los hombros de Diana y se los apretó con cariño.

-Me mandaba a encontrarme con el narcotrafícante que le suministraba la droga. En una de esas oportunidades me metieron en la cárcel por posesión de drogas y cuando lo llamé para que me sacara bajo fianza, se puso furioso porque me había dejado apresar y me colgó el tubo. Me aterroricé tanto que llamé al estudio, y ellos pagaron la fianza y taparon el asunto. Después me cargaron todos los costos legales.

-Pero es evidente que Tony debe de tener cualidades que lo redimen, porque si no, no te habrías enamorado de él.

-Cuando me enamoré de él tenía veinte años y los actores me fascinaban -contraatacó ella-. ¿Y tú? ¿Qué excusa tienes?

-¿Será una crisis de la edad madura? -preguntó él en un débil intento de humor.

-Es una pena que lo hayan revivido después de su última sobredosis.

Las luces del interior de la caballeriza empezaban a encenderse y Tommy señaló con la cabeza en esa dirección.

-Vamos... Empieza el espectáculo.

En su propia casa rodante, Zack se lavó apresuradamente la cara y el pecho con agua fría, se puso una camisa limpia y salió. Se detuvo al ver que el padre de Emily se paseaba de un lado a otro frente a la casa rodante de su hija.

-¿Emily no está en la caballeriza? -preguntó Zack.

-No, todavía no, Zack. Hace días que no se siente bien a causa del calor -explicó George McDaniels-. Además, no es lógico que haya tenido que pasar tanto tiempo al sol. ¿No sería posible que se quedara en la casa rodante, donde tiene aire acondicionado, hasta el momento en que realmente la necesites? Me refiero a que con seguridad tendrás que hacer varias tomas con Rachel y Austin antes de que Emily haga su entrada en escena.

En cualquier otra circunstancia, la sugerencia de hacer esperar al director para que una persona del elenco estuviera cómoda hubiera merecido una respuesta cortante. Pero Zack, como todo el mundo, sentía debilidad por Emily, de manera que contestó con poco habitual tranquilidad:

-Eso está completamente fuera de la cuestión, y lo sabes, George. Además, Emily es una chica muy bien dispuesta. Aguantará el calor sin quejarse mientras espere su entrada en escena.

-Pero... Bueno, iré a buscarla -decidió George, al ver que la expresión de Zack se ponía amenazante.

Por lo general Zack sentía un profundo desprecio por los padres de los niños actores, pero en el caso del padre de Emily era distinto. Su mujer los había abandonado a ambos cuando Emily era apenas un bebé. Por pura coincidencia, un productor vio a la chiquilla bonita y llena de hoyuelos jugando en el parque con su padre. Cuando propuso que Emily trabajara en una película, George McDaniels renunció a su trabajo para acompañar a su hija en el set durante el día y empezó a trabajar de noche. Le pare*cía menos probable* que *"corrompieran" a* su *hija si* la dejaba sola con una baby sitter por las noches en *lugar de permitir que de día la acompañara una niñera.* al estudio. Eso solo ya hubiera provocado el respeto de Zack hacia él, pero además era sabido que George invertía cada centavo que ganaba su hija en un fondo a nombre de ella. Lo único que realmente le importaba era el bienestar de Emily, y el cariño dio sus frutos. Emily era una buena chica, cosa sorprendente en el ambiente de Hollywood y de los actores infantiles. No bebía ni se drogaba, no se acostaba con nadie, era amable y decente, y Zack sabía que todo eso se debía a los cuidados que le había proporcionado desde siempre su padre.

Cuando Zack se hallaba cerca de la caballeriza, Emily se le acercó corriendo.

-¡Monta ese caballo y veamos si podemos terminar con el asunto! -dijo Zack.

-Estoy lista, Zack -contestó la chica, con los ojos llenos de angustia al pensar en la situación difícil que él debía tolerar. Después desapareció alrededor de la esquina, donde dos ayudantes la esperaban con el caballo que debía montar.

Zack sabía que no tendría muchas posibilidades de lograr que la escena fuera perfecta en el primer intento, con ensayo o sin él, pero considerando todo lo sucedido la noche anterior, quería sacarse la escena de encima con el menor número de tomas posible. La atmósfera cargada que había entre él, su mujer y el amante sólo empeoraría cada vez que tuvieran que repetir esa escena sexual y explosiva.

Una sombra se apartó de la puerta y la voz cuidadosamente modulada y conciliatoria de Tony Austin detuvo en seco a Zack.

-Mira, Zack, esta escena ya será bastante difícil sin que la empeoremos con nuestra enemistad a causa de Rachel -dijo, moviéndose hacia la luz-. Tú y yo somos adultos, hombres sofisticados y con experiencia. Te propongo que actuemos de acuerdo con eso. -Y le tendió la mano.

Zack contempló con desprecio la mano extendida, y luego a Austin.

-¿Por qué no te vas a la mierda? -contestó.

7

Una tensión espesa y caliente pendía como un palio sobre la caballeriza cuando Zack pasó junto a los presentes y se encaminó hacia el set en penumbras. Sam Hudgins ya se encontraba junto a la cámara ubicada en el piso, y Zack se detuvo frente al par de monitores conectados a las lentes de ambas cámaras, que le permitían ver exactamente lo que enfocaban. Le hizo una seña con la cabeza a Tommy y las cosas comenzaron a moverse en la secuencia prevista.

-¡Luces! -ordenó al asistente de dirección.

Se oyó el sonido metálico de los interruptores y los gigantescos reflectores cobraron vida, inundando el set con una luz calurosa y blanca. Zack se metió las manos en los bolsillos y estudió las imágenes de ambos monitores. Nadie hablaba, nadie tosía, nadie se movía, pero él apenas tenía conciencia del silencio poco habitual. Durante años había compensado lo que le faltaba en la vida enfrascándose por completo en su trabajo y bloqueando todo lo demás; en ese instante volvió a hacerlo sin necesidad de realizar un esfuerzo consciente. Por el momento, la escena que estaban por filmar era lo único que importaba; esa escena era su hijo, su amante, su futuro, y escudriñó cada detalle de lo que se veía en ambos monitores.

Arriba, en los andamies, un asistente y un electricista esperaban instrucciones para mover una luz o cambiar el ángulo de un reflector si era necesario. El jefe de sonidistas estaba ubicado detrás de la cámara del piso, esperando indicaciones, y había otros dos electricistas junto a una grúa, que miraban al segundo camarógrafo que se encontraba sentado a seis metros de altura para poder tomar la escena desde ese ángulo. Había una serie de utileros listos para mover

cualquier detalle de la escena que Zack quisiera que se cambiara de posición; el sonidista tenía los auriculares colgando del cuello, listo para ponérselos, y la "script" sostenía el guión en una mano y un cronómetro en la otra. A su lado, una asistente de producción escribía en la claqueta el número que marcaría la toma cuando Zack diera orden de iniciar el rodaje. Tony y Rachel esperaban a un lado.

Satisfecho, Zack asintió y miró a Sam.

-¿A ti qué te parece?

El director de fotografía apoyó un ojo en el visor de la cámara para echar una última mirada.

-Esa mesa me molesta un poco, Zack -dijo, sin apartar el ojo de la cámara-. Yo la acercaría más a los fardos de pasto.

Al oírlo, dos utileros se adelantaron, tomaron la mesa y la fueron moviendo de a un centímetro por vez, observando a Sam quien, sin apartar el ojo de la cámara, los dirigía con una mano levantada.

-Allí está bien. Exactamente allí. Ansioso por empezar a filmar, Zack miró al camarógrafo ubicado sobre la grúa.

-¿Les? ¿Cómo lo ves desde allí?

-Lo veo bien, Zack.

Después de mirar por última vez a su alrededor, Zack le hizo una seña a Tommy para que hiciera la rutinaria advertencia de silencio y atención, aunque en el set reinaba el silencio de una tumba.

-¡Silencio, por favor! Todos a su lugar. Éste no es un ensayo. Haremos directamente una toma.

Tony y Rachel se ubicaron en sus respectivos lugares marcados en el piso, y mientras un maquillador pasaba un poco de polvo sobre la frente sudorosa de Tony y

una vestidora alisaba la blusa del vestido de Rachel, Zack comenzó a hacer su habitual recapitulación de la escena que estaban por filmar.

-Bueno -dijo con tono cortante y decidido-, ya conocen la historia y su fin. Tal vez podamos lograrlo de primera intención. Si no es así, utilizaremos esta toma como un ensayo. -Miró a Rachel, pero se dirigió a ella con el nombre del personaje, como lo hacía siempre. -Johanna, tú entras en la caballeriza sabiendo que allí, en alguna parte, te espera Rick. Sabes lo que él quiere de ti. Le tienes miedo, y él te teme a ti. Cuando empieza a tratar de seducirte, tu decisión se debilita, pero sólo algunos instantes... y deben ser instantes muy calientes -terminó diciendo Zack, decidiendo que no era necesario especificar el tipo de pasión que esperaba ver entre ella y su amante en la vida real-. ¿Comprendido? -preguntó-. ¡Muy calientes!

-Comprendido -contestó ella, y sólo un parpadeo de sus ojos verdes traicionó cierta inquietud ante lo que estaba por hacer frente a una cantidad de gente.

Zack se volvió hacia Tony, que ya estaba en su lugar.

-Hace más de una hora que esperas aquí a Johanna -le recordó en tono cortante-. Temes que no venga y te odias por desearla. Estás obsesionado con ella, y piensas en la posibilidad de ir a la casa y decirle a la hija, al ama de llaves, a cualquiera que te quiera escuchar, que te has acostado con ella. Te sientes humillado porque te ha estado evitando y porque tienes que encontrarte con ella en la caballeriza, mientras el marido duerme en su cama. Cuando llega y pasa a tu lado sin verte, toda la furia y la angustia que durante meses han estado creciendo en tu interior, explotan. La aterras, pero en cuanto la tocas vuelves a desearla y estás decidido a lograr que ella también te desee. La obligas a besarte y percibes su respuesta inicial. Pero cuando Johanna cambia de actitud y empieza a luchar, ya te has dejado llevar tanto por la pasión que no puedes creer que quiera que te detengas. Y no lo crees hasta que ella toma el arma y te apunta. Entonces te enfureces. Pierdes el control. Agarras el arma y cuando se dispara estás *demasiado enfurecido para comprender que ha sido* accidental. Toda la pasión y la obsesión que ella te inspira se convierte en ira mientras luchas por quitarle el arma. La pistola se dispara por segunda vez, Rachel se desploma en el piso y entonces /dejas caer el arma... estás enfermo de remordimientos y de miedo porque te das cuenta de que está malherida. Oyes a Emily... vacilas y luego huyes. -Incapaz de ocultar por completo el odio que sentía, Zack agregó con tono ácido: -¿Te sientes capaz de hacerlo?

-Sí -contestó Austin con sarcasmo-. Creo que soy capaz.

-Entonces hazlo y terminemos de una vez con esta charada nauseabunda -retrucó Zack, sin poder contenerse. Se volvió hacia Rachel para agregar:

-Tú no pensabas usar el arma contra él, y cuando se dispara quiero que demuestres que estás horrorizada... tan horrorizada que no reaccionas con suficiente rapidez cuando te apunta a ti.

Sin esperar respuesta, Zack se volvió hacia Emily y le habló con voz más suave.

-Emily: tú oyes los disparos y entras a caballo. Tu madre está herida pero consciente, y comprendes que no es una herida mortal. Estás aterrorizada. El amante de tu madre huye hacia su camión, y tú tomas el teléfono y llamas una ambulancia. Después llamas a tu padre. ¿De acuerdo?

-¿Y qué pasa con Tony... es decir, Rick? ¿Yo no debería dar unos pasos como si pensara perseguirlo, o tomar el arma como si pensara ir tras él?

Normalmente todo eso habría sido cubierto en un ensayo y Zack comprendió que había sido un tonto en creer que podían hacer la toma directa, sin ensayarla, sobre todo porque desde el día anterior pensaba en la posibilidad de que no fuera Rachel quien disparara el primer tiro, aunque eso fuera lo que marcaba el guión. Después de una breve vacilación, meneó la cabeza ante la pregunta de Emily.

-La primera vez lo haremos tal como está escrito. Después, si es necesario,

improvisaremos. -Miró al elenco y al equipo técnico. -¿Alguna pregunta?

-dijo en tono cortante. Esperó algunos instantes y al ver que nadie hablaba, le hizo una seña a Tommy.

-Adelante -dijo.

-Corten el aire acondicionado -ordenó Tommy. El sonidista se puso los auriculares, ambos camarógrafos se inclinaron hacia adelante y Zack se colocó entre la cámara y los monitores para poder ver al mismo tiempo los monitores y a los actores.

-Luz roja, por favor -pidió, para que las luces rojas se encendieran fuera de la caballeriza indicando que estaban filmando-. Cámara. -Esperó la confirmación de que las cámaras y el sonido estuvieran rodando a la velocidad indicada.

-¡Rodando! -exclamó el camarógrafo de la grúa.

-¡Rodando! -exclamó Sam Hudgins.

-¡Sonido! -dijo el sonidista.

-¡Márquenla! -ordenó Zack y la asistente de producción se adelantó con rapidez para colocar frente a la cámara de Sam la claqueta que marcaba el número de toma y de secuencia.

-Escena 126, toma 1 -anunció, repitiendo lo que estaba escrito en la claqueta. Golpeó ambas partes de la claqueta para que los editores de la película pudieran sincronizar el sonido con la acción y se hizo a un lado con rapidez.

-¡Acción! -ordenó Zack.

Rachel entró en la caballeriza desde un costado, moviéndose nerviosamente. Miró de un lado a otro, con el rostro convertido en una máscara de terror, aprensión y excitación.

-¿Rick? -preguntó con voz temblorosa, y cuando el amante oculto extendió una mano hacia ella, su grito ahogado fue perfecto.

*Parado junto a* la cámara, con los brazos cruzados sobre el pecho, Zack lo observaba todo con ojos entrecerrados y mirada impersonal, pero cuando Austin empezó a besar á Rachel y la arrastró hacia los fardos de pasto, todo empezó a andar mal. Austin estaba incómodo y su actuación era poco natural.

-¡Corten! -gritó Zack, furioso al comprender

que a ese paso posiblemente se vería obligado a observar a Austin manoseando y besando repetidas veces a su mujer. Se adelantó a la luz y dirigió al actor una glacial mirada de desprecio. -En mi cuarto de hotel no la estabas besando como un chiquilín inepto, Austin. ¿Por qué no repites esa escena en lugar de esta actuación de aficionado que nos estás ofreciendo? Austin se puso colorado como la grana.

-¡Dios, Zack! ¿Por qué no actúas como un adulto

en este asunto...?

Ignorándolo, Zack se volvió hacia Rachel, quien lo miraba echando chispas por los ojos, y le habló con una crudeza poco común.

-Y en cuanto a ti, se supone que también estás caliente, y no soñando con arreglarte las uñas mientras él te manosea.

Las dos tomas siguientes fueron buenas, y todo el equipo lo supo, pero en ambas oportunidades Zack las detuvo antes de que Rachel pudiera tomar el arma, y los obligó a repetirla. En parte lo hizo porque de repente le producía una perversa satisfacción obligarlos a repetir en público los actos adúlteros que lo habían hecho quedar como un imbécil, pero sobre todo porque sentía que la escena todavía no era perfecta.

-¡Corten! -gritó, interrumpiendo la cuarta toma y adelantándose.

Austin se levantó del fardo de pasto, furioso y dispuesto a pelear, abrazando a Rachel, en quien por fin había surgido la sensibilidad suficiente como para que

también ella se sintiera avergonzada y furiosa.

-¡Mira, sádico hijo de puta, en esas últimas dos tomas no hubo nada de malo! Fueron perfectas -gritó Austin, pero Zack lo ignoró y decidió probar la escena con los cambios que había considerado el día anterior.

-¡Cállense la boca y escuchen! -ordenó de mal modo-. Vamos a probar esto de otra manera. A pesar de lo que pensó el autor al escribir esta escena, la realidad es que cuando Johanna dispara contra su amante, aunque sea accidental, pierde toda nuestra simpatía. El hombre ha estado sexual y emocionalmente obsesionado con ella, y ella lo ha usado para colmar sus propias necesidades, pero nunca tuvo la menor intención de abandonar a su marido por él. Así que Johanna tiene que ser herida antes que él, porque si no Rick se convierte en la única víctima en esta película, y en el fondo lo que nos está diciendo el argumento es que todos somos víctimas.

Zack oyó el murmullo de sorpresa y aprobación que surgía de todos los presentes, pero no lo necesitaba para reforzar su decisión. Ahora sabía que tenía razón. Lo sabía con el mismo instinto visceral que le había permitido ganar la Nominación de la Academia por una película que parecía de segunda clase hasta que él se encargó de dirigirla. Se volvió hacia Rachel y Tony, que, a pesar de sí mismos, parecían impresionados por el cambio, y les habló con tono cortante.

-Una vez más y creo que lo tendremos. Lo único que tienen que hacer es invertir el final de la lucha por el arma, para que la primera en resultar herida sea Johanna.

-¿Y después qué? -preguntó Tony-. ¿Qué hago al darme cuenta de que la he herido?

Zack se detuvo un instante a pensar y enseguida contestó con decisión:

-Entonces deja que ella se apodere del arma. No fue tu intención herirla, pero ella no lo sabe. Retrocedes, pero ella tiene el arma y te apunta, llorando... por sí misma y por ti. Sigues retrocediendo. Rachel -dijo, volviéndose hacia ella, enfrascado en sus pensamientos-, quiero verte sollozar, después cierra los ojos y aprieta el gatillo. -Enseguida Zack volvió a su posición inicial. -Márquenla...

La asistente se colocó frente a la cámara con la claqueta.

-¡Escena 126, toma 5!

-¡Acción!

Ésa sería la última toma, una toma perfecta...

Zack lo supo al ver a Austin aferrando a Rachel y obligándola a recostarse contra los fardos de pasto, devorándola con las manos y los labios. En ese momento no había diálogo, pero después se grabaría el sonido, de modo que cuando Rachel tomó el arma y la esgrimió entre ambos, Zack la urgió a luchar con más fuerza.

-¡Lucha! -ladró. Y en un arranque de ironía agregó: -¡Imagina que soy yo!

La frase dio resultado, porque Rachel se retorció y golpeó con furia los hombros de Tony, hasta apoderarse del arma.

Más tarde se incluiría un verdadero disparo en la banda de sonido, en lugar del suave *pop* de la bala de fogueo que había en el arma, y Zack observó a Tony que se la quitaba de las manos y esperó el momento ideal de la lucha para ordenar el disparo. En ese instante Tony apretaría el gatillo, y Rachel caería hacia atrás y apretaría el paquete de sangre falsa que llevaba oculto en el hombro. ¡Ése era el momento!

-¡Disparo! -gritó Zack y el cuerpo de Rachel se estremeció con violencia cuando el tiro explotó con fuerza en la caballeriza, resonando contra el techo de chapas metálicas.

Todo el mundo quedó petrificado, momentáneamente inmovilizados por el sonido inesperado del tiro cuando sólo debió haberse oído el *pop* del disparo de fogueo. Rachel se deslizó lentamente de los brazos de Tony y se desplomó al piso, pero la falsa

mancha de sangre no se extendió por su hombro.

-¿Qué mierda...? -empezó a decir Zack, adelantándose velozmente. Tony ya se inclinaba sobre ella, pero Zack lo alejó de un empujón. - ¿Rachel? --dijo, volviéndola. Tenía un pequeño orificio en el pecho del que apenas comenzaba a manar un hilo de sangre. El primer pensamiento coherente de Zack, mientras pedía a gritos que alguien fuera en busca de la ambulancia y de los médicos, mientras le buscaba el pulso inexistente, fue que esa herida no podía ser fatal. Rachel apenas sangraba, la herida estaba más cerca de la clavícula que del corazón, y además había médicos a pocos pasos de distancia, como lo requería la ley. Se había desatado un pandemónium; se oían aullidos de mujeres, gritos de hombres, y el equipo se acercaba formando una sofocante multitud. -¡Atrás! -gritó Zack, y como no podía encontrarle el pulso a Rachel, empezó a hacerle respiración boca a boca.

Transcurrió una hora mientras Zack permanecía junto a las puertas de la caballeriza, algo alejado de los demás, esperando noticias de la horda de médicos y policías que rodeaban a Rachel. Había autos patrulleros y ambulancias estacionados por todo el parque, y sus atemorizantes luces rojas y azules giraban en la noche silenciosa y húmeda.

Rachel estaba muerta. Lo presentía, lo sabía. Ya se había enfrentado una vez con la muerte, conocía su rostro. Pero a pesar de todo, no podía creerlo.

La policía ya había interrogado a Tony y a los camarógrafos. Ahora empezaban a interrogar a todos los que se hallaban presentes cuando sucedió. Pero no le preguntaban a Zack lo que él había visto. Y, con la escasa capacidad que le quedaba para pensar, a Zack le resultó muy extraño que no quisieran hablar con él.

Entonces vio algo que le heló la sangre. Los policías /que habían acordonado toda la zona, se abrían para dar paso a un auto oscuro. Zack alcanzó a leer el emblema que tenía inscripto en la puerta: "Investigador del Condado".

Todos los demás también lo vieron. Emily empezó a sollozar en brazos de su padre y Zack oyó la salvaje maldición que lanzó Austin, seguida por un reconfortante murmullo de palabras pronunciadas por Tommy. Diana miraba fijo el auto del investigador, con el rostro pálido y tenso, y todos los demás simplemente... se miraban unos a otros.

Pero nadie lo miraba a él ni trataba de acercársele. A pesar de que lo prefería, y pese a su estado de confusión total, a Zack eso le resultó un poco extraño.

*8*

Durante el día siguiente, todo el elenco y el equipo técnico permanecieron en cuarentena dentro del hotel para ser interrogados por la policía. Zack era presa de un estupor inquieto; la policía se negaba a suministrarle información, mientras que los medios periodísticos no hacían más que difundir noticias a todo el país con respecto al acontecimiento. Según el programa de la NBC que Zack vio al mediodía, el arma que mató a Rachel estaba cargada con una bala de punta hueca, diseñada para abrirse en el momento del impacto, infligiendo una destrucción total en una amplia zona del cuerpo, en lugar de atravesarlo simplemente. Ése era el motivo de que la muerte hubiese sido instantánea. El noticiario de la tarde de la CBS presentó a un experto en balística quien, con un puntero y un diagrama del cuerpo de Rachel, explicó al país el daño exacto que la bala había causado y el lugar donde se había alojado el proyectil. Zack apagó el televisor, fue al baño y vomitó. Rachel estaba muerta, y pese a que en el matrimonio de ambos no había verdadero amor, a pesar de que ella pensaba divorciarse de él para casarse con Tony, él no conseguía convencerse de que estaba muerta, ni aceptar la forma horrible de esa muerte. Las noticias de las diez de la noche propaladas por la cadena ABC fueron una bomba verbal para él al anunciar que, de acuerdo con los resultados de la autopsia que acababa de ser dada a publicidad, Rachel Evans Benedict estaba embarazada de seis semanas.

Zack se hundió en el sofá y cerró los ojos, tragando bilis, con la sensación de que se encontraba en el ojo de un huracán que lo hacía girar despiadadamente. Rachel estaba embarazada. Pero él no era el padre de la criatura. Hacía meses que no se acostaba con ella.

Sin afeitarse, y sin poder comer, se paseó por la suite preguntándose si todos los demás estarían encerrados en sus respectivas habitaciones y, en caso contrario, por qué ninguno de ellos había ido a conversar con él, a darle el pésame, o simplemente a pasar el tiempo en su compañía. El telefonista del hotel no daba abasto para contestar las llamadas de gente de Hollywood, más interesada en averiguar detalles que en expresar su pésame ,por la muerte de Rachel. De manera que Zack se negó a recibir llamados, con excepción de Matt Farrell, y pasaba el tiempo preguntándose quién podía haber odiado a Rachel hasta el punto de querer verla muerta. A medida que transcurrían las horas, empezó a sospechar de cada una de las personas presentes en el set, por

un motivo absurdo o por otro, y sin embargo, cada vez descartaba a ese sospechoso y buscaba a otro, porque las causas de su anterior sospecha eran absolutamente increíbles.

En el fondo de su ser tenía conciencia de que tal vez la policía creyera que él tenía fuertes motivos para asesinar a su mujer, y sin embargo los consideraba tan ridículos que se convenció de que la policía también lo vería así.

Dos días después de la muerte de Rachel, Zack contestó un llamado a la puerta de la suite y se topó con los dos detectives que lo habían interrogado el día anterior.

-Señor Benedict -empezó a decir uno de ellos, pero la paciencia de Zack había llegado a su límite.

-¿Por qué mierda pierden el tiempo conmigo? -explotó-. ¡Exijo saber qué progresos han hecho en la búsqueda del asesino de mi mujer!

Estaba tan furioso que se sorprendió cuando uno de los hombres, que había entrado en el cuarto colocándose a sus espaldas, de repente lo empujó hacia la pared, le aferró las muñecas y Zack sintió el contacto frío de las esposas al tiempo que el otro decía:

-Zachary Benedict, está arrestado por el asesinato de Rachel Evans. Tiene derecho a

guardar silencio, tiene derecho a llamar a un abogado. En el caso de que no pudiera pagar a un abogado...



LIbrodot

*9*

-Señoras y señores del jurado, han escuchado el escandalizante testimonio y visto las pruebas incontrovertibles de... -Altón Peterson, el fiscal, permaneció perfectamente inmóvil, mirando con sus ojos penetrantes a cada uno de los doce jurados del Condado de Dallas, quienes debían decidir el resultado de ese juicio que había logrado atraer la atención de

todo el país con sus escandalosas revelaciones de adulterio y asesinato cometidos por superestrellas de Hollywood.

Fuera de la sala de la corte, bullían reporteros de todas partes del mundo, a la espera de conocer el menor detalle del juicio contra Zachary Benedict. En una época lo habían cubierto de alabanzas y de halagos;

ahora informaban con una satisfacción aún mayor acerca de cada detalle de su caída, para fascinar a un público que los digería junto con sus comidas a la hora de los noticiarios.

-Han oído las pruebas -recordó Peterson al jurado con tono enfático, continuando con su resumen final-, el testimonio intachable de docenas de testigos, algunos de los cuales eran amigos de Benedict. Saben que la noche antes de que Rachel Evans fuera asesinada, Zachary Benedict la descubrió desnuda en brazos de Tony Austin. Saben que Benedict se enfureció hasta el punto de que varios integrantes de su equipo debieron contenerlo y alejarlo de Austin. Han escuchado los testimonios de huéspedes del hotel que se encontraban en el vestíbulo, fuera de la suite de Benedict, y que oyeron la fuerte discusión que siguió. Por el testimonio de esos testigos están enterados de que Rachel Evans le dijo a Benedict que pensaba divorciarse de él para casarse con Anthony Austin y que en ese divorcio pensaba quedarse con la mitad de su fortuna. Esos mismos testigos afirman que Benedict le advirtió a su mujer, y cito textualmente sus palabras... -Peterson hizo una pausa para consultar sus anotaciones, pero fue un golpe de efecto, porque dentro de la sala nadie podía olvidar la amenaza. Alzando la voz para lograr un énfasis mayor, Peterson dijo: -¡Te mataré antes de permitir que tú y Austin se queden con la mitad de nada!

El fiscal se inclinó para apoyarse en la baranda del palco del jurado y los miró, uno por uno.

"Y efectivamente la mató, señoras y señores. *¡La* mató a sangre fría junto con la criatura inocente que ella llevaba en su seno! Ustedes saben que lo hizo, y yo sé que lo hizo. Pero la forma en que lo hizo convierte a este crimen en algo aún más asqueante, más odioso, porque demuestra la clase de monstruo que es Zachary Benedict.

Se volvió y comenzó a pasearse. Recapituló el crimen y la forma en que fue cometido. Luego llegó

a su conclusión. "Zachary Benedict no asesinó a su mujer sin premeditación, en un ataque de furia y pasión, como podía haberlo hecho un asesino común. ¡No, él no! Esperó veinticuatro horas para poder terminar primero su preciosa película, y entonces-eligió un método de venganza tan fuera de lo común, concebido con tanta sangre fría, que da ganas de vomitar. Cargó un arma con balas de punta hueca, y a último momento, cuando filmaban la escena final de la película, modificó el guión para que fuera su esposa y no Anthony Austin el que recibiera el balazo durante la falsa lucha. Altón hizo otra pausa y volvió a apoyarse en la baranda del palco del jurado.

"Éstas no son conjeturas mías. Han escuchado testimonios que demuestran cada palabra de lo que acabo de decir. En la tarde del crimen, mientras el resto del elenco y

el equipo se tomaban un descanso para comer, Zachary Benedict entró solo en la caballeriza, ostensiblemente para arreglar algunos detalles del set. Varias personas lo vieron entrar, él mismo admitió haber entrado, y sin embargo nadie pudo notar un cambio posterior en el set. ¿Qué hacía allí adentro Benedict? ¡Ustedes saben lo que hacía! Cambiaba las inofensivas balas de fogueo con las que un asistente declaró haber cargado el arma, por mortíferas balas de punta hueca. Les recuerdo una vez más que en el arma se encontraron las huellas digitales de Benedict. Las suyas, y sólo las suyas, que dejó allí sin duda por error, después de haber limpiado el arma. Y una vez que acabó con sus preparativos, ¿terminó de una buena vez con sus malvados designios, como lo hubiera hecho un criminal común? No, él no. -Altón se volvió a mirar al acusado y no tuvo necesidad de fingir odio ni asco cuando agregó: -Zachary Benedict permaneció de pie junto a un camarógrafo en esa caballeriza, observando las caricias que se prodigaban su mujer y el amante, y los obligó a hacerlo ¡una y otra vez! Los detuvo cada vez que su esposa estaba por tomar el arma. Y luego, cuando ya se había "divertido" bastante, cuando ya consideró que había vengado sus celos enfermizos, cuando ya no pudo prolongar el instante que el guión exigía... el momento en que su mujer debía tomar el arma y dispararla contra Tony Austin... Zachary Benedict ¡modificó el guión!

Peterson giró y señaló a Zack con un dedo, mientras su voz resonaba llena de odio.

-Zachary Benedict es un hombre que ha sido hasta tal punto corrompido por el dinero y por la fama, que se creyó por encima y más allá de las leyes que se aplican a ustedes y a mí. ¡Creyó que ustedes le permitirían salirse con la suya! Mírenlo, señoras y señores del jurado...

Movidos por la resonante voz de barítono de Peterson, todos los rostros de la sala atestada se volvieron a mirar a Zack, que estaba sentado ante la mesa del acusado. A su lado, el abogado defensor le habló sin mover los labios.

-¡Maldito sea, Zack! ¡Mira al jurado! Zack levantó la cabeza y obedeció automáticamente, pero dudaba que nada de lo que hiciera pudiera tener efecto en las mentes del jurado. Si la misma Rachel hubiera decidido tenderle una celada para que lo acusaran de su asesinato, no podría haberlo hecho mejor. Todas las "evidencias" lo acusaban.

-¡Mírenlo! -ordenó Altón Peterson con renovada furia y energía-, y verán lo que es: ¡un hombre culpable de asesinato en primer grado! ¡Ése es *el* veredicto, el único veredicto que ustedes pueden dictar en este caso si quieren que se haga justicia!

A la mañana siguiente, el jurado se retiró para debatir el veredicto, y Zack, que se encontraba en libertad después de pagar una fianza de un millón de dólares, regresó a su suite del Crescent, donde consideró seriamente la posibilidad de tratar de huir a Sudamérica o de tratar de asesinar a Austin. Tony le parecía el sospechoso más lógico, pero ni sus propios abogados ni los detectives privados que habían contratado pudieron encontrar ninguna prueba que lo incriminara, salvo el hecho de que continuaba con su costoso hábito de consumir drogas, un hábito que hubiera estado en mejores condiciones de continuar si Rachel se hubiera casado con él después de divorciarse de Zack. Además, si a último momento Zack no hubiera decidido modificar el guión, Tony, y no Rachel, hubiera recibido el disparo. Zack trató de recordar si alguna vez le mencionó a Tony que no le gustaba el final y que estaba pensando en la posibilidad de cambiarlo. A veces pensaba en voz alta y largaba ideas delante de otros, y después no lo recordaba. Había hecho anotaciones sobre el posible cambio en su

ejemplar del guión, que en muchas ocasiones dejó en distintas partes, pero todos los testigos negaron saber nada al respecto.

Se paseaba por la suite como un tigre enjaulado, maldiciendo al destino, a Rachel y a sí mismo. Repasó una y otra vez el discurso final de su abogado, tratando de convencerse de que Arthur Handler había conseguido persuadir al jurado de que no debía condenarlo. La única defensa plausible que pudo esgrimir Handler fue que Zack tenía que ser un completo idiota para cometer un crimen tan evidente, cuando sabía que todas las pruebas lo incriminarían directamente. Cuando durante el juicio saltó a relucir que Zack era dueño de una importante colección de armas y que estaba familiarizado con distintos tipos de pistolas y balas, Handler trató de señalar que dado que eso era así, Zack debió ser capaz de cambiar las balas sin dejar, con torpeza increíble, sus impresiones digitales en el arma.

La idea de tratar de huir a Sudamérica y después desaparecer rondaba la mente de Zack, pero no era una buena idea, y lo sabía. Para empezar, si huía, aunque el jurado hubiera decidido dejarlo en libertad, lo consideraría culpable. En segundo lugar, su rostro era tan conocido, sobre todo después de la cobertura periodística del juicio, que fuera adonde fuese lo descubrirían a los pocos minutos. Lo único bueno que había surgido de todo el asunto era que Tony Austin nunca volvería a trabajar en cine, ahora que sus vicios y perversiones habían salido a la luz.

A la mañana siguiente, cuando llamaron a su puerta, la tensión y la frustración le habían anudado todos los músculos del cuerpo. Abrió la puerta de un tirón y frunció el entrecejo al encontrarse con el único amigo en quien confiaba implícitamente. Zack no había querido que Matt Farrell asistiera al juicio, en parte porque se sentía humillado, y en parte porque no quería que la culpa que se le atribuía manchara al famoso industrial. Dado que Matt había estado en Europa hasta el día anterior, negociando la compra de una empresa, a Zack no le resultó difícil mostrarse optimista cada vez que lo llamaba por teléfono. Pero en ese momento la expresión sombría de su amigo le indicó que sabía la verdad y que por ese motivo había volado a Dallas.

-No demuestres tanta alegría de verme -dijo Mátt con sequedad, entrando en la suite.

-Te dije que no había motivo para que vinieras -contestó Zack, cerrando la puerta-. En este momento el jurado está deliberando. Todo saldrá

bien.

-En cuyo caso -contestó Matt sin inmutarse

por el poco entusiasta recibimiento-, podemos entretenernos jugando un poco de poker. Tienes un aspecto terrible -agregó, tomando el teléfono para ordenar un inmenso desayuno para dos.

-Esto es como en los viejos tiempos de Carmel, cuando jugábamos a cada rato. Sólo que allí siempre jugábamos de noche... -dijo Matt mientras mezclaba las cartas.

Sólo que entonces la vida, de Zack no pendía de

un hilo...

El pensamiento flotó en el pesado silencio, que quebró el sonido agudo de la campanilla del teléfono.

Zack atendió, escuchó y se puso de pie.

-El jurado ha llegado a un veredicto. Tengo que irme.

-Te acompañaré -dijo Matt.

-No es necesario -contestó Zack, luchando contra el pánico que amenazaba con invadirlo-. Me pasarán a buscar mis abogados. -Miró a Matt y fue hasta su escritorio. -Tengo que pedirte un favor.

-Sacó un documento de un cajón y se lo entregó.

-Lo preparé por si algo llega a salir mal. Es un poder general que te otorga el derecho de actuar por mí en cualquier asunto que se refiera a mis finanzas o a mis bienes.

Matt Farrell miró el documento y se puso pálido ante esa prueba de que obviamente Zack no creía tener demasiadas posibilidades de ser declarado inocente.

*-No es mas que una formalidad, estoy seguro de que nunca tendrás necesidad de usarlo -mintió Zack.*

*-Yo también -contestó Matt con idéntica falta de veracidad.*

Ambos se miraron. Eran casi de la misma altura, contextura física y color de tez, y mostraban la misma falsa expresión de confianza. Cuando Zack tomó su sobretodo, Matt se aclaró la garganta y dijo a regañadientes:

-Si... si tuviera que utilizar este poder, ¿qué quieres que haga?

Zack se anudó la corbata frente al espejo, se encogió de hombros y contestó con un frustrado intento de humor.

-Trata de no fundirme, nada más.

Una hora más tarde, en la sala del juzgado, de pie junto a sus abogados, Zack observó al alguacil que en ese momento le entregaba al juez el veredicto del jurado. Como si las palabras hubieran sido pronunciadas en un túnel lejano, oyó decir al juez:

-... culpable de asesinato en primer grado... Luego Zack escuchó otro veredicto, más terrible que el primero:

-El castigo será de cuarenta y cinco años de cárcel, a ser cumplidos en el Departamento de Justicia Criminal de Texas, situado en Amarillo... Como se trata de una sentencia de más de quince años de cárcel, queda denegada toda posibilidad de excarcelación por fianza... El prisionero queda en custodia...

Zack se negó a hacer un solo gesto. Se negó a hacer nada que pudiera revelar la verdad: que aullaba por dentro.

Permaneció rígido y erguido, aun cuando alguien le tomó las muñecas, se las colocó detrás de la espalda y le puso las esposas.

*10*

-¡Cuidado, señorita Mathison! -La aguda advertencia lanzada por el chico de la silla de ruedas llegó demasiado tarde; Julie llevaba la pelota de básquet por el centro de la cancha, riendo mientras se preparaba para arroJarla al cesto, cuando un pie se le enredó con el posapiés de una silla de ruedas y voló por el aire, para caer luego ignominiosamente de traste en el piso.

-¡Señorita Mathison! ¡Señorita Mathison! -En el gimnasio retumbaban los gritos de los niños inválidos de las sesiones de gimnasia que Julie supervisaba después de las horas de clase, cuando terminaban sus tareas de maestra. De repente estuvo rodeada de chicos en sillas de ruedas o que se apoyaban en muletas.

-¿Está bien, señorita Mathison?-preguntaban a coro-. ¿Se lastimó, señorita Mathison?

-¡Por supuesto que me lastimé! -contestó Julie en broma, apoyándose sobre los codos y apartándose el pelo de los ojos-. Tengo el orgullo muy, muy lastimado.

En el momento en que rodaba sobre sí misma para ponerse de pie, en su campo de visión entraron unos zapatos muy lustrados, medias marrones y un par de pantalones de poliéster.

-¡Señorita Mathison! -ladró el director de la escuela, mirando con aire feroz las marcas sobre el reluciente piso de su gimnasio-. Esto no se parece en nada a un partido de básquet. ¿A qué juega?

A pesar de que en ese momento Julie era maestra de tercer grado en la Escuela Elemental de Keaton, sus relaciones con el director, señor Duncan, no habían mejorado demasiado desde que quince, años antes él la acusó de robar el dinero para los almuerzos de su clase. Aunque el señor Duncan ya no ponía en duda la integridad de Julie, su manera constante de transgredir las reglas de la escuela le resultaban una perpetua molestia. No sólo eso, sino que vivía molestándolo con ideas novedosas y, cuando él las vetaba, ella obtenía el apoyo moral del resto del pueblo y, si era necesario, el apoyo financiero de distintos ciudadanos. Como resultado de una de sus ideas, la escuela contaba ahora con un programa atlético especial para niños con incapacidades físicas, que Julie había creado y que modificaba constantemente con lo que el señor Duncan consideraba un frívolo desinterés por sus procedimientos preestablecidos. No bien puso en marcha su programa para niños incapacitados, el año anterior, la señorita Mathison inventó otro movimiento y no había modo de detenerla. Ahora impulsaba una campaña para desarraigar el analfabetismo entre las mujeres de Keaton y sus alrededores. Lo único que hizo falta para que iniciara esa cruzada fue que descubriera que la esposa del portero de la escuela no sabía leer. Julie Mathison la invitó a su propia casa, donde comenzó a darle clases, pero resultó que la mujer del portero conocía a otra mujer que no sabía leer, y ésa conocía a otra más, que a su vez conocía a otra, y ésa a otra. Al poco tiempo había que enseñar a leer a ocho mujeres y la señorita Mathison le pidió que, para enseñar a sus nuevas alumnas, le permitiera utilizar su aula dos veces por semana, después del horario de clases.

Cuando el señor Duncan protestó por el incremento de los costos que suponía mantener las aulas en funcionamiento en horas de la noche, ella respondió que en ese caso hablaría con el director de la escuela secundaria del pueblo. Antes de quedar como un ogro cuando el director de la escuela secundaria cediera ante los ojos azules y la brillante sonrisa de la señorita Mathison, el señor Duncan le permitió utilizar su aula de tercer grado para esos fines. Poco después de su capitulación, e\\a decidió que necesitaba material especial para acelerar el proceso de aprendizaje de sus adultos. Y como descubrió el señor Duncan en su constante frustración, una vez que a Julie

Mathison se le metía una idea en la cabeza, no se detenía hasta convertirla en realidad. Cuando estaba convencida de que tenía razón, de que había algo importante en juego, Julie Mathison poseía una tozudez poco común, ¿unto con un optimismo enérgico e ilimitado, que al señor Duncan le resultaba enojoso.

En ese momento estaba decidida a conseguir el material especial que le hacía falta y él estaba seguro de que su pedido de dos días de licencia para viajar a Amarillo de alguna manera se relacionaba con ese dinero que necesitaba obtener. Sabía que Julie había convencido al opulento abuelo de uno de sus alumnos minusválidos -un hombre que casualmente vivía en Amarillo- de que donara fondos para la compra de parte del equipo que hacía falta paraje! programa de gimnasia. Ahora el señor Duncan sospechaba que intentaba caer sobre el desprevenido ciudadano para instarlo a que donara fondos para su programa contra-el analfabetismo de mujeres adultas.

Con la cara lavada como la tenía en ese momento, y su pelo castaño que le caía hasta los hombros sujeto en una cola de caballo, Julie Mathison tenía un aire de integridad y de juvenil vitalidad que engañó al señor Duncan cuando la contrató, haciéndole creer que se trataba de una jovencita dulce, bonita y poco complicada. De poco más de un metro sesenta de estatura, tenía huesos finos y piernas largas, nariz elegante, pómulos clásicos y una boca generosa y suave. Sin embargo, como para su desgracia había comprobado, el único rasgo de ese rostro delicado que hacía sospechar lo que era su poseedora, era esa mandíbula obcecada con su hoyuelo pequeño y muy poco femenino.

Ocultando su impaciencia interior, el señor Duncan esperó hasta que su joven maestra terminara con su "equipo", alisara su traje de gimnasia y se pasara las manos por el pelo antes de dignarse explicar los motivos de su poco habitual visita al gimnasio a esa hora.

-Llamó su hermano Ted. Yo era el único que estaba arriba y atendí el teléfono -explicó con irritación-. Me pidió que le dijera que su madre quiere que vaya a comer a las ocho, y que su hermano Cari le prestará su auto para el viaje. Él... este... mencionó que usted piensa viajar a Amarillo. No me lo había comentado cuando me pidió los días de licencia por motivos personales.

-Sí, Amarillo -dijo Julie con una sonrisa de inocencia que no hizo más que poner en guardia al director.

-¿Tiene amigos en Amarillo? -preguntó él, levantando las cejas, en un gesto inquisitivo.

Julie se dirigía a Amarillo a ver al opulento pariente de uno de sus niños minusválidos, con la esperanza de convencerlo de que donara una suma de dinero para su programa contra el analfabetismo de las mujeres adultas... pero tenía el horrible presentimiento de que el señor Duncan ya lo sospechaba.

-Sólo faltaré dos días -dijo, evasiva-. Ya he arreglado que una suplente tome mis clases.

-Amarillo queda a varios cientos de kilómetros de distancia. Debe de tener cosas importantes que hacer allí.

En lugar de responder a la apenas velada pregunta acerca del propósito de su viaje, Julie se levantó la manga del traje de gimnasia, miró su reloj pulsera y exclamó:

-¡Dios mío! ¡Ya son las cuatro y media! Será mejor que me apure... Debo ir a casa, ducharme y estar de vuelta para mi clase de las seis de la tarde.

***

El camino hasta su casa la obligó a cruzar el centro comercial de Keaton, cuatro manzanas de tiendas y negocios que rodeaban el viejo juzgado. Al llegar a Keaton de

niña, la pequeña ciudad tejana sin avenidas ni rascacielos -ni villas miseria- le pareció extraña y desconocida, pero muy pronto aprendió a amar sus calles tranquilas y su atmósfera amistosa. En los últimos quince años, el pueblo no había cambiado demasiado. Estaba igual que siempre, pintoresco y bonito, con su hermoso pabellón blanco en el centro del parque municipal y sus calles de adoquines rodeadas de negocios y de casas inmaculadamente cuidadas. Aunque la población había crecido de tres mil a cinco mil almas, Keaton absorbió a sus nuevos ciudadanos dentro de su propio estilo de vida, en lugar de permitir que lo alteraran. La mayor parte de sus habitantes seguía asistiendo a la iglesia los domingos, los hombres se seguían reuniendo en el Elk Club los primeros viernes de cada mes, y las vacaciones de verano se seguían celebrando de la misma manera tradicional. Los residentes originales de Keaton llegaban a esas festividades a caballo o en carros. Ahora llegaban en pickups o en autos, pero la música y las risas todavía resonaban en el aire del verano, lo mismo que antes. Era un lugar donde la gente se aferraba con fuerza a las viejas amistades, a las viejas tradiciones, a los viejos recuerdos. Era también un lugar donde todo el mundo lo sabía todo acerca de todos los demás.

Ahora Julie formaba parte de todo eso; amaba la sensación de seguridad, de pertenencia que le daba, y desde los once años había evitado todo lo que pudiera provocar la censura de los comentarios. Durante la adolescencia, sólo salía con los escasos chicos que merecían la aprobación de sus padres y de toda la ciudad, y sólo asistía con ellos a actividades del colegio o a castas actividades de la iglesia. Jamás violó un reglamento de tránsito o una regla preestablecida. Vivió en casa de sus padres mientras estudiaba, hasta el año anterior, cuando por fin alquiló su propia casita en el lado norte de la ciudad. Mantenía esa casa prolija, y después del anochecer nunca permitía la entrada a hombres que no formaran parte de su familia. En la década de 1980, otras jóvenes de su edad habrían protestado contra esas restricciones, autoimpuestas o no, pero ése no era el caso de Julie. Ella había encontrado un verdadero hogar, una familia que la quería, la respetaba y le brindaba toda su confianza, y estaba decidida a ser digna de ellos. Tan eficaces fueron sus esfuerzos que, ya adulta, Julie Mathison era el modelo ciudadano de Keaton. Aparte de enseñar en la escuela y de entregar voluntariamente su tiempo al programa de gimnasia para niños con incapacidades físicas, y de enseñar a leer a mujeres adultas, también enseñaba en la escuela dominical, cantaba en el coro, cocinaba tortas para las ferias de la iglesia, y tejía para ayudar a reunir fondos para una nueva sede para los bomberos.

Con absoluta decisión había erradicado todo rastro de la temeraria e impulsiva chiquita de la calle que fue en una época. Y sin embargo, todos los sacrificios que hacía la recompensaban hasta tal punto que siempre tenía la sensación de ser ella la que salía ganando. Le encantaba trabajar con niños, y le fascinaba enseñar a adultos. Había logrado forjarse una vida perfecta. Sólo que algunas veces, de noche y cuando estaba sola, no podía evitar la sensación de que todo eso no era perfecto. Había algo falso, faltaba algo, o existía algo que estaba fuera de lugar. Tenía la sensación de haberse inventado un papel que debía interpretar, y no estaba segura de lo que se suponía que debía hacer en el futuro.

El año anterior, cuando llegó el nuevo pastor asistente para ayudar al padre de Julie, se dio cuenta de algo que debió haber considerado mucho antes: necesitaba un marido y una familia propia a quienes amar. *Y* Greg *también. Hablaron de la. posibilidad* de casarse, pero Julie quiso esperar hasta estar segura, y ahora Greg estaba en Florida con su propia congregación, todavía esperando que ella se decidiera. Los chismosos del pueblo, que aprobaban por completo al joven pastor como marido de Julie, sufrieron una fuerte desilusión cuando el mes anterior Greg se alejó sin comprometerse oficialmente con Julie. Objetivamente, Julie también aprobaba a Greg. Sólo que a veces, tarde, a la noche, la perseguían esas dudas vagas e inexplicables...

11

Con la cadera apoyada contra el escritorio, Julie les sonrió a las siete mujeres de entre veinte y sesenta años a quienes estaba enseñando a leer. A pesar de que recién las conocía, ya la habían conquistado con su determinación, su coraje y su intensidad. Faltaban apenas veinte minutos para la hora en que debía estar en la casa de sus padres, donde comería, pero no tenía ganas de terminar esa clase. A regañadientes,

miró su reloj.

-Bueno, creo que con eso basta por esta noche. ¿Alguien quiere preguntar algo acerca de los deberes para la semana que viene, o hay algo que quieran

decir?

Siete pares de ojos de expresión sincera se clavaron en ella. Rosalie Silmet, de veinticinco años y madre soltera, levantó la mano y habló con timidez.

-Bueno, todas queremos decirle lo mucho que significa para nosotras lo que está haciendo. Me eligieron para que se lo dijera, porque hasta ahora soy la que mejor lee. Queremos que sepa hasta qué punto nos ha cambiado la vida que usted crea en nosotras. Algunas •-miró a Pauline Perkins que acababa de unirse a la clase a instancias de Rosalind no creen que pueda llegar a enseñarnos a leer, pero estamos dispuestas a darle la posibilidad de que lo logre.

Siguiendo la dirección de la mirada de Rosalind, Julie observó a la mujer morocha, de aire solemne, de alrededor de cuarenta años, y le habló con suavidad.

-¿Por qué cree que no podrá aprender a leer, Pauline?

La mujer se puso de pie, como si estuviera por dirigirse a una persona de gran importancia, y admitió con dolorosa dignidad:

-Mi marido dice que si no fuese estúpida habría aprendido a leer cuando era chica. Mis hijos dicen lo mismo. Dicen que estoy haciéndole perder tiempo. Vine porque Rosalind dice que está aprendiendo a leer con mucha rapidez y que ella tampoco se creía capaz de conseguirlo. Entonces me dije que haría la prueba durante algunas semanas.

El resto de las mujeres presentes asintió, y Julie cerró los ojos antes de admitir algo que había conservado en secreto durante tantos años.

-Yo sé que todas pueden aprender a leer. Tengo pruebas de que no saber leer no quiere decir que una sea tonta. Y lo puedo demostrar.

-¿Cómo? -preguntó directamente Pauline. Julie respiró hondo antes de hablar.

-Lo sé porque cuando llegué a Keaton estaba en cuarto grado y no sabía leer tan bien como lee Rosalind después de unas semanas de clase. Yo sé lo que una siente cuando cree que es demasiado tonta para aprender. Sé lo que se siente cuando uno recorre un pasillo sin poder leer los nombres de los baños escritos en las puertas. Y sé cómo trata uno de ocultárselo al resto de la gente, para que no se rían. Yo no me río de ustedes. Nunca me reiré de ustedes. Porque sé algo más... sé el coraje que tiene que tener cada una de ustedes para venir aquí dos veces por semana.

Las mujeres la miraban con la boca abierta.

-¿Es cierto eso? -preguntó Pauline-. ¿Usted no sabía leer?

-Es absolutamente cierto -afirmó Julie, manteniéndole la mirada-. Por eso quiero enseñarles a ustedes. Por eso estoy decidida a conseguir todos los nuevos elementos que existen en la actualidad para ayudar a leer a los adultos. Confíen en mí -pidió, enderezándose-. Encontraré la manera de conseguirles todas esas cosas. Para eso viajo mañana a Amarillo. En este momento, lo único que les pido es que tengan un poco de fe en mí. Y en ustedes mismas.

-Yo tengo mucha fe en usted -bromeó Peggy Listrom, poniéndose de pie y recogiendo sus útiles-. Pero todavía no sé si tengo fe en mí misma.

-¡No puedo creer que haya dicho eso! -contestó Julie-. ¿Al principio de la clase no la oí fanfarronear diciendo que esta semana pudo leer algunos nombres de calles?

Cuando Peggy sonrió y levantó al bebé que dormía en una silla a su lado, Julie decidió que en esa etapa tan temprana les hacía falta que les reforzara el entusiasmo.

-Antes de que se vayan, me gustaría que recordaran por qué querían aprender a leer. ¿Qué me dice, Rosalie?

-Eso es fácil. Quiero ir a la ciudad, donde hay trabajo de sobra, pero no consigo empleo porque no sé llenar una solicitud. Y aunque ideara una manera de salvar ese escollo, sin saber leer no conseguiría un trabajo que valiera la pena.

Otras dos mujeres asintieron, y Julie miró a Pauline.

-Y usted, Pauline, ¿por qué quiere aprender a leer? La mujer sonrió avergonzada.

-Me gustaría demostrarle a mi marido que está equivocado. Me gustaría enfrentarlo una vez en la vida, y demostrarle que no soy imbécil. Y después... -no terminó la frase.

-¿Y después? -preguntó Julie con dulzura.

-Y después -continuó diciendo la mujer-, me gustaría poder sentarme a ayudar a mis hijos con sus deberes.

Julie miró a Debby Sue Cassidy, una mujer de treinta años, pelo castaño lacio y aire tranquilo, a quien sus padres itinerantes habían sacado repetidamente de distintas escuelas, hasta que por fin, al llegar a quinto grado, dejó de asistir de manera definitiva. Impresionaba a Julie como una persona particularmente inteligente y, por lo poco que había dicho en clase, daba la sensación de ser una persona creativa y que sabía expresarse. Trabajaba como mucama;
tenía aspecto de bibliotecaria. Debby vaciló antes de hablar.

-Si después de aprender a leer pudiera hacer lo que quisiera, sólo una cosa me interesaría. .

-¿Y qué es? -preguntó Julie.

-No se ría, pero me gustaría escribir un libro.

-No me río -contestó Julie con suavidad.

-Creo que algún día podré hacerlo. Es decir, tengo buenas ideas y sé contar historias en voz alta, sólo que no sé escribirlas. Escucho libros grabados, usted sabe, los que se graban para los ciegos, aunque yo no sea ciega. Y sin embargo, a veces siento que lo soy. Tengo la sensación de estar dentro de un túnel oscuro, sólo que sin salida, pero ahora creo que quizá la haya. Si realmente logro aprender a leer.

Esas confesiones trajeron una lluvia de otras confesiones, y Julie empezó a comprender la vida que esas mujeres se veían obligadas a vivir. Ninguna de ellas tenía la menor autoestima, era evidente que sus maridos o los hombres con quienes vivían se burlaban de ellas y las maltrataban, y lo peor era que ellas mismas no creían merecer nada mejor. Cuando Julie cerró la puerta del aula a sus espaldas, llevaba diez minutos de atraso para la comida en casa de sus padres, y estaba más resuelta que nunca a conseguir
el dinero necesario para que esas mujeres tuvieran a su alcance todos los elementos para aprender a leer con más rapidez.

12

El patrullero de Ted estaba estacionado frente a la casa de sus padres, y Carl caminaba hacia la casa, conversando con él. El Blazer azul de Carl, que insistía que ella debía llevar a Amarillo en lugar de su propio coche, menos confiable, se hallaba estacionado en el camino de entrada y Julie detuvo el suyo a su lado. Ted y Carl se volvieron a esperarla, y aun después de tantos años, ella todavía volvió a sentir un orgullo profundo y una sensación de asombro al ver lo altos y apuestos que eran sus hermanos y lo cálidos y cariñosos que seguían siendo con ella.

-¡Hola, hermana! -exclamó Ted, envolviéndola en un abrazo.

-¡Hola! -contestó ella, devolviendo el abrazo-. ¿Cómo anda el derecho? -Ted era sheriff asistente de Keaton, pero acababa de recibirse de abogado y esperaba que aprobaran su tesis para comenzar a ejercer.

-¡Progresando! -contestó él en broma-. Hoy le entregué una citación a la señora Herkowitz. Con eso me gané el día. -A pesar de su intento de humor, en su voz se notaba ese dejo de cinismo que tenía desde hacía tres años, desde el fracaso de su matrimonio con la hija del ciudadano más rico de Keaton. La experiencia le dolió y lo endureció. La familia lo sabía y lo lamentaba profundamente.

Por su parte, Carl llevaba seis meses de casado, y era todo sonrisas y optimismo. Él también la abrazó.

-Esta noche Sara no puede venir a comer, todavía no se ha repuesto del resfrío -explicó.

La luz del porche estaba encendida y Mary Mathison apareció en la puerta, con un delantal atado a la cintura. Aparte de algunas hebras grises en el pelo y el hecho de que, desde que tuvo un infarto, se tomaba la vida con más tranquilidad, seguía tan bonita, vital y cálida como siempre.

-¡Apúrense, chicos! -exclamó-. La comida se enfría.

Detrás de ella estaba el reverendo Mathison, alto y erguido; ahora usaba anteojos permanentes y tenía el pelo casi completamente gris.

-¡Apúrense! -los urgió, mientras palmeaba a los varones en la espalda y abrazaba a Julie.

A lo largo de los años, lo único que había cambiado en las comidas de la familia Mathison era que ahora Mary Mathison prefería usar el comedor y tratar esas comidas como ocasiones especiales, porque sus tres hijos eran adultos y cada uno tenía su propia casa. Pero las comidas en sí no habían cambiado;
seguían siendo una ocasión para compartir risas y experiencias, un momento para mencionar problemas y ofrecer soluciones.

-¿Cómo anda la construcción de la casa de Addleson? -le preguntó el padre de Julie a Cari.

-No muy bien. Si quieres que te confiese la verdad, me está volviendo loco. El plomero conectó el agua caliente a las canillas de agua fría, el electricista conectó la luz del porche a la instalación evacuadora, así que cuando uno decide eliminar la basura se prende la luz del porche.

Por lo general Julie era comprensiva con los problemas y tribulaciones del negocio de la construcción de su hermano, pero en ese momento la preocupación de Carl le pareció más divertida que angustiosa.

-Tranquilízate. El mayor Addleson no te hará juicio por haberte atrasado unos días en la construcción de su casa -lo calmó el reverendo Mathison-Es un hombre justo. Sabe que eres el mejor constructor de este lado de Dallas.

-Tienes razón -aceptó Cari-. Hablemos de algo más alegre. Hace semanas que andas

con evasivas, Julie. Dinos: ¿te vas a casar con Greg o no?

-¡Oh! -exclamó ella-. Bueno yo... nosotros... -Toda la familia la contempló divertida mientras ella arreglaba los cubiertos a ambos lados de su plato y después movía la fuente del puré para que el dibujo quedara en el centro. Ted lanzó una carcajada y Julie se detuvo, ruborizada. Desde la infancia, cada vez que se sentía indecisa o preocupada, tenía una repentina y compulsiva necesidad de enderezar objetos y colocarlos en un orden perfecto, ya fuera el placard de su dormitorio, los armarios de la cocina o los cubiertos en la mesa. Dirigió una mirada tímida a sus hermanos.

-Supongo que sí. Algún día.

Todavía seguía pensando en el asunto cuando se separaron para regresar a sus respectivas casas. Después de despedirse de sus padres, se encaminaron hacia el Blazer de Carl.

-Sopla viento norte hacia Texas -comunicó Ted, estremeciéndose de frío-. Si llega a nevar allá arriba, te alegrarás de tener un vehículo con tracción en las cuatro ruedas. Ojalá Cari no necesitara su teléfono en la pickup. Me sentiría más tranquilo si hubiera podido dejarlo en el Blazer.

-No te preocupes por mí, estaré perfectamente bien -lo tranquilizó Julie, besándole la mejilla. Mientras se alejaba, lo miró por el espejo retrovisor. Ted estaba parado en la vereda, con las manos en los bolsillos; un hombre rubio, alto, delgado, atractivo, con una expresión fría y desesperanzada. Era la misma expresión que le había visto muchas veces desde su divorcio de Katherine Cahill. Katherine había sido la mejor amiga de Julie, y todavía seguía siéndolo, a pesar de haberse mudado a Dallas. Ni Katherine ni Ted hablaban mal uno del otro con ella, y le costaba comprender cómo dos personas a quienes quería tanto no pudieran amarse. Julie hizo a un lado ese pensamiento deprimente y consideró su viaje a Amarillo del día siguiente. Esperaba que no nevara.

-Oye, Zack -el murmullo era apenas audible-. ¿Qué vas a hacer si pasado mañana empieza a nevar, como anuncia el pronóstico del tiempo? -Dominio Sandini se inclinó desde la cama de arriba y miró al hombre tendido en la cama inferior, que tenía la mirada clavada en el cielo raso. -¿Me oíste, Zack? -agregó en un susurro algo más fuerte.

Zack dejó de pensar en su inminente huida y en los riesgos que entrañaba, volvió lentamente la cabeza y miró a su compañero de celda de la Penitenciaría Estatal de Amarillo, un hombre delgado, de piel color oliva y unos treinta años, que conocía sus planes de huida porque participaba en ellos. El tío de Dominio jugaba una parte importantísima en esos planes. Era un levantador de apuestas retirado, de acuerdo con la información de la biblioteca de la cárcel, con supuestas conexiones en la Mafia de Las Vegas. Zack le había pagado una verdadera fortuna a Enrico Sandini para que le allanara el camino una vez que lograra huir. Y lo hizo basándose en la recomendación de Dominio, quien aseguraba que su tío era "un hombre honorable". Sin embargo, trascurrirían algunas horas antes de que supiera si el dinero que le pidió a Matt Farrell que transfiriera a la cuenta bancaria de Sandini en Suiza le serviría para algo.

-No te preocupes. Yo me encargaré de todo -dijo, en respuesta a la pregunta de Dominio.

-Bueno, cuando te "encargues de todo" no te olvides que me debes diez dólares. ¿Lo recuerdas?

-Te lo pagaré cuando salga de aquí-aseguró Zack. Y por si alguien escuchaba, agregó: -Algún día.

Con una sonrisa conspiradora, Sandini se recostó en su camastro y comenzó a leer la carta que acababa de recibir ese día.

Diez malditos dólares... pensó Zack sombríamente, recordando los tiempos en que daba propinas de diez dólares a botones y a mensajeros con tanta indiferencia como si se tratara de dinero falso. Pero en ese infierno donde había vivido los últimos cinco años, la gente asesinaba por diez dólares. Allí con diez dólares se podía comprar todo lo que estuviera disponible, desde un paquete de cigarrillos de marihuana o un puñado de sedantes o excitantes, hasta revistas dedicadas a toda clase de perversidades. Ésos eran algunos de los pequeños "lujos" que se podían comprar allí. Por lo general, Zack trataba de no pensar en su forma de vida anterior; si lo hacía, esa celda de tres metros por cuatro con un lavatorio, un inodoro y dos camastros superpuestos le resultaba aún más insoportable, pero en ese momento, después de haber decidido que huiría o moriría en el intento, quería recordar. Esos recuerdos reforzarían su resolución, a pesar de los riesgos y el costo que implicaba. Quería recordar la furia que sintió el primer día cuando la puerta de la celda se cerró tras él, y al día siguiente cuando una pandilla de hombrones lo rodearon en el patio de la prisión y se burlaron de él.

"Ven, actorcito de cine, enséñanos cómo ganaste todas esas peleas en las películas."

Una furia ciega e irracional lo impulsó a atacar al más grandote del grupo; furia y un oscuro deseo de terminar allí mismo y ahora con su vida, lo más rápido posible, pero no antes de infligirle dolor a ese hombre que pretendía atormentarlo. Y así lo hizo. Zack estaba en buen estado físico, y los movimientos que había aprendido para sus falsas peleas en los, papeles de "malo" del cine no fueron en vano. Cuando la pelea terminó, Zack tenía tres costillas rotas y un riñon afectado, pero su oponente estaba muchísimo peor.

Su triunfo le valió una semana de encarcelamiento solitario, pero después de eso nadie volvió a burlarse de él. Se corrió la voz de que era un loco, y nadie se interponía en su camino. Después de todo, era un asesino convicto, no un ladronzuelo cualquiera. Y eso también le valió que lo trataran con cierto respeto. Demoró tres años en comprender que el camino más fácil era el buen comportamiento, que implicaba aceptar el juego como un buen soldadito. Y lo hizo, y hasta llegó a tomarles cierta simpatía a algunos convictos, pero en todos esos años nunca conoció un instante de paz. Sólo hubiera tenido paz aceptando su destino, pero nunca, ni por un instante en tantos años de encarcelamiento, pudo hacer lo que los demás le aconsejaban: aceptar su confinamiento. Eso era algo que no haría jamás. Aprendió a plegarse al juego y simular que se había "adaptado", pero la verdad era justamente lo contrario. La verdad era que cada mañana, cuando abría los ojos, comenzaba su batalla interior y continuaba hasta que por fin se volvía a quedar dormido. Tenía que salir de allí antes de volverse loco. Su plan era sólido: todos los miércoles, Hadley, el director de la cárcel que la manejaría como si se tratara de algo propio, asistía a una reunión comunitaria en Amarillo; Zack era su chofer, y Sandini su mandadero. Ese día era miércoles y todo lo que Zack necesitaba para huir lo estaba esperando en Amarillo, pero a último momento Hadley le comunicó que la reunión se había suspendido hasta el viernes. Zack apretó los dientes. Si no fuera por esa demora, ya estaría en libertad. O muerto. Ahora tendría que esperar dos días más para llevar a Cabo su intento de huida, y no sabía si sería capaz de soportar tanta tensión.

Cerró los ojos y repasó el plan. Estaba lleno de escollos, pero Dominic Sandini era confiable, de manera que contaba con ayuda dentro de la cárcel. Se suponía que todo lo del exterior había sido cubierto por Enrico Sandini: dinero, transporte y una nueva identidad. A partir de allí, el resto dependía de Zack. En ese momento lo que más le preocupaba era todo lo que no podía predecir con exactitud, como el estado del tiempo y la ubicación de las posibles barricadas de los caminos. A pesar de sus cuidadosos planes, podían suceder mil cosas pequeñas, provocando un efecto dominó capaz de

producir el colapso de todo el plan de huida. El riesgo era enorme, pero no importaba. No, en realidad no importaba. Sólo tenía dos opciones: quedarse en ese agujero infernal y permitir que destruyeran lo que quedaba de su mente y su cordura, o huir, arriesgándose a que lo balearan al tratar de capturarlo. En lo que a él se refería, era mil veces preferible morir que pudrirse allí dentro.

Aun en el caso de que lograra escapar, sabía que nunca dejarían de perseguirlo. Durante el resto de su vida -una vida probablemente muy corta- jamás podría relajarse ni dejar de mirar por sobre el hombro, en cualquier parte del mundo donde estuviera. ¿Valía la pena? ¡Vaya si valía la pena!

-¡Dios Santo! -La exuberante exclamación de Sandini sacó a Zack de los pensamientos de su huida. -¡Se casa Gina! -Agitó la carta que había estado leyendo, y cuando Zack lo miró con cara inexpresiva, lo repitió en voz más alta. -¿Oíste lo que dije, Zack? ¡Mi hermana Gina se casa dentro de dos semanas! Se casa con Guido Dorelli.

-Me parece una elección acertada -contestó Zack-, considerando que fue quien la embarazó.

-Sí, pero como ya te dije, mamá no estaba dispuesta a permitir que se casara con él.

-Porque Guido es un tiburón solitario -supuso Zack después de recordar durante algunos instantes lo que sabía del novio.

-¡No! Es decir, un tipo tiene que ganarse la vida.
Eso mamá lo comprende. Guido le presta dinero a gente que lo necesita, eso es todo.

-Y si no se lo pueden devolver les rompe las piernas.

Al ver la expresión de Sandini, Zack lamentó de inmediato su sarcasmo. A pesar de que Sandini había robado veintiséis automóviles y sufrido dieciséis arrestos antes de cumplir veintiocho años, había algo muy querible e infantil en ese pequeño italiano flaco. Lo mismo que Zack, gozaba de algunas prerrogativas por buen comportamiento, pero sólo faltaban cuatro semanas para que finalizara su condena. Sandini era un verdadero gallito, siempre dispuesto a pelear, y sentía una intensa lealtad hacia Zack, cuyas películas le encantaban. Tenía una familia enorme y muy particular que lo visitaba con regularidad en la cárcel. Cuando se enteraron de que Zack era su compañero de celda, al principio quedaron intimidados, pero al descubrir que nunca recibía visitas, olvidaron quién era y lo adoptaron como si fuera un pariente más. Zack prefería que lo dejaran solo y en paz, y lo demostró con claridad ignorándolos por completo. Fue un esfuerzo inútil. Cuanto más intentaba evadirlos, con más insistencia lo rodeaban formando un grupo cariñoso y alegre. Antes de que Zack se diera cuenta de lo que había sucedido, empezó a recibir besos rotundos de mamá Sandini y de las hermanas y primas de Dominio. Chiquitos de manos pegajosas y sonrisas llenas de amor se le sentaban en las rodillas, mientras las madres conversaban sobre los asuntos de la enorme familia de Dominic, y Zack hacía esfuerzos sobrehumanos por recordar los nombres de todos mientras mantenía la mirada alerta para tratar de esquivar los caramelos que los chiquitos tenían en las manos y que de todos modos siempre terminaban pegados a su pelo. Sentado en un banco del patio atestado de la cárcel, vio a un bebito regordete de la familia Sandini que daba sus primeros pasos, y que le tendió las manos en busca de ayuda, en lugar de recurrir para ello a alguno de sus múltiples parientes.

La familia de Dominic lo envolvía en su calidez, y cuando se iban, dos veces por mes, le mandaban salames grasosos envueltos en papel marrón, lo mismo que a Dominic. Y aunque el salame le resultaba indigesto, Zack siempre comía un poco, y cuando las primas Sandini empezaron a escribirle y a pedirle autógrafos, Zack siempre

les contestaba. Mamá Sandini le enviaba tarjetas para sus cumpleaños, y lo retaba por ser demasiado flaco. Y en las pocas ocasiones en que Zack tuvo ganas de reír, invariablemente la causa fue Sandini. De alguna extraña manera, se sentía más cerca de Sandini y de su familia de lo que jamás se había sentido de la suya.

Tratando de arreglar el comentario duro que acababa de hacer acerca del futuro cuñado de Sandini, Zack dijo con aire solemne.

-Pensándolo bien, los bancos hacen lo mismo. Cuando la gente no puede pagar, arrojan a la calle a las viudas y a los huérfanos.

-¡Exactamente! -exclamó Sandini, asintiendo y recuperando su buen humor.

Zack comprendió que era un alivio poder hacer a un lado sus angustiosas preocupaciones sobre las eventualidades que podían presentarse en su plan de huida y que eran imposibles de controlar, así que decidió continuar con el tema de la noticia que Sandini acababa de recibir.

-Si tu madre no objetaba la profesión de Guido ni sus entradas en la cárcel, ¿por qué se oponía a que Gina se casara con él?

-Ya te lo dije, Zack -contestó Sandini-. Guido ya ha estado casado, por la iglesia, y ahora] está divorciado, así que está excomulgado,

-Tienes razón, me había olvidado -dijo Zack

haciendo un esfuerzo por no sonreír.

Sandini volvió a enfrascarse en su carta.

-Gina te manda cariños. Mamá también. Mamá dice que no le escribes bastante y que no comes bastante.

Zack miró el reloj pulsera de plástico que le permitían usar y se puso de pie.

-Vamos, Sandini. Es hora de otro recuento de prisioneros.

13

Las mellizas Eldridge, ancianas vecinas de Julie, estaban sentadas en la hamaca del porche delantero de su casa, la ubicación favorita de ambas, desde donde podían observar los movimientos y actividades de todos sus vecinos a lo largo de las cuatro cuadras de la calle Elm. En ese momento, ambas solteronas observaban a Julie que colocaba su valija en el asiento trasero del Blazer.

-Buenos días, Julie -saludó Flossie Eldridge, y Julie se volvió sobresaltada al comprobar que las dos ancianas de pelo blanco ya estaban levantadas a las 6 de la mañana.

-Buenos días, señorita Flossie -contestó, encaminándose hacia ellas para saludarlas con mayor respeto-. Buenos días, señorita Ada.

Pese a tener más de setenta anos, las ancianas seguían siendo parecidas, un parecido que reforzaba la costumbre de toda una vida de usar vestidos idénticos. Sin embargo allí terminaba la semejanza entre ellas, porque Flossie era regordeta, dulce, dócil y alegre, mientras su hermana era flaca, amargada, dominante y entrometida.

-Es una hermosa mañana -agregó la señorita Flossie, envolviéndose en su chai para defenderse del aire frío de enero-. Estos días tibios que se presentan de vez en cuando decididamente logran que el invierno parezca más corto y más tolerable, ¿no es cierto, Julie?

Pero antes de que Julie pudiera contestar, Ada Eldridge fue directamente al tema que le interesaba.

-¿Te vas de nuevo, Julie? ¡Pero si apenas hace unas semanas que has vuelto!

-Sólo estaré ausente dos días.

-¿Otro viaje de negocios, o esta vez se trata de un viaje de placer? -insistió Ada.

-Más bien diría que es un viaje de negocios.

-Ada levantó las cejas, exigiendo información adicional, y Julie decidió ceder para no ser grosera.

-Voy hasta Amarillo, donde trataré de conseguir una donación para mi programa de lucha contra el analfabetismo.

Ada asintió, digiriendo la información.

-Me he enterado de que tu hermano tiene problemas para terminar la casa del mayor Addleson.

-Cari es el mejor constructor de la zona. Justamente por eso lo eligió el arquitecto del mayor Addleson. En esa casa todo está hecho a medida. Y eso requiere tiempo y paciencia. -Ada abrió la boca para continuar con su inquisición, pero Julie le ganó de mano. Miró su reloj y dijo con rapidez: -Será mejor que me ponga en marcha. Tengo un largo viaje por delante. Adiós, señorita Flossie. Señorita Ada.

-Ten cuidado -advirtió la señorita Flossie--. Dicen que avanza un frente frío desde Amarillo, que llegará aquí mañana o pasado. Allá nieva mucho. Supongo que no querrás quedar atrapada en una tormenta de nieve.

Julie le dedicó una cariñosa sonrisa a la melliza regordeta.

-No se preocupe. Voy en el Blazer de Carl. Además el pronóstico meteorológico anuncia sólo un veinte por ciento de probabilidades de que nieve aquí.

Las dos ancianas se quedaron observando el Blazer que retrocedía por el camino de entrada. Luego la señorita Flossie lanzó un suspiro.

-¡Julie vive una vida tan aventurera! El verano pasado viajó a París, Francia, con ese grupo de maestras, y el año anterior fue a conocer el Gran Cañón. Decididamente no hace más que viajar.

-También lo hacen los vagabundos -contestó la señorita Ada con tono ácido-. Si me lo preguntas, te diré que creo que debería quedarse en su casa y casarse con ese pastor

asistente que la pretende, mientras todavía tenga posibilidades de hacerlo.

En lugar de someterse a una inútil y desagradable confrontación con su melliza, Flossie hizo lo que hacía siempre: simplemente cambió de tema.

-El reverendo Mathison y su señora deben de estar muy orgullosos de todos sus hijos.

-No lo estarían si supieran que Ted pasa la mitad de sus noches con esa chica con quien anda ahora. Irma Bauder me comentó que hace dos noches oyó arrancar su coche después de las cuatro de la madrugada.

La expresión de Flossie se tornó soñadora.

-¡Ah, pero Ada! Considera que tal vez tengan mucho de que hablar. ¡Apuesto a que ya están enamorados!

-¡Están calientes! -retrucó Ada-. Y tú sigues siendo una tonta romántica, igual que tu madre. Papá siempre lo decía.

-También tú eres hija de mamá, Ada -señaló Flossie con cautela.

-Pero yo me parezco a papá. No tengo ningún parecido con ella.

-Mamá murió cuando éramos bebitas, así que no puedes estar tan segura.

-Estoy segura porque papá siempre lo decía. Decía que tú eras una tonta, igual que mamá, y que yo era fuerte, igual que él. Si recuerdas, fue por ese motivo que me dejó el control de su fortuna... porque no se puede confiar en que tú sepas cuidarte. Así que yo he tenido que cuidar de las dos.

Flossie se miró las manos regordetas que tenía entrelazadas sobre la falda. No contestó.

14

Zack estaba parado ante el pequeño espejo que había sobre los lavatorios, mirando sin ver su reflejo, y diciéndose que ese día Hadley no volvería a cambiar de planes. En ese momento entró apresuradamente Sandini con expresión de contenida excitación, y miró con cautela por sobre el hombro para ver si había alguien en el vestíbulo. Satisfecho de que nadie pudiera oírlos, se acercó a Zack y dijo en un susurro:

-Hadley mandó avisar que quería salir hacia Amarillo a las tres en punto. ¡Éste es el día!

Hacía tanto que la tensión y la impaciencia carcomían a Zack, que no podía convencerse de que había llegado el momento tan esperado. Dos largos años de simular que aceptaba el sistema, de convertirse en un prisionero modelo para que confiaran en él y le concedieran una serie de prerrogativas, tantos meses de planear y pensar... por fin fructificaban. Dentro de pocas horas, y siempre que la demora no hubiera causado daños irreparables a sus arreglos, estaría en camino en un auto alquilado y con una nueva identidad, siguiendo un itinerario minuciosamente planeado, y con pasajes de avión que llevarían a las autoridades a buscar una aguja en un pajar.

Ubicándose en el lavatorio vecino, Sandini dijo:

-¡Dios, ojalá pudiera ir contigo! Me encantaría poder asistir al casamiento de Gina.

Zack se inclinó a lavarse la cara con agua fría, pero percibió el tono de excitación de la voz de Sandini y se aterró.

-¡Ni lo sueñes! Tú saldrás de aquí dentro de cuatro semanas -agregó tomando una toalla del toallero.

-Sí -concedió Sandini-. Tienes razón. Mira, toma esto -agregó extendiendo la mano.

-¿Qué es? -preguntó Zack mientras se secaba la, cara. Soltó la toalla y tomó el trozo de papel que le ofrecía Sandini.

-Es la dirección y el número de teléfono de mamá. Si las cosas no te llegaran a salir como las has planeado, recurre enseguida a mamá, y ella te pondrá en contacto con mi tío. Él tiene conexiones en todas partes -fanfarroneó-. Ya sé que dudas de que cumpla con todo lo que le has pedido, pero dentro de algunas horas comprobarás que todo lo que necesitas te espera en Amarillo. Mi tío es un gran tipo -agregó con orgullo.

Zack se bajó distraídamente las mangas de la tosca camisa de algodón de presidiario, tratando de no pensar en nada en ese momento, pero cuando intentó abotonarse los puños, notó que le temblaban las manos. Pensó que debía tranquilizarse.

En ese momento Sandini cambió de tema.

-Es una gran cosa que a Hadley le guste que la gente te reconozca cuando conduces su auto. Si tuvieras el pelo tan corto como el resto de los convictos, resultarías mucho más conspicuo. Ese pelo un poco más largo logrará que...

Ambos se sobresaltaron cuando otro convicto entró en las duchas y les señaló el camino de salida con el pulgar.

-¡Muévete, Sandini! -dijo de mal modo-. ¡Y tú también, Benedict! El director quiere que su auto esté listo dentro de cinco minutos.

## 15

-Buenos días, Benedict -dijo Hadley cuando Zack llamó a la puerta de la residencia del director de la cárcel, ubicada cerca de los portones de entrada de los terrenos de la penitenciaría-. Veo que su aspecto es tan sombrío y desagradable como siempre. Antes de irnos -agregó-, lleve a Hitler a hacer su caminata por el patio. -Mientras hablaba le entregó a Zack la correa a la que estaba atado un enorme perro Doberman.

-Yo no soy su maldito mucamo -retrucó Zack,

y una lenta sonrisa se extendió por la cara de Hadley.

-¿Así que se está cansando de gozar de mis bondades y de la libertad que se le concede por su buena conducta? ¿Tiene ganas de pasar un tiempo en mi sala de conferencias, Benedict?

Zack se maldijo interiormente por permitir que justamente ese día en que tenía tanto que perder, se notara el odio que le inspiraba ese hombre. Se encogió de hombros y tomó la correa.

-No especialmente -contestó.

Aunque Hadley medía poco más de un metro sesenta, tenía un ego gigantesco y modales amables que ocultaban una maldad sádica y psicópata que todo el mundo conocía, tal vez con la excepción de los integrantes de la Comisión Estatal de Correcciones, que ignoraban o no tenían en cuenta la alta tasa de mortalidad atribuida a "peleas entre convictos" o "intentos de fuga" dentro de la prisión a su cargo. La "sala de conferencias" era su manera de denominar el cuarto a prueba de sonidos, vecino a la oficina de Hadley. Los prisioneros que le causaban algún desagrado eran arrastrados allí, pataleando y sudando de terror; al salir los llevaban a la enfermería, a encarcelamiento solitario o a la morgue. A Hadley le producía un placer sádico ver a un hombre retorciéndose y aullando de dolor; en realidad no fue el buen comportamiento de Zack lo que lo decidió a nombrarlo su chofer; fue su vanidad. Le fascinaba que Zachary Benedict tuviera que estar a su servicio, y que hiciera todo lo que le ordenara. Zack consideraba que era algo agradablemente irónico que en definitiva fuera la vanidad de Hadley lo que le proporcionaría la posibilidad de huir.

Se abotonó el saco y miró hacia arriba. Hacía mucho frío y el cielo estaba plomizo. Iba a nevar.

16

Instalado en el asiento trasero del auto, Wayne Hadley metió las notas de su conferencia en el portafolio, se aflojó la corbata, estiró las piernas y exhaló un suspiro de satisfacción al ver a los dos presidiarios que iban en el asiento delantero. Sandini no era más que un ladronzuelo, un tipo que no valía nada. El único motivo de que lo tuviera a su servicio era que alguno de sus parientes debía de tener conocidos dentro del sistema, y le había llegado la orden de que Dominio Sandini debía recibir un trato especial. Sandini no le proporcionaba diversión ni prestigio; no obtenía el menor placer atacándolo. ¡Ah, pero Benedict era otra historia! Benedict era un actor de cine, un símbolo sexual, un magnate que antes tenía avión propio y limusinas conducidas por chofer. Benedict había sido un tipo importante y ahora lo servía a él. Existe justicia en este mundo, pensó Hadley. Verdadera justicia. Y lo que era más importante, aunque Benedict tratara de ocultarlo, a veces Hadley conseguía traspasar su gruesa piel, haciéndolo retorcerse y sufrir por lo que ya no podía tener, pero no era fácil. Ni siquiera estaba seguro de infligirle un dolor cuando lo obligaba a ver videos de las ultimas películas o de las entregas de premios de la Academia. Con ese placentero pensamiento en la mente, Hadley buscó el tema indicado y decidió hablar de sexo. Cuando antes de llegar a destino el auto se detuvo ante un semáforo, preguntó con tono amable:

-Apuesto a que cuando era rico y famoso, las mujeres le rogaban que se acostara con ellas, ¿no es cierto Benedict? ¿Alguna vez piensa en mujeres, en lo que se siente al tocarlas, al olerías? Pero es probable que a usted no le guste tanto el sexo. Si fuera bueno en la cama, la rubia con quien estaba casado no hubiera andado con ese tipo Austin, ¿verdad?

Por el espejo retrovisor pudo ver que Benedict endurecía el mentón y supuso que lo había afectado el tema del sexo, no el nombre de Austin.

-Si alguna vez le conmutaran la pena... y en su caso yo no contaría con que yo lo recomendara... cuando salga tendrá que conformarse con prostitutas. Las mujeres son todas putas, pero hasta las putas tienes escrúpulos y no les gusta acostarse con sucios ex convictos, ¿lo sabía? -A pesar de sus deseos de mantener una fachada de urbanidad en todo momento ante la porquería que eran los presidiarios, a Hadley siempre le resultaba difícil contener su temperamento, y en ese momento lo sintió surgir. -¡Conteste mis preguntas, hijo de puta, si no quiere pasar el resto del mes en confinamiento solitario! -Entonces se dio cuenta de que se había extralimitado, y prosiguió con tono casi amable. -Apuesto a que en sus buenas épocas hasta tenía chofer propio, ¿verdad? Y ahora mírese: usted es mi chofer. Es una prueba de que Dios existe. -Al ver el edificio de vidrio al que se dirigían, Hadley se irguió en su asiento y se ajustó la corbata-. ¿Alguna vez se ha preguntado lo que sucedió con todo su dinero, es decir, lo que quedaba después de pagar a los abogados?

En respuesta, Zack clavó los frenos y detuvo el auto con un chirrido frente al edificio. Lanzando maldiciones en voz baja, Hadley juntó los papeles que se habían deslizado al piso y esperó en vano que Zack se bajara para abrirle la puerta.

-¡Hijo de puta insolente! No sé qué le pasa hoy, pero ya me encargaré de usted a la vuelta. ¡Y ahora, saque su culo de ese asiento y ábrame la puerta de una vez!

Zack se apeó del auto, sin prestar atención al viento gélido que le hacía flamear la liviana chaqueta blanca, pero preocupado por la nieve que había empezado a caer con fuerza. Cinco minutos más e iniciaría la huida. Abrió la puerta del auto con un floreo burlón.

-¿Puede bajar por sus propios medios o necesita que lo alce?

-Le aseguro que es la última vez que me provoca

-advirtió Hadley, bajando del auto y tomando el portafolio-. A la vuelta aprenderá

una lección.

-Contuvo su mal humor y miró a Sandini, que tenía la vista clavada en el vacío, en un intento por parecer dócil y sordo. -Usted tiene su lista de mandados, Sandini. Hágalos de una vez y vuelva enseguida. Y usted -ordenó dirigiéndose a Zack-, vaya hasta ese almacén de la vereda de enfrente y cómpreme un rico queso importado y un poco de fruta fresca. Después espere en el auto. Terminaré dentro de una hora y media. ¡Y tenga el motor caliente y en marcha!

Sin esperar respuesta, Hadley se alejó por la vereda. A sus espaldas, los dos convictos lo miraron, esperando que entrara en el edificio.

-¡Qué hijo de puta! -dijo Sandini en voz baja. Enseguida se volvió hacia Zack. -Llegó el momento. Buena suerte. -Levantó la vista para mirar las nubes cargadas de nieve. -Esto tiene todo el aspecto de un verdadero temporal de nieve.

Ignorando el problema del tiempo, Zack le habló con rapidez.

-Ya sabes lo que tienes que hacer. No te apartes del plan, ¡y por amor de Dios, no modifiques una palabra de tu versión! Si haces exactamente todo lo que te dije, terminarán considerándote un héroe en lugar dé un cómplice.

Algo en la sonrisa perezosa de Sandini y en su postura inquieta alarmó a Zack. Con claridad y en pocas palabras repitió el plan del que antes sólo podían hablar en susurros.

-Dom, te pido que hagas exactamente lo que decidimos. Deja la lista de compras de Hadley en el piso del auto. Haz tus mandados durante una hora, y luego dile a la empleada de la tienda que te olvidaste la lista en el auto y no estás seguro de si has comprado todo lo que te encargaron. Dile que vas a buscarla, y vuelve al auto. Lo encontrarás cerrado con llave. -Mientras hablaba, Zack le sacó a Sandini la lista de las manos y la arrojó dentro del auto; después cerró la puerta y le echó llave. Con una calma que interiormente no sentía, tomó a Sandini del brazo y lo empujó con firmeza hacia la esquina.

Cuando tuvieron luz verde, cruzaron la calle sin apuro; eran dos hombres como tantos, sólo que vestían pantalones blancos y chaquetas blancas con las letras PEA escritas en la espalda. Cuando se acercaban a la vereda, Zack continuó hablando en voz baja.

-Cuando llegues al auto y descubras que la puerta está cerrada, ve al almacén de la vereda de enfrente, busca un rato y después pregúntale al empleado si ha visto a alguien parecido a mí. Cuando te digan que no, dirígete a la librería y a la farmacia y haz la misma pregunta. Cuando te vuelvan a decir que no, dirígete directamente al edificio donde entró el director del penal y pregunta dónde se realiza la reunión en la que él debe dictar una conferencia. Dile a todo el mundo que debes informar de un posible intento de huida. Los empleados de todos los negocios en los que entraste antes, verificarán tu historia, y dado que le avisas al director que no estoy media hora antes de que él salga y lo descubra por sí mismo, se convencerá de que eres tan inocente como un recién nacido. Hasta es probable que te deje salir antes para asistir al casamiento de Gina.

En lugar de un apretón de manos, Sandini le sonrió y levantó ambos pulgares.

-Deja de preocuparte por mí y ponte en marcha. Zack asintió y empezó a alejarse. De repente se volvió.

-¿Sandini? -dijo con tono solemne.

-¿Sí, Zack?

-Te voy a extrañar.

-Sí,lo sé.

-Dale cariños a tu mamá. Diles a tus hermanas que siempre serán mis protagonistas

preferidas -agregó, antes de volverse y alejarse a paso rápido.

El almacén se encontraba en la esquina, con una entrada que daba a la calle del edificio donde estaba Hadley, y otra a la calle lateral. Zack hizo un esfuerzo por no desviarse un ápice de su plan original y entró por la puerta principal. Por si Hadley lo estaba observando, cosa que a veces hacía, se detuvo junto a la puerta y contó hasta treinta.

Cinco minutos más tarde se encontraba a varias cuadras de distancia, con la chaqueta de la prisión doblada bajo el brazo, caminando con rapidez hacia su primer destino: el baño de hombres de la estación de servicio de la calle Court. Con el corazón latiéndole aceleradamente de miedo y de tensión, cruzó la calle Court con luz roja, entre un taxi y un camión remolque que había reducido la velocidad para doblar a la derecha, y entonces vio lo que buscaba: una cupé negra, con chapa de Illinois, estacionada en mitad de la cuadra. A pesar de que llegaba a buscarlo con dos días de tardanza, el auto todavía estaba allí.

Con la cabeza inclinada y las manos en los bolsillos, empezó a caminar a una velocidad normal. Empezaba a nevar con fuerza cuando pasó junto a la Corvette colorada estacionada frente a los surtidores de nafta, y se encaminó al baño de hombres ubicado a un lado de la estación de servicio. Tomó el picaporte y trató de hacerlo girar. ¡Estaba cerrado con llave! Resistió la tentación de arrojarse contra la puerta y tratar de abrirla con el hombro, y en cambio aferró el picaporte y lo sacudió con fuerza. Una furibunda voz de hombre gritó desde adentro:

-¡Aguante un poquito, amigo! ¡No se baje los pantalones todavía! Ya salgo.

Algunos minutos más tarde el ocupante del baño finalmente salió, abrió la puerta y se encaminó hacia la Corvette colorada que estaba junto a los surtidores. A sus espaldas, Zack salió del escondite donde se había refugiado, entró en el baño de hombres, cerró con cuidado la puerta con llave tras él, con la mirada clavada en el tacho desbordante de basura que había dentro del baño. Si alguien lo había vaciado en los últimos dos días, su suerte se acababa.

Volcó su contenido. Salieron unas toallas de papel y algunas latas de cerveza. Sacudió el tacho, que soltó una cantidad de desperdicios, y después -desde el fondo- salieron dos bolsas de nailon que fueron a caer sobre el piso de linóleo. Abrió la primera bolsa con una mano mientras con la otra empezaba a desabotonarse la camisa. Sacó un par de jeans de su medida, un suéter negro poco llamativo, una chaqueta de denim, un par de botas y un par de anteojos oscuros de motociclista. La otra bolsa contenía un mapa de Colorado con su ruta marcada en rojo, una lista de direcciones escrita a máquina hasta su destino final -una casa aislada en las montañas de Colorado-, dos abultados sobres marrones, una pistola automática calibre .45, una caja de balas, una navaja y un juego de llaves que sabía calzaría en el arranque de la cupé negra estacionada en la vereda de enfrente. La navaja lo sorprendió. Sin duda Sandini consideró que un convicto bien vestido no podía menos que llevar una.

Mientras calculaba mentalmente los preciosos segundos transcurridos, Zack se desvistió, se puso la ropa que acababa de encontrar, metió la vieja en una de las bolsas y volvió a llenar el tacho de basura con todo lo que había en "el piso. Para su seguridad futura era vital que desapareciera sin dejar rastros de la manera en que había logrado hacerlo. Abrió los gruesos sobres para verificar su contenido. El primero contenía 25.000 dólares en billetes de 20 y un pasaporte a nombre de Alan Aldrich; el segundo contenía una serie de pasajes aéreos pagos con destino a distintas ciudades, algunos extendidos a nombre de Alan Aldrich, otros con diferentes nombres que podía utilizar en el caso de que las autoridades descubrieran el seudónimo que estaba usando. Mostrar su cara en un aeropuerto era un riesgo que Zack debía evitar hasta que las cosas se enfriaran. Por el momento, cifraba sus esperanzas en el plan que había concebido y dirigido lo mejor posible desde su celda de la prisión, utilizando la

costosa experiencia de algunos de los contactos de Sandini, quienes supuestamente habían contratado a un hombre que se le parecía... un hombre que esperaba el llamado de Zack en un hotel de Detroit. Cuando recibiera ese llamado, alquilaría un auto a nombre de Benedict Jones, y esa noche cruzaría la frontera de Canadá a la altura de Windsor.

Si la policía mordía el anzuelo, la gigantesca cacería humana que sin duda organizarían se centraría en Canadá y no allí, lo cual dejaría a Zack en condiciones de dirigirse a México y después a Sudamérica, donde la búsqueda perdería parte de su fuerza.

Interiormente, Zack tenía grandes dudas de que el engaño durara mucho tiempo, y también dudaba de poder llegar a su primer destino antes de que lo mataran. Pero en ese instante, nada de eso tenía importancia. Por el momento lo único importante era que estaba en libertad y en camino hacia la frontera entre Texas y Oklahoma, situada a ciento cuarenta kilómetros al norte. Si llegaba hasta allí sin que lo apresaran, tal vez lograra cruzar el angosto brazo de Oklahoma, una distancia de sólo cincuenta kilómetros, hasta llegar a la frontera de Colorado. En Colorado, en algún lugar en lo alto de las montañas, se encontraba su primer destino: una casa aislada en medio de los bosques que, según le habían asegurado mucho tiempo antes, podía utilizar como "escondite" cuando lo deseara.

Por lo tanto, en ese momento lo único que tenía que preocuparle era cruzar las fronteras de dos estados, llegar a la seguridad de esa casa sin ser visto por nadie, y, una vez allí, controlar su impaciencia mientras esperaba que se aplacara el furor inicial causado por su huida, para poder embarcarse en la segunda etapa de su plan.

Tomó la pistola, la cargó, revisó el seguro y se la metió en el bolsillo junto con un puñado de billetes de veinte dólares; después tomó las bolsas y las llaves del auto y abrió la puerta. Lo lograría, estaba en camino.

Dobló la esquina del edificio y bajó a la acera, encaminándose a su coche. De repente se detuvo en seco, sin poder creer lo que veía. En ese momento arrancaba el camión de remolque frente al que había cruzado la calle rumbo a la estación de servicio algunos minutos antes. Tras él arrastraba una cupé negra con chapas de Illinois.

Durante unos segundos Zack permaneció inmóvil, observándolo alejarse entre el tránsito. A sus espaldas, oyó que uno de los empleados de la estación de servicio le decía a otro:

-Te dije que ese auto estaba abandonado. Hace tres días que lo dejaron allí.

Esas palabras sacaron a Zack de su momentánea parálisis. Le quedaban dos opciones: volver al baño de hombres, ponerse nuevamente la ropa de presidiario y dejar el plan para otra oportunidad, o improvisar a partir de allí. En realidad, no existía alternativa. No pensaba volver a la cárcel; antes muerto. Una vez que lo supo, hizo lo único que le quedaba por hacer: corrió hacia la esquina en busca del único medio seguro de salir de la ciudad. Un ómnibus se acercaba por la calle. De un papelero tomó un diario usado, paró el ómnibus y subió. Sosteniendo el diario frente a su cara, como si estuviera enfrascado en la lectura de un artículo, avanzó por el pasillo, pasando junto a una horda de estudiantes que conversaban sobre el próximo partido de fútbol, y se instaló en la parte trasera del ómnibus. Durante veinte minutos que transcurrieron con agónica lentitud, el ómnibus zigzagueó entre el tránsito, bajando pasajeros en casi todas las esquinas; después dobló a la derecha, rumbo al camino que conducía a la ruta interestatal. Cuando la interestatal estuvo a la vista, en el ómnibus no quedaban más que media docena de ruidosos estudiantes, y todos se pusieron de pie para bajar en un sitio que por lo visto era una cervecería a la que iban habitualmente.

A Zack no le quedó alternativa; bajó por la puerta trasera y empezó a caminar hacia el cruce de caminos, a un kilómetro y medio de distancia, donde sabía que la ruta

interestatal y el camino se unían. La única opción que le quedaba era hacer dedo, y esa opción sólo duraría un máximo de media hora. Cuando Hadley se enterara de su huida, todos los policías que se encontraran en un radio de setenta y cinco kilómetros lo estarían buscando y fijarían su atención en todos los que se hallaran haciendo dedo en el camino.

La nieve se le pegaba al pelo y se arremolinaba alrededor de sus pies; inclinó la cabeza para defenderse del viento. Varios camiones pasaron rugiendo a su lado, pero los conductores ignoraron su pulgar levantado. Zack luchó contra la premonición del fracaso. En la ruta el tránsito era pesado, pero era evidente que todo el mundo estaba apurado por llegar a su destino antes de que se desencadenara la tormenta, y nadie se detenía a recoger a un peatón. En la intersección de las rutas había una antigua estación de servicio con un café donde vio dos autos en la amplia playa de estacionamiento: un Blazer azul y una camioneta marrón. Zack se acercó, cargando sus bolsas, y al pasar junto a las vidrieras del café miró con cuidado a sus ocupantes. En uno de los reservados había una mujer sola y en otro una madre con dos hijos pequeños. Zack maldijo en voz baja al comprobar que ambos autos pertenecían a mujeres, pues no era probable que ninguna de ellas accediera a llevarlo. Sin acortar el paso, continuó caminando hacia el final del edificio, donde estaban estacionados los autos, preguntándose si alguno tendría la llave puesta. Aun así, sabía que sería una locura robar uno de esos autos, porque para salir de la playa de estacionamiento tendría que pasar frente a las ventanas del café. Si lo hacía, la dueña del auto llamaría a la policía por teléfono, describiendo tanto al vehículo como al ladrón aun antes de que lograra alejarse de allí. Y para peor, desde allí arriba alcanzarían a ver hacia dónde se dirigía por la interestatal. Tal vez se le ocurriera algún medio de lograr que una de las mujeres lo llevara cuando saliera del café.

Si con dinero no lograba convencerla, la convencería con el arma. ¡Dios Santo! Debía de haber una manera mejor de salir de allí.

Frente a él, los camiones pasaban rugiendo por la interestatal, levantando nieve con las ruedas. Zack miró su reloj. Había transcurrido casi una hora desde que Hadley llegó a su reunión. Ya no se animaba a tratar de hacer dedo en la ruta. Si Sandini había seguido sus instrucciones, en poco más de cinco minutos Hadley estaría dando la alarma. Y como llamado por su pensamiento, de repente apareció el patrullero de un sheriff local, que redujo la velocidad y entró en la playa de estacionamiento del café, a cuarenta metros del lugar donde Zack se ocultaba, y se acercó.

Instintivamente, Zack se agazapó, simulando observar una goma del Blazer y en ese momento tuvo una inspiración... demasiado tarde, quizá, pero tal vez no. Sacó la navaja de la bolsa de lona y la clavó en el costado del neumático del Blazer. Por el rabillo del ojo vio que el patrullero se detenía detrás suyo. En lugar de preguntarle que estaba haciendo rondando alrededor del café con un par de bolsas de género, el sheriff sacó la conclusión lógica.

-Parece que tiene una goma pinchada...

-¡Ya lo creo! -contestó Zack golpeando la goma, pero sin mirar hacia atrás-. Mi mujer me advirtió que esta goma perdía aire... -El resto de la frase fue ahogada por el frenético altavoz del auto de la policía y, sin decir una palabra más, el sheriff arrancó, aceleró y salió de la playa de estacionamiento con la sirena ululando. Instantes después Zack oyó sirenas que sonaban desde todas direcciones y luego vio una serie de patrulleros que avanzaban a toda velocidad por la ruta, con las luces rojas girando.

Zack supo que las autoridades ya estaban enteradas de que había un convicto prófugo. Acababa de comenzar la cacería.

Dentro del café, Julie tomó su cartera y sacó dinero para pagar su consumición. Su visita al señor Vernon habían sido más exitosa de lo que esperaba, e incluyó la invitación de quedarse a pasar más tiempo del previsto con él y su esposa, cosa a la

que ella no se pudo negar. La esperaban cinco horas de viaje, tal vez más con esa nieve, pero tenía un cheque abultado en la cartera, y estaba tan excitada que los kilómetros volarían. Miró su reloj, tomó el termo que había llevado para que se lo llenaran de café, les sonrió a los niños que acompañaban a su madre en el reservado contiguo, y se encaminó a la caja a pagar su cuenta.

Al salir del edificio se detuvo sorprendida al ver que de repente un patrullero giraba en redondo frente a ella y salía a toda velocidad rumbo a la ruta haciendo funcionar la sirena. Distraída por el patrullero, no notó la presencia de un hombre de pelo oscuro, agazapado junto a la goma trasera de su coche del lado del conductor, hasta que prácticamente tropezó con él. El hombre, muy alto, se puso de pie abruptamente, y ella retrocedió con cautela y le habló con voz alarmada y llena de desconfianza.

-¿Qué está haciendo aquí? -preguntó, frunciendo el entrecejo ante su propia imagen que se reflejaba en los lentes espejados de los anteojos de motociclista del desconocido.

Zack logró esbozar algo parecido a una sonrisa, porque su mente volvía a funcionar y ahora sabía exactamente cómo iba a lograr que ella le ofreciera llevarlo. Imaginación y capacidad de improvisación habían sido dos de sus grandes virtudes como director cinematográfico. Indicó con la cabeza la goma, que estaba obviamente pinchada, y dijo:

-Pensaba cambiarle la goma, siempre que tenga un gato.

Julie se arrepintió de su rudeza.

-Lamento haberle hablado en ese tono, pero me sobresaltó. Estaba distraída mirando a ese patrullero que salió a toda velocidad.

-Ése era Joe Loomis, el policía local -improvisó Zack con tono amable, hablando como si el policía fuese amigo suyo-. Joe recibió un llamado urgente y tuvo que irse, si no me habría dado una mano con su goma.

Desaparecido todo temor, ella le sonrió.

-Es muy amable de su parte -dijo, abriendo el baúl del Blazer en busca del gato-. Este auto es de mi hermano. El gato debe de estar aquí, en alguna parte, pero no sé dónde.

-Ahí está -dijo Zack, que localizó el gato enseguida y lo sacó del baúl-. Esto sólo me tomará unos minutos-agregó. Estaba apurado, pero ya no era presa del pánico. La mujer lo creía amigo del sheriff y por lo tanto digno de confianza, y después de que le cambiara la goma tendría el deber moral de ofrecerse a llevarlo. Una vez que se hallaran en camino, la policía no les prestaría atención, porque estarían buscando a un hombre que viajaba solo, y si alguien los veía, darían la impresión de que era el marido cambiando una goma mientras su mujer miraba. -¿Hacia dónde va? -le preguntó, mientras sacaba la goma pinchada.

-Hacia el este, rumbo a Dallas por un largo trecho, y después al sur -contestó Julie, admirando la habilidad con que el desconocido cambiaba el neumático. Tenía una voz agradable, suave y profunda, y una mandíbula fuerte y cuadrada. Su pelo era castaño oscuro, y muy abundante, pero mal cortado, y Julie se preguntó qué aspecto tendría sin esos pesados anteojos de motociclista con vidrios espejados. Es muy buen mozo, decidió, pero no era su apostura lo que la impulsaba a mirarle el perfil, sino otra cosa, algo inasible que no alcanzaba a definir. Dejó de pensar en el asunto, y abrazando el termo de café inició una amable conversación.

-¿Trabaja por aquí?

-Ya no. Se suponía que mañana debía empezar un nuevo trabajo, pero tengo que estar allí a las siete de la mañana si no quiero que se lo den a otro.

-Terminó de levantar el auto y empezó a aflojar las tuercas del neumático; después señaló con la cabeza las bolsas que Julie no había alcanzado a ver porque las ocultaba



LIbrodot

el auto. -Se suponía que un amigo me pasaría a buscar hace dos horas para llevarme parte del trayecto -agregó-, pero imagino que debe de haberle pasado algo que le impidió venir.

-¿Y hace dos horas que lo espera aquí afuera? -preguntó Julie-. ¡Estará congelado!

Zack mantuvo la cara vuelta hacia otro lado, enfrascado en su tarea, y Julie debió contener una repentina urgencia por agacharse a mirarlo desde más cerca.

-¿Quiere una taza de café?

-Me encantaría.

En lugar de consumir el que estaba en el termo, Julie se encaminó de vuelta al café.

-Se lo iré a buscar. ¿Cómo le gusta?

-Puro -contestó Zack, luchando por contener su frustración. La mujer se dirigía al sudeste de Amarillo, mientras que su destino se encontraba a seiscientos kilómetros al noroeste. Miró su reloj y empezó a trabajar con mayor rapidez. Ya había transcurrido casi una hora y media desde que se alejó del auto del director de la cárcel, y el riesgo de que lo capturaran crecía a cada minuto que permanecía cerca de Amarillo. Era necesario que viajara con esa mujer, no tenía importancia hacia donde fuese. Ahora lo único que importaba era poner algunos kilómetros entre él y Amarillo. Podía viajar una hora con esa mujer y después volver por algún otro medio.

La camarera preparó el café, y cuando Julie volvió con una taza de cartón humeante, su salvador casi había terminado de cambiar la goma. Ya había casi cinco centímetros de nieve en el suelo y el viento gélido, cada vez más fuerte, abría el tapado de Julie y la hacía lagrimear. Vio que el hombre se refregaba las manos y pensó en el nuevo trabajo que lo esperaba al día siguiente... siempre que lograra llegar. Sabía que en Texas había escasez de trabajo, y considerando que ese individuo no tenía auto, lo más probable era que estuviera sin dinero. Cuando él se puso de pie, notó que tenía jeans nuevos, por la raya perfecta que ostentaban. Posiblemente los hubiera comprado para impresionar bien a su futuro empleador, decidió Julie, y ante ese pensamiento la recorrió una oleada de simpatía por él.

Hasta entonces, Julie jamás había ofrecido llevar a un desconocido a alguna parte en su auto, pues los riesgos eran demasiado grandes, pero decidió que esa vez lo haría, no sólo porque él le había cambiado la goma, o porque parecía un hombre agradable, sino también por un simple par de jeans, nuevos e inmaculados, obviamente comprados por un hombre sin trabajo que ponía toda su esperanza de un futuro mejor en un empleo que no se materializaría a menos que alguien lo llevara por lo menos parte del trayecto hacia su destino.

-Por lo visto ya ha terminado -dijo Julie, acercándosele. Le tendió la taza de café que él tomó con manos coloradas de frío. Tenía un aire de dignidad que le impedía ofrecerle dinero, pero por si prefería eso a que lo llevara, se lo ofreció de todas maneras. -Me gustaría pagarle por haberme cambiado la goma. -Al ver que él negaba con la cabeza, agregó:

-En ese caso, ¿quiere que lo lleve? Voy a tomar la ruta interestatal este.

-Le agradecería que me llevara -dijo Zack con una semisonrisa, mientras levantaba las bolsas que estaban junto al auto-. Yo también viajo al este.

Cuando subieron al auto, él le dijo que se llamaba Alan Aldrich. Julie se presentó como Julie Mathison, pero para asegurarse de que se diera cuenta de que le estaba ofreciendo llevarlo y nada más, la siguiente vez que le habló, se dirigió a él como señor Aldrich. A partir de ese momento él la llamó señorita Mathison.

Después de eso Julie se relajó por completo. La formalidad de ese "señorita Mathison" era completamente tranquilizante, lo mismo que la inmediata aceptación de la situación por parte de él. Pero al notar que el desconocido se mantenía silencioso y distante, Julie empezó a desear no haber insistido en tanta formalidad. Sabía que no era hábil para ocultar sus pensamientos y por lo tanto él debió de comprender

enseguida que estaba poniéndolo en su lugar... un insulto innecesario, considerando que sólo le había demostrado bondad y galantería al cambiar la goma de su auto.

17

Recién después de haber viajado durante más de diez minutos, Zack sintió que empezaba a aliviarse la tensión que tenía en el pecho y respiró hondo. Su primera respiración fácil desde hacía horas. No, meses. Anos. Las sensaciones de inutilidad y de indefensión lo habían torturado durante tanto tiempo que ahora sentía un alivio enorme. Un auto colorado pasó rugiendo junto a ellos, se cruzó delante del Blazer para salir a la interestatal y por apenas unos centímetros no los chocó... y sólo gracias a que su joven acompañante maniobró con sorprendente habilidad ese difícil vehículo con tracción en las cuatro ruedas. Por desgracia, también manejaba demasiado rápido, con la agresividad y la falta de miedo al peligro típica de los téjanos.

Estaba pensando en alguna manera de sugerirle que lo dejara manejar a él, cuando ella dijo, con tono divertido:

-Relájese. Viajaremos más despacio. No quise asustarlo. -En ningún momento tuve miedo -contestó él con tono innecesariamente cortante. Ella lo miró de reojo y esbozó una sonrisa lenta,

de conocedora.

-Se está agarrando con las dos manos al tablero de instrumentos. Por lo general, eso es lo que hace uno cuando tiene miedo.

En ese momento Zack comprendió dos cosas al mismo tiempo: había pasado tanto tiempo en la carcel, que la conversación intrascendente con alguien del sexo opuesto le resultaba algo extraño e incómodo, y la sonrisa de Julie Mathison era tan fascinante que le quitaba el aliento. Esa sonrisa resplandecía en sus ojos y le iluminaba todo el rostro, transformando lo que no era más que una cara bonita en algo por completo cautivante. Y ya que pensar en ella era infinitamente preferible a pensar en cosas que todavía no podía controlar, Zack centró en Julie todos sus pensamientos. Aparte de un poco de rouge en los labios, no se maquillaba, y había en ella tanta frescura, una sencillez tan grande en su manera de peinar ese pelo castaño brillante y sedoso, que por un momento él pensó que no podía tener más de veinte años. Pero por otra parte parecía demasiado confiada y segura de sí para tener tan poca edad.

-¿Cuántos años tiene? -preguntó Zack de repente, pero enseguida hizo una mueca ante la falta de tacto de su pregunta. Obviamente si no lo capturaban y volvían a meter en la cárcel, tendría que volver a aprender algunas cosas que consideraba innatas en él... como la más rudimentaria cortesía y la manera correcta de conversar con mujeres.

En lugar de mostrarse irritada por la pregunta, ella le dirigió otra de sus hipnotizantes sonrisas y contestó con tono divertido:

-Veintiséis años.

-¡Dios mío! -se oyó exclamar Zack, horrorizado por su falta de tacto-. Quiero decir que no representa esa edad -explicó.

Ella pareció presentir su incomodidad, porque rió en voz baja.

-Probablemente sea porque hace pocas semanas que cumplí los veintiséis.

Zack no confiaba bastante en sí mismo como para contestar algo espontáneo, de modo que clavó la mirada en la media luna que cavaban en la nieve los limpiaparabrisas, mientras analizaba su siguiente pregunta para que no fuera tan grosera como la anterior. Se le ocurrió una que parecía segura.

-¿Y a qué se dedica?

-Soy maestra.

-No tiene aspecto de maestra.

Se dio cuenta de que Julie sofocaba una sonrisa. Desorientado y confuso por sus reacciones imprevisibles, preguntó con cierta sequedad:

-¿Dije algo divertido? Julie meneó la cabeza.

-Para nada. Pero eso es lo que dice casi toda la gente mayor.

Zack no supo con seguridad si se refería a él como una "persona mayor" porque le parecía una antigüedad, o si se trataba de una broma en venganza por sus equivocados comentarios acerca de su edad y apariencia. En eso pensaba cuando ella le preguntó en qué se ganaba la vida, y él contestó lo primero que se le pasó por la cabeza.

-Trabajo en la construcción.

-¿En serio? Mi hermano también trabaja en la construcción... es constructor contratista. ¿Que tipo de trabajo de construcción hace?

Zack apenas sabía qué extremo del martillo se utilizaba para clavar un clavo, y deseó fervientemente haber elegido un trabajo más oscuro o, mejor aún, haber guardado silencio.

-Paredes -contestó con tono vago-. Construyo paredes.

Ella apartó la vista del camino, cosa que alarmó aún más a Zack.

-¿Paredes? -repitió con tono intrigado-. Yo le preguntaba si tenía alguna especialidad.

-Sí. Paredes -insistió Zack, furioso consigo mismo por haber iniciado esa conversación-. Ésa es mi especialidad: levanto paredes.

Julie pensó que debía de haberlo malinterpretado la primera vez.

-¡Ah! Es albañil. ¡Por supuesto!

-Así es.

-En ese caso me sorprende que le cueste conseguir trabajo. Hay gran demanda de buenos albañiles.

-Es que no soy bueno -declaró Zack dando muestras evidentes de que no le interesaba seguir esa conversación.

Ante la respuesta, Julie sofocó una carcajada y se concentró en el camino. Ese hombre era muy poco común. Le costaba decidir si le caía bien y le alegraba su compañía... o no. Y tampoco conseguía superar la sensación de que le recordaba a alguien. Deseó poder verle la cara sin esas antiparras, para saber a quién se parecía. La ciudad se esfumó del espejo retrovisor y el cielo del anochecer se tino de un gris ominoso y pesado. El silencio pendía dentro del auto y grandes copos de nieve golpeaban el parabrisas. Cuando hacía alrededor de media hora que viajaban, Zack miró por el espejo retrovisor externo de su lado... y se le congeló la sangre. Detrás de ellos, como a medio kilómetro de-distancia y acercándose con rapidez, avanzaba un patrullero con las luces rojas y azules girando furiosamente.

Un segundo después, empezó a bramar la sirena. La mujer que viajaba a su lado también la oyó;
levantó el pie del acelerador y dirigió el Blazer hacia la cuneta. Zack metió la mano en el bolsillo del saco y apretó la culata de la pistola, a pesar de que en ese momento no tenía una idea precisa de lo que pensaba hacer si el policía los obligaba a detenerse. El patrullero se hallaba tan cerca que él alcanzaba a ver que no había uno sino dos policías en el asiento delantero. Rodearon el Blazer...

Y continuaron la marcha.

-Debe de haber habido un accidente allá adelante -dijo Julie al llegar a la cima de una colina y detenerse detrás de una fila de coches de cinco kilómetros de largo sobre la ruta nevada. Instantes después pasaron dos ambulancias.

La descarga de adrenalina de Zack disminuyó, dejándolo estremecido y débil. Tuvo la sensación de que de repente había excedido su capacidad de reaccionar con una emoción violenta ante cualquier cosa, probablemente debido a que hacía dos días

que esperaba poder llevar a cabo un plan de huida cuidadosamente concebido cuya absoluta sencillez garantizaba su éxito. Y así habría sido si Hadley no hubiera postergado su viaje a Amarillo. Todo lo que había salido mal era resultado de eso. Ya ni siquiera sabía con seguridad si su contacto seguía en Detroit, esperando que lo llamara para alquilar un auto y dirigirse a Windsor. Y hasta que estuvieran más lejos de Amarillo, no se animaba a detenerse en un teléfono. Aunque Colorado sólo se encontraba a doscientos kilómetros de Amarillo, con un pequeño trozo de territorio de Okiahoma en el medio, para llegar debía viajar hacia el noroeste. En cambio, en ese momento se encaminaba hacia el sudeste. Pensando que tal vez su mapa de Colorado incluyera un brazo de los territorios de Texas y de Okiahoma, decidió ocupar su tiempo en algo productivo, buscando una nueva ruta que lo llevara hasta allí desde donde se encontraba.

-Creo que me conviene consultar un mapa -dijo, volviéndose en su asiento.

Como era natural, Julie supuso que quería verificar la ruta que debía seguir para llegar a la ciudad donde lo esperaba su nuevo trabajo.

--¿Adonde tiene que ir? -preguntó.

-Ellerton -contestó él con una leve sonrisa, mientras se estiraba para alcanzar una de sus dos bolsas-. Me hicieron la entrevista para el trabajo en Amarillo, pero nunca he estado en Ellerton -aclaró para que ella no le hiciera preguntas sobre el lugar.

-Creo que nunca he oído hablar de Ellerton. -Minutos después, cuando él volvió a doblar cuidadosamente el mapa, preguntó: -¿Encontró Ellerton en el mapa?

-No. -Para disuadirla de seguir haciendo preguntas sobre la ubicación de una ciudad inexistente, le mostró la página escrita a máquina que cubría el mapa y se inclinó para volver a guardarla en la bolsa. -Pero aquí tengo instrucciones detalladas, de manera que lo encontraré.

Ella asintió, pero con la mirada fija en una salida de la autopista.

-Creo que allí saldré de la autopista y tomaré un camino lateral para evitar el embotellamiento de tránsito causado por el accidente.

-Buena idea.

La salida los condujo a un camino lateral que corría más o menos paralelo a la autopista hasta que empezó a virar a la derecha.

-Tal vez después de todo no haya sido una buena idea -dijo ella algunos instantes después, al ver que el camino se alejaba de la autopista.

Zack no contestó enseguida. Delante de ellos, en la estación de servicio del cruce de caminos, había un teléfono público.

-Si no le molesta parar un momento, tendría que hacer un llamado telefónico. No demoraré más que un par de minutos.

-No me molesta en absoluto. -Julie detuvo el
Blazer debajo del farol, cerca del teléfono público, y lo observó cruzar frente a los faros del auto. Había anochecido antes de lo habitual y la tormenta parecía perseguirlos. La nieve caía con inusitada fuerza. Julie decidió sacarse el tapado y ponerse un suéter que le resultaría más cómodo para manejar. Prendió la radio con la esperanza de escuchar un pronóstico meteorológico, después bajó del auto, se acercó al baúl y lo abrió.

Sin dejar de escuchar por si transmitían un pronóstico del tiempo, se quitó el saco, tomó un suéter de la valija y miró el mapa que sobresalía de una de las bolsas de su compañero de viaje. Como ella no había llevado mapa y no estaba completamente segura de si ese camino se cruzaría con la interestatal o si se apartaba tanto de su ruta que su pasajero tal vez prefiriera que lo llevara otro auto, decidió consultar su mapa.

Antes dirigió una mirada hacia el teléfono público, con intenciones de levantar el mapa, como para pedirle permiso de consultarlo, pero él le daba la espalda y parecía estar hablando. Decidiendo que no era posible que el hombre tuviera ninguna objeción, Julie apartó la hoja escrita a máquina y abrió el mapa que él había estado estudiando. Lo extendió sobre la tapa del baúl del auto y sostuvo sus extremos para que no se lo llevara el viento. Demoró algunos instantes en comprender que no era un mapa de Texas, sino de Colorado. Intrigada, miró las prolijas instrucciones que iban con el mapa. "Exactamente 39,5 kilómetros después de haber pasado la ciudad de Stanton -decía- llegará a un cruce de caminos sin carteles indicadores. Después de eso, empiece a buscar un camino de tierra angosto que sale hacia la derecha y desaparece entre los árboles. La casa se encuentra al final de ese camino, más o menos a siete kilómetros y medio del lugar donde dobló, y no es visible desde la ruta ni desde ningún punto de la montaña."

Jufíe abrió la boca, sorprendida. ¿Entonces su pasajero no se encaminaba a un trabajo en una ignota ciudad de Texas, sino a una casa en Colorado?

Por la radio, el locutor dio fin a los avisos comerciales y dijo:

"En instantes les daremos los últimos datos de la tormenta que se dirige hacia nosotros, pero antes tenemos algunas noticias sobre los últimos acontecimientos desde la oficina del sheriff..."

Julie apenas lo escuchó. Miraba fijo a ese hombre alto que hablaba por teléfono y volvió a sentir la extraña inquietud que le provocaba algo familiar en él. Seguía dándole la espalda, pero se había sacado las antiparras y en ese momento las tenía en la mano. Como si presintiera que lo miraba, volvió la cabeza hacia ella. Entrecerró los ojos al ver que tenía el mapa abierto en las manos, y en ese mismo instante Julie le vio la cara por primera vez, iluminada y sin as antiparras.

"Esta tarde, aproximadamente a las cuatro, decía la voz del locutor, los oficiales de la cárcel descubrieron que Zachary Benedict, el asesino convicto, había huido mientras se encontraba en Amarillo..."

Momentáneamente paralizada, Julie miró fijo la cara de su acompañante.

Y lo reconoció.

-¡No! -exclamó. En ese mismo instante él dejó caer el tubo y corrió hacia ella. Julie corrió hacia el asiento delantero del auto, abrió la puerta de un tirón, se zambulló adentro y alcanzó a bajar el seguro que cerraba la puerta del lado contrario, justo en el momento en que él abría la puerta y le aferraba la muñeca. Con una fuerza increíble, nacida del puro terror, Julie consiguió liberar el brazo y arrojarse de costado por la puerta abierta. Golpeó el piso con la cadera, se puso de pie y empezó a correr, resbalándose sobre la nieve, mientras pedía auxilio a gritos, aunque sabía que en las cercanías no había nadie que pudiera oírla. Él la alcanzó antes de que hubiera logrado correr cinco metros, la obligó a girar sobre sí misma y la arrinconó contra el costado del Blazer.

-¡Quédese quieta y cállese la boca!

-¡Llévese el auto! -gritó Julie-. ¡Lléveselo y déjeme aquí!

Ignorándola, Zack miró por sobre el hombro el mapa de Colorado que se había volado y que el viento arrojó contra un tacho de basura a cinco metros de distancia. Como en cámara lenta, Julie lo vio sacar del bolsillo un objeto negro-y brillante, apuntarle con él mientras retrocedía y levantaba el mapa. ¡Un arma. Dios bendito, tenía un arma!

Empezó a temblar incontrolablemente mientras escuchaba, en una especie de incredulidad histérica, la voz del locutor del noticiario que lo confirmaba:

"Se cree que Benedict está armado, y es peligroso. En caso de que alguien lo vea, debe informar inmediatamente de su paradero a la policía de Amarillo. Los ciudadanos no deben tratar de acercársele. El segundo convicto que huyó, Dominic Sandini, ha

sido capturado y está bajo custodia..."

A Julie no la sostenían sus rodillas cuando lo vio acercarse, con el arma en una mano y el mapa en la otra. Un par de faros aparecieron por la colina, a menos de medio kilómetro de distancia. Zack volvió a meter el arma en el bolsillo para mantenerla fuera de la vista, pero no sacó del bolsillo la mano con que la sostenía.

-Suba al auto -ordenó.

Julie miró por sobre el hombro izquierdo la pickup que se acercaba, calculando las posibilidades de evitar que la balearán o de poder atraer la atención del conductor antes de que Zachary Benedict la bajara de un tiro.

-No lo intente -le advirtió él con tono amenazador.

Con el corazón que le golpeaba contra las costillas, Julie vio que la pickup doblaba a la izquierda en el cruce de caminos, pero no desobedeció la orden 4t"'SU captor. Allí no, todavía no. Su instinto le advertía que ese tramo de camino desierto estaba demasiado aislado para que pudiera hacer algo sin que te mataran.

-¡Muévase de una vez! -Zack le tomó un brazo y la obligó a acercarse al asiento del conductor. Al abrigo de la oscuridad de una tarde de invierno y bajo la nieve, Julie Mathison caminaba vacilante junto a un asesino convicto que la amenazaba con un arma. Tuvo la aterrorizante sensación de que ambos estaban viviendo una escena de alguna de las películas protagonizadas por Benedict... la película en que la rehén moría.

18

Las manos le temblaban con tanta violencia que tpvo que buscar a tientas las llaves del contacto y cuando trató de poner el motor en marcha estuvo a punto de ahogarlo porque el miedo le estremecía las piernas. Él la observaba, impávido, desde el asiento del pasajero.

-¡Vamos de una vez! -ordenó cuando el motor estuvo en marcha. Julie consiguió maniobrar el auto y llevarlo hasta el extremo de la playa de estacionamiento, pero al llegar al camino lo detuvo. Estaba tan paralizada de terror, que no encontraba las palabras indicadas para hacer la pregunta necesaria.

-¡Dije que vamos!

-¿Hacia adonde? -El sonido de su voz, plañidero y tímido le resultó odioso, y el hombre que iba a su lado también, por infundirle un terror tan incontrolable.

-De regreso hacia donde salimos.

-¿De regreso?

-Ya me oyó.

A esa hora pico, el tránsito de la interestatal, cubierta de nieve, avanzaba a paso de hombre. Dentro del auto, la tensión y el silencio resultaban sofocantes. Haciendo esfuerzos por calmar sus nervios mientras pensaba en alguna posibilidad de huida, Julie alzó una mano temblorosa para cambiar la estación de radio, segura de que él le ordenaría que no lo hiciera. Al ver que Zack no decía nada, movió la aguja por el dial hasta oír la voz de un disk-jockey que con tono exuberante presentaba una canción del oeste.

Mientras resonaba la canción, Julie observó a los ocupantes de los autos vecinos, gente que se dirigía a sus casas después de un largo día dé trabajo. El hombre del Explorer que iba a su lado escuchaba la misma estación de radio y golpeaba el volante con los dedos, siguiendo el ritmo de la música. La miró, notó que ella lo miraba, le hizo una amable inclinación de cabeza y volvió a clavar la vista en la ruta. Julie se dio cuenta de que no había notado nada anormal. Para él todo era normal, y si ese hombre hubiera estado sentado en el Blazer donde se encontraba ella, a Julie le hubiera parecido perfectamente natural; George Strait cantaba, como era normal, la ruta estaba atestada de automovilistas ansiosos de volver a sus casas, cosa también normal, y la nieve era hermosa, cosa perfectamente normal. Todo era normal.

Con una excepción.

A su lado viajaba un asesino prófugo que la amenazaba con un arma. Fue esa cálida apariencia de normalidad, en contraposición con la enloquecida realidad de la situación lo que de repente condujo a Julie de la parálisis a la acción. El tránsito empezó a avanzar, y de su desesperación nació la inspiración. Ya habían pasado junto a varios autos empantanados en las banquinas a ambos lados del camino. Si lograba simular que el auto se le patinaba hacia la banquina de la derecha y viraba con fuerza a la izquierda en el momento en que caían, era probable que su puerta quedara en condiciones de ser abierta mientras que la de él se atascaría. La treta sin duda daría resultado en su auto, pero no estaba segura de la reacción que tendría el Blazer, con su tracción en las cuatro ruedas.

A su lado, Zack notó que Julie miraba repetidas veces el costado de la ruta. Percibió el pánico cada vez mayor de la mujer, y supo que en cualquier momento el miedo la llevaría a hacer algo desesperado.

-¡Tranquilícese! -ordenó.

De repente la capacidad de
miedo de Julie llegó a su límite
y del terror pasó a la furia.

-¡Dice que me tranquilice! -explotó con voz temblorosa, volviéndose para mirarlo, echando chispas por los ojos-. En nombre de Dios, ¿cómo pretende que me tranquilice cuando usted está sentado allí, apuntándome con un arma? ¿Quiere explicármelo?

Tiene razón, pensó Zack, y antes de que hiciera algo que lo llevara a ser capturado, decidió que sería conveniente para ambos que ella se tranquilizara.

-Sólo le pido que mantenga la calma -pidió. Julie miró hacia adelante. El tránsito empezaba a ser algo menos denso y aumentaba la velocidad, y ella empezó a calcular la posibilidad de chocar el Blazer contra otro auto para provocar un accidente en serie. En ese caso habría que llamar a la policía. Eso sería una gran cosa.

Pero probablemente ella y otros automovilistas inocentes terminaran baleados por Zachary Benedict.

Eso sería sumamente negativo.

Julie se preguntaba si el arma de Benedict estaría totalmente cargada con cuatro balas y si sería realmente capaz de masacrar a gente inocente, cuando él le habló con la voz tranquila y condescendiente que los adultos utilizan al hablar con niños histéricos.

-No le sucederá nada, Julie. Si hace lo que le digo, le aseguro que estará bien. Yo necesito llegar a la frontera del estado, y usted tiene un auto, es así de simple. A menos que este auto sea tan importante! para usted que esté dispuesta a arriesgar su vida por él, lo único que tiene que hacer es manejar sin atraer la atención de nadie. Si nos llega a detener algún policía, habrá tiros y usted estará en el medio. Así que pórtese como una buena chica, y tranquilícese.

-Si quiere que me tranquilice -retrucó ella, sin poder soportar su tono de superioridad-, ¡deje que yo empuñe esa arma y le enseñe a tranquilizarse! -Notó que Benedict fruncía el entrecejo, pero no hizo ningún movimiento. Julie estaba por creer que no tenía intenciones de hacerle daño... siempre que ella no pusiera en peligro su huida. Esa posibilidad tuvo el efecto perverso de aplacar su temor y simultáneamente desencadenar toda la furia frustrante que experimentaba por los tormentos que él ya la había hecho padecer. -Es más -continuó diciendo con enojo-, ¡no me hable como si fuera una criatura, y no me llame Julie! Me trataba de señorita Mathison cuando yo creía que era un hombre decente y agradable, que necesitaba trabajo y que había comprado esos m-malditos jeans para impresionar a su pa-patrón. Si no hubiera sido por esos malditos j-jeans, yo no estaría metida en este lío. -Para su propio horror, de repente Julie sintió que se le estaban por llenar los ojos de lágrimas, de manera que le dirigió una mirada que esperaba fuese de desdén, y luego fijó la vista en el camino.

Zack alzó las cejas y la contempló en un impasible silencio, pero en su interior se sintió impresionado por la inesperada demostración de valentía de la muchacha. Volvió la cabeza para mirar el tránsito que avanzaba delante de ellos y la espesa nevada que pocas horas antes le había parecido una maldición pero que en realidad había distraído a la policía, que debía encargarse de los autos empantanados y antes de empezar a buscarlo a él. Por fin consideró el golpe de suerte que había sido que, en lugar de estar en el pequeño auto alquilado que fue retirado de la calle por el camión grúa, se encontrara en ese pesado vehículo con tracción en las cuatro das que podía avanzar por cualquier clase de camino en lugar de quedar atollado en los senderos nos transitados de las montañas de Colorado a los que se dirigía. Se dio cuenta de que todas las demoras y problemas que debió enfrentar, y que lo

enfurecieron, en definitiva resultaron ventajosos. Llegaría a .colorado... gracias a Julie Mathison. A la "señorita Mathison", se corrigió interiormente con una sonrisa, mientras se acomodaba en su asiento. Pero su instante de diversión desapareció a causa de que algo que había oído en el anterior noticiario, empezaba a preocuparlo. Se referían a Dominio Sandini como "el otro convicto prófugo a quien lograron volver a capturar". Si Sandini se había atenido al plan, Hadley debía estar cantando loas a la lealtad de uno de sus prisioneros, en lugar de referirse a él como el convicto a quien habían logrado apresar.

Zack se dijo que debía de haber habido una confusión en la noticia emitida por radio y que ésa era la causa .del error con respecto a Sandini, y se concentró en la maestra joven e iracunda que viajaba a su lado. Aunque en ese momento los necesitaba con desesperación, tanto a ella como al auto, la mujer también era una complicación para sus planes, Posiblemente supiera que se dirigía a Colorado; más aún, era bastante probable que hubiera tenido el tiempo suficiente de estudiar el mapa como para luego informar a la policía acerca de la ubicación del escondite de Zack. Si la dejaba en la frontera entre Texas y Oklahoma o un poco más al norte, en la frontera entre Okiahoma y Colorado, ella podría informar a las autoridades hacia dónde se dirigía él y, además, facilitarles todos los detalles del auto que manejaba. Para ese momento, su rostro habría aparecido ya en todas las pantallas de televisión del país, de modo que no podía ni soñar con alquilar o comprar otro auto sin ser reconocido. Además, quería que la policía creyera que había conseguido volar hasta Detroit y cruzar a Canadá.

Por lo visto, Julie Mathison era a la vez una bendición y una desgracia en sus planes. En lugar de maldecir al destino por haberlo obligado a cargar con ella y con la mortal amenaza que representaba para su libertad, decidió proporcionarle una posibilidad a ese mismo destino para que solucionara el problema y les diera a ambos un poco de tranquilidad. Se inclinó hacia el asiento trasero para tomar el termo con café, pensó en los últimos comentarios de Julie e inició lo que consideró un buen tema de conversación. En un tono desinteresado y poco amenazador, preguntó:

-¿Qué pasa con mis jeans?

Ella se quedó mirándolo, completamente confundida.

-¿Qué?

-Usted dijo algo con respecto a que mis "malditos jeans" fueron el único motivo por el que me ofreció subir al auto -explicó Zack, sirviendo café-. ¿Qué tienen de malo mis jeans?

Julie contuvo una carcajada de risa furibunda. ¡Mientras ella se preocupaba por su propia vida, a él le preocupaba una declaración que se refería a la moda!

-¿Qué quiso decir? -insistió Zack. Cuando Julie estaba a punto de contestarle de mal modo, se le ocurrieron dos cosas al mismo tiempo: que era una locura contrariar a un hombre armado y que si conseguía que él bajara la guardia, iniciando una conversación intranscendente, aumentarían bastante sus posibilidades de salir con vida de esa situación. Suspiró hondo y trató de hablar en un tono amable y neutral, sin apartar la vista del camino.

-Noté que sus jeans eran nuevos.

-¿Y qué tiene que ver eso con que haya decidido invitarme a subir al auto?

La amargura que le provocaba su propia imbecilidad se traslució en la voz de Julie.

-Como no tenía auto y dio a entender que estaba sin trabajo, supuse que debía de hallarse en un mal momento financiero. Después comentó que esperaba conseguir un nuevo empleo, y noté la raya de sus jeans... -Dejó la frase sin terminar al darse cuenta

de que, en vez del hombre pobre que ella lo había creído, en realidad ese individuo era multimillonario y actor de cine.

-Siga -pidió él, intrigado.

-¡Saqué la conclusión obvia, por amor de Dios! Supuse que se había comprado jeans nuevos para impresionar bien a su empleador, y me imaginé lo importante que debía de ser para usted ese trabajo, y las ilusiones que se habría hecho al comprarlos, y no pude soportar la idea de que todas sus esperanzas se fueran al tacho si yo no le ofrecía viajar conmigo. Así que, aunque nunca en la vida he recogido a nadie en, el auto, no pude soportar que usted perdiera esa oportunidad.

Zack no sólo estaba sorprendido; a pesar suyo se sentía emocionado. Una bondad como ésa, una bondad que de alguna manera significaba un riesgo y un sacrificio personal, era algo que había estado ausente de su existencia durante todos los años que pasó en la cárcel. Y aun antes. Hizo a un lado un pensamiento tan poco tranquilizador.

-¿Así que imaginó todo eso por la raya de un par de jeans? ¡Tiene una imaginación galopante! -agregó con un irónico movimiento de cabeza.

-Es evidente que además no soy muy hábil juzgando caracteres -agregó Julie con amargura. Por el rabillo del ojo vio que él tendía el brazo izquierdo hacia ella; dio un salto y sofocó un grito antes de darse cuenta de que sólo le ofrecía una taza de café.

-Pensé que tal vez esto la ayudaría -explica Zack en voz baja, casi como disculpándose por haberla asustado,

-No existe el menor peligro de que me quede dormida al volante, gracias.

-De todos modos, beba un poco -ordenó Zack, decidido a tranquilizarla aunque supiera que su presencia era la causa del terror que ella sentía-. Logrará que... -Vaciló, sin encontrar las palabras indicadas, y por fin agregó: -Logrará que las cosas le parezcan más normales.

Julie se volvió a mirarlo, transmitiéndole a las claras que la "preocupación" que él mostraba por ella no sólo le resultaba repulsiva sino una locura. Estaba a punto de decírselo cuando recordó el arma que él llevaba en el bolsillo, de manera que aceptó el café con mano temblorosa y se volvió a mirar el camino mientras lo bebía.

A su lado, Zack notó cómo temblaba la taza de café cuando ella se la llevaba a los labios, y sintió una ridícula necesidad de disculparse por haberla aterrorizado así. Al estudiar su rostro a la luz del tablero, observó que tenía un perfil hermoso, con una nariz pequeña, mentón obstinado y pómulos altos. Además tiene ojos magníficos, pensó, recordando la forma en que lo había mirado echando chispas instantes antes. Ojos espectaculares. Sintió una punzada de culpa y vergüenza por utilizar y atemorizar a esa chica inocente que sólo trató de comportarse como el buen samaritano... Y considerando que tenía toda la intención de seguir usándola, se sintió el monstruo que todo el mundo consideraba que era. Para acallar su conciencia, decidió facilitarle las cosas todo lo posible, lo cual lo llevó a seguir conversando.

Había notado que la muchacha no usaba alianza, cosa que significaba que no estaba casada. Trató de recordar los temas de conversación de la gente civilizada "de afuera" " -y por fin preguntó:

-¿Le gusta enseñar?

Ella se volvió de nuevo a mirarlo, con esos ojos increíbles llenos de disimulado rencor.

-¿Espera que me ponga a conversar con usted c temas triviales?

-¡Sí! -retrucó él, furioso ante su renuencia a itír que le facilitara la situación-. Es justamente lo que pretendo. ¡Empiece a hablar!

-Me encanta enseñar -contestó Julie con voz temblorosa, odiando que él pudiera intimidarla con .tanta facilidad-. ¿Hasta dónde pretende que lo lleve en el auto? -

preguntó al pasar ante un indicador que señalaba que la frontera de Oklahoma se encontraba a treinta kilómetros de distancia.

-Hasta Okiahoma -respondió Zack. Era una .verdad a medias.

19

-Estamos en Oklahoma -señaló Julie en cuanto pasaron el cartel que indicaba el cruce de un estado a otro.

Él le dirigió una mirada entre sombría y divertida.

-Ya lo sé.

-Bueno. ¿Cuándo piensa bajarse del auto?

-Siga manejando.

-¿Que siga manejando? -exclamó ella, en un ataque de furia nerviosa-. Mire, pedazo de miserable: ¡no pienso llevarlo hasta Colorado!

Zack acababa de obtener su respuesta: Julie sabía adonde iba él.

"¡Me niego a hacerlo! -advirtió Julie con voz temblorosa, sin darse cuenta de que acababa de sellar su destino-. No puedo.

Zack le contestó, con plena conciencia de la batalla que ella le presentaría:

-Sí, señorita Mathison, puede. Y lo hará.

Su calma absoluta fue la gota que desbordó el vaso.

-¡Vayase al diablo! -exclamó Julie y, antes de que él pudiera impedírselo, giró violentamente el volante hacia la derecha. El vehículo patinó y se desplazó a la banquina. Entonces ella clavó los frenos y lo detuvo de repente. -¡Quédese con el auto!-suplicó-. Llévese el auto y déjeme aquí. No le diré a nadie que lo he visto ni que sé hacia dónde se dirige. Le juro que no se lo diré a nadie.

Zack hizo un esfuerzo por contener su furia y trató de tranquilizarla quitándole importancia a la situación.

-En las películas, la gente siempre promete eso mismo -comentó casi con amabilidad, mientras miraba por sobre el hombro los autos que pasaban volando junto a ellos-. Siempre me pareció que sonaba a falso.

-¡Pero esto no es una película!

-Sin embargo tiene que admitir que es una promesa absurda -contestó él con una leve sonrisa-. Sabe que lo es. Admítalo, Julie.

Escandalizada al ver que él trataba de bromear con ella, como si fueran amigos, Julie se quedó mirándolo en un furioso silencio. Sabía que tenía razón acerca de que la promesa era ridícula, pero se negaba a admitirlo.

-Realmente no puede pretender que yo crea que usted no me denunciará, después de que la secuestré y le robé el auto -continuó diciendo él, suavizando un poco la voz-, y que me estará tan agradecida que mantendrá una promesa hecha en momentos de extremo temor. ¿No le parece una locura?

-¿Y usted pretende que yo debata un tema de psicología con usted, cuando mi vida está en peligro?-explotó ella.

-Comprendo que esté asustada, pero su vida no corre peligro, a menos que usted misma cree ese peligro.

Tal vez fuera a causa de la extenuación, o el timbre de la voz de Zack, o la firmeza de su mirada, pero al contemplar su expresión solemne, Julie descubrió que le creía.

-No quiero que usted sufra ningún daño -continuó diciendo Zack-, y no lo sufrirá, en tanto no haga nada que llame la atención hacia mí o que alerte a la policía...

-En cuyo caso -interrumpió Julie con amargura, saliendo de su trance-, me saltará la

tapa de los sesos con su pistola. Eso es sumamente reconfortante, señor Benedict. Gracias.

Zack volvió a hacer un esfuerzo por controlar su temperamento y explicó:

-Si la policía trata de capturarme, tendrán que matarme, porque no pienso rendirme. Y considerando la mentalidad de la mayoría de los policías, existe una fuerte posibilidad de que usted resulte herida o muerta en la refriega. No quiero que eso suceda. ¿Me comprende?

Furiosa consigo misma por ceder ante las palabras suaves de un asesino, Julie apartó la vista del rostro de Zack y miró por la ventanilla.

-¿Realmente cree que podrá convencerme de que es Sir Galahad en lugar de un monstruo depravado?

-Es evidente que no -contestó él con irritación. Al ver que ella se negaba a volver a mirarlo, lanzó un suspiro de impaciencia y le habló con tono cortante. -Basta de conversación y empiece a manejar. Necesito encontrar un teléfono público en alguna de las salidas de la ruta.

Al notar la frialdad con que le hablaba, Julie comprendió lo tonta que había sido al ignorar su intento "amistoso" y adoptar una actitud de antagonismo. En lugar de eso, lo que debería estar haciendo, pensó mientras conducía el auto de vuelta a la ruta, era convencerlo de que se había resignado y estaba dispuesta a obedecer. Mientras los copos de nieve bailoteaban frente a los faros, pensó en las posibles maneras de liberarse, porque en ese momento estaba convencida de que lo más probable era que Benedict la obligara a cruzar el estado de Oklahoma y además el de Colorado. Encontrar la manera de burlar sus planes y huir no sólo era una necesidad, sino también un desafío. Y para lograrlo, sabía que debía ser objetiva y conseguir que el miedo y la furia no nublaran su inteligencia. Y debería ser capaz de hacerlo, se recordó Julie. Después de todo no era precisamente una flor de invernadero, siempre protegida de los males de este mundo. Vivió los primeros once años de su vida en las calles de Chicago, ¡y no lo hizo mal! Decidió tratar de encarar el problema como si fuera simplemente la trama de una de las novelas policiales que le encantaba leer. Siempre tuvo la sensación de que algunas de las heroínas de esas novelas se comportaban con una sublime estupidez, que era justamente lo que ella había hecho al crear un antagonismo entre ella y su secuestrador. Una heroína inteligente habría hecho lo contrario, habría encontrado la manera de lograr que Benedict se relajara y bajara la guardia por completo. Y si lo conseguía, sus posibilidades de huir -y de lograr que volvieran a encerrarlo en la cárcel, donde le correspondía estar- aumentarían enormemente. Para llegar a esa meta, trataría de simular que consideraba que esa pesadilla era una aventura, y tal vez hasta que estaba del lado de su captor, cosa que exigiría una interpretación estelar, pero estaba dispuesta a intentarlo.

Pese a tener grandes dudas con respecto a sus posibilidades de triunfo, de repente Julie se sintió invadida por una bendita tranquilidad y una fuerte decisión que acabaron con sus temores y le aclararon los pensamientos. Esperó algunos instantes antes de hablar, para que su capitulación no pareciera demasiado repentina ni resultara sospechosa. Después respiró hondo para calmarse y trató de inyectar una nota de arrepentimiento en su voz.

-Señor Benedict -dijo, logrando mirarlo de soslayo hasta sonreírle-, le agradezco lo que dijo sobre no tener intenciones de hacerme daño. No quise ser sarcástica. Lo que sucede es que tenía miedo.

-¿Y ahora no lo tiene? -preguntó él con la voz cargada de escepticismo.

-Bueno... sí -se apresuró a asegurar Julie-. Pero no tanto. Justamente a eso me

refería.

-¿Puedo preguntar a qué se debe esta repentina transformación? ¿En qué pensaba mientras estuvo tan silenciosa?

-En un libro -contestó ella, porque le pareció una respuesta segura-. En una novela de misterio.

-En alguna que ha leído? ¿O en una que está pensando escribir?

Julie abrió la boca pero no pronunció una sola palabra. De repente se dio cuenta de que Benedict le acababa de proporcionar el medio perfecto para destruirlo.

-Siempre he querido escribir una novela policial -improvisó-, y se me acaba de ocurrir que esto puede ser... bueno... una investigación de primera agua.

-Comprendo.

Julie le dirigió otra mirada de soslayo, y le sorprendió la calidez de su sonrisa. Este demonio sería capaz de encantar a una serpiente, pensó, recordando esa misma sonrisa cuando se reflejaba en las pantallas cinematográficas y aumentaba la temperatura de todo el público femenino.

-Usted es una joven notablemente valiente, Julie. Ella sofocó su airada exigencia de ser llamada señorita Mathison.

-En realidad, soy la cobarde más grande del mundo, señor...

-Me llamo Zack -interrumpió él, y en su tono impasible ella volvió a percibir el asomo de una sospecha.

-Zack -se corrigió con rapidez-. Tiene razón, lo lógico sería que nos llamáramos por nuestros nombres de pila y hasta que nos tuteáramos, ya que vamos a estar juntos durante...

-Un tiempo -agregó él, y Julie tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo para ocultar la frustración y la furia que le provocó su respuesta evasiva.

-Durante un tiempo -repitió, cuidando de mantener un tono neutral-. Bueno, supongo que eso bastará para que pueda hacer una investigación preliminar. -Vaciló, pensando qué debía preguntarle. -Usted... bueno... tú, ¿considerarías la posibilidad de darme algunos datos acerca de lo que es la vida en una cárcel? Eso me sería de gran ayuda para mi novela.

-¿En serio?

La estaba aterrorizando con esos sutiles y cambiantes tonos de voz. Julie jamás había conocido a un hombre o una mujer capaz de transmitir tanto con imperceptibles cambios de tono, así como tampoco había oído en la vida una voz como la de Zack. Su timbre de barítono podía girar de un instante a otro de la amabilidad a la diversión, de lo gélido a lo ominoso. En respuesta a su pregunta, Julie asintió con vigor y trató de contrarrestar el tono escéptico de Zack inyectando energía y convicción al suyo.

-¡Por supuesto! -En un relámpago de inspiración, se dio cuenta de que tal vez, si él creía que estaba de su lado, sería más probable que bajara la guardia. -He oído hablar de una cantidad de gente inocente que ha sido enviada a prisión. ¿Tú eres inocente?

-Todos los convictos aseguran que son inocentes.

-Sí, ¿pero tú lo eres? -insistió, tratando de que dijera que sí, para poder simular que le creía.

-El jurado dijo que era culpable.

-No es la primera vez que un jurado se equivoca.

-Doce ciudadanos honestos y respetables -contestó él con voz fría y llena de odio- decidieron que era culpable.

-Estoy segura de que deben de haber tratado de ser objetivos.

-¡Mentira! -exclamó Zack con tanta furia que Julie apretó el volante con fuerza,

presa de otro ataque de miedo--. ¡Me declararon culpable porque era rico y famoso! -exclamó casi en un rugido-. Yo los estudié durante el juicio, y cuanto más hablaba el fiscal sobre mi vida privilegiada y sobre la amoralidad de la gente de Hollywood, más sediento de mi sangre se ponía el jurado. Todos esos malditos santurrones, temerosos de Dios, sabían que existía una "duda razonable" de que yo hubiera cometido el asesinato y por eso no se animaron a recomendar que se me condenara a muerte. Todos miraban demasiado la serie de Perry Masón... supusieron que si yo no era el asesino, debía estar en condiciones de demostrar quién lo era.

Ante la furia de su voz, Julie sintió que le empezaban a transpirar las palmas de las manos. Se dio cuenta de que, ahora más que nunca, era imperativo hacerle creer que estaba de su parte.

-Pero no eras culpable, ¿verdad? Simplemente no pudiste probar quién era el verdadero asesino de tu mujer, ¿no es así? -perseveró con voz temblorosa.

-¿Y eso qué importa? -preguntó él.

-A m-mí me importa

Zack la estudió unos instantes en gélido silencio, y de repente su voz sufrió uno de esos cambios inesperados.

-Si realmente te importa, entonces te diré que no, que yo no la maté -aseguró con suavidad.

Estaba mintiendo, por supuesto. Tenía que ser una mentira.

-Te creo. -Y para terminar de convencerlo agregó: -Y siendo inocente, tienes todo el derecho del mundo de tratar de huir de la cárcel.

La respuesta de Zack fue un silencio largo e incómodo, durante el que Julie sintió que él examinaba detenidamente cada facción de su rostro.

-El cartel decía que adelante hay un teléfono -dijo Zack de repente-. Cuando lo veas, para el coche.

-Está bien.

El teléfono estaba junto al camino, y Julie estacionó en la banquina. Miró por el espejo retrovisor, con la esperanza de ver un camión o algún otro vehículo, pero casi no había tránsito en el camino cubierto de nieve. La voz de Zack le hizo volver la cabeza en el momento en que él sacaba las llaves del encendido.

-Espero -dijo con tono irónico- que no supongas que dudo de tu palabra cuando dices que crees en mi inocencia y que te alegras de que haya huido. Me llevo las llaves del auto porque soy un hombre muy precavido.

Julie misma se sorprendió cuando pudo menear la cabeza y decir con tono convincente:

-No te culpo.

Con una leve sonrisa, Zack se apeó del auto, pero mantuvo la mano en el bolsillo, como si quisiera recordarle que tenía un arma, y dejó su puerta abierta, sin duda para poder ver lo que ella hacía mientras él hablaba por teléfono. Aparte de tratar de correr con más rapidez que él, y de arriesgarse a recibir un balazo, en ese momento Julie no tenía ninguna posibilidad de huida, pero podía empezar a prepararse para el futuro. Cuando Zack bajaba, dijo con la mayor inocencia posible:

-¿Te importaría que sacara papel y una lapicera de la cartera para poder tomar algunas notas mientras hablas por teléfono...? Ya sabes a qué me refiero:
puedo anotar sensaciones y detalles que tal vez me sirvan para mi libro. -Y antes de que él pudiera negarse, cosa que estuvo a punto de hacer, Julie tomó cautelosamente la cartera del asiento trasero,
mientras señalaba los motivos por los que él no debía negarse a su pedido. -Escribir siempre me calma los nervios -aseguró-, y si quieres puedes revisar mi cartera. Verás

que no tengo otro juego de llaves y ninguna clase de arma. -Para demostrarlo, abrió la cartera y se la alcanzó. Él le dirigió una mirada impaciente y preocupada que le hizo sentir que ni por un instante había creído su historia de querer escribir una novela y que le seguía la corriente para que ella continuara mostrándose dócil. -Adelante -dijo, devolviéndole la cartera. Al ver que él se alejaba, Julie sacó un pequeño anotador y la lapicera. Cuando Zack levantó el tubo y colocó monedas en el teléfono, escribió el mismo mensaje en tres diferentes hojas de papel: Llamen a la policía he sido secuestrada. Por el rabillo del ojo notó que él la observaba, y esperó hasta que se volvió para hablar. Entonces arrancó las primeras tres hojas, las dobló por la mitad y las metió en el bolsillo exterior de la cartera, donde le resultaría fácil tomarlas. Volvió a abrir el anotador y se quedó mirándolo, mientras buscaba frenéticamente una manera de pasarle las notas a alguien que pudiera ayudarla. Cuando se le ocurrió una idea posible, miró a Zack para asegurarse de que no la observaba y metió una de las notas dentro de un billete doblado de diez dólares.

Había concebido un plan, lo estaba ejecutando, y el saber que de alguna manera empezaba a controlar su futuro, hizo desaparecer gran parte de su pánico. El resto de esa tranquilidad recién encontrada se debía a otra cosa: la instintiva pero fuerte sensación de que Benedict no había mentido al decir que no quería dañarla. Por lo tanto, no le dispararía a sangre fría. En realidad, aun si tratara de huir en ese momento, estaba convencida de que la perseguiría, pero jamás le dispararía, a menos que viera que estaba por detener un auto. Y ya que no había
ningún auto a la vista, Julie no consideró que tuviera sentido tratar de huir en ese momento. Lo único que ganaría sería volver a ponerlo en guardia. Era mucho más conveniente seguir simulando que cooperaba con él y tratar de que se relajara todo lo posible. Zachary Benedict sería un ex convicto, pero ella no era la mujer cobarde, dócil y fácil de intimidar que simuló ser hasta ese momento. En una época tuvo que vivir a fuerza de ingenio, se recordó. Mientras él era un adolescente malcriado, un ídolo cinematográfico, ella mentía y robaba para poder sobrevivir en la calle. Estaba absolutamente convencida de que si tenía eso muy en cuenta, sería capaz de hacerle frente a ese convicto. Siempre que no perdiera la cabeza, tenía una excelente posibilidad de salir triunfante en ese concurso de ingenio. Tomó el anotador y empezó a escribir observaciones sobre su secuestrador, por si él le preguntaba qué había escrito. Una vez que terminó, leyó el absurdo comentario que acababa de escribir:

"Zachary Benedict huye de un injusto encarcelamiento provocado por un jurado poco imparcial. Me parece un hombre inteligente, bondadoso y cálido... una víctima de las circunstancias. Creo en él."

Sonriendo para sus adentros, decidió que ese comentario era la peor obra de ficción jamás escrita. Estaba tan enfrascada en su pieza literaria que se sobresaltó al darse cuenta de que Benedict había terminado de hablar y volvía a subir al auto. Cerró apresuradamente el anotador y lo metió en la cartera.

-¿Conseguiste hablar con la persona que buscabas? -preguntó con amabilidad.

Él la miró con los ojos entrecerrados, y Julie tuvo la sensación de haber sobreactuado con su presunta "camaradería".

-No. La persona que busco no estaba en su cuarto. Volveré a tratar de comunicarme con él den
tro de media hora. -Mientras Julie digería ese trozo de inútil información, Zack tomó su cartera y sacó el anotador.

-Como medida de precaución -dijo con tono irónico, mientras abría el anotador-. Supongo que lo comprendes, ¿no?

-Comprendo perfectamente -contestó Julie, entre divertida y mortificada al ver que el mentón de Benedict se aflojaba al leer lo que había escrito.

-¿Y? -preguntó, abriendo los ojos con aparente inocencia-. ¿Qué te parece?

Él cerró el anotador y lo volvió a guardar en la cartera.

-Creo que si realmente piensas todo eso, eres demasiado crédula para andar suelta por el mundo.

-Soy muy crédula -aseguró ella con tono ansioso, poniendo en marcha el motor del auto. Era bárbaro, fabuloso que él la considerara tonta y cándida.

20

Viajaron en silencio durante la media hora siguiente; sólo intercambiaron un ocasional comentario sobre el mal tiempo y las pésimas condiciones climáticas para viajar, pero Julie observaba el costado del camino, esperando un cartel indicador que le permitiera poner en práctica su plan. Cualquier cartel indicador que anunciara la proximidad de un restaurante de comidas rápidas le serviría. Cuando por fin vio uno, los latidos de su corazón se aceleraron.

-Ya sé que no quieras entrar en un restaurante, pero yo estoy muerta de hambre -dijo en tono agradable-. El cartel indica que dentro de poco llegaremos a un McDonald's. Podríamos pedir algo de comer en el mostrador para autos.

Él miró el reloj y empezó a menear la cabeza, de manera que Julie se apresuró a seguir hablando.

-Necesito comer algo cada dos horas porque tengo... -vaciló un instante buscando frenéticamente el término médico exacto para un problema que ella no padecía. -...¡hipoglucemia! Lo siento, pero si no como algo, me siento débil, me desmayo y...

-Está bien, pararemos aquí.

Julie tuvo que hacer un esfuerzo por contener un grito de triunfo cuando salió de la autopista y divisó los arcos del McDonald's. El restaurante se alzaba entre dos terrenos abiertos, con un parque de diversiones infantiles a uno de sus lados.

-Nos detenemos justo a tiempo -dijo Julie-, porque estoy tan mareada que no hubiera podido seguir manejando mucho más.

Ignorando los ojos entrecerrados de Zack, Julie entró en el McDonald's. A pesar de la tormenta, había varios autos en la playa de estacionamiento, aunque no tantos como ella hubiera deseado, y alcanzó a ver algunas familias sentadas dentro del restaurante. Siguió las indicaciones de los carteles, rodeó el edificio y se detuvo frente a la ventana donde se despachaban comidas directamente a los automóviles.

-¿Qué vas a comer? -preguntó.

Antes de su encarcelamiento Zack habría preferido quedarse todo el día sin comer antes que entrar en un restaurante de comidas rápidas. Pero en ese momento descubrió que se le hacía agua la boca ante el solo pensamiento de una hamburguesa con papas fritas. Ésa es una de las cosas que nos proporciona la libertad, pensó después de decirle a Julie lo que quería comer. La libertad lograba que el aire pareciera más puro y la comida más rica. También convertía al hombre en un ser más tenso y desconfiado, porque había algo en la sonrisa excesivamente brillante de su cautiva que lo llenaba de sospechas. Con sus enormes ojos azules y su sonrisa suave parecía fresca e ingenua, pero había pasado con demasiada rapidez de ser una prisionera aterrorizada y un rehén furioso a su actual actitud de aliada amistosa.

Julie repitió la orden junto al micrófono: dos hamburguesas, dos papas fritas, dos Coca Colas.

-Son $5,09 -informó una voz por el altoparlante-. Por favor diríjase a la primera ventanilla.

Cuando Julie detuvo el auto ante la ventanilla, notó que Zack metía la mano en el bolsillo en busca de dinero, y sacudió la cabeza con decisión, mientras abría la cartera.

-Yo pagaré -dijo, logrando mirarlo a los ojos-. Yo invito. Insisto.

Después de un instante de vacilación, Zack sacó la mano del bolsillo, pero frunció el entrecejo con gesto de desconfianza.

-Es muy amable de tu parte.

-Así soy yo. -Hablaba como una cotorra mientras sacaba el billete de diez dólares que contenía la nota en la que advertía que había sido secuestrada. Incapaz de seguir



LIbrodot

mirando a Zack, desvió la vista y la. clavó en la adolescente de la ventanilla que la miraba con expresión de aburrida impaciencia.

-Son $5,09 -informó.

Julie le tendió el billete de diez dólares y la miró fijo, con expresión implorante. Su vida dependía de esa adolescente de aspecto aburrido y pelo sujeto en una cola de caballo. Como en cámara lenta, la vio desplegar el billete de diez dólares... La pequeña nota se desprendió y cayó al piso... La muchacha se inclinó, la recogió, se quitó de la boca la goma de mascar... Se irguió... Miró a Julie...

-¿Esto es suyo? -preguntó con la nota en la mano, mirando a los ocupantes del auto sin haberla leído.

-No sé -contestó Julie, tratando de obligarla a leer lo que decía-. Tal vez. ¿Qué dice...? -empezó a decir, pero sofocó un grito cuando Zachary Benedict le aferró el brazo con una mano y le clavó la pistola en el costado.

-No te preocupes -dijo extendiendo la mano-. Esa nota es mía. Es parte de una broma. -La cajera miró la nota, pero era imposible saber si la había leído antes de tendérsela a Zachary.

-Aquí tiene, señor -dijo, inclinándose y pasándosela a Zack. Julie apretó los dientes cuando Benedict le dedicó a la cajera una sonrisa falsa que hizo que la muchacha se ruborizara de placer mientras contaba el cambio que debía devolverle a Julie. -Aquí está el pedido -agregó.

Automáticamente Julie tomó las bolsas de comida y las Cocas, mientras con el rostro pálido le rogaba en silencio a la muchacha que llamara a la policía, al gerente, ¡a alguien! Le pasó las bolsas a Benedict sin animarse a mirarlo de frente. Las manos le temblaban con tanta violencia que casi se le cayeron las Coca Colas. Mientras ponía en marcha el auto y se alejaba de la ventanilla, esperó alguna clase de reacción por parte de él, pero no estaba preparada para la explosión de furia de Zack.

-¡Putita imbécil! ¿Estás tratando de conseguir que te mate? Estaciona el auto allí, en la playa, donde esa chica pueda vernos. Nos está mirando.

Julie obedeció mientras respiraba con agitación.

-Come esto -ordenó él, prácticamente metiéndole la hamburguesa en la boca--. Y sonríe después de cada bocado, o te juro por Dios que...

Julie volvió a obedecer. Masticaba sin tomarle el gusto a la comida, haciendo esfuerzos por tranquilizar sus nervios deshechos para poder volver a pensar. Dentro del auto, la tensión crecía hasta que se convirtió en algo vivo. Julie decidió hablar, simplemente para romper el silencio.

-¿M-me pasas m-mi C-coca, por favor? -pidió, extendiendo la mano hacia el piso donde estaban las bebidas. Zack le aferró la muñeca con una fuerza que amenazaba con romper sus huesos frágiles.

-¡Me estás lastimando! -gritó Julie, presa de una nueva oleada de pánico. Él le apretó la muñeca aún con más fuerza antes de soltarla de repente. Ella se refugió contra la puerta del auto, apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos, mientras se masajeaba la muñeca dolorida. Hasta ese momento, Benedict no había tratado de hacerle daño y ella se dejó engañar, convencida de que no era un criminal depravado sino más bien un hombre que se había vengado de su mujer en un acto de celos y locura. ¿Por qué -se preguntó con desesperación- habré creído que no sería capaz de matar a una mujer a quien había tomado como rehén o a una pobre adolescente que podría haber hecho sonar la alarma y logrado su captura? La respuesta era que había sido engañada por los recuerdos, recuerdos de las maravillosas historias que publicaban las revistas sobre él, recuerdos de tantas horas pasadas en el cine con sus hermanos, y más adelante, con sus festejantes, en compañía de quienes admiraban a Zack y hasta fantaseaba a su respecto. A los once años le resultaba incomprensible que sus hermanos y todos sus amigos consideraran que Zack Benedict fuera un ser tan

especial, pero pocos años después lo comprendió perfectamente. Era buen mozo, inalcanzable, atractivo, cínico, ingenioso y rudo. Y como Julie había estado becada en Europa mientras tuvo lugar el famoso juicio, desconocía todos los detalles sórdidos del caso, que podrían haber enlodado esas imágenes hermosas que en el cine parecían tan auténticas. La lamentable verdad era que cuando él le aseguró que era inocente, a ella le pareció posible que le estuviera diciendo la verdad, porque consideró lógico que huyera de la cárcel para demostrar su inocencia. Y por alguna razón incomprensible, una pequeña parte de su ser todavía se aferraba a esa posibilidad, posiblemente porque así le resultaba más fácil superar su temor; pero eso no disminuía su desesperación por alejarse de él. Aunque fuera inocente del crimen por el que lo habían encarcelado, eso no significaba que no estuviera dispuesto a matar para impedir que lo volvieran a encerrar. Y eso si era inocente... un si muy poco probable.

Se estremeció de miedo al oír el crujido de una de las bolsas del piso.

-Toma -dijo él, tendiéndole una Coca. Sin mirarlo, Julie extendió la mano y la tomó, con la vista fija en el parabrisas del auto. En ese momento comprendió que su única esperanza de encapar sin que nadie resultara herido o muerto consistía en facilitarle la posibilidad de que él se fuera con el auto, dejándola atrás. Lo cual significaba que debía bajar del auto y a la vista de algunos testigos. Acababa de fracasar su primer intento de huida; ahora él sabía que estaba lo suficientemente desesperada como para volver a intentarlo. Estaría esperando. Vigilándola. Por lo tanto, cuando lo volviera a intentar, todo debía ser perfecto. Instintivamente sabía que no era probable que viviera para intentarlo por tercera vez. Por lo menos ya no tenía necesidad de seguir simulando que estaba de su lado.

-¡Vamos! -ordenó él de mal modo. En silencio, Julie puso el auto en marcha y salió de la playa de estacionamiento.

Un cuarto de hora después, él volvió a ordenarle que se detuviera junto a un teléfono público, e hizo otro llamado. No había vuelto a pronunciar una palabra, salvo para ordenarle que se detuviera, y Julie sospechaba que él debía de saber que el silencio le rompía más los nervios que cualquier otra cosa que pudiera hacer para intimidarla. Esa vez, mientras hablaba por teléfono, no dejó de mirarla un solo instante. Cuando volvió al auto, Julie no pudo seguir soportando un instante más ese silencio. Le dirigió una mirada altanera, señaló el teléfono público con la cabeza y dijo:

-¿Malas noticias?

Ante una rebelión tan incansable, Zack contuvo una sonrisa. El rostro bonito de Julie ocultaba un coraje obstinado y un ingenio ácido que lo tomaban continuamente desprevenido. En lugar de contestar que acababa de recibir muy buenas noticias, se encogió de hombros. Se había dado cuenta de que el silencio la carcomía.

-Sigue manejando -ordenó. Se recostó contra el respaldo del asiento y estiró las piernas.

Pocas horas después, un hombre muy parecido a él saldría de Detroit y entraría en Canadá por el túnel de Windsor. En la frontera se comportaría de manera tal que los empleados de la aduana lo recordarían. Cuando Zack continuara en libertad uno o dos días, esos empleados aduaneros lo recordarían y notificarían a las autoridades estadounidenses que era probable que el prófugo hubiera entrado en Canadá. Entonces la caza de Zack Benedict se centraría en ese país, dejándolo en libertad de continuar con el resto de su plan. Por lo tanto, durante una semana, lo más probable era que no tuviera nada que hacer, salvo relajarse y solazarse en su libertad. Eso, si no fuera por su molesta rehén. Ella era el único escollo en sus posibilidades de relajación. Un enorme escollo, pensó Zack, puesto que por lo visto no era tan fácil de sojuzgar como creyó en un principio. En ese momento manejaba despacio y le dirigía miradas llenas de enojo.

-¿Qué pasa? -preguntó Zack.

-El problema es que necesito ir al baño.

-¡Más tarde!

-Pero... -Zack la miró y Julie se dio cuenta de que no valía la pena discutir. Una hora después cruzaron la frontera de Colorado, y él habló por primera vez.

-Un poco más adelante hay una playa de estacionamiento para camiones. Abandona la autopista
en la próxima salida y si el lugar parece seguro, nos detendremos allí.

El lugar resultó demasiado concurrido y no le gustó, de manera que transcurrió otra media hora antes de que encontraran una estación de servicio relativamente desierta, con el encargado ubicado entre los surtidores, de modo que se podía pagar la nafta sin entrar en la oficina, y con baños en la parte exterior del edificio.

-Bajemos -ordenó-. Camina lentamente -advirtió cuando ella saltó del auto y se encaminó hacia el baño. Le tomó el codo como para ayudarla a caminar por la nieve y se mantuvo pegado a ella. Cuando llegaron al baño, en lugar de soltarle el brazo, abrió la puerta y le dio paso. Julie explotó.

-¿También pretendes entrar a mirar? -preguntó con furiosa incredulidad.

Zack la ignoró y estudió el pequeño baño, buscando ventanas. Al ver que no las había, la soltó.

-Apúrate. Y te aconsejo que no hagas ninguna tontería.

-¿Como qué? ¿Ahorcarme con papel higiénico? ¡Vete, maldito!

Liberó su brazo de un tirón y entró. Justo en ese momento se le ocurrió la solución obvia: cerraría la puerta con llave y se quedaría dentro. Lanzando un grito de triunfo para sus adentros, hizo girar la cerradura con la punta de los dedos al mismo tiempo que daba un portazo y apoyaba un hombro contra la puerta. La puerta se cerró con un satisfactorio ruido metálico, pero la cerradura parecía no encajar, y Julie tuvo la desagradable sensación de que él sostenía el picaporte del otro lado para impedir que se cerrara.

Desde afuera, Zack movió el picaporte, que giró en las manos de Julie, y el tono de divertida resignación de su secuestrador le indicó que no estaba equivocada.

-Te doy un minuto y medio. Después abriré la puerta, Julie.

¡Bárbaro! Además debe de ser un pervertido, pensó ella mientras terminaba con lo que había ido a hacer. Se estaba lavando las manos con agua helada cuando él abrió la puerta y anunció:

-Se te acabó el tiempo.
En lugar de subir al Blazer, Zack se quedó atrás, con las manos metidas en los bolsillos, empuñando el arma.

-Llena el tanque de nafta -ordenó, acodándose contra el auto y observándola-. Paga -agregó, manteniendo la cara vuelta hacia otro lado para que no lo viera el encargado.

Por un momento, el sentido de economía de Julie pudo más que su frustración y su miedo, y ya empezaba a protestar cuando vio que Zack le tendía dos billetes de veinte dólares. Su resentimiento aumentó al comprobar que él reprimía una semisonrisa.

-¡Tengo la impresión de que esta situación está empezando a divertirte! -dijo con amargura, arrancándole el dinero de la mano.

Zack observó sus hombros rígidos y se recordó que sería mucho más inteligente y beneficioso tratar de neutralizar parte de la hostilidad de esa chica, como lo había intentado antes. Y sería aún mejor que conseguir ponerla de buen humor. Así que dijo con una risita:

-Tienes toda la razón del mundo. Creo que estoy empezando a divertirme.

-¡Cretino! -contestó ella.

El amanecer teñía de rosado el cielo gris cuando Julie pensó que quizá Benedict se hubiera quedado dormido. La había obligado a viajar por caminos secundarios, evitando las autopistas. Así, viajar en la nieve era tan traicionero que apenas había podido hacer un promedio de cuarenta y cinco kilómetros
por hora. En tres oportunidades tuvieron que detenerse horas enteras en la ruta, a causa de accidentes, pero él la obligaba a seguir adelante. Durante toda la noche los boletines radiales difundieron noticias de su huida, pero cuanto más se internaban en Colorado, menos se hablaba del tema, sin duda porque nadie esperaba que se dirigiera hacia el norte, lejos de los principales aeropuertos, estaciones ferroviarias y de ómnibus. El cartel que habían pasado un kilómetro antes indicaba que se acercaban a una zona de picnics y de descanso, y Julie rogaba que allí hubiera por lo menos algunos camiones, con los conductores dormidos en las cabinas. La idea más lógica que se le había ocurrido durante ese viaje interminable y extenuante era la única que cumplía con los dos requisitos indispensables para ella: obligarlo a alejarse con el auto y quedar atrás. En esas circunstancias, parecía un plan bastante seguro. Pensaba entrar en la zona de descanso y, cuando se hallara cerca de los camiones, frenar el Blazer, saltar del auto y pedir ayuda en voz tan alta como para despertar a los choferes dormidos. Después, si su fantasía se convertía en realidad, varios robustos camioneros -preferentemente hombres gigantescos y armados- despertarían, saltarían de los camiones y acudirían en su ayuda. Lucharían con Zack Benedict, lo arrojarían al piso, lo desarmarían y llamarían a la policía por las radios de sus camiones.

Ésa era la mejor de las posibilidades, pero aun en el peor de los casos, si sólo se despertaba un camionero y decidía investigar el motivo de sus gritos, estaba relativamente segura de poder librarse de Zachary Benedict. Porque desde el momento en que creara la alarma y atrajera la atención, lo único sensato que él podía hacer era huir en el Blazer. No ganaba nada con quedarse allí y pegarle un tiro, y luego ir matando a un camionero tras otro, cuando el primer disparo alertara a todos los choferes. Eso
sería tonto y Zack Benedict no tenía un pelo de tonto.

Julie se sentía tan segura de ello que estaba dispuesta a apostar su vida.

Le dirigió otra mirada de reojo, para asegurarse de que dormía. Zack tenía los brazos cruzados sobre el pecho, las largas piernas estiradas, la cabeza apoyada contra la ventanilla. Su respiración era pareja y tranquila.

Estaba dormido.

Regocijada, Julie levantó el pie del acelerador, con suavidad, poco a poco, imperceptiblemente. Observaba el velocímetro que bajó de sesenta y cinco kilómetros por hora a sesenta, después a cincuenta y cinco. Para poder entrar en la zona de descanso sin un cambio repentino de velocidad que pudiera despertar a su pasajero, debía estar viajando a no más de cuarenta kilómetros por hora cuando llegara a la salida. Mantuvo la velocidad a cincuenta y cinco durante un minuto, después volvió a levantar el pie del acelerador, con la pierna temblorosa por miedo a que el cambio se notara. Cuando el auto empezó a avanzar a cuarenta y cinco kilómetros, Julie subió apenas el volumen de la radio para compensar la falta de ruido del motor en el interior del vehículo.

La zona de descanso todavía se encontraba a medio kilómetro de distancia, protegida por una serie de pinos, cuando Julie redujo aún más la velocidad y empezó a girar suavemente el volante para salir de la ruta. Le rogó a Dios que hubiera camiones estacionados, contuvo el aliento, rodeó los árboles y luego respiró aliviada. Había tres camiones estacionados frente a los baños, y aunque a la luz del amanecer no percibió movimiento alguno, le pareció escuchar el motor diesel de uno de los vehículos. Con el corazón saltándole dentro del pecho, resistió la tentación de actuar enseguida. Para que sus posibilidades fuesen mayores, debía estar muy cerca de los camiones para

poder llegar a la puerta de la cabina de alguno de ellos antes de que Benedict la alcanzara.

Cuando estaban a diez metros de distancia del primer camión, Julie tuvo la absoluta seguridad de que ése tenía el motor en marcha y se preparó para frenar; tan pendiente se hallaba de la cabina del camión, que saltó de sorpresa cuando, de repente, Zachary Benedict se irguió en su asiento.

-¡Qué demonios...! -empezó a decir, pero Julie no le dio oportunidad de terminar la frase. Clavó los frenos, abrió la puerta de un tirón y se arrojó del auto en movimiento, aterrizando de costado sobre los surcos trazados en la nieve. En medio de un remolino de dolor y de miedo vio que la rueda trasera del Blazer pasaba a pocos centímetros de su mano antes de que el auto se detuviera.

-¡Socorro! -gritó, arrodillándose. Luchaba por ponerse de pie pero se resbalaba en la nieve.-¡Socorro!

Corría hacia la cabina del camión más cercano cuando Benedict saltó como una tromba del Blazer, lo rodeó y empezó a correr tras ella, bloqueándole el camino. Para evitarlo, Julie cambió de dirección.

-¡Por favor, que alguien me ayude! -gritó, corriendo por la nieve en un esfuerzo por llegar al baño y cerrar la puerta. A su izquierda vio que se abría la puerta de la cabina de" un camión y que el conductor bajaba, frunciendo el entrecejo ante la conmoción; a sus espaldas oía los pasos de Benedict sobre la nieve. -¡Socorro! -le gritó al camionero y miró por sobre el hombro justo a tiempo para ver a Benedict recogiendo un puñado de nieve. La bola de nieve le pegó con fuerza en el hombro y ella siguió corriendo mientras gritaba. -¡Deténganlo! ¡Es...!

La fuerte carcajada de Benedict ahogó sus palabras.

-¡Basta de tonterías, Julie! -gritó mientras se arrojaba sobre ella-. ¡Estás despertando a todo el mundo!

Julie trató de llenarse los pulmones de aire para volver a gritar, pero estaba debajo de Benedict y sin aliento; sus ojos aterrorizados se hallaban a sólo centímetros de distancia de los furibundos de él, que sonreía para engañar al camionero. Jadeando, Julie apartó la cara para gritar, pero Benedict se la cubrió con un puñado de nieve húmeda. Enceguecida y ahogándose, lo oyó decir en un susurro salvaje, mientras le tomaba las muñecas y se las sostenía por sobre la cabeza:

-Si ese hombre se acerca, lo mataré. -Aferró las muñecas de Julie con más fuerza. -¡Maldito sea! ¿Es eso lo que quieres? ¿Que alguien muera por ti?

Incapaz de hablar, Julie sollozó y meneó la cabeza, con los ojos cerrados con fuerza, incapaz de la vista de su secuestrador, incapaz de tolerar la idea de haber estado tan cerca de la libertad, y todo para nada, para eso... para terminar de espaldas en la nieve, apretada bajo el peso del cuerpo de Benedict, con la cadera dolorida por la caída desde el Blazer.

Benedict respiró hondo y le habló con furiosa urgencia.

-Se encamina hacia aquí. Bésame. ¡Y que parezca real porque si no lo mataré! -Antes de que ella pudiera reaccionar, apretó su boca contra la de ella. Julie abrió los ojos y miró al camionero que se les acercaba con cautela, frunciendo el entrecejo y tratando de verles las caras. -¡Maldito sea! ¡Abrázame!

La boca de Zack aprisionaba la suya, el arma que tenía en el bolsillo se le clavaba en el estómago, pero ahora tenía las muñecas libres. Podía luchar y era probable que el camionero de la cara jovial bajo una gorra negra que decía Pete se diera cuenta de que algo andaba mal y acudiera en su ayuda.

Y entonces moriría.

Benedict le había ordenado que lo abrazara y que "pareciera real". Como un títere, Julie levantó de la nieve los brazos que le pesaban tremendamente y los dejó caer sobre los hombros de Benedict, pero no pudo obligarse a hacer más que eso...

Zack tomó el gusto de sus labios tensos bajo los suyos; sintió su cuerpo rígido como una piedra bajo su peso, y supuso que estaba juntando fuerzas para su siguiente intento en el que, con la ayuda de tres camioneros, pondría fin a su breve libertad y a su vida. Por el rabillo del ojo notó que el camionero acortaba el paso, pero seguía avanzando y su expresión era cada vez más escéptica y cautelosa. Todo eso y más pasó por la mente de Zack durante los tres segundos que permanecieron allí simulando -en una forma muy poco convincente- que se besaban.

En un último esfuerzo por impedir que sucediera lo inevitable, Zack apoyó la boca junto a la oreja de Julie y pronunció una palabra que hacía muchos años que no usaba.

-¡Por favor! -Apretó los brazos alrededor de esa mujer que permanecía tan rígida y repitió con una urgencia que no pudo impedir: -¡Por favor, Julie!

Al escuchar la súplica de su carcelero, Julie tuvo la sensación de que de repente el mundo se había vuelto loco. Instantes después, Zack apoyó los labios sobre los suyos y susurró con tono atormentado:

-Yo no maté a nadie. Te lo juro. -La súplica y la desesperación que se percibía en su voz se reflejaban con elocuencia en su beso, y lograron lo que las amenazas y el enojo no habían conseguido: Julie vaciló, tenía la sensación de que lo que acababa de oír era cierto.

Atontada por los mensajes confusos que se entrecruzaban en su mente, sacrificó su futuro inmediato en aras de la seguridad de un camionero. Impulsada por la necesidad de salvar la vida de ese hombre, y por algo menos sensato y completamente inexplicable, Julie contuvo sus lágrimas inútiles, deslizó las manos sobre los hombros de Zachary Benedict y aceptó su beso. En cuanto lo hizo, él presintió que acababa de capitular; lo recorrió un estremecimiento y sus labios se suavizaron. Sin percibir que el ruido de pasos se detenía en la nieve, Julie permitió que Zack le abriera los labios, y por su propia voluntad, cerró los dedos alrededor de su cuello y los deslizó en el pelo suave y espeso de su nuca. Percibió que él inhalaba profundamente cuando ella le devolvió el beso, y de repente todo empezó a cambiar. La estaba besando de verdad, deslizó las manos sobre sus hombros y después las enterró en su pelo húmedo, alzándole la cara para acercarla a su boca hambrienta.

Desde alguna parte, en lo alto, la voz de un hombre con acento tejano preguntó:

-Bueno, señora, ¿necesita ayuda o no? Julie lo oyó y trató de menear la cabeza, pero la boca que con tanta fiereza cubría la suya le había robado la capacidad de hablar. En alguna parte, en el fondo de su ser, sabía que todo eso no era más que una actuación en beneficio del camionero; lo sabía con tanta claridad como sabía que no le quedaba más remedio que participar en la escena. Pero en ese caso, ¿por qué no podía por lo menos menear la cabeza o abrir los ojos?

--No, supongo que no necesita ninguna ayuda -decidió el camionero, lanzando una risita-. ¿Y usted, señor? ¿Necesita ayuda en lo que está haciendo? Porque si es así, yo me ofrezco...

Zack levantó la cabeza el tiempo suficiente para perder contacto con la boca de Julie, y su voz sonó ronca y suave.

-Busque su propia mujer -bromeó con el camionero-. Ésta es mía. -Las últimas palabras las susurró contra los labios de Julie antes de que su boca volviera a entrar en contacto con la de ella; y la rodeó con sus brazos y le pasó la lengua tentativamente alrededor de los labios, urgiéndola a separarlos, apoyando sus caderas firmes y exigentes contra las de ella. Con un silencioso quejido de rendición, Julie se entregó a un beso que fue el más ardiente, sexual e insistente que había probado en la vida.

A cincuenta metros de distancia se abrió la puerta de la cabina de otro camión y una nueva voz de hombre exclamó:

-Dime, Pete, ¿qué pasa allá en la nieve?

-¿Qué te parece que pasa, hombre? Un par de adultos juegan a ser chicos, se tiran bolas de nieve y se hacen arrumacos.

-Yo más bien diría que harán un bebé si no se contienen.

Tal vez fue la nueva voz de hombre, o la repentina conciencia de que su secuestrador se estaba excitando físicamente, lo que volvió a Julie a la realidad. O quizá fue el portazo de la cabina de un camión seguido del rugido de un motor cuando el enorme semirremolque empezó a alejarse de la zona de descanso. Fuera cual fuese la causa, apoyó ambas manos contra los hombros de Zack y lo empujó, pero moverse le exigió un esfuerzo enorme. Presa del pánico por su inexplicable letargo, empujó con más fuerza.

-¡Basta! -exclamó en voz baja-. ¡Basta! El camionero ya se fue.

Sorprendido por el tono de llanto que había en la voz de Julie, Zack levantó la cabeza y miró fijo su piel húmeda y su boca suave con un hambre que le resultaba difícil controlar. La exquisita dulzura de su rendición, la maravillosa sensación de tenerla en sus brazos y su suavidad casi lo convencieron de que era lógico hacer el amor en la nieve, al amanecer. Miró a su alrededor y se puso de pie a regañadientes. No comprendía del todo por qué Julie había decidido no advertir al camionero de lo que realmente sucedía, pero fueran cuales fuesen sus motivos, estaba en deuda con ella y no podía pagarle violándola en medio de la nieve. Le tendió una mano en silencio y no pudo menos que sonreír cuando la misma mujer que instantes antes se había derretido entre sus brazos, recuperó sus defensas, ignoró su gesto y se levantó por sus propios medios.

-Estoy empapada y cubierta de nieve -se quejó, cuidando de no mirarlo .

En un gesto automático, Zack tendió una mano para quitarle la nieve, pero ella saltó hacia atrás para evitarlo, mientras se sacudía los brazos y la parte trasera de los jeans.

-¡No te creas con derecho a tocarme, sólo por lo que acaba de suceder! -le advirtió, pero Zack estaba admirado por los resultados de ese beso: los enormes ojos de Julie lucían brillosos, y su piel de porcelana, teñida de rosa. Cuando estaba agitada y un poco excitada, como en ese momento, Julie Mathison quitaba el aliento. Además, era valiente y muy bondadosa, porque aunque él no pudo doblegarla con amenazas o con crueldad, de alguna manera respondió a la desesperación de su súplica.

-Sólo te permití besarme porque comprendí que tenías razón: no hay ninguna necesidad de que nadie muera porque yo tengo miedo. Y ahora, sigamos viaje y terminemos de una vez con esta penosa experiencia.

-Por la amargura de tu tono, supongo que volvemos a ser adversarios, ¿no señorita Mathison?

-¡Por supuesto que somos adversarios! -contestó ella-. Te llevaré adonde quieras ir, sin más tretas, pero aclaremos una cosa: en cuanto llegues, me dejarás en libertad para que me vaya, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -mintió Zack.

-Entonces vamos.

Zack la siguió, sacudiéndose la nieve de la chaqueta. Mientras caminaban hasta el auto, observó
su pelo movido por el viento, y el gracioso meneo de sus angostas caderas. A juzgar por sus palabras y por la rigidez de sus hombros, no cabía duda de que estaba resuelta a evitar todo encuentro romántico entre ambos.

En eso, como en todo lo demás, Zack estaba ahora firmemente decidido a lograr una meta por completo opuesta a la de Julie. Había saboreado sus labios, y percibido que

respondían a los suyos. Sus sentidos famélicos querían gozar del banquete completo.

Una parte de su mente le advertía que cualquier clase de relación sexual con su cautiva era una verdadera locura. Complicaría toda la situación, y a él no le hacían falta más complicaciones.

Otra parte de su mente escuchaba el clamor de su cuerpo excitado y argumentaba que una relación así sería inteligente. Después de todo, los cautivos felices se convertían en cómplices. Además, eran una compañía mucho más satisfactoria.

Zack decidió tratar de seducirla, pero no porque Julie poseyera cualidades que la hacían querible, que lo intrigaban y atraían, ni porque sintiera una especial ternura por ella.

En lugar de eso, se dijo que seduciría a Julie Mathison porque era algo práctico. Y, por supuesto,
extremadamente agradable.

Con una galantería totalmente ausente antes del beso, y que Julie consideró por completo ridicula -y hasta alarmante en esas alteradas circunstancias-, la acompañó hasta el asiento del conductor, pero no tuvo necesidad de abrirle la puerta, que había quedado abierta después del frustrado intento de fuga. Cerró la puerta del auto y rodeó el vehículo por el frente, pero al ocupar su asiento notó que ella hacía una mueca y que contenía la respiración al cambiar de posición.

-¿Qué te pasa?

-Cuando salté del auto, y después cuando me tiraste a la nieve, me lastimé la cadera y la pierna -contestó Julie con amargura, furiosa consigo misma por haber gozado de ese beso-. Supongo que eso te llenará de preocupación y de remordimientos.

-Sí, así es -contestó él con suavidad. Ella apartó la mirada, absolutamente decidida a no creer una mentira tan inaudita. Ese hombre era un asesino convicto y no debía, no se animaba a volver a olvidarlo.

-Tengo hambre -anunció, porque fue lo primero que se le ocurrió decir. Pero supo que acababa de equivocarse cuando él clavó la mirada en sus labios.

-Yo también.

Ella alzó el mentón en un gesto altanero y puso el motor en marcha.

La respuesta de Zack fue una risita suave.

21

-¿Dónde demonios puede estar? -Carl Mathison se paseaba por el pequeño cubículo que su hermano ocupaba en la oficina del sheriff de Keaton; luego se detuvo y miró a Ted, echando chispas por los ojos. -Tú eres policía, y ella es una persona desaparecida, ¡por qué no haces algo, maldito sea!

-No se la puede considerar desaparecida hasta que por lo menos pasen veinticuatro horas sin que recibamos noticias suyas -contestó Ted, pero en sus ojos azules se pintaba la preocupación cuando agregó: -Te consta que hasta ese momento no puedo hacer nada a través de los canales oficiales.

-Y a tí te consta -contestó Carl, furioso- que Julie no es una persona que cambia de planes de repente; ya sabes lo metódica que es. Y si tuvo una absoluta necesidad de modificar sus planes, nos habría llamado. Además, sabía que esta mañana yo necesitaba el auto.

-Tienes razón. -Ted se acercó a la ventana. Con la mano apoyada sobre la culata de la pistola semiautomática que llevaba en la cintura, miró distraído los autos estacionados frente a la plaza del pueblo. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz vacilante, como si temiera expresar sus pensamientos. -Ayer, Zachary Benedict huyó de Amarillo. Se había ganado la confianza del director de la cárcel y era su chofer. Huyó después de llevarlo al pueblo de Amarillo.

-Sí, ya oí la noticia. Pero, ¿qué tiene que ver?

-Benedict, o por lo menos un hombre que responde a la descripción general de Benedict, fue visto en un restaurante cerca de la autopista interestatal. Con mucha lentitud, con enorme cuidado. Carl dejó sobre la mesa el pisapapeles que tenía en la mano y miró fijo a su hermano menor.

-¿Adonde quieres llegar?

-Benedict fue visto cerca de un vehículo muy parecido a tu Blazer. La cajera del restaurante cree haberlo visto subir al Blazer con una mujer que se había detenido a pedir un café y un sandwich. Ted se alejó de la ventana y a regañadientes miró a su hermano-. Hace cinco minutos hablé con la cajera, en forma extraoficial, por supuesto. La descripción que me dio de la mujer que se alejó con Benedict en el Blazer coincide con Julie.

-¡Dios mío!

La empleada del mostrador, una mujer de mediana edad, con pelo gris y cara de bulldog furioso, escuchaba la conversación de los hermanos mientras llenaba planillas y esperaba la llegada de un ayudante del sheriff. En ese momento levantó la mirada y vio un resplandeciente BMW rojo convertible que estacionaba junto al patrullero de Ted. Cuando del auto bajó una hermosa rubia de alrededor de veinti-cinco años, la mujer entrecerró los ojos y se volvió hacia los hermanos Mathison.

-Nunca llueve, pero cuando llueve, diluvia -le advirtió a Ted, y cuando ambos la miraron, señaló la ventana con la cabeza y explicó: -Miren quién ha vuelto al pueblo: la Perra Rica en persona.

A pesar de hacer un esfuerzo para no sentir nada ni demostrar la menor reacción al ver a su ex esposa, Ted Mathison se puso tenso.

-Europa debe de ser aburrida en esta época del año -comentó, mientras miraba con insolencia las curvas perfectas y las piernas largas de la rubia, quien desapareció en la tienda de unas modistas.

-Me comentaron que Flossie y Ada Eldridge le van a hacer el vestido de novia -informó la empleada de la comisaría-. La seda, los encajes y todos los adornos llegan de París por avión, pero la Señorita Alta y Poderosa quiso que el vestido se lo hicieran

las hermanas Eldridge porque asegura que nadie cose como ellas. -De repente se dio cuenta de que tal vez a Ted Mathison no le interesara oír los detalles de la extravagante boda de su ex mujer con otro hombre, así que lo miró y dijo: -Lo siento. Fui una tonta.

-No se disculpe, me importa un bledo lo que ella haga -dijo Ted con total franqueza. Saber que Katherine Cahill pensara casarse, esta vez con un multimillonario de Dallas de cincuenta años, no le interesaba ni lo sorprendía. Había leído la noticia en los diarios, que hablaban de los aviones jet del novio, su mansión de veintidós habitaciones y su supuesta amistad con el presidente, pero nada de eso le provocaba celos ni envidia. -Te propongo que vayamos a hablar con mamá y papá -dijo, poniéndose la chaqueta y sosteniendo la puerta para que Cari lo precediera-. Saben que Jülie no volvió anoche y están enfermos de preocupación. Tal vez ellos conozcan algún detalle de sus planes que yo ignoro.

Acababan de cruzar la calle cuando se abrió la puerta de la tienda de las hermanas Eldridge dando paso a Katherine. La muchacha se detuvo en seco al toparse con su ex marido, pero Ted simplemente la saludó con una inclinación de cabeza, ese tipo de saludo que uno dispensa a una persona desconocida y sin importancia, y abrió la puerta de su patrullero. Pero por lo visto Katherine tenía una idea distinta -y más correcta- acerca de la manera en que debían tratarse las parejas que se encontraban por primera vez después de su divorcio. Negándose a ser ignorada, se adelantó y su voz de persona culta obligó a Ted a detenerse.

-¿Ted? -dijo. Le dedicó una breve y amable sonrisa a Cari y volvió a dirigirse a su ex marido.

-¿Realmente pensabas alejarte sin saludarme?

-Era exactamente lo que iba a hacer -contestó él con rostro impasible, pese a haber registrado un tono más suave y sombrío en la voz de Katherine.

Ella se adelantó y le tendió la mano.

-Se te ve... bien -Terminó la frase con tono inseguro cuando notó que Ted ignoraba la mano que le ofrecía. Al ver que él no respondía, dirigió una mirada de súplica a Carl. -Tú también estás bien, Cari. Supe que te casaste con Sara Wakefield.

En la vidriera de la peluquería del pueblo aparecieron las caras de varias mujeres, de ruleros, que espiaban la escena con total desenfado. Ted perdió la paciencia.

-¿Terminaste con tus amabilidades? -preguntó con sarcasmo-. Estás provocando una escena.

Katherine observó de soslayo la vidriera de la peluquería, pero perseveró en su actitud, pese al rubor de humillación que teñía sus mejillas ante la actitud de desprecio de Ted.

-Julie me escribió diciendo que te habías recibido de abogado.Él le dio la espalda y abrió la puerta del auto. Katherine alzó el mentón con gesto orgulloso.

-Me voy a casar con Spencer Hayward. La señorita Flossie y la señorita Ada me están haciendo el vestido de novia.

-Estoy seguro de que les alegra tener trabajo, aunque se lo proporciones tú -dijo Ted, subiendo al auto. Ella apoyó una manó en la puerta para impedir que la cerrara.

-Has cambiado -dijo.

-En cambio tú no.

-Sí, por supuesto que he cambiado.

-Katherine -dijo él, con tono contundente-, me importa un bledo si has cambiado o no.

Le cerró la puerta en las narices, puso en marcha el motor y arrancó, observando por el espejo retrovisor que ella enderezaba los hombros con la dignidad con que parecía nacer esa gente rica y privilegiada. Después se volvió y dirigió una mirada asesina a las mujeres de la peluquería. Si no la despreciara tanto, Ted habría admirado

el coraje que demostró Katherine ante una humillación pública como la que acababa de infligirle, pero ya no sentía admiración, ni celos, ni nada por ella. Lo único que sentía era una vaga pena por el hombre que estaba por casarse con una mujer que no era más que un ornamento: hermosa, vacía e insustancial. Como había aprendido él, a fuerza de muchos dolores y desilusiones, Katherine Cahill Mathison era malcriada, inmadura, egoísta y vanidosa.

El padre de Katherine era dueño de pozos de petróleo y de un rancho, pero prefería pasar buena parte de su tiempo en Keaton, donde había nacido y donde disfrutaba de una posición de indudable preeminencia. Y aunque Katherine creció en el pueblo, desde los doce años siempre estuvo pupila en colegios elegantes. Ted nunca se cruzó con ella hasta que tenía diecinueve años y fue a pasar las vacaciones en Keaton. Los padres estaban en Europa, pero insistieron en que la chica se quedara allí como castigo por haber faltado tanto a clases que estuvo a punto de perder el año. En uno de sus típicos ataques de furia, que Ted llegaría a conocer tan bien después, Katherine se vengó de sus padres invitando a veinte amigos a pasar un mes en su casa. En una de las fiestas que ofreció hubo tiros y llamaron a la policía.

Ted llegó con otro sheriff a poner orden, y la misma Katherine le abrió la puerta con expresión atemorizada y sólo cubierta por un brevísimo bikini que exhibía casi todos los centímetros de su cuerpo curvilíneo y bronceado.

-Yo los llamé -explicó, hablando a borbotones y señalando la parte trasera de la casa donde grandes ventanales se abrían a una pileta de natación y una serie de terrazas desde donde se veía todo el pueblo de Keaton-. Mis amigos están allá afuera, pero la fiesta se está poniendo un poco desenfrenada y se han apoderado de las armas de mi padre. ¡Tengo miedo de que hieran a alguien!

En la pileta, Ted y su compañero encontraron a veinte jóvenes, varios de ellos desnudos, todos borrachos o drogados con marihuana, jugando en el agua o disparando tiros en la terraza. Imponer tranquilidad en la fiesta fue fácil; no bien uno de los invitados gritó: "¡Llegó la policía!", el ambiente se aclaró. Los nadadores salieron de la pileta y los que tiraban al blanco entregaron las armas, con una alarmante excepción: un muchacho de veintitrés años, muy dopado con marihuana, quien decidió emular una escena de Rambo con Ted como adversario. Cuando apuntó a Ted con su arma, Katherine gritó y el otro policía sacó su pistola, pero Ted le hizo señas de que la enfundara.

-Aquí no habrá ningún problema -le dijo al muchacho. Y agregó, improvisando con rapidez:

-Mi compañero y yo vinimos a disfrutar de la fiesta. Katherine nos invitó. -La miró sonriente.

-Dile que nos invitaste, Kathy.

El sobrenombre que acababa de inventar, siguiendo la inspiración del momento, bien pudo salvar una vida, porque el muchacho se sorprendió hasta el punto de bajar el arma, o quizá creyó realmente que Ted era amigo de la familia. Katherine, que jamás había tenido sobrenombre alguno, colaboró apresurándose a rodear a Ted con sus brazos.

-¡Por supuesto que los invité. Branden! -le dijo al joven, con sólo un pequeño temblor en la voz y sin apartar la mirada del arma que su amigo todavía empuñaba.

Sólo con la intención de seguirle la corriente, Ted la rodeó con un brazo y se inclinó para decirle algo al oído. Por accidente o por designio de la fatalidad, Katherine no comprendió el gesto y se puso en puntas de pie para besarlo en la boca. Ted entreabrió los labios, sorprendido, pero automáticamente abrazó a Katherine con fuerza y de repente ella lo estaba besando con ardor. Siempre en forma automática, Ted respondió a la inesperada pasión de la chica y el deseo endureció .su cuerpo. Introdujo la lengua entre los labios ansiosos de Katherine y le devolvió el beso,



LIbrodot

mientras un grupo de muchachos ricos, borrachos, drogados y vitoreantes los contemplaban y otro muchacho llamado Branden lo amenazaba con un arma.

-¡Está bien, está bien, el tipo es de los "buenos"! -gritó Branden-. ¿Entonces por qué no seguimos disparando un poco más?

Ted soltó a Katherine y se acercó al muchacho con paso elástico, relajado, y una sonrisa en el rostro.

-¿Cómo dijiste que te llamabas? -preguntó Brandon al ver acercarse a Ted.

-Soy el oficial Mathison -contestó Ted con tono cortante mientras le arrancaba el arma de la mano, lo hacía girar sobre sí mismo y le ponía las esposas-. ¿Y tú cómo te llamas?

-Brandon Barrister III -fue la furibunda respuesta-. Soy hijo del senador Barrister. -En su voz apareció un tono quejumbroso y desagradable. -Haré un trato con usted, Mathison. Si me saca esas esposas y se va de aquí de una vez, no le diré a mi padre como nos trató esta noche. Olvidaremos este incidente.

-No, soy yo el que haré un trato contigo
-contestó Ted, empujándolo hacia la casa-. Si me dices dónde está tu marihuana, te dejaré pasar una noche tranquila en la celda sin hacerte un prontuario por la docena de cargos que se me ocurren en este momento... todos los cuales serían una vergüenza para tu padre, el senador.

-Brandon -dijo una de las chicas al ver que el muchacho se resistía a aceptar-, lo que te propone el oficial es realmente muy decente. Haz lo que te dice. Un poco más suave al observar la reacción de los demás chicos, Ted dijo:

-Y esto va para todos. Entren a la casa, junten la marihuana y cualquier otra droga que tengan y tráiganla al living. -Se volvió hacia Katherine, que lo miraba con una sonrisa. -Usted también, señorita Cahill. La sonrisa de ella fue aún más cálida y en su voz hubo un dejo de timidez.

-Me gustaba más Kathy que señorita Cahill. Parada allí, con la luz de la luna que le plateaba el pelo, luciendo un bikini sexy y una sonrisa de Madonna, estaba tan deliciosa que Ted tuvo que recordarse de que era demasiado joven para él, y además, demasiado rica y demasiado malcriada. Todo eso se le hizo más difícil de recordar durante los días siguientes, porque Katherine Cahill poseía la misma determinación de sus antepasados pioneros que cruzaron medio continente para establecerse en tierras petroleras. Aparecía continuamente en todos los lugares adonde Ted fuera, y no se dejaba amilanar por la frialdad con que él la trataba. Después de tres semanas de infructuosa persecución, Katherine intentó un ardid final y desesperado: a las diez de la noche llamó a la policía para denunciar un robo inexistente, después de asegurarse de que Ted estaba de guardia.

Cuando él llegó, estaba parada en la puerta, luciendo una seductora bata de seda negra, con un plato de algo que denominó canapés en una mano y una copa que le había preparado en la otra. Al darse cuenta de que la denuncia de robo no había sido más que una treta infantil, los nervios de Ted no resistieron. Ya que no se podía permitir el lujo de aprovechar lo que ella le ofrecía, por más que lo deseara, o por más ganas que tuviera de estar con ella, se dejó llevar por el malhumor.

-¿Qué diablos quieres de mí, Katherine?

-Quiero que entres y que te sientes y que disfrutes de la comida maravillosa que te he preparado -contestó ella, haciéndose a un lado y mostrando con un floreo la mesa de comedor iluminada con velas y puesta con relucientes cubiertos de plata y copas de resplandeciente cristal.

Para su horror, Ted llegó a considerar la posibilidad de quedarse. Se moría de ganas de sentarse ante esa mesa y contemplar el rostro de Katherine a la luz de las velas mientras saboreaba el vino helado; quería comer con lentitud, disfrutando de cada bocado, con la seguridad de que el postre sería ella. La deseaba con tanta

desesperación que apenas soportaba estar allí parado sin abrazarla. Así que le habló con la mayor dureza posible, atacando lo que instintivamente sabía era su punto más vulnerable: su juventud.

-¡Deja de actuar como una chiquilina malcriada! -exclamó, ignorando la desazón que lo invadió al ver que ella retrocedía como si acabara de pegarle una cachetada-. No sé qué diablos quieres de mí ni qué crees que vas a lograr con todo esto, pero te advierto que estás perdiendo tu tiempo y el mío.

Ella estaba visiblemente conmocionada, pero le dirigió una mirada directa y franca y Ted no pudo menos que admirar su valentía ante un desprecio tan cruel.

-Me enamoré de ti la noche que viniste a poner orden en la fiesta -dijo con sencillez.

-¡No digas tonterías! ¡La gente no se enamora en cinco minutos! .Ella consiguió sonreír ante la vulgaridad de Ted, y perseveró.

-Esa noche, cuando me besaste, tú también sentiste algo por mí... algo fuerte y especial y...

-Lo que sentí fue una lujuria común, corriente e indiscriminada -retrucó él-, así que sacúdete esas fantasías infantiles y deja de cargosearme. ¿Es necesario que lo diga con más claridad?

Ella se dio por vencida con un leve movimiento negativo de cabeza.

-No -susurró-, ha quedado perfectamente claro. Ted asintió y se volvió para irse, pero ella lo detuvo.

-Si realmente quieres que me olvide de ti, de nosotros, supongo que este es el adiós.

-Sí, es el adiós -confirmó Ted.

-Entonces dame un beso de despedida y te creeré. Es el trato que te ofrezco.

-¡Por amor de Dios! -explotó él, pero cedió a su "trato". O, más correctamente, a su propio deseo. La tomó en sus brazos, la besó con deliberada rudeza, aplastando los labios suaves de la chica, después la alejó de un empujón mientras algo en su interior aullaba protestando por lo que acababa de hacer... y por lo que había perdido al hacerlo.

Ella se llevó los dedos a los labios lastimados y en sus ojos llenos de lágrimas se pintó una expresión de acusación y amargura.

-¡Mentiroso! -exclamó. Y cerró la puerta. Durante las dos semanas siguientes, Ted se descubrió buscándola en todas partes, estuviera de franco, patrullando las calles o trabajando en la oficina, v cuando no la veía ni alcanzaba a divisar su Corvette blanco se sentía... defraudado. Vacío. Decidió que Katherine debía de haber abandonado Keaton para dirigirse a cualquier lugar adonde iban las chicas ricas cuando se aburrían durante el verano. Recién a la semana siguiente, cuando denunciaron la presencia de un ladrón cerca de la casa de los Cahill, Ted se dio cuenta de lo obsesionado que estaba por Katherine. Se dijo que era su deber dirigirse en auto hasta su casa... para asegurarse de que se hallaba a salvo. Había luz en una ventana trasera de la casa, y Ted bajó del auto... con lentitud, a regañadientes, como si sus piernas comprendieran lo que su mente negaba... que el hecho de que estuviera allí podía tener desastrosos resultados.

Levantó la mano para tocar el timbre... y la dejó caer. Esto es una locura, decidió, volviéndose. Pero giró sobre sí mismo cuando la puerta del frente se abrió... y allí estaba ella. Hasta vistiendo shorts blancos y una blusa rosada, Katherine Cahill era tan hermosa que le entorpecía la mente. Sin embargo, esa noche se la veía distinta; tenía una expresión sobria y un tono de voz suave y sincero, sin vestigios de flirteo.

-¿Quería algo, oficial Mathison? Frente a su madurez tan tranquila y directa, Ted se sintió un reverendo tonto.

-Hubo un robo no lejos de aquí -explicó-. Vine para revisar...

Para su incredulidad, ella empezó a cerrarle la puerta en las narices y Ted se oyó llamándola. La llamó antes de poder controlarse.

-¡Katherine! No...

La puerta se volvió a abrir y Katherine lo miro,
sonriendo apenas, con la cabeza levemente ladeada, esperando.

-¿Qué quieres? -repitió, clavando su mirada en la de él.

-¡Dios! No lo sé...

-Por supuesto que lo sabes. Es más -agregó con un extraño tono de broma-, no creo que corresponda que el hijo del reverendo Mathison, el pastor de Keaton, ande mintiendo acerca de sus sentimientos ni tomando el nombre de Dios en vano.

-¡Ah! ¿De eso se trata? -preguntó Ted, completamente desequilibrado; era como un hombre a punto de ahogarse que se aferra a cualquier rama para salvarse del destino que está por abrazar-. ¿Te parece sexualmente divertido acostarte con el hijo de un pastor?

-¿Alguien habló de sexo, oficial?

-Ahora lo entiendo -dijo Ted con desprecio, aferrándose del hecho de que lo hubiera llamado por su grado-. Te atraen los policías, ¿verdad? Crees que acostándote con...

-¡De nuevo el sexo! ¿No puedes pensar en otra cosa?

Confundido y furioso consigo mismo, Ted se metió las manos en los bolsillos y la miró iracundo.

-Si lo que quieres no es acostarte conmigo, ¿qué diablos es?

Ella avanzó hacia el porche, con aspecto más valiente y mundano que el de Ted, pero él extendió las manos y la acercó a su cuerpo hambriento.

-Lo que quiero es casarme contigo -contestó con suavidad-. Y por favor, ¡no maldigas!

-¡Casarte! -explotó Ted.

-Pareces escandalizado, querido.

-¡Estás loca!

-Por ti -convino ella. Se puso en puntas de pie, deslizó las manos por el pecho de Ted, le rodeó el cuello con ellas y él ardió como si Katherine fuera una antorcha que acababa de encenderlo. -Te doy la oportunidad de compensar el haberme lastimado la última vez que me besaste. No me gustó.

Indefenso, Ted bajó la cabeza, apoyó los labios sobre los de Katherine y los recorrió con la lengua. Ella lanzó un quejido y eso hizo que Ted perdiera todo control. Se apoderó de su boca, le pasó las manos por el cuerpo, le tomó las caderas para apretarlas contra las suyas, pero su beso fue más suave, más profundo. Ella tenía un gusto celestial, sus pechos turgentes llenaban sus manos y su cuerpo calzaba con el suyo como si hubieran sido esculpidos el uno para el otro. Muchos minutos después, por fin, Ted consiguió apartar la cabeza y hablar, pero su voz estaba ronca de deseo y no conseguía apartar las manos de la cintura de Katherine.

-Nos hemos vuelto locos los dos.

-Locos uno por el otro -convino ella-. Considero que septiembre es un mes maravilloso para casarse, ¿no crees?

-No. -Ella echó atrás la cabeza y lo miró-. Me gusta más agosto -se oyó decir Ted.

-Podríamos casarnos en agosto, el día que cumplo veinte años, pero agosto es un mes muy caliente.

-No tan caliente como estoy yo en este momento. Ella trató de censurarlo por su

comentario, pero terminó riendo y bromeó.

-Me escandaliza oír esas palabras en boca del hijo de un pastor.

-No soy más que un hombre común y silvestre, Katherine -advirtió él, pero no quería que ella lo creyera. No. Quería que lo creyera un ser tan extraordinario como lo hacía sentir: poderoso, suave, fuerte, sabio. Pero pese a todo le pareció que ella merecía tener más tiempo para saber quién y cómo era él.

-Septiembre me parece perfecto.

-Pero creo que a mí no me parece perfecto-contestó ella, mirándolo con una sonrisa burlona-. Me refiero a que tu padre es ministro y eso posiblemente signifique que insistirás en esperar hasta después de que nos hayamos casado.

Ted consiguió simular inocencia y confusión.

-¿Para qué?

-Para hacer el amor.

-El ministro es mi padre, no yo.

-Entonces, hazme el amor.

-¡No tan rápido! -De repente Ted se encontró en la incómoda situación de tener que adoptar una postura con respecto a la clase de matrimonio que quería, cuando una hora antes ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de casarse. -No aceptaré un solo centavo del dinero de tu padre. Si nos casamos, serás la mujer de un policía hasta que me reciba de abogado.

-Está bien.

-A tus padres no les va a gustar la idea de que te cases conmigo.

-Papá se adaptará.

Y Ted descubrió que tenía razón. Cuando se trataba de manejar a la gente, Katherine era un genio. Todo el mundo, incluyendo a sus padres, se adaptaba a sus caprichos. Todo el mundo, menos Ted. Después de seis meses de matrimonio, seguía sin adaptarse a vivir en una casa que nunca se limpiaba y a comer alimentos enlatados. Y sobre todo, no conseguía adaptarse a los malos humores y las exigencias irracionales de su mujer.

Katherine nunca quiso ser una esposa para Ted, en el verdadero sentido de la palabra, y decididamente no quería ser madre. Dos años después de haberse casado, se puso furiosa al darse cuenta de que estaba embarazada, y se sintió feliz cuando consiguió abortar. Su reacción ante el embarazo fue la gota que colmó el vaso de Ted, el motivo que lo decidió a concederle el divorcio con que ella lo amenazaba cada vez que él se negaba a darle algo que ella quería. La voz de Cari interrumpió los recuerdos de Ted.

-No tiene sentido que les mencionemos el nombre de Benedict a mamá y a papá. Si Julie está en peligro, que ellos lo ignoren el mayor tiempo posible.

-Estoy de acuerdo.

22

-¡Estamos perdidos! ¡Estoy segura de que nos hemos perdido! ¿Adonde vamos, por amor de Dios? ¿Qué puede haber allá arriba, aparte de un campamento de explotación forestal desierto? -La voz de Julie temblaba de tensión nerviosa mientras trataba de ver algo a través de la nieve que caía sobre el parabrisas. Acababan de abandonar la ruta para tomar un camino inclinado que trepaba la montaña en una interminable serie de curvas cerradas, curvas que la. hubieran puesto nerviosa en verano; en ese momento, con la nieve resbaladiza y la mala visibilidad que complicaban las cosas, esa subida ponía los pelos de punta. Y justo cuando ella pensaba que era imposible que el camino empeorara, doblaron por un sendero serpenteante tan angosto que las ramas de los pinos que lo flanqueaban cepillaban los costados del auto.

-Ya sé que estás cansada -dijo Zack-. Si no creyera que en cuanto se te presentara la ocasión tratarías de saltar del auto, habría manejado yo para que pudieras descansar.

Desde ese beso, casi doce horas antes, él la trataba con una cálida cortesía que a Julie le resultaba mucho más alarmante que su anterior furia, porque no podía desprenderse de la sensación de que Zack había alterado sus planes... y el uso que intentaba hacer de ella. El resultado fue que Julie respondía a todos sus agradables esfuerzos por iniciar una conversación con comentarios agudos y punzantes que la hacían sentir una arpía. Y también lo culpaba a él por eso.

Ignorando las palabras de Zack, se encogió de hombros con frialdad.

-Según el mapa y las indicaciones, vamos en dirección correcta, pero no había ninguna indicación sobre un camino que subiera en línea recta. ¡Éste es un auto, no un avión!

Benedict le alcanzó una gaseosa que habían comprado en una estación de servicio, donde también cargaron nafta y él la volvió a escoltar al baño. Lo mismo que la vez anterior, le impidió cerrar la puerta con llave e inspeccionó el baño antes de que se fueran, para ver si no había dejado alguna nota. Cuando le alcanzó la gaseosa sin responder a sus quejas por las traicioneras condiciones del camino, Julie decidió guardar silencio. En otras circunstancias, le habría fascinado el panorama majestuoso de las montañas cubiertas de nieve y de los altos pinos, pero le resultaba imposible disfrutar del paisaje cuando necesitaba toda su concentración y sus fuerzas simplemente para que el auto siguiera avanzando en la dirección correcta. Julie suponía que por fin se acercaban a su destino, porque hacía más de veinte minutos que habían abandonado el último camino decente. En ese momento trepaban una montaña, en plena tormenta de nieve, y por un sendero que sólo era algunos centímetros más ancho que el auto.

-Espero que el que te dio el mapa y las indicaciones supiera lo que hacía -dijo Julie.

-¿En serio? -bromeó él-. Supuse que tendrías esperanzas de que nos hubiéramos perdido. Ella ignoró el tono divertido de su voz.

-Me encantaría que tú estuvieras perdido, ¡pero no tengo el menor deseo de perderme contigo! El asunto es que hace más de veinticuatro horas que manejo con este clima terrible y por caminos espantosos, y estoy extenuada... -Se interrumpió, alarmada, al ver un angosto puente de madera. Hasta dos días antes, el tiempo había sido sorprendentemente cálido en Colorado y, al derretirse, la nieve aumentó el cauce de los arroyos como ése, que se convirtieron en pequeños ríos desbordados. -Ese puente no parece seguro. El arroyo está demasiado crecido...

-No tenemos alternativa. -Julie advirtió preocupación en la voz de Benedict, y el miedo la hizo apretar el freno. -¡No pienso cruzar ese maldito puente!

Zack no había llegado hasta allí para volverse atrás. Además, era imposible dar la

vuelta en ese angosto sendero cubierto de nieve. También era imposible retroceder y bajar la montaña marcha atrás por esas curvas cerradas. El sendero había sido limpiado recientemente, tal vez esa misma mañana, como si Matt Farrell se hubiera enterado de la huida de Zack y adivinado por qué su amigo le pidió, varias semanas antes, que llamara por teléfono a una determinada persona y le diera indicaciones detalladas de la manera de llegar a la casa de la montaña. Sin duda Matt se encargó de que algún cuidador limpiara el sendero para asegurarse dé que, si lo intentaba, Zack pudiera llegar. Sin embargo, el puente no parecía seguro. El arroyo crecido arrastraba grandes ramas de árboles y el agua corría con tanta velocidad que sometía la estructura de madera a un enorme esfuerzo.

-Baja del auto -ordenó Zack después de algunos instantes de silencio.

-¿Que me baje? ¡En una hora estaré congelada y muerta! ¿Era eso lo que te proponías durante todo este tiempo? ¿Obligarme a manejar hasta aquí, para después dejarme morir en la nieve? -Durante todo el día, ninguno de sus comentarios desagradables logró apagar el buen humor de Zack, pero en ese momento fue exactamente eso lo que hicieron sus palabras agitadas; Julie notó que él apretaba los dientes cuando le habló con un helado tono de enojo.

-¡Bájate del auto! -repitió-. Yo lo manejaré para cruzar el puente. Si resiste, lo podrás cruzar después a pie y subir al auto en la otra orilla.

No fue necesario que se lo repitiera. Arrebujándose dentro de su suéter, Julie abrió la puerta y bajó del coche, pero el alivio que le provocaba estar a salvo se convirtió en otra cosa, en algo que en aquellas circunstancias era completamente absurdo. Al ver que Zack se ubicaba detrás del volante, se sintió culpable por haber abandonado el auto, avergonzada de su cobardía y preocupada por la suerte que podía correr él. Y eso fue antes de que él se inclinara hacia el asiento trasero, del que tomó el tapado de Julie y dos frazadas de Cari, que le pasó por la puerta abierta,

diciendo:

-Si el puente no aguanta, busca un lugar donde el arroyo sea angosto y te permita cruzarlo a pie. En la parte superior de la montaña hay una casa con teléfono y comida en abundancia. Puedes llamar pidiendo auxilio y esperar allí que pase la tormenta y que lleguen a buscarte.

Zack había dicho "si el puente no aguanta" sin un dejo de emoción en la voz ni en el rostro, y Julie se estremeció al comprobar que Zachary Benedict era capaz de arriesgar su vida sin la menor preocupación. Si el puente no resistía, él y el pesado auto se precipitarían a ese arroyo crecido y helado. Julie aferró la puerta para impedir que la cerrara.

-Si el puente no resiste -dijo-, te arrojaré una soga o una rama o algo para que puedas agarrarla y llegar hasta la orilla.

En cuanto ella terminó de hablar, Zack cerró la puerta, y Julie se estremeció y se cubrió con las frazadas y el tapado. Las ruedas del auto giraron en la nieve hasta que se afirmaron y el automóvil comenzó a avanzar con lentitud. Julie contuvo el aliento y empezó a murmurar desordenadas oraciones, mientras caminaba hacia el puente. Una vez allí, miró el agua turbulenta, tratando de calcular su profundidad. Pasaban velozmente enormes troncos que giraban sobre sí mismos. Aferró una gruesa rama de alrededor de dos metros y medio de largo y la hundió. Al comprobar que no tocaba el fondo, se dejó llevar por el pánico.

-¡Espera! -gritó, tratando de hacerse oír por sobre el bramido del viento-. ¡Podemos dejar el auto aquí y seguir los dos a pie!

Si Zack la oyó, la ignoró por completo. El motor bramaba mientras las ruedas giraban en falso y luego se afirmaban; entonces el auto saltó hacia adelante y adquirió el envión necesario para avanzar por la nieve, rumbo al puente. De repente Julie oyó que las maderas del puente chirriaban y gritó:

-¡No lo intentes! ¡El puente no resistirá! ¡Baja! ¡Baja del auto!

Era demasiado tarde. El Blazer avanzaba sobre las maderas crujientes, desparramando nieve con el paragolpes delantero. Las ruedas giraban, se aferraban al piso y volvían a girar en falso, pero la tracción en las cuatro ruedas cumplió su cometido.

Con las frazadas aferradas contra el pecho, mientras la nieve revoloteaba a su alrededor, Julie permaneció en un estado de indefensa parálisis, obligada a presenciar algo que le resultaba imposible impedir.

No volvió a respirar hasta que el auto y su loco conductor llegaron sanos y salvos a la orilla opuesta, y entonces la invadió una perversa sensación de furia hacia él, por haberla hecho sufrir un nuevo terror. Cruzó el puente, abrió la puerta del acompañante y subió al auto.

-¡Lo logramos! -exclamó Zack. Julie le dirigió una mirada asesina.

-¿Qué logramos?

La respuesta a su pregunta llegó a los pocos instantes, después del último recodo del camino de montaña. En un claro del denso bosque de pinos se alzaba una casa magnífica construida en piedra del lugar y madera de cedro, y rodeada de balcones de madera con enormes ventanales.

-Llegar hasta aquí -contestó él.

-¡Por amor de Dios! ¿Quién edificó esta casa aquí arriba? ¿Un ermitaño?

-Alguien a quien le gusta la privacidad y la soledad.

-¿Es de algún pariente tuyo? -preguntó ella, con repentina desconfianza.

-No.

-¿El dueño está enterado de que piensas usar su casa como escondite mientras te busca la policía?

-Haces demasiadas preguntas -contestó él, al tiempo que detenía el auto junto a la casa y bajaba-. Pero la respuesta es no. -Caminó hasta su lado del auto y le abrió la puerta. -Vamos.

-¿Vamos? -explotó Julie, apretándose contra el respaldo- del asiento-. Dijiste que cuando llegáramos a este lugar me dejarías en libertad.

-Te mentí.

-¡Cretino! ¡Y pensar que te creí! -exclamó Julie, pero ella también mentía. Durante todo el día había tratado de ignorar lo que su sentido común le advertía: Benedict la mantendría a su lado para impedir que le dijera a la policía cuál era su paradero; si la dejaba ir ahora, no tenía ninguna manera de impedírselo.

-Julie -dijo él con tensa paciencia-, no hagas que todo esto sea más difícil para ti. Tendrás que quedarte aquí algunos días, y te aseguro que no es un lugar desagradable para pasar un tiempo. -Y con esas palabras, tomó las llaves del auto y avanzó hacia la casa. Durante una fracción de segundo Julie se sintió demasiado furiosa y desgraciada para poder moverse, pero después parpadeó para contener las lágrimas que asomaban a sus ojos, y bajó del auto. Temblando incontrolablemente en el viento helado, lo siguió. Se rodeó el cuerpo con los brazos y lo observó tratar de abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Zack la sacudió con fuerza. La puerta no cedió. Benedict soltó el picaporte y se quedó allí algunos instantes, con las manos en jarras, enfrascado en sus pensamientos. A Julie se le empezaron a entrechocar los dientes.

-¿Y a-a-ahora q-q-ué? -preguntó-. ¿C-c-cómo p-p-piensas e-e- entrar?

Zack le dirigió una mirada irónica.

-¿Cómo crees? -*Sin* esperar respuesta, se volvió y se encaminó hacia la terraza que rodeaba la parte opuesta de la casa. Julie trotaba tras él, helada y furiosa.

-Vas a romper una ventana, ¿verdad? -especuló con desagrado. Luego miró los gigantescos paneles de vidrio que se alzaban hasta el techo, por lo menos a siete metros y medio de altura. -Si rompes uno de esos vidrios, te caerán encima y te harán pedazos.

-No alimentes esa esperanza -contestó él, observando varios montículos de nieve que obviamente se habían acumulado sobre algo que había debajo. Empezó a cavar la nieve de uno de esos montículos del que sacó una gran maceta que levantó y llevó hasta la puerta trasera.

-¿Y ahora qué haces?

-Adivina.

-¿Cómo quieres que lo sepa? -preguntó Julie de mal modo-. El criminal eres tú, no yo.

-Es verdad, pero me condenaron por asesino, no por ladrón.

Con incredulidad, Julie lo contempló tratar de cavar la tierra congelada de la maceta; después golpeó ésta contra la pared de la casa y la rompió, desparramando la tierra sobre la nieve, junto a la
puerta de entrada. En silencio, se agazapó y empezó a golpear la tierra con el puño, mientras Julie lo observaba con creciente sorpresa e incredulidad.

-¿Te ha dado un ataque de mal humor? -preguntó.

-No, señorita Mathison -contestó él con exagerada paciencia, mientras tomaba un terrón de tierra y lo deshacía con los dedos-. Busco una llave.

-¡Nadie que se pueda permitir una casa como ésta y hacer construir un camino que trepe por la montaña va a ser tan candido como para esconder la llave en una maceta! Estás perdiendo el tiempo.

-¿Siempre has sido tan protestona? -preguntó él, meneando la cabeza con irritación.

-¡Protestona! -exclamó Julie con la voz ahogada por la frustración-. Me robas el auto, me tomas como rehén, me amenazas con matarme, me mientes ¿y ahora tienes el... descaro de criticar mi manera de ser? -Su discurso se interrumpió cuando él levantó un objeto plateado cubierto de tierra: una llave que Zack insertó en la cerradura. Con un exagerado floreo, abrió la puerta y la invitó a entrar.

-Ya hemos convenido que, en lo que a tí se refiere, he quebrantado todas las reglas de etiqueta. Ahora te propongo que entres y mires a tu alrededor, mientras yo saco nuestras cosas del auto. ¿Por qué no tratas de relajarte? -agregó-. Descansa un poco. Disfruta del paisaje. Piensa en esto como en unas vacaciones.

Julie lo miró con la boca abierta, luego cerró las mandíbulas con furia y dijo con voz airada:

-¡Yo no estoy de vacaciones! ¡Soy una rehén, y no pretendas que lo olvide!

Por toda respuesta, él le dirigió una larga mirada sufriente, como si ella fuese difícil, así que Julie entró en la casa. Adentro, ese retiro de la montaña era a la vez rústico y sorprendentemente lujoso, construido alrededor de una gigantesca habitación central en forma de hexágono con tres puertas que daban cada una a un dormitorio en suite. Los altos techos de madera se apoyaban sobre gigantescos troncos de cedro, y una escalera de caracol conducía a un loft en el que se alineaban hermosas bibliotecas. Cuatro de las seis paredes eran de vidrio y ofrecían un paisaje de la montaña que Julie supuso debía de ser esplendoroso en un día claro. En la quinta pared, construida en piedra del lugar, se alzaba una enorme chimenea. Frente a la chimenea había un largo sofá en forma de ele, tapizado en cuero. Delante de los ventanales había dos sillones y varias otomanas tapizadas en tela rayada, idéntica a la de los almohadones descuidadamente arrojados sobre el sofá. Una gruesa alfombra cubría el piso. En cualquier otro

momento, Julie se habría admirado ante ese lugar, que era el más hermoso que había visto en su vida, pero en ese instante estaba demasiado disgustada y hambrienta para prestarle mucha atención.

Se encaminó a la zona de la cocina, que se extendía a lo largo de la pared posterior de la casa, dividida del living por un alto mostrador con seis bancos tapizados en cuero. El estómago le resonó al mirar los armarios de cedro y la heladera, pero su apetito ya perdía la batalla frente a la extenuación. Con la sensación de ser una ladrona, abrió un armario que contenía platos y vasos, después otro que contenía -afortunadamente- una variedad de alimentos enlatados. Decidida a prepararse un sandwich y acostarse, ya estaba por tomar una lata de atún cuando Zack abrió la puerta trasera y la vio.

-¿Puedo atreverme a esperar que tengas inclinaciones domésticas? -preguntó mientras se quitaba las botas para la nieve.

-¿Me estás preguntando si sé cocinar?

-Sí.

-Para tí, no. -Julie volvió a poner en su lugar la lata de atún y cerró la puerta del armario mientras su estómago lanzaba un gruñido de protesta.

-¡Dios, qué cabeza dura eres!

Refregándose las manos heladas, Zack se acercó al termostato y encendió la calefacción; después se encaminó a la heladera y abrió la puerta del freezer. Al asomarse, Julie vio docenas de gruesos bifes, costillas de cerdo, enormes asados, algunos paquetes envueltos en papel especial para freezer, y cajas y más cajas de verduras, algunas crudas y otras ya cocidas. Era un espectáculo digno de un gourmet. Se le hizo agua la boca al ver que Zack tomaba un bife de cinco centímetros de grosor, pero la extenuación ya la vencía. El alivio que le producía estar en una casa cálida en lugar del auto, y de haber llegado a destino después de un viaje interminable y tenso, de repente la hizo sentir débil, y se dio cuenta de que más que comida, lo que necesitaba era una ducha caliente y dormir un rato.

-Tengo que dormir -dijo, ya sin poder reunir la fuerza necesaria para hablar con tono imperativo y frío-. ¿Dónde, por favor?

Algo en la palidez de Julie y en sus ojos pesados de sueño hizo que Zack contestara sin discutir.

-El dormitorio queda acá -dijo, girando sobre sus talones y encaminándose a una puerta que daba al living. Cuando encendió la luz, Julie se encontró en un dormitorio enorme, con chimenea y un baño en suite, en mármol negro y paredes de espejo. Notó la presencia de un teléfono sobre la mesa de luz, y Zack lo vio al mismo tiempo. -Tiene su baño propio -explicó él innecesariamente, mientras se acercaba a la mesa de luz y desenchufaba el teléfono, que se metió bajo el brazo.

-Pero veo que no tiene teléfono -agregó Julie con amarga resignación mientras se dirigía de regreso al living en busca de su valija.

A sus espaldas, Zack revisó las puertas del baño y del dormitorio; después la tomó del brazo cuando ella se inclinaba a levantar su valija.

-Mira -dijo-, será mejor que establezcamos ya mismo las reglas. La situación es la siguiente: no hay ninguna otra casa en la montaña. Yo tengo las llaves del auto, de manera que tu única posibilidad de huir sería a pie, en cuyo caso te congelarías y morirías de frío antes de llegar a la ruta. Tanto la puerta del dormitorio como la del baño tienen esos cerrojos inútiles que cualquiera puede abrir con un alambre, así que no te recomiendo que trates de encerrarte allí dentro, porque sería perder el tiempo, y además un confinamiento inútil para ti. ¿Estás de acuerdo conmigo hasta ahora?

Julie hizo un inútil esfuerzo por liberar su brazo.

-No soy una retardada.

-Bueno. Entonces supongo que te habrás dado cuenta de que te podrás mover libremente por la casa.

-¿Moverme con libertad? Como si fuera un perro beagle entrenado, ¿verdad?

-No exactamente -contestó Zack, y en sus labios apareció una sonrisa mientras recorría con la mirada el abundante y ondulado pelo castaño de Julie y su figura delgada e inquieta-. Más bien diría como un asustadizo y vivaz setter irlandés.

Julie abrió la boca para darle la acida respuesta que merecía, pero antes de poder pronunciar una sola palabra, volvió a bostezar.

## 23

La despertó un aroma delicioso de carne asada. Apenas consciente de que la enorme cama sobre la que dormía era demasiado grande para ser la de ella, Julie rodó sobre sí misma para quedar acostada de espaldas, completamente desorientada. Parpadeó en la casi total oscuridad de una habitación que no le resultaba familiar y volvió la cara hacia el lado contrario, buscando la pálida fuente de luz, que resultó ser una pequeña separación entre los gruesos cortinados que cubrían la ventana. Luz de luna. Durante algunos felices instantes creyó estar en un hotel de lujo, en algún lugar de vacaciones.

Miró el reloj digital de la mesa de luz. Allí, donde fuera que estuviese, eran las ocho y veinte de la noche. Hacía frío en la habitación... un frío profundo que la hizo descartar la posibilidad de estar en California o en Florida. Entonces se le ocurrió pensar que en los cuartos de hotel nunca había olor a comida. Estaba en alguna casa, no en un hotel, y se oían pasos en el cuarto contiguo.

Pesados pasos de hombre...

La realidad la golpeó como un puñetazo en la boca del estómago y se sentó en la cama, se destapó, se puso de pie, con una descarga de adrenalina. Dio un paso hacia la ventana, porque su mecanismo instintivo de huida reaccionó antes que su mente. Se le erizaron las piernas y miró con incredulidad lo que tenía puesto: una remera de hombre que sacó de la cómoda después de ducharse. Recordó las palabras de su secuestrador: "Tengo las llaves del auto y en esta montaña no hay otras casas... Si tratas de huir a pie, morirás congelada... Los cerrojos de las puertas se pueden abrir con facilidad... Puedes moverte con libertad por la casa..."

-Simplemente relájate -se dijo Julie en voz alta, pero en ese momento estaba descansada y completamente alerta, y por su mente se precipitaban posibles vías de escape, ninguna de las cuales era ni remotamente factible. Además estaba muerta de hambre. Ante todo la comida, decidió; después trataré de encontrar la manera de salir de aquí.

Sacó de la valija los jeans que había usado en el viaje a Amarillo. Después de ducharse había lavado su ropa interior, que todavía estaba empapada. Con los jeans en la mano, investigó el amplio placard lleno de suéteres de hombre prolijamente doblados en los estantes, deseando poder ponerse ropa limpia. Eligió un grueso suéter de pescador color crema y lo colocó frente a sí. Le llegaba hasta las rodillas. Se encogió de hombros, decidiendo que su aspecto no le importaba, y que el grueso suéter disimularía el hecho de que no usara corpiño. Se lo puso. Antes de acostarse se había lavado y secado el pelo, de modo que sólo tenía que cepillárselo. Tomó la cartera para ponerse un poco de rouge, pero cambió de idea. Arreglarse para el encuentro con un convicto,^ no sólo era innecesario sino posiblemente un enorme error, considerando ese beso sobre la nieve en el que ella había participado esa mañana al amanecer.

Ese beso...

Tenía la sensación de que no habían transcurrido unas pocas horas, sino semanas desde que Zack la besó, y ahora que estaba descansada y alerta se sentía segura de que el único interés que él tenía en ella se relacionaba con su propia seguridad. No se trataba de nada sexual.

Decididamente no era algo sexual.

¡Por favor, Dios! ¡Que no tenga nada que ver con lo sexual!

Al contemplarse reflejada en los espejos de las paredes del baño, se tranquilizó. Siempre había estado demasiado ocupada y preocupada para pensar demasiado en su apariencia. Las pocas veces que se tomó el trabajo de estudiarla, tuvo la sensación de

que su rostro era algo extraño, con facciones bastante sorprendentes y demasiado prominentes, como los ojos y los pómulos y esa absurda hendidura en el mentón que se hizo más profunda y visible desde que cumplió los trece años. Sin embargo, en ese momento, su aspecto le fascinó. Vistiendo jeans y un suéter demasiado grande, con el pelo cepillado y la cara lavada, no podía resultar sexualmente atractiva para ningún hombre, sobre todo tratándose de uno que se había acostado con centenares de magníficas y fascinantes mujeres famosas. El interés de Zack por ella no sería sexual, decidió Julie con total seguridad.

Después de respirar hondo, tomó el picaporte y lo hizo girar, sin ganas de enfrentar a su secuestrador, pero dispuesta a hacerlo... y con un poco de suerte, a enfrentarse también con una deliciosa comida. La puerta del dormitorio no estaba cerrada con llave. Recordaba con claridad que antes de acostarse le había echado llave, por una cuestión de principios.

Abrió la puerta en silencio y pasó a la habitación principal de la casa. Durante una fracción de segundo, la belleza de la escena la dejó completamente desorientada. Un fuego chisporroteaba en la chimenea, las luces de los tirantes del techo iluminaban el lugar con suavidad, sobre la mesa ratona había velas encendidas cuya luz se reflejaba sobre las copas de cristal que Zack había colocado sobre los individuales de hilo. Tal vez fueron las velas y las copas de vino las que le produjeron la impresión de que se estaba introduciendo en una escena de seducción, o quizá fueron las luces suaves y la música romántica que surgía del estéreo. Julie se acercó a la cocina donde estaba Zachary Benedict, y le habló, tratando de infundir a su voz un tono brusco y formal. Benedict le daba la espalda mientras sacaba algo de la parrilla.

-¿Esperamos visitas? -preguntó Julie. Él se volvió a mirarla y una inesperada sonrisa perezosa se extendió por su rostro cuando la estudió de pies a cabeza. Julie tuvo la imposible y desagradable impresión de que le gustaba lo que veía, una impresión que reforzó su manera de levantar la copa de vino en una especie de brindis.

-¡No sé por qué, pero ese suéter tan grande

te queda adorable!

Aunque tarde, Julie se dio cuenta de que después de cinco años de cárcel, cualquier mujer le resultaría atractiva, y retrocedió un paso.

-Lo último que me interesa es resultarte agradable. Te aseguro que antes preferiría ponerme mi propia ropa, a pesar de que no está limpia -dijo ella, girando sobre sus talones.

-¡Julie! -exclamó él, ya sin rastros de cordialidad en la voz.

Ella se volvió enseguida, sorprendida y alarmada por los rápidos cambios de humor de ese hombre. Retrocedió otro paso con cautela, mientras él se le acercaba con una copa de vino en cada mano.

-Bebe algo -ordenó, entregándole una alta copa de cristal-. ¡Bebe, maldito sea! -Hizo un visible esfuerzo por suavizar su tono de voz. -Te ayudará a relajarte.

-¿Y para qué voy a relajarme? -preguntó ella con obstinación.

A pesar de su gesto terco y su tono rebelde, había un pequeño temblor de miedo en su voz y, al percibirlo, el enojo de Zack se evaporó. Julie había demostrado enorme coraje y un espíritu infatigable durante las últimas veinticuatro horas; luchó tan obstinadamente con él que llegó a hacerle creer que ni siquiera le tenía miedo. Pero en ese momento, al mirarla, notó que los sufrimientos que le había infligido habían dejado oscuras ojeras debajo de sus ojos gloriosos, y que su piel tersa estaba muy pálida. Es una muchacha sorprendente, pensó, valiente, buena y animosa como el mismo diablo. Tal vez si no le gustara -si no le gustara tanto- no le importaría que lo estuviera mirando como si él fuera un animal peligroso. Tuvo la prudencia de contener

su necesidad de apoyarle una mano contra la mejilla para tranquilizarla, cosa que sin duda le habría causado el peor de los pánicos, y de disculparse por haberla secuestrado, gesto que le habría parecido hipócrita, pero hizo algo que se había prometido no volver a hacer en su vida: trató de convencerla de su inocencia.

-Hace un momento te pedí que te relajaras y que... -empezó a decir, pero ella lo interrumpió.

-No me lo pediste, me ordenaste que me relajara. La decorosa reprimenda le provocó una sonrisa.

-Ahora te lo estoy pidiendo.

Completamente sorprendida por la suavidad de Zack, Julie bebió un sorbo de vino, tratando de ganar tiempo, de tranquilizar sus sentidos confusos, mientras él seguía parado a sesenta centímetros de distancia. De repente cayó en la cuenta de que, mientras ella dormía, Zack se había bañado, afeitado y que, vistiendo un par de pantalones y un suéter negros, Zachary Benedict era mucho más buen mozo que en la pantalla. Cuando le volvió a hablar, su voz profunda seguía tan suave y atractiva como instantes antes.

-En el camino hacia aquí me preguntaste si era inocente del crimen por el que me enviaron a la cárcel, y la primera vez te contesté con petulancia y la segunda sin ganas. Ahora, sencilla y voluntariamente, te quiero decir la verdad...

Julie apartó la mirada y la clavó en el vino color rubí de su copa, temerosa de que su estado de cansancio y debilidad la incitaran a creer la mentira que él estaba por decirle.

-Mírame, Julie.

Con una mezcla de miedo y expectativa, Julie alzó la mirada y la fijó en los ojos color ámbar de Zack.

-Yo no maté ni planeé el asesinato de mi mujer ni de ningún otro. Me condenaron por un crimen que no cometí. Me gustaría que por lo menos creyeras que existe la posibilidad de que lo que te digo es cierto.

Ella lo miró a los ojos, sin comprometerse, pero de repente recordó la escena vivida en el puente temblequeante: en lugar de insistir en que ella lo cruzara manejando, la hizo bajar del auto, le dio frazadas para que se abrigara si el puente llegaba a no resistir y él se ahogaba cuando el auto cayera en ese arroyo profundo y helado. Recordó la desesperación de su voz cuando la besó en la nieve, suplicándole que le siguiera la corriente para no tener que herir al camionero. Zack tenía un arma en el bolsillo, pero ni siquiera intentó usarla. Y después recordó su beso... ese beso urgente y duro que de repente se hizo suave, insistente y sensual. Desde el amanecer de esa mañana, hacía esfuerzos por olvidar ese beso, pero en ese momento lo volvió a recordar, vibrante, vivo y peligrosamente excitante. Y esos recuerdos se combinaron con el tono seductor de la voz de Benedict cuando agregó:

-Ésta es mi primera noche normal en más de cinco años. Si la policía me sigue de cerca, será la última. Si estuvieras dispuesta a cooperar, me gustaría disfrutarla. De repente, Julie se sintió inclinada a cooperar. En primer lugar, a pesar de haber dormido un rato, estaba mentalmente extenuada y no se sentía en condiciones de discutir con él; además, estaba famélica y harta de tener miedo. Pero el recuerdo de ese beso no tiene nada que ver con mi capitulación, ¡absolutamente nada!, se dijo. Así como tampoco tuvo nada que ver con esa repentina e imposible convicción de que Zack le estaba diciendo la verdad.

-Soy inocente de ese crimen -repitió él con más énfasis, sin dejar de mirarla.

Las palabras la golpearon, pero pese a todo se resistió, tratando de no permitir que sus tontas emociones pudieran más que su inteligencia.

-Si no logras creerlo -agregó él con un suspiro-, ¿por lo menos no serías capaz de simular que lo crees y de cooperar conmigo esta noche?

Julie luchó contra una fuerte necesidad de asentir, y preguntó con cautela:

-¿A qué clase de "cooperación" te refieres?

-Me gustaría que conversáramos -contestó Zack-. Conversar con una mujer inteligente es un placer olvidado para mí. Lo mismo que una buena comida, una chimenea, la luz de la luna en los ventanales, buena música, puertas en lugar de rejas, y la presencia de una mujer bonita. -Y agregó con tono persuasivo: -Si me concedes una tregua, yo me encargaré de cocinar.

Julie vaciló, sorprendida por su referencia a una mujer bonita, pero enseguida decidió que sólo había sido una lisonja sin asidero. Le estaba ofreciendo una noche sin tensiones ni miedos, y sus nervios deshechos clamaban por un momento de alivio. ¿Qué mal había en lo que le estaba ofreciendo? Sobre todo si realmente era inocente.

-¿Te encargarás de cocinar todos los días? -preguntó.

Zack asintió, y una lenta sonrisa se extendió por su rostro cuando se dio cuenta de que Julie estaba a punto de aceptar, y el inesperado encanto de esa sonrisa surtió un efecto traicionero en el ritmo de los latidos del corazón de Julie.

-Está bien -aceptó ella, sin poder evitar una leve sonrisa a pesar de su decisión de mostrarse lejana e inaccesible:-. Pero sólo aceptaré si también te comprometes a limpiar la cocina.

Ante eso, Zack no pudo menos que reír abiertamente.

-Tus condiciones son muy duras, pero acepto. Siéntate mientras termino de cocinar.

Julie obedeció y se instaló en uno de los bancos, frente al mostrador que dividía la cocina del living.

-Habíame de ti -pidió Zack, sacando del horno una papa asada.

Julie bebió otro sorbo de vino para darse coraje.

-¿Qué quieres saber?

-Generalidades, para empezar -dijo Zack con aire indiferente-. Dijiste que no eres casada. ¿Estás divorciada?

Ella meneó la cabeza.

-Nunca me he casado.

-¿ Comprometida ?

-Greg y yo estamos hablando del asunto.

-¿Qué es lo que tienen que hablar? Julie se atragantó con su vino. Sofocó una risa de incomodidad.

-En realidad no creo que esa pregunta entre en la categoría de información general.

-Posiblemente no -aceptó él con una sonrisa-. Bueno, ¿qué les impide comprometerse?

Para su disgusto, Julie sintió que se ruborizaba ante la mirada divertida de Zack, pero contestó con admirable tranquilidad.

-Queremos estar seguros de ser compatibles... que nuestras metas y filosofías sean las mismas.

-Tengo la impresión de que están tratando de ganar tiempo. ¿Vives con ese Greg?

-¡Por supuesto que no! -contestó Julie con tono de censura, y Zack levantó las cejas como si la encontrara pintorescamente divertida.

-¿Entonces vives con alguna amiga?

-Vivo sola.

-Ni marido ni amigas -dijo él, sirviéndole más vino-. ¿Así que en este momento nadie te busca ni se pregunta dónde estarás?

-Estoy segura de que me busca mucha gente.

-¿Quién, por ejemplo?

-Mis padres, para empezar. Ya deben de estar completamente frenéticos y llamando a todo el mundo para ver si alguien tiene noticias mías. Al primero que deben de haber

llamado es a mi hermano Ted. Carl también estará buscándome. El Blazer es suyo, y créeme que a esta hora mis hermanos deben de haber organizado una verdadera cacería.

-¿Ted es tu hermano constructor?

-No -declaró Julie con divertida satisfacción-. Mi hermano Ted es sheriff de Keaton.

La reacción de Zack fue gratificantemente aguda.

-¡Tienes un hermano sheriff! -Como para lavar la desagradable información, bebió un gran trago de vino y preguntó con clara ironía: -¿Y supongo que tu padre será juez?

-No. Es el pastor del pueblo.

-¡Mi Dios!

-Exactamente. Ése es su empleador. Dios.

-De todas las mujeres de Texas -dijo Zack meneando la cabeza con aire sombrío-, me las arreglé para secuestrar a la hermana de un sheriff y la hija de un pastor. Los periodistas se ganarán el día cuando descubran quién eres.

La breve sensación de poderío que Julie experimentó al ver su alarma resultó aún más fuerte que el vino que estaba bebiendo. Asintió con aire alegre y prometió:

-La gente temerosa de la ley de todas partes te buscará con perros y con armas, y los estadounidenses temerosos de Dios rogarán para que te encuentren cuanto antes. Zack vertió en su copa el vino que quedaba en la botella y se lo bebió de un trago.

-¡Bárbaro!

El estado de ánimo jovial de su secuestrador había sido un alivio tan grande para ella, que Julie lamentó su pérdida y trató de decir algo que lo restaurara.

-¿Qué vamos a comer esta noche? -preguntó por fin. La pregunta sacó a Zack de su ensimismamiento; volvió hacia la cocina.

-Algo sencillo -contestó-. No soy gran cosa como cocinero. -Bloqueó los preparativos con sus anchos hombros y le habló sin volverse. -Siéntate en el sofá. Yo te alcanzaré la comida.

Julie asintió, se bajó del banco y notó que la segunda copa de vino la había afectado; se sentía demasiado relajada. Mientras Zack la seguía con los platos, se instaló en el sofá, frente a uno de los individuales de hilo puestos sobre la mesa ratona frente al fuego. Sobre la mesa, Zack colocó dos platos, uno de los cuales contenía un bife jugoso con una papa asada.

Frente a Julie, depositó un plato con el contenido de una lata de atún. Eso era todo. Sin verduras ni acompañamiento. Nada.

Después de que se le había hecho agua la boca durante tanto tiempo pensando en ese bife ancho y jugoso, la reacción de Julie ante ese trozo poco apetecible de atún, redondo y sin adorno alguno, fue inmediata y desprevenida. Miró a Zack con furia, con la boca abierta de sorpresa y desilusión.

-¿No era eso lo que querías? -preguntó él con inocencia-. ¿O preferirías un bife jugoso como el que dejé en la cocina?

Algo en la broma juvenil, algo en la sonrisa compradora de Zack y en sus ojos sonrientes provocó una inesperada, incontrolable y extraña reacción en Julie. Se tentó de risa. Y luego comenzó a reír a carcajadas. Todavía reía cuando él volvió con el otro plato y lo colocó frente a ella.

-¿Esto te gusta un poco más?

-Bueno -contestó ella, tratando de conservar un aspecto severo, a pesar de la risa que todavía bailaba en sus ojos-, puedo perdonarte por haberme secuestrado y por aterrorizarme, ¡pero era imperdonable que me ofrecieras un trozo de atún mientras tú devorabas un bife!

Julie se hubiera conformado con comer en pacífico silencio, pero cuando cortó el primer bocado de carne, él notó que tenía la muñeca lastimada y le preguntó qué le

había pasado.

-Es una lastimadura que me hice jugando al fútbol -explicó ella.

-¿Qué?

-La semana pasada, cuando estaba jugando al fútbol, me hicieron un *tackle.*

-¿Te lo hizo algún grandote de medio campo?

-No, me lo hizo un chiquito en una enorme silla de ruedas.

-¿Qué?

Era evidente que él estaba tan necesitado de conversación como había dicho y, mientras comían, Julie le relató el partido en versión abreviada.

-La culpa fue mía -aseguró, sonriendo ante el recuerdo-. Yo no entiendo mucho de fútbol, pero no me sorprendería que alguno de mis chicos terminara participando de la Olimpíada de Fútbol en Silla de Ruedas.

Zack notó la dulzura con que dijo "mis chicos", y el brillo de sus ojos cuando hablaba de ellos, y se maravilló ante la capacidad de compasión y la dulzura de esa mujer. Como no quería que dejara de hablar, buscó otro tema.

-¿Qué hacías en Amarillo el día que nos conocimos? -preguntó.

-Había ido a ver al abuelo de uno de mis alumnos con problemas físicos. Es un hombre muy rico y tenía la esperanza de poder convencerlo de que donara dinero para un programa de alfabetización para adultos que estoy organizando en la escuela.

-¿Y tuviste éxito?

-Sí. Tengo su cheque en la cartera.

-¿Qué te decidió a ser maestra? -preguntó Zack, con una extraña necesidad de seguir oyéndola hablar. Comprendió que acababa de elegir el tema indicado cuando ella le dirigió una sonrisa arrebatadora y se embarcó de inmediato en una explicación.

-Me encantan los chicos y la enseñanza es una profesión antigua y respetable.

-¿Respetable? -repitió él, sobresaltado por la sutil extravagancia de la definición-. Creo que, hoy en día, ser "respetable" no es algo que preocupe a mucha gente. ¿Por qué te resulta tan importante a ti?

Julie evitó con un encogimiento de hombros ese comentario demasiado perceptivo.

-Soy hija de un pastor y Keaton es una ciudad pequeña.

-Comprendo -dijo Zack, aunque en realidad no comprendía nada-. Pero hay otras profesiones igualmente respetables.

-Sí, pero en ellas no me tocaría trabajar con gente tan maravillosa como la que trato ahora.

Un poco avergonzada por su entusiasmo tan emotivo, Julie volvió a guardar silencio y se concentró en la comida.

## 24

Cuando terminó de comer, Zack se arrellanó en el sofá y se cruzó de piernas, observando las llamas que bailoteaban en la chimenea, mientras permitía . que su cautiva terminara la comida sin más interrupciones. Trató de concentrarse en la siguiente etapa de su viaje, pero en su actual estado de relajación se sentía más inclinado a pensar en la sorprendente -y perversa- treta del destino gracias a la que Julie Mathison estaba allí, sentada frente a él. Durante las largas semanas que dedicó a planear cada detalle de su huida... durante las noches interminables en que permaneció despierto en su celda pensando en la primera noche que pasaría en esa casa, nunca supuso que no estaría solo. Por mil motivos, habría sido mejor que lo estuviera, pero ahora que ella se encontraba allí, no podía encerrarla bajo llave en su cuarto, proporcionarle comida y simular que no existía. Sin embargo, después de la última hora pasada en su compañía, se sentía tentado de hacer exactamente eso, porque ella lo estaba obligando a reconocer todas las cosas que había perdido en su vida, y a reflexionar sobre ellas... esas cosas que le seguirían faltando durante el resto de su existencia. En el término de una semana, volvería a estar huyendo, y en el lugar adonde se dirigía no habría lujosas casas de montaña con fuegos acogedores, no existirían conversaciones sobre pequeños con problemas físicos, ni decorosas maestras de tercer grado con ojos parecidos a los de un ángel y una sonrisa capaz de *derretir las piedras. No* recordaba haber visto *jamás a. una.* rnujer cuyo rostro se iluminara *como se* iluminó el de Julie cuando le habló de esos chicos. Conocía mujeres ambiciosas cuyo rostro se iluminaba ante la posibilidad de obtener un papel en una película o de que les regalaran una alhaja; había visto a las mejores actrices del mundo -en el escenario y fuera de él, en la cama y fuera de ella- en interpretaciones convincentes de apasionada ternura y de amor, pero hasta esa noche, nunca, pero nunca, había sido testigo de esos sentimientos convertidos en realidad.

Cuando tenía dieciocho años, sentado en la cabina de un semirremolque, rumbo a Los Ángeles, y casi ahogado por las lágrimas que se negaba a derramar, se juró que jamás, jamás miraría hacia atrás, que nunca se preguntaría lo que podía haber sido su vida "si las cosas hubieran sido distintas". Y sin embargo en ese momento, a los treinta y cinco años, cuando estaba endurecido por todo lo que había visto y hecho, al mirar a Julie Mathison sucumbía a la tentación de la duda. Mientras se llevaba la copa de coñac a los labios y observaba a lluvia de chispas que se desprendían de un leño, se preguntó qué habría sucedido si hubiera conocido a alguien como ella cuando era joven. ¿Habría sido ella capaz de salvarlo de sí mismo, de enseñarle a perdonar, de suavizar su corazón, de llenar los espacios vacíos de su vida? ¿Habría sido capaz de proporcionarle metas más importantes y constructivas que la adquisición de riquezas, poder y reconocimiento que habían dado forma a su vida? Con alguien como Julie en su cama, ¿habría experimentado algo mejor, más profundo, más duradero que el efímero placer de un orgasmo?

Tardíamente lo golpeó comprender lo improbables que eran sus pensamientos, y se maravilló ante su propia tontería. ¿Dónde diablos hubiera podido conocer a alguien parecida a Julie Mathison? Hasta los dieciocho años vivió siempre rodeado de sirvientes y familiares, cuya sola presencia era un permanente recordatorio de su superioridad social. En ese tiempo, la hija de un ministro de pueblo, como Julie Mathison, jamás habría entrado en su esfera social.

No, no la habría conocido en esa época, y tampoco en Hollywood hubiera podido conocer a alguien como ella. ¿Pero si por alguna treta del destino hubiera conocido allí

a Julie?, se preguntó Zack, con el entrecejo fruncido de concentración. Si de alguna manera ella hubiera sobrevivido intacta en ese mar de depravaciones sociales, de autoindulgencia sin límites y de rugiente ambición que era Hollywood, ¿él habría notado realmente su presencia, o ella habría sido completamente eclipsada a sus ojos por mujeres más mundanas y fascinantes? ¿Si Julie se hubiera presentado en su oficina de Beverly Drive a pedirle que le hiciera una prueba cinematográfica, ¿habría notado él esa hermosa cara de huesos excelentes, esos ojos increíbles, esa figura perfecta? ¿O lo habría pasado todo por alto porque no era espectacularmente hermosa? Y si ella hubiera pasado una hora en su oficina, conversando con él como lo hizo esa noche, ¿habría apreciado su ingenio, su inteligencia, su no simulado candor? ¿O habría tratado de librarse de ella porque no hablaba sobre "el negocio" ni daba ninguna indicación de querer acostarse con él, que habrían sido sus dos intereses principales?

Zack hizo girar la copa entre las manos mientras contemplaba las respuestas de esas preguntas teóricas, tratando de ser honesto consigo mismo. Después de algunos instantes, decidió que hubiera notado las facciones delicadas de Julie Mathison, su piel resplandeciente, sus ojos impactantes. Después de todo, era un experto en belleza femenina, convencional o no, así que no habría podido pasarla por alto. Y sí, hubiera apreciado su candor tan directo, y se hubiera emocionado ante su compasión y su suavidad, ante su dulzura, lo mismo que lo habían emocionado esa noche. Sin embargo no le habría hecho una prueba cinematográfica.

Tampoco le habría recomendado que se pusiera en manos de un buen fotógrafo que pudiera captar esa frescura juvenil tan estadounidense, para convertirla en una modelo de tapa de un millón de dólares, a pesar de que Julie había pasado hacía tiempo la edad en que se inician las modelos.

En lugar de eso, Zack creía con toda honestidad que la hubiera sacado con rapidez de su oficina, aconsejándole que volviera a su casa, se casara con su casi-novio, que tuviera hijos y una vida con sentido. Porque aun en sus momentos de mayor insensibilidad, jamás hubiera querido que una persona tan excelente y pura como Julie Mathison fuese manoseada, utilizada y corrompida por Hollywood o por él mismo.

Pero si a pesar de sus consejos, Julie hubiese insistido en permanecer de todos modos en Hollywood, ¿se habría acostado con ella después, si ella estaba de acuerdo y cuando lo estuviera?

No.

¿Habría querido hacerlo?

¡No!

¿Habría querido mantenerla cerca, tal vez viéndola a la hora del almuerzo, por las tardes o invitándola a fiestas?

¡No, por Dios!

¿Por qué no?

Zack ya sabía exactamente por qué no, pero de todos modos la miró, como para confirmar lo que sentía. Julie estaba sentada en el sofá, la luz de las llamas iluminaban su pelo brillante, y ella miraba el hermoso cuadro que colgaba sobre la chimenea... su perfil era tan sereno e inocente como el de una niña del coro durante la misa de Nochebuena. Y era por eso que no hubiera querido tenerla cerca antes de ir a la cárcel, y por lo que tampoco quería tenerla cerca en ese momento.

Aunque cronológicamente él sólo le llevara nueve años, era siglos mayor que Julie en experiencia, y gran parte de esa experiencia no era de la clase que ella hubiese admirado ni aprobado... y eso antes de que lo condenaran a la cárcel. En comparación con el juvenil idealismo de Julie, Zack se sentía terriblemente viejo y gastado.

El hecho de que en ese momento la encontrara atractiva y deseable a pesar de estar envuelta en ese grueso suéter informe, y el hecho de tener una erección en ese mismo instante, lo hicieron sentir un viejo sucio, desagradable y lujurioso.

Por otra parte, esa noche Julie también logró hacerlo reír, y eso era algo que Zack apreciaba.

De repente se le ocurrió que Julie no le había hecho una sola pregunta acerca de su antigua vida en el mundo del cine. No recordaba haber conocido una sola mujer -o para el caso un solo hombre- que no lo hubiera proclamado su actor de cine favorito para acosarlo luego con preguntas acerca de su vida personal y los otros actores a quienes admiraban. Hasta los reos más duros y sedientos de sangre de la prisión se habían mostrado impresionados por su pasado y ansiosos por decirle cuáles de sus películas les habían gustado más. Por lo general, esa actitud inquisitiva le disgustaba y hasta le provocaba enojo. Pero en ese momento le fastidió que Julie Mathison actuara como si no hubiera oído hablar de él. Tal vez en ese oscuro pueblito donde vive ni siquiera tengan un cine, decidió. Tal vez en su vida entera, tan protegida, nunca hubiera visto una película.

Tal vez... ¡Dios! ¡Tal vez... sólo viera películas aptas para menores de 15 años! En cambio, las que él filmaba eran absolutamente reservadas para personas mayores, de criterio formado, porque su contenido era profano, violento, lleno de sexo o las tres cosas juntas. Para su enojo, de repente Zack se sintió avergonzado de ello, que era otra buena razón por la que jamás habría elegido salir con una mujer como Julie.

Estaba tan enfrascado en sus pensamientos, que se sobresaltó cuando ella habló con una sonrisa vacilante.

-No pareces estar disfrutando mucho de la noche.

-Estaba pensando en la posibilidad de ver el noticiario -contestó él con tono vago.

Julie, que había tenido inquieta conciencia del silencio ceñudo de Zack, aceptó con alegría la oportunidad que se le presentaba de ocuparse en algo que no fuera pensar si sería realmente inocente de haber cometido un asesinato... y si la volvería a besar antes de que la velada llegara a su fin.

--Me parece una buena idea -contestó, poniéndose de pie y tomando su plato-. ¿Por qué no te encargas de buscar un canal donde transmitan noticias, mientras yo lavo los platos?

-¿Para que después me acuses de no haber cumplido nuestro trato? ¡De ninguna manera! ¡Los platos los lavo yo!

Julie lo miró levantar la mesa y llevar todo a la cocina.

Durante la última hora, habían vuelto a angustiarla toda clase de dudas acerca de su inocencia. Recordó la manera furiosa en que se refirió al jurado que lo condenó. Recordó la tremenda desesperación que había en su voz cuando, estando tirados en la nieve, le suplicó que lo besara para acallar las sospechas del camionero. "¡Por favor! ¡Te juro que no traté de matar a nadie!"

En ese momento, Zack sembró en su mente una traicionera semilla de duda con respecto a su culpabilidad; y diecisiete horas después, esa semilla echaba raíces en su interior, alimentada por el horror que le producía la posibilidad de que un inocente hubiera pasado cinco largos años en la cárcel. Otros elementos que tampoco lograba controlar se combinaban para hacerla sentir por él cosas como el recuerdo de ese beso tan hambriento, el estremecimiento que lo recorrió cuando se dio cuenta de que ella se le había rendido por fin, lo contenido que se mostró cuando ella se le rindió. En realidad durante la mayor parte del tiempo que estuvieron juntos, la trató con respeto, casi con cortesía.

Por duodécima vez en la última media hora, se dijo que un verdadero asesino sin duda no se molestaría en besar a una mujer con suavidad, y que tampoco la trataría con la bondad y el humor con que Zack la trataba a ella.

Su mente le advertía que era una verdadera tontería creer que un jurado pudiera

haberse equivocado; pero esa noche, cada vez que miraba a Zack, su instinto le decía a los gritos que era inocente. Y de ser así, le resultaba intolerable pensar en lo que debía de haber sufrido.

Zack regresó al living, prendió el televisor y se sentó frente a ella, estirando sus largas piernas.

-Después de las noticias, miraremos lo que tú quieras -dijo, con la atención ya puesta en la pantalla tamaño gigante.

-Bueno -contestó Julie, estudiándolo subrepticiamente. Había una fuerza indomable cincelada en sus apuestas facciones, determinación en su mentón, arrogancia en la mandíbula, inteligencia y fuerza en cada uno de sus rasgos. Mucho tiempo antes, Julie había leído docenas de artículos acerca de Zack, artículos escritos por periodistas del mundo del cine y por críticos famosos. Muchas veces trataban de definirlo comparándolo con otros grandes actores que lo precedieron. Julie recordaba a uno de esos críticos que lo convirtió en un conglomerado humano al decir que Zachary Benedict poseía el magnetismo animal de un Sean Connery juvenil, el talento de un Newman, el carisma de Costner, el machismo de un joven Eastwood, la suave sofisticación de Warren Beatty, la versatilidad de Michael Douglas y el atractivo de Harrison Ford.

Y en ese momento, después de casi dos días de estar constantemente con él, Julie decidió que ninguno de esos artículos lo describía bien, y que la cámara tampoco le hacía justicia, y comprendió vagamente por qué: en la vida real, Zack poseía una fuerza interior y un carisma poderosos que no tenían ninguna relación con su alta estatura, ni con sus hombros anchos, ni con su famosa sonrisa burlona. Había algo más... la sensación que Julie tenía cada vez que lo miraba, de que, aparte de sus años de prisión, Zachary Benedict ya había hecho y visto todo lo que un hombre podía ver y hacer, y que todas esas experiencias estaban permanentemente encerradas tras un muro impenetrable de amable urbanidad, de perezoso encanto, y de un par de penetrantes ojos dorados. Más allá del alcance de ninguna mujer.

Y Julie comprendió que allí residía su verdadero atractivo: en el desafío que encerraba. A pesar de todo lo que le había hecho durante los últimos dos días, Zachary Benedict lograba que ella -y posiblemente todas las demás mujeres que lo conocían o que lo habían visto en cine- quisiera pasar esa barrera. Para descubrir lo que había debajo, para suavizarlo, para encontrar al chico que debía de haber sido, para lograr que el hombre en quien se había convertido riera a carcajadas o se pusiera tierno de puro amor.

De repente Julie se contuvo y se hizo una severa advertencia. ¡Nada de eso importaba! Lo único importante era saber si era culpable o inocente del asesinato de su mujer. Le dirigió otra mirada de soslayo y sintió que se derretía.

Era inocente. Lo sabía. Lo sentía. Y de solo pensar que tanta belleza e inteligencia hubieran permanecido encarceladas durante cinco largos años, se le formó un nudo en la garganta. Imaginó una celda, el ruido de las puertas de rejas cuando se cerraban, los gritos de los guardias, los hombres trabajando en lavanderías y sus recreos en el patio de la prisión, privados de toda libertad e intimidad. Privados de su dignidad.

La voz del locutor la volvió a la realidad: "Les daremos noticias estatales y locales, así como de la tormenta de nieve que se dirige hacia aquí, después de hacer una conexión con la red nacional por la que Tom Brokaw nos proporcione noticias de especial importancia". Julie se puso de pie, demasiado nerviosa para quedarse sentada y sin hacer nada.

-Voy a buscar un vaso de agua -informó, ya camino de la cocina, pero la voz de Tom Brokaw la detuvo en seco.

"Buenas noches, señoras y señores. Zachary Benedict, quien en una época fue

considerado uno de los más importantes actores de Hollywood y un brillante director de cine, huyó hace dos días de la Penitenciaría Estatal de Amarillo, donde cumplía una condena de cuarenta y cinco años de prisión por el asesinato maquiavélico de su esposa, la actriz Rachel Evans, en 1988."

Julie se volvió a tiempo para ver una fotografía de Zack vistiendo el uniforme de la prisión con un número que le cruzaba el pecho. Volvió a entrar en el living, como hipnotizada por la fealdad de lo que veía, oía y sentía mientras Brokaw continuaba: "Se cree que Benedict viaja con esta mujer..."

Julie lanzó un jadeo al ver en pantalla una fotografía suya, tomada el año anterior con sus alumnos de tercer grado.

"Las autoridades de Texas informan que la mujer, Julie Mathison, de veintiséis años, fue vista por última vez hace dos días en Amarillo, cuando un hombre cuya descripción coincide con la de Benedict subió en su compañía a un Chevrolet Blazer azul. Al principio las autoridades creyeron que la señorita Mathison había sido tomada como rehén contra su voluntad..."

-¿Al principio? -explotó Julie, mirando a Zack, quien se ponía lentamente de pie-. ¿Qué quiere decir eso de al principio?

La respuesta fue inmediata y horripilante, cuando Brokaw continuó diciendo: "La teoría de que era un rehén quedó desbaratada esta tarde, cuando Peter Golash, un conductor de camión, informó haber visto a una pareja que respondía a las descripciones de Benedict y Mathison, esta mañana al amanecer, en un terreno de descanso para camiones de Colorado..."

Enseguida llenó la pantalla el rostro alegre de Pete Golash, y lo que dijo hizo que Julie se sintiera enferma de vergüenza y furia: "Esos dos estaban luchando con bolas de nieve como si fueran un par de chicos. ¡Estoy absolutamente seguro de que la mujer era Julie Mathison! De todos modos, ella tropezó y se cayó y Benedict se le tiró encima y enseguida empezaron a hacerse arrumacos y a besarse. Si ella era un rehén, les aseguro que no actuaba como tal."

-¡Oh, Dios! -exclamó Julie, envolviéndose el cuerpo con los brazos y tragando la bilis que le subía a la garganta. En pocos instantes, la desagradable realidad había invadido la atmósfera falsamente acogedora de la casa de la montaña, y ella se volvió hacia el hombre que la había llevado hasta allí, viéndolo como lo que realmente era; un convicto, como lo vio en la pantalla de televisión, con una serie de números cruzándole el pecho. Pero antes de que Julie lograra reponerse, otra escena peor y más angustiante apareció en pantalla mientras el locutor decía: "Nuestro enviado especial, Bill Morrow, se encuentra en Keaton, Texas, donde Mathison vive y se desempeña como maestra de tercer grado en la escuela primaria. Bill pudo obtener una breve entrevista con los padres de la joven, el reverendo James Mathison y su señora..."

Julie lanzó un grito de incredulidad al ver el rostro solemne y lleno de dignidad de su padre, quien, con su voz enfática y confiada, trataba de convencer al mundo de la inocencia de su hija. "Si Julie está con Benedict, es contra su voluntad. Ese camionero que dice lo contrario se equivoca con respecto a lo que vio o a lo que creyó que sucedía -aseguró dirigiendo una severa mirada de desaprobación a los periodistas, que comenzaron a hacerle preguntas a los gritos-. No tengo nada más que declarar."

Presa de oleadas de vergüenza, Julie apartó la vista del televisor para mirar a través de sus lágrimas a Zachary Benedict, quien se le acercó apresuradamente.

-¡Cretino! -exclamó retrocediendo.

-¡Julie! -exclamó Zack, tomándola por los hombros, en un vano intento de consolarla.

-¡No me toques! -gritó ella, tratando de apartarle las manos, retorciéndose para alejarse, mientras un torrente de sollozos escapaba de su boca-. ¡Mi padre es un

pastor! -sollozó-. Es un hombre respetado, ¡y tú has convertido a su hija en una prostituta pública! ¡Soy maestra! -gritó, presa de un ataque de histeria-. ¡Enseño a niños pequeños! ¿Crees que me permitirán seguir enseñando, ahora que soy un escándalo nacional que se anda revolcando en la nieve con asesinos prófugos?

Comprender que era posible que Julie tuviera razón fue una cachetada para Zack, quien le aferró los brazos con más fuerza.

-Julie...

-He dedicado los últimos quince años de mi vida a tratar de ser perfecta -sollozó ella, luchando por liberarse de él-. Me recibí de maestra para que pudieran estar orgullosos de mí. Voy... voy a la iglesia y enseño en la escuela dominical. Después de esto no me dejarán volver a enseñar en ninguna parte...

De repente Zack no pudo seguir soportando el peso del dolor de Julie, ni la conciencia de su propia culpabilidad.

-¡No llores más, por favor! -susurró, tomándola en sus brazos. Le tomó la cabeza entre sus manos y la apretó contra su pecho-. Lo comprendo, y lo lamento. Cuando todo esto haya terminado, los obligaré a ver la verdad.

-¿Dices que entiendes? -repitió ella con amargo desprecio, mirándolo con el rostro acusador surcado de lágrimas-. ¿Cómo va a comprender alguien como tú lo que siento?

Alguien como él. Un monstruo como él.

-¡Ah, vaya si comprendo! -ladró él, alejándola de sí y sacudiéndola hasta que la obligó a mirarlo-. ¡Comprendo exactamente lo que se siente cuando a uno lo desprecian por algo que no hizo!

Julie contuvo sus protestas por la rudeza con que la trataba, al registrar la furia de su rostro y el dolor que había en sus ojos. Zack le clavaba los dedos en los brazos y su voz vibraba de emoción.

-¡Yo no maté a nadie! ¿Me oyes? ¡Miénteme y di que me crees! ¡Sólo te pido que lo digas! ¡Quiero oír que alguien lo diga!

Después de experimentar en pequeña medida lo que él debía de sentir si era realmente inocente, Julie se encogió interiormente al pensar en lo que ese hombre podía estar sintiendo. Si era inocente... Tragó con fuerza y estudió con los ojos empañados el rostro apuesto de Zack. Entonces expresó en voz alta sus pensamientos.

-¡Te creo! -susurró mientras nuevas lágrimas empezaban a correr por sus mejillas-. ¡Te aseguro que te creo!

Zack percibió la sinceridad en su voz llorosa; vio nacer una verdadera compasión en sus ojos azules y, en lo profundo de su ser, empezó a resquebrajarse y derretirse el muro de hielo con que había rodeado su corazón durante años. Alzó una mano, la apoyó contra la mejilla suave de Julie y trató de enjugar con el pulgar sus lágrimas calientes.

-¡No llores por mí! -murmuró con voz ronca.

-¡Te creo! -repitió Julie, y la tierna fiereza de su voz demolió lo que quedaba de la reserva de Zack. En su garganta se formó un nudo de emoción muy poco familiar, y durante un instante permaneció allí, inmovilizado por lo que veía, oía y sentía. Las lágrimas corrían libremente por las mejillas de Julie, empapándole la mano; sus ojos lo miraban como flores azules, y se mordía el labio inferior, tratando de impedir que le temblara.

-¡No llores, por favor! -susurró Zack, mientras bajaba su boca hasta la de ella, para impedir que le temblaran los labios-. ¡Por favor, por favor, no...! -Al primer contacto de sus labios con los de él, Julie se quedó rígida, conteniendo el aliento. Zack ignoraba si lo que la paralizaba era el temor o la sorpresa. No lo sabía y en ese momento tampoco le importaba. Su único deseo era abrazarla, saborear los sentimientos dulces

que crecían en su interior -la primera dulzura que experimentaba en años- y compartirlo todo con ella.

Diciéndose que no debía apurarse, que era necesario que se contentara con lo que ella estuviera dispuesta a permitir, deslizó los labios alrededor del contorno de los de ella, paladeando el gusto salado de sus lágrimas. Se dijo que no debía apurarla, que no debía forzarla, pero mientras se lo advertía, empezó a hacer ambas cosas.

-¡Bésame! -pidió, y la ternura indefensa que percibió en su propia voz le resultó tan extraña como los otros sentimientos que lo recorrían-. ¡Bésame! -repitió, pasando la punta de la lengua por sus labios-. ¡Abre la boca! -Y cuando ella obedeció y se apoyó contra él, apretando sus labios entreabiertos contra los suyos, Zack casi lanzó un quejido de placer. El deseo, primitivo y potente, le recorrió las venas, y de repente empezó a actuar por puro instinto. La apretó con más fuerza, apoyó las caderas contra las de ella, mientras con los labios la obligaba a abrir más los suyos e introducía la lengua en la boca de Julie. La hizo retroceder hasta que quedó de espaldas contra la pared y la besó con toda la fuerza persuasiva de que disponía. Cubrió su boca con la suya, la provocó con la lengua, le metió las manos bajo el suéter y le recorrió con ellas la columna vertebral. La piel desnuda y suave de Julie era como satén líquido bajo sus manos, mientras le acariciaba la angosta cintura y la espalda. Hasta que por fin se permitió buscar sus pechos. Cuando se los tocó, ella se apretó contra él y lanzó un quejido, y ese sonido dulce casi perdió a Zack; empezó a palpitarle todo el cuerpo mientras con los dedos exploraba cada centímetro de pechos y
pezones, los labios pegados a los de ella, la lengua explorando, hambrienta.

Para Julie, lo que él le estaba haciendo era como estar aprisionada dentro de un capullo de una sensualidad peligrosa y aterrorizante, donde ella no tenía ninguna posibilidad de control sobre nada. Ni sobre sí misma. Bajo la exploración de los dedos largos de Zack sus pechos empezaban a arder; contra su voluntad, su cuerpo inflamado se amoldaba a los endurecidos contornos del de él; y sus labios entreabiertos daban la bienvenida a la constante invasión de su lengua.

Zack la sintió enterrar los dedos en el pelo suave de su nuca.

-¡Dios que eres dulce! -susurró mientras le tomaba los pezones entre sus dedos, para obligarlos a endurecerse y darle placer-. ¡Pequeña -murmuró con voz ronca-, eres tan endiabladamente hermosa...!

Tal vez fuera el término cariñoso que utilizó -uno que estaba segura de haberle oído usar en una película- o quizá fue su uso ridículo de la palabra hermosa lo que rompió el hechizo sensual que la había atrapado, pero Julie tomó conciencia de que lo había visto interpretar esa misma escena docenas de veces, con docenas de actrices verdaderamente hermosas. Sólo que en ese momento, era su piel la que exploraba con tanta práctica y seguridad.

-¡Basta! -advirtió con tono agudo. Se liberó de los brazos de Zack, lo alejó de un empujón y se bajó el suéter. Durante un instante, él permaneció inmóvil, respirando hondo, con los brazos caídos a los costados, completamente desorientado. Julie estaba sonrojada por el deseo, un deseo que todavía resplandecía en sus ojos gloriosos, pero daba la sensación de que quisiera correr hacia la puerta. Con suavidad, como si se dirigiera a un potrillo espantadizo, Zack preguntó:

-¿Qué sucede, pequeña...?

-¡No sigas con eso! -explotó ella-. Yo no soy tu "pequeña"; ésa fue otra mujer que interpretaba contigo otra escena parecida a ésta. No quiero oírte llamarme así. Tampoco quiero que me digas que soy hermosa.

Zack sacudió la cabeza. Aunque tarde, se dio cuenta de que Julie respiraba entrecortadamente y lo observaba como si esperara que le saltara encima, le arrancara la ropa y la violara. Así que le habló con mucho cuidado y en voz muy baja.

-¿Me tienes miedo, Julie?

-¡Por supuesto que no! -contestó ella con tono cortante, pero en cuanto lo dijo que era mentira. Cuando el beso comenzó, advirtió instintivamente que, de alguna manera, para Zack, besarla representaba una forma de limpiarse, y quiso brindársela. Pero ahora que su corazón se aferraba a ese beso y le exigía que le diera más, mucho más, estaba aterrorizada. Porque eso era lo que ella quería hacer. Quería sentir las manos de Zack sobre su piel desnuda, y su cuerpo introduciéndose en el de ella. Durante los instantes en que permaneció en silencio, él sin duda había reemplazado la pasión con el enojo, porque cuando le habló, su voz ya no era suave ni bondadosa, sino fría, cortante y dura.

-Si no me tienes miedo, ¿qué te está molestando? ¿ O será que le puedes dar un poco de comprensión a un convicto, pero no lo quieres tener demasiado cerca? ¿Es eso?

Julie tuvo ganas de golpear el piso con el pie ante la falta de lógica de Zack y su propia estupidez al haber permitido que las cosas llegaran tan lejos.

-No se trata de que te tenga asco, si a eso te refieres.

Él adoptó una actitud de aburrimiento.

-¿Y entonces qué es, si puedo preguntar?

-¡No debería hacerte falta preguntar! -contestó ella, apartándose el pelo de la frente mientras miraba desesperada a su alrededor, buscando algo que hacer, una manera de restaurar el orden en un mundo que, de repente, se encontraba alarmantemente fuera de su control-.. No soy un animal -empezó a decir. De repente su mirada se posó en un cuadro que estaba apenas torcido, y se apresuró a enderezarlo.

-¿Y crees que yo lo soy? ¿Un animal? ¿Es eso? Atrapada por sus preguntas y su cercanía, Julie
miró por sobre el hombro y vio un almohadón en el piso.

-Creo -dijo mientras se encaminaba hacia el almohadón-, que eres un hombre que durante cinco años ha estado encerrado y lejos de las mujeres.

-Eso es cierto. Lo soy. ¿Y qué?

Julie colocó el almohadón en ángulo recto contra el sofá y se empezó a sentir más controlada, ahora que había puesto cierta distancia entre ambos.

-De manera que -explicó, y hasta logró dirigirle una sonrisita por encima del sofá- comprendo que para ti cualquier mujer debe ser... -Zack frunció el entrecejo y ella empezó a enderezar apresuradamente el resto de los almohadones, pero perseveró en sus explicaciones. -Para ti, después de estar tanto tiempo en la cárcel, cualquier mujer debe ser como un... un banquete para un hombre famélico. Cualquier mujer -enf atizó-*:* Es decir, no me importó dejar que me besaras si eso te hacía sentir, bueno... mejor.

Zack se sentía humillado y lo enfurecía descubrir que Julie lo consideraba un animal a quien tiraba migajas de sentimientos humanos, un mendigo hambriento de sexo a quien, a regañadientes, estaba dispuesta a conceder un beso.

-¡Cuánta nobleza, señorita Mathison! -se burló, ignorando la palidez de Julie cuando siguió diciendo con deliberada crueldad:- Has sacrificado dos veces tu preciosa persona por mí. Pero, contrariamente a lo que piensas, hasta un animal como yo es capaz de contenerse y de discriminar. En síntesis, Julie, tal vez consideres que eres un "banquete", pero para este hombre, por famélico de sexo que esté, eres completamente resistible.

En su actual estado de agitación, para Julie esa furia volátil, pero tangible, era aterrorizante e incomprensible. Retrocedió, envolviéndose el cuerpo con los brazos, como para tratar de defenderse de las heridas que Zack infligía en sus emociones en carne viva.

Zack leyó cada una de sus reacciones en esos ojos expresivos, y satisfecho de haberle hecho el mayor daño posible, giró sobre sus talones y se encaminó al gabinete

que había junto al televisor, donde empezó a revisar los nombres de las películas grabadas que contenía.

Julie supo que acababa de ser descartada como un pañuelo de papel usado y sumariamente despedida, pero su orgullo se rebeló ante la posibilidad de arrastrarse a su cuarto como un conejo herido. Se rehusaba a derramar una sola lágrima y a demostrar emoción. Se encaminó a la mesa y empezó a enderezar las revistas que la cubrían. La gélida orden de Zack la obligó a erguirse, asombrada.

-¡Vete a la cama! Y de todos modos, ¿qué eres? ¿Una especie de ama de casa compulsiva?

Las revistas se le cayeron al piso y lo miró echando chispas por los ojos, pero obedeció.

Por el rabillo del ojo, Zack la observó retirarse, notando la barbilla orgullosamente alzada y la gracia de su paso. Pero, con la habilidad que había perfeccionado desde los dieciocho años, se volvió y descartó por completo a Julie Mathison de sus pensamientos. En cambio se concentró en el informe periodístico de Tom Brokaw que Julie había interrumpido con su explosión de enojo. Zack hubiera jurado que mientras trataba de consolarla, Brokaw había dicho algo sobre Dominic Sandini. Se instaló en el sofá y frunció el entrecejo. ¡Ojalá hubiera podido oír exactamente lo que era! Pero dos horas después habría otro noticiario, o por lo menos la recapitulación de las noticias del día. Zack apoyó los pies sobre la mesa ratona, recostó la espalda contra el respaldo del sofá y se decidió a esperar. Recordó el rostro de Sandini con su sonrisa picara y sonrió. En todos esos años, había sólo dos hombres a quienes había llegado a considerar verdaderos amigos. Uno era Matt Farrell, y el otro, Dominic Sandini. La sonrisa de Zack creció al considerar lo distintos que eran. Matt Farrell era un magnate de fama mundial; la amistad entre él y Zack se basaba en intereses comunes y en un profundo respeto mutuo.

Dominic Sandini era un ladronzuelo que no tenía nada en común con Zack, y Zack no había hecho nada para ganar su respeto y su lealtad. Y sin embargo, Sandini se las brindó, libremente y sin reservas. Rompió el muro del aislamiento de Zack con bromas tontas y con cuentos graciosos sobre su familia numerosa y poco convencional. Después, y sin que Zack se diera cuenta, con toda intención Sandini lo incluyó en su familia.

Tal como esperaba, justo antes de medianoche, volvieron a pasar el reportaje de Brokaw, junto con un breve video que Zack había visto más temprano. El video mostraba a Dom, con las manos detrás de la cabeza, esposado, en el momento en que lo metían a los empujones en el asiento trasero de un auto patrullero de Amarillo, una hora después de la huida de Zack. Pero lo que lo hizo fruncir el entrecejo fueron las palabras del periodista. "Dominic Sandini, de treinta años, el segundo convicto que intentó huir, fue vuelto a capturar después de un breve encontronazo con la policía. Ha sido transferido a la Penitenciaría Estatal de Amarillo, para ser interrogado. Allí compartió una celda con Benedict, quien sigue prófugo. El director de la Penitenciaría, Wayne Hadley, describió a Sandini como un hombre extremadamente peligroso." Zack se inclinó para mirar con atención la pantalla del televisor. Le resultó un alivio comprobar que Dom no parecía haber sido maltratado por la policía de Amarillo. Y sin embargo, lo que se decía acerca de él no tenía sentido. El periodismo y Hadley deberían estar tratando a Dom como un héroe, un convicto reformado que dio la alarma ante la huida de un compañero. El día anterior, cuando los noticiarios se referían a Dom como "el segundo convicto que intentó huir", Zack supuso que se

trataba de un error, que todavía no habían tenido oportunidad de entrevistar a Hadley para una idea exacta de los hechos. Pero ya habían esperado tiempo más que suficiente y sin duda entrevistaron al director de la cárcel. Sin embargo, Hadley describía a Sandini como peligroso. ¿Por qué diablos hará eso, se preguntó Zack, si debería estar recibiendo las loas de la sociedad ante la comprobación de que uno de los convictos en quienes depositó su confianza demostró ser digno de ella?

La respuesta era impensable, increíble: Hadley no creyó la historia de Dominic. No, eso era imposible, pensó Zack, porque él se había asegurado de que la coartada de Dom fuera segura.

Lo cual sólo dejaba otra posibilidad: que Hadley hubiera creído la historia de Dom pero estuviera demasiado enfurecido por la huida de Zack para dejar que Dominio quedara sin castigo. Zack no había contado con eso; supuso que el ego gigantesco de Hadley lo llevaría a alabar a Dom, sobre todo considerando la atención que el caso había despertado en la prensa. Nunca imaginó que la maldad de Hadley podría más que su ego o su sentido común, pero si así era, los métodos que Hadley llegara a poner en práctica para vengarse en Dom Serían aterrorizantes y brutales. En la prisión corrían las historias más espantosas de castigos físicos, algunos de ellos fatales, que habían tenido lugar en la infame sala de conferencias de Hadley, con la ayuda de varios de sus guardias preferidos. La excusa por los cuerpos heridos y llenos de magulladuras que después llegaban a la enfermería o a la morgue de la cárcel, era siempre "daños sufridos por el convicto cuando se lo sometía, durante un intento de huida".

La alarma de Zack se trocó en pánico cuando antes de terminar el noticiario, el locutor informó: "Tenemos una noticia de último momento, referente a la huida de Benedict-Sandini de la cárcel estatal. Según la declaración dada a publicidad hace una hora por el director de la cárcel de Amarillo, Dominio Sandini hizo un segundo intento de huida mientras era interrogado acerca de su responsabilidad en la fuga de Benedict. Tres guardias sufrieron lesiones antes de que Sandini pudiera ser vuelto a capturar y sometido. El convicto ha sido conducido a la enfermería de la cárcel, donde se informa que su estado es crítico. Todavía no hemos podido obtener detalles acerca de la naturaleza y gravedad de sus lesiones."

Zack quedó petrificado de espanto y furia, se le revolvió el estómago y echó la cabeza hacia atrás para no vomitar. Quedó con la mirada clavada en el alto cielo raso, tragando convulsivamente, mientras recordaba la cara sonriente y las bromas tontas de Dominic.

El locutor continuó hablando, pero él ni lo escuchó.

"Se han confirmado rumores de un levantamiento de los presos de la Penitenciaría Estatal de Amarillo, y se informa que Ann Richards, gobernadora de Texas, está considerando la posibilidad de que, de ser necesario, intervenga la Guardia Nacional. Por lo visto, aprovechando la atención que los medios han puesto en la huida de Benedict-Sandini, los prisioneros de la cárcel de Amarillo protestan por lo que denominan innecesaria crueldad por parte de ciertos funcionarios y empleados, por las malas condiciones de vida y la pésima comida de la prisión."

Mucho después de que la estación de televisión dejó de transmitir, Zack permanecía donde estaba, tan atormentado y desesperado que no lograba reunir las fuerzas necesarias para levantarse del sofá. La decisión de escapar y sobrevivir que lo mantuvo cuerdo durante los últimos cinco años poco a poco se iba esfumando. Tenía la sensación de que, desde siempre, la muerte había estado a su lado o acosándolo desde atrás, y de repente se sintió cansado de huir de ella. Primero murieron sus padres, después su hermano, luego su abuelo y por último Su mujer. Si Sandini llegaba a morir, el único culpable sería él. Zack tuvo la sensación de que sobre él pesaba una especie de maldición macabra que condenaba a todos sus seres queridos a una muerte



LIbrodot

prematura. Pero pese a su desesperación, se dio cuenta de que esos pensamientos eran peligrosos, desequilibrados, insanos. Sintió que los lazos que lo ataban a la sensatez se estaban convirtiendo en algo muy, muy frágil.



LIbrodot

## 25

Mientras sostenía en una mano el pequeño atado de ropa que acababa de sacar del secarropas, Julie cruzó el living desierto, descalza y con el pelo recién lavado, rumbo al cuarto donde había pasado una noche de insomnio. Eran las once de la mañana y, a juzgar por el sonido del agua, supuso que también Zack se había levantado tarde y que en ese momento se estaba duchando.

Entrecerró los ojos para luchar contra el dolor de cabeza, y cumplió con el ritual de secarse el pelo. Después se lo cepilló y se puso los jeans y el suéter del día de su viaje a Amarillo. Tenía la sensación de que desde esa mañana, tres días antes, habían transcurrido semanas, porque ésa fue la última vez en que todo parecía normal. En cambio en ese momento ya nada era normal, y menos que nada sus sentimientos acerca de sí misma. Fue tomada como rehén por un convicto, un acontecimiento que hubiera logrado que cualquier joven decente odiara a su secuestrador y despreciara todo lo que él representaba. Cualquier otra mujer moral y respetable de veintiséis años habría luchado contra Zachary Benedict para intentar hacer fracasar sus planes, huir de sus garras y lograr que lo volvieran a capturar y lo enviaran a prisión, el lugar donde le correspondía estar. Eso era lo que hubiera hecho cualquier joven decente, buena y temerosa de Dios.

Pero no fue lo que hizo Julie Mathison, pensó ella con repugnancia. ¡Por supuesto que no! Ella permitió que su secuestrador la besara y la toqueteara; peor, lo disfrutó. La noche anterior simuló ante sí misma que lo único que quería era consolar a un hombre desgraciado, que simplemente trataba de ser bondadosa, como le habían enseñado. Pero a la cruda luz del día supo que ésa era una completa mentira. Si Zachary Benedict fuera viejo y feo, no se habría arrojado a sus brazos, tratando de borrar con besos su infelicidad. ¡Y tampoco se habría sentido tan ansiosa por creerlo inocente! La verdad era que había creído la ridicula afirmación de inocencia de Benedict porque quería creerla, y luego lo "consoló" porque se sentía vergonzosamente atraída por él. El día anterior, en lugar de huir y lograr que lo volvieran a capturar en la playa de descanso para camioneros, se quedó acostada con él en la nieve y lo besó, ignorando la posibilidad viable de que tal vez el camionero llamado Pete no hubiera resultado herido en caso de haberse iniciado una lucha.

En Keaton siempre había evadido escrupulosamente los avances sexuales de hombres buenos y decentes, mientras se felicitaba con hipocresía por los altos conceptos morales que le habían inculcado su madre y su padre adoptivos. Sin embargo, en ese momento, la verdad le resultaba clara y dolorosamente evidente: ella nunca se sintió sexualmente atraída por ninguno de esos hombres destacados y excelentes, y ahora entendía por qué. Porque sólo la atraían los individuos de su propia especie, por descastados que fuesen, como Zack Benedict. La decencia y la respetabilidad no la excitaban; en cambio la violencia, el peligro y la pasión ilícita, obviamente sí.

La nauseabunda realidad era que, Julie Mathison podía parecer una mujer decente y digna, una ciudadana honorable, pero en el fondo de su corazón seguía siendo Julie Smith, la chiquilina de la calle, hija de padres desconocidos. En esa época, la ética social no significaba nada para ella; obviamente, ahora tampoco. La señora Borowski, directora del Instituto LaSalle, tenía razón. Julie volvió a oír la voz acida de la mujer y vio su gesto de desprecio. "Un leopardo no puede cambiar sus manchas, y tampoco puedes hacerlo tú, Julie Smith. Es posible que logres engañar a esa psiquiatra, pero no me vas a engañar a mí. Eres una mala semilla... Recuerda mis palabras: nada bueno resultará de ti... Los pájaros del mismo plumaje se juntan, por eso te gusta juntarte con esos chiquitines de la calle. Dime con quién andas y te diré quién eres... Eres igual que

ellos... inservible. Inservible."

Julie cerró los ojos con fuerza, tratando de evitar los recuerdos dolorosos y de pensar en el hombre bondadoso que la había adoptado. "Eres una buena chica, Julie -le había dicho innumerables veces después que fue a vivir con ellos-. Una jovencita excelente y cariñosa. Y cuando crezcas, serás una gran mujer. Y algún día elegirás un hombre bueno y religioso y llegarás a ser una excelente esposa y madre, lo mismo que eres ahora una excelente hija."

Deshecha por el recuerdo de la confianza que su padre adoptivo depositaba en ella, Julie unió las manos e inclinó la cabeza.

-Te equivocaste -susurró con voz entrecortada. Porque en ese momento comprendía la desagradable verdad: los hombres buenos y religiosos no la atraían, ni siquiera los que eran apuestos como Greg Howley. En cambio le gustaban hombres como Zack Benedict, que la fascinó desde el momento en que lo vio en la playa de estacionamiento del restaurante. Y la asquerosa verdad era que la noche anterior tenía ganas de acostarse con él, y Zack lo supo. Igual que pájaros de un mismo plumaje, la reconoció como una de su propia clase. Julie sabía que ése era el verdadero motivo por el que se enojó y disgustó cuando ella puso fin a la escena de amor entre ambos... la despreciaba por su cobardía. Porque en cuanto empezó a besarla y a tocarla, ella tuvo ganas de acostarse con él.

Un leopardo no puede cambiar sus manchas. La señora Borowski tenía razón.

Pero de repente Julie recordó que el reverendo Mathison se mostró en desacuerdo con eso. Cuando ella le repitió ese proverbio, él le dio un pequeño sacudón y explicó:

-Los animales no pueden cambiar, pero la gente sí, Julie. Para eso nos dio Dios la inteligencia y la fuerza de voluntad. Si quieres ser una buena chica, lo único que debes hacer es serlo. ¡Simplemente decidirte y serlo!

Decídete, Julie...

Julie levantó la cara con lentitud y se miró en el espejo de la cómoda, mientras una fuerza nueva crecía en su interior. Todavía no había hecho nada completamente inexcusable. Todavía no.

Y antes de hacer algo que inexorablemente la traicionara y traicionara su educación, ¡huiría de las garras de Zachary Benedict! Ese mismo día. Debía huir ese día mismo, antes de que su débil fuerza de voluntad y su frágil sentido de la moral se desmoronaran ante el peligroso atractivo de ese hombre. Si se quedaba ahí, se convertiría en una verdadera cómplice, y en ese caso se hundiría más allá de toda redención social y moral. Con un fervor casi histérico, Julie juró que se alejaría de él ese mismo día.

Se acercó a los ventanales del cuarto y corrió los cortinados para observar la mañana gris y ominosa. En el cielo se apilaban pesadas nubes de nieve, y el viento aullaba entre los pinos y estremecía los vidrios de los ventanales. Y mientras permanecía allí, recorriendo mentalmente el camino que habían tomado para subir hasta la casa, los primeros copos de nieve pasaron volando y ella hizo una mueca. ¡En los últimos dos días había visto tanta nieve que le bastaría para toda una vida!

Levantó la cabeza, sobresaltada por el sonido de una radio. El hombre que tanta infelicidad le provocaba sin duda ya estaba vestido y en el living, tal vez dispuesto a escuchar un noticiario.

Durante un minuto Julie consideró la posibilidad de encerrarse en ese cuarto agradable y cálido, hasta que él decidiera marcharse a cualquier parte adonde se dirigiera, pero le pareció poco plausible y poco práctico. Aunque convirtiera la puerta en una barricada, seguiría teniendo necesidad de comer. Además, cuanto más tiempo permaneciera con él, menos posibilidades tendría de convencer a las autoridades y a los ciudadanos de Keaton de que no había sido cómplice o amante de un asesino convicto.

Con un suspiro nervioso, Julie enfrentó la realidad de que la única ruta hacia la

"libertad" -y la respetabilidad- se encontraba afuera, cruzando una montaña desconocida y cubierta de nieve, en el Blazer -si conseguía hacer arrancar el motor por medio de un puente- o a pie. Y si tenía que ser a pie, que era lo más probable, la primera necesidad sería obtener ropa de abrigo.

Se alejó de la ventana y se encaminó hacia el enorme placard, con la esperanza de "pedir prestada" un poco de ropa. Instantes después lanzó una exclamación de júbilo: acababa de encontrar un par de trajes para nieve de una sola pieza, para adultos. Eran ambos azul marino, con vivos rojos y blancos, pero uno era mucho más pequeño y, al apoyarlo contra su cuerpo, supo que era de su medida. Se lo colgó del brazo y comenzó a revisar los cajones de la cómoda. Instantes después sofocó otro grito de alegría y sacó un "enterito" de lana, de mangas y piernas largas.

Fue una verdadera lucha subirse el cierre de los jeans con la ropa interior de lana que se había puesto, y cuando lo logró, le quedaban tan apretados que apenas podía doblar las rodillas, pero decidió ignorar el inconveniente. Sólo pensaba en la mejor manera de engañar a Zachary Benedict para que bajara la guardia el tiempo suficiente para permitirle escapar y, si no tenía más remedio que hacerlo a pie, para engañarlo de manera tal que no la siguiera hasta haber tenido tiempo de poner cierta distancia entre ambos. Por ese motivo, decidió que todavía no se pondría el traje para nieve. Por el momento le pareció mucho más prudente hacerle creer que salía a tomar un poco de fresco.

Fijando una expresión amable e impersonal en su rostro, Julie se bajó todo lo posible el suéter y la chaqueta sobre las caderas, con la esperanza de que él no notaría que sus piernas parecían -y se movían- como un par de salchichas con exceso de relleno. Después abrió la puerta y entró en el living.

En forma automática, dirigió la mirada al sofá, junto al fuego, donde esperaba encontrarlo. Pero Zack estaba en el otro extremo del cuarto, mirando la nevada por la ventana, dándole la espalda y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Demorando el momento de enfrentarlo por primera vez desde la noche anterior, lo observó alzar una mano. Mientras Zack se fregaba distraído los músculos del cuello, la mente traicionera de Julie de repente le recordó con cuánta habilidad había acariciado sus pechos con esos mismos dedos, y el exquisito placer que le hizo sentir. Entonces pensó que en realidad había que reconocer que la noche anterior Zack se portó con bastante decencia. Poniéndose colorada, recordó que estaba físicamente tan excitado como ella, de eso no cabía duda a juzgar por la rígida erección que se apretaba contra su cuerpo.

Ella lo había excitado y después, inadvertidamente, lo insultó y enfureció, y a pesar de todo él no trató de violarla...

Zack volvió levemente la cabeza y Julie vio el orgullo estampado en ese perfil, la boca voluble que la había besado con tanta pasión. Sin duda, un hombre capaz de tanta ternura y de contenerse hasta tal punto, aun estando en ese estado de apasionamiento, y después de no haberse acercado a una mujer en cinco años, realmente no podía ser un asesino...

Julie se reprendió mentalmente, furiosa. Volvía a caer en la tontería... Se compadecía del villano, lo convertía en una figura romántica, simplemente porque era alto, apuesto y atractivo, y porque ella era una imbécil, una verdadera idiota que se sentía irremisiblemente atraída hacia él.

-Discúlpame -dijo, alzando la voz para que la oyera por sobre el sonido de la radio.

Zack se volvió y entrecerró los ojos al verla vestida para salir.

-¿Adonde crees que vas?

-Dijiste que podía recorrer la casa y los terrenos que la rodean -contestó Julie en el

mismo tono cortante usado por él-. Estar encerrada me vuelve loca. Pienso salir a tomar un poco de aire.

-Afuera está helando.

Al comprender que Zack estaba a punto de negarle permiso para salir, Julie se decidió por un tono convincente y lógico.

-Como bien señalaste, si tratara de escapar a pie con este tiempo, moriría congelada. Sólo necesito un poco de ejercicio y de aire fresco. Lo único que quiero es explorar un poco el jardín y ... -Vaciló; entonces tuvo una inspiración y trató de adoptar un tono de voz infantil y ansioso. -¡Y quiero construir un muñeco de nieve! ¡Por favor no me lo impidas! Desde que me mudé a Texas siendo una niña, nunca he visto tanta nieve.

Zack no se mostró impresionado ni amistoso.

-Haz lo que se te dé la gana, pero quédate donde pueda verte desde estos ventanales.

-¡Sí, carcelero! -retrucó Julie, enojada por su tono altanero-. ¿Pero permitirás que desaparezca de vez en cuando de tu vista, para juntar algunas ramas y cosas que me harán falta?

En lugar de contestar, Zack alzó las cejas y la miró con frialdad.

Julie decidió tomar su silencio por asentimiento, a pesar de saber que la intención de Zack no era ésa. Estaba decidida a huir y con tal de cumplir esa meta no se detendría ante nada.

-A mis muñecos de nieve siempre les ponía una zanahoria por nariz -explicó, y con una capacidad de simulación hasta ese momento desconocidas en ella, le sonrió y agregó: -Revisaré la heladera para ver con qué contamos.

La heladera estaba junto a un cajón en el que la noche anterior había visto unas llaves de forma extraña. Con la mano izquierda Julie abrió la heladera, mientras con la derecha abría en silencio el cajón, tanteando su interior en busca de las llaves que había visto ahí.

-No hay zanahorias -anunció por sobre el hombro, le dirigió otra sonrisa artificial a Zack y enseguida logró mirar brevemente el interior del cajón. Vio una de las llaves y la tomó, pero sabía que había visto más de una. Y entonces las vio: otras tres llaves que asomaban debajo de unas espátulas y cucharas de madera. Con la mirada fija en el contenido de la heladera, consiguió levantar otra llave, pero Sus manos temblorosas y las uñas largas le impidieron apoderarse de las otras dos, sobre todo sin poder mirar. Cuando casi había logrado apoderarse de otra, oyó que Zack se movía y al levantar la mirada lo vio acercándose hacia donde ella se hallaba. Sacó apresuradamente la mano del cajón y lo cerró, con dos llaves apretadas contra la palma.

-¿Qu-qué quieres? -preguntó con la voz temblorosa de nervios.

-Algo para comer. ¿Por qué?

-Por curiosidad, nomás. -Rodeó el mostrador para evitarlo. -Sírvete lo que quieras.

Él se detuvo y la miró caminar tiesa hacia el placard.

-¿Qué pasa con tus piernas? A Julie se le secó la boca.

-Nada. Es decir... encontré un enterito de piernas largas en un cajón y me lo puse debajo de los jeans para no tener tanto frío afuera.

-Quédate cerca de la casa -advirtió él-. No me obligues a salir a buscarte.

-Bueno -mintió ella, abriendo la puerta del placard del vestíbulo donde había visto algunos gorros y guantes de esquí del dueño de casa-. ¿Qué crees que debería usar para los ojos y la nariz de mi muñeco de nieve? -preguntó, parloteando sobre su proyecto con la esperanza de aburrirlo y obligarlo a bajar la guardia.

-No sé, y si quieres que te sea completamente franco, me importa un bledo.

Con simulado entusiasmo, Julie miró por sobre el hombro mientras se ponía un par de botas que acababa de encontrar en el placard.

-En algunas culturas, los muñecos de nieve son importantes proyectos artísticos -informó, adoptando inconscientemente el tono con que dictaba clases a sus alumnos de tercer grado-. ¿Lo sabías?

-No.

-Es necesario pensarlos con gran detenimiento -agregó con tono ingenuo.

En lugar de contestar, Zack la observó unos instantes en silencio; después le volvió groseramente la espalda y regresó a la cocina.

Julie hubiera renunciado a cualquier otro intento de conversación, pero acababa de ocurrírsele una excusa para desaparecer más seguido de la vista de su carcelero. En el acto decidió ponerlo en práctica, y empezó a inventar a medida que iba hablando.

-Me refiero a que en esas culturas donde las figuras de nieve y de hielo se consideran meritorias formas artísticas, un muñeco de nieve es mucho más que tres grandes bolas de nieve. Alrededor del muñeco hay que crear un pequeño escenario utilizando ramas, bayas y piedras -explicó mientras se ponía un par de guantes para esquí que acababa de encontrar en el placard. Miró por sobre el hombro con una enorme sonrisa y cerró la puerta del placard. -¿No te parece interesante?

Zack tomó un cuchillo de un cajón y abrió la puerta de un armario.

-Fascinante -se burló.

-No pareces demasiado fascinado -se quejó Julie, decidida a obligarlo a decirle que saliera de una vez y lo dejara en paz, que era lo que quería-. Me refiero a que lo menos que podrías hacer sería participar de alguna forma en el proyecto. Piensa en la satisfacción que sentirás cuando estuviera terminada la escena del muñeco de nieve y...

Zack cerró la puerta del armario con una fuerza que sobresaltó a Julie y la hizo mirar el cuchillo que blandía.

-¿Por qué no te callas la boca, Julie? -exclamó él. Normalmente su tono exasperado habría sido bastante para recordarle que Zachary Benedict era un enemigo peligrosamente imprevisible, pero con un cuchillo en la mano y la mirada amenazante, parecía completamente capaz de cometer un asesinato a sangre fría.

Zack notó que Julie se ponía pálida, vio que tenía la mirada clavada en el cuchillo y supo exactamente qué estaba pensando. Su enojo se convirtió en furia.

-Es cierto -dijo-. Soy un asesino convicto.

-P-pero dijiste que no lo habías hecho -le recordó ella, tratando, sin lograrlo, de mostrarse tranquila y convencida.

-Lo dije -contestó él con una voz sedosa que le puso los pelos de punta-, pero tú no lo habrás creído, ¿verdad, Julie?

Ella tragó con fuerza y comenzó a retroceder hacia la puerta.

-¿Puedo salir? -preguntó. Sin esperar respuesta, aferró el picaporte y abrió la puerta.

A sus espaldas, Zack permaneció inmóvil, luchando por tranquilizarse y olvidar el horror que había visto en la cara de Julie. Se dijo que lo que ella pensara no tenía ninguna importancia, como tampoco era importante que tuviera un aspecto adorable mientras conversaba sobre muñecos de nieve, ni que fuera dulce y buena y limpia y que, comparado con ella, él se sintiera inhumano e inmundo.

Instantes después empezó el noticiario por la radio y su estado de ánimo mejoró considerablemente. De acuerdo con el locutor, Sandini no estaba mejor, pero tampoco había empeorado. Su estado se mantenía estable. Zack cambió de estación y por fin encontró una que propalaba sólo noticias. Acababa de dirigirse al living cuando el locutor anunció que un hombre que los funcionarios canadienses creían que era Zachary Benedict había cruzado la frontera hacia Canadá dos noches antes, al volante de un sedan alquilado de color negro.

## 26

-¡Maldición! -exclamó Julie en voz baja al deslizarse fuera del Blazer que seguía estacionado en la parte de atrás de la casa, lejos de los ventanales del frente. En los quince años transcurridos desde que recibió su primera y única clase sobre la manera de hacer arrancar un auto haciendo puente con los cables, era evidente que el sistema eléctrico de los automóviles había cambiado, o bien ella no había sido una buena alumna, porque no tenía la menor idea acerca de cuáles cables, del puñado que sacó de debajo del panel de instrumentos, eran los que debía unir.

Temblando convulsivamente, se inclinó a levantar las ramas de pino que había juntado y corrió en medio del viento y la nieve hasta el otro lado de la casa. Durante los quince minutos que había estado afuera, Zack permaneció junto a los ventanales, mirándola como una estatua de piedra. Su falsa necesidad de buscar "elementos" para crear la imaginaria escena del muñeco de nieve le permitía desaparecer de su vista durante pocos minutos cada vez sin despertar sospechas, tal como ella esperaba, pero tenía miedo de prolongar sus ausencias. Hasta ese momento había hecho tres pequeños viajes, cada uno un poco más largo que el anterior, regresando cada vez cargada de ramas de pino, después de haber tratado de poner en marcha el motor del Blazer. Julie se aferraba a la esperanza de que, de un momento a otro, Zack decidiera que sólo una verdadera idiota se dedicaría a construir un muñeco de nieve en ese frío gélido, y se cansaría de su trabajo de centinela.

Julie alzó los brazos, se encasquetó el gorro de nieve para cubrirse las orejas heladas y empezó a hacer rodar la bola inferior del cuerpo del muñeco, mientras analizaba sus restantes alternativas de huida. Tratar de escapar a pie sería una locura con ese tiempo, y lo sabía. Aunque lograra no perderse bajando la montaña apartada del sendero, era probable que muriera congelada mucho antes de llegar al camino principal. Y si por casualidad lograba llegar hasta. allí, sin duda Se congelaría antes de que pasara algún auto. En el viaje hasta ahí, durante por lo menos dos horas no se cruzaron con otro coche. La posibilidad de descubrir dónde había escondido Zack las llaves del Blazer parecía remota, y sin ellas no lograba ponerlo en marcha.

-¡Tiene que haber una manera de salir de aquí! -dijo en voz alta mientras empujaba la bola de nieve hacia las ramas de pino. En la parte trasera de la casa había un garaje cerrado con candado, que Zack le había dicho se usaba como depósito y que por lo tanto allí no cabría el Blazer. Tal vez le hubiera mentido. Tal vez no lo supiera con seguridad. Una de las llaves que ella tenía en el bolsillo parecía de un candado, y el único candado que había visto por los alrededores era el de la puerta del garaje. La posibilidad de que el dueño de casa hubiera dejado allí un auto no le levantó el ánimo. Suponiendo que encontrara las llaves de ese utópico auto y consiguiera ponerlo en marcha, el Blazer bloqueaba la puerta del garaje.

Eso sólo le dejaba una alternativa: aun sin haber visto el interior del garaje, tenía un presentimiento con respecto a lo que allí encontraría.

Esquís.

Había botas de esquí dentro del placard del dormitorio, pero ningún esquí en toda la casa, lo cual significaba que debían estar en el garaje.

Julie en su vida había esquiado.

Estaba dispuesta a intentarlo. Además, en televisión o en el cine, no daba la impresión de ser muy difícil. ¿Por qué iba a ser difícil? Los niños esquiaban. Sin duda ella también podría hacerlo.

Y Zack también sabía esquiar, recordó con un estremecimiento de miedo. Lo había

visto esquiar en una de sus películas, un filme de misterio que transcurría en Suiza. En esa película él parecía un experto esquiador, pero posiblemente esas escenas las hubiera protagonizado un doble.

El esfuerzo de hacer rodar la pesada bola de nieve, que era cada vez más grande, la hizo lanzar un gruñido. Diez minutos después consiguió colocarla en la posición deseada, tarea nada fácil, sobre todo considerando que los jeans apenas le permitían doblar las rodillas. Habiendo terminado la tercera parte del muñeco de nieve, lo rodeó de ramas de pino como si tuviera un plan preciso. Después se detuvo a contemplar su obra. Por el rabillo del ojo miró la casa y vio que Zack seguía inmóvil junto a los ventanales, como un centinela de piedra.

Decidió, temblando de nervios, que había llegado la hora de investigar ese garaje.

Con las manos enguantadas y torpes a causa del frío, Julie intentó sin éxito introducir la primera llave en el candado. Contuvo el aliento, lo intentó con la segunda llave y el candado se abrió de inmediato. Enseguida Julie miró por sobre el hombro hacia la puerta trasera de la casa, para asegurarse de que Zack no hubiera decidido salir. Después entró en el garaje y cerró la puerta.

Adentro estaba oscuro como boca de lobo, pero después de tropezar con una pala y de toparse con un objeto ignoto de enormes neumáticos, por fin encontró el interruptor de luz en la pared y lo prendió. De repente se encendieron una serie de spots en el techo. Enceguecida, Julie parpadeó y luego miró el atestado lugar, mientras el corazón le latía aceleradamente de miedo y esperanza. Esquís. Asegurados a una pared, había varios pares con sus respectivos bastones. A su izquierda vio un enorme tractor equipado con un inmenso artefacto para barrer la nieve. Julie trató de imaginarse sentada en ese tractor, abriéndose paso por el peligroso camino sinuoso que bajaba la montaña. Enseguida descartó esa posibilidad. Aunque tuviera la temeridad suficiente para topar al Blazer y sacarlo de su camino, y para conducir el tractor montaña abajo, el motor haría ruido más que suficiente para alertar a Zack. Además, avanzaría con tanta lentitud que él conseguiría alcanzarla sin siquiera tener que correr.

La otra mitad del garaje estaba llena de equipamientos para el tractor y otros objetos cubiertos con una tela engomada.

Esquís. Trataría de bajar la montaña esquiando; si no moría de frío, posiblemente se rompería el cuello. Y lo que era aún más deprimente, tendría que esperar hasta el ,día siguiente o el otro para intentarlo, porque el viento aumentaba y la nevada se convertía en una verdadera tormenta de nieve. Más por curiosidad que por otra cosa, levantó una esquina de la tela engomada y espió debajo; luego la hizo a un lado y lanzó una exclamación de jubilosa incredulidad.

Debajo de la tela engomada había dos resplandecientes *snowcats* azul oscuro, con los respectivos cascos sobre los asientos.

Con dedos temblorosos introdujo la segunda llave en el contacto del vehículo más cercano. Entró y giró. ¡Era la llave correcta! Llena de júbilo, salió corriendo del garaje y cerró con cuidado la puerta a sus espaldas. El estado del tiempo que minutos antes le parecía un factor tan amenazador, ahora era un inconveniente menor. En media hora o menos -en cuanto pudiera ponerse ese traje de nieve y salir subrepticiamente de la casa- se hallaría en camino hacia la libertad. Hasta ese momento jamás había viajado en un vehículo como ésos, pero no le cabía duda de que de alguna manera se las arreglaría, y mucho mejor que con un par de esquís. Decidida a seguir con la excusa que tan buenos resultados le estaba dando, se detuvo a juntar algunas ramas, luego corrió hacia el muñeco de nieve y dejó caer allí las ramas, como si hubiera estado todo ese tiempo recogiéndolas. Zachary Benedict todavía se encontraba junto a los ventanales, observándola, y Julie se obligó a detenerse y mirar alrededor, como si estuviera buscando más objetos decorativos mientras repasaba los últimos detalles de su proyectada huida. Lo único que tenía que hacer era cambiarse de ropa, ponerse

guantes secos y apoderarse de la llave del otro *snowcat* para que Zack no pudiera seguirla cuando se diera cuenta de que había huido.

Estaba lista para partir. Ahora ni el viento ni la nieve ni un criminal convicto armado con una pistola podrían impedírselo. Estaba prácticamente en camino.

Desde el interior de la casa, Zack la vio encasquetarse el gorro sobre las orejas y alejarse de su vista en busca de algún otro elemento que le resultaba necesario para crear esa "escena". Su anterior enojo se había evaporado, muy aliviado por la noticia de que Sandini no estaba peor, y, en menor grado, por lo divertido que le resultaba observar a Julie luchando con esa enorme bola de nieve a pesar de que los jeans tan apretados apenas le permitían moverse. No pudo menos que sonreír al recordar cómo se las había ingeniado para resolver el problema: cuando la bola de nieve fue suficientemente grande, dejó de empujarla con las manos, se dio vuelta, apoyó contra ella la espalda y la movió utilizando pies y manos. En ese momento él se sintió tentado de salir a ayudarla, un ofrecimiento que estaba seguro que ella rechazaría y que lo privaría del placer de observarla. Hasta ese momento, jamás imaginó que pudiera existir placer en el simple hecho de mirar a una mujer construyendo un muñeco de nieve. Pero, por otra parte, nunca había conocido a una mujer adulta que estuviera dispuesta a hacer algo tan inocente como jugar en la nieve.

Julie es un perfecto enigma, pensó mientras esperaba que reapareciera. Inteligente e ingeniosa, compasiva y ardiente, apasionada y evasiva... Era una verdadera masa de contrastes, todos enormemente atractivos. Pero lo que más le intrigaba de Julie Mathison era que fuera tan sana. Al principio creyó que imaginaba esa aura de inocencia, ¡pero la noche anterior descubrió que apenas sabía besar! Eso lo llevaba a preguntarse qué clase de hombres vivirían en Keaton, Texas. Y qué clase de inútil poco considerado sería su presunto novio, que ni siquiera le había enseñado el abecé del juego entre un hombre y una mujer. Julie saltó como un conejito asustado cuando él le tocó los pechos. Y si no supiera que en esa época del mundo eso era imposible, casi hubiera llegado a creer que todavía era virgen.

De repente se dio cuenta del giro que tomaban sus pensamientos y lanzó una silenciosa maldición. Enseguida se volvió sorprendido, al oír que Julie entraba en la casa.

-Necesito un poco de ropa para vestir al muñeco-anunció con una sonrisa radiante.

-¿Por qué no esperas hasta mañana para terminarlo? -propuso Zack, y la sonrisa de ella desapareció.

-¡Pero... si me estoy divirtiendo como loca! -protestó con tono de desesperación-. ¡No entiendo qué placer te puede provocar negarme algo con que ocupar mi tiempo!

-¡No soy un ogro! -replicó Zack, desesperado por la expresión de miedo y de desconfianza que veía en sus ojos.

-Entonces, ¡déjame terminar mi... mi proyecto!

-Está bien -contestó él, con un suspiro de enojo-. Termínalo. Otra de sus sonrisas iluminó por completo el rostro de Julie.

-Gracias.

Zack se derritió bajo el calor que irradiaba esa sonrisa.

-De nada -contestó, exasperado por la suavidad que él mismo percibió en su propia voz. Por la radio de la cocina, el locutor anunció que después del siguiente aviso comercial darían la primicia de otra noticia que se acababa de producir en el caso de la huida de Benedict-Sandini. Zack trató de ocultar la reacción que Julie le producía tras un seco gesto de asentimiento, y la vio desaparecer en el dormitorio. Después se dirigió a la cocina y subió el volumen de la radio.

Se estaba sirviendo una taza de café cuando el locutor empezó a hablar.

"Hace diez minutos, una fuente no identificada de la enfermería de la Penitenciaría Estatal de Amarillo llamó por teléfono a la División Noticias de la NBC, para informar que Dominic Carlo Sandini, quien intentó huir hace dos días junto con su compañero de celda, Zachary Benedict, murió esta mañana a las 11.15 mientras lo trasladaban en una ambulancia al hospital St. Mark. Sandini, sobrino de un famoso personaje del hampa, Enrico Sandini, murió a raíz de las heridas recibidas ayer, cuando atacó a dos guardias en ocasión de su segundo intento de huida..."

Julie salía del dormitorio con la ropa de esquí escondida detrás de la espalda cuando escuchó las palabras del locutor, seguidas de un rugido de ira de su secuestrador y una explosión de vidrios rotos cuando Zack arrojó su taza de café contra el piso de la cocina.

Julie permaneció fuera de su línea de visión, momentáneamente paralizada de terror, mientras Zachary Benedict arrojaba todo lo que encontraba contra las paredes y el piso, gritando obscenidades y profiriendo violentas amenazas. Después barrió con el brazo la mesada de la cocina, arrojando al piso platos, tazas y vasos. Seguía maldiciendo pero, de repente, con la misma rapidez con que empezó, su explosión de locura y odio llegó a un abrupto final. Como si se le hubieran terminado a la vez la furia y las fuerzas, apoyó las manos contra la mesada de la cocina. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos.

Entonces Julie salió de su horrorizado hipnotismo y abandonó prudentemente toda esperanza de poder sacar la otra llave del cajón, y se deslizó por el vestíbulo con la espalda contra la pared. En el momento 'en que abría la puerta de salida, el pavoroso silencio que reinaba en la casa fue quebrado por el torturado gemido de Zack:

-Dom... lo siento, Dom. ¡Lo siento!



LIbrodot

27

La escena aterrorizante que acababa de presenciar giraba en la mente de Julie mientras corría por la nieve rumbo al garaje. Una vez adentro, con dedos torpes por el frío y el. miedo, se puso el traje de nieve, los guantes y el casco y empezó a arrastrar el vehículo hacia la puerta, temerosa de prender el motor por miedo a que hiciera mucho ruido. Una vez afuera, se sentó, aseguró la correa del casco y puso en marcha el motor, que volvió a la vida con mucho menos ruido del que ella suponía. Instantes después volaba por la nieve en dirección al bosque, luchando por mantener el equilibrio y rogando al cielo que Zack no oyera el sonido del motor.

Temblando por una mezcla de júbilo y temor, Julie se deslizó entre los árboles, luchando por controlar el vehículo, esquivando ramas, troncos y rocas cubiertas de nieve. Cuando estuviera fuera de la vista de la casa y segura de que él no la seguía, se dirigiría hacia el sendero serpenteante y lo seguiría hasta la ruta, pero por el momento prefería mantenerse al abrigo de los árboles. En terreno abierto, el viento aullaba cada vez con más fuerza y la nevada se había transformado en una fuerte tormenta.

Cinco minutos se convirtieron en diez y la sensación de éxito y libertad le infundió coraje, pero esa alegría estaba empañada por el recuerdo de la pena del hombre a quien acababa de dejar. En ese momento se le ocurrió que era incongruente, en realidad casi imposible, que alguien capaz de asesinar a sangre fría a un semejante pudiera sentir tanta angustia por la muerte de su compañero de celda.

Miró por sobre el hombro para asegurarse de que no la seguían y luego lanzó un grito de alarma cuando casi chocó contra un árbol. Al virar como enloquecida para esquivarlo, estuvo a punto de volcar el snowcat.

Zack se irguió y miró el desparramo de cosas rotas que lo rodeaba.

-¡Mierda! -exclamó, tomando la botella de cognac. Se sirvió un poco y lo bebió de un trago, tratando de calmar el dolor que sentía en el pecho. Le parecía oír la voz alegre de Dom mientras le leía la última carta de su madre: "¡Oye, Zack, se casa Gina! ¡No sabes la pena que me da perderme ese casamiento!". Recordaba también otras cosas, cómo los poco ortodoxos consejos de Sandini. "Si necesitas un pasaporte falso, Zack, no recurras a cualquiera. Me lo dices a mí, y yo te pondré en contacto con Wally la Comadreja. Es el mejor del país. Debes empezar a permitir que te ayude, Zack..."

Zack permitió que lo ayudara, y a causa de eso ahora estaba muerto.

"Oye, Zack, ¿quieres un poco del salame de mamá? Tiene todo el ajo del mundo."

Parado frente a la ventana, mientras bebía el cognac y miraba sin ver el muñeco de nieve que Julie estaba construyendo, Zack casi sentía la alegre presencia de Dom a su lado. Dom siempre se fascinaba por cosas pequeñas y tontas. Probablemente en ese momento estaría allá afuera con Julie, construyendo el muñeco de nieve...

Zack quedó petrificado, con la copa de cognac suspendida camino a su boca, y recorrió el terreno con la mirada. ¡Julie!

-¡Julie! -gritó encaminándose hacia la puerta trasera y abriéndola de un tirón. Un golpe de nieve le golpeó la cara y tuvo que apoyar el hombro contra la puerta para mantenerla abierta a pesar de la fuerza creciente del viento. -¡Julie, entra de una vez antes de que se te congele el...! -El viento le arrojaba sus palabras de vuelta contra la cara, pero Zack no lo notó. Tenía la mirada clavada en las pisadas profundas que ya se estaban llenando de nieve, y corrió junto a ellas, rumbo al garaje.

-¡Julie! -gritó, abriendo la puerta del garaje-. ¿Qué demonios crees que estás haciendo aquí adentro...?

Se detuvo en seco, momentáneamente incapaz de creer lo que veía, mientras su

mirada pasaba del extremo del *snowcat* que se asomaba bajo la tela engomada, hasta la puerta del garaje. Allí se iniciaba la huella de otro de esos vehículos que se dirigía al bosque.

Instantes antes, Zack hubiera jurado que le resultaría imposible sentirse más furioso o más desolado que ante la noticia de la muerte de Dom, pero la explosión de furia que experimentó en ese momento fue aún mayor.

Frío. Minutos después de abandonar la protección del bosque y de enfilar el vehículo por la senda inclinada y bordeada de árboles que habían subido en el Blazer, Julie experimentó un frío que se le metía hasta los huesos y le resultaba intolerable. De los extremos de los ojos le colgaban gotas de hielo; la nieve se le clavaba en la cara, cegándola; tenía los labios, los brazos y las piernas duros. El *snowcat* voló sobre una raíz y se deslizó de costado, pero cuando ella trató de reducir la velocidad tenía las piernas tan petrificadas de frío que transcurrieron segundos preciosos antes de que su cuerpo pudiera obedecer las órdenes frenéticas que le enviaba su mente y reaccionar.

Lo único que no había entumecido el frío era su sensación de miedo, miedo de que Zack la alcanzara y le impidiera huir, y un miedo nuevo que la debilitaba: si no lo hacía, lo más probable sería que ella muriera allí afuera, perdida en la tormenta, enterrada bajo la nieve. Conjuró en su mente la imagen de una partida de gente que la buscaba y que en la primavera localizaba sus restos perfectamente conservados bajo un montículo de nieve, luciendo un elegante traje de esquiar azul marino y un casco haciendo juego que -no por casualidad, sin duda- también hacía juego con el vehículo que montaba. Un final "perfecto", pensó, deprimida, para una muchacha de los bajos fondos de Chicago que quiso ser perfecta.

Mucho más abajo, por entre las ramas de los árboles que se deslizaban junto a ella, alcanzó a ver el camino estatal que rodeaba la montaña, pero el descenso desde allí hasta el camino era casi vertical, aún más traicionero a causa de los árboles y las rocas cubiertas de nieve que se alzaban en la montaña. Si tomaba esa ruta, posiblemente llegaría algunos segundos antes, pero no existía la menor posibilidad de que arribara entera a destino. Además, antes de considerar seriamente la posibilidad de bajar la ladera de la montaña, primero debía cruzar el puente sobre el arroyo desbordado. Trató de recordar dónde se encontraba ese puente. Tenía la sensación de que se hallaba después de la siguiente curva del camino, pero era difícil estar segura de nada cuando el sendero por el que viajaba casi había desaparecido bajo la nieve.

Se le ocurrió que lo que debía hacer era bajar del vehículo y moverse -correr o algo así- para generar un poco de calor en su cuerpo. Por otra parte, tenía miedo de perder tiempo. Si Zack descubría su ausencia antes de que la nieve hubiera llenado sus huellas, su secuestrador automáticamente supondría que viajaba por el camino y la alcanzaría con más rapidez que si seguía el rastro por entre los árboles. Hasta ese momento, Julie deliberadamente evitó mirar por sobre el hombro porque tenía miedo de apartar los ojos del camino y volver a perder el control de ese vehículo tan poco familiar; pero al darse cuenta de que todo dependía de la velocidad con que la nieve cubriera sus huellas, no pudo resistir la tentación. Miró brevemente hacia atrás y contuvo un grito. Arriba y todavía lejos, otro *snowcat* volaba entre los árboles en dirección al sendero, el conductor agazapado sobre el volante.

El terror y la furia superaron todo lo demás, hasta el frío entumecedor, y enviaron una descarga de adrenalina por las venas de Julie. Rogó al cielo que él todavía no hubiera alcanzado a verla entre los árboles que se alineaban a los costados del angosto sendero, y miró a su alrededor, buscando un lugar para desviarse y donde pudiera ocultarse para dejar que él la pasara. Delante, después de la curva siguiente, alcanzó a ver una angosta meseta, pero allí el camino estaba flanqueado de piedras para impedir que los autos se despeñaran. De alguna manera debía esquivar las piedras y reducir la



LIbrodot

velocidad del *snowcat* antes de que llegara al borde de la meseta, después encontrar un escondite entre los árboles cuyas copas se alzaban a la izquierda del camino. Sin tiempo para forjar otro plan, Julie dirigió su vehículo hacia un lugar situado entre dos altas rocas; después clavó los frenos mientras volaba por sobre el borde de la montaña.

La meseta era mucho más angosta de lo que calculó, y durante algunos segundos aterrorizantes
voló por el aire en dirección a la copa de un grupo de pinos. Entonces la nariz de su vehículo se zambulló hacia tierra como un cohete fuera de control, y cayó sobre el grupo de árboles cerca de los cuales estaba el arroyo. Julie gritó al sentir que la gravedad le arrancaba el vehículo de entre las piernas justo cuando las ramas de un pino se alzaron frente a ella, como si abrieran los brazos para recibirla. El snowcat se zambulló a un costado del puente, rodó, se deslizó sobre el hielo que se había formado cerca del arrojo, y por fin se detuvo de costado, con los manubrios colgando sobre el agua y los esquís enredados en las ramas de un álamo parcialmente
sumergido.

Mareada por el alivio y algo desorientada, Julie quedó tendida junto al pino que interrumpió su caída, mientras observaba al otro vehículo que volaba por sobre el terraplén, persiguiéndola. Hizo un esfuerzo para obligar a su cuerpo a reaccionar, rodó sobre sí misma, se arrodilló y se ocultó tras un árbol. Los esquís del *snowcat* de Zack volaban por el aire cuando pasaron junto a su escondite, y Julie trató de ocultarse más entre las ramas, pero no hubiera tenido necesidad de molestarse, porque Zack ni siquiera miró en su dirección. Acababa de ver el vehículo volcado en el hielo que empezaba a ser arrastrado por la corriente del arroyo, y no miraba otra cosa.

Incapaz de asimilar por completo lo que estaba sucediendo, ni de aceptar su buena suerte, Julie vio que Zack saltaba del *snowcat* antes de que el vehículo se detuviera totalmente para correr hacia el arroyo.

-¡Julie! -gritó una y otra vez en medio del viento ululante y, ante la completa incredulidad de Julie, empezó a caminar sobre la delgada capa de hielo. Era evidente que creía que ella había caído al agua, y también era evidente que lo lógico hubiera sido que se alegrara de haber logrado librarse de una complicación.

Julie supuso que lo único que Zack pretendía era recuperar el *snowcat,* y su mirada voló hacia el que él acababa de abandonar. Estaba mucho más cerca de ella que de él; lo podía alcanzar antes que Zack y, a menos que éste lograra poner a buen recaudo el que había caído, todavía estaba en condiciones de continuar con su plan y ponerse a salvo. Sin apartar la vista de la espalda de Zack, Julie salió arrastrándose de su refugio bajo el árbol, se enderezó y se alejó un paso de su escondite, luego otro y después otro, con la intención de deslizarse de árbol en árbol.

-¡Julie, contéstame, por amor de Dios! -gritó Zack mientras se quitaba la campera. A su alrededor, el hielo empezó a rajarse y el extremo posterior del *snowcat* de Julie se alzó en el aire y enseguida la máquina se zambulló en el arroyo y desapareció. En lugar de tratar de ponerse a salvo, Zack aferró una rama del álamo caído y, ante la absoluta incredulidad de Julie, se dejó caer al agua helada.

Primero desaparecieron sus hombros y después su cabeza, y Julie corrió a refugiarse detrás del árbol siguiente. Zack salió a la superficie para respirar, volvió a gritar su nombre y se zambulló de nuevo y Julie corrió hasta el último árbol. A menos de tres metros de distancia del *snowcat* utilizado por Zack y de la libertad más completa, se detuvo, clavando la mirada en el lugar del arroyo donde él había desaparecido. La parte cuerda de su ser le gritaba que Zachary Benedict era un asesino convicto, que había agravado sus crímenes al tomarla como rehén, y que ella debía dejarlo en ese mismo momento, mientras todavía tuviera posibilidades. Su conciencia le gritaba que si lo dejaba allí y se apoderaba de su *snowcat,* Zack moriría congelado

por haber tratado de salvarla.

De repente la oscura cabeza y los hombros de Benedict subieron a la superficie y Julie ahogó un suspiro de alivio al ver que se alzaba a la saliente de hielo. Sorprendida por la fuerza de voluntad y la fuerza física de ese hombre, Julie lo vio apoyar las manos sobre el hielo, trepar y dirigirse a los tropezones hacia la campera que había dejado allí. Pero, en lugar de ponérsela, se sentó junto a ella, al lado de una piedra cubierta por una gruesa capa de nieve, cerca del arroyo.

La guerra interior entre la mente y el corazón de Julie alcanzó proporciones tumultuosas. Zack no se había ahogado, por el momento estaba a salvo. Si iba a dejarlo, tenía que ser en ese momento, antes de que levantara la mirada y la viera.

Paralizada por la indecisión, lo vio tomar la campera. El instante de alivio que sintió al pensar que iba a ponérsela se convirtió en horror al verlo hacer exactamente lo contrario: arrojó lejos la campera, se puso de pie y con lentitud empezó a desabrocharse la camisa. Después apoyó la cabeza contra la piedra y cerró los ojos. La nieve revoloteaba a su alrededor y se le pegaba al pelo mojado, a la cara y el cuerpo. Poco a poco Julie se fue dando cuenta de que él no tenía la menor intención de tratar de volver a la casa. Era obvio que creía que ella se había ahogado al tratar de huir y que acababa de condenarse a muerte como castigo por lo que le había hecho.

"Dime que crees que soy inocente", le había ordenado la noche anterior, y en ese momento Julie supo, fuera de toda duda, que ese hombre que quería morir por haberle causado la "muerte" tenía que ser exactamente eso: inocente.

Sin darse cuenta de que lloraba, ni de que había empezado a correr, Julie se deslizó por la pendiente hasta donde él se hallaba. Cuando estuvo bastante cerca como para verle la cara, el remordimiento y la ternura estuvieron a punto de hacerla caer de rodillas. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, el rostro de Zack era una máscara de pesar. Olvidando el frío, Julie tomó la campera y se la tendió. Tragó con fuerza para disolver el nudo que el arrepentimiento le había formado en la garganta.

-Tú ganas. Ahora volvamos a casa -susurró. Al ver que él no contestaba, se dejó caer de rodillas y trató de meter su brazo flaccido dentro de la manga.

-¡Despierta, Zack! -exclamó. Sacudida por ahogados sollozos, lo abrazó, apoyó la cabeza de Zack contra su pecho y trató de infundirle un poco de calor, meciéndolo de un lado al otro. -¡Por favor! -balbuceó, al borde de la histeria-. ¡Por favor, levántate! Yo no puedo levantarte. Tienes que ayudarme. ¡Por favor, Zack! ¿Recuerdas que dijiste que querías que alguien creyera que eres inocente? En ese momento no te creí del todo, pero ahora te creo. Te juro que te creo. Sé que no mataste a nadie. Creo todo lo que dijiste. ¡Levántate! ¡Por favor, por favor, levántate! -Su peso era cada vez mayor, como si estuviera perdiendo por completo la conciencia, y Julie fue presa del pánico. -¡No te duermas, Zack! -rogó, casi a los gritos. Le tomó una muñeca y luchó por meterle el brazo inerte dentro de la manga de la campera mientras recurría a un insensato soborno en un esfuerzo por volverlo a la conciencia. -Nos iremos a casa. Nos acostaremos juntos. Era lo que quería hacer anoche, pero tuve miedo. ¡Ayúdame a llevarte a casa, Zack! -suplicó mientras le metía el otro brazo en la manga de la campera y empezaba a luchar con el cierre-. Haremos el amor frente al fuego. Eso te gustaría, ¿verdad?

Una vez que consiguió ponerle la campera, se puso de pie, lo tomó por las muñecas y tiró con todas sus fuerzas, pero en lugar de moverlo, perdió pie y cayó al piso a su lado. Entonces Julie volvió a levantarse, corrió al *snowcat* y lo acercó. Después se inclinó sobre Zack, lo sacudió y, al ver que no lograba despertarlo, cerró los ojos para reunir coraje. Decidida, levantó el brazo y le pegó una fuerte cachetada. Zack abrió los ojos, pero los volvió a cerrar enseguida. Ignorando el agudo dolor que le recorrió el brazo desde los dedos congelados, Julie lo tomó por las muñecas y lo tironeó, tratando de decirle algo distinto, algo que lo instara a hacer un esfuerzo por tratar de levantarse.

-Sin ti no sabré encontrar el camino hasta la casa -mintió, sin dejar de tironearle las muñecas-. Si no me ayudas a llegar a esa casa, moriré aquí afuera contigo. ¿Es eso lo que quieres, Zack? ¡Por favor, ayúdame! ¡No me dejes morir! -insistió.

Transcurrió un segundo antes de que se diera cuenta de que él ya no era el peso muerto de antes, que reaccionaba ante algo que le había dicho, y que ponía en juego las pocas fuerzas que le quedaban para tratar de ponerse de pie.

-¡Así me gusta! -jadeó Julie-. Párate. Ayúdame a llegar a casa, donde hay calor.

Los movimientos de Zack era aterrorizantemente torpes, y cuando abría los ojos no lograba enfocar la mirada, pero era evidente que trataba de ayudarla. Tuvieron que hacer varios intentos, pero por fin Julie consiguió ponerlo de pie, pasar uno de sus brazos alrededor de sus hombros y colocarlo sobre el *snowcat,* donde se desmoronó sobre los manubrios.

-Trata de ayudarme a mantener el equilibrio -pidió ella, sosteniéndolo con los brazos y montando detrás de él. Miró el sendero por donde Zack había bajado hasta allí, y comprendió que ahora les resultaría imposible trepar esa ladera tan inclinada. Entonces decidió seguir el curso del arroyo, con la esperanza de encontrar una manera de llegar al puente y, una vez del otro lado, seguir por el sendero. Olvidando por completo el miedo que al principio le produjo ese vehículo tan poco familiar, se agazapó sobre Zack para protegerlo del viento con su cuerpo y avanzó a toda velocidad.

-Zack -dijo, apoyando la boca cerca de la oreja de él, y mientras miraba el camino le habló, en un esfuerzo desesperado por mantenerlo consciente y también para luchar contra el pánico que la embargaba-. Todavía estás temblando un poquito. Temblar es bueno. Significa que tu temperatura corporal todavía está por encima del punto de mayor peligro. Lo leí en alguna parte.

Rodearon la curva y Julie dirigió el *snowcat* hacia el único sendero que creyó que podrían trepar.

## 28

Se desplomó dos veces en el vestíbulo, antes de que Julie consiguiera llevarlo hasta su dormitorio, donde tenía la seguridad de que la chimenea estaba cargada de leña y lista para ser encendida. Sin aliento a causa del esfuerzo, llegó trastabillando hasta la cama, donde lo soltó, dejándolo caer sobre el colchón. Zack tenía la ropa dura y llena de hielo, y Julie empezó a quitársela. En el momento en que le sacaba los pantalones, él pronunció las únicas palabras que había dicho desde que ella corrió a rescatarlo.

-Ducha -murmuró-. Ducha caliente.

-No -lo contradijo ella, tratando de hablar con indiferencia y con tono impersonal mientras le quitaba la ropa interior congelada-. Todavía no. A la gente que sufre de hipotermia hay que hacerla entrar en calor lentamente, pero no mediante un calor directo. Lo aprendí en las clases de primeros auxilios de la Universidad. Y no te preocupes porque tenga que desvestirte. Soy maestra y para mí no eres más que otro niñito -mintió-. ¿Sabías que una maestra es casi lo mismo que una enfermera? -agregó-. ¡Permanece despierto! ¡Escucha mi voz! -Le bajó los calzoncillos por las piernas musculosas y al bajar la vista para ver lo que hacía, se ruborizó intensamente. Ante sus ojos tenía un magnífico cuerpo masculino, sólo que ese cuerpo estaba azul de frío y vibraba preso de estremecimientos.

Tomó frazadas, lo envolvió en ellas y le refregó con fuerza la piel. Después se acercó al placard, sacó cuatro frazadas más y las extendió sobre él. Segura de que estaba abrigado, se acercó a la chimenea y la encendió. Recién cuando los leños empezaron a arder con fuerza, Julie se tomó el tiempo necesario para quitarse el traje de nieve. Temerosa de dejar a Zack, se lo sacó a los pies de la cama, mientras observaba su respiración lenta y superficial.

-¿Me puedes oír, Zack? -preguntó. Y aunque él no le contestó, empezó a hablarle. Le hizo una serie de comentarios deshilvanados, con la doble intención de alentarlo y de aumentar su propia confianza en que lo lograría. -Eres muy fuerte, Zack. Me di cuenta al verte cambiar la goma de mi auto, y cuando saliste del arroyo. Y además eres valiente. En su cuarto, mis hermanos tenían fotografías tuyas. ¿Te lo había dicho? ¡Me gustaría contarte tantas cosas, Zack! -dijo con la voz quebrada-. Y lo haré, siempre que sigas vivo y me des la oportunidad. Te contaré todo lo que quieras saber.

Empezó a dominarla el pánico. Tal vez debería estar haciendo más para mantenerlo caliente y despierto. ¿Y si moría por culpa de su ignorancia? Sacó una gruesa bata de toalla del placard, se la puso, se sentó en el borde de la cama y presionó la punta de los dedos sobre el cuello de Zack, para tomarle el pulso. Le pareció alarmantemente lento. Con manos y voz temblorosas alisó las frazadas alrededor de sus hombros y dijo:

-Con respecto a lo de anoche: quiero que sepas que me encantó que me besaras. No quería que te detuvieras allí, y justamente fue eso lo que me asustó. No tuvo nada que ver con que hayas estado en la cárcel; fue porque yo... porque estaba perdiendo el control, y eso es algo que nunca me había sucedido antes. -Sabía que lo más probable era que Zack no escuchara una palabra de lo que le decía, y quedó en silencio al ver que otra serie de espasmos le sacudía el cuerpo. -Hace bien temblar -dijo en voz alta. Pero estaba pensando con desesperación en alguna otra cosa que pudiera hacer por él. De repente recordó que los perros San Bernardo llevan barrilitos en miniatura alrededor del cuello para auxiliar a la gente perdida en medio de avalanchas. Chasqueó los dedos y se puso de pie de un salto. Instantes después regresó con un vaso lleno de



LIbrodot

cognac y bullendo de excitación por lo que acababa de oír por radio. -Zack -dijo con tono ansioso, sentándose a su lado y pasándole la mano por detrás de la cabeza para levantársela y darle de beber-, bebe un poco de esto y trata de comprender lo que te voy a decir. Acabo de oír por radio que tu amigo, Dominio Sandini, está internado en el hospital de Amarillo. ¡Y que está mejor! ¿Comprendes? No murió. Ahora está consciente. Se cree que el interno de la enfermería de la cárcel que dio la falsa información estaba en un error, o que intentaba convertir las protestas de los prisioneros en un verdadero motín, y eso es exactamente lo que sucedió... ¿Zack?

Después de varios minutos de esfuerzos, sólo había conseguido hacerlo beber una cucharada de cognac, y se dio por vencida. Sabía que podía encontrar el teléfono que él había escondido y llamar a un médico, pero cualquier médico lo reconocería y llamaría enseguida a la policía. Y lo volverían a encarcelar, y Zack había dicho que prefería morir antes de volver a ese lugar.

De los ojos de Julie surgieron lágrimas de indecisión y agotamiento, mientras los minutos transcurrían y ella seguía sentada, con las manos cruzadas sobre la falda, tratando de pensar qué hacer, hasta que por fin recurrió a una oración susurrada.

-¡Por favor, ayúdame! -oró-. No sé qué hacer.
Ignoro por qué nos habrás reunido. No comprendo por qué me haces sentir de esta manera con respecto a él, ni por qué quieres que me quede a su lado, pero de alguna manera creo que es todo obra Tuya. Lo sé porque... porque desde chiquita nunca volví a tener la sensación de que estabas parado a mi lado con las manos sobre mis hombros. Y ésa fue la sensación que tuve cuando me diste a los Mathison. -Julie respiró hondo, se enjugó una lágrima, pero cuando terminó su oración, ya se sentía un poco más segura. -¡Por favor, cuida de nosotros dos!

A los pocos instantes miró a Zack y notó que temblaba con más fuerza. Después notó que se hundía más bajo las frazadas. Al darse cuenta de que no estaba inconsciente como ella temía, sino profundamente dormido, se inclinó y le besó la frente con suavidad.

-Sigue temblando -susurró con ternura-. Es muy bueno temblar.

Sin tomar conciencia de que un par de ojos color ámbar se abrían y enseguida se volvían a cerrar, Julie se encaminó al baño para darse una ducha caliente.

## 29

Cuando volvía a envolverse en la bata, se le ocurrió que por lo menos podía buscar el teléfono que Zack había escondido y llamar a sus padres para tranquilizarlos y decirles que estaba bien. Se detuvo junto a la cama y apoyó una mano sobre la frente de Zack, mientras lo escuchaba respirar. Su temperatura parecía más normal, y su respiración más profunda. El alivio que sintió le aflojó las rodillas, y fue a avivar el fuego de la chimenea. Convencida de que Zack se encontraba en un ambiente bastante caldeado, lo dejó dormir y salió en busca del teléfono, cerrando la puerta a sus espaldas. Decidió que lo lógico era empezar a buscar en el dormitorio donde Zack dormía y hacia allí se encaminó. Al abrir la puerta quedó petrificada por el lujo increíble que se extendía ante ella. Estaba convencida que su propio cuarto, con su chimenea de piedra, las puertas de espejo y el espacioso baño azulejado eran el colmo de la elegancia, pero ese dormitorio era cuatro veces más amplio y diez veces más lujoso. La pared de su izquierda estaba cubierta de espejos, que reflejaban una enorme cama frente a una fascinante chimenea de mármol blanco. Grandes ventanales cubrían otra pared.

Cuando Julie avanzó con lentitud, sus pies se hundieron en la espesa alfombra de un tono verde claro que cubría el piso. Se encaminó enseguida hacia el placard, donde buscó el teléfono. Después de una concienzuda e infructuosa búsqueda en los dos placares y todos los cajones del dormitorio, Julie cedió a la tentación y se puso un kimono japonés de seda colorada, bordado en hilos dorados, que encontró en el placard lleno de ropa de mujer. Lo eligió en parte porque estaba segura de que le cabría, y en parte porque quería lucir bonita cuando Zack despertara. En el instante en que se ataba el cinturón, preguntándose dónde demonios podía haber ocultado el teléfono, recordó un pequeño armario que había en el vestíbulo. Hacia allí se dirigió y, al descubrir que estaba cerrado con llave, volvió a su dormitorio, en el que entró en puntas de pie. Encontró la llave donde esperaba que estuviera: en los pantalones empapados de Zack.

El armario cerrado contenía una enorme provisión de vinos y licores y cuatro teléfonos, que encontró en el piso, junto a una caja de botellas de champaña Dom Perignon, donde Zack los había escondido.

Sofocando un inesperado ataque de nerviosidad, Julie enchufó uno de los teléfonos en la ficha del living y se instaló en el sofá. Cuando ya había marcado la mitad del número de larga distancia, comprendió el enorme error que estaba por cometer, y cortó apresuradamente la comunicación. Considerando que el secuestro era un delito federal -y Zack era un asesino prófugo-, lo lógico era que hubiera agentes del FBI en la casa de sus padres, esperando que ella llamara por teléfono para poder rastrear el llamado. Por lo menos, eso era lo que siempre sucedía en las películas. Ya había tomado la decisión de quedarse allí con Zack, y que Dios se encargara de lo que sucediera, pero era necesario que hablara con su familia y la tranquilizara. Empezó a pensar en la manera de hacerlo. Ya que no se animaba a llamar a la casa de sus padres ni a las de sus hermanos, antes tenía que ponerse en contacto con alguna otra persona, con alguien en quien pudiera confiar implícitamente, alguien que no se aturdiera ante la misión que pensaba encomendarle.

Julie descartó a las demás maestras. Eran mujeres maravillosas, pero más tímidas que valientes, y carecían de la desenvoltura necesaria para la tarea. De repente la iluminó una sonrisa, y buscó la libreta de direcciones que llevaba en la cartera. La abrió en la letra C y buscó el número de teléfono que tenía Katherine Cahill antes de

que se convirtiera en la mujer de su hermano Ted. Algunas semanas antes, Katherine le había mandado una nota, preguntándole si se podían reunir esa semana, cuando ella estuviera en Keaton. Con una risita satisfecha, Julie decidió que Ted se pondría furioso con ella por haber vuelto a introducir a Katherine dentro de la familia Mathison, donde no podría evitarla ni ignorarla... y Katherine, por su parte, se lo agradecería.

-¿Katherine? -preguntó Julie en cuanto oyó la voz de su amiga-. Habla Julie. No digas nada, a menos que estés sola.

-¡Dios mío! ¡Julie! Sí, estoy sola. Mis padres están en las Bahamas. ¿Y tú, dónde estás? ¿Estás bien?

-Estoy perfectamente bien. Te lo juro. -Hizo una pausa para calmar sus nervios. -¿Sabes si hay gente de la policía o del FBI en casa de mis padres?

-Sí, están en casa de tus padres, y haciendo preguntas por toda la ciudad.

-Mira, tengo que pedirte un favor muy importante. No significa que tengas que faltar a la ley, pero tendrás que prometerme que no hablarás de este llamado con los agentes.

Katherine bajó la voz y la convirtió en un susurro.

-Julie, ya sabes que haría cualquier cosa por ti. Me honra que me hayas llamado, que me des la oportunidad de pagarte por todo lo que hiciste para impedir que Ted se divorciara de mí, y por la manera en que siempre me... -Se interrumpió justo cuando Julie estaba por hacerlo. -¿Qué quieres que haga?

-Me gustaría que te pusieras enseguida en contacto con mis padres y mis hermanos y que les dijeras que volveré a llamar exactamente dentro de una hora para hablar con ellos. Te pido que no hagas ni digas nada que pueda alertar al FBI. Actúa con naturalidad, habla a solas con mi familia y transmíteles mi mensaje. No te dejarás intimidar por los agentes del FBI, ¿verdad?

Katherine lanzó una risita triste.

-Como señalaba Ted, he sido una princesita malcriada cuyo padre la convenció de que podía hacer todo lo que se le diera la gana. No existe ninguna posibilidad que unos agentes del FBI consigan confundir a una ex princesita como yo. Y si lo intentan -bromeó-, haré que papá llame al senador Wiikins.

-¡Me parece bárbaro! -dijo Julie, sonriendo ante el tono atrevido de Katherine, pero enseguida se puso seria, tratando de encontrar una advertencia que impidiera qué Katherine o sus padres decidieran que tal vez, por su bien, convendría que alertaran al FBI de su próximo llamado-. Una cosa más, quiero que te asegures de que mi familia comprenda que en este momento estoy a salvo, pero que si alguien llega a rastrear este llamado me encontraré en un peligro tremendo. No... no puedo explicarte exactamente lo que te quiero decir... no tengo tiempo, y aun si lo tuviera...

-A mí no tienes por qué explicarme nada. Me doy cuenta por tu voz de que estás bien, y eso es lo único que me importa. En cuanto al lugar donde estás, y con quien estás... me consta que, sea lo que fuere que estés haciendo, lo haces porque consideras que es lo correcto. Será mejor que me ponga en marcha. Vuelve a llamar dentro de una hora. Julie encendió fuego en la chimenea del living; después empezó a pasearse de un lado al otro. Miraba constantemente el reloj, esperando con impaciencia que transcurriera esa hora. A causa de la tranquilidad de Katherine y de su aceptación de todo lo que ella dijo, Julie no estaba preparada para lo que sucedió cuando hizo el segundo llamado. Su padre, un hombre normalmente estoico, levantó el tubo en cuanto sonó la campanilla.

-¿Sí? ¿Quién es?

-Soy Julie, papá -contestó ella, apretando el tubo con fuerza-. Estoy bien. Estoy muy bien.

-¡Gracias a Dios!-exclamó él, con la voz ronca por la emoción. Enseguida llamó: -

¡Mary! Es Julie y está bien. Ted, Carl, es Julie, y está bien. Julie, hicimos lo que nos pediste, no le dijimos nada de esto al FBI.

Desde más de mil kilómetros de distancia, Julie alcanzó a oír que se levantaban los tubos de varios teléfonos y oyó una serie de exclamaciones de alivio, pero por encima de todas ellas resonó la voz de Ted, tranquila, autoritaria.

-¡Silencio, todo el mundo! -ordenó-. Julie, ¿estás sola? ¿Puedes hablar? -Antes de que ella pudiera contestar, agregó: -Ese alumno tuyo, el de la voz profunda, Joe Bob Artis, está loco de preocupación por ti.

Durante una fracción de segundo, Julie quedó confundida por la frase inicial de su hermano y el hecho de que se refiriera a un alumno a quien ella no conocía, pero enseguida sofocó una risita nerviosa y comprendió que Ted había usado ese nombre con toda premeditación.

-Supongo que te refieres a Willie -lo corrigió-. Y realmente estoy sola, por lo menos por el momento.

-¡Gracias a Dios! ¿Dónde estás, querida? Julie abrió la boca, pero no emitió el menor sonido. Por primera vez, desde que vivía con los Mathison, les iba a mentir y, a pesar de la importancia del motivo que la llevaba a hacerlo, mentir la avergonzaba.

-No estoy muy segura -dijo con un tono evasivo que ellos debieron notar-. Sin embargo, aquí... hace frío -agregó.

-¿En qué estado estás? ¿O te encuentras en Canadá?

-No... no te lo puedo decir.

-Benedict está ahí contigo, ¿no es cierto?
-explotó Ted sin poder contener su furia-. Por eso no nos puedes decir dónde estás. ¡Pásale enseguida el tubo a ese cretino, Julie!

-¡No puedo! Escuchen, todos. No puedo seguir hablando, pero quiero que me crean cuando les digo que no se me ha maltratado de ninguna manera. Ted -agregó, dirigiéndose al único entre ellos que tenía contacto con la ley y que, por lo tanto, debía saber que existían errores judiciales-, él no mató a nadie, yo sé que no lo hizo. El jurado cometió un error, así que ustedes no pueden... no podemos culparlo por tratar de huir.

-¡Un error! -volvió a explotar Ted-. ¡Por favor, Julie, no te dejes engañar por esas mentiras! ¡Benedict es un asesino convicto y un secuestrador!

-¡No! No tuvo ninguna intención de secuestrarme. Verán: lo único que quería era un auto, para alejarse de Amarillo, y me cambió una goma pinchada del Blazer, así que, como es natural, le ofrecí llevarlo. Él me habría dejado en libertad, pero no pudo porque yo vi su mapa...

-¿Qué mapa viste, Julie? ¿Un mapa de qué? ¿De qué lugar?

-Ahora tengo que cortar -dijo ella, sintiéndose completamente desgraciada.

-¡Julie! -interrumpió la voz del reverendo Mathison-. ¿Cuándo vuelves a casa?

-En cuanto él me deje ir... no, en cuanto pueda. Tengo... tengo que cortar. Prométanme que no hablarán con nadie de este llamado.

-Te lo prometemos, y te queremos, Julie -dijo el reverendo Mathison con una confianza incondicional-. Todo el pueblo está rezando por tu seguridad.

-Papá -dijo Julie, sin poder contenerse-, ¿no podrías pedirles que rezaran también por él?

-¿Te has vuelto loca? -explotó Ted-. Ese hombre es un asesino... -Julie no escuchó el resto de la frase. Cortó la comunicación mientras parpadeaba para contener sus lágrimas de pena. Al pedirles que rezaran por su secuestrador, inadvertidamente obligaba a su familia a suponer que era una incauta, víctima del engaño de Zack o su cómplice. En cualquiera de los dos casos, era una traición a todo lo que ellos representaban y creían, y también una traición a la fe que habían depositado en ella.



LIbrodot

Julie hizo un esfuerzo por sacudir la depresión que empezaba a embargarla y se recordó que Zachary Benedict era inocente, y que eso era lo que importaba. Ayudar a un inocente a no volver a ser encarcelado no era ilegal ni inmoral, y tampoco era una traición a la fe que su familia depositaba en ella.

Se levantó, agregó leña a ambas chimeneas, volvió a guardar el teléfono y después se encaminó a la cocina, donde, durante media hora, se dedicó primero a limpiar todo lo que Zack había tirado y roto en su ataque de desesperación y luego a preparar un guiso para darle algo caliente cuando despertara. Mientras cortaba papas, se dio cuenta de que si Zack sabía que había hecho un llamado telefónico, le resultaría difícil -si no imposible- convencerlo de que su familia y su ex cuñada eran gente confiable y que no les dirían a las autoridades que los había llamado. Y como el pobre ya tenía bastantes preocupaciones, decidió no decirle nada.

Una vez que terminó sus tareas culinarias, se instaló en el sofá, sin apagar la radio de la cocina, para poder enterarse de cualquier noticia que pudiera interesar a Zack.

Con una sonrisa triste, pensó que, de una manera irónica, era extraño que hubiera pasado tantos años de su vida comportándose como Mary Poppins, sin desviarse jamás del camino estrecho y recto, para acabar en eso.

Cuando estudiaba en la Universidad, siempre rechazó las invitaciones de Steve Baxter, a pesar de estar entusiasmada con él, porque el apuesto futbolista era famoso por sus aventuras amorosas. Por motivos que Julie nunca comprendió, Steve la persiguió durante dos años. Se presentaba solo en las reuniones sociales cuando sabía que ella asistiría, permanecía siempre a su lado y hacía todo lo posible por convencerla de que para él era un ser muy especial. Reían juntos, conversaban durante horas, pero siempre en grupo, porque Julie se negaba a aceptar sus invitaciones para salir los dos solos.

Y en ese momento, al comparar su pasado tan serio con su caótico presente y su incierto futuro, Julie no supo si reír o llorar. Durante todos esos años jamás se había apartado del camino recto porque no quería que su familia ni la gente de Keaton pensara mal de ella. Y en ese momento, cuando estaba por apartarse del "sendero recto" no iba a conformarse con una infracción menor de las reglas sociales y morales, que despertaría algunos comentarios en Keaton. No, yo no, pensó Julie con ironía. Lo que estaba por hacer no sólo violaba los preceptos morales, sino muy probablemente también las leyes de los Estados Unidos de América, y el periodismo se encargaría de proporcionar chismes acerca del asunto al mundo entero... ¡cosa que ya estaban haciendo!

En ese momento tuvo la sensación de que el destino se cobraba sus deudas por una vida de beneficios que ella no había ganado. Zachary Benedict era tan inocente de asesinato como lo era ella, y no podía evitar la sensación de que era de esperar que hiciera algo al respecto.

Se recostó de costado, metió un brazo debajo de los almohadones y observó las llamas que bailoteaban en la chimenea. Hasta que se descubriera al verdadero asesino, nadie en el mundo, incluyendo a sus padres, iba a perdonar nada de lo que hiciera de allí en adelante. Por supuesto que una vez que su familia se diera cuenta de que Zack era inocente, aprobarían todo lo que había hecho y lo que todavía le quedaba por hacer. Bueno, posiblemente no todo, pensó Julie. No aprobarían que se hubiera enamorado de él con tanta rapidez, si lo que sentía por Zack era realmente amor, y tampoco aprobarían que se acostara con él. Con una mezcla de tranquila aceptación y nerviosa anticipación, Julie se dio cuenta de que amar a Zack era algo que estaba fuera de sus manos; y que se acostaran era virtualmente una conclusión obligada, a menos que él hubiera modificado sus deseos de la noche anterior. Aunque lo único que esperaba era que antes le diera algunos días para poder conocerlo mejor.

## 30

Eran más de las diez de la noche cuando despertó sobresaltada y confusa, con uno de los almohadones del sofá aferrado contra el pecho. Un leve movimiento a su izquierda atrajo su atención y Julie volvió la cabeza con rapidez.

-Una enfermera que abandona a su paciente y se queda dormida mientras está de guardia no recibe su sueldo completo -dijo una voz de hombre, con tono divertido.

El "paciente" de Julie estaba de pie, apoyado contra la repisa de la chimenea, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la observaba con una sonrisa perezosa en los labios. Con el pelo todavía húmedo de la ducha, una camisa color crema abierta en el cuello y un par de pantalones marrones, estaba increíblemente apuesto, recuperado... y muy divertido por algo.

Julie trató de ignorar el traicionero salto de su corazón ante esa sonrisa fascinante e íntima, y se sentó sobresaltada.

-Tu amigo, Dominio Sandini, no murió -se apresuró a comunicarle, en su afán por tranquilizarlo enseguida-. Creen que sanará.

-Eso ya lo oí.

-¿Lo oíste? -preguntó Julie con cautela. Se le ocurrió que quizá lo hubiera oído por radio mientras se vestía. De no ser así, si recordaba que ella se lo había dicho, era mortificante pero posible que recordara todo lo demás que le dijo en esos momentos en que lo creyó inconsciente. Aguardó, con la esperanza de que él se refiriera a la radio. Pero Zack continuó observándola muy sonriente, y Julie se sintió cada vez más sofocada por la vergüenza. -¿Cómo te sientes? -preguntó, poniéndose apresuradamente de pie.

-Ahora, mejor. Cuando desperté me sentí como una papa en el momento de ser asada en su propia cascara.

-¿Qué? ¡Ah, quieres decir qué hacía demasiado calor en el dormitorio! Zack asintió.

-No hice más que soñar que había muerto y estaba en el infierno. Cuando abrí los ojos lo primero que vi fueron las llamas que bailoteaban a mi alrededor, y tuve la seguridad de no haberme equivocado.

-Lo siento -dijo Julie, contrita.

-No lo sientas. Me di cuenta muy pronto de que no podía estar en el infierno.

Su buen humor resultaba tan contagioso que, sin darse cuenta de lo que hacía, ella le tocó la frente para constatar su temperatura corporal.

-¿Y por qué te diste cuenta de que no estabas en el infierno?

-Porque durante buena parte del tiempo me cuidó un ángel -contestó él en voz baja.

-Obviamente tuviste alucinaciones -bromeó ella.

-¿Te parece?

Esa vez el timbre de su voz no daba lugar a error, y Julie apartó la mano de su frente pero no pudo apartar la mirada de sus ojos.

-Decididamente.

Por el rabillo del ojo, de repente Julie se dio cuenta de que un pato de porcelana estaba torcido sobre la repisa de la chimenea, y lo enderezó; después también ordenó los dos patitos de menor tamaño que había a su lado.

-Julie -dijo Zack en una voz muy suave y aterciopelada que surtió efectos peligrosos en el ritmo cardíaco de ella-, mírame. -Y cuando ella se volvió a mirarlo, agregó: -Gracias por haberme salvado la vida.

Hipnotizada por su tono y por la expresión de sus ojos, Julie tuvo que aclararse la garganta para impedir que le temblara la voz.

-Gracias por tratar de salvar la mía. Algo se estremeció en la insondable profundidad de los ojos de Zack, algo cálido e invitante, y los latidos del corazón de Julie triplicaron su ritmo, pese a que él no hizo ningún intento de tocarla. Entonces ella trató de modificar el clima que se había creado y de ser práctica.

-¿Tienes hambre? -preguntó.

-¿Por qué no te fuiste? -insistió él. Su tono le advertía que no estaba dispuesto a permitir que cambiara de tema hasta que le hubiera dado las respuestas que buscaba. Julie volvió a dejarse caer en el sofá, pero con la vista fija en el centro de mesa porque no se animaba a mirarlo.

-No te podía dejar morir allí afuera después de que arriesgaste tu vida creyendo que yo me había ahogado. -Notó que dos magnolias de seda del ramo del centro de mesa estaban torcidas y se inclinó a enderezarlas.

-¿Entonces por qué no te fuiste después de traerme de vuelta y meterme en la cama?

Julie tuvo la sensación de estar caminando por un campo sembrado de minas. Aun en el caso de que tuviera el coraje necesario para mirarlo y confesarle la verdad, no estaba segura de que un anuncio de esa naturaleza no terminara resultando una bomba que le explotara en pleno rostro.

-En primer lugar, te confieso que no se me ocurrió, y además -agregó con una inspiración que la llenaba de alivio-, ¡no sabía dónde estaban las llaves del auto!

-Estaban en el bolsillo de mi pantalón... ¡del pantalón que me sacaste!

-Francamente, ni se me pasó por la *cabeza* la idea de buscar las llaves del auto. Supongo que estaba demasiado preocupada por ti para pensar con claridad.

-¿No te parece que eso es un poco extraño, considerando las circunstancias que te trajeron hasta aquí?

Julie se inclinó, tomó una revista que estaba un poco torcida sobre la mesa y la colocó prolijamente sobre las demás; después movió dos centímetros hacia la izquierda el bol de cristal que contenía las flores de seda, para colocarlo en el centro exacto de la mesa.

-Desde hace tres días yo diría que todo es bastante extraño -contestó con cautela-•. En estas circunstancias, no sé qué sería un comportamiento normal. -Se puso de pie y empezó a enderezar los almohadones del sillón que había desarreglado mientras dormía. Se inclinaba a recoger uno del suelo, cuando Zack habló con tono risueño.

-Es una costumbre tuya, ¿verdad? ¿Siempre te dedicas a enderezar cosas cuando estás nerviosa?

-No diría tanto. Lo que pasa es que soy una persona muy prolija. -Se irguió y lo miró. En ese momento su compostura estuvo por dar paso a la risa. Zack tenía las cejas levantadas en un gesto de desafío burlón y en sus ojos brillaba una divertida fascinación. -Está bien -dijo ella rindiéndose, con una carcajada-. Lo admito. Es un hábito que tengo cuando me pongo nerviosa. Una vez, cuando tuve miedo de fracasar en un examen, reorganicé todo el altillo y después coloqué por orden alfabético los discos de mi hermano y las recetas de cocina de mi madre.

Los ojos de Zack rieron ante esa historia, pero habló en un tono solemne e intrigado.

-¿Y yo estoy haciendo algo que te pone nerviosa? Julie lo miró, sonriente pero sorprendida, y enseguida contestó con tono severo.

-¡Hace tres días que no has hecho más que cosas que me han puesto terriblemente nerviosa!

A pesar del tono de censura, su manera de mirarlo llenó a Zack de ternura. En ninguna parte de su hermoso rostro expresivo había rastro alguno de miedo, de sospecha, de repugnancia o de odio, y Zack tenía la impresión de que hacía siglos que nadie lo miraba así. Ni siquiera sus propios abogados lo creyeron inocente. En cambio,

Julie sí. Lo habría sabido simplemente mirándola, pero las palabras que pronunció en el arroyo, la manera en que se le quebró la voz al pronunciarlas, les daba un sentido mil veces mayor: "¿Recuerdas que me dijiste que querías que alguien creyera que eres inocente? En ese momento no te creí del todo, en cambio ahora te creo. ¡Te juro que te creo! ¡Yo sé que no mataste a nadie!".

Julie podía haberlo dejado morir en el arroyo o, si eso era inconcebible para la hija de un pastor, podía haberlo llevado de regreso a la casa para después alejarse con el auto y llamar a la policía desde el teléfono más cercano. Pero no lo hizo. Porque de veras lo creía inocente. Zack tuvo ganas de abrazarla y decirle cuánto significaba eso para él; quería solazarse en la calidez de su sonrisa y volver a oír su risa contagiosa. Y, sobre todo, quería sentir los labios de Julie sobre los suyos, besarla y acariciarla hasta que ambos se volvieran locos, y después quería agradecerle el regalo de haberle confiado su cuerpo. Porque eso era lo único que él tenía para darle.

Zack sabía que ella presentía que había habido un cambio en la relación de ambos y que, por algún motivo incomprensible, eso la ponía más nerviosa que cuando la amenazaba con un arma. Lo sabía con tanta seguridad como sabía que esa noche harían el amor, y que ella lo deseaba tanto como la deseaba él.

Julie esperó que él dijera algo, o que riera de su última frase, y al ver que no lo hacía, retrocedió y señaló la cocina.

-¿Tienes hambre? -preguntó por segunda vez. Él asintió con lentitud, y ella se detuvo en seco al percibir la ronca intimidad de su voz.

-Estoy famélico.

Julie se dijo con mucha firmeza que él no había elegido deliberadamente esa palabra porque la hubieran usado la noche anterior en esa discusión con un trasfondo sexual. Trató de poner cara de inocencia.

-¿Qué te gustaría?

-¿Qué me ofreces? -retrucó él, iniciando un juego verbal tan fluido que Julie no supo con seguridad si todo el doble sentido de las frases no era solo producto de su propia y afiebrada imaginación.

-Te estoy ofreciendo comida, por supuesto.

-Por supuesto -contestó él con solemnidad, pero en sus ojos había un brillo divertido.

-Concretamente un guiso.

-Es importante ser concreta.

Julie decidió iniciar una estratégica retirada de esa conversación extrañamente cargada, y comenzó a retroceder hacia el mostrador que separaba el living de la cocina.

-Serviré el guiso allí -indicó.

-¿Por qué no comemos junto al fuego? -propuso él con voz suave como una caricia-. Es más acogedor.

Acogedor... A Julie se le secó la boca. Una vez en la cocina, se puso a trabajar con aparente eficacia, pero le temblaban tanto las manos que apenas podía servir el guiso en los platos. Por el rabillo del ojo vio que Zack se acercaba al estéreo y elegía discos que iba colocando en la bandeja. Instantes después, la voz de Barbra Streisand llenaba la habitación. De todos los discos existentes, que iban de Elton John a jazz, había elegido a Streisand.

Acogedor.

La palabra bullía en su cerebro; tomó dos servilletas, las colocó sobre la bandeja y entonces, de espaldas al living, Julie apoyó las manos sobre la mesada de la cocina y respiró hondo. Acogedor. Sabía perfectamente bien que esa palabra significaba "más conducente a la intimidad". "Romántico". Lo sabía con tanta claridad como sabía que

la situación entre ellos se había visto irreversiblemente alterada desde el momento en que ella eligió quedarse allí con él, en lugar de abandonarlo en el arroyo o llevarlo a la casa y después llamar a la policía. Zack también lo sabía. Julie veía pruebas evidentes de ello. La miraba con una nueva suavidad, y en su voz había una nueva ternura, y ambos luchaban denodadamente por conservar el autocontrol. Julie se irguió y meneó la cabeza ante su intento tonto e inútil de engañarse. Ya no quedaba nada de su autocontrol, ya no había argumentos que importaran, ningún lugar adonde ir para ocultarse de la verdad.

La verdad era que lo deseaba. Y que él la deseaba. Ambos lo sabían.

Puso los cubiertos sobre la bandeja, le dirigió una mirada de soslayo y apartó apresuradamente la vista. Instalado en el sofá, Zack la observaba: relajado, indulgente, sexualmente atractivo. No tenía ninguna intención de apurarla, y tampoco estaba nervioso. Pero, bueno, sin duda él había hecho el amor millares de veces con centenares de mujeres... todas mucho más bonitas y más experimentadas que ella.

Julie sofocó una compulsiva necesidad de empezar a reorganizar los cajones de la cocina.

Zack la observó volver al sofá, inclinarse y depositar la bandeja sobre la mesa, con movimientos llenos de gracia pero inseguros, como los de una gacela asustada. Y notó por primera vez que Julie tenía manos hermosas, de dedos largos y delgados y uñas bien cuidadas. De repente recordó que esas manos le habían tomado la cara junto al arroyo, mientras ella lo acunaba entre sus brazos y le rogaba que se pusiera de pie. En su momento, fue como un sueño en el que él era un mero espectador, pero más tarde, después de que llegó tambaleante a la cama, sus recuerdos eran más claros. Recordaba las manos de Julie que alisaban frazadas sobre su cuerpo, recordaba la preocupación frenética que traslucía su voz hermosa... Y al mirarla en ese momento, volvió a maravillarse ante la extraña aura de inocencia que la rodeaba, y sofocó una sonrisa al darse cuenta de que, por algún motivo, Julie esquivaba su mirada. Durante los últimos tres días se opuso a él, lo desafió; ese día lo superó en astucia y luego le salvó la vida. Y sin embargo, pese a su coraje y a su empuje, ahora que las hostilidades habían llegado a su fin, era sorprendentemente tímida.

-Iré a buscar vino -dijo Zack, y antes de que ella pudiera rechazar el ofrecimiento, se levantó y regresó con una botella y dos copas-. Te aseguro que no lo envenené -afirmó al ver que ella estiraba una mano para tomar una copa y enseguida la apartaba.

-Nunca pensé que lo hubieras envenenado -dijo ella con una risa tímida. Tomó la copa y bebió. Zack notó que le temblaban las manos. Vio que la ponía nerviosa la posibilidad de acostarse con él; sabía que hacía cinco años que él no se acercaba a ninguna mujer. Casi seguro le preocupara la posibilidad de que saltara sobre ella en cuanto terminaran de comer, o que cuando empezaran a hacer el amor, él perdiera enseguida el control y acabara en dos minutos. Pero Zack no comprendía por qué le preocupaba todo eso; si alguien debía estar preocupado sobre sus posibilidades de prolongar el placer y de tener una buena actuación después de cinco años de abstinencia, era él.

Y lo estaba.

Decidió tranquilizarla iniciando un tema de conversación agradable e intrascendente. Repasó mentalmente los posibles tópicos y descartó enseguida el tema de su hermoso cuerpo, de sus ojos maravillosos y -el más interesante de todos- su susurrada declaración, a orillas del arroyo, de que tenía ganas de acostarse con él. Eso le recordó el resto de las frases que Julie le había dicho esa tarde en el dormitorio, cuando él no estaba en condiciones de sacudirse su entumecimiento y contestar. Ahora, estaba casi seguro de que gran parte de esas afirmaciones no eran ciertas. O tal

vez sólo las había imaginado. Deseó que Julie hablara sobre sus alumnos; eran historias que le encantaban. Estaba pensando cómo lograr que hablara de ellos, cuando notó que lo miraba con una expresión extraña.

-¿Qué? -preguntó.

-Me preguntaba -contestó ella- ...Ese día, en el restaurante, ¿realmente tenía una goma pinchada? Zack luchó por contener una sonrisa culpable.

-La viste con tus propios ojos.

-¿Estás diciendo que pisé un clavo o algo por el estilo y que no me di cuenta de que se me estaba desinflando la goma?

-No diría que sucedió exactamente así. -Estaba casi seguro de que ella sospechaba de su intervención en el asunto, pero su rostro se hallaba tan inexpresivo, que no sabía si estaría o no jugando con él al gato y el ratón.

-¿Cómo dirías que sucedió?

-Diría que un costado de tu goma entró en repentino contacto con un objeto afilado y con punta.

-¿Un objeto afilado y con punta? -repitió Julie, levantando las cejas-. ¿Como un cuchillo, por ejemplo?

-Como una navaja -confirmó Zack, haciendo esfuerzos desesperados por no reír.

-¿Tu navaja?

-Mi navaja. -Y agregó con una sonrisa impenitente: -Lo siento, señorita Mathison. Ella no se inmutó.

-Espero que hagas arreglar esa goma, Zack.

Lo único que impidió que él empezara a reír a gritos fue el dulce impacto de oír que por fin lo llamaba por su nombre.

-Sí, señora -contestó. Esto es increíble, pensó Zack; mi vida es un verdadero caos y lo único que quiero es reír a carcajadas y abrazarla. Y no lo pudo evitar. Empezó a reír, volvió la cabeza y la sorprendió dándole un rápido beso en la frente. -Gracias -susurró, ahogando otra carcajada ante la expresión confundida de Julie.

-¿Por qué me agradeces? Él se puso serio y la miró fijo.

-Por hacerme reír. Por haberte quedado aquí y por no haberme entregado a la policía. Por ser valiente y divertida y por estar increíblemente hermosa con ese kimono colorado. Y por haberme preparado una comida maravillosa. -Le dio un golpecito debajo de la barbilla para alivianar el estado de ánimo de ambos, instantes antes de comprender que la expresión de Julie no era de timidez.

-Te ayudaré -dijo, empezando a ponerse de pie. Zack le apoyó una mano en el hombro.

-Quédate aquí, disfruta del fuego y del resto de tu vino.

Demasiado tensa para quedarse quieta a la espera de ver lo que sucedería, no, cuándo sucedería, Julie se levantó y se acercó a los ventanales. Apoyó el hombro contra el vidrio y contempló el.paisaje espectacular de las montañas cubiertas de nieve que resplandecían a la luz de la luna. En la cocina, Zack redujo la intensidad de las luces del living.

-Así verás mejor el paisaje -explicó al ver que ella lo miraba por sobre el hombro. Y Julie pensó además que la casa parecía más acogedora con menos luz y con el living apenas iluminado por el resplandor de las llamas de la chimenea. Muy acogedora y muy romántica, sobre todo con la música que salía del estéreo.

## 31

Zack se dio cuenta de que Julie se ponía levemente tensa cuando él se le acercó por detrás, y sus imprevisibles reacciones hacia él lo desconcertaron. En lugar de tomarla en sus brazos y besarla, que era lo que hubiera hecho con cualquiera otra mujer que conocía, inició un método más sutil para llevarla hacia donde quería. Metió las manos en los bolsillos del pantalón, la miró a través del vidrio del ventanal, señaló el estéreo con la cabeza y preguntó con burlona formalidad:

-¿Me concede la próxima pieza, señorita Mathison?

Julie se volvió, sonriente y sorprendida y Zack se alegró en forma desmedida por el sólo hecho de verla contenta. Hundió las manos aún más profundamente en los bolsillos antes de volver a hablar.

-La última vez que saqué a bailar a una maestra estaba convenientemente vestido para la ocasión, con camisa blanca, corbata marrón y mi traje azul marino preferido. Pero a pesar de todo ella no quiso bailar conmigo.

-¿En serio? ¿Por qué?

-Tal vez me haya considerado demasiado bajo. Julie sonrió, pues Zack debía medir por lo menos un metro ochenta y siete, y pensó que debía de estar bromeando. En caso contrario la mujer sería una especie de giganta.

-¿En serio eras más bajo que ella? Zack asintió.

-Me llevaba como noventa centímetros. Sin embargo en ese momento yo no consideraba que ese fuese un obstáculo grave, porque estaba locamente enamorado de ella. En ese momento, Julie entendió y dejó de sonreír.

-¿Qué edad tenías?

-Siete años.

Julie lo miró como si comprendiera que el desaire de esa maestra le había dolido. Y ahora que Zack lo pensaba, así había sido.

-Yo nunca te habría rechazado, Zack. El tono entrecortado de su voz y su mirada suave fueron más de lo que Zack podía soportar. Hipnotizado por los sentimientos que crecían en su interior, sacó las manos de los bolsillos y le tendió una en silencio, mientras la miraba con intensidad. Ella colocó su mano en la de él, Zack rodeó con el brazo su angosta cintura, la acercó a sí mientras la voz increíble de Streisand cantaba los primeros versos de *Gente.*

Zack sufrió un estremecimiento al sentir las piernas y las caderas de Julie en contacto con las suyas; y cuando ella apoyó una mejilla contra su pecho, el corazón empezó a latirle a un ritmo desenfrenado. Todavía ni siquiera la había besado, y el deseo ya latía en todos los nervios de su cuerpo. Para distraerse, trató de pensar en un tema de conversación apropiado que los condujera a su meta sin estimularlo de inmediato más de lo que ya estaba. Al recordar que a ambos les resultó divertido bromear sobre la goma del auto que él pinchó, decidió que sería bueno para los dos reír sobre esos acontecimientos que, en su momento, no tuvieron nada de graciosos. Entrelazó sus dedos con los de ella y apoyó la mano de Julie contra su pecho, mientras le susurraba:

-A propósito, señorita Mathison, con respecto a su viaje no programado en *snowcat* del día de hoy...

Ella le siguió el tren de inmediato. Echó atrás la cabeza y lo miró con una expresión de inocencia tan exagerada que Zack debió hacer un esfuerzo por no reír.

-¿Sí? -preguntó.

-¿Dónde diablos te metiste cuando volaste por sobre el borde de la montaña como

un cohete y desapareciste?

La risa estremeció los hombros de Julie.

-Aterricé en brazos de un enorme pino.

-Eso fue muy inteligente -bromeó él-. Permaneciste seca y me instigaste a mí a actuar como un salmón loco en ese arroyo helado.

-Esa parte del asunto no tuvo nada de gracioso. En mi vida he visto una actitud más valiente que la que tuviste hoy.

Lo que lo derritió no fueron las palabras de Julie, sino su manera de mirarlo... la admiración que había en sus ojos, en su tono de voz. Después del juicio humillante y de los deshumanizantes efectos de la cárcel, ya era alentador que lo consideraran un ser humano en lugar de un monstruo. Pero que Julie lo mirara como si fuera un ser valiente y decente y valioso, fue el regalo más precioso que le habían hecho en su vida. Tuvo ganas de estrujarla en sus brazos, de perderse en su dulzura, de envolverla alrededor de su cuerpo como una frazada y de enterrarse dentro de ella; quería ser el mejor amante que ella hubiera tenido y que esa noche fuese tan memorable para Julie como lo sería para él.

Julie notó que fijaba la mirada en sus labios y en un estado de expectativa que había remontado hasta alturas insospechadas durante la última hora, esperó que la besara. Al darse cuenta de que Zack no pensaba hacerlo, trató de disimular su desilusión con una sonrisa alegre y una frase divertida.

-Si alguna vez vas a Keaton y conoces a Tim Martín, por favor no le digas que bailaste conmigo.

-¿Por qué no?

-Porque armó una pelea con la última persona con quien yo bailé.

A pesar de que era un absurdo, Zack experimentó la primera punzada de celos de su vida adulta.

-¿Martín es alguno de tus novios? Ella rió al ver su expresión sombría.

-No, es uno de mis alumnos. Es uno de esos tipos celosos...

-¡Bruja! -bromeó él, apretándola contra su cuerpo-. Sé exactamente lo que debe de haber sentido ese pobre chico.

Ella alzó los ojos al cielo.

-¿Realmente esperas que crea que acabas de tener celos?

Zack clavó su mirada hambrienta en los labios de Julie.

-Hace cinco minutos -murmuró- hubiera asegurado que era incapaz de una emoción tan baja.

-¡Ah, no! -exclamó ella, y enseguida agregó con fingida severidad-: Estás sobreactuando, señor Astro Cinematográfico.

Zack quedó como petrificado. Esa noche cuando se acostara con ella, si pudiera elegir entre que Julie imaginara que hacía el amor con un convicto o con un astro de cine, hubiera elegido lo primero sin vacilar. Por lo menos eso era real, no ilusorio, enfermante y falso. Había vivido más de diez años de su existencia con esa imagen de trofeo sexual. Igual que los famosos jugadores de fútbol, su vida privada había sido invadida por admiradoras ansiosas de acostarse con Zachary Benedict. No con el hombre. Con la imagen. En realidad, esa noche, era la primera vez que estaba absolutamente seguro de que una mujer lo quería por sí mismo, y le indignaba pensar que tal vez se hubiera equivocado.

-¿Por qué me miras así? -preguntó ella con cautela.

-¿Qué te parece si tú me dices por qué se te ocurrió hablar en este momento del "astro cinematográfico"?

-Mi respuesta no te va a gustar.

-Ponme a prueba -desafió él.

Ante el tono de Zack, Julie entrecerró los ojos.

-Muy bien, lo dije porqué la falta de sinceridad me provoca una enorme aversión.

Zack la miró, ceñudo.

-¿No crees que podrías ser un poco más clara?

-Por supuesto -contestó Julie, respondiendo al sarcasmo con una crudeza poco común en ella-. Lo dije porque simulaste estar celoso, y enseguida lo empeoraste al pretender convencerme de que nunca, en tu vida entera, habías sentido eso. Y no sólo me pareció una actitud vulgar, sino poco sincera, sobre todo porque yo sé, y tú sabes que debo de ser la mujer menos atractiva con quien hayas decidido flirtear en toda tu vida. Además, considerando que no te sigo tratando como un asesino, te agradecería que no empezaras a tratarme a mí como... como a alguna de esas admiradoras a quienes puedes fascinar hasta el punto de que se desmayen a tus pies cuando les dices una frase bonita.

Julie notó tarde la tumultuosa expresión de Zack, y clavó la mirada en uno de sus hombros, avergonzada de haber permitido que sus sentimientos heridos la llevaran hasta tal exabrupto. Se preparó para la furiosa contestación de él, pero después de algunos instantes de ominoso silencio, volvió a hablar con voz contrita:

-Supongo que no era necesario que fuera tan clara. Lo siento. Ahora te toca el turno a ti.

-¿El turno de qué? -retrucó Zack

-Supongo que de decirme que fui una grosera.

-Muy bien. Lo fuiste.

Había dejado de bailar, y Julie respiró hondo antes de animarse a mirar su rostro impasible.

-Estás enojado, ¿verdad?

-No lo sé.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Me refiero a que, en lo que a ti concierne, desde hoy al mediodía no estoy seguro de nada, y mi inseguridad crece por minutos.

Hablaba de una manera tan extraña, tan... desequilibrada... que Julie no pudo menos que sonreír. Dudaba mucho de que alguna otra mujer, por hermosa que fuera, lo hubiera puesto en ese estado. No sabía cómo había sucedido, pero se sentía bastante orgullosa.

-Creo que eso me gusta -dijo. Pero él no estaba divertido.

-Por desgracia, a mí no.

-¡Ah!

-De hecho, creo que sería mejor que llegáramos a una especie de acuerdo claro acerca de lo que sucede entre nosotros y de lo que queremos que suceda entre los dos. -En el fondo de su ser, Zack sabía que estaba actuando como una persona completamente irracional, pero cinco años de cárcel, junto con los inquietantes acontecimientos emocionales y físicos del día y del viaje, y esa especie de montaña rusa en que ella lo había tenido durante las últimas veinticuatro horas, se combinaban para hacer estragos en su humor, sus emociones y su sensatez.

-Bueno, ¿estás de acuerdo?

-Yo... Supongo que sí.

-Muy bien. ¿Hablas tú primero, o quieres que hable yo?

Ella tragó con fuerza, entre temerosa y divertida.

-Habla tú primero.

-La mitad del tiempo tengo la loca sensación de que no eres real... que eres demasiado cándida para tener veintiséis años... que no eres más que una chiquilina de trece años que simula ser mujer.

Ella sonrió aliviada de que no hubiera dicho nada peor.

-¿Y la otra mitad del tiempo? -preguntó.

-Me haces sentir que soy yo el que tiene trece años. -Por el brillo divertido de los ojos de Julie, se dio cuenta de que eso le gustaba, y Zack se sintió perversamente impulsado a echar por tierra cualquier clase de ilusiones que pudiera abrigar con respecto a él y a sus intenciones para esa noche.

-A pesar de las conclusiones que sacaste en base a lo que sucedió hoy en el arroyo, no soy un caballero andante. No soy un astro de cine, y estoy muy lejos de ser un adolescente cándido e idealista. Toda mi inocencia e idealismo, desaparecieron mucho antes de perder mi virginidad. No soy una criatura, y tú tampoco lo eres. Somos adultos. Los dos sabemos lo que está sucediendo en este momento entre nosotros, y también sabemos exactamente adonde nos conduce. -La expresión risueña de los ojos de Julie fue reemplazada por algo que no era exactamente miedo y que tampoco era enojo-. ¿Quieres que lo diga con todas las letras para que no haya posibilidad de error con respecto a mis intenciones? -insistió Zack, observando que el rubor teñía las mejillas de Julie. Acicateado porque el saber que quería acostarse con ella había apagado su sonrisa, Zack deliberadamente insistió con el tema. -Mis intenciones no son nobles; son adultas y son naturales. No tenemos trece años, éste no es un baile de estudiantes, y no me debato ante la duda de poder o no darte el beso de las buenas noches. Ya es un hecho que te daré ese beso. La realidad es que te deseo, y creo que tú me deseas casi tanto como yo. Antes de que termine esta noche, tengo toda la intención de asegurarme de que así sea, y cuando lo haya logrado, pienso llevarte a la cama, desvestirte y hacerte el amor tan concienzuda y lentamente como pueda. Por ahora, quiero bailar contigo, para sentir tu cuerpo contra el mío. Y mientras estemos bailando, estaré pensando en todas las cosas que te voy a hacer, que haremos juntos, cuando estemos en la cama. Y ahora, ¿ha quedado todo aclarado? Si nada de eso te conviene, dime lo que te gustaría hacer, y lo haremos. ¿Y bien? -preguntó con impaciencia, al ver que ella permanecía en silencio y con la cabeza gacha-. ¿Qué quieres hacer?

Julie se mordió el labio tembloroso y levantó hacia él sus ojos resplandecientes de risa y de deseo.

-¿No te gustaría ayudarme a arreglar el placard del vestíbulo?

-¿Existe una segunda posibilidad? -preguntó él, tan ofuscado que no se dio cuenta de que ella bromeaba.

-En realidad -contestó Julie, frunciendo el entrecejo y bajando la vista para mirar el cuello abierto de la camisa de Zack-, ésa era mi segunda posibilidad.

-Bueno, ¿entonces cuál diablos es la primera? ¡Y no simules que te estoy poniendo tan nerviosa que tienes ganas de limpiar placares, porque ni siquiera conseguí ponerte nerviosa cuando te apunté con un arma!

A todo lo que ya sabía que le gustaba en él, Julie agregó que era irascible y obtuso. Respiró hondo, decidida a terminar con el juego, pero no se animó a mirarlo a los ojos mientras hablaba con suavidad.

-Tienes razón, después del día de hoy te resultaría absolutamente imposible

ponerme nerviosa apuntándome con un arma, porque sé que jamás me harías daño. En realidad tu única forma de ponerme nerviosa es haciendo exactamente lo que has hecho desde que desperté esta noche y te vi parado junto a la chimenea.

-¿Y eso qué es? -preguntó él, cortante.

-Es hacer que me pregunte si alguna vez me volverás a besar como lo hiciste anoche... Es actuar un minuto como si quisieras hacerlo y al minuto siguiente como si no...

Zack le tomó la cara entre las manos, se la levantó y abruptamente capturó el resto de sus palabras con su boca, metiendo los dedos en el pelo de Julie mientras la besaba. Y cuando ella demostró que hablaba en serio, cuando deslizó las manos por el pecho de Zack y le rodeó con ellas el cuello, aferrándose a él con fuerza y devolviéndole el beso, él experimentó un placer y un júbilo casi insoportables.

Tratando de contrarrestar su anterior rudeza, acarició con los labios la barbilla, la mejilla y la frente de Julie; después volvió a buscar su boca y recorrió con los labios su contorno suave. Trazó con la lengua la línea temblorosa que separaba los labios de Julie, urgiéndola a abrirlos, insistiendo, y cuando ella lo hizo, la introdujo dentro de su boca... un hombre famélico que trataba de satisfacer su hambre enseñándole a intensificarla. Julie se derritió contra él, apretó los labios contra los suyos, dio la bienvenida a la lengua de Zack y le entregó la suya cuando él insinuó apenas lo que quería.

Largos minutos después, Zack por fin se obligó a levantar la cabeza y la miró a los ojos, tratando de memorizarla así, arrebolada, fresca, seductora. Trató de sonreír, deslizó una mano alrededor de la nuca de Julie y le acarició con suavidad el labio inferior con el pulgar, pero los ojos profundos de ella lo volvían a atraer inexorablemente hacia sus profundidades. Dejó de mover el pulgar, lo apretó para obligarla a abrir los labios y capturó con hambre su boca. Temblorosa entre sus brazos, Julie se puso en puntas de pie y el leve aumento de la presión de su cuerpo contra la erección de Zack hizo que su corazón latiera enloquecido, y que él le apretara convulsivamente la espalda con los dedos. Zaek apretó el cuerpo flexible de ella contra el suyo y le acarició los costados del pecho, luego las nalgas, sosteniéndola contra su cuerpo tenso. Estaba perdiendo el control, y lo sabía.

Se ordenó a ir despacio, se obligó a detenerse antes de forzarla a acostarse en el piso, antes de comportarse como el ex convicto hambriento de amor que era, en lugar del amante tranquilo que prometió ser. Fue el distante recuerdo de esa promesa lo que por fin lo impulsó a prolongar el preludio, a atender las señales de su excitación que le indicaban que, cuando comenzara, su culminación llegaría demasiado rápido para ella.

Se obligó a apartar las manos del pecho de Julie y las colocó sobre su cintura; pero le resultó mucho más difícil detener los movimientos de su lengua porque ella se aferraba a él y le clavaba las uñas en la espalda. Cuando por fin consiguió apartar la boca de la suya, Zack no supo si fue suyo o de Julie el gemido de lamento. Con los ojos cerrados, el corazón latiendo a una velocidad desaforada, Zack llenó de aire sus pulmones y le pasó los brazos por la espalda para sostenerla contra sí. Pero no sirvió de nada; debía tenerla, poseerla por completo, ya mismo. Respiró con fuerza, le colocó una mano bajo la barbilla y le alzó el rostro. Julie tenía los ojos cerrados, pero instintivamente levantó los labios hacia los suyos.

El control de Zack se quebró. Su boca aferró la de ella con fiera desesperación, la obligó a abrir los labios mientras le desataba el cinturón de seda del kimono y se lo quitaba, dejándolo caer al piso frente a la chimenea para poder solazarse con la vista y el contacto de su piel.

Envuelta en el abrazo de Zack, Julie sintió que la bajaba hacia el piso, pero no salió de su estado de placer increíble hasta que él apartó la boca y las manos de su cuerpo. Abrió los ojos y lo vio desabrochándose apresuradamente la camisa, lo vio hacerla a

un lado, pero recién cuando él la miró experimentó la primera sensación de pánico. A la luz de las llamas, en los ojos de Zack había un brillo ardiente mientras recorría su cuerpo con la mirada; la pasión había convertido su rostro en algo duro e intenso, y cuando ella levantó un brazo para cubrirse el pecho, ordenó:

-¡No hagas eso!

Julie se estremeció ante esa voz desconocida, ese rostro desconocido, y cuando él le apartó la mano y la cubrió con su cuerpo, instintivamente se dio cuenta de que los preámbulos habían terminado y que, a menos que lo detuviera, la penetraría en una cuestión de instantes.

-¡Zack! -susurró, tratando de que él la escuchara sin arruinar la situación-. ¡Espera!

Zack no registró la palabra pero el tono de pánico de Julie le resultó discordante, lo mismo que el hecho de que se estuviera retorciendo debajo de él de una manera altamente provocativa.

-¡Zack!

Zack sabía que iba demasiado rápido, que saltaba los prolegómenos, y creyó que era a eso que ella se oponía.

-Necesito decirte algo.

Con un esfuerzo casi superior a sus posibilidades, Zack se colocó de costado, pero cuando inclinó la cabeza sobre uno de los pechos de Julie para darle el gusto, ella le tomó la cara entre las manos para detenerlo y lo obligó a mirarla.

-¡Por favor! -suplicó, mirando los ojos ardientes de Zack. Extendió los dedos sobre el mentón rígido de él, para suavizarlo, y cuando él le besó la palma de la mano, el corazón de Julie desbordó de alivio y de ternura. -Primero tenemos que hablar.

-Habla tú -contestó él, y le besó el costado de la boca, le besó el cuello, deslizó la mano sobre sus pechos-. Yo escucharé -mintió mientras le acariciaba el vientre y deslizaba los dedos dentro del triángulo rizado. Ella dio un salto, le tomó la mano y el tema que eligió fue, en opinión de Zack, el más inoportuno y absurdo que una mujer podía sacar en un momento como ése. -¿Qué edad tenías la primera vez que hiciste el amor?

Zack cerrólos ojos y contuvo una respuesta impaciente.

-Doce años.

-¿No quieres saber la edad que tenía yo?

-No -contestó él, acercándose a besarle el pecho, ya que por algún motivo que sólo ella conocía, no quería ser tocada más íntimamente. Todo su cuerpo estaba tenso con una necesidad imperiosa, y Zack

hacía lo posible por acariciarla en los lugares que recordaba daban más placer a las mujeres.

-Tenía veintiséis años -anunció Julie presa del pánico, cuando la boca de Zack se cerró sobre su pezón. La sangre rugía en los oídos de Zack; oyó las palabras de Julie pero no percibió su significado. Los pechos de Julie no eran grandes ni pesados, sino bonitos y exquisitamente femeninos, lo mismo que ella, y si sólo se mostrara tan receptiva como cuando estaban de pie y besándose, él le proporcionaría un orgasmo enseguida, antes de penetrarla, y después le haría el amor como correspondía. Tenía que desahogar cinco años de deseo contenido, se sentía capaz de hacerle el amor

durante toda la maldita noche sin detenerse un instante, si ella sólo le dejara hacer eso y no siguiera apretando las piernas, y si se dejara de hablar acerca de la edad que tenía la... primera vez... que tuvo... una relación sexual...

Julie percibió el instante preciso en que Zack registró el significado de sus palabras porque apartó la boca de su piel, y su cuerpo quedó tan petrificado que tuvo la impresión de que había dejado de respirar.

-Para mí ésta es la primera vez -confesó, temblorosa. Zack dejó caer la frente sobre el pecho de Julie, cerró los ojos y exclamó:

-¡Dios!

La exclamación hizo que Julie comprendiera con claridad que la revelación no lo alegraba... una convicción que se vio reforzada cuando por fin levantó la cabeza y la miró de frente, inspeccionándola cuidadosamente, como si tuviera esperanzas de encontrar una prueba de que mentía. Con profunda tristeza, Julie comprendió que estaba enojado o lleno de desagrado. Ella nunca pretendió que se detuviera, sólo que fuera un poco más lento y que no la tocara como... como a un cuerpo acostumbrado a que lo tocaran.

Zack no estaba disgustado, sino estupefacto. Desorientado. Dentro de su marco de referencia, jamás había oído hablar de una mujer de veintiséis años que fuera virgen, y menos una mujer hermosa, inteligente, ingeniosa y deseable.

Pero al mirarla, de repente todo lo que lo había intrigado esa noche y la noche anterior empezó a tener sentido. Recordó su exabrupto después de ver el noticiario de la noche anterior: "¡Mi padre es pastor!, sollozó. ¡Es un hombre respetado. Yo he pasado los últimos quince años de mi vida tratando de ser perfecta". Recordó sus palabras cuando él le preguntó si estaba comprometida: "Estamos hablando del asunto". Era evidente que habían estado hablando mucho en lugar de hacer el amor. Y la noche anterior, él mismo la había comparado con una niña del coro de una iglesia.

Y ahora que comprendía el pasado, el presente lo confundía más que nunca. Por lo visto Julie no entregó su virginidad a su casi novio, quien obviamente la amaba y le ofrecía respetabilidad y un futuro. Y esa noche estaba dispuesta a entregársela a un convicto prófugo incapaz de amar a nadie, y que no tenía nada que ofrecerle. La conciencia de Zack eligió ese momento para hacer su aparición por primera vez en años, al recordarle que el casi novio de Julie no la obligó a entregarle su virginidad; si él tenía algún escrúpulo, el menor dejo de decencia, no la tocaría. Ya la había secuestrado, maltratado verbalmente y convertido en objeto de censura y en una vergüenza pública. Era inexcusable que además de todo eso, le robara su virginidad.

Pero la débil protesta de su conciencia no bastó para detenerlo. La deseaba. Debía hacerla suya. La haría suya. El destino lo había privado de su dignidad, de su libertad y de su futuro, pero por algún motivo le brindaba a Julie durante esos breves días que tal vez fuesen los últimos de su vida. Ni su conciencia ni ninguna otra cosa lo privarían de ella. La miró sin percibir el paso del tiempo, hasta que la voz temblorosa de Julie lo arrancó de sus pensamientos, y sus palabras fueron una demostración de su falta de experiencia con los hombres.

-No creí que te enojarías -dijo, malinterpretando por completo el sentido de su silencio. Zack suspiró.

-No estoy enojado contigo, sino conmigo.

-¿Por qué? -preguntó Julie, estudiando su rostro.

-Porque ni siquiera eso logrará detenerme -contestó él con tono áspero-. Porque no me importará un bledo que no hayas hecho esto antes, ni siquiera con alguien que te amaba y que podía quedarse a tu lado si llegaras a quedar embarazada. En este

momento, nada me importa... -susurró, bajando los labios hasta los de ella-, pero esto...

Pero la inexperiencia de Julie sí le interesaba. Le importó bastante como para obligarlo a suspender los besos y tratar de controlar su lujuria para poder empezar de nuevo con ella.

-Ven acá -susurró. La tomó en sus brazos, rodó para colocarse de costado y quedar frente a ella, con la cabeza de Julie apoyada sobre su hombro. Respiró hondo y esperó hasta que su pulso recuperó un ritmo normal. Después le pasó la mano por la espalda en una caricia tranquilizante, mientras resolvía que, aunque él muriera de lujuria contenida, lograría que esa experiencia fuera buena para ella. De alguna manera, tendría que excitarla totalmente, sin excitarse él más de lo que ya estaba.

Julie permanecía en sus brazos, sorprendida por el repentino cambio de humor de Zack y aterrorizada por la posibilidad de haberlo hecho renunciar a hacer el amor con ella. Sin poder soportarlo más, y sin animarse a mirarlo, dijo, temblorosa:

-No quería darle tanta importancia a eso de que ésta sea la primera vez para mí. Sólo trataba de que fueras un poco más despacio... no que te detuvieras.

Zack sabía que debía haberle resultado muy difícil decir una cosa así, y volvió a experimentar otra desconocida oleada de ternura. Le tomó el mentón, se lo levantó y dijo con tranquila seriedad:

-No arruines esto para ninguno de los dos quitándole importancia. La verdad es que nunca he tenido la responsabilidad, ni el privilegio, de ser el primer amante de una mujer, así que para mí también ésta es una primera vez. -Levantó la mano para apartarle un mechón de pelo de la cara, se lo peinó con los dedos, y lo observó caer sobre los hombros de Julie. -Durante años debes haber vuelto locos a todos los muchachos de Keaton, preguntándose cómo serías.

-¿Qué quieres decir?

Zack dejó de observarle el pelo y le sonrió mirándola a los ojos.

-Quiero decir que desde ayer he estado fantaseando con pasarte los dedos por el pelo, y sólo hace dos días que lo miro.

Ante las palabras de Zack, Julie sintió que una sensación de calidez le recorría todo el cuerpo, y él percibió instantáneamente el cambio en su expresión, en la forma en que el cuerpo de ella se relajaba contra el suyo. Aunque tardíamente, recordó que las palabras podían excitar a una mujer casi tanto y con tanta rapidez como el más hábil estímulo sexual. Entonces comprendió que ésa era la mejor manera de alcanzar su meta sin llegar a los extremos peligrosos de lujuria que le provocaría acariciarla y besarla.

-¿Sabes en qué estuve pensando anoche, durante la comida? -preguntó con ternura.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

-Me preguntaba cómo sería el gusto de tu boca sobre la mía, y .si era posible que tu piel fuese tan suave como parece.

Julie sintió que se hundía en un profundo y delicioso encantamiento sensual cuando él extendió los dedos sobre sus mejillas y dijo:

-Tu pelo es más suave de lo que parece. -Le miró los labios mientras los acariciaba con el pulgar.

-Y tu boca... ¡Dios, tiene gusto a cielo! -Deslizó inexorable la mano hacia su garganta, su hombro, luego le cubrió los pechos y Julie bajó la mirada hacia la mata de vello oscuro del pecho de Zack.

-No apartes la mirada -susurró él, obligándola a volver a mirarlo a los ojos-. Tienes unos pechos maravillosos.

Julie sintió que eso estaba tan lejos de la verdad, que la hizo dudar de todo lo demás que le había dicho. Zack notó su expresión escéptica, y sonrió.

-Si eso no fuese verdad -dijo, acariciándole un pezón con el pulgar-, ¿me puedes explicar por qué me muero por tocarlos, por mirarlos, por besarlos ahora mismo? -El pezón de Julie se endurecía como un capullo cerrado contra el pulgar de Zack, y él sintió que la lujuria volvía a latir dentro de su cuerpo.

-Te consta que es verdad, Julie. Ves con claridad en mi cara cuánto te deseo.

Y ella lo veía... allí estaba en su mirada ardiente, en sus párpados pesados.

Muriéndose por besarla, Zack respiró hondo para tranquilizarse e inclinó la cabeza, luchando por controlarse cuando le tocó los labios con la lengua.

-¡Eres tan dulce! -susurró-. ¡Eres increíblemente dulce!

Julie perdió el control antes que él. Lanzó un quejido, le pasó la mano por el cuello y lo besó con todo el ardor y la pasión que crecían en su interior, y se apretó contra su miembro rígido, solazándose en el estremecimiento que recorrió a Zack cuando su boca apresó la de ella en un beso a la vez tierno y áspero. Con un instinto que ignoraba poseer, percibió la lucha desesperada de Zack para impedir que el beso fuera demasiado intenso y eso le provocó una ternura casi intolerable. Acarició los labios de él con los suyos, lo alentó a profundizar el beso y cuando eso fracasó, empezó a besarlo como lo había hecho él antes.

Y logró su propósito.

Zack perdió el control y, lanzando un ronco quejido, la colocó de espaldas mientras la besaba con una urgencia que la hizo sentir poderosa e indefensa a la vez. Reclamaba su cuerpo con manos y boca, deslizándolas sobre sus pechos, su cintura y su espalda y, cuando la boca de él volvió a unirse con la de Julie, le metió los dedos en el pelo, sosteniéndola, una prisionera voluntaria. Cuando por fin Zack apartó la boca de la suya, el cuerpo íntegro de Julie estaba inflamado de deseo.

-Abre los ojos -susurró él.

Julie obedeció y se encontró frente a un musculoso pecho masculino cubierto de vello oscuro. De solo ver ese pecho, el corazón empezó a latirle desenfrenadamente. Vacilante, levantó la mirada y comprobó los efectos que surtía la pasión en él. Un músculo se contraía espasmódicamente en su cuello, su rostro era duro y oscuro y sus ojos ardían. Vio que los labios sensuales de Zack pronunciaban una palabra:

-Acaricíame. -Era una invitación, una orden, una súplica.

Julie respondió a las tres cosas. Levantó una mano y le acarició la mejilla. Sin apartar de ella la mirada, él volvió la cara dentro de la mano de Julie y deslizó los labios por su palma sensible.

-Acaricíame.

Con el corazón latiendo con ferocidad, ella le deslizó las puntas de los dedos por las mejillas, por el cuello, por los hombros y después por el pecho. Su piel parecía suave sobre sus músculos duros y cuando Julie se inclinó y le besó el pecho, Zack se estremeció. Embriagada por ese poder recién descubierto, Julie le besó los pezones pequeños y luego deslizó un largo beso hacia abajo, rumbo a la cintura de Zack. Él dejó escapar un sonido que tenía algo de quejido, y la colocó de espaldas, las manos sostenidas junto a la cabeza, cubriéndola parcialmente con su cuerpo. Julie desprendió las muñecas de las manos de Zack, lo rodeó con sus brazos, le acarició los hombros y la espalda, y lanzó gemidos de alegría cuando él apoyó los labios sobre sus pechos. Estaba perdida en el deseo que él creaba con habilidad en su interior. De repente cerró los ojos con fuerza, luchó contra oleadas de vergüenza y se dejó llevar por el placer.

Zack observó las reacciones que se pintaban en el rostro adorable de Julie a medida que su cuerpo se rendía al placer de las caricias íntimas y poco familiares de sus dedos. Cada sonido que ella emitía, cada movimiento inquieto de su cabeza lo llenaba de enorme ternura. Ella lo envolvió con sus brazos y se estremeció. Y ese movimiento convulsivo le recordó las palabras que ella había dicho.

-Es bueno temblar -le recordó Zack, explorando aún más profundamente-. Temblar es muy bueno.

Ella movía las manos por el cuerpo de él, reuniendo coraje, y Zack contuvo el aliento cuando por fin deslizó los dedos sobre su rígida erección y por fin lo tomó en sus manos. En ese momento, abrió los ojos, sobresaltada, y lo miró. A la luz de las llamas, lo miraba como si esperara algo: una decisión, un movimiento. Y mientras sus caricias lo volvían loco Julie levantó la otra mano, se la pasó por la barbilla como para aliviar la tensión y susurró unas palabras...

-Valió la pena esperar veintiséis años por ti, señor Benedict.

Zack perdió el control de su respiración. Con las manos apoyadas a ambos lados del rostro de Julie, inclinó la cabeza para besarla, a la vez que susurraba.

-¡Dios...!

Con la sangre pulsando en sus oídos, Zack se colocó entre sus piernas, tentando la entrada, abriéndose paso con lentitud por el pasaje estrecho y húmedo, y exhaló ante la exquisita sensación que le produjo la húmeda calidez que lo envolvía. Cuando se topó con la frágil barrera, le alzó las delgadas caderas, contuvo el aliento y empujó. El breve dolor puso tenso el cuerpo de Julie, pero antes de que Zack pudiera reaccionar, lo rodeaba con sus brazos y se abría para él, cobijándolo. Zack luchó por contener el orgasmo que amenazaba con hacer erupción y empezó a moverse con lentitud dentro de ella, pero cuando Julie también se movió, siguiéndole el ritmo, Zack ya no se pudo contener. Le aprisionó la boca en un beso profundo, se hundió dentro de ella y la condujo con rapidez a la culminación, regocijándose en el grito ahogado que lanzó, en su manera de clavarle las uñas en la espalda mientras se estremecía convulsivamente. Zack le alzó cada vez más las caderas, movido por un deseo incontrolable de estar en ese instante lo más profundo posible dentro de ella. Explotó con una fuerza que le hizo gemir, pero no cesó de moverse, como si de alguna manera ella pudiera vaciarlo de la amargura de su pasado y de la desolación de su futuro. El segundo orgasmo hizo erupción en una sensación que le recorrió todos los centros nerviosos, que le sacudió el cuerpo íntegro y que lo dejó débil. Consumido.

En un estado de extenuación total, se desmoronó sobre Julie y enseguida se colocó de costado, todavía unido a ella. Sin aliento, la sostuvo en sus brazos, le acarició la espalda, tratando de no pensar, aferrándose a esa fugaz euforia mientras trataba de mantener alejada a la realidad, pero a los pocos minutos se dio por vencido. Ahora que su pasión se había desgastado, ya no había barreras entre su cerebro y su conciencia, y mientras contemplaba las llamas de la chimenea comenzó a ver todos sus actos y motivaciones de los últimos tres días a la luz de la verdad. La verdad era que se apoderó de una mujer indefensa, que la tomó como rehén a punta de pistola; la engañó convenciéndola de que la dejaría en libertad si lo llevaba hasta Colorado; la amenazó con violencia física si intentaba huir, y cuando a pesar de todo ella lo desafió, la obligó a besarlo delante de testigos, de manera que en ese momento la prensa la crucificaba, tildándola de cómplice. La verdad era que empezó a pensar en hacerle el amor el mismo día en que la secuestró, y que utilizó todos los medios a su alcance para lograrlo, desde la intimidación hasta el flirteo y la bondad. La asquerosa verdad era que acababa de lograr su meta odiosa. Acababa de seducir a la hija virgen de un pastor, un ser humano hermoso e inocente que ese mismo día pagó todas sus crueldades e injusticias salvándole la vida. Seducir era una palabra demasiado suave para lo que acababa de hacer, decidió Zack, disgustado y con la mirada clavada en la alfombra. ¡Se había apoderado de ella allí, en el piso, ni siquiera en una cama! Su conciencia lo atormentó con renovados bríos por haberla tratado con demasiada rudeza, por obligarla a aceptar que él tuviera dos orgasmos, por enterrarse dentro de ella en lugar de contenerse decentemente. El hecho de que Julie no hubiera gritado ni luchado ni dado señales de estar herida o humillada no calmo su sensación de culpa. Ella no sabía que

tenía derecho a más de lo que recibió, pero él sí lo sabía. En su adolescencia fue asquerosamente promiscuo, durante su vida adulta vivió más aventuras de las que podía contar. La responsabilidad completa del lío en que había convertido la vida de Julie, y ahora su primer encuentro con el sexo, era suya. Y eso, si se miraba la cuestión desde un punto de vista optimista, sin tomar en cuenta la posibilidad de un embarazo. No hacía falta ser un genio para suponer que la hija de un ministro se negaría a considerar la posibilidad de un aborto, de manera que tendría que soportar la vergüenza pública de ser madre soltera, o mudarse a otra ciudad para tener su hijo, o bien endilgarle la criatura a su casi novio para proporcionarle un padre.

Cuando abandonara la seguridad de esa casa, Zack estaba seguro de que lo matarían de un tiro a tos pocos días, o quizás a las pocas horas. En ese momento deseó que lo hubieran apresado antes de encontrarse con Julie. Hasta que lo encarcelaron, nunca consideró la posibilidad de envolver en sus problemas a una mujer inocente, y mucho menos amenazarla con una pistola o embarazarla. Era obvio que en la cárcel se había convertido en un psicópata sin conciencia, escrúpulos ni moral.

Que lo mataran a balazos era un fin demasiado bondadoso para el monstruo en que se había convertido.

Se hallaba tan enfrascado en sus pensamientos que no se dio cuenta de que la mujer que tenía en sus brazos estaba llorando. Mudo de remordimiento, Zack la soltó y la acostó sobre la alfombra, pero ella mantuvo su brazo alrededor del cuello de él y la cara húmeda contra su pecho.

Zack se apoyó sobre un codo, trató de tranquilizarla acariciándole el pelo, y tragó con fuerza para deshacer el nudo que los remordimientos le habían formado en la garganta.

-Julie -susurró con voz ronca-, si pudiera, desharía todo lo que te he hecho. Hasta esta noche, por lo menos todo lo que hice fue motivado por una desesperada necesidad... Pero esto... -Volvió a hacer una pausa para tragar, y le apartó un mechón de la frente. Como ella tenía la cara enterrada en su pecho, no podía juzgar sus reacciones, pero se dio cuenta de que desde que empezó a hablar, ella había quedado en una inmovilidad absoluta. -Pero lo que acabo de hacerte no tiene perdón. Existen explicaciones para mi actitud, pero no excusas. Supongo que, a pesar de tu candidez, comprenderás que cinco años es mucho tiempo para que un hombre viva sin...-Zack se interrumpió, dándose cuenta de que al daño acababa de agregar el insulto, porque de sus palabras se desprendía que en su estado de privación sexual, cualquier mujer le habría dado lo mismo.

-No fue por eso que hice esto. Ése fue en parte el motivo. Pero lo importante es que te deseo desde que... -El disgusto que sentía hacia sí mismo le impidió seguir hablando.

Después de un prolongado silencio, la mujer que tenía en sus brazos por fin habló.

-Continúa -dijo con suavidad.

Él bajó la cabeza, tratando de ver sus facciones.

-¿Que continúe? -repitió.

Ella asintió, rozando su piel con la cabeza.

-Sí. Recién estabas llegando a la mejor parte.

-¿La mejor parte? -repitió él, atontado. Ella lo miró y, aunque todavía tenía los ojos húmedos, sonreía de una manera que hizo latir apresuradamente el corazón de Zack.

-Empezaste muy mal -susurró-, diciendo que lamentabas que hubiéramos hecho el amor. Y lo empeoraste al decir que soy candida y hablando como si cualquier mujer te hubiera venido bien después de cinco años de abstinencia...

Él la miró, y una sensación de alivio empezó a recorrer su cuerpo como un bálsamo. Sabía que la estaba sacando demasiado barata, pero aferró esa inesperada

oportunidad con la desesperación agradecida del que se está ahogando y encuentra algo de que agarrarse.

-¿Dije eso?

-Sí.

Zack sonrió, indefenso ante la sonrisa de Julie.

-¡Qué poco galante!

-Muy poco galante -aprobó ella con fingida indignación. Instantes antes lo había tenido sumido en una negra desesperación, cinco minutos antes lo llevó a un paraíso sexual, y ahora le daba ganas de reír. En alguna parte de su mente, Zack se dio cuenta de que ninguna mujer le había producido jamás un efecto semejante, pero no tenía ganas de buscarle una explicación. Por el momento se contentaba con solazarse en el presente e ignorar el poco futuro que le quedaba.

-En estas circunstancias -susurró, sonriendo mientras le pasaba los nudillos por la mejilla-, ¿qué debí haber hecho o dicho?

-Bueno, como bien sabes, no tengo mucha experiencia en momentos como éste...

-Ni la menor experiencia, en realidad... -le recordó él, repentinamente fascinado por ello.

-Pero he leído centenares de novelas con escenas de amor.

-Esto no es una novela.

-Cierto, pero existen similitudes.

-Nómbrame una -bromeó él, aturdido por el júbilo que ella le provocaba.

Para su sorpresa, Julie se puso seria, pero había una expresión maravillada en sus ojos cuando miró los suyos.

-Para empezar -susurró-, la mujer muchas veces siente lo que sentí yo cuando estabas dentro de mí.

-¿Y qué sentiste? -preguntó él, sin poder contenerse.

-Me sentí querida -contestó Julie con voz entrecortada-. Y necesitada. Desesperadamente necesitada. Y muy, muy especial. Me sentí... completa.

El corazón de Zack se contrajo con una emoción tan intensa que le dolió.

-¿Entonces por qué llorabas?

-Porque a veces la belleza me hace eso -contestó ella en susurros.

Zack miró sus ojos resplandecientes y vio la belleza suave y el espíritu indomable que hacen llorar a un hombre.

-¿Alguien te ha dicho que tienes la sonrisa de la madonna de Miguel Ángel? Julie abrió la boca para protestar pero él se lo impidió con un beso.

-¿No te parece un comentario un poco sacrilego, considerando lo que acabamos de hacer?-preguntó. Zack sofocó una carcajada.

-No, pero probablemente lo sea cuando consideres lo que estamos por hacer ahora. Ella bajó la cabeza.

-¿Qué?

Zack empezó a sacudirse de risa, por el mero júbilo que ella le producía, mientras su boca iniciaba un suave descenso.

-Ya te lo mostraré.

Julie contuvo el aliento y arqueó las caderas ante el sensual ataque de sus manos y su boca.

La risa desapareció de la mente de Zack, reemplazada por algo mucho más profundo.

## 32

Apoyada contra una montaña de almohadas de pluma, en el dormitorio principal, Julie observó los platos sobre la mesa ratona frente a la chimenea. Habían desayunado tarde allí, y después Zack la llevó de regreso a la cama y volvió a hacerle el amor. La había mantenido despierta casi toda la noche, haciéndole el amor con una mezcla de urgente exigencia y exquisita ternura que Julie encontraba salvajemente excitante y atormentadoramente dulce. Cada vez que él acababa, la tomaba en sus brazos y la sostenía contra su cuerpo mientras dormitaban. Ya era más de mediodía y estaban sentados en la cama, mientras él le acariciaba perezosamente un brazo. Por desgracia, a la luz del día, a ella le resultaba cada vez más difícil imaginar que ésa era una casita donde se encontraba a salvo en una cama cálida junto a un hombre común, que además era su devoto amante. A plena luz del día tenía amarga conciencia de que el hombre que le hacía el amor con tan violenta ternura, que gemía de pasión en sus brazos y que la hacía gritar y sentir que era la única mujer que se le había entregado así, también había hecho el amor con incontables actrices de cine y personalidades sexualmente atractivas. Ese había sido su mundo... un mundo lujoso y frenético, poblado de gente rica, hermosa y talentosa que, además, contaba con todas las conexiones necesarias.

Ésa fue la vida anterior de Zack y, aunque lo perdió todo, Julie no dudaba que, ahora que estaba libre para buscar al verdadero culpable, demostraría su inocencia... de ser posible con su inexperta pero ansiosa ayuda. Una vez que lo hiciera, podría reanudar su vida anterior, continuar su brillante carrera en Hollywood. Entonces dejaría de necesitarla. Y cuando eso sucediera, cuando ella quedara reducida al nivel de "vieja amiga", sabía que su dolor sería tremendo.

Zack no se enamoraría de ella ni le haría declaraciones de amor eterno. En ese momento, simplemente la necesitaba y, por algún motivo. Dios dispuso que ella estuviera a su lado. Lo único que podía hacer era vivir cada momento a medida que llegaba, saborearlo y memorizarlo para los años venideros. Eso significaba no pedirle nunca más de lo que él podía dar, no obligarlo a cargar con sus sentimientos, y mantener su corazón lo más intacto posible. Eso significaba encontrar la manera de mantener la situación lo más liviana y frivola que fuera posible. Deseó ser sofisticada y tener experiencia con los hombres; eso le habría resultado de gran ayuda para lograrlo. -¿En qué estás pensando? -preguntó Zack. Ella volvió la cabeza y lo vio estudiándola con expresión preocupada.

-En nada demasiado profundo. -Trató de evadirse, con una sonrisa brillante y artificial.

-Pensaba en la vida en general.

-Háblame de eso.

Julie trató de evitar a la vez la mirada escrutadora de Zack y el tema tan peligroso, así que se apartó de él, levantó las rodillas y se las rodeó con los brazos.

-En realidad no vale la pena hablar de eso.

-¿Por qué no dejas que lo decida yo? Ella le dirigió una mirada sombría.

-¿Siempre has sido tan autoritario?

-Es una de mis cualidades menos atractivas-contestó él, impenitente-. Concretamente, ¿en qué pensabas?

Julie levantó los ojos al cielo, exasperada, pero al ver que él seguía mirándola como esperando su respuesta, decidió decirle parte de la verdad. Apoyó la barbilla sobre las rodillas para evitar su mirada.

-Estaba pensando en lo extraña que es la vida. Todo parece previsible y después, de

un instante a otro... en el tiempo que se tarda en salir de la ruta interestatal para tomar un café, todo puede cambiar.

Zack apoyó la cabeza contra las almohadas, cerró los ojos y tragó aliviado. Pensó que Julie estaba meditando sobre la realidad lógica y verdadera de que él le estaba arruinando la vida.

Por el rabillo del ojo Julie lo miró fugazmente y, al notar su cara tensa, se angustió. Lo que Zack necesitaba eran risas, un ambiente liviano y sensual, en lugar de ponerse a filosofar o a hablar de temas de intensidad emocional, y resolvió no permitir que volviera a arrinconarla en un tema así.

Zack lanzó un profundo suspiro y habló sin abrir los ojos.

-¿Quieres quedarte aquí conmigo, Julie? -preguntó.

-¿Me estás dando una opción? -bromeó ella, firme en su decisión de no hablar de temas profundos. En cuanto lo dijo notó que él endurecía la mandíbula, y tuvo la extraña sensación de que tampoco esa vez le había dado la respuesta que él necesitaba.

-No -dijo Zack, después de una larga pausa-. Me temo que no.

-Si me dejaras ir, ¿crees que le diría a la policía dónde estás? ¿De eso se trata?

-No. Si me dieras tu palabra de que no lo harías, la aceptaría,

-¿Entonces, por qué?

-Porque no creo que pudieras soportar el interrogatorio implacable a que te someterían. Aun en el caso de que les dijeras que te vendé los ojos hasta que te dejé en libertad, seguirían interrogándote, tratando de "ayudarte" a recordar algo significativo, y tarde o temprano te venderías sin darte cuenta y sin tener la intención de hacerlo.

Esa vez Julie trató de mantener el equilibrio entre la sinceridad y el humor.

-Está bien. Entonces supongo que no tendré más remedio que quedarme en esta casita destartalada y pasar algunos días con este hombre exasperante, malhumorado y dictatorial que tiene un insaciable apetito sexual. Posiblemente salga de aquí sin poder caminar o mantenerme de pie sin ayuda.

Zack mantuvo los ojos cerrados, pero en sus labios apareció una leve sonrisa.

-Yo no soy malhumorado.

-Pero sí exasperante, dictatorial e insaciable -retrucó ella con una risita, con la sensación de que controlaba más la situación y a sí misma-. Ya sé, ¿por qué no salimos un poco?

Entonces la sonrisa de Zack fue franca y amplia.

-Ni lo pienses. Se te congelaría el trasero.

-Pensaba cubrirlo de ropa antes de salir -informó ella con aire pudoroso-. El aire fresco y la actividad física pueden curar cualquier cosa.

-Excepto el congelamiento. Ella lo golpeó con una almohada y comenzó a levantarse.

-¿Es necesario que siempre te quedes con la última palabra?

-Por lo visto.

-Entonces tendrás que conversar contigo mismo, porque yo pienso salir -informó poniéndose la bata de cama-. A pesar de los encantos sibaríticos de estar aquí adentro contigo, necesito un poco de sol y aire fresco. Si estuviera en casa, a esta hora estaría en el patio del colegio con mis alumnos, en el recreo de mediodía.

-Encantos sibaríticos -repitió él con una risita-. ¡Qué linda frase! Me gusta.

-No me sorprende -contestó ella con una sonrisa, mientras se dirigía hacia el baño de su dormitorio para ducharse y vestirse.

-Usa este baño, es mucho más agradable -aconsejó Zack.

*33*

Julie permaneció a un lado del enorme espejo del baño, bajo las lámparas de bronce que lo enmarcaban, secándose el pelo, mientras Zack se afeitaba en su lado del espejo. En lugar de usar el cuarto de baño más pequeño que daba a su dormitorio, que fue lo que Julie pensó que él haría, Zack también utilizó ese. Julie decidió que eso de compartir un baño con un hombre encerraba una extraña intimidad. Y además, estaban los sonidos: el sonido del agua de la ducha de Zack que empezó a correr mientras ella estaba en la suya, y ahora el sonido del agua que corría en el lavatorio mientras él se afeitaba.

Cuando, envuelta en una toalla verde, Julie se dirigía a su dormitorio a vestirse, Zack le dijo:

-Ponte algo del placard de este cuarto.

Sobresaltada porque era la primera vez que hablaban desde que compartieron juntos el baño, Julie se volvió y lo vio parado junto al lavatorio, con las caderas angostas envueltas en una toalla igual a la suya, y la cara cubierta de crema de afeitar..

-No -contestó ella-. Lo hice anoche y no me sentí bien.

-Me imaginé que eso nos provocaría una discusión -contestó él.

-Es agradable ganarte una discusión de vez en cuando -contestó Julie, sonriendo.

Se encaminó al dormitorio, rumbo a la silla donde la noche anterior había depositado su ropa. Ya no estaba allí. Durante algunos instantes se quedó mirando la silla, como si la ropa pudiera volver a materializarse; después giró sobre sus talones y se encaminó al baño, con expresión beligerante.

-¡Te advierto que no estoy dispuesta a ponerme nada que cuelgue en ese placard!

Zack le dirigió una mirada divertida mientras seguía afeitándose.

-Bueno, ahí tienes un pensamiento capaz de excitar a un macho insaciable como yo... tenerte todo el día dando vueltas desnuda a mi alrededor.

Ella contestó con su tono de maestra más severo.

-Zack, estoy haciendo grandes esfuerzos por no ponerme de mal humor...

Zack sofocó una carcajada al verla tan adorable, y se negó a contestar.

-¡Zack! -exclamó ella con aire sombrío, avanzando amenazante y autoritaria-. ¡Quiero que me devuelvas mi ropa en este mismo instante!

Estremeciéndose de risa, Zack se lavó la cara con agua fría y luego se la secó.

-¿Y si no lo hago, señorita Mathison? -preguntó-. ¿Qué me sucederá? ¿Me pondrás una mala nota?

Julie había tenido que enfrentar tantas rebeliones adolescentes que sabía que perdería terreno si mostraba su frustración. Lo miró con expresión firme y enfática.

-En ese aspecto, no soy negociable. Zack dejó caer la toalla y se volvió, con una maravillosa sonrisa.

-Tienes un espléndido vocabulario -dijo con sincera admiración. Julie apenas lo oyó. Miraba con sorpresa la imagen viviente de ese hombre apuesto, atractivo y carismático que había visto durante años en gigantescas pantallas de cine y televisión. Hasta ese momento, Zachary Benedict, el hombre, para ella nunca se había parecido demasiado a Zachary Benedict el actor, de manera que le resultaba fácil ignorar qué y quién había sido. Cinco años de cárcel habían endurecido su rostro y trazado líneas de tensión en sus ojos y en su boca, dándole un aspecto más duro y mayor, pero todo eso había cambiado en una noche. Ahora que estaba bien descansado, sexualmente satisfecho y recién afeitado, el parecido era tan grande que ella retrocedió, nerviosa y

sorprendida, como si acabara de toparse con un extraño.

-¿Por qué me miras como si me salieran pelos de las orejas?

La voz era familiar. Conocía esa voz. Eso resultaba tranquilizante. Julie se obligó a abandonar esas fantasías ridiculas y volver a la realidad. A la discusión que mantenían. Más decidida que nunca a ganar, cruzó los brazos sobre el pecho.

-Quiero mi ropa.

Él imitó su actitud, cruzando también los brazos sobre el pecho, pero en lugar de mirarla con enojo, sonreía.

-No tienes la menor posibilidad de recuperarla, querida... Elige algo de ese placard.

Julie se sintió tan frustrada y desequilibrada que tuvo ganas de golpear el piso con los pies.

-¡Maldito sea, quiero mi...!

-¡Por favor! -interrumpió él en voz baja-. Elige algo de ese placard. -Y al ver que ella se disponía a discutir, agregó: -Tiré tu ropa a la chimenea.

Julie supo que acababa de vencerla, pero la insensibilidad de Zack para manejar la situación la enojó y le dolió.

-Para un ex astro de cine pueden haber sido trapos inservibles -retrucó furiosa-, ¡pero era mi ropa, trabajé para pagarla, la compré y me gustaba!

Giró sobre sus talones y enfiló hacia el placard, sin advertir que su frase había dado en el blanco con más fuerza de la que pudiera haber soñado. Ignoró los vestidos y las polleras que colgaban a ambos lados y tomó el primer par de pantalones y el primer suéter que se cruzaron en su camino. Los apoyó contra su cuerpo para comprobar si le cabrían y se los puso sin ceremonia alguna. Los pantalones eran de cachemir verde esmeralda y el suéter de un tono haciendo juego. Dejó el suéter afuera del pantalón, tomó un cinturón, se lo puso, se volvió y casi chocó contra Zack.

Estaba parado en la puerta, y le bloqueaba el paso.

-Discúlpame -dijo Julie tratando de pasar y sin mirarlo siquiera.

Él contestó con un tono tan implacable como su postura.

-Por mi culpa has tenido que usar la misma ropa durante los últimos tres días. Quería que pudieras ponerte otra cosa, para no sentirme culpable cada vez que miraba tus jeans. -Sin mencionar que además se moría de ganas de verla vistiendo ropa hermosa y fina y digna de su figura y su belleza, agregó: -Te pido por favor que me mires y me dejes explicar.

Julie tenía el coraje y la tozudez suficientes para contrarrestar su tono persuasivo, pero no estaba tan enojada como para no comprender la lógica de lo que Zack decía, y además comprendía que era tonto arruinar el poco tiempo que tenían con una discusión sin sentido.

-Me revienta que me ignores y que te quedes mirando el piso -dijo él-. Me da la sensación de que crees que mi voz es la de alguna cucaracha y que la estás buscando para pisarla.

-¡Eres completamente incorregible! -dijo Julie, levantando la mirada.

-Y tú, completamente maravillosa.

El corazón de Julie estuvo a punto de dejar de latir ante su expresión solemne, pero de repente recordó que Zack era actor, y se advirtió que sólo conseguiría sentirse más herida en el futuro si consideraba que algunos piropos casuales eran verdaderas expresiones de cariño.

Al ver que ella no respondía, Zack sonrió y se dirigió al dormitorio.

-Te propongo que nos pongamos unas camperas y salgamos, si todavía tienes ganas de tomar aire -dijo, hablando por sobre el hombro.

Julie lo miró con incredulidad, lo siguió, se detuvo frente a él, abrió los brazos y lo obligó a mirarla.

-¿Con esta ropa? ¿Te has vuelto loco? ¡Estos pantalones de cachemir deben de haber costado... por lo menos doscientos dólares!

Al recordar algunas de las cuentas de Rachel, Zack calculó que debían acercarse más a los seiscientos dólares, pero no hizo ningún comentario. En realidad tenía tantas ganas dfe salir con ella, y sabía que Julie se moría por un poco de aire libre, que le puso las manos sobre los hombros y dijo mucho más de lo que pensaba.

-Julie, esa ropa pertenece a una mujer que es dueña de una serie de tiendas elegantes que venden ropa hermosa y refinada. Te aseguro que ella no tendría ningún inconveniente en que tú usaras lo que se te diera la gana... -Antes de terminar la frase comprendió lo que había dicho y no pudo creer en su propia tontería. Julie lo miraba con los ojos muy abiertos de sorpresa y él adivinó sus pensamientos antes de que hablara.

-¿Quiere decir que conoces a los dueños de esta casa? ¿Que ellos te dieron permiso para usarla? ¿No crees que están corriendo un riesgo tremendo al ocultar a un fugitivo... ?

-¡No sigas! -ordenó él, con más rudeza de la necesaria-. ¡Yo no quise decir nada por el estilo!

-¡Pero sólo trato de entender... !

-¡Maldito sea! ¡No quiero que entiendas! -Al comprender que era una injusticia que volcara su enojo sobre ella, se pasó una mano por el pelo y dijo con tono un poco más paciente: -Trataré de explicarte esto lo más clara y sucintamente posible, y después no quiero que volvamos a tocar el tema. Cuando vuelvas a tu casa -prosiguió diciendo Zack-, la policía te interrogará acerca de todo lo que hice y dije mientras estuvimos aquí, para tratar de averiguar si conté con ayuda exterior y hacia dónde me dirijo. Te harán repetirlo y repetirlo y repetirlo hasta que estés extenuada y ya no puedas pensar con claridad. Lo harán con la esperanza de que recuerdes algo que antes olvidaste y que a ellos pueda resultarles significativo, aunque tú no le hayas dado importancia. Mientras puedas decirles la verdad, toda la verdad, que es exactamente lo que te aconsejaré que hagas cuando te vayas de aquí, no tendrás de qué preocuparte. Pero si tratas de protegerme ocultándoles algo o si les mientes, llegará el momento en que te confundirás, y cuando lo hagas, lo percibirán y te harán pedazos. Empezarán a creer que fuiste mi cómplice desde el principio, y te tratarán como tal.

"Te voy a pedir que les digas sólo una mentira pequeña y poco complicada que debería ayudarnos a ambos, sin ponerte en peligro de tropezar durante los interrogatorios. Más allá de eso, no quiero que le mientas ni le ocultes nada a la policía. Diles todo. A esta altura, no estás enterada de nada que pueda perjudicarme a mí o a nadie que esté involucrado conmigo. Y tengo intenciones de mantenerlo así -agregó con tono enfático-. Por mi bien y por el tuyo. ¿Está claro? ¿Comprendes por qué no quiero que me hagas más preguntas?

Frunció el entrecejo cuando, en lugar de asentir, ella le contestó con otra pregunta. Pero cuando la oyó, se relajó.

-¿Cuál es la mentira que me pedirás que diga?

-Te voy a pedir que le digas a la policía que no sabes dónde está situada esta casa. Que les digas que después que estuviste por huir en esa playa de camioneros, te vendé los ojos y te obligué a permanecer acostada en el asiento trasero durante el resto del viaje, para que no pudieras volver a tratar de escapar. Es creíble y lógico y no lo pondrán en duda. También ayudará a neutralizar la versión de ese maldito camionero; ése es el único motivo que puede tener la policía para sospechar que eres mi cómplice. Haría cualquier cosa en el mundo con tal de no tener que pedirte que mientas por mí, pero creo que será lo mejor.

-¿Y si me niego?

El rostro de Zack adquirió instantáneamente una expresión dura e introvertida.

-Eso es cosa tuya, por supuesto -dijo con helada cortesía. Hasta ese momento, en que fue testigo del cambio que se producía en él al pensar que la confianza que le tenía era infundada, Julie no se había dado cuenta de hasta qué punto se había suavizado desde el día anterior. Sus bromas y su ternura al hacerle el amor no eran simplemente una manera conveniente y agradable de pasar el tiempo mientras tuvieran que permanecer juntos... por lo menos parte de eso era verdadero. El descubrimiento le resultó tan dulce, que estuvo a punto de no oír lo que él decía. -Si decides decirle a la policía donde está ubicada esta casa, te agradecería que también te acordaras de decirles que yo no tenía llave y que estaba dispuesto a forzar la puerta si no encontraba una. Si no pones énfasis en ese punto, los propietarios de esta casa, que son tan inocentes como tú y que no colaboraron en mi plan de huida, se verán sujetos a las mismas sospechas injustas a que te ves sujeta tú a causa de lo que dijo ese camionero.

Julie se dio cuenta de que él no estaba tratando de protegerse a sí mismo. Trataba desesperadamente de proteger a los dueños de esa casa. Lo cual quería decir que los conocía. Eran, o habían sido, amigos...

-¿Te molestaría decirme cuál de las dos cosas piensas hacer? -preguntó Zack con esa voz fría e indiferente que a ella le resultaba odiosa-. ¿O preferirías tener tiempo para pensarlo?

A los once años, Julie prometió que no volvería a mentir jamás, y en quince años nunca había roto esa promesa. En ese momento miró al hombre a quien amaba y dijo con suavidad:

-Les diré que me vendaste los ojos. ¿Cómo se te ocurre que iba a hacer otra cosa?

La recorrió una sensación de alivio al ver que desaparecía la tensión de la cara de Zack, pero en lugar de decirle algo cariñoso, la miró echando chispas y anunció:

-Tienes la distinción, Julie, de ser la única mujer que ha conseguido hacerme sentir como un yo-yo emocional, bailando en una maldita cuerda que tienes atada a un dedo.

Julie se mordió el labio inferior para no sonreír, porque le pareció maravilloso y significativo eso de afectarlo de una manera distinta de todas las demás mujeres. Aunque a él no le gustara.

-Lo... siento -dijo por fin con total falta de honestidad.

-¡Qué lo vas a sentir! -retrucó él, pero la tensión había desaparecido de su voz-. Estás haciendo todo lo posible para no reír.

Julie levantó su dedo índice y lo inspeccionó con cuidado.

-A mí me parece un dedo común y corriente -bromeó.

-No hay absolutamente nada común en ti, señorita Mathison -contestó él entre irritado y divertido-. ¡Que Dios ayude a quienquiera se case contigo, porque el pobre tipo envejecerá antes de tiempo!

La conclusión obvia y despreocupada de Zack de que ella terminaría casándose con alguien que no fuera él, y para peor con alguien a quien compadecía, sofocó el brote de felicidad de Julie y la hizo volver a la tierra. Se prometió que a partir de ese momento nunca volvería a ver en las palabras y los actos de Zack más de lo que realmente había en ellos.

Pero pese a que simuló indiferencia, Zack tuvo la desagradable sensación de que acababa de herirla. Instantes después se reunió con ella junto al placard del vestíbulo, donde Julie se estaba poniendo el traje para nieve que había usado el día anterior.

-Me había olvidado por completo de la existencia de este traje -explicó-. Protegerá la ropa que tengo debajo. Saqué otro para ti del placard -agregó, señalando con la cabeza uno del tamaño de Zack.

Mientras se lo ponía, Zack llegó a la conclusión de que la conversación que acababan de mantener en el dormitorio todavía necesitaba más aclaraciones.

-No quiero discutir contigo, te aseguro que es lo último en el mundo que querría. Y decididamente no quiero hablar contigo de mis planes futuros ni de mis

preocupaciones actuales. Yo mismo estoy haciendo todo lo posible por no preocuparme y por disfrutar simplemente la sorpresa que significa tenerte aquí. Trata de comprender que los próximos días, aquí, en esta casa, contigo, serán los últimos días "normales" de mi vida. Aunque debo confesarte que no tengo la menor idea de lo que quiere decir "normal".. Pero la cuestión es que aunque los dos sepamos que ésta es una fantasía que va a tener un final abrupto, todavía gozo con ella... unos cuantos días idílicos vividos aquí arriba contigo para recordar después. Y no quiero arruinarlos pensando en el futuro. ¿Comprendes lo que trato de decirte?

Julie ocultó tras una sonrisa la compasión y la pena que sus palabras le provocaban.

-¿Me está permitido saber cuánto tiempo vamos a estar aquí juntos?

-Yo... todavía no lo he decidido. No más de una semana.

Julie trató de no pensar en lo breve que era ese tiempo y resolvió hacer lo que él le pedía, pero planteó la pregunta que la angustiaba desde que salieron del dormitorio.

-Antes de que terminemos con ese tema de la policía y todo lo demás, debo preguntarte algo. Es decir, quiero aclarar algo.

Zack observó que un maravilloso rubor le trepaba por las mejillas y Julie inclinó presurosa la cabeza, concentrándose en la tarea de meterse el pelo dentro de una gorra tejida.

-Dijiste que querías que le dijera todo a la policía. Supongo que no habrás querido decir que esperas que les cuente que nosotros... yo... tú...

-Ya me has proporcionado todos los pronombres -bromeó Zack, que sabía muy bien adonde quería llegar Julie-, ¿te parece que me podrías dar un verbo que los acompañe?

Ella se puso los guantes, colocó las manos en jarras y le dirigió una mirada de cómica desaprobación.

-Tienes demasiada labia, señor Benedict.

-Trato de mantenerme a tu altura.

Ella meneó la cabeza en actitud de falso disgusto y se volvió hacia la puerta trasera. Zack la alcanzó justo cuando salía.

-No quise tratar tu última pregunta con indiferencia -explicó. Cerró la puerta tras él, se puso los guantes y pisó con cuidado un sendero trazado por el viento y rodeado de un metro y medio de nieve. Ella se volvió a esperarlo, y al mirarla Zack perdió el hilo de lo que pensaba decir. Con el pelo metido bajo el gorro y la cara lavada con excepción de un toque de lápiz labial, Julie era una maravilla con piel de porcelana y ojos color zafiro enmarcados por oscuras pestañas y graciosas cejas. -Por supuesto que no quise decir que debías informarles que hemos tenido relaciones íntimas; eso es sólo cosa nuestra. Pero por otra parte -agregó, recuperando la compostura-, considerando que soy un asesino convicto, lo lógico es que supongan que no vacilaría en forzarte a mantener una relación sexual conmigo. Considerando la mentalidad de cloaca de la mayoría de los policías, cuando niegues que te violé te someterán a toda clase de preguntas y tratarán de conseguir que les reveles que tal vez quisiste que me acostara contigo y que por eso lo hice.

-¡No lo digas así! -exclamó ella con expresión de virgen ultrajada, cosa que, comprendió Zack, en realidad era.

-Lo estoy diciendo de la manera en que ellos lo pensarán -explicó-. Abordarán el tema de una docena de maneras diferentes, y que no aparentarán tener relación entre sí, como pedirte que describas la casa que utilicé como escondite, ostensiblemente para poder localizarla y revisarla en busca de pistas. Después te harán preguntas sobre los dormitorios y la decoración de esos cuartos. Sólo Dios sabe las preguntas que te harán, pero en el instante mismo en que reveles demasiados conocimientos, o demasiados sentimientos, acerca de algo que me concierna personalmente, supondrán lo peor y saltarán sobre ti. Cuando te traje a este lugar, nunca imaginé que tendrían tan buenos motivos para creerte una aliada mía. Y no los tendrían, si ese maldito camionero no

hubiera,..-Se interrumpió y meneó la cabeza. -Cuando estuviste a punto de huir en esa playa de estacionamiento para camiones, no pensé en nada aparte de la necesidad inmediata de detenerte. No creí que el camionero hubiera alcanzado a vernos lo suficientemente bien como para reconocernos después. De todos modos, el mal ya está hecho y no tiene sentido hablar sobre algo que ya no tiene solución. Cuando la policía te interrogue sobre ese episodio, diles exactamente lo que sucedió. Te considerarán heroica. Y lo fuiste. -Le colocó las manos sobre los brazos para enfatizar sus palabras. -Escúchame con cuidado, .y después quiero que no volvamos a hablar del tema. Cuando la policía te esté interrogando acerca de nuestra relación mientras estuvimos aquí, si de alguna manera se te escapa algo que revele que tuvimos relaciones íntimas, quiero que me prometas una cosa.

-¿Qué? -preguntó Julie, desesperada por dejar de hablar del tema antes de que influyera en el estado de ánimo de ambos.

-Quiero que me prometas que les dirás que te violé. -Ella se quedó mirándolo con la boca abierta. -Ya he sido convicto de asesinato -agregó Zack-, y créeme que mi reputación no empeorará agregándole el cargo de violación. Pero en cambio eso puede salvar tu reputación, y es lo único que importa. Lo comprendes, ¿verdad? -preguntó, estudiando la mirada extraña que le dirigía Julie.

Pero enseguida le contestó con voz muy suave y muy, muy dulce.

-Sí, Zack -dijo con poco común docilidad-. Comprendo. Comprendo que ¡te... has... vuelto... loco! -Dicho lo cual le apoyó ambas manos en los hombros y le dio un fuerte empujón, haciéndolo caer sobre más de un metro y medio de nieve.

-¿Por qué diablos hiciste eso? -preguntó Zack mientras luchaba por salir del pozo que su cuerpo había formado en la nieve blanda.

-Eso -contestó ella con su sonrisa más angelical, las manos en las caderas, las piernas levemente separadas-, ¡fue por haber osado sugerir que yo siquiera consideraría la posibilidad de decirle a alguien que me violaste!

En lo alto de la cima de una apartada montaña de Colorado, las risas resonaron casi constantemente a lo largo de una tarde de invierno, sobresaltando a las ardillas que observaban desde los árboles, mientras dos seres humanos interrumpían la paz del lugar jugando como chicos en la nieve, persiguiéndose por entre los árboles, tirándose bolas de nieve, y luego dedicándose a completar la construcción del muñeco de nieve que, ya terminado, no se parecía a ningún otro muñeco de nieve de los anales de la historia...

*34*

Sentados juntos en el sofá, con las piernas estiradas, los pies apoyados sobre la mesa ratona y cubiertos por una manta tejida, Julie miró la pared de vidrio del otro lado del living. Estaba deliciosamente extenuada después de la tarde al aire libre, de una comida deliciosa y de haber hecho el amor con Zack sobre el sofá. Aun en ese momento, mucho después de haber terminado de hacer el amor y cuando él estaba enfrascado en sus pensamientos, con la mirada clavada en el fuego, la tenía abrazada, con la cabeza apoyada sobre su hombro como si disfrutara de tenerla cerca y tocarla.

En tanto, Zack pensaba que nunca se cansaba de estar con Julie, en la cama o fuera de ella, y para él ésa era una experiencia sin precedentes. Julie calzaba en la curva de su brazo como si hubiera sido hecha para él; en la cama era a la vez un ángel y una cortesana. Era capaz de hacerlo remontar hasta alturas increíbles de pasión con un sonido, una mirada, un contacto. Fuera de la cama era divertida, fascinante, ingeniosa, terca e inteligente. Lo enfurecía con una palabra y enseguida lo desarmaba con una sonrisa. Era inconscientemente sofisticada, nada pretenciosa, y estaba tan llena de vida y de amor que lo hipnotizaba.

Él era nueve años mayor y mil veces más duro que ella, y sin embargo había algo en Julie que lo suavizaba y lograba que le gustara ser suave, y ambas cosas eran también experiencias novedosas para él. Antes de ser condenado, las mujeres lo acusaban de ser cualquier cosa, desde distante e inalcanzable hasta frío y cruel. Varias mujeres le habían dicho que parecía una máquina y una de ellas llevó la analogía a una definición: dijo que el sexo lo encendía y que luego se apagaba para todo, excepto su trabajo. Durante una de las frecuentes discusiones que mantenía con Rachel, ella le dijo que era capaz de encantar a una serpiente y que era tan frío como uno de esos ofidios.

-¿Zack?

El simple sonido de la voz de Julie tenía un efecto mágico sobre él; en boca de ella su nombre sonaba especial, diferente.

-¿Hmmm?

-¿Te das cuenta de lo poco que sé acerca de ti, a pesar de que hemos... este... hemos sido...? -Julie se interrumpió, sin saber si usar la palabra amantes sería pretender demasiado.

Zack percibió su tímida incertidumbre y sonrió porque pensó que posiblemente estuviera buscando alguna palabra formal y decorosa -y por lo tanto completamente inapropiada- para describir la pasión que compartían, o bien una palabra que definiera lo que eran el uno para el otro.

-¿Qué preferirías -preguntó sonriendo-, una palabra o una frase completa?

-No seas tan pagado de tí mismo. Da la casualidad de que estoy calificada para enseñar educación sexual en todos los niveles educativos.

-¿Entonces dónde está el problema? -preguntó Zack, riendo.

La respuesta de Julie hizo desaparecer su risa, lo dejó sin aliento y lo derritió por completo.

-De alguna manera -dijo ella, estudiando las manos que tenía entrelazadas sobre la falda-, un término clínico como intercambio sexual me parece equivocado para describir algo que es tan... tan dulce cuando lo hacemos nosotros. Y tan profundo.

Zack apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá y cerró los ojos, en un esfuerzo por tranquilizarse, mientras pensaba por qué sería que ella ejercía un efecto tan tremendo

sobre él. Instantes después logró hablar en voz casi normal.

-¿Y qué te parece la palabra amantes?

-Amantes -aceptó ella, asintiendo repetidas veces-. Lo que estaba tratando de explicarte era que, aunque hemos sido amantes, no sé nada acerca dfti.

-¿Qué te gustaría saber?

-Bueno, para empezar: ¿Zachary Benedict es tu verdadero nombre o te lo pusiste cuando empezaste a ser actor?

-Me llamo realmente Zachary. Benedict no es mi apellido sino mi segundo nombre. Recién lo convertí legalmente en mi apellido a los dieciocho años.

-¿En serio? -Ella volvió la cabeza y su mejilla suave le acarició el brazo cuando levantó la cara para mirarlo. Hasta con los ojos cerrados él percibía esa mirada, adivinaba su sonrisa llena de curiosidad, y mientras esperaba la pregunta inevitable, Zack recordó otras cosas.

"Yo nunca te habría rechazado, Zack. ¡Cómo te atreves a sugerir que yo consideraría la posibilidad de decirle a alguien que me violaste!

Intercambio sexual me parece un término equivocado para describir algo que es tan... tan dulce cuando lo hacemos nosotros. Y tan profundo."

La voz de Julie se interpuso en sus recuerdos.

-¿Cuál era tu apellido antes de que lo cambiaras por Benedict?

Era exactamente la pregunta que Zack esperaba, la que jamás había contestado.

-Stanhope.

-¡Qué apellido tan lindo! ¿Por qué lo cambiaste?

-Julie notó que Zack tensaba la mandíbula, y cuando abrió los ojos le sorprendió la expresión de dureza que vio en ellos.

-Es una larga historia -contestó.

-¡Ah! -exclamó ella. Y decidió que debía de ser una historia desagradable, de manera que por el momento era mejor no insistir en el asunto. Decidida a distraerlo, dijo lo primero que se le pasó por la cabeza. -Ya sé una cantidad de cosas sobre tu juventud, porque en esa época mis hermanos mayores era admiradores tuyos.

Zack la miró, con plena conciencia de que Julie había sofocado su natural curiosidad con respecto a su "larga historia", y eso puso un manto de calidez sobre el frío que lo recorrió al pronunciar el apellido Stanhope.

-¡Ah! ¿Así que eran admiradores míos? -preguntó en tono de broma.

Julie asintió, aliviada al ver que su cambio de tema había dado tan buenos resultados.

-Y como lo eran, sé que creciste solo, que viajaste por el país con rodeos y enlazando novillos, que viviste en ranchos y que eras domador de caballos... ¿Dije algo gracioso? /

-A riesgo de arruinar tus ilusiones, princesa

-dijo Zack, muerto de risa-, debo decirte que esas historias fueron producto del departamento de publicidad del estudio, integrado por gente de una imaginación desenfrenada. La verdad es que prefiero pasar dos días sentado en un ómnibus antes que dos horas sobre el lomo de un caballo. Y que si hay algo en el mundo que me disgusta más que los caballos, son las vacas. Es decir, los novillos.

-¡Vacas! -exclamó ella, y su risa contagiosa resonó como música, y le caldeó el corazón. Julie levantó las rodillas hasta su pecho, se las tomó con los brazos y lo miró, absorta y fascinada.

-¿Y tú? -preguntó Zack, tomando su copa de vino, en un intento de distraerla y evitar la siguiente pregunta inevitable-. ¿Naciste con el apellido Mathison o te lo cambiaste?

-Yo no nací con apellido.

Zack detuvo la copa que estaba por llevarse a la boca.

-¿Qué?

-En realidad me encontraron dentro de una caja de cartón, colocada sobre un tacho de basura en un callejón, envuelta en una toalla. El portero que me encontró me llevó adentro y me entregó a su esposa para que me hiciera entrar en calor y pudieran llevarme a un hospital. Al hombre le pareció que era justo que llevara el nombre de su esposa, que me cuidó ese día, y por eso me pusieron Julie.

-¡Mi Dios! -dijo Zack, tratando de no demostrar lo horrorizado que estaba.

-¡Tuve suerte! Pudo haber sido muchísimo peor. Zack estaba tan espantado que no alcanzó a ver el brillo divertido de los ojos de Julie.

-¿Cómo?

-La mujer del portero pudo haberse llamado Mathilda. O Gertrude. O Wilhimena.

Él sintió que le volvía a suceder, esa manera tan peculiar en que se le estrujaba el corazón, ese extraño dolor que sentía dentro del pecho cada vez que ella le sonreía así.

-De todos modos la historia tuvo un final feliz -dijo, tratando de tranquilizarse, cosa que a esa altura de las circunstancias era ridicula, hasta en él-. Te adoptaron los Mathison, ¿verdad? -Y al ver que ella asentía, concluyó: -Y ellos consiguieron una hermosa bebita a quien amar.

-No exactamente.

-¿Cómo? -volvió a preguntar él, sintiéndose estúpido y atontado.

-Lo que los Mathison recibieron fue una chica de once años que ya había tratado de embarcarse en una vida de crimen en las calles de Chicago... ayudada y alentada por algunos chicos un poco mayores que ella que le enseñaron ciertas... tretas. En realidad -agregó alegremente-, es probable que hubiera tenido una carrera muy ilustre. -Levantó una mano y meneó uno de sus largos dedos antes de explicar:

-Tenía dedos muy veloces. Pegajosos.

-¿Robabas?

-Sí, y me arrestaron cuando tenía once años.

-¿Por robar? -preguntó Zack con incredulidad.

-¡Por supuesto que no! -exclamó Julie con aire ofendido-. Era demasiado rápida para que me sorprendieran robando. Me enjaularon acusada de vagancia.

Zack se quedó mirándola. Al oírla hablar en la jerga de la calle, tuvo ganas de sacudir la cabeza para aclararse las ideas. Y sin embargo, su imaginación, que le había permitido convertirse en un excelente director de cine, ya empezaba a trabajar, visualizándola como probablemente debía de haber sido de chica: pequeña y delgada por la mala alimentación, con una cara de pilluelo dominada por esos ojos enormes... el mentón tozudo... el pelo oscuro, corto y mal cuidado...

Dispuesta a enfrentar el mundo duro y cruel... Dispuesta a desafiar a un ex convicto... Dispuesta a cambiar de idea y quedarse a su lado, desafiando todo lo que era y había aprendido, porque ahora creía en él...

Tironeado por la risa, la ternura y la sorpresa, Zack le dirigió una mirada de arrepentimiento.

-Me acabo de dejar llevar por la imaginación.

-¡No me cabe duda! -contestó ella, sonriendo.

-¿Qué estabas haciendo cuando te pescó la policía? Ella le dirigió una mirada larga y divertida.

-Algunos chicos mayores que yo me estaban haciendo el favor de enseñarme una técnica que me habría sido útil para habérmelas contigo. Pero ayer, cuando lo intenté con el Blazer, no conseguí recordar qué iba dónde.

-¿Perdón? -dijo Zack, sin entender.

-Ayer traté de hacer arrancar el Blazer haciéndole un puente.

La carcajada de Zack rebotó en el cielo raso y antes de qué Julie pudiera reaccionar,

la tomó en sus brazos y enterró la cara en su pelo, muerto de risa.

-¡Dios me ayude! -susurró-. ¡Sólo a mí se me podía ocurrir secuestrar a la hija de un pastor que ademar supiera arrancar un auto haciéndole un puente!

-Estoy segura de que podría haberlo hecho, si no fuera que cada dos minutos tenía que aparecer frente a esa ventana -informó Julie, y las carcajadas de Zack se intensificaron-. ¡Dios mío! -exclamó ella de repente-. ¡En lugar de tanto lío, debí tratar de robarte lo que llevabas en el bolsillo! -La carcajada de Zack casi ahogó su frase siguiente. -Si hubiera adivinado que tenías las llaves del auto en el bolsillo del pantalón, te aseguro que lo habría hecho en un segundo. -Feliz de comprobar que era capaz de hacerlo reír tanto, Julie apoyó la cabeza contra el pecho de Zack y en cuanto él dejó de reír, dijo:

-Ahora te toca a ti. ¿Donde creciste en realidad, si no fue en ranchos y esas cosas?

Zack le levantó la cara para que lo mirara.

-En Ridgemont, Pennsylvania.

-¿Y?-preguntó Julie, confusa y con la extraña impresión de que para él significaba algo especial haber contestado esa pregunta.

-Y -agregó él, mirando los ojos intrigados de Julie-, los Stanhope son dueños de una importante fábrica que, desde hace más de un siglo, constituye la columna vertebral de la economía de Ridgemont y de varias comunidades cercanas.

Ella meneó la cabeza, disgustada.

-¡Eras rico! Todas esas historias acerca de tu infancia solitaria, de que tuvieras que ganarte la vida en el circuito de los rodeos... son completamente deshonestas. ¡Y mis hermanos las creyeron!

-Me disculpo por haber engañado a tus hermanos -dijo él, riendo de su mirada de indignación-. La verdad es que, hasta que lo leí en una revista, no me enteré de lo que había inventado sobre mí el departamento de publicidad, y entonces era demasiado tarde para desdecirlos y... en esa época eso no me habría hecho ningún bien. De todos modos, me fui de Ridgemont antes de cumplir diecinueve años, y desde entonces me las arreglé solo.

Julie se moría por preguntarle por qué se había ido de su casa, pero por el momento se concretó a preguntar lo más importante.

-¿Tienes hermanos y hermanas?

-Tuve dos hermanos y una hermana.

-¿Por qué dices "tuve"?

-Supongo que por una cantidad de cosas -contestó Zack con un suspiro, volviendo a apoyar la cabeza contra el respaldo del sofá.

-Si por algún motivo prefieres no hablar de eso, no es necesario que lo hagas -dijo Julie, sensible a sus cambios de ánimo.

Zack sabía que se lo iba a contar todo, pero prefería no analizar los mil sentimientos que lo obligaban a hacerlo. Nunca sintió necesidad ni ganas de contestar esas mismas preguntas cuando se las hizo Rachel. Pero nunca les había confiado a ella o a ningún otro, algo que podía causarle dolor. Tal vez tuviera la sensación de que a Julie le debía esas respuestas, puesto que ella ya le había dado tanto. La abrazó con más fuerza y ella se le acercó, apoyando la cabeza contra su pecho.

-Hasta hoy, nunca he hablado de esto con nadie, aunque Dios sabe que me lo han preguntado infinidad de veces. No es una historia demasiado larga ni interesante, pero si mi voz te suena extraña, es porque me resulta muy desagradable y porque me siento un poco raro hablando de esto por primera vez en diecisiete años.

Julie permaneció en silencio, sorprendida y halagada al comprobar que confiaba tanto en ella.

-Mis padres murieron en un accidente automovilístico cuando yo tenía diez años -

empezó a decir Zack-, y mis dos hermanos, mi hermana y yo fuimos criados por nuestros abuelos... es decir, siempre que no estábamos pupilos en algún colegio. Había un año de diferencia entre cada uno; Justin era el mayor, después venía yo, después Elizabeth y por fin Alex. Justin era... -Zack hizo una pausa, tratando de encontrar las palabras indicadas, y no pudo. -Era un gran navegante, y a diferencia de la mayoría de los hermanos mayores, siempre estaba dispuesto a llevarme a cualquier parte que fuera. Era... bueno. Dulce. Se suicidó a los dieciocho años.

Julie no pudo evitar un jadeo de espanto.

-¡Dios mío! ¿Pero, por qué? Zack respiró hondo y soltó el aire con mucha lentitud.

-Era gay. Nadie lo sabía. Con excepción de mí. Me lo dijo menos de una hora antes de pegarse un tiro.

Al ver que él quedaba en silencio, Julie decidió hablar.

-¿No podía haber hablado con alguien... haber buscado el apoyo de la familia?

Zack lanzó una carcajada corta y sombría.

-Mi abuela era una Harrison y procedía de un antiguo linaje que poseía una rígida rectitud y principios increíblemente elevados, tanto para ellos como. para los demás. Lo habría considerado un pervertido y le habría dado públicamente la espalda a menos que se enmendara en el acto. Por otra parte, los Stanhope siempre han sido lo opuesto: temerarios, irresponsables, encantadores, amantes de las diversiones y débiles. Pero su rasgo dominante, un rasgo que pasa de generación en generación por intermedio de los hombres de la familia, es que los Stanhope son donjuanes. Siempre. Su lujuria es legendaria en esa parte de Pennsylvania, y es un rasgo del que todos están orgullosos. Incluyendo, muy especialmente, a mi abuelo. Para darte un ejemplo inofensivo, cuando mis hermanos y yo cumplimos doce años, el regalo que mi abuelo nos hizo a cada uno fue una ramera. Organizaba una pequeña fiesta íntima en la casa, llevaba allí a la prostituta que había elegido y después de la fiesta la mujer subía al cuarto del chico que cumplía años.

-¿Y qué pensaba de eso tu abuela? -preguntó Julie, disgustada-. ¿Ella dónde estaba?

-Mi abuela estaba en alguna parte de la casa, pero sabía que no podía modificar o impedir ese asunto, de modo que mantenía la cabeza en alto y simulaba ignorar lo que estaba pasando. Y manejaba de la misma manera las aventuras de mi abuelo. -Zack quedó algunos instantes en silencio y cuando Julie creyó que no seguiría hablando, continuó. -Mi abuelo murió un año después que Justin, y aun en ese momento se las arregló para dejarle a su mujer un legado de humillación. Volaba a México en su propio avión, y cuando se estrelló lo acompañaba una hermosa modelo. La familia Harrison es dueña del diario de Ridgemont, así que mi abuela pudo impedir que lo publicaran, pero fue inútil, porque las agencias de cables se enteraron y apareció en todos

los periódicos importantes, para no hablar de la radio y la televisión.

-No entiendo por qué no se divorció tu abuelo de su mujer si ella ya no le importaba.

-Yo le hice esa misma pregunta el verano antes de ingresar a Yaie. Él y yo estábamos celebrando mi próximo ingreso en la universidad emborrachándonos juntos en su estudio. En lugar de decirme que me ocupara de mis propios asuntos, había bebido tanto que me dijo la verdad, y te aseguro que estaba lúcido.

-Tomó su copa y bebió de un solo trago el cognac que le quedaba, como si quisiera lavar el gusto de sus palabras. Después se quedó mirando fijo la copa vacía.

-¿Qué te dijo? -preguntó Julie por fin. Zack la miró casi como si se hubiera olvidado de su presencia.

-Me dijo que mi abuela era la única mujer en el mundo a quien había amado. Todos creían que se había casado con ella para unir la fortuna de los Harrison con lo que

quedaba de la suya, sobre todo porque mi abuela estaba lejos de ser bonita, pero mi abuelo dijo que eso no era cierto y yo le creo. En realidad, a medida que mi abuela fue envejeciendo, se convirtió en lo que la gente llama una linda mujer... de aspecto muy aristocrático.

Volvió a quedar en silencio y Julie preguntó con disgusto:

-¿Pero por qué le creíste? Quiero decir: si la amaba no es lógico que la haya engañado tanto. Zack esbozó una sonrisa irónica.

-Tendrías que haber conocido a mi abuela. Nadie podía estar a la altura de sus conceptos morales, y menos que nadie mi abuelo, y él lo sabía. Me dijo que poco después de casarse se dio por vencido y dejó de intentarlo. El único a quien mi abuela siempre aprobó fue a Justin. Adoraba a Justin. Verás
-explicó con algo parecido a la diversión-, Justin era el único varón de la familia que se parecía a su gente. Era rubio como ella, de estatura mediana en lugar de muy alto... en realidad se parecía muchísimo al padre de mi abuela. El resto de nosotros, incluyendo a mi padre, teníamos la estatura y las facciones de los Stanhope, sobre todo yo. Yo era idéntico a mi abuelo cosa que, como imaginarás, no contribuyó a que mi abuela me tuviera un cariño especial.

Julie pensó que eso era lo más ridículo que había oído en su vida, pero se guardó sus pensamientos.

-Si tu abuela quería tanto a Justin, estoy segura de que lo habría ayudado si él le hubiera confesado que era gay.

-¡Ni lo sueñes! Mi abuela tenía un enorme desprecio por la debilidad, por cualquier debilidad y por todas ellas. La confesión de Justin la habría asqueado y hecho pedazos. -Zack miró de reojo a Julie y agregó: -Considerando todo eso, no me dirás que no se unió con la familia menos indicada. Como te dije antes, los Stanhope eran propensos a todas las debilidades. Bebían en exceso, conducían demasiado rápido, dilapidaban su dinero y después se casaban con gente bastante rica para rehacer sus temblequeantes fortunas. La única vocación de los Stanhope consistía en divertirse. Jamás se preocupaban por el futuro y, aparte de sí mismos, nadie les importaba un bledo. Hasta mis propios padres eran así. Murieron en el camino de regreso de una fiesta, borrachos, manejando a ciento cincuenta kilómetros por hora por un camino cubierto de nieve. Tenían cuatro hijos que los necesitaban, pero eso no los hizo reducir la velocidad.

-¿Alex y Elizabeth se parecen a tus padres? Zack le contestó en un tono indiferente, como si no quisiera juzgarlos.

-Alex y Elizabeth poseían las habituales debilidades y excesos de los Stanhope. A los dieciséis años, ambos se drogaban y se emborrachaban. Elizabeth ya se había hecho un aborto. Alex había sido encarcelado dos veces, por drogadicto y jugador, pero por supuesto lo soltaron sin que quedara nada anotado en su prontuario. Para hablar con justicia, no tenían quien los corrigiera. Mi abuela lo habría hecho, pero mi abuelo se oponía. Después de todo, habíamos sido criados a su imagen y semejanza. Y aunque abuela hubiera intentado ponernos en la buena senda, no habría logrado nada, pues sólo estábamos en casa un par de meses por año, durante el verano. Por insistencia de mi abuelo, el resto del año lo pasábamos pupilos en colegios caros y exclusivos. En esos lugares a nadie le importaba un bledo lo que uno hiciera, con tal de que no fuera descubierto y no causara problemas.

-Así que es posible que tu abuela tampoco aprobara a tu hermano y tu hermana, ¿verdad?

-Así es. No se gustaban nada, aunque mi abuela creía que hubieran tenido

posibilidades de salvación, de haber podido controlarlos a tiempo.

Hasta ese momento Julie había bebido cada palabra de Zack; es más, había percibido cada una de sus inflexiones y sus tonos. A pesar de que invariablemente se excluía al hablar de las "debilidades" de los Stanhope, notó que hablaba de ellos en tono desdeñoso. Julie estaba sacando interesantes conclusiones de todo lo que Zack no había dicho.

-¿Y qué me dices de ti? -preguntó con cautela-. ¿Qué sentías por tu abuela?

Zack le dirigió una mirada desafiante.

-¿Qué te hace pensar que sentía algo distinto que Alex y Elizabeth?

-Lo presiento -contestó Julie, sin dejarse amilanar. Él asintió, aprobando su agudeza.

-En realidad, la admiraba. Como ya te dije, sus normas morales eran elevadas para nosotros, pero por lo menos tenía normas. Lograba que uno tratara de ser mejor de lo que era. Aunque uno nunca lograba satisfacerla. El único que conseguía eso era Justin.

-Me contaste lo que sentía tu abuela hacia tus hermanos y tu hermana. ¿Qué sentía con respecto a ti?

-Sentía que yo era la imagen de mi abuelo.

-En tu aspecto físico -aclaró Julie.

-¿Y qué diferencia hace? -preguntó Zack con tono cortante.

Julie tuvo la sensación de estar internándose en terreno prohibido, pero decidió seguir adelante.

-Yo creo que tú reconocías la diferencia, aunque ella no -dijo con tranquila firmeza-. Tal vez te parecieras a tu abuelo, pero no eras como él. Eras como ella. Justin se le parecería físicamente, pero no era como ella. Tú sí.

Cuando Zack no pudo intimidarla con un gruñido, ni logró que se retractara, dijo con sequedad:

-Considerando que eres una criatura de veintiséis años, estás muy segura de tus opiniones.

-Buena táctica -contestó Julie, imitando a la perfección el tono de Zack-. Si no me puedes engañar, ¡ridiculízame!

-*Touché* -susurró él, inclinando la cabeza para besarla.

-Y -continuó diciendo Julie a la vez que volvía la cabeza de manera que él no pudiera besarle los labios sino sólo la mejilla-, si fracasas al ridiculizarme, intenta distraerme.

Zack lanzó una risita, le tomó la barbilla entre las manos y la obligó a ofrecerle sus labios.

-¿Sabes? -dijo con una lenta sonrisa-, podrías llegar a convertirte en un verdadero estorbo.

-¡Ah, no! Me niego a que ahora recurras a los halagos! -rió ella, impidiendo que la besara-. Ya sabes que me derrito cuando me dices cosas dulces. ¿Qué sucedió para que te fueras de tu casa?

Zack cubrió los labios risueños de Julie con los suyos.

-Un estorbo mayúsculo.

Julie se dio por vencida. Deslizó las manos por los hombros de Zack, cedió a su beso en el que puso cuerpo y alma, y sintió que por mucho que ella diera, él le daba aún más.

Cuando por fin la soltó, creyó que él sugeriría ir a la cama, pero en cambio Zack dijo:

-Supongo que te debo una respuesta sobre los motivos que me llevaron a irme de casa. Después de eso, me gustaría que no volviéramos a tratar el tema de mi familia, por supuesto siempre que tu curiosidad haya sido satisfecha.

Julie no creía que jamás pudiera saber bastante sobre Zack para que su curiosidad quedara completamente satisfecha, pero comprendía sus sentimientos con respecto a ese tema. Al ver que ella asentía, él le explicó:

-Mi abuelo murió mientras yo cursaba mi primer año en la Universidad, y le dejó a mi abuela el control absoluto de su herencia. Entonces, ese verano, ella llamó a su casa a Alex, que tenía dieciséis años; a Elizabeth, que tenía diecisiete; y a mí. Los cuatro celebramos una pequeña reunión en la terraza. Para decirlo en pocas palabras, les comunicó a Alex y a Elizabeth que los sacaría de los colegios privados donde estudiaban y que en cambio los inscribiría en colegios locales. Además les daría una ínfima cantidad de dinero para sus gastos personales. Y les dijo que si llegaban a quebrantar una sola de sus reglas con respecto a drogas, alcohol, promiscuidad y cosas por el estilo, los echaría de su casa sin un centavo en el bolsillo. Para que aprecies el impacto que eso tuvo, te explicaré que estábamos acostumbrados a disponer de un abastecimiento interminable de dinero. Todos teníamos un auto sport, nos comprábamos la ropa que se nos daba la gana... de todo. -Meneó la cabeza con una leve sonrisa. -Nunca olvidaré la expresión que tenían Alex y Elizabeth ese día.

-¿Eso quiere decir que aceptaron las condiciones de tu abuela?

-¡Por supuesto que las aceptaron! ¿Qué alternativa les quedaba? Aparte de gustarles tener dinero y gastarlo, no se hallaban en condiciones de ganar un solo centavo, y lo sabían.

-Pero tú te negaste a aceptar sus condiciones, y entonces te fuiste de tu casa -adivinó Julie, sonriendo.

La cara de Zack parecía una máscara, cuidadosamente inexpresiva, y la ponía muy nerviosa verlo así.

-Eso no fue lo que ella me ofreció. -Después de un prolongado momento de silencio, agregó: -Me dijo que me fuera de allí y que no regresara nunca. Les dijo a mi hermano y a mi hermana que si alguna vez intentaban ponerse en contacto conmigo o si yo me ponía en contacto con ellos, ellos también tendrían que irse. A partir de ese momento yo quedaba definitivamente repudiado. De modo que, a su pedido, le entregué las llaves de mi auto, recorrí el sendero de entrada de la casa y bajé la colina hacia el camino. Tenía alrededor de cincuenta dólares en mi cuenta de banco, y la ropa que vestía. Algunas horas después, hice dedo y me recogió un camionero cargado de material dirigido a los Estudios Empire, así que terminé en Hollywood. El camionero era un buen tipo, y me recomendó a los Estudios. Me ofrecieron trabajo en el patio de cargas, donde trabajé un tiempo hasta que un director imbécil se dio cuenta demasiado tarde de que necesitaba algunos extras para una escena que estaba filmando en el lote trasero del estudio. Ese día hice mi debut en el cine; después volví a-la universidad, me recibí y seguí filmando películas. Fin de la historia.

-¿Pero por qué procedió así tu abuela contigo, y no con tus dos hermanos? -preguntó Julie, haciendo esfuerzos por no demostrar lo impresionada que estaba.

-Estoy seguro de que creyó tener sus motivos -contestó él, encogiéndose de hombros-. Como te dije, yo le recordaba a mi abuelo y todo lo que él le había hecho.

-¿Y después de eso nunca, nunca tuviste noticias de tus hermanos? ¿Nunca trataste de ponerte en contacto con ellos en secreto, o ellos contigo?

Julie tenía la sensación de que, de todo lo que Zack le acababa de decir, la cuestión de sus hermanos era la que le resultaba más dolorosa.

-Les escribí una carta a cada uno con mi remitente cuando se estaba por estrenar mi primera película. Pensé que tal vez...

"Se sentirían orgullosos, pensó Julie al ver que él quedaba en silencio. Se alegrarían por ti. Te escribirían."

Se dio cuenta, por la expresión fría e inescrutable de su rostro, que nada de eso había sucedido. Pero tenía que saberlo con seguridad. A cada segundo que pasaba lo

iba conociendo más.

-¿Te contestaron?

-No. Y nunca volví a tratar de ponerme en contacto con ellos.

-Pero, ¿y si tu abuela interceptó las cartas y ellos nunca las recibieron?

-Las recibieron. Para esa época ambos compartían un departamento y asistían a la universidad local.

-¡Pero Zack, eran tan jóvenes! ¡Y además, tú mismo dijiste que eran débiles! Tú eras mayor y más sabio que ellos. ¿No podrías haber esperado que crecieran un poco y haberles dado una segunda oportunidad?

De alguna manera, esa sugerencia puso a Julie más allá de todos los límites de tolerancia de Zack y su voz adquirió un tono helado, definitivo.

-Yo nunca le doy una segunda oportunidad a nadie, Julie. Nunca.

-Pero...

-Para mí, todos ellos han muerto.

-¡Eso es ridículo! Tú pierdes tanto como ellos. No es posible que vivas quemando puentes en lugar de tratar de recomponerlos. Es una forma de autofrustración, y en este caso, completamente injusta.

-También es el fin de esta conversación. Lo dijo con un tono peligroso, pero Julie se negó a darse por vencida.

-Creo que eres mucho más parecido a tu abuela de lo que crees.

-Estás abusando de tu buena suerte, muchacha. Julie hizo una mueca ante el tono de Zack. Se levantó en silencio, levantó las copas vacías y las llevó a la cocina, alarmada por esa nueva faceta que recién conocía en él, esa falta de sensibilidad que le permitía eliminar gente de su vida sin mirar atrás. No fue tanto lo que dijo, sino su manera de decirlo y la expresión de su rostro. Cuando la secuestró, todas las palabras y las motivaciones de Zack estaban movidas por la necesidad y la desesperación, nunca por una dureza innecesaria, y eso era algo que ella podía entender. Pero hasta esos últimos minutos, cuando percibió la amenaza en su tono de voz y la vio pintada en la expresión de su rostro, nunca había entendido que alguien pudiera pensar que Zachary Benedict era lo suficientemente frío como para cometer un asesinato. Pero si otra gente lo había visto y oído como lo vio y oyó ella ese día, comprendía que lo creyeran. En ese momento Julie supo que, aunque hubiera una enorme intimidad entre ellos en la cama, todavía seguían siendo virtuales desconocidos. Se encaminó a su cuarto para prepararse para la noche, prendió la luz y se cambió en el baño. Estaba tan preocupada, que en lugar de dirigirse enseguida al cuarto de Zack, se sentó en la cama del suyo, perdida en sus pensamientos. Algunos minutos después se sobresaltó al oírle la voz.

-Ésta es una decisión muy poco inteligente de tu parte, Julie. Te sugiero que la reconsideres con cuidado.

Estaba de pie en el umbral, con un hombro apoyado contra el marco de la puerta, los brazos cruzados sobre el pecho, la cara impasible. Julie no sabía a qué decisión se estaría refiriendo, y aunque todavía le pareció distante, no hablaba ni tenía el aspecto de ese ser siniestro que le pareció en el living en penumbras. Se preguntó si gran parte de lo que la alarmó no habría sido un truco combinado de su imaginación y la luz de las llamas de la chimenea.

Se puso de pie y se le acercó con lentitud, insegura, estudiando su rostro.

-¿Se supone que ésa es tu manera de pedir disculpas?

-Ignoraba que debía pedir disculpas por algo. La arrogancia era algo tan típico en él, que ella estuvo a punto de reír.

-Haz la prueba con la palabra grosero, a ver si te dice algo.

-¿Fui grosero? No fue mi intención. Te advertí que el tema me resultaría extremadamente desagradable, pero de todos modos quisiste que lo conversáramos.

Parecía sentirse injustamente acusado, pero ella insistió. ^

-Comprendo -dijo, deteniéndose frente a él-. ¿Entonces todo esto es culpa mía?

-Supongo que sí.

-Tú no lo sabes, ¿verdad? No tienes conciencia de que me hablaste en un tono de voz... -Buscó la palabra indicada pero tuvo que conformarse con algunas que no lo definían exactamente. -...frío, insensible e innecesariamente duro.

Zack se encogió de hombros con una indiferencia que Julie supuso era parcialmente falsa.

-No eres la primera mujer que me acusa de todo eso y mucho más. Me remito a tu juicio. Soy frío, insensible y...

-Duro -agregó Julie, e inclinó la cabeza, haciendo un esfuerzo por no reír ante lo ridículo de la discusión. Zack había arriesgado la vida por salvar la suya y quiso morir cuando creyó haber fracasado. Era cualquier cosa menos frío e insensible. Las otras mujeres estaban equivocadas. Su risa se apagó de repente, y sintió un profundo remordimiento por lo que había dicho, por lo que todas habían dicho.

Zack no alcanzaba a decidir si Julie en realidad había tenido intenciones de vengarse de él por alguna imaginaria ofensa, durmiendo allí sola, que fue lo que pensó en un principio, o si era inocente de esa desagradable artimaña femenina.

-Duro -aceptó, aunque tarde, deseando que ella levantara el rostro para poder mirarla.

-¿Zack? -dijo ella de repente-. La próxima vez que una mujer te diga alguna de esas cosas, aconséjale que te mire de cerca. -Levantó los ojos para mirarlo. -Si lo hace, creo que verá una extraña nobleza y una extraordinaria dulzura.

Completamente sorprendido, Zack descruzó los brazos y sintió que el corazón le daba un vuelco, como cada vez que ella lo contemplaba de esa manera.

-Lo cual no quiere decir que no crea que eres además autocrático, dictatorial y arrogante, como comprenderás -agregó Julie, reprimiendo una carcajada.

-Pero de todos modos te gusto -bromeó él, mientras le pasaba los nudillos por la mejilla, desarmado y aliviado-. A pesar de todo eso.

-Puedes agregar "vanidoso" a la lista -dijo ella mientras él la abrazaba.

-Julie -susurró, inclinando la cabeza para besarla-, ¡cállate la boca!

-¡Y terminante también! -declaró ella contra los labios de él. Zack comenzó a reír. Julie era la única mujer que le provocaba ganas de reír mientras la besaba.

-¡Hazme acordar que nunca más me acerque a una mujer con tu manejo del vocabulario! -dijo Zack. Recorrió con la lengua la forma de la oreja de Julie y ella se estremeció, aferrándose a él mientras agregaba otra palabra a la definición sumaria de su carácter.

-E increíblemente sensual... y muy, muy sexual...

-Por otra parte -corrigió él, besándole la nuca-, no existe sustituto para una mujer inteligente y de gran discernimiento.

*35*

Con una fuente de rosetas de maíz en la mano, Julie se encaminó al living donde estaban mirando una película en video. Habían pasado la mañana y la tarde hablando acerca de todo, menos de lo único que a ella le interesaba de una manera desesperada: los planes que tenía Zack para descubrir quién había asesinado a su mujer, para limpiar así su nombre. La primera vez que ella sacó el tema, él repitió lo que había dicho el día anterior, acerca de no querer estropear el presente con preocupaciones sobre el futuro. Cuando ella le explicó que quería ayudarlo en todas las formas posibles, él se burló y le preguntó si era una frustrada investigadora privada. En lugar de arruinar el día, insistiendo en el tema, Julie lo dejó caer por el momento y aceptó la sugerencia de Zack de que vieran alguna de las películas que había en el gran armario de videos. Zack insistió en que fuera ella quien eligiera, y Julie se sintió incómoda al comprobar que entre los videos figuraban algunos filmes interpretados por él. Incapaz de soportar el solo pensamiento de verlo haciendo el amor con otra mujer en una de esas escenas ardientes por las que era justamente famoso, se decidió por un filme que Zack no había visto y que ella supuso le gustaría.

Zack parecía satisfecho con su elección antes de que comenzara la proyección, pero, según Julie descubrió poco después, el sencillo pasatiempo de ver una película era algo distinto para Zachary Benedict, ex actor y director, que para el común de los mortales. Para completa confusión de Julie, Zack parecía considerar que el cine era una forma de arte que debía ser minuciosamente estudiada, analizada, disecada y evaluada. En realidad, fueron tantas sus críticas, que ella por fin inventó la excusa de ir a preparar rosetas de maíz con tal de ahorrarse sus comentarios negativos.

Miró la pantalla gigante en el momento de colocar la fuente de rosetas de maíz sobre la mesa, y lanzó un involuntario suspiro de alivio. La película estaba por acabar.

Zack la observó, admirando la gracia natural de su manera de caminar y la sutil elegancia con que lucía la ropa. Ante su insistencia, esa tarde Julie había elegido otro conjunto del placard de la dueña de casa: una sencilla camisa blanca de seda, con amplias mangas, y un par de pantalones negros de crepé de lana con cintura pinzada. Su maravillosa cabellera brillante le caía en ondas sobre los hombros. Julie se vestía con una elegancia casual que le quedaba maravillosamente bien. Zack trataba de decidir qué clase de vestido de noche le quedaría mejor con esa sencilla sofisticación tan suya, cuando se dio cuenta de que nunca tendría ocasión de llevarla a la clase de funciones sociales que exigían trajes largos. Sus días de asistir a premieres de Hollywood, a bailes de beneficencia, a estrenos de Broadway y a entrega de premios de la Academia ya habían terminado, y no comprendía cómo lo acababa de olvidar. No podría llevar a Julie a esos lugares. No la podría llevar nunca a ninguna parte.

Saberlo le resultó tan deprimente que tuvo que esforzarse para que esa realidad no le estropeara otro día memorable pasado a su lado. Hizo un esfuerzo supremo para pensar tan sólo en la noche que se extendía ante ellos, y sonrió al verla sentarse a su lado en el sofá.

-¿No quieres elegir otra película? -preguntó. Lo último que Julie quería era tener que soportar las críticas de otra película elegida por ella. Y ya que era evidente que Zack quería ver otra, estaba dispuesta a mirarla, pero no a hacerse responsable de la elección.

-La elegiremos juntos, ¿quieres? -propuso Zack al verla dudar.

A regañadientes, Julie se puso de pie y se acercó al mueble que contenía más de cien películas, desde clásicas hasta actuales.

-¿Tienes alguna preferencia? -preguntó él. Julie recorrió los títulos, inquieta al ver en la lista los nombres de varios filmes protagonizados por Zack. Sabía que, aunque fuese por simple amabilidad, debía sugerir que viesen alguna de las suyas, pero le resultaba imposible, sobre todo en esa pantalla gigante donde podría percibir cada detalle de las escenas de amor que interpretaba.

-Estoy indecisa -dijo después de una larga pausa-. Te propongo que tú elijas varias y luego yo decidiré entre ésas.

-Está bien. Dime quiénes son tus actores preferidos.

-En las películas antiguas -contestó ella-, Paúl Newman, Robert Redford y Steve McQueen.

Zack mantenía la vista clavada en el mueble de los videos. Le sorprendía que por pura cortesía no hubiera incluido su nombre en la lista. Le sorprendía y también le dolía un poco. Aunque decidió que sus películas no cabían dentro de la categoría de "antiguas". Ignoró por completo la presencia de películas interpretadas por esos tres actores. -Los filmes que hay aquí son casi todos de los últimos diez años. ¿Cuáles son los actores más nuevos que te gustan?

-Ummm... Kevin Costner, Michael Douglas, Tom Cruise, Richard Gere, Harrison Ford, Patrick Swayze, Mel Gibson -contestó Julie, enumerando los nombres de todos los actores que recordaba-, ¡...y Sylvester Stállone!

-Swayze, Gibson, Stállone y McQueen... -repitió Zack con tono desdeñoso, y ofendido porque ella no hubiera incluido su nombre en la lista de sus preferidos-. De todos modos, ¿por qué te gustan los hombres tan petisos?

-¿Petisos? -preguntó Julie, mirándolo sorprendida-. ¿Son petisos?

-Muy petisos -contestó Zack con total injusticia y falta de veracidad.

-¿Steve McQueen era bajo? -preguntó ella, fascinada por esa información casi secreta-. ¡Nunca lo hubiera creído! Cuando yo era chica lo consideraba tremendamente macho.

-Era macho en la vida real -contestó Zack con brusquedad, volviéndose hacia el gabinete de los videos y simulando estar completamente absorto en ellos-. Por desgracia no sabía actuar.

Todavía molesta porque Zack no daba señales de estar decidido a encontrar al verdadero asesino de su mujer para poder reanudar su antigua vida, Julie de repente pensó que si le recordaba los beneficios de su vida anterior, quizá se decidiera a hacerlo.

-Apuesto a que conocías a Robert Redford, ¿no?

-Sí.

-¿Y qué tal era?

-Bajo.

-¡Eso no es cierto!

-No dije que fuera un enano. Digo que no es alto. A pesar de la actitud poco alentadora de Zack, Julie siguió adelante.

-Supongo que eras íntimo amigo de toda clase de actores famosos... gente como Paúl Newman y Kevin Costner y Harrison Ford y Michael Douglas. No obtuvo respuesta.

-¿Lo eras?

-¿Si era qué?

-Íntimo amigo de ellos.

-Si a eso te refieres, no hacíamos el amor. Julie se ahogó de risa.

-¡No puedo creer que hayas dicho eso! Sabes que no era lo que te preguntaba. Zack sacó videos de películas interpretadas por Costner, Swayze, Ford y Douglas.

-Aquí tienes. Elige.

-La de arriba, *Dirty Dancing* -dijo Julie sonriendo con aprobación, a pesar de que le parecía un desperdicio perder tiempo viendo videos.

-¡No puedo creer que quieras ver esto! -exclamó él con desdén, metiendo la película de Swayze en la videocasetera.

-La elegiste tú.

-La querías ver tú -retrucó Zack, haciendo esfuerzos inútiles por hablar con indiferencia. Durante doce años, las mujeres lo habían enfurecido y asqueado colgándose de él, lanzando exclamaciones de admiración y jurando que era su actor preferido. Lo buscaban en las fiestas, lo interrumpían en restaurantes, lo paraban en la calle, lo perseguían con sus coches y le metían llaves de cuartos de hotel en el bolsillo. Y ahora, por primera vez en su vida, quería que una mujer admirara su trabajo y ella parecía preferir a cualquier otro antes que a él. Oprimió el botón de arranque del control remoto y observó los títulos que empezaban a rodar.

-¿Quieres una roseta de maíz?

-No, gracias.

Julie lo estudió subrepticiamente, tratando de imaginar qué le pasaba. ¿Estaría añorando su vida anterior? De ser así, no era algo negativo. Ella no quería provocarle ninguna angustia, pero no podía menos que pensar que Zack debía estar hablando acerca de la necesidad de probar que él no había matado a su mujer, aunque no quisiera confiarle sus planes para lograrlo. Empezó la película. Zack estiró las largas piernas, cruzó los brazos sobre el pecho y asumió la actitud del hombre que espera recibir una impresión desagradable.

-No tenemos necesidad de ver esto -aclaró ella.

-No me lo perdería por nada del mundo. Instantes después lanzó un bufido de desprecio. Julie le pasó la fuente de rosetas de maíz.

-¿Sucede algo malo?

-La iluminación es un desastre.

-¿Qué iluminación?

-Mira la sombra que hay sobre la cara de Swayze.

Ella miró la pantalla.

-Creo que se supone que debe haber sombra?. Es de noche. Él le dirigió una mirada de disgusto, y no dijo nada.

*Dirty Dancing* siempre había sido una de las películas favoritas de Julie. Le encantaban la música, los bailes y la sencillez de la refrescante historia de amor; y empezaba a disfrutarla cuando Zack comentó:

-Creo que usaron grasa para el pelo de Swayze.

-Zack -dijo ella, con tono de advertencia-, si vas a empezar a destrozar esta película, la apagaré.

-No diré una sola palabra más. Simplemente me quedaré aquí sentado.

-Me alegro.

-Y contemplaré la mala dirección, el pésimo montaje y el diálogo espantoso.

-¡Esto es el colmo!

-¡Quédate quieta! -advirtió Zack cuando ella pretendió levantarse. Enfurecido consigo mismo por comportarse como un adolescente celoso, denigrando actores que habían sido amigos suyos, a la vez que criticaba una película que era excelente dentro de su categoría, apoyó una mano sobre el brazo de Julie y prometió: -No diré una sola palabra más, a menos que sea para ponderar. -Zack cumplió su promesa y no volvió a hablar hasta la escena en que Swayze bailaba con su compañera. Entonces dijo: -Ella sí que baila. Hicieron bien en incluirla en el elenco.

La rubia de la pantalla era bonita y talentosa y tenía una figura maravillosa. Julie

gustosamente .se habría cortado una pierna con tal de parecérsele, y sintió un absurdo aguijonazo de celos que le costó ocultar ante el mal humor de Zack. Además le pareció injusto que él no ponderara el talento de bailarín de Patrick Swayze. Estaba a punto de comentar que por lo visto todas las mujeres de las películas parecían complacerlo, cuando comprendió que tal vez él sintiera lo mismo cuando ella ponderaba a sus competidores. Miró el perfil pétreo de Zack y preguntó:

-¿Estás celoso de él?

-¡Cómo voy a estar celoso de Patrick Swayze!
-contestó él con aire desdeñoso. Obviamente le gusta ver mujeres bonitas, pensó Julie, y le dolió, a pesar de comprender que no tenía ningún derecho a sentir eso. También era obvio que a él esa película le resultaba insoportable.

-¿Por qué no vemos *Dances with Wolves* -preguntó con un tono amable-. Kevin Costner realizó una actuación espléndida y es el tipo de historia que le puede gustar a un hombre.

-La vi en la cárcel.

Más temprano había confesado haberlas visto casi todas, de manera que Julie no comprendió qué tendría eso que ver.

-¿Y te gustó?

-Me pareció que es un poco lenta- hacia la mitad.

-¡Bueno! -exclamó Julie, comprendiendo que ninguna película, con excepción de las suyas merecería su aprobación, y que ella tendría que aguantarlo o tragarse su malhumor-. ¿Por lo menos te gustó el final?

-Kevin modificó el final del libro. Debió haberlo dejado como estaba.

Sin decir una palabra más, Zack se levantó y se encaminó a la cocina, a prepararse un poco de café. Hacía esfuerzos por controlarse. Estaba tan furioso consigo mismo por sus comentarios injustos acerca de ambas películas, que dos veces calculó mal la cantidad de café y tuvo que volver a empezar. Patrick Swayze había hecho un excelente trabajo en la primera película; Kevin Costner no sólo era su amigo sino que con *Dances with Wolves ganó* la aclamación que merecía, y Zack se alegró por ello.

Estaba tan enfrascado en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Julie había cambiado de video hasta haber cruzado la mitad del living con dos tazas de café en las manos. Allí vaciló y por un instante quedó petrificado e incómodo por lo que ella acababa de hacer. No sólo había cambiado la película para proyectar una suya, sino que la había hecho avanzar hacia la escena de amor del medio, que estaba observando sin sonido. De todas las escenas de amor que había interpretado, ésa de *Intímate Strangers,* estrenada más de siete años antes, era la que más sexo tenía. En ese momento él se quedó inmóvil, observando lo irreal que le resultaba verse en la cama con Glenn Clóse en una película que no había vuelto a ver desde su estreno. Por primera vez en su vida, Zack se sintió incómodo por algo que había hecho en el cine. No se dio cuenta de que la incomodidad no se la causaba lo que había hecho, sino que Julie lo estuviera mirando hacerlo con una actitud de indiferencia que no se le escapó. Como tampoco se le escapó que, aunque ella simuló no conocer todas las películas interpretadas por él que había en ese armario, las conocía lo suficientemente bien como para buscar una escena determinada. Y al considerar su expresión de frialdad, junto con la escena que deliberadamente había elegido ver, tuvo la sensación de que se sentía mejor un rato antes, cuando sólo tenía que habérselas con sus celos insensatos. Colocó las tazas de café sobre la mesa, sin comprender por qué se sentía tan enojado.

-¿Que pretendes, Julie?

-¿Qué quieres decir? -contestó ella con una indiferencia que no tenía nada que ver con la sensación desagradable que le producía en la boca del estómago ver a Zack apoyando una mano sobre el cuerpo de Glenn Clóse, la boca sobre la suya para darle

un beso tórrido como los que le daba a ella, su torso bronceado brillando contra el blanco de una sábana que apenas le cubría las caderas.

-Sabes lo que quiero decir. Primero actuaste como si jamás hubieras visto una de las películas interpretadas por mí que hay en ese armario, y después decides ver una y buscas directamente esta escena.

-He visto todas tus películas -informó ella, con la vista fija en la pantalla y negándose a mirarlo-. Las tengo casi todas en video, incluyendo ésta. He visto ésta en particular por lo menos media docena de veces. -Señaló la pantalla con la cabeza. -¿Y allí qué tal es la iluminación?

Zack apartó la vista de su rostro para mirar brevemente la pantalla.

-No está mal.

-¿Y qué tal es la interpretación?

-No está mal.

-Sí, ¿pero te parece que hiciste un buen trabajo con ese beso? ¿Es decir, podrías haberla besado más profundamente o con más fuerza en ese momento? Posiblemente no -agregó ella misma con amargura-. Ya tenías la lengua dentro de su boca.

La frase explicaba con elocuencia lo que le estaba pasando, y ahora que lo comprendía, Zack lamentó todo lo dicho, que en última instancia la llevó a tomar esa actitud. Nunca supuso que le molestaría verlo hacer algo que, para él, no era más que una cuestión de trabajo, simplemente una película, algo que hacía delante de docenas de personas que poblaban el set.

-¿Qué sentías cuando ella te devolvía el beso con tanto apasionamiento?

-Calor -contestó él. Y al ver el gesto de Julie se apresuró a aclarar: -Las luces despedían un calor espantoso. Yo me daba cuenta de que eran demasiado fuertes y estaba preocupado por eso.

-¡Ah! Pero sin duda en ese momento no debías estar preocupado por las luces -dijo Julie, señalando la pantalla como si la hipnotizara-. No mientras tenías las manos sobre el pecho de ella.

-Creo recordar que tenía ganas de ahorcar al director por habernos obligado a hacer otra toma de esa escena.

Ella ignoró por completo la verdad y, tras un tono sarcástico, habló con mal disimulado dolor.

-Me pregunto qué habrá estado pensando Glenn Clóse en ese momento... mientras le besabas el pecho.

-Ella también fantaseaba con la posibilidad de poder asesinar al director... y por el mismo motivo.

-¿En serio? -dijo Julie con sarcasmo-. ¿Y en qué crees que estaba pensando cuando tú te subiste encima de ella?

Zack le tomó la barbilla y la obligó a mirarla.

-Sé lo que estaba pensando. Rogaba que yo le sacara el codo del estómago para que no le volviera a dar un ataque de risa que estropearía otra vez la toma.

En vista de su tranquila sinceridad y de su actitud indiferente, de repente Julie se sintió muy tonta y falta de sofisticación. Lanzó un suspiro exasperado.

-Lamento haberme portado como una idiota. Simulé que no me interesaban tus películas porque me aterrorizaba la idea de tener que ver una escena de amor entre tú y otra mujer. Ya sé que es tonto, pero me hace sentir... -Se interrumpió, negándose a pronunciar la palabra "celos", porque sabía que era algo que no tenía derecho a sentir.

-¿Celos? -sugirió Zack y, dicha en voz alta, la palabra resultaba aún más desagradable.

-Los celos son una emoción destructiva e inmadura -declaró Julie.

-Y logran que la gente se ponga irracional y que sea imposible llevarse bien con ella

-convino él.

Julie agradeció no haber pronunciado la palabra, y asintió.

-Bueno, sí, después de haberte visto en esas escenas tengo ganas de... ver una película distinta.

-Me parece bien. ¿Qué película te gustaría ver? Nombra a cualquier actor que quieras. -Ella abrió la boca para responder, pero él agregó: -Siempre que no sea Swayze, Costner, Cruise, Redford, Newman, McQueen, Ford, Douglas o Gere.

Julie lo miró sorprendida.

-¿Y quién queda?

Él le pasó un brazo por sobre los hombros, la acercó a sí y susurró la respuesta contra su pelo.

-El ratón Mickey. Julie se quedó sin saber si reír o pedir una explicación.

-¡El ratón Mickey! ¿Pero por qué?

-Porque -murmuró él, besándole la sien-, creo que podría oírte ponderando a Mickey sin convertirme en un ser "irracional" y con quien es "imposible llevarse bien".

Tratando de ocultar el placer que le producía lo que él acababa de admitir, Julie alzó el rostro y dijo en son de broma:

-Siempre nos queda Sean Connery. El estuvo bárbaro en *The Hunt for Red October.* Zack alzó las cejas en un gesto de desafío burlón.

-Además, siempre quedan otras seis películas mías en ese armario.

Después de haber bromeado con respecto a lo que él acababa de admitir, pero evitando confesar sus propios celos, Julie lamentó su cobardía. Lo miró a los ojos.

-Me resultó odioso verte hacerle el amor a Glenn Clóse -confesó.

El premio a su coraje fue que él le acariciara la barbilla y le diera un beso que le quitó el aliento.

*35*

Por la ventana de la cocina Julie vio la puesta de sol. Dejó el cuchillo con que estaba trabajando y se encaminó al living a prender el televisor, porque desde esa mañana no escuchaba las noticias.

Zack había pasado todo el día limpiando de nieve el sendero hasta el puente con el enorme tractor del garaje, y en ese momento se estaba duchando. Esa mañana, cuando le dijo lo que pensaba hacer, ella temió que hubiera decidido que se fueran ese mismo día o el siguiente, y se sintió presa del pánico.

-Cuando llegue el momento de irnos, te lo diré el día anterior -dijo él, como si le hubiera leído los pensamientos.

Y cuando ella trató de sonsacarle si ya sabía cuándo sería, Zack contestó con vaguedades, diciendo que no estaba seguro, cosa que hizo que Julie pensara que él estaba esperando que sucediera algo... o que alguien se pusiera en contacto con él.

Por supuesto que tenía razón en eso de que cuanto ella menos supiera mejor sería para los dos. También tenía razón al insistir en que disfrutaran de cada momento que podían pasar juntos y no pensar más allá de eso. Tenía razón en todo, pero a Julie le resultaba imposible no preocuparse ni preguntarse qué sería de él después. No imaginaba cómo se las arreglaría para descubrir quién había asesinado a su mujer, cuando su rostro era tan famoso que lo reconocerían de inmediato en cualquier parte adonde fuera.

Pero había sido actor, de modo que los maquillajes y los disfraces no tenían secretos para él. Julie contaba con que eso lo mantuviera a salvo. Y la aterrorizaba la posibilidad de que no fuera así.

La pantalla del televisor se iluminó, y mientras se dirigía de vuelta a la cocina Julie oyó distraída las palabras de un psicólogo al que entrevistaban en CNN. Ya casi había llegado a la cocina, cuando se dio cuenta de que el psicólogo hablaba de ella, y se volvió sorprendida. Con los ojos muy abiertos por la incredulidad, se acercó al televisor y leyó el subtítulo de la pantalla, que identificaba al entrevistado como William Everhardt. Con plena confianza en sí mismo, el doctor Everhardt exponía los sufrimientos emocionales que experimentaba Julie Mathison a raíz de haber sido tomada como rehén.

"Se han hecho muchos estudios con rehenes como la señorita Mathison -decía en ese momento-. Yo mismo soy coautor de un libro sobre el tema, y les puedo de decir con total certeza que la joven está viviendo una experiencia estresante, y una sucesión de emociones absolutamente previsible."

Julie ladeó la cabeza, fascinada de enterarse de lo que sucedía en su interior, por boca de ese desconocido, experto en la materia.

"Durante el primero y segundo día, la emoción primaria es el miedo, una emoción paralizante, debo agregar. El rehén se siente indefenso, demasiado aterrorizado para pensar o para actuar, pero mantiene la esperanza de que será rescatado. Después, por lo general durante el tercer día, se despierta en él la furia. Furia por la injusticia que se le ha hecho y por el papel de víctima que se ve obligado a soportar."

En un gesto entre burlón y divertido, Julie contó con los dedos los días de su cautiverio, comparando su realidad con los conocimientos del "experto". El primer día, en pocas horas había pasado del temor a la furia y tratado de deslizar una nota' a la empleada del restaurante. El segundo día intentó huir en la playa de descanso para camioneros... y estuvo a punto de lograrlo. El tercer día consiguió escapar. Tenía un poco de miedo y estaba muy nerviosa, pero decididamente no paralizada. Meneó la

cabeza disgustada y escuchó los siguientes comentarios del psicólogo.

"Ahora la señorita Mathison ya debe de haber llegado al estado que yo denomino el síndrome de gratitud-dependencia. Considera a su secuestrador como un protector, casi un aliado, puesto que todavía no le ha dado muerte. Eh... asumimos que Benedict no tiene ningún motivo para matarla. En todo caso, la cautiva está ahora furiosa con las autoridades legales por no ser capaces de rescatarla. Empieza a considerar que son impotentes, en tanto que su secuestrador, que claramente logra burlarlos, se convierte en objeto de su renuente admiración. Además de esa admiración, existe un profundo agradecimiento a causa de que no le haya hecho daño. Entiendo que Benedict es un hombre inteligente, con cierto grado de cuestionable encanto, lo cual significa que su rehén se encuentra a su merced, tanto en un sentido físico como emocional."

Julie miraba boquiabierta al hombre barbudo de la pantalla, tironeada entre la incredulidad y la risa ante las pomposas generalidades que utilizaba para describirla. Hasta ese momento, en lo único que había acertado era al decir que Zack era un hombre inteligente y encantador.

"La señorita Mathison va a necesitar una atención psicológica intensa para poder recuperarse de esta experiencia, y ese tratamiento durará un tiempo considerable, pero el diagnóstico es bueno, siempre que ella busque ayuda."

Julie no podía creer en el caradurismo de ese hombre; ¡ahora le declaraba al mundo que ella iba a terminar siendo una enferma mental! Debía pedirle a Ted que le hiciera juicio.

"Por supuesto -intervino con toda tranquilidad el moderador-, todo esto presumiendo que Julie Mathison sea un rehén y no la cómplice de Benedict, como creen algunos."

El doctor Evenhardt meditó esa posibilidad, mientras se acariciaba la barba.

"En base a lo que he podido saber de esa joven, no adhiero a esa teoría."

-Gracias -dijo Julie en voz alta-. Ese comentario acaba de salvarlo del juicio que pensaba iniciarle.

-Se hallaba tan enfrascada en lo que sucedía en la pantalla, que no registró el inconfundible sonido de las paletas de la hélice de un helicóptero hasta que estuvo encima de la casa. Y aun en el momento en que percibió el sonido, estaba tan fuera de lugar en la quietud de esa montaña boscosa, que miró por la ventana, sorprendida, sin miedo... pero de repente la golpeó la realidad.

-¡Zack! -gritó, volviéndose y echando a correr-. ¡Ahí afuera hay un helicóptero! ¡Vuela muy bajo... ! -siguió diciendo y chocó con él, camino del dormitorio-. ¡Está suspendido en el aire encima de la casa! -Se quedó petrificada al ver que Zack empuñaba el arma.

-¡Sal de la casa y quédate en el bosque!

-Ordenó. La empujó hacia la puerta de atrás, y al pasar sacó una campera del placard y se la dio.

-¡No vuelvas a acercarte a esta casa hasta que yo te lo indique o hasta que me saquen! -Colocó una bala en la recámara del arma mientras se dirigía con ella a la puerta trasera, empuñando el arma con la habilidad del que sabe usarla y está dispuesto a hacerlo. Cuando Julie empezó a abrir la puerta, Zack la apartó, se asomó y recién entonces la empujó hacia adelante. -¡Corre! -ordenó.

-¡Por amor de Dios! -exclamó Julie, deteniéndose justo fuera de la casa-. No es posible que pretendas bajar ese helicóptero! Debe de haber...

-¡Muévete! -gritó él.

Julie obedeció, con el corazón martillándole dentro del pecho, aterrorizada. Tropezó en la nieve profunda, se detuvo al abrigo de los árboles, y luego empezó a moverse debajo de ellos, y rodeó la casa hasta que pudo ver a Zack por los ventanales del living. El helicóptero había trazado un círculo, después giró a la izquierda y volvió a

sobrevolar la casa. Durante un momento aterrorizante Julie tuvo la impresión de que Zack levantaba el arma, para disparar a través de la ventana. Y entonces comprendió que lo que tenía en las manos era un par de binoculares con los que observó al helicóptero que volvió a girar sobre la casa y luego se alejó con lentitud. A Julie le cedieron las rodillas y se deslizó al piso, aliviada, con la imagen de Zack empuñando el arma mientras la empujaba hacia el vestíbulo indeleblemente grabada en la memoria. Parecía una escena salida de una película de violencia, sólo que era real. Tuvo un acceso de arcadas y se apoyó contra un árbol, haciendo un esfuerzo por mantener dentro del estómago el almuerzo... y su miedo a raya.

-Está bien -anunció Zack acercándosele, pero Julie alcanzó a ver la punta de la culata del arma que le sobresalía del cinturón-. Son esquiadores medio borrachos que vuelan demasiado bajo.

Julie lo miró, pero no logró moverse.

-Dame la mano -dijo él en voz baja. Julie meneó la cabeza, tratando de sacudir ese terror que la paralizaba, y también de tranquilizar a Zack.

-No te preocupes. No necesito ayuda. Estoy perfectamente bien.

-¡Cómo vas a estar bien! -exclamó él. Se inclinó, la tomó de los brazos y la puso de pie. -Estás a un tris de desmayarte.

La sensación de náuseas se desvaneció y Julie consiguió esbozar una sonrisa temblorosa mientras impedía que él la alzara.

-Mi hermano es policía, ¿recuerdas? No es la primera vez que veo un arma. Lo que pasa es que no estaba... preparada.

Cuando por fin entraron en la casa, era tan grande el alivio de Julie, que estaba casi mareada.

-Bebe esto -dijo Zack, poniéndole una copa de cognac en la mano-. Todo -ordenó al ver que ella bebía un sorbo y hacía ademán de devolvérselo. Bebió otro poco y depositó la copa sobre la mesada.

-No quiero más.

-Muy bien -dijo Zack-. Ahora quiero que te des un largo baño caliente.

-Pero...

-Hazlo. No me discutas. La próxima vez... -Estaba por ordenarle que la próxima vez que sucediera algo así hiciera exactamente lo que él le decía, cuando se dio cuenta de que no podía haber una próxima vez. Esa había sido una falsa alarma, pero lo hizo comprender hasta qué punto arriesgaba la vida de Julie y la sometía a un terror casi incontrolable. ¡Dios, qué terror! Jamás había visto a alguien tan asustado como estaba ella cuando la encontró, allá afuera, acurrucada en la nieve.

Ya había oscurecido cuando Julie volvió al living, bañada y vestida con un par de pantalones y un suéter. Zack estaba de pie junto al fuego, mirándolo fijo, con el mentón duro como la piedra.

A juzgar por su expresión y por sus actos, ella supuso correctamente que gran parte de lo que lo tenía así era que se sentía culpable por el mal momento que le había hecho vivir, pero, ahora que había pasado, la experiencia la afectaba de una manera muy distinta. La enfurecía que la gente obligara a Zack a vivir así, y estaba decidida a averiguar qué pensaba hacer él para remediarlo. Y fuera lo que fuese, ella estaba resuelta a convencerlo de que le permitiera ayudarlo en todo lo que pudiera.

En lugar de sacar el tema enseguida, decidió esperar hasta después de comer. Considerando la habilidad sorprendente que tenía Zack para hacer pasar sus preocupaciones a segundo plano, supuso que un par de horas resultaría tiempo más que suficiente para que se repusiera de su mal humor actual.

-¿Esta noche piensas asar los bifes en ese grill de aspecto tan refinado, o pretendes

que me encargue yo de la comida?

Él se volvió y la miró durante algunos instantes, con cara preocupada y pétrea.

-Lo siento. ¿Qué dijiste?

-Hablaba de las tareas culinarias de esta casa. -Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y agregó en tono de broma. -Estás violando los derechos del rehén.

-¿De qué hablas? -preguntó Zack, tratando de creer que ella se hallaría a salvo si se quedaba allí... tratando de olvidar el aspecto que tenía, agazapada bajo un árbol, temblorosa, aferrando la campera contra su pecho... tratando de convencerse de que ése había sido un incidente aislado que no se volvería a repetir.

Ella le dedicó una de esas sonrisas que quitaban el aliento.

-¡Hablo de las tareas culinarias, señor Benedict! Según las leyes de la Convención de Ginebra, el prisionero no debe ser sometido a tratamiento cruel o injusto, y obligarme a cocinar dos días consecutivos es exactamente eso. ¿No estás de acuerdo?

Zack consiguió hacer una imitación muy poco convincente de una sonrisa y asintió. Lo único que quería en ese momento era llevarla a la cama y perderse en ella, olvidar durante una hora de felicidad lo que acababa de suceder y lo que él ahora sabía debía ocurrir muy pronto, mucho antes de lo planeado.

*37*

Esa vez las esperanzas de Julie, de que a Zack se le pasara el estado de ánimo sombrío, resultaron vanas. Durante casi toda la comida se mostró amable con ella, pero preocupado, y después de levantar la mesa, Julie decidió recurrir a la treta no muy leal pero eficaz de aflojarlo con vino.

Se inclinó hacia adelante, tomó la botella y le volvió a llenar el vaso por cuarta vez; luego se lo alcanzó, felicitándose por su sutileza.

Zack miró el vaso de vino y luego la miró a ella.

-Espero que no estés tratando de emborracharme -dijo con sequedad-. Porque si eso es lo que intentas, el vino no es un buen medio.

-¿Quieres que busque whisky? -preguntó ella, sofocando una risa nerviosa.

.Zack se detuvo con el vaso a mitad de camino de la boca y se dio cuenta tardíamente de que durante casi toda la comida Julie había estado tratando de llenarlo de vino, mientras lo miraba con una expresión extraña.

-¿Crees que lo necesitaré?

-No sé.

Con un vago presentimiento de que se avecinaba algo poco agradable, la vio cambiar de posición y apoyarse contra el brazo del sofá para poder mirarlo de frente.

La pregunta inicial de Julie le pareció inocua.

-Zack: ¿dirías que he sido una rehén modelo?

-Ejemplar -contestó él, sonriendo ante el humor contagioso de Julie y haciendo un esfuerzo por aplacar su mal humor.

-¿No dirías además que he sido obediente, siempre dispuesta a cooperar, agradable, ordenada y... y hasta que he hecho mi parte de las tareas culinarias?

-Sí, estoy de acuerdo con todo menos con lo de "obediente". Ella sonrió.

-¿Y en mi calidad de prisionera ejemplar, no estás de acuerdo en que tengo derecho a ciertos... bueno... privilegios?

-¿En qué estás pensando?

-En respuestas a algunas preguntas. Julie notó que Zack se ponía en guardia.

-Posiblemente. Depende de las preguntas. Un poco acobardada por su respuesta poco alentadora, Julie decidió, sin embargo, seguir adelante.

-Supongo que piensas tratar de averiguar quién fue el verdadero asesino de tu mujer, ¿no es así?

-Pregúntame alguna otra cosa.

-Está bien. ¿Tienes idea acerca de quién puede ser el asesino?

-Intenta un tema distinto.

Su innecesaria dureza le dolió, no sólo porque como lo amaba era sensible a sus actitudes, sino porque creía tener derecho a esas respuestas.

-¡Por favor, no me contestes así! -pidió, manteniendo un tono tranquilo.

-Entonces, por favor, elige otro tema.

-¿Quieres dejar de ser petulante y escucharme? Trata de comprender... Cuando se realizó tu juicio, yo estaba en el extranjero en un programa de intercambio de estudiantes universitarios. Ni siquiera sé bien lo que sucedió, y me gustaría enterarme.

-Lo encontrarás todo en los diarios de la época, en la biblioteca de tu ciudad. Léelos cuando vuelvas a tu casa.

El sarcasmo siempre había enfurecido a Julie.

-¡No quiero conocer la versión de los medios periodísticos, maldito sea! Quiero

escuchar tu versión. Necesito saber lo que sucedió... y que me lo cuentes tú.

-No tienes suerte. -Zack se puso de pie y le tendió una mano.

Julie también se levantó, para no quedar como una enana a su lado, y automáticamente puso su mano en la de Zack, creyendo que se trataba de un gesto conciliador.

-Vayamos a la cama.

Ella retiró la mano de un tirón, herida y sintiéndose insultada por la injusticia de su actitud.

-¡Ni pienso! ¡Lo que te estoy pidiendo es muy poco comparado con lo que tú me has pedido desde que nos conocimos, y lo sabes!

-No pienso volver a vivir un relato minucioso de ese día, ni por ti ni por nadie -retrucó él-. Ya lo hice centenares de veces antes del juicio, ante policías y abogados. Pero eso se acabó. Es un caso cerrado.

-Pero yo te quiero ayudar. Han pasado cinco años. Ahora tu punto de vista y tus recuerdos pueden ser distintos. Pensé que podíamos empezar por hacer una lista de todos los que estaban presentes cuando sucedió, y que tú podías hablarme de cada uno de ellos. Yo soy completamente imparcial, de manera que estoy en condiciones de ver las cosas desde una nueva perspectiva. Tal vez te pueda ayudar a recordar algo que hayas pasado por alto...

La carcajada desdeñosa de Zack le causó un dolor intolerable.

-¿Cómo es posible que creas que tú vas a poder ayudarme?

-¡Lo podría intentar!

-¡No seas ridicula! Gasté más de dos millones de dólares en abogados e investigadores y nadie pudo presentar un sospechoso lógico que no fuera yo.

-Pero...

-¡Basta, Julie!

-¡Nada de basta! ¡Tengo derecho a una explicación!

-No tienes derecho a nada -retrucó Zack de mal modo-. Y no necesito ni quiero tu ayuda.

Julie se puso tiesa como si acabara de pegarle, pero consiguió volver a hablar sin demostrar su furia ni su humillación.

-Comprendo -Y comprendía... Acababa de darse cuenta de que lo único que le interesaba a Zack era su cuerpo. Se suponía que no debía pensar;
se suponía que no debía sentir, sólo se suponía que debía entretenerlo cuando estaba aburrido y abrir las piernas cada vez que a él se le daba la gana.

En ese momento Zack apoyó las manos sobre sus brazos y la atrajo hacia sí.

-¡Quítame las manos de encima! -siseó Julie, alejándose. Temblando de furia y angustia, se rodeó el cuerpo con los brazos y retrocedió hasta tener libre el paso hasta su dormitorio.

-¿Qué demonios estás tratando de conseguir?

-No trato de conseguir nada. ¡Acabo de darme cuenta de que eres un cretino insensible! -La mirada gélida de Zack al verla alejársele no fue nada comparada con la furia de Julie. -Cuando te vayas de aquí, piensas huir, ¿verdad? No tienes la menor intención de tratar de encontrar al verdadero asesino, ¿no?

-¡No! -exclamó él, furioso.

-¡Debes de ser el cobarde más grande del mundo! -exclamó Julie, demasiado enfurecida para atemorizarse ante la mirada asesina de Zack-. ¡Eso o quizá la hayas matado tú! -Abrió la puerta de su cuarto, se volvió y agregó: -¡Me iré de aquí mañana por la mañana, y si intentas detenerme, será mejor que te prepares para utilizar esa arma!

Él le dirigió una mirada de total desprecio.

-¿Detenerte? -se burló-. ¡Gustosamente te llevaré la valija hasta el auto!

En cuanto terminó de decirlo, Julie se encerró en su cuarto, dando un portazo. Mientras luchaba contra las lágrimas, lo oyó entrar en su dormitorio. Se quitó los pantalones y se puso una remera que sacó de la cómoda. Recién después de acostarse y apagar la luz perdió el control. Levantó las frazadas hasta la altura de la barbilla, se colocó boca abajo y enterró la cara en la almohada. Lloró de vergüenza y de enojo ante su estupidez, su credulidad, y su humillación. Lloró hasta que no le quedaron lágrimas y se sintió extenuada. Después se acostó de lado y miró sin ver el paisaje invernal que se veía desde la ventana.

Mientras, en su dormitorio, Zack se sacó el suéter e hizo un esfuerzo por tranquilizarse y olvidar la escena del living, pero fue un esfuerzo inútil. Las palabras de Julie le repicaban en la cabeza, más dolo-rosas cada vez que recordaba su mirada de desprecio cuando lo llamó cobarde y asesino. Durante el juicio y los años de cárcel, se endureció a propósito, decidido a no volver a sentir nada, pero de alguna manera ella había conseguido hacerlo bajar la guardia. La odiaba por ello, y se odiaba por haber permitido que sucediera.

Arrojó el suéter sobre la cama y se sacó los pantalones. En ese momento se le ocurrió la única explicación posible para la reacción ridicula y volátil de Julie ante lo que él le dijo en el living ... y quedó como petrificado cuando iba a arrojar los pantalones sobre la cama.

Julie se creía enamorada de él. Por eso consideraba que tenía "derechos" en lo que a él se refería.

Posiblemente también creyera que él estaba enamorado de ella. Y que la necesitaba.

-¡Hijo de puta! -exclamó arrojando los pantalones sobre la cama. Él no necesitaba a Julie Mathison y muchos menos necesitaba la agregada sensación de culpa y la responsabilidad de una maestra cándida de pueblo chico que no conocía la diferencia entre deseo sexual y esa emoción nebulosa llamada amor. Sería mejor para ella que lo odiara. Y para él también. Mucho mejor. No había nada entre ambos, aparte de sexo, que los dos querían y que ella le negaba por una infantil necesidad de desquitarse.

Con la idea oscura y poco clara de demostrarle todo eso a Julie y de demostrárselo también a sí mismo, se encaminó hacia la puerta de su dormitorio y la abrió de un tirón.

Julie pensaba con angustia qué debía hacer al día siguiente si Zack se arrepentía de su intención de dejarla ir; en eso la puerta del dormitorio se abrió y Zack entró, desnudo.

-¿Qué quieres? -preguntó ella.

-Esa pregunta es casi tan estúpida como tu decisión de dormir en esta cama porque yo no cedo a tus caprichos -se burló Zack.

Enfurecida por su obvia intención de dormir con ella, Julie se arrojó hacia el lado opuesto de la cama y se levantó, tratando de dirigirse hacia la puerta. Cuando llegó a los pies de la cama, él la retuvo y la apretó contra su pecho desnudo.

-¡Suéltame, maldito seas!

-Lo que yo quiero -informó él, respondiendo tardíamente a la pregunta de Julie- es lo mismo que tú quieres cada vez que nos miramos.

Julie echó atrás la cabeza y dejó de luchar, reuniendo fuerzas para el próximo paso que iba a dar.

-¡Cretino! ¡Si intentas violarme, te asesinaré con tu propia arma!

-¡Violarte! -repitió él con helado desprecio-. No soñaría con violarte. Dentro de tres minutos estarás suplicándome que te haga el amor.

Ella lo deseaba; deseaba con tanta fuerza el orgasmo que sabía que Zack le

provocaría, que creyó morir.

-¡Vete al infierno! -jadeó.

-Estoy en el infierno -susurró él, y la besó, obligándola a abrir los labios. Abruptamente el beso de Zack fue más suave, y sus labios se movieron sobre los de ella, hambrientos, y empezó a mover lentamente las caderas para que Julie percibiera su erección. -Dime que me deseas -la urgió.

Atrapada entre la exquisita promesa del cuerpo excitado de Zack y la insistencia de su boca, Julie empezó a temblar con una necesidad incontrolable, y de su boca surgió un sollozo atormentado.

-Te deseo...

En cuanto ella capituló, él la penetró, moviendo las caderas con fuerza y en pocos instantes le provocó un orgasmo. Se retiró mientras Julie todavía se estremecía en medio de estertores y se levantó, liberándose de su abrazo.

-No demoré más de tres minutos -informó. El ruido de la puerta al cerrarse a sus espaldas fue como el sonido de campanas tocando a muerto.

Julie quedó tendida, físicamente expuesta, desnuda, temblando por la impresión, incapaz de creer que Zack fuese lo suficientemente vil como para demostrar sus palabras de esa manera. Emocionalmente agotada, se arrastró hasta la cabecera de la cama, levantó las frazadas del suelo y cerró los ojos. Pero no lloró. Nunca volvería a derramar una sola lágrima por ese hombre. Jamás.

Sentado en la oscuridad, junto a la chimenea encendida de su dormitorio, Zack se inclinó hacia adelante y apoyó la cabeza entre las manos, tratando de no pensar ni sentir. Había hecho lo que se propuso, y más; les había demostrado, a ella y a sí mismo, que no la necesitaba, ni siquiera sexualmente. Y le había demostrado a Julie que no era digno de ser amado ni de que volviera a preocuparse por él después de que se fuera, a la mañana siguiente.

Había cumplido sus metas de una manera brillante, elocuente, indeleble.

Jamás se había sentido más desolado ni más avergonzado.

Sabía que, después de esa noche, Julie nunca se creería enamorada de él. Lo odiaría. Pero no tanto como se odiaba él mismo. Se despreciaba por lo que acababa de hacerle y por la debilidad sin precedentes que lo instaba a volver a su lado y suplicarle que lo perdonara. Se irguió en la silla, miró la cama que habían compartido, pero supo que no podría dormir en ella, ahora que Julie estaba acostada en el cuarto contiguo, odiándolo.

*38*

Al amanecer del día siguiente, cuando Julie se levantó, las llaves del Blazer estaban sobre la cómoda y en la casa reinaba un silencio casi espectral. El dolor de la noche anterior se había convertido en una especie de insensibilidad, y se vistió casi sin darse cuenta de lo que hacía. Lo único que quería era irse de allí y no volver a mirar atrás, nunca mirar hacia atrás. Olvidarlo todo. Toda su atención estaba centrada en eso, en olvidar que había conocido a Zack y que fue lo suficientemente tonta como para enamorarse de él. Si el amor significaba convertirse en un ser tan vulnerable, no quería volver a enamorarse nunca. Sacó su bolso del placard, metió en él sus cosas y lo cerró.

Al llegar a la puerta del dormitorio se detuvo y miró alrededor, para asegurarse de no haber olvidado nada. Luego apagó la luz. Abrió la puerta en silencio y salió al living oscuro. Entonces se detuvo en seco, paralizada de impresión y de miedo. En la acuosa luz gris del amanecer alcanzó a ver la silueta de Zack contra el ventanal, de espaldas a ella, con la mano izquierda dentro del bolsillo del pantalón. Julie apañó la mirada y observó en silencio la puerta de salida, pero antes de que pudiera dar otro paso, Zack habló sin volverse.

-La lista de todos los que estaban en el set el día del asesinato está sobre la mesa ratona.

Julie ignoró el repentino nudo que se le había formado en el pecho al darse cuenta de que después de todo Zack había cedido, y se obligó a seguir caminando hacia la puerta.

-¡No te vayas! -suplicó él con voz ronca-. ¡Por favor!

Ante el tono desesperado de Zack, a Julie se le retorció el corazón, pero su orgullo herido le gritó que sólo una tonta, insensata y sin dignidad permitiría que él se le acercara después de lo que había hecho la noche anterior, y siguió caminando. Cuando estiró el brazo para tomar el picaporte de la puerta trasera, la voz de Zack le llegó desde muy cerca. Estaba ahogado de emoción.

-¡Julie! ¡No, por favor!

La mano de Julie se negó a hacer girar el picaporte, sus hombros empezaron a ser sacudidos por violentos sollozos y tuvo que apoyar la cabeza contra la puerta, con la cara bañada en lágrimas. El bolso se le deslizó de las manos. Lloraba de vergüenza por su falta de fuerza de voluntad, y por miedo a un amor que no lograba controlar. Y mientras lloraba por sí misma, permitió que él la abrazara y la apoyara contra su pecho.

-Lo siento -susurró Zack, mientras hacía desesperados esfuerzos por consolarla, acariciándole la espalda, sosteniéndola con fuerza-. ¡Te pido que me perdones! ¡Por favor, perdóname!

-¡Cómo pudiste hacerme eso anoche! -sollozó ella-. ¡Cómo pudiste!

Zack tragó con fuerza y levantó la cara de Julie hacia la suya, porque quería que lo mirara.

Consideraba que no merecía la protección del anonimato cuando admitiera su culpa.

-Lo hice porque me llamaste asesino y cobarde, y no lo pude soportar... me resultó insoportable, viniendo de ti. Y lo hice porque, tal como dijiste, soy un cretino insensible.

-¡Es cierto, lo eres! -exclamó ella, ahogándose con las palabras-. ¡Y lo horrible es que te amo a pesar de todo!

Zack la volvió a tomar en sus brazos y luchó por contener las palabras que ella quería oír, las palabras que expresaban lo que sentía. Pero en lugar de pronunciarlas la estrujó contra sí, le besó la frente y las mejillas, apoyó el mentón contra su pelo fragante y permitió que las palabras de Julie lo bañaran con su dulzura. A los treinta y

cinco años acababa de descubrir lo que era ser amado por sí mismo y no por razones ajenas... lo que era ser amado cuando no podía corresponder ofreciendo fortuna ni fama, ni siquiera respetabilidad... lo que era ser amado de una manera incondicional, por una mujer de extraordinario coraje y lealtad. En ese momento lo sabía, con tanta seguridad como sabía que si le llegaba a decir lo que él sentía por ella, ésas serían las cualidades que la harían esperarlo durante años después de que desapareciera. Pero aun así, no podía permitir que su dulce confesión pasara sin un solo comentario, así que refregó la mejilla contra el pelo de Julie y, con infinita ternura, le dijo otra verdad.

-Yo no lo merezco, mi amor.

-Ya sé que no lo mereces -bromeó Julie, llorosa, negándose a dejarse deprimir porque él no hubiera dicho que también la amaba. Acababa de percibir en su voz una enorme emoción y el tormento que le causaba que ella se fuera. Había sentido cómo la apretaba entre sus brazos, y cómo le palpitaba el corazón dentro del pecho cuando ella le dijo que lo amaba. Y eso le bastaba. Tenía que bastarle. Cerró los ojos cuando Zack le acarició la nuca en un gesto sensual, pero cuando por fin habló, su voz tenía un tono de tremendo cansancio.

-¿Considerarías la posibilidad de volver a la cama conmigo durante algunas horas, y posponer nuestra conversación sobre el asesinato hasta que haya dormido un poco? Me pasé toda la noche en vela.

Julie asintió y se encaminó con él al dormitorio que nunca creyó volver a ver.

Zack se quedó dormido en sus brazos y con la mejilla apoyada contra su pecho.

Sin poder dormir, Julie permaneció mirándolo, mientras jugueteaba con el pelo suave de su sien. Notó que el sueño no le suavizaba las facciones, posiblemente porque ni dormido encontraba paz. Tenía cejas oscuras y gruesas, y de repente se dio cuenta de que también sus pestañas eran espesas y muy oscuras. Cuando Julie cambió de posición para que él estuviera más cómodo, Zack apretó instantáneamente los brazos a su alrededor... sin duda para impedir que se fuera. El gesto posesivo inconsciente la hizo sonreír por lo innecesario. No tenía la menor intención de huir de allí.

Amaba a Zack con una feroz necesidad de protegerlo que la hacía sentir fuerte y sabia y maternal; lo amaba con una desesperación que la llevaba a sentirse indefensa y frágil y por completo sujeta a su control.

Y amaba todos esos sentimientos, por tensionantes que fuesen. El futuro era un sendero que no figuraba en los mapas, lleno de peligros y censuras. Julie se sentía en paz y en perfecta armonía con todo el universo.

Apoyó una mano contra la cara de Zack y lo meció con gesto protector. Después apoyó los labios contra el pelo oscuro de él.

-Te amo -susurró.

*39*

Sentada en el piso junto a la mesa ratona, lápiz en mano, y con un grupo de fichas que había encontrado en el escritorio a su lado, Julie estudió la lista redactada por Zack de todos los que se encontraban en el set de *Destino* el día del asesinato de su mujer. Junto al nombre de cada persona, había anotado el trabajo que hacía dentro del equipo de filmación. Julie copiaba cada nombre y ocupación en una ficha individual, para poder hacer anotaciones cuando Zack empezara a hablar.

Zack, instalado en el sofá, la miraba sofocando una sonrisa ante la absurda idea de que Julie pudiera lograr el éxito allí donde había fracasado su equipo de abogados e investigadores privados.

De repente Julie interrumpió su trabajo para decir:

-Yo vi *Destino,* aunque habían vuelto a filmar las escenas finales con extras. De alguna manera supuse que para filmar una producción tan importante haría falta mucha más gente que la que has anotado en esta lista.

-Había docenas de otras personas, pero no estaban en Dallas -dijo Zack, volviendo a regañadientes su atención al asunto que iban a tratar-. Cuando una película importante se va a filmar en varios lugares distintos, resulta más eficaz dividir el equipo en distintas unidades y asignar una a cada lugar de filmación. De esa manera, antes de que lleguen el elenco y los técnicos más importantes, ellos ya han tenido tiempo de hacer todos los preparativos necesarios. La gente de esa lista formaba parte de la unidad de Dallas. Hubo otros que estuvieron en Dallas durante la primera parte de la filmación. No figuran en la lista porque yo ya los había enviado de vuelta a sus casas.

-¿Y por qué hiciste eso?

-Porque ya habíamos superado en varios millones el presupuesto de la película y estaba tratando de ahorrar gastos. Ya casi habíamos terminado la filmación y no supuse que hiciera falta tener ayuda extra, de modo que sólo conservé conmigo el equipo indispensable.

Ella lo escuchaba con una expresión de fascinación tan grande que Zack no pudo menos que sonreír.

-¿Alguna otra pregunta de orden general antes de que te cuente lo que sucedió ese día?

-Varias preguntas. ¿Exactamente qué es un productor?

-Un estorbo.

La risa de Julie le resultó maravillosa y Zack mismo no pudo menos que sonreír.

-¿El director de fotografía también es camarógrafo, o sólo un supervisor?

-Puede ser cualquiera de las dos cosas. Un buen director de fotografía está al tanto de todos los elementos del decorado. Él, junto con el escenógrafo, hacen realidad las ideas que el director tiene sobre una escena, y con frecuencia mejoran las ideas originales.

Julie recorrió la lista con la mirada, encontró el nombre del director de fotografía de *Destino* y se embarcó en preguntas concretas.

-¿Sam Hudgins era un buen director de fotografía?

-Uno de los mejores. Habíamos trabajado juntos en varios filmes, y yo lo pedí para *Destino.* En realidad elegí a todos los integrantes del equipo técnico porque habíamos trabajado juntos en oportunidades anteriores y sabía que podía contar con ellos. -Notó que Julie fruncía el entrecejo. -¿Qué pasa?

-Simplemente me preguntaba qué sentido tiene que alguien con quien habías trabajado antes de repente fuera capaz de tildarte de asesino.

-No parece lógico -dijo Zack un poco sorprendido, e impresionado, de que Julie hubiera llegado a la misma conclusión a la que llegaron sus investigadores privados y abogados.

-¿Es posible que hayas dicho o hecho algo, poco antes del asesinato para que alguno de ellos te odiara tanto que quisiera vengarse?

-¿Exactamente qué tiene que hacer uno para merecer una venganza semejante? -contestó Zack con sequedad.

-Tienes razón -contestó Julie, asintiendo.

-Además no olvides que la víctima no era yo, sino Austin o Rachel. Yo fui simplemente el imbécil que fue a la cárcel en lugar del verdadero culpable.

Julie respiró hondo y dijo en voz baja:

-Dime lo que ocurrió ese día. No, empieza por el día en que descubriste que... -Vaciló y volvió a hacer la pregunta, tratando de formularla con más delicadeza. -Como te dije, cuando sucedió todo esto yo estaba en Europa, pero recuerdo haber visto los titulares de una revista que decían...

Al comprobar que Julie volvía a quedar en silencio, Zack terminó la frase por ella.

-Los titulares decían que mi mujer estaba acostada con su coprotagonista y que yo me presenté en plena escena.

Julie hizo una mueca al pensarlo, pero no apartó la mirada.

-Dime todo lo que puedas recordar, y habla despacio para que pueda tomar notas.

En base a experiencias anteriores, Zack esperaba que la conversación fuera difícil y degradante en el mejor de los casos, y enfurecedora en el peor; pero siempre había sido interrogado por personas que dudaban de él o lo hacían por simple curiosidad. Narrarle los detalles del asesinato de Rachel a Julie, que creía en él y en la verdad de lo que decía, resultó una experiencia nueva y hasta una catarsis, y al terminar experimentó la extraña sensación de haberse sacado un peso de encima.

-¿No es posible que haya sido un simple accidente... un error? -preguntó Julie cuando él termino de contarle todo lo sucedido-. Es decir, ¿y si Andy Stemple, el hombre que se suponía debía cargar el arma con balas de fogueo, por error la hubiera cargado con balas de punta hueca y fuese demasiado cobarde para reconocerlo? Zack apoyó los codos sobre las rodillas y meneó la cabeza.

-Stemple no pudo cometer un error; era especialista en armas de fuego. Después del desastre que ocurrió en la filmación de uno de los episodios de *Twilight Zone,* el gremio de directores exigió que personas especialmente entrenadas en pirotecnia, como Stemple, estuvieran a cargo de todas las armas de fuego que se utilizaran en una película. Stemple era un hombre calificado para su trabajo y estaba a cargo del arma, pero como nos hacía falta gente, también se ocupaba de otros trabajos. Esa mañana, él mismo había revisado el arma y la cargó con balas de fogueo. Además, esas balas de punta hueca no llegaron allí por accidente. Antes de colocar el arma sobre la mesa, la limpiaron prolijamente para borrar todas las impresiones digitales -le recordó Zack-. Ese pequeño detalle es una de las cosas que me mandó a la cárcel.

-Pero si tú hubieras limpiado el arma no habrías sido tan tonto como para dejar en ella una huella digital.

-No era una huella completa, sino la huella borrosa de parte de mi pulgar en el extremo de la culata. El fiscal convenció al jurado de que al limpiar el arma yo había pasado por alto esa parte.

-Pero -dijo ella, pensativa- la huella la dejaste cuando empujaste el arma que estaba sobre la mesa para que no quedara visible a la cámara.

No era una pregunta, sino que Julie repetía lo que él le acababa de decir, como si se tratara de una verdad del Evangelio, y Zack la adoró por su confianza.

-No habría importado que no hubieran limpiado el arma, ni que no encontraran mis huellas digitales en ella. Hubieran dicho que usé guantes. Y si yo no hubiera cambiado de idea durante esa última escena y el muerto hubiera sido Austin en lugar de Rachel, habrían seguido acusándome de haberlo hecho. Porque la realidad era, y es, que sólo yo tenía motivos suficientes para matar a Austin o a Rachel. -Zack notó que Julie luchaba por impedir que se traslucieran la compasión y la ira que sentía, y le sonrió para tranquilizarla. -¿Te parece que ha sido bastante frustración para un solo día? ¿No crees que ahora podríamos parar y disfrutar del tiempo que nos queda? Ya son más de las cinco.

-Ya lo sé -contestó Julie con voz preocupada. Extendió todas las fichas sobre la mesa ratona, pero eran las cuatro de la última fila, las más cercanas a ella, las que identificaban a la gente que todavía le interesaba, o de quienes sospechaba.

-¿Y si seguimos unos minutos más? -preguntó. Al ver que él abría la boca para oponerse, insistió con desesperación: -Zack, una de las fichas que hay sobre esta mesa pertenece a la persona que cometió el crimen y que después se calló la boca mientras tú ibas a la cárcel.

Zack lo sabía de memoria, pero no se animó a desilusionarla, así que contuvo su frustración y esperó con paciencia que ella terminara.

-Diana Copeland me resulta extraña -empezó a decir Julie, enfrascada en sus pensamientos-. Creo que estaba enamorada de ti.

-¡Por amor de Dios! ¿Qué te metió esa idea en la cabeza? -respondió él, entre divertido y exasperado.

-Es bastante evidente. -Apoyó un codo sobre la mesa y la barbilla en la mano, y se apresuró a
explicarlo. -Dijiste que se suponía que ella partiría rumbo a Los Ángeles la mañana del asesinato, pero en lugar de hacerlo se quedó en Dallas y fue al set. Ella misma te explicó que se había quedado porque se enteró de lo sucedido la noche anterior en tu cuarto del hotel y que quería estar allí por si necesitabas apoyo moral. Creo que estaba enamorada de ti, y por eso decidió matar a Rachel.

-¿Y dejar que el hombre a quien supuestamente amaba cargara con toda la culpa? ¡No me parece! -se burló él-. Además, no hay posibilidades de que Diana supiera que tal vez yo decidiera modificar el guión, y que en ese caso el primer disparo lo haría Tony en lugar de Rachel. Más aún -agregó-, tienes un concepto muy candido de lo que es el amor entre la gente de Hollywood. La verdad es que las actrices tienen una desesperada necesidad de que las convenzan constantemente de que todo el mundo las ama. Ellas no se enamoran y dejan todo por un hombre, y mucho menos cometen por él un asesinato. Lo que les interesa es lo que una determinada relación puede proporcionarles a ellas. Son seres emocionalmente necesitados, salvajemente ambiciosos y totalmente egocéntricos.

-Debe de haber excepciones.

-Por experiencia personal, te aseguro que no he encontrado ninguna -aseguró Zack, cortante.

-¡Qué gran mundo debe de haber sido ése donde vivías, si pudo convertirte en un cínico tan grande con respecto a la gente y especialmente con respecto a las mujeres!

-No soy un cínico -retrucó Zack, irracionalmente herido por la evidente desaprobación de Julie-. ¡Soy realista! Y tú, por otra parte, eres absurdamente cándida

en lo que se refiere a las relaciones entre los sexos.

En lugar de enojarse, Julie lo estudió con ojos que parecían profundos cristales azules.

-¿Realmente crees que lo soy, Zack? -preguntó. Cada vez que ella pronunciaba su nombre, el corazón de Zack aceleraba sus latidos y, para aumentar su incomodidad, estaba descubriendo que esa muchacha "absurdamente cándida" que estaba sentada a sus pies podía lograr que se arrepintiera y se retractara con sólo mirarlo a través de sus densas pestañas, como en ese momento.

-Uno de nosotros lo es -dijo con irritación, y cuando ella siguió mirándolo, cedió aún más-. Posiblemente yo ya fuera un cínico antes de filmar mi primera película. -Con una sonrisa exasperada por su falta de capacidad para soportar la dulce y silenciosa presión a que ella lo estaba sometiendo, agregó: -Y ahora, por favor deja de mirarme como si quisieras que admitiera que hablé como un imbécil, y haz tu próxima pregunta. ¿Quién es tu siguiente sospechoso?

La sonrisa contagiosa de Julie fue su premio y ella, obediente, cumplió con su orden de continuar.

-Tommy Newton -dijo, después de mirar una de las fichas.

-¿Por qué diablos iba a querer Tommy matar a Rachel o a Austin?

-Tal vez quería librarse de ti de una manera definitiva, y el asesinato no fue más que un medio para lograr un fin. Tú mismo comentaste que había trabajado contigo como asistente de dirección en varias películas. Tal vez estuviera harto de ser plato de segunda mano y de vivir a la sombra del gran Zachary Benedict.

-Julie -dijo Zack con mucha paciencia-, en primer lugar Tommy tenía por delante una brillante carrera como director, y lo sabía. Yo también lo sabía. Y él estaba ansioso por trabajar conmigo en *Destino.*

-Pero...

-En segundo lugar -terminó diciendo Zack con sequedad-, él también estaba enamorado de la víctima potencial de ese disparo, así que jamás habría cambiado las balas de la pistola.

-¡Pero eso podría ser importante! ¡Nunca me dijiste que estuviera enamorado de Rachel... !

-Porque no lo estaba.

-Pero acabas de decir que...

-Estaba enamorado de Austin.

-¿Cómo?

-Tommy es gay.

Ella se quedó mirándolo unos instantes y luego, sin hacer comentario alguno, tomó la ficha de su tercer sospechoso.

-Emily McDaniels. Dijiste que se sentía en deuda contigo por haber sacado a flote su carrera y, más adelante, por darle un papel en *Destino.* Hacía años que te conocía, y tú mismo dijiste que pasaban mucho tiempo juntos cada vez que trabajaban en una película. Los chicos, sobre todo las adolescentes, suelen tener un cariño poco común por la figura que encarna la autoridad. Es posible que hasta se haya imaginado enamorada de ti. Tal vez creyó que si lograba librarse de Rachel, tú le corresponderías.

Zack lanzó un bufido, pero al hablar de la jovencita su tono de voz se suavizó.

-Emily tenía dieciséis años y era muy dulce. Después de ti, es la persona de tu sexo más íntegra y agradable que he conocido. Es absolutamente imposible que esa criatura

pudiera haber hecho algo para perjudicarme. Pero digamos que tienes razón... que se creía enamorada de mí y tenía celos de Rachel. En ese caso no necesitaba molestarse en matar a mi mujer, porque en el set todo el mundo sabía que Rachel se iba a divorciar de mí para casarse con Austin.

-¿Y si odiaba tanto a Rachel por la humillación que te hizo sufrir la noche anterior, que se sintió obligada a vengarse de ella por ti?

-Esa teoría no funciona. Para Emily, Rachel sería la primera en disparar el arma, de acuerdo con lo que exigía el libreto.

-¿Entonces por qué no partimos de la suposición de que Tony Austin era la presunta víctima para el asesino?

-No podemos partir de esa base porque, como ya te dije, había hecho anotaciones en mi guión sobre la posibilidad de modificar el orden de los disparos, y muchas personas pudieron leer esas anotaciones cada vez que yo dejaba mi guión tirado por ahí. Sin embargo, antes del juicio mis abogados tomaron declaración a todo el elenco y al equipo técnico, y todos negaron saber que yo planeaba modificar esa escena.

-Pero supongamos que Tony Austin era en realidad la víctima. En ese caso, sigue siendo posible que la asesina sea Emily. Quiero decir, ¿y si estaba tan obsesionada por ti, que despreciaba a Austin por tener una aventura con tu mujer y por haberte humillado... ?

Zack la interrumpió con un tono que no admitía réplica.

-Emily McDaniels no mató a nadie. Y punto. No pudo haberlo hecho. Lo mismo que no pudiste hacerlo tú. -En ese momento Zack recién se dio cuenta de que las fichas inferiores eran las de los principales sospechosos de Julie, y al ver que sólo quedaba una, sonrió aliviado porque la conversación ya llegaba a su fin. -¿Qué nombre has escrito en esa última ficha?

Julie le dirigió una mirada sufrida y contestó a regañadientes.

-El de Tony Austin.

La expresión divertida se borró del rostro de Zack, quien se pasó las manos por la cara, como si de alguna manera tratara de borrar el odio violento que explotaba en su interior cada vez que se permitía pensar en Austin como el asesino.

-Sí, creo que Austin lo hizo. -Miró a Julie, pero seguía inmerso en sus propios pensamientos. -No, sé que ese cretino lo hizo y después, con toda deliberación, me dejó cargar con la culpa. Algún día, si vivo lo suficiente...

Julie retrocedió ante el tono salvaje de su voz.

-¡Pero dijiste que Austin no tenía un centavo! -lo interrumpió con rapidez-. Al matar a Rachel, quien posiblemente te hubiera sacado una cantidad de dinero en el divorcio, habría perdido la oportunidad de quedarse con esa suma cuando se casara con ella.

-Era un drogadicto. ¿Quién puede saber lo que pasa por la mente de un drogadicto?

-Dijiste que las drogas son un vicio muy caro. ¿No crees que su primera preocupación hubiera sido tratar de apoderarse de tu dinero para pagar sus malos hábitos?

-¡Ya no puedo más! -exclamó Zack-. ¡Te lo digo en serio! -Al ver que Julie palidecía, de inmediato lamentó su exabrupto. Suavizó el tono de voz, se puso de pie y le tendió la mano para ayudarla a pararse-. Dejemos todo esto y decidamos qué vamos a hacer durante el resto de la noche.

Julie luchó contra su reacción instintiva ante el exabrupto de Zack, y se recordó que lo que había sucedido la noche anterior nunca, pero nunca, debía volver a suceder.

Diez minutos más tarde, estaba sentada en un banco, junto a la mesada de la cocina, completamente relajada y riendo porque no lograban decidir lo que harían durante el resto de la velada.

-Haré una lista -bromeó, acercando un bloc de papel y un lápiz-. Hasta ahora, tú has sugerido que hagamos el amor. -Lo escribió mientras él se inclinaba sobre ella y la

observaba sonriente, con una mano apoyada sobre su hombro. -Y que hagamos el amor. Y que hagamos el amor.

-¿Sólo lo propuse tres veces? -preguntó Zack en broma cuando ella terminó de escribir.

-Sí, y yo acepté las tres veces, pero se suponía que debíamos presentar ideas para la primera parte de la velada.

Incapaz de estar sin tocarla, Zack le apoyó una mano sobre el hombro y le tironeó la oreja. Julie rió e inclinó la cabeza para frotar la mejillas contra la palma de la mano de Zack.

Ese gesto sencillo y cariñoso hizo que el ánimo de Zack se fuera al piso, porque recordó que después de esa noche ya no habría más gestos de ninguna clase. Debía haberla dejado ir esa mañana, pero no pudo. No pudo soportar la idea de que lo odiara definitivamente, pero cuanto más tiempo la retuviera a su lado, más difícil le resultaría permitirle marcharse. Si Julie se iba al día siguiente, existía la posibilidad de que cediera ante los interrogatorios, y eso significaba que él tendría que adelantar casi una semana su partida de los Estados Unidos, pero el riesgo valía la pena con ral de saber que ella estaría libre de cualquier otra invasión de helicópteros que la vez siguiente podría no ser falsa.

Luchó contra su estado de ánimo tan negro y dijo:

-Sea lo que fuere lo que hagamos esta noche, te pido que sea algo especial. Festivo. -Tuvo que apelar a toda su capacidad de actor para seguir sonriendo y que ella no se diera cuenta de que a la mañana siguiente le pediría que se fuera.

Julie permaneció un instante pensativa, y de repente sonrió.

-¿Que te parece comer a la luz de las velas y después bailar? Como si tuviéramos una cita, sólo que será aquí mismo. Yo me arreglaré y todo -agregó para convencerlo, antes de darse cuenta de que Zack no necesitaba que lo convencieran: sonreía aliviado con una alegría que a Julie le pareció excesiva ante la modesta idea que acababa de sugerir.

-¡Bárbaro! -exclamó Zack, mirando su reloj-. Yo usaré el baño de tu cuarto y te "pasaré a buscar" dentro de una hora y media. ¿Eso te dará bastante tiempo?

Julie lanzó una carcajada.

-Creo que una hora será tiempo más que suficiente para cualquier transformación que pueda intentar.

*40*

Después de haber sugerido la idea, de repente Julie decidió fascinar a Zack y dedicó más de una hora a arreglarse. Su pelo era una cualidad que poseía en abundancia y como Zack sin duda le prestaba especial atención, se lo lavó, lo secó y luego lo peinó en forma tal que le enmarcara el rostro y le cayera en ondas naturales sobre los hombros y la espalda. Satisfecha de haber hecho con eso todo lo posible, se quitó la bata y se puso un vestido tejido de un tono azul cobalto que, en la percha, parecía un suéter largo hasta el piso, de falda angosta, blusa amplia y mangas anchas con puños de satín y resplandecientes botones de cristal azul. Recién cuando se lo puso y se llevó las manos a la espalda para abrocharlo, se dio cuenta de que no tenía cierre. A pesar de tener un amplio cuello en el frente, ese cuello caía en drapeados sobre los hombros dejando al descubierto la espalda. La engañosa sencillez del diseño, junto con la modestia del frente y la espalda descubierta, confería al modelo una belleza irresistible que a Julie la hacía sentir realmente hermosa. Pero se alejó del espejo, vacilante, sin saber si debía usar un modelo tan caro... que era de otra.

Pero comprendió que no tenía alternativa. Debía ponerse un vestido largo, porque no tenía medias y se negaba a usar la ropa interior de otra mujer. Con excepción de ese vestido, todos los demás que había en el placard eran excesivamente elegantes, pantalones. Además, la dueña de esa ropa era decididamente más alta que ella, cosa que limitaba sus posibilidades de elección. En vista de la situación, Julie se mordió los labios, decidió usar ese maravilloso vestido azul, y en silencio pidió disculpas a la desconocida dueña de ese espléndido guardarropa.

Una segunda requisa del placard le proporcionó un par de zapatillas de baile azules que eran medio número más grandes que lo que ella calzaba, pero que le quedaban perfectamente cómodas. Satisfecha de haber hecho todo lo posible con lo que tenía a su alcance, se retocó el pelo y dirigió una última mirada a su imagen en el espejo. Había demorado más en vestirse para la "cita" de esa noche de lo que tardó en arreglarse para el casamiento de sus dos hermanos, en los que fue dama de honor. Pero decidió que había valido la pena. Los cosméticos de nombre extranjero que se había puesto esa noche eran muy distintos de los baratos que ella compraba en la farmacia de Keaton. La sombra y el rimmel realzaban sus ojos, y el toque de rubor con que coloreó sus mejillas hacía que sus pómulos parecieran más altos y prominentes. Además la perspectiva de pasar una noche agradable con Zack le iluminaba los ojos, que estaban resplandecientes. Se inclinó para aplicarse un poco de su propio lápiz labial; luego retrocedió, le sonrió a su propia imagen en el espejo y se encaminó a la puerta del dormitorio. Decidió que de alguna manera encontraría la dirección de esa casa y que enviaría un cheque para cubrir los gastos de los cosméticos que usó y la limpieza en tintorería de la ropa que había tomado prestada.

Cuando hizo su entrada en el living, las velas ya estaban encendidas sobre la mesa ratona. El fuego chisporroteaba en la chimenea y Zack estaba ocupado abriendo una botella de champaña. Julie contuvo el aliento al ver lo apuesto que estaba, con un traje azul marino, camisa blanca y corbata de varios colores. Estaba por hacer un comentario cuando recordó que ya lo *había visto vestido así antes -sólo que esa vez* la ropa que usaba era suya- y sintió una punzada de dolor al pensar en todo lo que él

había perdido. La vez anterior lo había visto por televisión, durante la entrega de premios de la Academia Cinematográfica, cuando entregó un Oscar y luego volvió a subir al escenario para recibir el que le habían acordado como Mejor Actor. En esa oportunidad lucía un esmoquin negro con camisa blanca plisada y corbata moñito negra, y Julie recordó haber pensado lo maravilloso que lucía tan alto y elegante.

Al pensar que en ese momento debía ocultarse como un animal perseguido y ponerse ropa ajena, tuvo ganas de llorar.

Pero mientras lo pensaba, Julie se dio cuenta de que Zack nunca se quejaba de eso y que no agradecería su compasión ni su lástima. Como se suponía que ésa sería una velada alegre y despreocupada, Julie decidió hacer todo lo posible para que lo fuera. Ya decidida, se adelantó con cierta timidez.

-¡Hola! -saludó con una brillante sonrisa. Zack levantó la mirada y, al verla, el champaña
que servía empezó a derramarse por sobre el borde
de la copa.

-¡Mi Dios! -exclamó en un susurro ronco y admirado, recorriendo con los ojos el rostro, el pelo y el cuerpo de Julie-. ¿Cómo es posible que hayas tenido celos de Glenn Clóse?

Hasta ese momento Julie no se había dado cuenta cabal del motivo que la había llevado a ponerse un vestido elegante, a maquillarse y a peinarse de una manera distinta. Pero en ese momento lo supo: quería competir con las mujeres que él había conocido en su vida anterior.

-Estás volcando la champaña -dijo con suavidad, tan contenta que no sabía cómo comportarse.

Zack maldijo en voz baja, enderezó la botella y buscó un trapo rejilla para secar el mueble mojado.

-¿Zack?

-¿Qué? -preguntó él por sobre el hombro, mientras tomaba las copas.

-¿Cómo es posible que hayas tenido celos de Patrick Swayze? -Su repentina sonrisa le demostró que él estaba tan contento por el cumplido como lo había estado ella por el suyo.

-Con franqueza, no lo sé -bromeó.

-¿Qué cantantes elegiste? -preguntó Julie después de comer, al ver que él ponía discos en la bandeja-. Porque si te decidiste por el ratón Mickey, me negaré a bailar contigo.

-¡Por supuesto que bailarás!

-¿Por qué estás tan seguro? -Porque sé que te gusta bailar conmigo. A pesar del diálogo juguetón, Julie se había dado cuenta de que a medida que transcurría la comida Zack estaba cada vez más deprimido. Aunque le pidió con claridad que tratara de convertir esa velada en una ocasión festiva, había una tensión indefinible en sus facciones que se marcaba más a medida que transcurría la noche. Julie se dijo que la conversación de la tarde sobre el asesinato debía de ser la causa de ese extraño estado de ánimo de Zack, porque la única otra explicación posible que se le ocurría era que estuviera pensando en enviarla de regreso a su casa, y eso era algo que le resultaba intolerable. A pesar de sus deseos de permanecer con él, Julie sabía que la decisión no sería suya. Y pese a estar enamorada de Zack, no tenía la menor idea de lo que él sentía hacia ella, aparte de que le gustaba tenerla cerca. Por lo menos allí.

Desde el estéreo, la voz de Barbra Streisand inició los primeros acordes de una canción intensamente romántica, y Julie volvió a tratar de sacudir sus temores al ver

que Zack le abría los brazos.

-Decididamente ésa no es la voz del ratón Mickey -señaló-. ¿Barbra te parece bien? Julie asintió.

-Es mi cantante favorita.

-La mía también -dijo Zack, tomándola de la cintura y acercándola a sí.

-Si yo tuviera una voz como la suya -dijo Julie, tratando de olvidar sus temores-, cantaría nada más que para escucharme. Cantaría al atender la puerta y al contestar el teléfono.

-Es fenomenal -coincidió Zack-. Hay docenas de sopranos de ópera, pero Barbra es... única, incomparable.

De repente Julie se dio cuenta de que la mano de Zack le recorría la espalda; notó que sus ojos se encendían y en su interior sintió que volvía a arder el deseo... la necesidad de la dulzura atormentadora del contacto con su cuerpo, de la tormentosa insistencia de sus besos, y del júbilo que le producía que Zack la poseyera. Era emocionante saber que tendría todo eso antes de que la noche llegara a su fin, y poder saborear y prolongar el momento. Sabía que él estaba haciendo lo mismo. Pero, ¿seguiré teniendo todo esto la noche de mañana y la de pasado mañana?, se preguntó, tratando de contener el pánico que le provocaba el estado de ánimo sombrío de Zack.

Julie escuchó las palabras de la canción y se preguntó si él también las estaría escuchando o si, como la mayoría de los hombres, escuchaba la música e ignoraba la letra.

-Es una bonita canción -dijo, porque quería desesperadamente que él escuchara la letra como si se la estuviera diciendo ella.

-Tiene una letra preciosa -confirmó Zack, tratando de calmarse, diciéndose que lo que sentía en ese momento se borraría muy pronto, en cuanto estuviera lejos de Julie. De repente la miró y sintió que la letra de esa canción se le clavaba en el corazón;

*Esos mañanas que esperan en lo profundo de tus ojos...*
*En el mundo de amor que guardas en tus ojos...*
*Yo despertaré lo que duerme en tus ojos. Tal vez te robe un beso o dos.*

*A lo largo de toda mi vida...*
*Verano, invierno, primavera y otoño de mi vida...*
*Lo único que recordaré de mi vida, es toda mi vida.*
*Contigo.*

Zack se sintió aliviado cuando la voz de Streisand se apagó y comenzó a resonar el dúo Whitney Houston/Jermaine Jackson. Pero Julie eligió ese momento para apartar la mejilla de su cuerpo y mirarlo, y cuando la miró a los ojos y escuchó la letra de la canción, Zack sintió una opresión en el pecho.

*Como vela que arde brillante...*
*El amor resplandece en tus ojos.*
*Una llama para iluminarnos el camino*
*que arde cada día más luminosa.*
*Yo era palabras sin música,*

*Yo era una canción todavía no entonada,*
*Un poema sin rima, un bailarín a destiempo...*
*Pero ahora estás tú.*
*Y nadie me ama como me amas tú.*

Cuando terminó la canción, Julie lanzó un suspiro tembloroso, y él se dio cuenta de que trataba de romper el hechizo de la música hablando de temas triviales.

-¿Cuál es tu deporte favorito, Zack? Zack le levantó la barbilla.

-Mi deporte favorito -dijo en una voz tan ronca que él apenas reconoció como propia- es hacerte el amor.

Los ojos de Julie se oscurecieron, con un amor que ya no trataba de ocultarle.

-¿Cuál es tu comida favorita? -preguntó, temblorosa.

Como respuesta, Zack inclinó la cabeza y le tocó los labios en un beso suave.

-Tú.

En ese momento se dio cuenta de que sacarla de su vida al día siguiente le resultaría más difícil de lo que le fue oír que se cerraban tras de sí las puertas de la cárcel. Sin darse cuenta de lo que hacía, la rodeó con sus brazos, enterró la cara en su pelo y cerró los ojos.

Ella le acarició la cara con una mano y preguntó desfalleciente:

-Piensas enviarme a casa mañana, ¿verdad?

-Sí.

Al percibir su tono decidido, Julie, que ya lo conocía tan bien, supo que sería inútil discutir, pero de todos modos lo intentó.

-¡Yo no quiero irme!

Zack levantó la cabeza, y aunque habló con suavidad, Julie notó que su voz era muy firme y decidida.

-No lo hagas más difícil de lo que ya es. Desolada, Julie se preguntó cómo era posible que fuera más difícil, pero se tragó la protesta inútil y, por el momento, hizo lo que él pedía. Se acostó con él cuando Zack se lo pidió, y trató de sonreír cuando se lo pidió. Después de que ambos tuvieron un orgasmo tremendo, ella se volvió en sus brazos y susurró:

-Te amo. Te...

Él le cubrió la boca con la punta de los dedos, silenciándola cuando trató de volver a decirlo.

-No lo digas.

Julie apartó la mirada y bajó la cabeza, clavando la vista en el pecho de Zack. Deseó que también él se lo dijera, aunque no lo sintiera. Quería oírle pronunciar esas palabras, pero no se lo pidió porque sabía que él se negaría.

*41*

El motor del Blazer estaba en marcha, y del caño de escape surgía un vapor espeso que se perdía en el aire gélido del amanecer. Julie y Zack estaban de pie junto al auto.

-El informe meteorológico no anuncia nevadas -dijo Zack, levantando la mirada para observar el leve rosado que teñía el cielo. Colocó un termo lleno de café sobre el asiento del pasajero. Miró a Julie con expresión seria. -Creo que tendrás el camino libre de nieve hasta Texas.

Julie conocía las reglas de esa separación, porque él se las había aclarado esa mañana -nada de lágrimas ni de lamentos- y hacía enormes esfuerzos por conservar una aparente compostura.

-Manejaré con cuidado.

-No corras -recomendó él. Extendió la mano, le subió más el cierre de la campera y después le levantó el cuello hasta el mentón. Ese simple gesto estuvo a punto de hacerla llorar. -Manejas demasiado rápido.

-Te prometo que no correré.

-Trata de alejarte todo lo posible de aquí sin que te reconozcan -le volvió a recordar Zack. Enseguida le quitó de la mano los anteojos oscuros y se los puso. -Una vez que hayas cruzado la frontera de Oklahoma, entra en la primera playa de estacionamiento que encuentres. Permanece fuera de la vista de todo el mundo durante quince minutos, y después encamínate al teléfono público y llama a tu familia. Los federales estarán escuchando la conversación, de manera que trata de simular que estás nerviosa y confusa. Diles que te dejé en la playa de estacionamiento, acostada en el piso del auto, con los ojos vendados, que desaparecí y que por lo tanto estás libre. Diles que te diriges a tu casa. Y cuando llegues, no te apartes de la verdad.

Él había llevado una bufanda de la casa, anudada como si hubiera estado atada alrededor de la cabeza de Julie, y la echó dentro del auto. Julie asintió y tragó con fuerza porque ya no quedaba nada que hacer o decir... por lo menos nada que Zack quisiera oír.

-¿Alguna pregunta? -dijo él. Julie meneó la cabeza. -Muy bien, ahora dame un beso de despedida.

Julie se puso en puntas de pie para besarlo y se sorprendió cuando Zack la abrazó con fuerza inusitada, pero su beso fue breve. Luego la alejó de sí.

-Ya es hora.

Julie asintió, pero no se pudo mover y claudicó en su resolución de no hacer ninguna escena desagradable. \,_,

-Me escribirás, ¿verdad?

-No.

-Pero por lo menos podrías hacerme saber cómo estás -insistió ella con desesperación-, aunque no puedas decirme dónde te encuentras. ¡Tengo que saber si estás a salvo! Tú mismo dijiste que no vigilarán mucho tiempo mi correspondencia.

-Si me apresan, te enterarás enseguida por los noticiarios. Si no, sabrás que estoy a salvo.

-¿Pero por qué no puedes escribirme? -explotó ella, y de inmediato lo lamentó al ver la cara pétrea de Zack.

-¡Nada de cartas, Julie! Hoy, en el instante en que te vayas de aquí, todo habrá terminado. Lo nuestro habrá terminado. -Las palabras le dolieron como latigazos,

aunque no había maldad alguna en el tono de Zack. -Mañana por la mañana, reanudarás tu antigua vida en el punto en que la dejaste. Simula que nada de esto sucedió, y lo olvidarás en pocas semanas.

--Tal vez tú puedas olvidar, pero yo no -dijo Julie, odiando el tono plañidero y lacrimógeno de su voz. Meneó la cabeza como para negar lo que acababa de decir y se volvió hacia el auto, secándose con furia las lágrimas. -Me voy antes de seguir comportándome como una tonta -dijo con voz ahogada.

-¡No! -exclamó él, y le tomó un brazo para detenerla. -¡Así no! -Julie lo miró a los ojos y por primera vez no estuvo tan segura de que a él le resultara fácil esa despedida. Zack apoyó una mano contra la mejilla de ella, le apartó un mechón de pelo de la cara y habló con tono solemne. -Lo único tonto que has hecho durante la última semana es... quererme demasiado. Todo lo demás que hiciste y dijiste estuvo... bien. Fue perfecto.

Julie cerró los ojos, luchó contra las lágrimas, enterró la cara en la mano de Zack y le besó la palma como él había besado una vez la suya.

-¡Te amo tanto! -susurró. Zack retiró la mano de un tirón y le contestó con voz condescendiente y divertida.

-Tú no me amas, Julie. Eres candida e inexperta y no conoces la diferencia entre el sexo y el verdadero amor. Y ahora sé buena, vete a tu casa, que es donde debes estar, y olvídame. Eso es exactamente lo que quiero que hagas.

Ella tuvo la sensación de que acababa de pegarle una cachetada, pero su orgullo herido la obligó a alzar la barbilla.

-Tienes razón -dijo con tranquila dignidad mientras subía al auto. -Es hora de volver a la realidad.

Zack observó el auto mientras se alejaba y desaparecía en la primera curva del camino. Permaneció como clavado en el mismo lugar mucho después de que Julie se hubo ido, hasta que el viento helado por fin le recordó que estaba a la intemperie y sin abrigo. La acabo de herir, pensó, pero tuve que hacerlo, se recordó mientras se encaminaba a la casa. No podía permitir que ella desperdiciara un solo instante de su preciosa vida amándolo o extrañándolo o esperándolo. Al ridiculizar su amor había hecho lo único correcto

y noble.

Entró en la cocina, tomó la cafetera y se acercó a un armario en busca de un jarro. En ese momento vio sobre la mesada el que había usado Julie esa mañana. Estiró la mano con lentitud, lo tomó, y apretó el borde contra su mejilla.

## 42

Dos horas después de abandonar la casa de la montaña, Julie detuvo el auto en la banquina de la ruta desierta y tomó el termo de café. Le dolían la garganta y los ojos a causa de las lágrimas que se negaba a derramar, y estaba aturdida por el esfuerzo inútil de borrar de su mente el recuerdo de las palabras de despedida de Zack:

"Tú no me amas, Julie. Eres candida e inexperta y no conoces la diferencia entre el sexo y el verdadero amor. Ahora sé buena, vuelve a tu casa, que es donde te corresponde estar, y olvídate de mí. Eso es exactamente lo que quiero que hagas."

Su angustia era tan grande que le temblaba la mano cuando vertió café en la tapa del termo. Qué crueldad inútil la de Zack al haberla ridiculizado de esa manera, sobre todo cuando sabía que en cuanto llegara a su pueblo tendría que enfrentar a la policía y al periodismo. ¿Por qué no ignoró lo que ella acababa de decir, o le mintió y le dijo que él también la quería, simplemente para darle algo de que aferrarse durante la dura prueba que le esperaba? Una prueba que le hubiese sido mucho más fácil afrontar si Zack tan sólo le hubiera dicho que la amaba.

"Tú no me amas, Julie... Ahora sé buena, vuelve a tu casa que es donde te corresponde estar, y olvídate de mí..."

Julie trató de tragar el café, pero era como si tuviera la garganta completamente cerrada. En ese momento la golpeó otra realidad, que la dejó más desolada que antes: aparte de haberse burlado de sus sentimientos, Zack debía de saber de memoria que ella lo amaba. En realidad, estaba tan seguro que supo que la podía tratar así, dejarla volver a su casa, con la convicción de que no lo traicionaría ante la policía. Y tenía razón. Por muy herida que estuviera por su dureza, jamás le devolvería el golpe. Lo quería demasiado para herirlo y su convicción de que era inocente y sus ganas de protegerlo eran tan grandes en ese momento como el día anterior.

Una pickup pasó rugiendo a su lado y le cubrió de barro un costado del auto. Entonces Julie recordó la advertencia de Zack: debía alejarse todo lo posible sin atraer la atención. Se enderezó con cansancio y reanudó la marcha, pero en ningún momento superó los cien kilómetros por hora. Porque él le había recomendado que no corriera. Y porque el hecho de que la detuvieran por exceso de velocidad cabía dentro de la definición de atraer la atención.

Julie llegó a la frontera entre Colorado y Oklahoma en mucho menos tiempo que el que demoró en medio de la tormenta de nieve. Siguiendo las instrucciones de Zack, detuvo el auto en la primera salida de la ruta que encontró e hizo el llamado telefónico.

Su padre atendió al primer llamado.

-Soy Julie, papá -dijo ella-. Estoy libre. Voy para casa.

-¡Gracias a Dios! -explotó él-. ¡Oh, gracias a Dios!

En todos esos años nunca había oído tanta angustia en la voz de su padre, y Julie se sintió enferma de remordimientos por -lo que lo había hecho sufrir. Antes de que ninguno de los dos pudiera hablar, los interrumpió una voz desconocida.

-Soy el agente Ingram, del FBI, señorita Mathison. ¿Dónde se encuentra?

-Estoy en Oklahoma, en una parada para automovilistas. Estoy libre. Él... me dejó en el auto, con las llaves puestas y los ojos vendados. Pero se ha ido. Estoy segura de que se ha ido. No sé adonde.

-Escuche cuidadosamente -dijo la voz-. Vuelva al auto, cierre las puertas con llave y

salga de allí enseguida. No se quede cerca de donde lo vio por última vez. Diríjase a la primera zona poblada que encuentre y llámenos desde allí. Nosotros notificaremos a las autoridades locales e irán a buscarla. ¡Ahora salga de allí enseguida, señorita Mathison!

-¡Quiero ir a casa! -advirtió Julie con genuina desesperación-. ¡Quiero ver a mi familia! ¡No quiero quedarme esperando en Oklahoma! ¡No puedo! Sólo llamé para advertirles que estoy en camino. -Cortó la comunicación, se encaminó al auto y no llamó desde la siguiente zona poblada.

Dos horas más tarde, un helicóptero, que sin duda había estado buscando a la angustiada rehén que iba camino de su casa, de alguna manera consiguió localizarla en la ruta interestatal y se mantuvo en el aire, sobrevolándola. Instantes después, una serie de autos patrulleros con luces rojas y azules comenzaron a entrar en la ruta, colocándose delante a su compañero, como si tratara de tranquilizarlo. Julie no lo notó, pero Ted y Carl, sí.

-Muy bien, señorita Mathison -dijo el agente Ingram, tomando la palabra en cuanto estuvieron sentados-. Empecemos por el principio. -Julie sintió un aguijonazo de miedo cuando vio que el agente Richardson sacaba un grabador del bolsillo y lo colocaba sobre la mesa, pero se recordó lo que Zack le había advertido que debía esperar.

-¿Por dónde quieren que empiece? -preguntó, sonriéndole agradecida a su madre que en ese momento le alcanzaba un vaso de leche.

-Ya sabemos que supuestamente viajó a Amarillo para reunirse con el abuelo de uno de sus alumnos -empezó diciendo Richardson.

Julie lo miró con la rapidez del relámpago.

-¿Qué quiere decir con eso de supuestamente?

-No es necesario que se ponga a la defensiva -intervino Ingram, tratando de calmarla-. Díganos usted misma lo que sucedió. Empecemos por su primer encuentro con Zachary Benedict.

Julie cruzó los brazos sobre la mesa y trató de no sentir emoción alguna.

-Me había detenido en un restaurante de la interestatal para tomar un poco de café. No recuerdo el nombre del lugar, pero lo reconocería si lo viera. Cuando salí, estaba nevando y vi a un hombre alto y de pelo oscuro agazapado cerca de una de las gomas del auto. Estaba en llantas. Se ofreció a cambiarla...

-¿En ese momento se dio cuenta de que estaba armado?

-Si hubiera notado que tenía un arma, le aseguro que no le habría ofrecido acercarlo adonde iba.

-¿Cómo estaba vestido? -A partir de ese momento, las preguntas se sucedieron con rapidez, y continuaron interrogándola, hora tras hora...

-Señorita Mathison, ¡debe poder recordar algo más sobre esa casa que estaba utilizando como escondite! -exclamó Paúl Richardson, que la había estado estudiando como si se tratara de un insecto bajo su microscopio, y que le hablaba con un tono autoritario que le recordaba un poco al de Zack cuando se enojaba. En el estado de extenuación en que se encontraba, eso le pareció más agradable que chocante.

-Ya le dije, tenía los ojos vendados. Y por favor, llámeme Julie. Es más corto y nos hará perder menos tiempo que con tanto "señorita Mathison".

-¿En algún momento, durante el tiempo que estuvo con Benedict, pudo descubrir

hacia dónde pensaba dirigirse?

Julie meneó la cabeza. Ya habían hablado de eso.

-Me dijo que cuanto menos supiera, más seguro estaría él.

-¿Alguna vez trató de descubrir hacia dónde se dirigiría?

Julie volvió a menear la cabeza. Ésa era una pregunta nueva.

-Por favor, conteste en voz alta para que el grabador capte sus respuestas.

-¡Está bien! -contestó Julie, y de repente decidió que ese hombre no se parecía en nada a Zack... Era más joven, y más buen mozo, pero no tenía la calidez de Zack. -No le pregunté adonde pensaba ir, porque él ya me había dicho que cuanto menos supiera, más seguro estaría él.

-Y usted quiere que Benedict esté a salvo, ¿verdad? -preguntó él en el acto. -No quiere que lo capturemos, ¿no es cierto?

Había llegado el momento de la verdad. Richardson esperaba, golpeando con impaciencia la punta de su birome sobre la mesa y, por la ventana, Julie alcanzó a ver a la multitud de periodistas que se arracimaban en el jardín y en la calle. Entonces el cansancio se desplomó sobre ella en oleadas.

-Ya le he dicho que trató de salvarme la vida.

-No comprendo qué tiene que ver eso con el hecho de que sea un asesino convicto, que además la tomó como rehén.

Julie se recostó contra el respaldo de la silla y lo miró con una mezcla de desdén y de frustración.

-No creo ni por un minuto que haya sido capaz de matar a nadie. Y ahora, permítame que yo le haga una pregunta a usted, señor Richardson. -Ignoró que Ted le apretaba la rodilla para tranquilizarla, y no le importó darse cuenta de que hablaba con tono combativo. -Póngase en mi lugar, y simplemente por una cuestión de retórica, suponga que yo lo tomé como rehén y que usted logró escapar. Usted se oculta de mi vista, pero yo creo que ha caído en un arroyo profundo y helado. Desde su escondite, me ve correr hacia el arroyo y zambullirme en las aguas gélidas. Me zambullo una y otra vez llamándolo, y cuando comprendo que no puedo encontrarlo, me ve salir tambaleante del arroyo y desmoronarme sobre la nieve. Pero no monto el snowcat para volver a la casa. En vez de eso, me doy por vencida. Me abro la camisa empapada para que el frío me mate con más rapidez, apoyo la cabeza sobre la nieve, cierro los ojos y me quedo allí, dejando que la nevada me cubra la cabeza y la cara...

Al ver que Julie quedaba en silencio, Richardson alzó las cejas.

-¿Y adonde quiere llegar con eso?

-Quiero llegar a que, después de haber visto eso, ¿usted me creería capaz de asesinar a alguien a sangre fría? ¿Trataría de extraerme información para lograr que me bajen a balazos antes de que tenga tiempo de demostrar mi inocencia?

-¿Es eso lo que pretende hacer Benedict? -preguntó Richardson, inclinándose hacia adelante.

-Eso es lo que haría yo -contestó ella, evasiva-, y usted no contestó mi pregunta. Sabiendo que traté de salvarle la vida y que quise morir cuando creí haber fracasado, ¿trataría de sonsacarme información para lograr que me capturaran y que posiblemente me mataran al hacerlo?

-Me sentiría obligado a cumplir con mi deber -retrucó Richardson-, y a ayudar a que se hiciera justicia con un asesino convicto que ahora, además, es un secuestrador.

En silencio, Julie le dirigió una larga mirada y luego le contestó en voz baja.

-En ese caso, sólo espero que encuentre alguien que le done un corazón, porque es obvio que usted no tiene uno propio.

-Creo que ya basta por hoy -intervino el agente Ingram con una voz tan agradable como su sonrisa-. Todos estamos levantados desde anoche, cuando usted llamó.

La familia Mathison se puso de pie en distintos estados de cansancio.

-Julie -dijo la señora Mathison, ahogando un bostezo-, esta noche dormirás aquí, en tu antiguo cuarto. Ustedes también, Cari y Ted -agregó-. No tiene sentido que vuelvan a pasar entre todos esos periodistas. Además, tal vez Julie los necesite después.

Los agentes Ingram y Richardson vivían en el mismo complejo habitacional de Dallas, y además de compañeros de trabajo eran amigos. Enfrascados en sus pensamientos, viajaron en silencio hasta un motel de las afueras de la ciudad donde se alojaban desde hacía más de una semana. Recién cuando David Ingram detuvo el sedán frente a sus habitaciones, se animó a aventurar una opinión. Lo dijo en el mismo tono agradable con que había engañado a Julie, convenciéndola de que creía en sus palabras. -Esa mujer está encubriendo algo. Paúl. Paúl Richardson frunció el entrecejo y meneó la cabeza.

-No. Es honesta. No creo que oculte nada.

-Entonces tal vez -respondió Ingram con sarcasmo- convendría que empezaras a pensar con la cabeza en lugar de utilizar para ello ese órgano que tomó posesión de ti en cuanto Julie Mathison te miró con sus grandes ojos azules.

Richardson se volvió a mirarlo con rapidez.

-¿Qué diablos quieres decir?

-Quiero decir -aclaró Ingram, disgustado- que desde que llegamos y empezaste a investigarla y a interrogar a la gente que la conocía, estás obsesionado con esa mujer. Cada vez que te enterabas de alguna buena obra que había hecho, te suavizabas; al hablar con alguno de sus alumnos o con los padres de esos chicos con incapacidades físicas a quienes enseña, te fascinabas más. ¡Mierda! Cuando descubriste que también enseña a leer a mujeres analfabetas y que canta en el coro de la iglesia, ya estabas dispuesto a nominarla para la santidad. Esta noche, cada vez que te miraba con desaprobación, por el tono de tu voz o por lo que le preguntabas, te noté vacilar. Con sólo ver su fotografía ya estabas a su favor, pero cuando te topaste con ella en carne y hueso, tu objetividad se fue al diablo.

-¡Eso no es cierto!

-¿No? Entonces explícame por qué estás tan desesperado por saber si se acostó con Benedict. Ella te dijo dos veces que él no la violó ni la obligó de ninguna manera a tener sexo con él, pero eso no te bastó. ¿Por qué demonios no le preguntaste directamente si le permitió que la llevara a la cama? ¡Dios! -exclamó con disgusto. -¡No lo podía creer cuando te oí pedirle que describiera las sábanas de la cama de Benedict para que pudiéramos rastrear el género y localizar así su escondrijo!

Richardson le dirigió una mirada de incomodidad.

-¿Fue tan obvio? -preguntó mientras abría la puerta del auto y bajaba-. Es decir, ¿crees que la familia se dio cuenta?

Ingram también bajó del auto.

-¡Por supuesto que se dieron cuenta! -bufó-. La pequeña señora Mathison fantaseaba con la posibilidad de ahogarte con algunas de sus masas. Usa la cabeza. Paúl. Julie Mathison no es ningún ángel. Hay constancias de que fue arrestada como delincuente juvenil...

-Cosa de la que no nos habríamos enterado si las autoridades de adopción de Illinois no hubieran dejado su legajo en el archivo, en lugar de haberlo destruido hace años, como correspondía -interrumpió Paúl-. Más aún, si quieres enterarte de la verdad que hay tras el prontuario de Julie, llama a la doctora Theresa Wilmer, de Chicago, como lo hice yo, y entérate de la verdad. Ella consideró, y sigue considerando, que Julie es una de las personas más derechas que ha conocido. Te pregunto francamente, Dave -dijo cuando se acercaban a sus respectivos cuartos-, ¿alguna vez en la vida has visto un par de ojos como los de Julie Mathison?

-Sí -contestó Ingram con desprecio-. Bambi los tenía.

-Bambi era un venado. Y tenía ojos marrones. Los de ella son azules... Parecen cristales azules, oscuros y traslúcidos. Una vez mi hermana menor tuvo una muñeca con ojos parecidos a los de ella.

-¡Esta conversación es increíble! -explotó Ingram-. ¡Escúchate, por amor de Dios!

-Tranquilízate -dijo Paúl, pasándose las manos por el pelo-. Si tienes razón, si ella ayudó a Benedict en su plan de huida original o si nos da algún motivo para creer que oculta información acerca de él, seré el primero en leerle sus derechos y arrestarla... y lo sabes.

-Ya sé -dijo Ingram metiendo la llave en la cerradura de su cuarto y abriendo la puerta-. Pero, ¿Paúl?

Paúl se apoyó contra el marco de la puerta de su cuarto.

-¿Sí?

-¿Qué vas a hacer si su única culpa es haberse acostado con Benedict?

-Buscar a ese cretino y bajarlo a tiros por haberla seducido.

-¿Y si es inocente .de eso y de ser cómplice de Benedict?

Una lenta sonrisa apareció en los labios de Ri-chardson.

-En ese caso, será mejor que me busque un corazón que le guste, o que me haga hacer un transplante. ¿Notaste la manera en que me miró esta noche, Dave? Fue casi como si de alguna manera me conociera, como si nos conociéramos. Y nos gustáramos.

## 43

-¡No puedo creer que tengamos que pasar por esto para tener un poco de paz e intimidad! -exclamó Julie, exasperada, cuando esa tarde se vio obligada a salir de la casa de sus padres en el patrullero de Ted, con las luces titilantes y la sirena ululante, pero pese a todo perseguidos por los periodistas. Al cruzar la calle principal vio una pancarta que decía "Bienvenida a casa, Julie". -¿Cómo voy a reanudar mis clases el lunes? Hoy, cuando fui a casa, los reporteros por poco me ahogaron. Cuando conseguí entrar, el teléfono no dejó de llamar ni un solo instante. Flossie y Ada Eldridge están en el séptimo cielo con tanta excitación y tantos chismes para contar sobre la casa vecina -agregó con cansancio.

-Hace doce horas que has vuelto y todavía no has hecho una declaración -dijo Ted, observando por el espejo retrovisor la fila de autos que los seguían.

Doce horas, pensó Julie. Doce horas sin un instante libre para pensar en Zack, para repasar sus recuerdos agridulces, para recuperar fuerzas, para tratar de poner en orden sus pensamientos. Había dormido mal, y cuando se levantó, los agentes del FBI ya la esperaban para seguir interrogándola, y el interrogatorio siguió hasta hacía dos horas. Katherine llamó para sugerir que Julie fuera a su casa, y hacia allí se dirigían, pero Julie tenía la incómoda sensación de que, en cuanto llegaran, Ted y Cari pensaban hacerle preguntas que no quisieron formular delante de sus padres.

-¿No puedes librarte de esos periodistas? -preguntó, enojada-. Deben de ser como cien, y supongo que estarán violando alguna ordenanza municipal.

-El mayor Addleson dice que, ahora que se ha corrido la voz de que estás de vuelta, llegan a tribunales en bandadas y exigen que hagas una declaración. Están aprovechando a fondo las libertades que les concede la primera enmienda, pero que yo sepa no están violando ninguna ordenanza municipal.

Julie miró hacia atrás y notó que casi todos los autos que los seguían se mantenían a una distancia constante con el patrullero de Ted.

-Estaciona el auto junto al cordón de la vereda y hazles multas por exceso de velocidad. Nosotros viajamos a ciento treinta y cinco kilómetros por hora, y ellos también. Ted -agregó, sintiéndose de repente muerta de cansancio-, no sé cómo voy a conservar la cordura si la gente no me deja un rato en paz para que pueda pensar y descansar.

-Ya que vas a pasar la noche en lo de Katherine, tendrás tiempo más que suficiente para dormir y descansar después de que Cari y yo hayamos oído lo que tengas que decirnos.

-Si lo que tú y Carl pretenden es hacerme otro interrogatorio, te advierto que no estoy en condiciones de soportarlo -aclaró, atemorizada ante esa indicación de que sus hermanos querían más respuestas que las que habían oído la noche anterior.

-¡Estás metida hasta las orejas en esto! -dijo Ted en un tono que jamás había usado con ella-. Yo lo sé y Cari también. Y posiblemente también Ingram y Richardson. Decidí que conversáramos en lo de Katherine, porque vive en la única casa de Keaton con verjas eléctricas, y un muro alto que mantendrá a raya a los periodistas. -Mientras hablaba, dobló abruptamente y se internó en el camino de entrada de la mansión de los Cahill, cuyas verjas eléctricas controladas desde la casa por una cámara de control remoto, ya se estaban abriendo para darles paso. Detrás de ellos, los autos cargados de periodistas siguieron derecho, pero Julie estaba demasiado angustiada por la actitud de



LIbrodot

Ted como para sentirse aliviada. El Blazer de Cari ya estaba estacionado frente a la puerta de la casa. Cuando Julie se disponía a bajar del auto, Ted la contuvo con un brazo.

-Creo que será mejor que conversemos un poco en privado. -Se volvió hacia ella y apoyó un brazo sobre el respaldo del asiento. -Como tu abogado, no pueden obligarme a repetir nada de lo que me digas. Cari no posee esa inmunidad, y Katherine menos.

-¿Abogado? ¿Ya te recibiste?

-Todavía no sé si aprobé el último examen -contestó Ted, cortante-. Pero supongamos que sí, y por ahora consideremos que la falta de notificación no es más que un tecnicismo.

Julie sintió un frío que no tenía ninguna relación con el hecho de que él hubiera apagado el motor del auto.

-No necesito un abogado.

-Creo que lo necesitarás.

-¿Por qué?

-Porque anoche no dijiste toda la verdad. No sabes mentir, Julie, sin duda por falta de experiencia. Y no sigas mirándome así. Estoy tratando de ayudarte.

Julie metió las manos dentro de las mangas de su abrigo y se quedó observando una motita de polvo que tenía en la falda.

-Bueno, adelante -ordenó Ted-. Cuéntame lo que no le dijiste al FBI.

Ella había querido tanto y durante tanto tiempo a ese hermano, que le espantaba la posibilidad de su desaprobación, pero levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

-¿Me das tu palabra de honor de que jamás le repetirás a nadie lo que te voy a decir?

La insistencia de Julie en ese punto hizo que Ted maldijera en voz baja.

-Estás metida en esto más de lo que yo creía, ¿verdad?

-No sé qué creíste, Ted. ¿Tengo o no tu palabra de honor?

-¡Por supuesto que tienes mi palabra! -dijo con un tono casi salvaje-. ¡Yo cruzaría el infierno por ti, Julie, y lo sabes! ¡Y Cari también!

Julie trató de controlar el vuelco que dio su corazón al oír esas palabras, pero recordó su promesa de no volver a llorar y respiró hondo.

-Gracias.

-¡No me agradezcas, simplemente habíame! ¿En qué le mentiste anoche al FBI?

-No tenía los ojos vendados. Sabría encontrar esa casa de Colorado.

Notó el esfuerzo que hacía Ted para no demostrar ninguna reacción.

-¿Y qué más?

-Eso es todo.

-¿Qué?

-Es en lo único que mentí.

-¿Y en qué mentiste por omisión? ¿Qué dejaste de decir?

-Nada que no sea exclusivamente asunto mío.

-¡No juegues con tu abogado! ¿Qué fue lo que no dijiste? Tengo que saberlo para protegerte o buscar un abogado con experiencia para que lo haga, en el caso de que sea demasiado difícil para mí.

-¿Estás tratando de averiguar si me acosté con él? -retrucó Julie, y su cansancio y

extenuación de repente se convirtieron en enojo-. Porque si es así, no me vengas con jueguitos, como lo hace Richardson. ¡Simplemente pregúntamelo!

-No ataques a Richardson -advirtió Ted-. El es el único que ha impedido que Ingram te lea tus derechos antes de arrestarte. Ingram sabe que ocultas algo, tal vez mucho, pero Richardson está tan fascinado por ti que permite que lo envuelvas alrededor de tu dedo meñique.

-¡Richardson es un grosero!

-Se ve que no comprendes el efecto que tienes sobre los hombres. Richardson está frustrado
-aseguró Ted-, y enamorado como un loco. ¡Pobre tipo!

-Gracias -dijo Julie.

-¿Vamos a seguir discutiendo como dos adolescentes, o me vas a decir qué otra cosa le ocultaste al FBI?

-¿Se te ha ocurrido que es posible que tenga derecho a cierta intimidad y dignidad... ?

-Si quieres tener dignidad, no te acuestes con convictos.

Julie tuvo la sensación de que Ted acababa de pegarle un puñetazo en la boca del estómago. Sin decir una sola palabra, bajó del auto y pegó un portazo. Cuando estaba por tocar el timbre, Ted la contuvo.

-¿Qué demonios crees que estás haciendo?

-Ya te he dicho lo único en que mentí y que, si se supiera, podría causarme un problema legal
-dijo Julie, oprimiendo el timbre con fuerza-. Ahora les diré al mismo tiempo a Carl y a ti lo que
te mueres por saber. Después de eso, ya no hay más que decir.

Cari les abrió la puerta y Julie pasó a su lado, rumbo al vestíbulo, y enseguida se volvió. Sin prestar la menor atención a Katherine que se acercaba por la escalera, miró a su sorprendido hermano mayor y dijo con amargura:

-Ted me ha dicho que ustedes dos suponen que he mentido acerca de todo. Me ha dicho que si quiero tener dignidad e intimidad no debería "acostarme" con convictos, ¡y estoy segura de que tiene razón! Así que aquí tienen toda la verdad: le dije al FBI que Zack no abusó físicamente de mí de ninguna manera, ¡y no lo hizo! Arriesgó su vida por salvar la mía, y ni siquiera ustedes dos, que obviamente lo desprecian a pesar de todo lo que he dicho, pueden convertir eso en un "abuso". No me lastimó. No me violó. Yo me acosté con él. ¡Me acosté con él, y lo hubiera seguido haciendo durante el resto de mi vida si él lo hubiera querido! ¿Ahora están satisfechos? ¿Eso les basta? Espero que sí, ¡porque era lo único que me faltaba decirles! ¡No sé dónde está Zack! ¡Ignoro hacia dónde se dirige! ¡Ojalá lo supiera... !

Carl la tomó en sus brazos y miró a Ted con furia.

-¿Qué diablos te pasa, para haberla angustiado de esta manera?

Ted estaba tan sorprendido, que hasta miró a su ex mujer en busca de apoyo, pero Katherine sólo meneó la cabeza.

-La especialidad de Ted es hacer llorar a las mujeres que lo quieren. No lo hace a propósito; lo que pasa es que no nos puede perdonar si quebrantamos sus reglas. Justamente por eso es policía, y por eso será abogado. Le gustan las reglas. ¡Adora las reglas! -Tomó a Julie del brazo. -Ven conmigo a la biblioteca, Julie. Estás extenuada, cosa que ninguno de tus dos hermanos parece comprender.

Mientras caminaban tras ellas, Ted miró furioso a Carl.

-No quise angustiarla, ¡sólo le dije que no me ocultara nada!

-¡Podrías haberlo hecho con un poco de tacto, en lugar de interrogarla y hacerla sentir una perdida! -contestó Carl, también furioso.

Julie se desplomó en un sillón y miró con sorpresa y un poco de sensación de culpa esa reunión familiar sin precedentes que de repente tenía a su amiga como líder.

-¡Ustedes dos son unos caraduras al tratar de inmiscuirse en la vida privada de Julie y pretender juzgarla! -informó Katherine con enojo mientras marchaba hacia el bar de caoba y servía cuatro vasos de vino-. ¡Que hipocresía tan monumental! Ella tal vez suponga que los dos son unos santos, porque es lo que siempre le hicieron creer, pero yo sé que no es así. -Tomó el vaso de Julie y el suyo y dejó los otros dos sobre el bar. -Ted: tú me desnudaste en este mismo cuarto antes de que hubiéramos tenido una sola cita juntos, ¡y en esa época yo sólo tenía diecinueve años!

De manera automática Julie aceptó el vaso de vino que su ex cuñada le ofrecía, mientras Katherine señalaba el sofá y agregaba furiosa:

-¡Me desnudaste y me hiciste el amor en ese sofá! Y creo recordar que te sorprendiste y te alegraste al descubrir que todavía era virgen. Una hora después me volviste a hacer el amor en la pileta de natación, y después...

-Lo recuerdo -interrumpió Ted, acercándose al bar para tomar los otros dos vasos de vino. Le entregó uno a Carl. -A menos que me equivoque, en menos de diez segundos vas a necesitar esto. -Katherine confirmó su vaticinio y se volvió hacia el hermano mayor de Julie.

-En cuanto a ti, Carl, ¡estás lejos de ser un santo!

-Deja a mi mujer fuera de esto -advirtió él.

-Ni siquiera pensaba mencionar a Sara -contestó Katherine con frialdad-. Estaba pensando en Ellen Richter y en Liza Bartiesman, cuando estabas en el último año del secundario. Y después, cuando tenías diecinueve años, fue Kaye Summerfield y...

La risa horrorizada y suplicante de Julie los obligó a volverse a mirarla.

-¡Basta! ¡Por favor! -agregó, entre divertida y extenuada-. No sigan. Esta noche ya hemos arruinado demasiadas ilusiones de unos con respecto a los otros.

Ted se volvió hacia Katherine y levantó su vaso en un irónico brindis.

-Como siempre, Katherine, has conseguido criticar y avergonzar a todos los demás, mientras tú te conservas limpia de culpa y cargo.

Katherine perdió por completo su actitud de antagonismo.

-En realidad, yo soy la que debería estar más avergonzada.

-¿Por haberte rebajado a acostarte conmigo, supongo? -preguntó Ted con aburrida indiferencia.

-No -contestó ella en voz baja.

-¿Entonces por qué? -preguntó Ted.

-Tú conoces la respuesta.

-¿Supongo que no será porque nuestro matrimonio haya fracasado?

-No, porque yo fui la causante de que fracasara. Ted apretó la mandíbula mientras rechazaba con enojo esa suave y sorprendente admisión.

-Y de todos modos, ¿qué estás haciendo en Keaton? -preguntó.

Katherine se acercó al bar y empezó a descorchar una segunda botella de Chardonnay.

-Spencer dice que tengo una necesidad subconsciente de estar un tiempo aquí antes de casarme con él, y que necesito enfrentar toda la censura que desperté al huir cuando nuestro matrimonio se fue al diablo. Dice que es la única manera en que podré recuperar el respeto por mí misma.

Para sorpresa de Ted, su tempestuosa ex mujer lanzó una carcajada contagiosa en el momento de volverse y levantar su vaso para brindar con él.

-¿Qué te hace tanta gracia? -preguntó Ted.

-Spencer -contestó Katherine-. Siempre me ha hecho acordar de ti...

Julie hizo a un lado el vaso de vino que no había tocado y se puso de pie.

-Tendrán que continuar la discusión sin tenerme como referí. Me voy a la cama. Tengo que dormir un poco.

## 44

Julie se puso la bata de cama que Katherine le había prestado y bajó silenciosamente la escalera. Encontró a su amiga en la biblioteca, viendo el noticiario de las diez.

-No esperaba verte hasta mañana -dijo Katherine con una sonrisa, poniéndose de pie-. Pero, por si acaso, te preparé una bandeja con comida. Iré a traerla.

-¿Hubo algo importante en las noticias? -preguntó Julie incapaz de disimular el miedo que se le notaba en la voz.

-Nada acerca de Zachary Benedict -la tranquilizó Katherine-. Pero te advierto que tú eres el tema principal tanto en los boletines locales como en los nacionales. Me refiero a la noticia de que has regresado del cautiverio, aparentemente a salvo y sin haber sufrido daño.

Cuando Julie le quitó importancia, encogiéndose de hombros, Katherine puso las manos en jarras y la miró sonriente.

-¿Tienes idea de lo famosa que te has vuelto?

-Yo diría más bien que me he vuelto notoria -corrigió Julie, con su habitual tono amistoso y sintiéndose mejor que en ningún otro momento de los últimos dos días.

Katherine señaló con la cabeza la pila de diarios y revistas que había sobre una mesa, cerca del sillón que ocupaba Julie.

-Los guardé para ti, por si querías recortarlos y hacer un álbum o algo por el estilo. Míralos mientras yo voy a buscar la bandeja. ¿O ya los has visto?

-Hace una semana que no veo un diario ni una revista -confesó Julie, tomando un semanario que estaba sobre la pila y volviéndola para ver la tapa-. ¡Oh, Dios! -exclamó entre enojada y risueña al ver su rostro en la tapa de Newsweek debajo de un titular que decía: "Julie Mathison, ¿socia o rehén?". La hizo a un lado y revisó el resto, sorprendida al ver su fotografía en la primera plana de diarios y revistas de todo el país.

Katherine regresó con una bandeja que depositó frente a ella, en una mesita.

-Toda la ciudad no hace más que hablar de ti

-aseguró Katherine-. El mayor Addleson escribió un editorial para el *Keaton Crier* en el que nos recuerda que a pesar de todo lo que puedan llegar a decir de ti los grandes diarios, aquí nosotros te conocemos y sabemos que nunca te "enredarías" con un criminal como Zachary Benedict. Creo que ésas fueron sus exactas palabras.

Julie sonrió e hizo a un lado el diario.

-Pero tú sabes que no es así. Como me oíste decirles a Ted y a Cari, me "enredé" con él.

-En ese momento, Addieson refutaba la declaración del camionero que afirmaba que estabas colaborando en la huida de Benedict... jugueteando en la nieve y todo eso. Julie -dijo, vacilante- ¿quieres hablarme sobre... él?

Al mirar a su amiga, Julie recordó las confidencias que habían intercambiado a lo

largo de los años. Tenían la misma edad y se hicieron íntimas casi desde el momento en que Ted las presentó. Cuando el matrimonio de Katherine y Ted se disolvió, Katherine volvió a la universidad y luego se fue a vivir a Dallas. Hasta ese momento, se había negado terminantemente a regresar a Keaton, pero ante su insistencia, Julie la había ido a visitar con frecuencia a Dallas. Y esa amistad tan especial que había entre ambas de alguna manera sobrevivió al tiempo y a la separación, y seguía siendo tan vital y natural como siempre.

-Creo que necesito hablar de él -confesó Julie, después de un momento de silencio-. Tal vez así consiga sacármelo de adentro y vuelva a poder pensar en el futuro. -Y habiendo dicho eso, alzó las manos en un gesto indefenso y admitió: -Ni siquiera sé cómo empezar.

Katherine se instaló en el sofá, como si tuviera toda la vida por delante, y le sugirió un punto de partida.

-¿Cómo es Zachary Benedict en la vida real?

-¿Cómo es? -repitió Julie. Permaneció algunos instantes pensativa, tratando de encontrar una manera de definirlo. -Es duro, Katherine. Muy duro. Pero también es tierno. A veces me dolía la dulzura de las cosas que hacía y decía. -Trató de aclarar con ejemplos lo que decía. -Durante los primeros dos días, creí que sería capaz de matarme si lo desafiaba. Al tercer día conseguí huir en un *snowcat* que encontré en el garaje...

Tres horas después Julie terminó su historia, habiéndole contado casi todo a Katherine, con excepción de los momentos íntimos, que no trató de ocultar, pero de los que tampoco habló en detalle.

Katherine la escuchó absorta, interrumpiendo sólo para hacer preguntas que le clarificarían la
situación. Rió de las cosas divertidas, quedó estupefacta de los celos de Zack por Patrick Swayze, y en otros momentos frunció el entrecejo, a veces en actitud comprensiva, otras con desaprobación.

-¡Que historia! -exclamó cuando Julie terminó de hablar-. Si no fueras tú la que me la cuenta, no creería una sola palabra. ¿Alguna vez te comenté que tuve un feroz enamoramiento de Zachary Benedict? Después sólo pensé en él como en un asesino. Pero ahora... -Se interrumpió como si no pudiera expresar sus ideas con palabras. -No me sorprende que no puedas dejar de pensar en él. Quiero decir que es una historia que no tiene final, que de alguna manera ha quedado allí colgando, sin terminar. Si Zack es inocente, se supone que la historia tendrá un final feliz y que el verdadero asesino irá a la cárcel. El bueno de la historia no debe pasar el resto de su vida perseguido como un animal salvaje.

-Por desgracia ésta es una historia de la vida real, no una película -aclaró Julie con tono sombrío-. Y así terminará esta historia.

-Sigue siendo un mal final -insistió Katherine-. ¿Y en eso acaba? -Refiriéndose a lo último que Julie le había contado, resumió: -Ayer, al amanecer, se levantaron, él te acompañó al auto y te fuiste. ¿Eso es todo?

-¡Ojalá eso no fuese todo! -admitió Julie con tristeza-. Pero así es como quiso Zack que terminara y yo lo sabía. Por desgracia -agregó, tratando de evitar que le temblara

la voz-, no pude vivirlo como él quería. No sólo empecé a llorar, sino que terminé de empeorarlo diciéndole que estaba enamorada de él. Sabía que Zack no quería oírlo, porque ya se lo había dicho la noche anterior y él simuló no haberlo escuchado. Ayer fue peor. No sólo me humillé diciéndole que lo amaba sino que él... él... -Julie se detuvo, avergonzada.

-¿Qué hizo? -preguntó Katherine con suavidad. Julie se obligó a mirar a su amiga y a hablar con voz carente de emoción.

-Me sonrió, como le sonríe el adulto a una criatura tonta, y me informó que yo no lo amaba, y que sólo lo creía porque no conocía la diferencia que existe entre el amor y el sexo. Después me dijo que volviera a casa, que era el lugar donde debía estar, y que me olvidara por completo de él. Que es exactamente lo que pienso hacer. Katherine frunció el entrecejo, sorprendida.

-¡Qué manera tan desagradable de comportarse! -dijo con notorio desagrado-. Por lo menos considerando el tipo de hombre que me has descripto hasta este momento.

-A mí también me pareció desagradable e increíble, sobre todo porque estaba casi segura de que él también me quería -corroboró Julie, sintiéndose muy desgraciada-. A veces, había una mirada en sus ojos como si... -Se interrumpió, furiosa por haber sido tan crédula y prosiguió con enojo: -Si pudiera volver a vivir la mañana de ayer, simularía que me hacía feliz poder alejarme de él. Le agradecería la gran aventura que me había proporcionado y después arrancaría el auto, dejándolo allí parado. Eso es lo que debí haber... -Se calló, imaginó la escena, después hizo un lento movimiento negativo con la cabeza. Acababa de darse cuenta de que eso la hubiera hecho sentir muy mal. -Eso habría sido tonto y equivocado -dijo en voz alta.

-¿Por qué? Tu amor propio no estaría tan maltrecho -señaló Katherine.

-Sí, pero habría pasado el resto de mi vida pensando que tal vez él también podía estar enamorado de mí, y que si los dos hubiéramos admitido lo que realmente sentíamos, a lo mejor lo habría podido convencer de que me llevara con él y que después me permitiera ayudarlo a buscar al verdadero asesino -dijo Julie en voz baja-. Me habría odiado por no haberle vuelto a decir que lo amaba, por no haber tratado de modificar el final de nuestra historia. Saber que Zack no me quiso siquiera un poco es duro, y duele, pero lo otro hubiera dolido mucho más y durante mucho más tiempo. Katherine la miró, estupefacta.

-¡Me sorprendes, Julie! Por supuesto que tienes razón en todo lo que has dicho, pero si yo estuviera en tu lugar, habría demorado diez años en llegar a ser tan objetiva como lo eres tú ahora. Es decir, considera lo que hizo ese hombre: te secuestró, te sedujo después de que le salvaste la vida, te quitó tu virginidad, y por fin, cuando le dijiste que estabas enamorada de él, te dio una respuesta arrogante e impertinente y te ordenó que volvieras a tu casa para que enfrentaras sola al periodismo y al FBI. Es lo más grosero, insensible y...

-Por favor, no sigas hablando así -dijo Julie, riendo, y levantó una mano para silenciar a su amiga-. Porque en cualquier momento me volveré a enojar y olvidaré lo "objetiva" que soy. Además -agregó-, Zack no me sedujo.

-Por la historia que me acabas de contar, es evidente que te sedujo poniendo en juego todo su

encanto.

Julie miró la chimenea apagada y meneó la cabeza.

-Yo quería que me sedujera. Lo deseaba desesperadamente.

Katherine permaneció unos instantes pensativa antes de volver a hablar.

-Si te hubiera dicho que te quería, ¿le habrías dado la espalda a tu familia, a tu trabajo y a todo lo que eres y en lo que te crees, para pasarte la vida ocultándote con él?

Antes de contestar, Julie miró a su amiga a los ojos.

-Sí.

-¡Pero entonces habrías sido su cómplice o como se llame a quien ayuda a un criminal!

-No creo que una esposa pueda ser juzgada por estar con su marido.

-¡Dios mío! -jadeó Katherine-. ¡Y lo peor es que lo dices en serio! ¡Hubieras sido capaz de casarte con él!

-Me parece que eres la menos indicada para que te cueste tanto creerlo -señaló Julie.

-¿Qué quieres decir?

Julie le dirigió una mirada triste y comprensiva.

-Tú sabes lo que quiero decir. Ahora te toca el turno de confesarte.

-¿Acerca de qué?

-Acerca de Ted -aclaró Julie-. Hace un año que me dices que estás deseando conseguir que Ted te escuche, porque quieres hacerlo comprender ciertas cosas. Pero esta noche aceptaste con mansedumbre todos los comentarios desagradables que te hizo, y no le discutiste una sola palabra. ¿Por qué?

## 45

Katherine se movió incómoda bajo la mirada penetrante de Julie, después tomó con gesto nervioso la tetera que había sobre la bandeja y se sirvió una taza de té. Al llevarse la taza a la boca, Julie notó que le temblaba levemente la mano.

-Acepté su manera de tratarme, porque es lo menos que merezco después del modo como me comporté mientras estuvimos casados.

-Eso no era lo que pensabas hace tres años cuando iniciaste el juicio de divorcio -le recordó Julie-. Me dijiste que te divorciabas de él porque era egoísta, insensible, desalmado, exigente y una cantidad de cosas más.

-Hace tres años -contestó Katherine con tristeza-, yo era una chiquitína malcriada que estaba casada con un hombre cuyo único crimen consistía en pretender que me portara como una esposa, no como una criatura poco razonable. En Keaton todo el mundo, salvo tú, sabía que yo era una fracaso como esposa. Tú fuiste demasiado leal con tu mejor amiga para ver lo que saltaba a la vista, y yo no tenía la madurez ni el coraje necesarios para enfrentar la verdad. Ted la sabía, pero fue demasiado generoso y no quiso destruir tu amistad ni tu fe en mí, diciéndote lo que realmente fui como esposa. En realidad, una de las pocas cosas en las que siempre estuvimos de acuerdo fue en que tú no debías saber que teníamos problemas.

-Katherine -interrumpió Julie con suavidad-, todavía sigues enamorada de él, ¿verdad?

Ante esas palabras, Katherine se puso tensa, pero bajó la mirada y la clavó en el enorme brillante de su anillo de compromiso.

-Hace una semana, antes de que tu desaparición obligara a Ted a hablar conmigo, te habría contestado que no.

-¿Y ahora?

Katherine respiró hondo y la miró.

-Como dijiste hace un rato con tanta elocuencia, refiriéndote a Zachary Benedict, yo me seguiría acostando con tu hermano durante el resto de mi vida... si él me lo pidiera.

-Si eso es lo que sientes -dijo Julie dirigiéndole una mirada profunda e inquisitiva-, ¿cómo se explica que sigas usando el anillo de compromiso de otro hombre?

-En realidad, este anillo ya no es más que un préstamo.

-¡Qué!

-Ayer rompí mi compromiso, pero Spencer me pidió que no lo comentara, por lo menos durante algunas semanas. Cree que estoy reaccionando con exageración ante viejos recuerdos que me asaltaron al volver a ver a Ted. Julie contuvo sus ganas de aplaudir ante la noticia de la ruptura del compromiso de Katherine, y sólo sonrió.

-¿Cómo piensas reconquistar a Ted? -Su sonrisa se desvaneció cuando agregó: -No será fácil. Desde el divorcio Ted ha cambiado, sigue siendo cariñoso con su familia, pero casi nunca ríe y se lo ve distante... como si hubiera construido un muro a su alrededor y no dejara entrar a nadie, ni siquiera a mí o a Carl. Lo único que parece importarle es recibirse de abogado y poner su propio estudio. -Hizo una pausa como

para elegir sus palabras, y luego decidió decirlo con crudeza. -Tú no le gustas, Katherine. A veces da la impresión de que te odiara.

-¿TÚ también lo notaste? -preguntó Katherine con voz temblorosa-. Le sobran razones.

-¡Eso sí que no lo creo! A veces dos personas maravillosas no se llevan bien en el matrimonio, y no es por culpa de ninguno de los dos. Sucede a cada rato.

-No trates de limpiarme de culpa y cargo cuando por fin reúno el coraje necesario para confesarte la desagradable verdad -dijo Katherine-. Lo cierto es que yo tuve toda la culpa de que nos divorciáramos. Amaba a Ted cuando nos casamos, pero era tan malcriada e inmadura, que no podía comprender que querer a alguien significa estar dispuesta a hacer algunos sacrificios por esa persona. Te parecerá raro, pero consideraba que era lógico que me casara con Ted para después seguir viviendo algunos años con total independencia y sin preocupaciones... hasta que decidiera sentar cabeza. Para darte un ejemplo -agregó-, un mes después de casarnos, me di cuenta de que todos mis amigos volvían a la universidad y yo no. De repente me sentí una mártir porque apenas tenía veinte años y ya estaba atada. Ted había ahorrado bastante dinero trabajando como sheriff para estudiar en la universidad, y le alcanzaba para pagar también mis estudios. Entonces me propuso la solución ideal: podíamos combinarnos para asistir a clases los mismos días y viajar juntos a Dallas. Pero eso no me bastaba. Yo quería estudiar en una universidad elegante del Este, y después venir a pasar las vacaciones con mi marido.

Julie luchó por no demostrar su sorpresa ante una actitud tan egoísta, pero Katherine estaba tan ocupada condenándose, que ni siquiera lo hubiese notado.

-Así que como Ted me dijo que eso era algo que él no estaba en condiciones de pagar, salí corriendo a pedirle a papá que me prestara el dinero, a pesar de que Ted me había aclarado, antes de casarnos, que jamás aceptaría un centavo del dinero de mi padre. Papá, por supuesto, le dijo a Ted que estaría encantado de pagar todos mis gastos en la universidad, pero él no lo aceptó, y yo me puse furiosa. A partir de ese día me negué a levantar un solo dedo en casa. No volví a cocinar ni a lavar su ropa. Así que él cocinaba y hacía las compras y llevaba la ropa al lavadero, con lo cual todo el mundo empezó a comentar la pésima esposa que era yo. A pesar de eso, tu hermano nunca abandonó la esperanza de que yo creciera y me portara como una mujer en lugar de una chiquilina malcriada. Se sentía culpable por haberse casado conmigo cuando era tan joven y todavía no había tenido una verdadera oportunidad de vivir. De todas maneras, el único deber que seguí cumpliendo durante nuestro primer año de matrimonio fue acostarme con él, cosa que -agregó- con tu hermano no era ningún sacrificio.

Katherine quedó tanto rato en silencio que Julie no sabía si seguiría hablando, hasta que respiró hondo y continuó.

-Después de un tiempo, a papá, que sabía lo infeliz que era porque me pasaba la vida quejándome, se le ocurrió que si tuviera una casa hermosa me comportaría mejor como esposa. Yo era tan infantil que me fascinó la idea de jugar a la dueña de una casa maravillosa, con pileta de natación y cancha de tenis. Pero papá estaba preocupado porque sabía que Ted se negaba a aceptar ayuda económica. Yo pensé que si le

presentábamos el hecho consumado, él no tendría más remedio que aceptar. Así que papá compró el terreno, nos reunimos en secreto con un arquitecto y aprobamos los planos de la casa. Yo adoraba cada centímetro de esa casa, planeé cada detalle, cada armario -dijo Katherine mirando a Julie-. Hasta empecé a cocinar y a lavar la ropa de Ted, así que él creyó que había decidido convertirme en una verdadera ama de casa.

-¿Y qué sucedió? -preguntó Julie.

-Sucedió que cuando la casa estaba casi terminada, papá y yo llevamos a Ted hasta allí y mi padre le entregó las llaves. -Katherine se estremeció al recordarlo. -Como te imaginarás, Ted se puso furioso. Furioso porque lo mantuve en secreto, porque lo había engañado y porque no había cumplido con mi palabra de vivir con el dinero que él pudiera ganar.

Como eso debía de haber sucedido poco antes de que iniciaran los trámites del divorcio, Julie supuso que la negativa de Ted a aceptar la casa había sido lo que puso fin al matrimonio.

-Así que supongo que eso los llevó a discusiones peores y terminó por destruir la pareja -dijo Julie.

-No. Eso me llevó a desterrar a Ted de nuestra cama, pero ya era demasiado tarde.

-¿Qué quieres decir?

Katherine se mordió los labios y bajó la mirada. Cuando continuó hablando, le temblaba la voz.

-Unos días después, justo antes de nuestra separación, yo me caí de uno de los caballos de papá. ¿Lo recuerdas?

-Por supuesto que me acuerdo -contestó Julie-. Te rompiste un brazo.

-Ese día también rompí el corazón de mi marido y terminé de destrozar nuestro matrimonio.-Katherine respiró hondo y levantó la vista para mirar a Julie con los ojos llenos de lágrimas.-Estaba embarazada, Julie. Lo supe después de que Ted rechazó las llaves de la casa. Estaba embarazada de dos meses y furiosa porque Ted había rechazado la casa en la que había un cuarto para niños precioso, pero me ponía aún más furiosa que él estuviera por conseguir algo que realmente quería: un hijo. Al día siguiente salí a andar a caballo, a pesar de que Ted me había advertido que no lo hiciera. Y no anduve precisamente al paso. Corría a todo galope y saltaba cercas cuando el caballo me tiró.

Al ver que ella no podía seguir hablando, Julie lo hizo en su lugar.

-Y perdiste el bebé. Katherine asintió.

-Ted no sólo estaba triste... se puso furioso. Creyó que lo había hecho a propósito, para abortar, cosa que no me sorprende, considerando la manera en que me comporté cuando supe que estaba embarazada. Y lo extraño es -agregó, con la voz ahogada por las lágrimas que luchaba por contener-, que ése fue el único aspecto de nuestro matrimonio en que no fui culpable, por lo menos intencionalmente. Siempre galopaba a toda velocidad cuando algo me preocupaba, y después me sentía mejor.

Hizo otra larga pausa, incapaz de hablar a causa de la tristeza que la invadía.

-Yo no decidí divorciarme de Ted, Julie. Cuando volví del hospital, él ya había hecho sus valijas. Pero

-agregó con una sonrisa triste- tu hermano fue galante hasta el fin, a pesar de estar

furioso, de tener el corazón destrozado y de sentirse desilusionado. Permitió que fuera yo la que se divorciara de él. Y nunca habló con nadie del hijo que todavía cree que perdí en un aborto deliberado. Yo maduré el día que vi sus valijas en el vestíbulo y me di cuenta de que lo perdía, pero ya era tarde. El resto de la historia ya lo conoces: volví al Este y me recibí en la universidad. Después regresé a Dallas a trabajar en el museo. Julie se levantó y se le acercó para darle un fuerte abrazo.

-Sigues siendo mi mejor amiga -dijo. Después de algunos minutos de silencio, ambas se miraron, sonriendo pero con los ojos llenos de lágrimas.

-¡Qué lío! -exclamó Julie. Katherine se sonó la nariz.

-¡Me parece que te quedas corta! Hubo otro silencio antes de que Julie se animara a decir lo que creía necesario.

-Creo que si quieres reconquistar a Ted antes de que sea demasiado tarde, deberías quedarte en Keaton. Me han dicho que ve mucho a Grace Halvers. ¿Lo sabías?

Katherine asintió ante la mención de la hermosa pelirroja. Julie estaba pensativa y ceñuda. Después meneó la cabeza.

-A pesar de lo que te acabo de decir sobre Ted y Grace, no creo que mi hermano vuelva a casarse.

En lugar de que la frase la tranquilizara, Katherine parecía abrumada por la culpa.

-Ted debería casarse con alguien, aunque no fuera conmigo. Era la clase de marido atractivo y tierno con el que todas las mujeres soñamos. Sería un crimen que no se volviera a casar. Era un hombre imposible de manejar o de manipular, cosa que me volvía loca cuando era joven, pero también era increíblemente cariñoso. Y cuando yo tenía el necesario sentido común de pedirle lo que quería, en lugar de exigírselo, se mostraba dispuesto a ceder y complacerme. -Levantó la vista para mirar a Julie y terminó diciendo con admiración en la voz: -Quizás hayamos sido muy distintos en muchas cosas, pero nos enamoramos a las pocas horas de conocernos. Fue como... como una combustión espontánea.

-Y eso es algo que los dos conservan -aseguró Julie con tono alegre, en un esfuerzo por reanimar a su amiga-. Después de verlos juntos esta noche, creo no exagerar si te digo que siguen siendo una combinación altamente explosiva. ¿Y sabes una cosa? Aunque Ted haya reaccionado con tanta furia, aunque parezca negativo, significa que todavía debe de sentir algo por tí. -Por supuesto que siente algo por mí. Desprecio.

## 46

Katherine metió una asadera con bizcochos dentro del homo y levantó la vista sorprendida al oír que el portero eléctrico de la verja de entrada empezaba a sonar con insistencia. Se secó las manos en una toalla y atendió.

-¿Sí?

-¿Hablo con la señorita Cahill?

-¿Quién es? -preguntó Katherine.

-Paúl Richardson -replicó impaciente la voz de hombre. -¿Julie Mathison está allí con usted?

-Señor Richardson -contestó Katherine con tono sombrío-, ¡son las siete y media de la mañana! Julie y yo todavía estamos en bata de cama. Por favor, vayase y vuelva a una hora decente y civilizada, digamos a las once. Yo creía que el FBI les enseñaba mejores modales a sus agentes -agregó. Pero se quedó mirando el teléfono sorprendida al oír la carcajada de su interlocutor.

-Poco civilizado o no, debo insistir en ver a Jul... a la señorita Mathison.

-¿Y si me niego a abrirle la verja? -preguntó Katherine con tozudez.

-En ese caso no me quedará más remedio que hacer volar la cerradura con mi revólver de servicio.

-Si lo llega a hacer -contestó Katherine irritada, mientras apretaba el botón para abrirle-, le aconsejo que mantenga cargado ese revólver, porque dos de las escopetas de mi padre lo estarán apuntando cuando llegue a la casa.

Cortando toda posibilidad de respuesta, Katherine soltó el botón del portero eléctrico y se encaminó con rapidez a la biblioteca, donde encontró a Julie, instalada en un sillón, mirando el noticiario de la mañana. En la pantalla proyectaban una fotografía de Zack Benedict y la expresión de ternura y de añoranza de Julie, emocionó a Katherine.

-¿Zack está bien? -preguntó.

-No tienen la menor idea de su paradero -contestó Julie con evidente satisfacción. -Tampoco saben si yo fui o no su cómplice. La sensación que tienen es de que mi silencio, agregado al silencio del FBI, es una admisión de culpa. ¿Te puedo dar una mano con las omeletes?

-Sí -contestó alegremente Katherine-, aunque debo advertirte que tenemos una visita inesperada e intempestiva que probablemente desayunará con nosotros. Y su grosería es tal, que no tenemos por qué peinarnos ni vestirnos para recibirlo -dijo cuando Julie miró preocupada su larga bata de cama amarilla.

-¿Quién es?

-Paúl Richardson. A propósito, te advierto que piensa en ti como "Julie". Se le escapó cuando hablábamos por el portero eléctrico, aunque luego trató de disimularlo.

La larga conversación mantenida la noche anterior con su amiga, junto con varias horas de sueño, habían restaurado las fuerzas y el ánimo de Julie.

-Yo abriré -dijo cuando oyó sonar el timbre. Con muy poca ceremonia, Julie abrió la puerta de un tirón, pero retrocedió sorprendida al ver que Paúl Richardson levantaba los brazos.



LIbrodot

-¡No dispare, por favor!

-¡Qué idea tan encantadora! -replicó Julie, conteniendo una sonrisa ante el sentido del humor de ese hombre. -¿Me entrega su arma?

Richardson sonrió, observando, el pelo castaño de Julie que le caía sobre los hombros, sus ojos resplandecientes y su suave sonrisa.

-Una noche de paz y tranquilidad parece haberle hecho muchísimo bien -comentó, pero enseguida frunció el entrecejo con gesto adusto. -Sin embargo le pido que no vuelva a desaparecer así. Ya le dije que quiero saber todo el tiempo dónde está.

Alentada por lo que acababa de ver en televisión, que le demostraba que Zack seguía a salvo, Julie aceptó la reprimenda sin protestar.

-¿Ha venido a arrestarme o a retarme? -interrogó con tono alegre, porque sabía que no la arrestaría.

-¿Por qué? ¿Ha quebrantado alguna ley? -preguntó Richardson en el momento en que entraban en la cocina.

-¿Piensa quedarse a tomar el desayuno con nosotras? -agregó Julie, evasiva, encaminándose hacia la tabla de picar.

Paúl Richardson miró alternadamente a Katherine, que en ese momento partía huevos en un recipiente, y a Julie, que se aprestaba a cortar un pimiento verde. Las dos estaban sin maquillar, de pijama y batas de cama, con el pelo todavía revuelto. Estaban preciosas, con un aspecto inocente y encantador.

-¿Estoy invitado? -le preguntó a Julie, sonriendo. Ella le clavó la mirada de sus ojos azules, como si tratara de ver más allá de su piel y dentro de su alma, y de repente Richardson lamentó que en su interior no hubiera más bondad y cosas buenas para ver.

-¿Quiere que lo invitemos?

-Sí.

Entonces Julie sonrió. Fue la primera sonrisa auténtica y distendida que le había dedicado, y era tan radiante que apresuró el ritmo cardíaco del hombre del FBI.

-En ese caso -dijo Julie-, vaya sentándose mientras nosotras preparamos una de nuestras famosas omelettes. Pero no se haga demasiadas ilusiones, porque hace más de un año que no trabajamos en equipo en la cocina.

Paúl se sacó el saco y la corbata, se desabrochó el botón superior de la camisa y se instaló ante la mesa. Julie le alcanzó una taza de café antes de volver a sus tareas. Richardson la observó en silencio, escuchando la charla intranscendente de las dos amigas, y tuvo la sensación de que, de alguna manera, acababa de ser admitido en un reino de paz, gobernado por hadas hermosas de cabello enmarañado y largas vestiduras, que bromeaban sobre acontecimientos pasados y lo fascinaban.

-Señor Richardson -dijo de repente Julie sin dejar de mirar el objeto pequeño y blanco que estaba picando.

-Llámeme Paúl -pidió él.

-Paúl -se corrigió Julie.

A Richardson decididamente le gustó como sonaba su nombre en boca de ella.

-¿Sí?

-¿Por qué me mira fijo?

Paúl tuvo un sobresalto, se sintió culpable y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

-Me preguntaba qué es eso que está picando.

-¿Se refiere a esto? -preguntó ella, señalando con el dedo el diente de ajo que tenía

sobre la tabla de picar. Pero al hacer la pregunta levantó la cabeza y él tuvo la sensación de ser un colegial al que acababan de pescar en un mentira.

-Sí. Eso -mintió. -¿Qué es? Él la observó formar la palabra y pronunciarla con enorme dulzura.

-Cicuta.

-¡Gracias a Dios! ¡Temí que fuera ajo! La risa de Julie parecía música y cuando sus carcajadas cesaron, ambos sonreían.

-Tiene una hermosa sonrisa -dijo Paúl en voz baja mientras ella seguía con su tarea.

-Justo lo necesario para salvarme de la persecución del FBI, ¿no cree?

La sonrisa de Paúl se borró abruptamente.

-¿Benedict se ha puesto en contacto con usted? ¿Es por eso que se fue ayer de su casa sin avisarme? ¿Es por eso que esta mañana ha mencionado dos veces la posibilidad de que la arrestemos?

Julie levantó los ojos al cielo y rió.

-Usted tiene una imaginación galopante.

-¡Maldito sea! -exclamó Paúl, poniéndose de pie y acercándosele antes de darse cuenta de lo que hacía-. ¡No ande con jueguitos conmigo, Julie! Cuando le haga una pregunta, quiero una respuesta directa. -Miró a Katherine por sobre el hombro. -¿Le molestaría dejarnos solos? -preguntó.

-Sí, por supuesto que me molestaría. ¿Honestamente cree que Julie colaboró con la huida de la prisión de ese hombre? -preguntó, indignada.

-No -contestó él-, por lo menos hasta que ella me dé motivos para creerlo. Pero no estoy completamente seguro de que no protegiera a Benedict de nosotros, si pudiera.

-No puede arrestarla por algo que todavía no ha hecho -dijo Katherine con una lógica irrefutable.

-¡No tengo la menor intención de arrestarla! En realidad, he hecho todo lo que está a mi alcance para que a nadie se le ocurra eso.

La voz sobresaltada de Julie lo hizo volver la cabeza.

-¿En serio ha hecho eso? -preguntó, sorprendida y llena de gratitud.

Paúl vaciló; la expresión de esos ojos lo desarmaba.

-Sí -asintió.

Durante un instante ella lo miró sonriente; después miró a Katherine.

-¡Cancelemos la cicuta! -exclamó. Paúl no pudo menos que reír.

Ese desayuno había sido una experiencia deliciosa, pensó Paúl levantándose a servirse otro café, mientras Katherine y Julie cargaban el lavavajilla. Había pasado un momento muy agradable... y sabía exactamente por qué. Cuando Julie Mathison decidía que alguien le caía bien, se entregaba de todo corazón y sin reservas. Desde el momento en qué le dijo que había tratado de que nadie la arrestara, ella lo empezó a tratar con calidez, sonriendo cuando él hablaba y bromeando cuando se ponía tieso o se comportaba como un agente del FBI. En eso pensaba cuando se dio cuenta de que ella le estaba pidiendo consejo, cosa que también le resultó gratificante.

-Ayer -explicó- conversé con el señor Duncan, el director de la escuela donde trabajo, y le pareció bien que mañana reanude mis clases, pero con la condición de que no sean interrumpidas por los periodistas. Katherine piensa que la única manera de impedirlo es reunirlos a todos y hacer una declaración detallada y formal de lo que sucedió, y después contestar las preguntas que quieran hacerme. ¿Qué le parece?

-Creo que Katherine tiene razón. En realidad es una de las cosas que pensaba sugerirle esta mañana.

Julie abrió un armario para guardar la sartén, sintiendo una enorme frustración ante la necesidad de defenderse ante el mundo.

-No sabe lo que me molesta la idea de que una cantidad de desconocidos crean tener derecho a que les dé explicaciones acerca de algo que no tiene nada que ver con ellos.

-Lo comprendo, pero sólo tiene dos opciones:
enfrentar a la prensa ahora y con sus propias condiciones, o permitir que sigan imprimiendo conjeturas dañinas y persiguiéndola a todas partes adonde vaya.

Julie vaciló, y por fin rió.

-Está bien, lo haré, pero les advierto que preferiría enfrentar un pelotón de fusilamiento.

-¿Le gustaría que esté allí para respaldarla?

-¿Realmente haría eso por mí?

¿Si haría eso por ella? pensó Paúl. Por ella, no sólo haría eso sino que estaría dispuesto a matar un dragón... a afeitar la cabeza de un león... a mover una montaña. ¡Por Dios! ¡Hasta estaría dispuesto a secar una sartén!

-Considerando que la presencia del FBI es, en parte, el motivo por el que la persigue la prensa, es lo menos que puedo hacer.

-¡No sé cómo agradecérselo! -dijo ella con sencillez, tratando de no notar que, cuando se mostraba encantador, Paúl le recordaba mucho más a Zack.

-¿Y si me lo agradeciera comiendo conmigo el miércoles?

-¿El miércoles? -preguntó ella, sorprendida-. ¿Todavía piensa estar aquí ese día?

El dragón que Paúl pensaba matar por ella le clavó los dientes en el trasero, el león rugió de risa y la montaña se alzó ante él, gigantesca e inamovible.

-Trate de no demostrar tanto entusiasmo -dijo
Paúl.

-No quise que sonara así -dijo ella, apoyando una mano sobre la manga de Paúl y pidiéndole disculpas con la mirada-. Se lo digo en serio. Lo que pasa es que... que me resulta odioso sentir que me espían y me interrogan... aunque sea usted quien lo haga.

-¿No se le ha ocurrido que Benedict tal vez decida venir tras usted, o que su vida puede estar en peligro?
-preguntó Paúl, ablandado por la sinceridad de la disculpa y más aún por el gesto inconsciente de Julie.
-Benedict es un asesino, y usted misma admite no haberle creado problemas después de que él trató de salvarle la vida. ¿Y si decide que extraña el placer de su compañía? ¿O la agradable seguridad que usted le proporcionaba siendo su rehén? Suponga que de repente decide que usted ya no le es leal, y toma la decisión de vengarse, lo mismo que hizo con su mujer.

-¡Qué disparate! -contestó Julie, meneando la cabeza ante un absurdo tan grande.

En ese momento Paúl deseó devotamente que Benedict hiciera algún movimiento contra Julie, para que él pudiera salvarla de ese cretino y al mismo tiempo demostrarle que tenía razón. Por motivos que no alcanzaba a comprender y menos explicar, todo su instinto le advertía que Benedict trataría de ir a buscarla. O que se pondría en contacto con ella. Por desgracia, Dave Ingram estaba en completo desacuerdo con eso y tenía una explicación muy inquietante para los "instintos" de Paúl. Afirmaba que Paúl estaba tan fascinado con Julie que no podía creer que Benedict no se hubiera enamorado también de ella.

-Bueno, ¿y qué me dice de salir a comer conmigo el miércoles a la noche? -preguntó Paúl.

-No puedo -contestó Julie-. Los miércoles y los viernes por la noche doy clase a adultos.

-Está bien, ¿entonces qué le parece el jueves?

-Me parece bien -contestó Julie, tratando de ocultar el desagrado que le producía saber que el FBI pensaba seguir vigilándola durante tanto tiempo.

-Con respecto a la conferencia de prensa -dijo Katherine, recurriendo a Paúl en busca de consejo-. ¿Dónde conviene hacerla, a qué hora y a quiénes debemos invitar?

-¿Cuál es el edificio de más capacidad del pueblo?
-preguntó Paúl.

-El auditorio del colegio secundario -contestó Julie sin vacilar.

Decidieron que la conferencia de prensa tendría lugar a las tres de la tarde. Katherine se ofreció a hablar con el director de la escuela secundaria para que les prestara el auditorio y para llamar al alcalde, quien se encargaría de invitar a la prensa y hacer todos los arreglos necesarios.

-Llamen también a Ted, el hermano de Julie
-aconsejó Paúl mientras se ponía el saco-. Pídanle que notifique a toda la oficina del sheriff para que estén allí y me ayuden a impedir que los periodistas ahoguen a Julie. -Miró a Julie y agregó: -¿Por qué no se viste y me permite llevarla en auto hasta su casa? Así tendrá tiempo suficiente para hacer algunas anotaciones antes de enfrentar al mundo vía satélite y prensa escrita.

-¡Qué manera tan aterrorizante de decirlo! -exclamó Katherine.

-No me parece nada aterrorizante -dijo Julie, sorprendiendo a todos, incluso a sí misma-. Es enfurecedor y también absurdo, pero no aterrorizante. Me niego a permitir que la prensa me aterrorice o me intimide.

Paúl le sonrió con aprobación.

-Iré a calentar el motor del auto mientras usted se viste. Katherine -agregó con una sonrisa-, tengo que agradecerle por esta mañana tan agradable y el desayuno delicioso. La veré en la conferencia de prensa.

Cuando la puerta de calle se cerró tras él, Katherine se volvió hacia Julie y dijo sin rodeos:

-Por si no te has dado cuenta, Julie, éste es un hombre muy especial. Y está loco por ti. Eso es algo que salta a la vista. -Guiñó un ojo. -Y da la casualidad de que además es alto, morocho, buen mozo y extremadamente atractivo...

-¡No sigas! -interrumpió Julie. -No quiero escuchar esas cosas.

-¿Por qué no?

-Porque Richardson me recuerda a Zack -confesó con sencillez-. Siempre me lo ha recordado.
-Se quitó el delantal de cocina y se encaminó al vestíbulo.

-Existen algunas diferencias importantes entre los dos -señaló Katherine, subiendo la escalera tras ella. -Paúl Richardson no es un criminal, no es un convicto prófugo, y en lugar de tratar de romperte el corazón está haciendo todo lo posible por protegerte y ayudarte.

-Ya sé -suspiró Julie-. Tienes razón en todo lo que acabas de decir, con excepción de una cosa:
Zack no es un criminal. Y antes de que mañana me lo saque completamente de la

cabeza, tengo la intención de encargarme hoy de algo, vía "satélite y prensa escrita".

-¿Y de qué piensas encargarte? -preguntó Katherine, preocupada.

-Tengo la intención de asegurarme de que el resto del mundo sepa que no creo que él haya matado a nadie. ¡Tal vez, si hago un buen trabajo en esa conferencia de prensa, la opinión pública obligue a las autoridades a reabrir el caso!

Katherine la observó sacarse la bata.

-¿Serías capaz de hacer eso por él, a pesar de lo mal que te trató y de lo que te hirió? Julie le sonrió y asintió enfáticamente. Katherine se volvió para irse, pero cambió de idea.

-Si estás decidida a convertirte en el vocero de Zachary Benedict, te aconsejo que trates de estar lo más hermosa posible. Es injusto, pero mucha gente se deja llevar más por el físico de una mujer que por lo que dice.

-Gracias -dijo Julie. Estaba tan decidida que no se sentía nada nerviosa. Empezó a analizar lo que le convendría ponerse. -¿Algún otro consejo?

Katherine meneó la cabeza.

-Estarás maravillosa, porque es algo que te importa y porque eres sincera, y eso se notará en todo lo que hagas y digas. Siempre se nota.

Julie apenas la oyó. Estaba pensando en alguna estrategia para lograr lo que se proponía. Se le ocurrió la idea de tratar el incidente -y a los medios- con cierta frivolidad. Pero luego decidió que sería mejor hacer un relato formal del incidente durante el cual trataría de suavizar la actitud de la prensa hacia Zack. Eso sería lo mejor, seguido por una actitud relajada y sonriente cuando empezaran a hacerle preguntas.

Sonriente. Segura. Relajada. Zack era el actor, y no ella, y no sabía cómo lo lograría, pero de alguna manera se las arreglaría.

47

En un elegante departamento de Chicago que daba a Lake Shore Drive, Mathew Farrell, el ex vecino y padrino de casamiento de Zack, levantó la mirada cuando, seguida por la madre, su hijita entró corriendo en la habitación y se trepó a sus rodillas. Con su pelo sedoso y sus ojos azules, el parecido de Marissa con su madre era tan extraordinario que Matt no pudo menos que sonreír al mirarlas a ambas.

-Creí que era la hora de tu siesta -dijo, mirando a la pequeña.

-Cuento, papá. Antes. Por favor.

Antes de contestar, Matt miró a Meredith, que era presidenta de Bancroft y Compañía, una importante cadena de tiendas elegantes fundada por sus antepasados. Meredith le sonrió, complaciente.

-Es domingo -dijo- Los domingos son días especiales. Supongo que la siesta puede esperar un rato.

-Bueno, mamá nos da permiso -dijo Matt instalando a su hija en las rodillas mientras pensaba en la historia que le contaría.

La atmósfera hogareña fue interrumpida por la llegada de Joe 0'Hara, el chofer y guardaespaldas familiar, que se consideraba un integrante de la familia y era tratado como tal.

-Matt -dijo con tono ansioso-. Acabo de ver por televisión que Julie Mathison, la mujer a la que Zack tomó como rehén, va a ofrecer una conferencia de prensa. Está por empezar.

Meredith no conocía a Zachary Beneditc, que ya estaba en la cárcel cuando se unió a Matt, pero sabía que eran grandes amigos. En ese momento, al notar la expresión sombría con que su marido prendía el televisor, se dirigió a Joe.

-Por favor Joe, ¿llevarías a Marissa a su cuarto para que duerma la siesta?

-Por supuesto. ¿Vamos, querida? -Y se alejaron de la mano, el gigante y la chiquita que lo consideraba su osito privado.

Demasiado tenso para sentarse, Matt metió las manos en los bolsillos del pantalón y observó en silencio a la muchacha bonita que subía al podio cubierto de micrófonos, luciendo un sencillo vestido de lana blanca con botones dorados, el largo pelo oscuro sujeto con un moño a la altura de la nuca.

-¡Que Dios ayude a Zack! -murmuró Matt-. Esa muchacha se parece a Blancanieves y logrará que el mundo entero aulle pidiendo su sangre por haberla secuestrado.

Pero después de que el alcalde de Keaton terminó de advertir a la prensa que esperaba que la trataran con cortesía, cuando Julie Mathison empezó a explicar lo que le había sucedido mientras estaba en poder de su secuestrador, la expresión de Matt se trocó en una sonrisa de sorpresa. A pesar de los temores de Matt, Julie Mathison se las ingeniaba para describir su semana con Zack como una especie de aventura, se refería a la cortesía de un hombre al que describió como "extremadamente bondadoso" en lugar de hablar de una experiencia horrible en manos de un asesino prófugo.

Cuando relató la verdad acerca de su intento de huida en la playa de estacionamiento para camiones y narró la manera inteligente en que Zack se la impidió, lo hizo de un modo tal que arrancó una serie de risas de algunos periodistas. Y cuando describió su segundo intento de huir en el *snowcat* y los esfuerzos de Zack por "rescatarla" del arroyo helado, lo pintó como lo que realmente creía que era: un

héroe compasivo.

Cuando terminó su exposición, en el auditorio resonaron las preguntas de la prensa y Matt volvió a ponerse tenso por el tono peligroso que tenían.

-Señorita Mathison -gritó un reportero de la CBS-, ¿Zachary Benedict en algún momento la amenazó con un arma de fuego?

-Sabía que estaba armado porque vi la pistola -contestó ella, sonriendo-, y eso bastó para convencerme, por lo menos al principio, de que posiblemente no me conviniera iniciar una pelea con él o criticar alguna de sus películas.

Resonaron carcajadas, junto con otras preguntas.

-¡Señorita Mathison! Cuando capturen a Benedict, ¿piensa presentar cargos de secuestro contra él? Siempre sonriente, ella negó con la cabeza.

-No creo que lograra que lo condenaran. Me refiero a que si hubiera mujeres en el jurado, lo declararían inocente en cuanto se enteraran de que la mayoría de las veces se encargó de cocinar y del lavado de la vajilla.

-¿La violó?

Julie levantó los ojos al cielo en un gesto de incredulidad.

-¡Bueno! Acabo de hacerles un recuento detallado de todo lo que sucedió durante cada día de esa semana, y aclaré específicamente que en ningún momento me hizo un daño físico. No podía haber dicho eso si hubiera intentado cometer un acto tan despreciable.

-¿La maltrató verbalmente? Ella asintió con aire solemne, pero en sus ojos brillaba la risa cuando respondió:

-Sí, en realidad lo hizo...

-Por favor, describa lo ocurrido.

-Por supuesto. Una noche se ofendió sobremanera cuando no incluí su nombre en la lista de mis actores preferidos.

Estallaron algunas risotadas en el auditorio, pero el periodista que había hecho la pregunta no pareció darse cuenta de que Julie bromeaba.

-¿Y en ese momento la amenazó? -inquirió-. ¿Qué le dijo y cómo lo dijo?

-Bueno, me habló en tono muy disgustado, y me acusó de estar obsesionada por los hombres de baja estatura.

-¿En algún momento le tuvo miedo, señorita Mathison?

-El primer día me atemorizó su arma -dijo ella sopesando cuidadosamente sus palabras-, pero cuando no me disparó a pesar de que le había pasado una nota a la empleada del restaurante, ni después de mis dos siguientes intentos de huida, me di cuenta de que por más que lo provocara, no me haría daño.

Una y otra vez, Matt la observó desviar las preguntas de los periodistas y empezar a llevarlos de la animosidad hacia la simpatía por su secuestrador.

Después de alrededor de treinta minutos de veloz interrogatorio, las preguntas empezaron a espaciarse.

-Señorita Mathison -exclamó un reportero de la CNN-. ¿Quiere que capturen a Benedict? Julie se volvió hacia el periodista y contestó:

-¿Cómo es posible que uno quiera que una persona que ha sido injustamente condenada vuelva a ser encarcelada? No sé cómo es posible que un jurado lo haya

condenado por asesinato, pero me consta que no es más capaz de asesinar a nadie de lo que lo soy yo. Si hubiera sido capaz de eso, yo no estaría aquí en este momento, porque, como les expliqué hace algunos minutos, hice todo lo posible por poner en peligro su huida. También quiero que recuerden que cuando creyó que nos había ubicado un helicóptero, su primera preocupación no fue su propia seguridad, sino la mía. Lo que sí me gustaría es que se detuviera esta cacería mientras alguien revisara su caso. -Luego concluyó con un tono firme pero cortés: -Si no tienen más preguntas, señoras y señores, podemos poner fin a esta entrevista y regresar a nuestras respectivas casas. Como dijo el mayor Addleson, Keaton quiere volver a la normalidad, y yo también. Por lo tanto no concederé más entrevistas ni contestaré más preguntas. Nuestra ciudad ha estado encantada de recibir el dinero de ustedes, como "turistas", en nuestras cajas registradoras, pero quiero advertirles que, si deciden quedarse aquí, estarán perdiendo el tiempo.

-¡Tengo otra pregunta! -gritó con tono imperioso un reportero de Los Angeles Times- ¿Está usted enamorada de Zachary Benedict?

Julie lo miró, levantó las cejas y contestó con tono desdeñoso:

-Hubiera esperado una pregunta como ésa del National Enquirer, pero no de Los Angeles Times. -Esa vez, su intento de soslayar la pregunta provocó risas, pero no tuvo éxito.

-Está bien, señorita Mathison -gritó un periodista del Enquirer-. Nosotros le haremos esa pregunta. ¿Está enamorada de Zachary Benedict?

Fue la única vez que Matt la vio vacilar y, con el corazón lleno de simpatía, la notó luchar por seguir sonriendo y conservar su expresión indiferente. Pero los ojos la traicionaban, esos ojos enormes, de largas pestañas, que oscureció una emoción parecida a la ternura. Y justo cuando Matt creyó que los periodistas habían logrado hacerla caer en una trampa, Julie cambió de táctica y se encaminó, por deseo propio, hacia la trampa, obligándolo a admirar su coraje.

-En un momento o en otro -contestó-, la mayor parte de la población femenina de este país se ha creído enamorada de Zachary Benedict. Ahora que lo conozco -agregó con voz apenas quebrada-, creo que es una demostración de excelente gusto. Es... -Vaciló buscando la palabra indicada, y por fin dijo con toda sencillez: -Es un hombre muy fácil de querer.

Sin otra palabra se volvió para alejarse del podio y fue rápidamente rodeada por dos hombres, que Matt supuso serían agentes del FBI, y por varios policías uniformados, quienes la acompañaron hasta la salida.

Matt apagó el televisor cuando el reportero de CNN se disponía a hacer una recapitulación de la entrevista. Enseguida miró a su mujer.

-¿Qué opinas de eso?

-Creo que fue increíble.

-¿Pero logró cambiar la opinión que tenías de Zack? Yo estoy influenciado a su favor, pero como tú no lo conoces, es probable que tu impresión sea la de la mayoría del público.

-No creo que sea tan imparcial como crees. Eres muy buen juez de caracteres, y es

evidente que lo crees inocente. Si tú lo crees así, yo también me inclino a creerlo.

-Gracias. Ése es un tributo a mi buen criterio -dijo Matt besándola con ternura.

-Pero te quiero hacer un par de preguntas -dijo ella, y Matt presintió lo que se avecinaba-. Julie Mathison dijo que la llevaron a una casa aislada en las montañas de Colorado. ¿Era nuestra casa?

-No lo sé -contestó él con completa sinceridad, sonriendo al ver que su mujer le dirigía una mirada escéptica-. Pero supongo que sí -agregó con la misma sinceridad-. Zack ya había estado allí, aunque siempre llegó en avión. Además, a lo largo de los años le he ofrecido repetidas veces que usara la casa cuando quisiera. Lo natural es que se haya sentido en libertad de usarla en este momento, siempre que con eso no me involucrara.

-¿Pero no estás involucrado? -preguntó Meredith con algo parecido a la desesperación-. Tú...

-No estoy involucrado con Zack de ninguna manera que pueda significar un peligro para ti o para mí -Al ver que ella no parecía convencida, repitió con tranquilidad: -Cuando lo enviaron a la cárcel, Zack me otorgó poder general, para que pudiera manejar sus inversiones y sus asuntos financieros, cosa que sigo haciendo. Eso no es ilegal, ni lo ignoran las autoridades. Hasta que huyó de la cárcel, siempre se mantuvo en contacto conmigo.

-¿Pero, y ahora que ha huido, Matt? ¿Qué harás si trata de comunicarse contigo?

-En ese caso -contestó él con un encogimiento de hombros que en lugar de tranquilizar a Meredith, aumentó su preocupación-, haré lo que debe hacer cualquier ciudadano respetuoso de la ley y lo que Zack supondrá que haré: notificar a las autoridades.

-¿Con cuánta rapidez?

Matt no pudo menos que reír ante lo perceptiva que era su mujer, y le puso una mano sobre el hombro para conducirla al dormitorio.

-Lo suficientemente rápido como para impedir que las autoridades me acusen de complicidad -prometió. Pero ni un minuto antes, se dijo para sus adentros.

-¿Y qué me dices del hecho de que haya usado nuestra casa? ¿Les confiarás tus sospechas a las autoridades?

-¡Me parece una idea excelente! -exclamó Matt después de pensarlo unos instantes-. Lo considerarán una prueba más de mi inocencia y un gesto de buena fe de mi parte.

-Un gesto -agregó su mujer- que de ninguna manera podrá dañar a tu amigo, porque de acuerdo con Julie Mathison, hace varios días que abandonó Colorado.

-Eres muy inteligente, querida -contestó él, sonriente-. ¿Y ahora por qué no te metes en cama y te preparas para nuestra "siesta", mientras yo llamo a la oficina local del FBI?

Meredith asintió y apoyó una mano sobre el brazo de su marido.

-Si yo te pidiera que no volvieras a involucrarte con nada que se refiera a Zachary Benedict... -empezó a decir, pero Matt meneó la cabeza para hacerla callar.

-Haría cualquier cosa en el mundo por ti, y lo sabes -dijo con voz ronca por la emoción-, pero por favor no me pidas eso, Meredith. Tengo que vivir con mi conciencia, y me resultaría muy difícil si le hiciera eso a Zack.

Meredith vaciló, sorprendida por la lealtad que Matt sentía por ese hombre. Considerado un empresario brillante, pero duro, Matt estaba relacionado con mucha gente, pero no confiaba en ellos ni los consideraba sus amigos. En realidad, hasta dónde ella sabía, Zachary Benedict era la única persona a quien Matt consideraba un amigo cercano y digno de confianza.

-Debe de ser un hombre notable, para que le seas tan leal.

-Estoy seguro de que te gustaría -contestó el marido.

-¿TOr qué estás tan seguro? -bromeó ella, tratando de imitar la actitud indiferente de Matt.

-Lo sé porque estás loca por mí.

-¿No me dirás que se parecen tanto?

-Mucha gente lo ha creído, y no necesariamente de una manera halagüeña. Pero la verdad es que soy lo único que Zack tiene. No confía en nadie más que en mí. Cuando lo arrestaron, los psicópatas y competidores que durante años simularon ser sus amigos se alejaron de él como si tuviera peste bubónica y se solazaron con su caída. Hubo otras personas que siguieron siéndole leales aun después de que lo encarcelaron, pero él cortó toda comunicación con ellos y hasta se negó a contestar sus cartas.

-Es probable que estuviera avergonzado.

-Estoy seguro de que así fue.

-Te equivocas con respecto a una cosa -dijo ella con suavidad-. Aparte de ti, cuenta con otro aliado.

-¿Quién?

-Julie Mathison. Está enamorada de él. ¿Crees que Zachary la habrá visto o habrá oído lo que dijo hoy?

Matt negó con la cabeza.

-Lo dudo. No sé dónde está, pero debe de hallarse en algún lugar muy remoto, y fuera del país. Sería un tonto si se hubiera quedado en los Estados Unidos, y Zack no tiene un pelo de tonto.

-¡Ojalá la hubiera oído! -exclamó Meredith, apesadumbrada por Zack a pesar del miedo que le daba que implicara a su marido-. Tal vez haya tenido suerte y se haya enterado de lo que ella trata de hacer.

-Zack jamás ha tenido suerte en su vida personal.

-¿Crees que se habrá enamorado de Julie Mathison mientras estuvieron juntos?

-No -contestó Matt con absoluta seguridad-. Aparte del hecho de que en ese momento debe haber tenido preocupaciones mucho mayores, Zack es... prácticamente inmune a las mujeres. Las disfruta sexualmente, pero no les tiene demasiado respeto, lo cual no es nada sorprendente considerando la clase de mujeres que ha conocido. Cuando estaba en el pináculo de su carrera de actor, se le pegaban como moscas, pero cuando empezó a ser director y a poder distribuir jugosos papeles a actrices afortunadas... lo rodeaban como hermosas pirañas. Y él era inmune a sus encantos. En realidad sólo lo he visto demostrar ternura a los niños, y ése fue el principal motivo que lo impulsó a casarse con Rachel. Ella le prometió hijos, y obviamente olvidó esa promesa lo mismo que renegó de sus votos matrimoniales. -Volvió a menear la cabeza. -Zack jamás se enamoraría de una bonita maestra de escuela de ciudad pequeña... ni en unos días, ni en varios meses.

## 48

El hombre alto recorría en el crepúsculo el polvoriento camino que conducía desde el pueblo a los muelles, con un diario y varias revistas en la mano. Al llegar al muelle no habló con ninguno de los pescadores que en ese momento descargaban la carga del día o zurcían sus redes, y ninguno de ellos habló con él, pero varios pares de ojos curiosos siguieron al desconocido hasta su barco, un Hateras de doce metros con el nombre Julie recién pintado en la proa. Aparte del nombre de la nave que las leyes del mar obligaban a llevar pintado en la proa, el barco no tenía ninguna seña particular. A distancia se parecía a los millares de otros barcos que surcaban las aguas de las costas de Sudamérica, algunos alquilados por pescadores deportivos, la mayoría de propiedad de pescadores que todas las noches regresaban a descargar la carga del día y volvían a zarpar con las primeras luces del amanecer.

Tampoco en el dueño del barco había nada que llamara la atención. En lugar de los shorts y remeras tejidas, vestimenta preferida de los capitanes de los barcos en alquiler, él usaba la vestimenta típica de los pescadores: camisa blanca de algodón, de mangas largas, zapatillas y una gorra oscura encasquetada hasta la frente. Bajo una barba de cuatro días, tenía el rostro bronceado, aunque si alguien se hubiera molestado en estudiarlo con atención habría notado que su piel no estaba tan curtida como la del resto de los pescadores y que en realidad su nave estaba mejor equipada como crucero que como barco de pesca. Pero ése era un puerto de gran actividad y el *Julie* no era sino uno más entre millares de barcos que amarraban allí... barcos que muchas veces transportaban carga que no era legal.

Del otro lado del muelle, dos pescadores que se encontraban a bordo del *Diablo* levantaron la mirada al ver llegar al dueño del *Julie.* Instantes después el generador del barco volvió a la vida y se encendieron las luces de la cabina.

-Gasta mucho combustible haciendo andar ese generador durante buena parte de la noche -observó uno de los pescadores-. ¿Para qué necesita hacer funcionar ese motor?

-A veces, a través de las cortinas, veo su sombra ante una mesa. Creo que se queda leyendo.

El otro pescador miró las cinco antenas que se elevaban por sobre la cubierta superior del *Julie.*

-A bordo de ese barco tiene equipos de todas clases, incluyendo radar, pero nunca sale a pescar y tampoco busca clientes para que se lo alquilen. Ayer lo vi anclado mar afuera, cerca de la isla Calvary, y ni siquiera había tirado las líneas al agua.

El otro pescador lanzó un bufido de disgusto.

-Porque no es pescador y tampoco capitán de un barco de alquiler.

-¿Entonces crees que es un traficante de drogas?

-¿Qué otra cosa va a ser? -dijo su compañero, encogiéndose de hombros en señal de desinterés.

Ignorante de que su presencia provocaba comentarios en el muelle lleno de actividad, Zack estudió los mapas que acababa de extender sobre la mesa, marcando con cuidado los distintos cursos que podía seguir durante la semana siguiente. Cuando por fin enrolló los mapas, ya eran las tres de la madrugada y supo que no podría conciliar el sueño, pese a estar extenuado. Durante los últimos siete días el sueño lo había eludido casi por completo, pese a que en su huida de los Estados Unidos no tuvo inconveniente alguno... gracias a los contactos de Enrico Sandini y del medio

millón de dólares que Zack le pagó. En Colorado, el pequeño helicóptero de alquiler apareció, según lo previsto, en un claro a doscientos metros de la casa, un claro cuyo propósito era ése, sólo que era utilizado por los dueños de casa y sus invitados. Cargando un par de esquís y con traje de esquiador y antiparras que le cubrían casi toda la cara, Zack abordó el helicóptero, que lo llevó hasta un pequeño refugio situado a una hora de distancia.

Un auto alquilado lo esperaba en la playa de estacionamiento del refugio, y desde allí viajó hacia el sur hasta una pequeña pista de aterrizaje donde lo esperaba un avión privado. A diferencia del piloto del helicóptero, que era inocente, el del avión estaba al corriente de lo que se tramaba. Cada vez que aterrizaban para cargar combustible declaraban un plan de vuelo diferente del que seguían en su rumbo sud sudeste.

Poco después de abandonar el espacio aéreo de los Estados Unidos, Zack se quedó dormido y sólo despertaba cuando aterrizaban para cargar combustible, pero desde que finalizó ese viaje hasta entonces, sólo había podido dormitar de a dos horas por vez.

Se puso de pie y bajó a servirse una copa de coñac, con la esperanza de que lo ayudara a dormir, pero convencido de que no sería así. Con ella en la mano se encaminó a la cabina principal que hacía las veces de living y comedor de su "casa flotante". Apagó las luces de la cabina, pero dejó encendida una pequeña lámpara de bronce sobre una mesa junto al sofá, porque iluminaba una fotografía de Julie que había arrancado de un diario de la semana anterior y que colocó en un pequeño marco. Al principio supuso que debía de ser su fotografía de graduación, pero esa noche, al estudiarla, decidió que era más probable que hubiera sido tomada cuando estaba vestida para una fiesta o un casamiento.

A pesar de saber que se estaba torturando, Zack no podía dejar de mirar la fotografía. Pasó con lentitud el pulgar sobre los labios sonrientes de Julie, mientras se preguntaba si en ese momento, ya de regreso en su casa, estaría sonriendo nuevamente. Ojalá fuera así, pero al mirar la fotografía, lo que veía era la última imagen que tuvo de ella... su expresión de sufrimiento cuando él la ridiculizó por haber dicho que lo amaba. Ese recuerdo lo acosaba. Lo destrozaba, lo mismo que otras preocupaciones que ella le inspiraba. Por ejemplo, si habría quedado embarazada. Se torturaba preguntándose si Julie tendría que soportar un aborto o la vergüenza que significaba ser madre soltera en una ciudad chica.

¡Tantas cosas que tenía una desesperada necesidad de decirle! Tragó el resto del coñac, luchando contra la urgencia de volver a escribirle. Lo hacía todos los días, pese a saber de memoria que nunca podría mandarle esas cartas. Tengo que dejar de escribirle, se advirtió. Tenía que sacársela de la cabeza antes de volverse loco...

Tenía que tratar de dormir un poco... Y mientras así pensaba, estiraba una mano para
tomar papel y lapicera.

A veces le decía dónde estaba y lo que hacía, otras le describía en detalle cosas que creía podrían interesarle, como las islas que se perfilaban contra el horizonte o las costumbres de los pescadores. Pero esa noche se hallaba en un estado de ánimo distinto. Esa noche la extenuación y el coñac lograron que su pena y sus preocupaciones alcanzaran una altura inusitada. Según el diario estadounidense de varios días de antigüedad que había comprado esa mañana en el pueblo, Julie era decididamente sospechosa de haberlo ayudado en su fuga. De repente a Zack se le ocurrió que Julie iba a tener necesidad de contratar a un abogado para que la defendiera de las acusaciones que debían de estarle haciendo la policía o el FBI o, lo

que era aún peor, tal vez sólo estuvieran acusándola de complicidad para obligarla a admitir cosas que no eran ciertas. En ese caso, necesitaría recurrir a un excelente abogado, en lugar de ponerse en manos de un picapleitos de pueblo. Y para contratar a un abogado así, le haría falta dinero. Una sensación de urgencia borró la desesperanza que había nublado su entendimiento desde que se separaron, y la mente de Zack empezó a trabajar como enloquecida, imaginando problemas y la forma de solucionarlos.

Amanecía cuando se reclinó contra el respaldo de su silla, increíblemente cansado y vencido. Vencido porque sabía que le enviaría esa carta. Tenía que mandársela, en parte por la solución que se le había ocurrido, pero también porque necesitaba con desesperación que ella supiera la verdad de sus sentimientos. Estaba casi seguro de que la verdad no la heriría tanto como la había herido su mentira. Ésa sería la última comunicación entre ellos, pero por lo menos corregiría el final desagradable que tuvieron los días y noches más exquisitos de su vida.

El sol se asomaba a través de las cortinas del salón y Zack consultó su reloj. En esa isla sólo recogían la correspondencia una vez por semana, los lunes a la mañana temprano. Eso significaba que no tenía tiempo de volver a escribir esa carta incoherente y divagante, porque todavía tendría que escribirle a Matt para explicarle lo que quería que hiciera.



LIbrodot

## 49

-Allá, bajo el ala de estribor, está Keaton, señor Farrell -informó el piloto del estilizado jet que salió de entre las nubes e inició el acercamiento final. -Antes de aterrizar haré una pasada sobre la pista para asegurarme de que esté en buenas condiciones.

Matt oprimió el botón del intercomunicador para contestarle.

-De acuerdo, Steve -dijo distraído, mientras estudiaba la cara preocupada de su esposa-. ¿Qué te pasa? -le preguntó en voz baja a Meredith. -Creí haberte convencido de que no tiene nada de ilegal entregar una carta que estaba dirigida a Julie Mathison, y a mi cuidado. Las autoridades están enteradas de que tengo poder general de Zack para hacerme cargo de sus asuntos financieros. Ya les he entregado el sobre en que me llegaron sus instrucciones para que trataran de rastrear su procedencia. Aunque estoy convencido de que no los ayudará en absoluto -agregó con una risita-. Tiene el sello postal de Dallas, donde sin duda Zack le paga a alguien para que reciba las cartas que me escribe, las saque de su sobre original y luego me las remita.

Como sabía lo importante que era para su marido lo que estaba haciendo, Meredith hizo un esfuerzo por ocultar su preocupación.

-¿Y para qué hace eso si confía tanto en ti?

-Lo hace para que pueda entregar a las autoridades cualquier sobre que reciba de él, sin descubrir su paradero. Nos protege a ambos. Así que, como verás, hasta ahora me he atenido estrictamente a la letra de la ley.

Meredith apoyó la cabeza contra el respaldo de cuero blanco del sofá que dominaba la cabina del avión y suspiró. Pero sonreía.

-No, eso no es enteramente cierto. No le dijiste al FBI que junto con la tuya envió una carta dirigida a Julie Mathison, y tampoco les dijiste que te proponías entregársela personalmente.

-La carta dirigida a ella está en un sobre cerrado y en blanco -retrucó él-. No tengo manera de saber si Zack escribió lo que hay adentro. Por lo que yo sé, podría contener recetas de cocina. Espero
-agregó con horror simulado-• que no estés sugiriendo que debo abrir la carta para ver lo que hay dentro. Eso sería una ofensa contra las leyes del país. Además, mi amor, no hay ninguna ley que me obligue a avisar a las autoridades cada vez que Zack se pone en contacto conmigo.

Alarmada y divertida a la vez por la indiferencia con que su marido trataba el asunto, Meredith lo miró. A pesar de su aire sofisticado, sus trajes hechos a medida, sus yates y aviones privados, Matt era por sobre todas las cosas un luchador. Y lo amaba por ello. El creía en la inocencia de Zachary Benedict y ése era el único justificativo que necesitaba para lo que se proponía hacer. Punto. Aunque sabía que era inútil y probablemente innecesario, Meredith había insistido en acompañarlo a Keaton, sólo para asegurarse de que no se involucrara demasiado.

-¿Por qué sonríes así? -preguntó Matt.

-Porque te quiero. ¿Y tú? ¿Por qué sonríes?

-Porque me quieres -susurró Matt con ternura, pasándole un brazo sobre los hombros-. Y por esto -confesó. Metió la mano en el bolsillo del saco y sacó la carta de Zack.

-Dijiste que eso no contiene más que una lista de instrucciones con respecto a Julie

Mathison. ¿Qué tiene de gracioso una lista de instrucciones?

-Eso es lo gracioso; una lista de instrucciones. Cuando enviaron a Zack a la cárcel tenía una fortuna de inversiones distribuidas a lo largo de todo el mundo. ¿Sabes cuántas instrucciones me dio cuando me otorgó poder general para manejarlas?

-No. ¿Cuántas?

-Una sola -dijo, muy sonriente. Y levantó un dedo. -Dijo: "Trata de no fundirme".

Meredith rió y Matt miró por la ventanilla del avión que ya aterrizaba en la pista.

-Joe ya está aquí con el auto -dijo, refiriéndose a su chofer, que había volado desde Dallas en un avión de línea para alquilar un auto e ir a buscarlos al aeropuerto. Matt quería llegar y partir sin que nadie se enterara de que habían estado allí, lo cual significaba que no podían llamar un taxi desde el aeropuerto, en el caso de que en Keaton hubiera servicio de taxis.

-¿Algún problema, Joe? -preguntó Matt al instalarse en el asiento trasero del auto.

-No -contestó Joe. -Llegue hace una hora y localicé la casa de Julie Mathison. El patio delantero estaba lleno de bicicletas de chicos.

Meredith reanudó la conversación que mantenían en el avión.

-¿Qué clase de instrucciones te dio Zack con respecto a Julie Mathison?

Matt sacó un papel doblado del bolsillo, leyó las primeras líneas y dijo con sequedad:

-Entre otras cosas debo observar cuidadosamente qué aspecto tiene y ver si ha perdido peso o si no duerme bien.

Meredith registró de inmediato la poco común preocupación de Zack Benedict por su ex rehén, y eso suavizó su actitud hacia él.

-¿Cómo puedes saberlo con solo mirarla? Ignoras cómo era antes de pasar una semana con Zack.

-Lo único que se me ocurre es que por fin Zack ha cedido ante el estrés a que ha estado sometido. -Matt hizo un esfuerzo por no demostrar lo difícil que le resultaba el siguiente pedido de su amigo. -El próximo punto de esta lista te encantará. También se supone que debo averiguar si está o no embarazada.

-¿Con sólo mirarla? -exclamó Meredith en el momento en que Joe doblaba y se internaba por una calle residencial flanqueada de árboles.

-No, creo que se supone que debo preguntárselo. Por eso estoy tan encantado de que te hayas ofrecido a acompañarme. Si ella niega estar embarazada, debo informar a Zack si le creo o no.

-A menos que haya recurrido a alguna clase de test de embarazo precoz, es posible que ni ella misma lo sepa. Sólo hace tres semanas que se separó de él en Colorado. -Meredith se puso los guantes en el momento en que Joe detuvo el auto frente a una casa de una sola planta, estilo rancho, de la que salía una cantidad de niños que montaban en sus bicicletas y se alejaban pedaleando. -Debe de quererla mucho para estar tan preocupado por ella, Matt.

-Se siente culpable -predijo Matt con completa seguridad mientras bajaba del auto-, y responsable. Zack siempre ha tomado con mucha seriedad sus responsabilidades.

En el momento en que avanzaron por la vereda, de la casa salieron dos chiquitos en sillas de ruedas. Avanzaban a gran velocidad, aullando de risa, perseguidos por una joven bonita.

-¡Johnny -exclamó ella riendo, mientras los corría-, devuélveme eso! -Matt y Meredith se detuvieron, observando la persecución y a una Julie Mathison que reía a carcajadas mientras trataba de alcanzar a los chicos. -Está bien -dijo por fin, sin notar

la presencia de la pareja de desconocidos-, ustedes ganan, ¡monstruos! Mañana no les tomaré prueba escrita. Y ahora, devuélveme el cuaderno.

-Johnny lanzó un grito de triunfo y se lo devolvió.

-Gracias -dijo Julie, desordenando cariñosamente el pelo de su alumno-. Estás empezando a maniobrar con mucha habilidad, Tim. No dejes de hacerlo en el partido del domingo, ¿quieres?

-Bueno, señorita Mathison.

Julie se volvió a verlos alejarse, y recién entonces se dio cuenta de la presencia de una pareja de desconocidos, parados cerca de la puerta de su casa. Matt y Meredith se le acercaron, mientras Julie los observaba intrigada. De alguna manera, a la luz del anochecer, le resultaban vagamente familiares.

-Señorita Mathison -dijo el hombre, sonriéndole-. Soy Mathew Farrell y ésta es mi mujer, Meredith. -De cerca, Meredith era tan hermosa como apuesto era su marido, tan rubia como morocho era él, y su sonrisa era tan cálida como la del marido.

-¿Está sola? -preguntó Matt, mirando hada la casa. Julie se puso tensa.

-¿Son periodistas? -preguntó con desconfianza-. Porque si lo son yo ya he...

-Soy amigo de Zack -interrumpió él en voz baja.

El corazón de Julie le dio un salto dentro del pecho.

-Pasen, por favor -invitó excitada y sorprendida. Los hizo entrar por la puerta trasera, por la cocina en cuyas paredes colgaban ollas y sartenes de cobre, y luego los condujo al living.

-¡Qué lugar tan bonito! -dijo Meredith sacándose el tapado mientras observaba la alegre habitación con sus muebles de caña pintados de blanco, sus almohadones verdes y azules, y las macetas con plantas que ocupaban todos los rincones.

Julie hizo un esfuerzo por sonreír, pero al tomar el saco de Matt, preguntó con desesperación:

-¿Zack está bien?

-Por lo que yo sé, está muy bien.

Ella se relajó un poco, pero le resultaba difícil ser buena dueña de casa cuando lo único que quería era saber por qué estaban allí, y al mismo tiempo deseaba desesperadamente prolongar la visita de esa pareja, porque Matt Farrell era amigo de Zack y, de alguna manera, era como si llevara consigo a Zack a esa casa.

-¿Les puedo servir un poco de vino o un café? -preguntó mientras ellos se sentaban.

-Me encantaría un poco de café -dijo Meredith, y su marido asintió.

Julie preparó el café en tiempo récord, colocó tazas y platos en una bandeja y regresó al living con tanta rapidez que sus dos visitantes sonrieron al verla, como si comprendieran lo que sentía.

-No sé por qué estoy tan nerviosa -confesó Julie con una risa ahogada, colocando la bandeja sobre una mesa ratona-. Pero... me alegro muchísimo de que hayan venido. Iré a traer el café en cuanto esté listo.

-No la noté nerviosa cuando enfrentó al mundo por televisión y trató, considero que con mucho éxito, de hacer que las simpatías del público se volcaran hacia Zack -comentó Matt, mirándola con admiración.

La calidez de la mirada y de la voz de Matt le hicieron sentir que había hecho algo valiente y maravilloso.

-Espero que todos los amigos de Zack piensen lo mismo.

-A Zack ya no le quedan amigos -dijo Farrell-. Pero por otra parte -agregó con una sonrisa-, con una defensora como usted, no creo que le hagan falta muchos. ____

-¿Cuánto hace que lo conocen? -preguntó Julie, sentándose en un sillón, frente a ellos.

-Meredith no llegó a conocerlo, pero hace ocho años que yo soy amigo de Zack. Éramos vecinos en Carmel, California. -Matt observó que Julie se inclinaba hacia adelante y se dio cuenta de que quería saber todo lo posible acerca de él-. Además éramos socios en varias empresas financieras. Cuando lo encarcelaron, Zack me concedió un poder general que me da el derecho y la responsabilidad de manejar todos sus asuntos.

-Me parece maravilloso que usted haya aceptado esa responsabilidad -dijo Julie, y en su tono y su mirada Matt percibió el primer destello de la calidez que esa muchacha habría volcado sobre Zack en Colorado, cuando él más lo necesitaba-. Debe de tenerle mucho cariño y mucha confianza para haber confiado tanto en usted.

-Yo siento lo mismo por él -contestó Matt, incómodo, sin saber cómo explicar el motivo de su visita.

-¿Y por eso vino desde California? -sugirió Julie, ansiosa por ayudarlo-. ¿Porque como amigo de Zack quería decirme que aprobaba lo que dije durante la conferencia de prensa?

Matt negó con la cabeza y trató de ganar tiempo hablando de detalles.

-Ahora sólo pasamos las vacaciones en Carmel -explicó-; vivimos en Chicago.

-Aun sin haber estado nunca allí, yo creo que preferiría vivir en Carmel -contestó Julie, siguiéndole el tren y decidida a hablar sobre temas sin importancia.

-Vivimos en Chicago porque Meredith es presidenta de Bancroft y Compañía, cuya casa central está allí.

-¡Bancroft! -exclamó Julie, impresionada por la mención de la elegante cadena de tiendas. Miró a Meredith y le sonrió. -He estado en su tienda de Dallas y me pareció magnífica -comunicó, absteniéndose de decir que no pudo comprar nada porque todo era demasiado caro para ella-. El café ya debe de estar listo. Iré a buscarlo. -dijo, poniéndose de pie.

Cuando Julie salió, Meredith tironeó suavemente la manga de su marido.

-Ya se ha dado cuenta de que has venido con un propósito determinado, y cuanto más demores en decirle de qué se trata, más nerviosa la pondrás.

-Te confieso que no estoy exactamente ansioso por iniciar el tema -confesó Matt-. A pedido de Zack he viajado mil quinientos kilómetros para preguntarle de repente si está embarazada y para darle este cheque. Explícame si hay una manera sutil de decir: "Señorita Mathison, le traigo un cheque de un cuarto de millón de dólares porque Zack tiene miedo de que esté embarazada y porque se siente culpable de ello y además porque quiere que tenga dinero para pagar a un abogado y mantener a raya a las autoridades y al periodismo".

Cuando Meredith estaba por sugerirle una manera más suave de encarar la cuestión, Julie volvió con una cafetera de porcelana y empezó a llenar las tazas de café.

Matt se aclaró la garganta y empezó a hablar de una manera torpe e incómoda.

-Señorita Mathison...

-Por favor, llámeme Julie -interrumpió ella, poniéndose tensa ante el tono de Matt.

-Bueno, Julie -aceptó él con una sonrisa sombría-, en realidad no he venido a raíz de la conferencia de prensa. Vine porque Zack me lo pidió.

La cara de Julie se iluminó, como el sol cuando se asoma entre las nubes.

-¿En...^erio? ¿Y le explicó por qué se lo pedía?

-Quiere que averigüe si está embarazada. Julie sabía que no lo estaba, y lo

inesperado del tema la sobresaltó y avergonzó tanto que empezó a negar con la cabeza antes de que Meredith acudiera en su ayuda.

-Matt tiene que entregarle una carta, que sin duda le explicará esto mucho mejor de lo que lo está haciendo mi marido en su aturdimiento -dijo con suavidad.

Julie observó a Matt meter la mano en el bolsillo y sacar un sobre. Con la sensación de que el mundo giraba como enloquecido a su alrededor, lo tomó.

-¿Les molestaría que la leyera ahora mismo... en privado? -preguntó temblorosa.

-Por supuesto que no. Mientras tanto, nosotros disfrutaremos del café.

Julie asintió y se volvió. Abrió el sobre con rapidez mientras salía del living, con la intención de dirigirse a su dormitorio, pero como el comedor estaba más cerca, fue hacia allí, sin darse cuenta de que seguía estando dentro del radio de visión de sus visitantes. Se preparó para otra filípica condescendiente de Zack acerca de lo infantil y absurdo que era darle importancia a la relación que habían mantenido en Colorado. Pero cuando desdobló la carta y empezó a leerla, la ternura y el júbilo que inundaron su corazón cicatrizaron todas las heridas. El mundo entero desapareció y lo único que existió para ella fueron esas palabras increíbles que estaba leyendo y el hombre que se las había escrito sin pensar que ella llegaría a leerlas...

Mi querida Julie, nunca leerás esta carta, pero me ayuda escribirte todos los días. Te mantiene cerca de mí. ¡Dios, cómo te extraño! Tu recuerdo acosa cada hora de mi vida. Ojalá no te hubiera conocido. No, no dije eso en serio. ¿De qué me serviría la vida sin los recuerdos de ti que me hacen sonreír?

Me pregunto constantemente si eres feliz. Quiero que lo seas. Quiero que tengas una existencia gloriosa. Por eso fue que no pude decir las cosas que sabía que querías que dijera mientras estuvimos juntos. Temí que, si lo hacía, me esperaras durante años. Sabía que querías que te dijera que te amaba. No decírtelo fue lo único generoso que hice en Colorado, y ahora hasta lamento eso.

Te amo, Julie. ¡Dios, te amo tanto!

Renunciaría a mi vida entera con tal de tener un año contigo. Seis meses. Tres. Lo que fuera.

Me robaste el corazón en pocos días, mi amor, pero me diste el tuyo. Sé que lo hiciste... lo veía en tus ojos cada vez que me mirabas.
Ya no lamento haber perdido la libertad, ni me enfurezco ante la injusticia de los años que estuve encerrado en la cárcel. Ahora lo único que lamento es no poder tenerte a ti. Eres joven y sé que me olvidarás con rapidez y que seguirás con tu propia vida. Eso es lo que deberías hacer. Es lo que debes hacer. Quiero que lo hagas, Julie.

Eso es una maldita mentira. Lo que quiero es volver a verte, tenerte en mis brazos, hacerte el amor una y otra vez, hasta haberte llenado tan completamente que no quede lugar en ti para nadie más que yo. Hasta que te conocí, nunca había pensado en la relación sexual como "hacer el amor". Eso es algo que nunca te dije.

A veces quedo bañado en sudor frío por miedo a haberte dejado embarazada. Sé que debí decirte que si ése era el caso abortaras a mi hijo. Supe en Colorado que debía decírtelo, pero ¡Dios, no quería que lo hicieras, Julie!

Espera... se me acaba de ocurrir una solución en la que hasta ahora no había pensado. Sé que no tengo ningún derecho a pedirte que tengas a mi hijo, pero si estuvieras dispuesta, hay una manera de solucionarlo: podrías pedir una licencia y alejarte de Keaton. Yo me encargaré de que tengas dinero más que suficiente para compensar los sueldos que pierdas y para pagar todos tus gastos. Después, cuando nazca nuestro hijo, me gustaría que se lo llevaras a mi abuela. Si estás embarazada y estuvieras dispuesta a hacer esto por mí, yo le escribiría de antemano y le explicaría todo. A pesar de su multitud de defectos, esa mujer jamás en su vida ha evadido una responsabilidad, y se encargará de que nuestro hijo sea bien criado. Ella controla lo que habría sido una importante herencia mía; una ínfima parte de esa herencia será más que suficiente para pagar todos los gastos y la educación del bebé.

Tenías razón cuando me dijiste que no debí haberle cerrado la puerta a mi familia, ni quemado mis naves. Hay cosas que pude haberle dicho a mi abuela, aun después de irme de casa, y que habrían neutralizado el odio que sentía por mí. Tenías razón cuando dijiste que en mi juventud yo la quise y la admiré. Tenías razón en todo, y si ahora pudiera modificar las cosas, te aseguro que lo haría.

He decidido que te mandaré esta carta, después de todo. Es un error. Sé que lo es, pero no lo puedo impedir. Necesito decirte lo que debes hacer si estás embarazada. No soporto pensar que creas que no existe más alternativa que el aborto.

Es posible que estén vigilando la correspondencia que recibes, de modo que en lugar de utilizar el correo te haré llegar esta carta por otro medio. El hombre que te la entrega es un amigo. Se está arriesgando por mí, lo mismo que hiciste tú. Confía en Matt tan completamente como confiarías en mí. Dile si estás embarazada y lo que quieres hacer, para que él me lo transmita a su vez. Una cosa más, antes de que me apresure a ir al pueblo a tiempo para el envío semanal de correspondencia:
quiero que tengas un poco de dinero para cualquier cosa que necesites o quieras. El dinero que Matt te entregará es mío, de manera que no tiene sentido que le discutas o te niegues a aceptarlo. Matt actúa Según mis instrucciones y las seguirá al pie de la letra, así que no lo hagas pasar un mal rato, mi amor. Yo tengo dinero más que suficiente para mis necesidades.

Ojalá tuviera tiempo de escribirte una carta mejor, o hubiera guardado alguna de las otras que te escribí, para poder enviártela en lugar de ésta. Eran todas mucho más coherentes. No te volveré a escribir, así que no esperes otra carta. Escribirnos significaría avivar las esperanzas y los sueños de los dos, y si no dejo de esperar, moriré de tanto que té deseo.

Antes determinar... He visto en los diarios que Costner está por estrenar una nueva película en los Estados Unidos. Si después de verla te atreves a empezar a fantasear con Kevin, te acosaré durante el resto de tu vida.

Te amo, Julie. Te amé en Colorado. Te amo aquí, donde estoy. Te amaré siempre. Desde cualquier parte. Siempre.

Julie habría vuelto a leer la carta, pero el torrente de lágrimas que derramaba le

impedía ver, y las páginas se le deslizaron de los dedos. Se cubrió la cara con las manos, se apoyó contra la pared y lloró. Lloró de alegría, con una sensación agridulce y a la vez con una furiosa sensación de inutilidad; lloró por la injusticia que había convertido a Zack en un fugitivo y por su propia estupidez al haberse separado de él en Colorado.

En el living, Meredith le hizo una pregunta a Matt en voz baja mientras tomaba la cafetera de porcelana, pero su mirada se dirigió a la puerta del comedor y, alarmada, alcanzó a ver la espalda de una mujer que lloraba.

-¡Mira, Matt! -exclamó, poniéndose rápidamente de pie para ir presurosa hacia el comedor. Hizo un gesto de compasión ante los sollozos desesperados de la dueña de casa, y apoyó las manos sobre los hombros de Julie.

-¿Puedo ayudarte en algo? -preguntó.

-¡Sí! -exclamó Julie con voz entrecortada-. ¡Puedes leer esa carta y decirme si es posible que alguien crea que ese hombre es un asesino!

Indecisa, Meredith levantó la carta del piso y miró a Matt que se había detenido en la puerta.

-Matt, ¿por qué no nos sirves a todos un poco de ese vino que Julie nos ofreció hace un rato?

Matt demoró varios minutos en encontrar el vino, localizar un sacacorchos y abrir una botella. Estaba sacando vasos de un armario cuando Meredith entró en la cocina. La miró por sobre el hombro, con la intención de volverle a agradecer por haberlo acompañado, pero la expresión conmocionada de su mujer lo obligó a volverse, olvidando por completo los vasos.

-¿Qué pasa? -preguntó ansioso, estudiando las hermosas facciones de su mujer.

-¡La carta de Zack... ! -susurró ella, con los ojos llenos de lágrimas-. ¡Dios, Matt, esa carta es increíble!

Furioso con Zack por haber angustiado a su mujer, Matt rodeó con sus brazos los hombros de Meredith, mientras tomaba la carta y la empezaba a leer con los ojos entrecerrados. Poco a poco su enojo se convirtió en incredulidad, luego en pena. Acababa de leer la última línea cuando Julie apareció en la puerta. Al oírla llegar, Meredith se volvió, tomando el pañuelo que Matt le ofrecía para secarse los ojos.

-Ésta ha resultado una noche increíble... Lo siento, Julie -se disculpó él, estudiando la extraña expresión de la muchacha-. Estoy seguro de que Zack no debe de haber querido hacerla infeliz.

Por última vez, Julie consideró todo lo que estaría dejando atrás si ejecutaba el plan que acababa de concebir, pero su decisión ya había quedado tomada en el comedor. Luchó por mantener una apariencia de tranquilidad.

-Cuando Zack se ponga en contacto con usted, le pido por favor que le recuerde que yo fui abandonada por mi propia madre, y que le informe que me niego a traer un hijo a este mundo para que le hagan lo mismo que me hicieron a mí. -Y agregó con una sonrisa llorosa: -Le pido por favor que también le diga que si quiere que tenga su bebé, cosa que me gustaría mucho, lo único que tiene que hacer es permitir que me reúna con él en su exilio.

La última frase cayó como una bomba en la habitación-y-Julie vio que la expresión de Matt Farrell pasaba del asombro a la admiración, pero al contestarle midió con cuidado sus palabras para apagar su entusiasmo.

-No sé si Zack se volverá a poner en contacto conmigo, ni cuándo.

Julie lanzó una carcajada levemente histérica.

-¡Oh, sí! ¡Claro que se pondrá en contacto con usted... y muy pronto! -dijo con total seguridad, comprendiendo que su instinto nunca la había engañado con respecto a Zack y que si hubiera obedecido lo que le dictaba, probablemente habría podido convencer a Zack de que le permitiera acompañarlo a cualquier parte que fuera-. Se



LIbrodot

pondrá en contacto con usted enseguida, porque querrá conocer cuanto antes mi respuesta.

Matt comprendió que era probable que tuviera razón y ahogó una sonrisa.

-¿Hay alguna otra cosa que quiere que le diga cuando se ponga en contacto conmigo?

Julie asintió enfáticamente.

-Sí. Dígale que tiene un máximo de... cuatro semanas para llevarme hasta allí antes de que yo tome otras medidas. Y asegúrele que... -Vaciló, avergonzada ante el pensamiento de tener que decirle algo así a Zack a través de una tercera persona, pero decidió que con tal de que Zack escuchara esas palabras, el medio no tenía importancia alguna.

-Dígale que yo también me estoy muriendo sin él. Y dígale que si no me deja ir a reunirme con él, malgastaré todo su dinero en veinticinco mil videos de la última película de Kevin Costner, ¡y que después me derretiré por él durante el resto de mi vida!

-Creo -dijo Meredith riendo- que eso lo hará aceptar en el acto. -Enseguida se dirigió a Matt.

-¿Recordarás todo eso o quieres que tome algunas notas?

Matt dirigió una mirada de sorpresa a su mujer que en ese momento parecía tan empeñada en involucrarlo en la vida de Zack como había estado en tratar de impedirlo dos horas antes. Después se volvió y sirvió vino en tres vasos.

-Creo que esto merece un brindis -anunció, pasando los vasos. -Por desgracia en este momento me he quedado sin palabras.

-Pero yo no -dijo Meredith. Levantó su vaso, miró a Julie y dijo, sonriendo con suavidad: -Por todas las mujeres que aman tanto como nosotras.

-Enseguida levantó la vista para mirar a su marido y agregó: -Y por los dos hombres a quienes queremos.

Julie notó que Matt la miraba, sonriendo con orgullo y ternura, y en ese momento les tomó un cariño intenso. Se parecen a Zack y a mí, decidió. Eran un sinónimo de amor, compromiso y unión.

-Por favor, me encantaría que se quedaran a comer. No soy gran cosa como cocinera, pero quizá nunca volvamos a encontrarnos y me gustaría saber más acerca de... todo.

Ambos asintieron al unísono.

-¿Acerca de todo? -preguntó Matt con picardía-. Bueno, entonces supongo que puedo empezar con un análisis detallado de los mercados del mundo financiero. Tengo algunas teorías fascinantes sobre las posibles causas de la declinación de los mercados mundiales. -Rió ante la expresión de sorpresa de Julie. -O supongo que también podríamos hablar sobre Zack.

-¡Qué gran idea! -bromeó Meredith-. Puedes contarnos a las dos algunas historias de la época en que eran vecinos.

-Empezaré a preparar la comida -dijo Julie, mientras se rompía la cabeza pensando qué podía servirles que ho significara tener que pasar mucho tiempo en la cocina y no poder participar en la conversación.

-No -dijo Meredith-, enviaremos a Joe a buscar una pizza.

-¿Quién es Joe? -preguntó Julie, que ya tomaba el teléfono para encargar la pizza.

-Oficialmente, es nuestro chofer. Extraoficialmente, es un integrante más de la familia.

Media hora más tarde, los tres estaban cómodamente instalados en el living y Matt hacía lo posible por satisfacer la curiosidad de sus dos interlocutoras con versiones

cuidadosamente censuradas de sus días de soltero como vecino de Zack.

Eran más de las once cuando, a regañadientes, los visitantes decidieron que había llegado la hora de irse. Julie se excusó y se encaminó a buscar algo a su dormitorio. Cuando volvió, con el suéter verde y los pantalones que había usado en el viaje de regreso desde Colorado, Matt y Meredith la esperaban junto a la puerta de entrada.

Obedeciendo al pedido de su esposa de que la dejara hablar un instante en privado con Julie, Matt se despidió de la dueña de casa.

-Esperaré en el auto con Joe mientras usted y Meredith se despiden.

Julie se puso en puntas de pie para besarlo y él la abrazó con fuerza, sorprendido por el miedo que sentía por ella y por Zack.

-Por si eso la hace sentir mejor -dijo, aunque su buen juicio le aconsejaba que no lo hiciera-, mi corporación es dueña de una agencia internacional de investigaciones, y durante las últimas tres semanas los he estado haciendo investigar a todos los que estuvieron en Dallas trabajando en la película de Zack.

-¿Pero por qué recién ahora? -preguntó Julie. Al darse cuenta de que no había estado muy amable, se disculpó. -Lo siento... lo que acabo de decir es una grosería y además debe de considerarme una desagradecida.

Matt le sonrió y meneó la cabeza, admirando la lealtad de la muchacha hacia Zack.

-Más bien considero que lo dijo por desesperación y preocupación, no por grosería. Y la explicación es que antes del juicio Zack contrató a una agencia tan famosa como la nuestra, para que hiciera exactamente lo mismo, y ellos no pudieron encontrar nada que lo ayudara. Además, me dijo específicamente que no necesitaba ni quería que lo ayudara en nada, aparte de lo que me había encargado. Y considerando que su amor propio ya estaba hecho trizas por la publicidad, accedí a su pedido y permití que manejara su caso como quisiera.

-Y sus investigadores -dijo Julie con ansiedad, aferrándose al tono alentador que había creído percibir en la voz de Matt- han descubierto algo nuevo, ¿verdad?

Después de una breve vacilación, Matt decidió que, ya que Julie había decidido compartir el exilio de Zack, decírselo no podía causar ningún daño.

-En parte se refiere a Tony Austin -empezó a decir, pero Julie lo interrumpió.

-¿La mató Tony Austin?

-No dije eso -advirtió Matt con firmeza-. Si hubiera pruebas de ello, no estaría aquí, sino diciéndoselo a los aullidos a los medios, para que las autoridades legales no tuvieran más remedio que tomar medidas.

-¿Entonces qué descubrieron?

-Descubrieron que presumiblemente Austin mintió al declarar como testigo. Durante el juicio, afirmó que su aventura con Rachel databa de varios meses y que "estaban locamente enamorados". La verdad es que él estaba involucrado también con otra mujer.

-¿Con quién? -preguntó Julie, sin aliento-. Ella pudo ser quien puso las balas en el arma por celos de lo que había entre Tony y Rachel.

-No sabemos de quién se trata. Lo único que conocemos es que dos semanas antes del asesinato un botones oyó una voz de mujer en la suite de Austin. Ese mismo botones acababa de entregar la cena en la suite de Zack, y Rachel le abrió la puerta, de manera que la mujer que estaba con Austin no era ella. Pero de todas maneras, no creo que ninguna mujer haya cambiado esas balas. Creo que fue Austin.

-¿Pero por qué lo cree?

-Posiblemente porque Zack siempre insistió en que Austin estaba involucrado, y

ahora me he contagiado -admitió Matt suspirando-. La cuestión es que Rachel no hubiera podido mantenerse y también mantener en gran tren de vida a Austin a menos que siguiera trabajando y consiguiera que las cortes de California le decretaran el divorcio obligando a Zack a pagarle una fuerte suma de dinero. Pero Rachel nunca fue una de las estrellas favoritas del público, a menos que Zack la dirigiera, y desde el momento en que la prensa publicara que había sido sorprendida siéndole infiel, su popularidad decaería, junto con sus posibilidades de ganar dinero.

Ahora que sabemos que, mientras tenía una aventura con ella, Austin salía también con otra mujer, no parece demasiado probable que sea cierto su testimonio de que estaba loco por Rachel. Eso nos deja la posibilidad de que su principal interés por ella haya sido económico, y que cuando las posibilidades económicas de Rachel desaparecieron, al ser descubierta con él en la suite de Zack, haya decidido librarse de ella. También es posible que nunca haya tenido intenciones de casarse con Rachel, y que la haya matado porque ella lo presionaba. ¡Quién sabe! Es más, Austin es el único que controló físicamente el arma mientras duró la filmación. Aunque Zack no hubiera modificado el guión, para que fuera Austin y no Rachel quien disparara el primer tiro, Austin tenía fuerzas más que suficientes como para asegurarse de que el arma estuviera apuntando a Rachel y no a él, en el momento del disparo.

Julie se estremeció ante la macabra conversación y sus verdaderas implicaciones.

-¿Y Zack está enterado de esto?

-Sí.

-¿Qué dijo? Es decir, ¿está excitado o feliz por el asunto?

-¿Feliz? -preguntó Matt con una carcajada amarga-. Si usted hubiese sido condenada por un crimen que no cometió y se hallara completamente imposibilitada de alterar la situación, ¿cree que le haría feliz descubrir que la persona a quien más desprecia en el mundo es probablemente el culpable de todo lo que le ha sucedido? Además, hay otra complicación -agregó-. También descubrimos algunos datos de menor importancia acerca de otra gente que estaba en el set de Dallas, que podrían señalarlos a ellos en lugar de Austin.

-¿Qué clase de información?

-Para empezar, años antes. Diana Copeland tuvo una aventura con Austin, que supuestamente había terminado. Sin embargo, ella todavía estaba lo bastante celosa de Rachel como para que, después que terminó el juicio, le dijera a quien quisiera oírla que se alegraba de que Rachel hubiera muerto. Tal vez sus celos hayan sido bastantes como para causarle la muerte. Después está Emily McDaniels, que debió ser sometida a toda clase de medicaciones durante un año después del asesinato, cosa que parece una reacción bastante excesiva por parte de una persona que supuestamente no fue más que un testigo presencial e inocente. Tommy Newton, el asistente de dirección de la película, tampoco logró sobreponerse hasta mucho tiempo después, aunque nadie ignora lo que él sentía por Austin. Así que ya ve -terminó diciendo en tono sombrío-, son nuevas evidencias que señalan simultáneamente a todo el mundo y que, por eso mismo, resultan inútiles.

-¡Ah, pero no necesariamente debe ser así! Es decir, tiene que existir una manera de lograr que la policía, o el fiscal del distrito o quienquiera esté a cargo del asunto, se vea obligada a investigar esas nuevas pruebas.

-Las autoridades -contradijo Matt- decidieron que Zack era culpable, y lo arrestaron y sometieron a juicio. Debo desilusionarla, pero ellos serían los últimos que estarían dispuestos a reabrir el caso y quedar como tontos al tener que confesar que se equivocaron. Si encontráramos pruebas incontrovertibles de que el culpable es Austin

o algún otro, se las daría a los abogados de Zack y a los medios de comunicación antes de pasárselas a las autoridades, para no darles la oportunidad de enterrarlas. El problema es que no tenemos muchas posibilidades de descubrir más de lo que ya sabemos. Ya hemos hecho hasta lo imposible para averiguar quién era la mujer que estaba con Austin. Austin niega que haya habido ninguna mujer. Afirma que el botones se equivocó y que cualquier voz que haya oído debe de haber sido la de alguna actriz de un programa de televisión. -Matt suavizó el tono de voz como si, al hacerlo, suavizara también el golpe que estaba por asestarle a Julie. -Zack comprende todo eso. Sabe que hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que Austin sea el asesino, y también sabe que el sistema legal no hará nada al respecto, a menos que él o yo podamos entregarles un ciento por ciento de pruebas, y me temo que eso es imposible. Es importante que usted también entienda eso, Julie. Sólo le he dicho lo que hemos averiguado porque está decidida a reunirse con él, y porque pensé que la ayudaría si alguna vez empezara a dudar de la inocencia de Zack. Julie rechazó de todo corazón esa lógica fatalista.

-Jamás dejaré de tener esperanzas. Rezaré, esperaré y le rogaré a Dios hasta que sus investigadores encuentren la prueba que necesitan.

Parecía dispuesta a desafiar al mundo entero por Zack e, impulsivamente, Matt la volvió a abrazar.

-Zack por fin tuvo suerte, al conocerla -dijo con ternura-. Usted siga rezando -agregó, soltándola-. Nos hará falta toda la ayuda que podamos recibir. -Sacó una tarjeta donde escribió dos números de teléfono y una dirección. -Estos son nuestros números de teléfono particulares de Chicago y de Carmel. Si no nos encuentra en ninguno de los dos lugares, llame a mi secretaria al número de mi oficina, que está impreso en la tarjeta, y pídale que le diga dónde estamos y cómo comunicarse con nosotros, sea donde fuere. La dirección que acabo de escribir es la de nuestra casa en Chicago. También se supone que debo entregarle este cheque de Zack.

Julie hizo un movimiento negativo con la cabeza.

-En su carta me explicó para qué era el cheque. No me hará falta.

-Lamento no poder hacer nada más -dijo Matt-. Realmente lo siento, por usted y por Zack.

-Le aseguro que ya ha hecho mucho. Y le agradezco que me haya dicho todo lo que me dijo.

Cuando Matt salió a esperar en el auto con Joe 0'Hara, Julie le tendió a Meredith la ropa con que había viajado desde Colorado.

-He notado que Matt y Zack son de la misma altura y corpulencia, y yo soy alrededor de cinco centímetros más baja que tú. Por eso, y por otras cosas de las que me he enterado esta noche, creo que reconocerás esto. -Al ver que Meredith asentía, Julie se las entregó. -Me las tuve que poner para viajar hasta aquí, pero las he hecho limpiar en la tintorería. Pensaba mandarlas de vuelta a la casa por corree; pero nunca supe la dirección.

-Quédate con ellas -dijo Meredith con suavidad-, por los recuerdos que deben de encerrar. Inconscientemente, Julie las acunó contra su pecho.

-Gracias.

Meredith tragó con fuerza para superar el nudo de emoción que se le había formado en la garganta ante lo que acababa de saber.

-Estoy de acuerdo contigo en que muy pronto Zack se pondrá en contacto con mi marido. ¿Pero estás absolutamente segura de lo que intentas hacer? Sin duda quebrantarás alguna ley, y empezarán a buscarlos a los dos. Si tienes suerte, vivirás el

resto de tu existencia ocultándote.

-Dime una cosa -dijo Julie, mirándola a los ojos-. Si Matt estuviera allá, en alguna parte del mundo, solo, queriéndote... si la carta que leíste esta noche te la hubiera escrito él, ¿qué harías? Contéstame con franqueza -agregó, temerosa de que su nueva amiga tratara de evadir la respuesta.

Meredith suspiró.

-Tomaría el primer avión, barco, automóvil o camión que me llevara hasta él. -Abrazó a Julie y susurró: -Hasta mentiría y le diría que estoy embarazada con tal de que me dejara reunirme con él. Alarmada, Julie se puso tensa.

-¿Qué te hace pensar que no estoy embarazada?

-Tu expresión cuando Matt te preguntó si lo estabas, y el hecho de que empezaras a negar con la cabeza antes de pensarlo mejor y detenerte.

-Pero no se lo dirás a Matt, ¿verdad?

-No se lo puedo decir -contestó ella con un suspiro-. Desde que nos casamos no le he ocultado nada, pero si le digo esto, él se lo repetiría a Zack. Lo haría para protegerlos a los dos, porque aunque trata de ocultarlo, lo que intentas hacer y los resultados que eso puede tener le dan un miedo terrible. Y a mí también.

-¿Entonces por qué me ayudas a hacerlo?

-Porque creo que, separados, la vida no será vida para ninguno de ustedes dos -explicó Meredith con sencillez-. Y porque -agregó con una sonrisa- creo que si estuvieras en mi lugar, harías lo mismo por mí.

Julie se despidió de ellos desde el porche de la casa. Luego entró y buscó la carta de Zack. Se sentó, la releyó, y sus palabras la llenaron de calidez y fortalecieron su coraje.

> Te quiero, Julie. ¡Dios, te quiero tanto! Daría-la vida entera con tal de poder estar un año contigo. Seis meses. Tres. Lo que sea... Nunca pensé en una relación sexual como "hacer el amor" hasta que apareciste tú... No te volveré a escribir, así que no esperes carta mía. Las cartas alentarían nuestras esperanzas y nuestros sueños, y si no dejo de esperar y de soñar, moriré de tanto que te deseo.

Julie recordó las últimas palabras de Zack en Colorado, su tono divertido y condescendiente cuando ella le dijo que lo amaba: "Tú no me amas, Julie. No conoces la diferencia entre el sexo y el amor verdadero. Ahora, sé buena y vuelve a tu casa, que es donde te corresponde estar". Y luego las comparó con la verdad, lo que le decía en la carta: "Te amo, Julie. Te amé en Colorado, te amo aquí, donde estoy. Siempre te amaré. En todas partes. Siempre".

El agudo contraste la hizo menear la cabeza, sorprendida.

-¡Con razón ganaste un Osear como Mejor Actor! -susurró dirigiéndose a Zack.

Enseguida se levantó del sillón y apagó las luces del living, pero se llevó la carta al dormitorio para volver a leerla.

-Llámame, Zack -le ordenó desde el fondo de su corazón-, y sácanos a los dos de este estado de angustia. Llámame enseguida, mi amor. En la casa de al lado, las mellizas Eldridge también estaban levantadas, a una hora desacostumbrada para ellas.

-Nos dijo que lo llamáramos -le señaló Ada a su hermana melliza-. El señor Richardson nos dijo que lo llamáramos a Dallas, a cualquier hora que fuera, si notábamos la presencia de desconocidos o de cualquier cosa poco habitual en la casa de Julie Mathison. Dame el número de la chapa de ese auto que estuvo estacionado

toda la noche frente a la casa, para que se lo pase.

-¡Pero Ada! -protestó Flossie, escondiendo detrás de la espalda el trozo de papel con el número de la chapa del auto-. No me parece bien que espiemos a Julie, ni siquiera por pedido del FBI.

-¡No la estamos espiando! -exclamó Ada, rodeándola y arrancándole el papel de las manos-. Estamos protegiendo a Julie de ese... ¡ese monstruo ateo que la secuestró! ¡Él y sus desagradables películas llenas de escenas sucias! -agregó, tomando el teléfono.

-¡No son sucias! ¡Son buenas películas! Y además, creo que Zachary Benedict es inocente. Julie también lo cree. Me lo dijo la semana pasada, y también lo dijo por televisión. Además, aseguró que él no le hizo ningún daño, así que no sé por qué intentaría hacérselo ahora. Creo -confió- que Julie está enamorada de él.

Ada se detuvo cuando estaba por marcar el número de Dallas.

-Bueno, si lo está -declaró con disgusto-, es una romántica incurable, lo mismo que tú, y terminará llorando por ese actor de cine que no vale nada.



LIbrodot

## 50

La llamada que Julie esperaba y por la que oraba se produjo cuatro días después y en el último lugar en que esperaba recibirla.

-¡Ah, Julie! -exclamó la secretaria del director al verla entrar en la oficina para entregar su informe del trabajo del día-. Esta tarde te llamó un señor Stanhope. -Julie levantó la mirada un segundo antes de que el nombre hiciera impacto en su mente, y entonces quedó petrificada.

-¿Qué dijo? -preguntó, alarmada por su propia voz entrecortada y sin aliento.

-Dijo algo acerca de que quería inscribir a su hijo en tus clases de gimnasia para chicos discapacitados. Le dije que no había vacantes.

-¿Pero por qué le dijiste eso, por amor de Dios?

-Porque le oí decir al señor Duncan que ya hay un exceso de alumnos. De todas maneras, el señor Stanhope dijo que se trataba de una emergencia y que te volvería a llamar esta noche a las siete. Le dije que no valía la pena, porque nuestras maestras no se quedan hasta tan tarde.

En un relámpago, Julie se dio cuenta de que Zack tenía miedo de llamarla a su casa por si su teléfono estaba intervenido, que no había conseguido ponerse en contacto con ella y que tal vez no lo volviera a intentar, y tuvo que hacer un esfuerzo para no volcar su frustración y su malhumor sobre la entrometida secretaria.

-Si dijo que se trataba de una emergencia, ¿por qué no me mandaste llamar a mi clase? -preguntó con una furia sin precedentes.

-Está prohibido que las maestras reciban llamados personales durante las horas de clase. Ésa es la regla del señor Duncan. Una regla muy clara.

-No cabe duda de que no se trataba de un llamado personal -retrucó Julie, clavándose las uñas en la palma de las manos-. ¿Te aclaró si esta noche pensaba llamarme aquí o a casa?

-No.

A las seis y cuarenta y cinco, Julie estaba sentada sola en la oficina de administración de la escuela, mirando fijo el teléfono del escritorio. Si su suposición había sido errónea y Zack la llamaba a su casa en lugar de volver a llamarla a la escuela, le aterrorizaba que creyera que había cambiado de idea con respecto a reunirse con él y que no la volviera a llamar. Más allá de las paredes de vidrio que rodeaban la oficina administrativa, los pasillos estaban oscuros, y cuando el portero se asomó a la puerta de la oficina, Julie saltó sobresaltada y culpable.

-Esta noche se ha quedado trabajando hasta muy tarde -comentó el hombre con una sonrisa que mostraba la falta de un diente delantero.

-Sí -contestó Julie, tomando una hoja de papel en blanco y una lapicera-. Tengo que... hacer algunos informes especiales. A veces me resulta más fácil pensar estando aquí que en casa.

-Pero no la he visto escribir mucho, sino que está con la mirada perdida en el espacio -comentó el portero-. Pensé que quizás estuviera esperando un llamado o algo así.

-No, por supuesto que no. En ese momento sonó el teléfono y Julie lo atendió al primer campanillazo.

-¿Hola?

-¡Hola, hermanita! -dijo la voz de Carl-. Te he estado llamando a tu casa y como no te encontré decidí llamarte allí. ¿Ya has comido?

Julie se pasó la mano por el pelo, tratando de imaginar si Zack recibiría tono de ocupado o si la central lo comunicaría a través de otra línea.

-Tengo mucho trabajo por terminar -contestó, dirigiendo una mirada al portero que había decidido vaciar ceniceros y papeleros en la oficina en lugar de barrer los corredores. -Estoy tratando de redactar unos informes, pero no adelanto mucho.

-¿Te pasa algo? -insistió Carl-. Hace un rato me encontré con Katherine y me comentó que toda la semana insististe en querer estar sola en tu casa.

-¡No te preocupes! Estoy bien. ¡Bárbara! Me estoy zambullendo en el trabajo tal como tú me lo aconsejaste, ¿recuerdas?

-No, no me acuerdo.

-Bueno, entonces debe de habérmelo aconsejado algún otro. Tengo que cortar. Gracias por llamarme. Te quiero. -Y cortó la comunicación. Enseguida se volvió hacia el portero. -¿No puede dejar la oficina para el final, Henry? -preguntó con los nervios destrozados-. No puedo pensar si usted anda haciendo ruido a mi alrededor.

-Lo siento, señorita Julie. Entonces terminaré de barrer los corredores. ¿Le parece bien?

-Sí. Lo siento, Henry. Estoy un poquito... cansada -explicó con una sonrisa en la que no había ni vestigios de cansancio. Lo observó alejarse y vio que se prendían las luces del corredor más lejano. Debo mantener la calma, se advirtió, y no hacer ni decir nada que pueda despertar sospechas.

Exactamente a las siete volvió a llamar el teléfono y ella arrancó el tubo y atendió.

Por teléfono, la voz de Zack parecía aún más profunda, pero hablaba en un tono frío y cortante.

-¿Estás sola, Julie?

-Sí.

-¿Existe algo en el mundo que te pueda decir para disuadirte de la loca idea de reunirte conmigo?

No era lo que ella quería oír, no era así como quería que él le hablara, pero Julie hizo un esfuerzo por pensar sólo en las palabras de su carta, y se negó a permitir que la intimidara con su tono de voz.

-Sí -contestó con suavidad-, que me digas que lo que decías en tu carta era mentira.

-Está bien -contestó Zack-. Eran mentiras. Julie apretó el tubo entre sus manos y cerró los ojos.

-Y ahora dime que no me amas, querido. Lo oyó respirar hondo y su voz se convirtió en una súplica torturada.

-¡Por favor! ¡No me hagas decir eso!

-¡Yo te amo tanto! -susurró Julie.

-No me hagas esto, Julie... Julie aflojó la tensión con que sostenía el tubo y sonrió, porque de repente presintió que iba a ganar.

-No lo puedo evitar -dijo con ternura-. No puedo dejar de amarte. Sólo hay una solución que estoy dispuesta a aceptar y te la he dado.

-¡Dios mío! Pero eso no es...

-Reserva tus oraciones para después, querido -susurró ella en tono de broma-. Ya te gastarás las rodillas cuando yo llegue, rezando para que aprenda a cocinar, rezando para que alguna noche te deje dormir para variar, rezando para que deje de darte hijos...

-¡Oh, Julie, no sigas! ¡Por Dios no sigas!

-¿Que no siga haciendo qué?

Zack aspiró aire con tanta fuerza y permaneció en silencio un rato tan largo que Julie creyó que no le contestaría. Y cuando por fin lo hizo fue como si se arrancara las palabras del pecho.

-Nunca... jamás dejes de quererme.

-Lo prometeré ante un sacerdote, un pastor o un monje budista. Eso le arrancó una carcajada y el recuerdo de su sonrisa caldeó el corazón de Julie.

-¿Estamos hablando de casamiento?

-Yo sí.

-Debí suponer que también insistirías en eso. Su intento de simular desagrado fracasó por completo, y Julie siguió con el juego, ansiosa por quitarle dramaticidad a la situación.

-¿No quieres casarte conmigo? Con una sola palabra, Zack declaró que el juego había llegado a su fin.

-Desesperadamente.

-En ese caso dime cómo llegar hasta donde estás y qué tamaño de anillo usas.

Hubo otra pausa torturante que le puso los nervios de punta, y luego Zack empezó a hablar y Julie olvidó todo lo que no fueran sus palabras y la increíble sensación de júbilo que la recorría al oírlas.

-Está bien. Me encontraré contigo dentro de ocho días en el aeropuerto de la ciudad de México. El martes a la noche. El martes a la mañana temprano toma tu auto y viaja hasta Dallas. Una vez allí alquila un auto a tu nombre y dirígete a San Antonio, pero no lo devuelvas. Abandónalo en la playa de estacionamiento del aeropuerto, donde tarde o temprano lo encontrarán. Con un poco de suerte, la policía creerá que te diriges en auto a alguna parte a encontrarte conmigo, pero no sospecharán que harás el viaje en avión. Así no alertarán con tanta rapidez a los aeropuertos. En total, el viaje por autopista sólo debería llevarte algunas horas. En el mostrador de Aero-México te estará esperando un pasaje hasta la ciudad de México a nombre de Susan Arland. ¿Hasta aquí tienes alguna duda?

Julie sonrió al comprender que Zack había previsto que la conversación terminara así, por todos los arreglos logísticos que tenía preparados.

-Una pregunta. ¿Por qué no me puedo encontrar antes contigo?

-Porque antes tengo que terminar con algunos detalles. -Julie aceptó la respuesta y él continuó con sus instrucciones. -Cuando el martes a la mañana salgas de tu casa, no Heves-nada contigo. No empaques una valija ni hagas nada que pueda sugerir la idea de que te vas de viaje. Vigila el espejo retrovisor del auto, y asegúrate de que no te siguen. Si te siguen, te aconsejo que hagas algún mandado y canceles el viaje. Vuelve a tu casa y espera hasta volver a tener noticias mías. Entre ahora y ese momento, vigila cuidadosamente tu buzón. Abre todos los sobres que recibas, aunque sean avisos. Si hubiera alguna modificación en estos arreglos, alguien se pondrá en contacto contigo, por correo o personalmente. No podemos utilizar el teléfono de tu casa, porque apuesto a que está intervenido.

-¿Quién se pondrá en contacto conmigo?

-No tengo la menor idea, y cuando lo hagan, no exijas que se identifiquen.

-De acuerdo -dijo Julie, terminando de anotar sus instrucciones-. No creo que me estén vigilando. Paúl Richardson y David Ingram, los dos agentes del FBI, abandonaron el caso y volvieron a Dallas la semana pasada.

-¿Y cómo te sientes?

-Maravillosamente bien.

-¿No tienes vómitos a la mañana o algo así? Julie sintió un cargo de conciencia, pero trató de aquietarlo no mintiendo directamente.

-Soy una mujer muy saludable. Creo que mi cuerpo está hecho para la maternidad. Y decididamente ha sido hecho para ti.

Ante la referencia sexual, Zack tragó con fuerza.

-No me hagas bromas ahora, porque después las pagarás.

-¿Me lo prometes?

Entonces Zack rió, y su risa caldeó el corazón de Julie tanto como sus palabras siguientes.

-Te extraño. ¡Dios, cómo te extraño! -Y como si temiera que cualquiera de los dos se relajara demasiado, agregó: -¿Te has dado cuenta de que no podrás despedirte de tu familia? Sólo les podrás dejar una carta en algún lugar donde no la encuentren hasta varios días después que te hayas ido. A partir de ese momento, nunca podrás volver a ponerte en contacto con ellos.

Julie cerró los ojos con fuerza.

-Lo sé.

-¿Y estás dispuesta a hacerlo?

-Sí.

-¡Qué manera tan endiablada de empezar una vida juntos! Desmembrando a tu familia y cortando lazos con ellos. Es como invitar a una maldición.

-¡No digas eso! -suplicó Julie, conteniendo un estremecimiento-. Les haré comprender todo en mi carta de despedida. Además, dejarlos para unirme contigo es algo casi... bíblico. -Y para cambiar el tono sombrío que estaba adquiriendo la conversación, preguntó: -¿Qué estás haciendo en este momento? ¿Estás sentado o de pie?

-Estoy en un cuarto de hotel, sentado en la cama y conversando contigo.

-¿Te alojas en ese hotel?

-No. Tomé la habitación para poder hablar contigo en privado y para conseguir una comunicación decente con los Estados Unidos.

-Esta noche quiero dormirme imaginando lo que estarás viendo desde la cama. Descríbeme tu dormitorio y yo te describiré el mío.

-Julie -dijo Zack con voz ronca-, ¿estás tratando de volverme loco de deseo?

No había sido ésa su intención, pero la idea le resultó gratificante.

-¿Puedo hacerte eso?

-Sabes que sí.

-¿Simplemente hablándote sobre dormitorios?

-Hablándome sobre cualquier cosa. Entonces Julie rió, con la naturalidad con que pudo reír con él desde el principio.

-¿De qué tamaño es? -preguntó Zack, con una sonrisa en la voz.

-¿Mi dormitorio?

-Tu dedo anular. -Julie lanzó un suspiro tembloroso.

-Cinco y medio, creo. ¿Y el tuyo?

-No sé. Grande, supongo.

-¿Y de qué color es?

-¿Mi dedo?

-No -contestó ella, riendo-, tu dormitorio.

-¡Tonta! -dijo él, pero le contestó-. En este momento duermo en un barco... paredes de madera de teca, una lámpara de bronce, una cómoda pequeña y, colgando de la pared, una fotografía tuya que recorté de un diario.

-¿Y eso es lo que ves al dormirte?

-Casi no duermo, Julie. No hago más que pensar en ti. ¿Te gustan los barcos?

-Me encantan los barcos.

-Y tu dormitorio, ¿cómo es?

-Lleno de volados. Colcha y dosel con volados blancos, y contra la pared opuesta una mesa de vestir. Una fotografía tuya en la mesa de luz.

-¿De dónde la sacase?

-De una revista vieja de la biblioteca.

-¿No me digas que te quedaste con una revista de la biblioteca para recortar una foto mía? -preguntó él, simulando estar escandalizado.

-Por supuesto que no. Ya sabes que soy muy escrupulosa. Expliqué que se me había roto y pagué la multa correspondiente. Zack -dijo, tratando de que no se le notara en la voz el pánico que sentía-, el portero del colegio anda dando vueltas del otro lado de la pared de vidrio. No creo que me pueda oír, pero no es común que se comporte asi.

-Bueno, voy a cortar. Pero cuando lo haga, tú sigue hablando. Trata de engañarlo con una conversación inocua.

-Está bien. Espera. Ya se aleja. Debe haber ido a buscar algo al carro de los artículos de limpieza.

-De todos modos, será mejor que cortemos. Si hay algo que debas hacer antes de irte, hazlo la semana que viene.

Julie asintió; la pena que le causaba dejar de hablar con él le impedía hablar.

-Necesito decirte otra cosa -dijo Zack.

-¿Qué?

-Cada palabra que escribí en esa carta es cierta.

-Ya lo sé. -Presintió que él iba a cortar. -Antes de despedirnos, ¿qué piensas de lo que Matt descubrió acerca de Tony Austin? Aunque Matt cree que no hay nada que podamos hacer legalmente, tiene que haber alguna...

-¡No te metas en eso! -advirtió Zack con tono gélido-. Y deja que yo me encargue de Austin. Hay otras maneras de encargarse de él sin involucrar a Matt.

-¿Qué clase de maneras?

-No me lo preguntes. Si tienes algún problema con los arreglos que he hecho para ti, no recurras a Matt en busca de ayuda. Lo que estamos por hacer es ilegal, y no puedo permitir que se involucre mas.

Julie contuvo un estremecimiento ante el tono ominoso de Zack.

-Dime algo dulce antes de colgar.

-Algo dulce -repitió él, y su voz se suavizó-. ¿Como qué, por ejemplo? -A Julie le dolió que a él mismo no se le ocurriera algo, pero enseguida Zack dijo con una sonrisa en la voz: -Me acostaré exactamente dentro de tres horas. Te quiero allí, conmigo. Y cuando cierres los ojos, te estaré abrazando.

-Me encantará -murmuró ella con voz temblorosa.

-Te he rodeado con mis brazos cada noche, desde que nos separamos. Buenas noches, mi amor.

-Buenas noches.

Zack colgó y, a último minuto, Julie recordó sus instrucciones acerca de que siguiera manteniendo una conversación animada. En lugar de simularla, cosa que no creía fuera demasiado convincente, llamó a Katherine y logró hablar media hora con ella sobre temas intrascendentes. Cuando cortó la comunicación, arrancó la hoja donde había anotado las instrucciones de Zack. Después recordó haber visto en televisión una película policial en la que el misterio se resolvía por los rastros dejados en el papel de

abajo, de modo que también lo arrancó.

-Buenas noches, Henry -se despidió con tono alegre.

-Buenas noches, señorita Julie -contestó el portero, alejándose por el corredor.

Julie salió por la puerta lateral. El portero salió por la misma puerta tres horas después, luego de haber hecho un llamado a Dallas.

## 51

Julie arrojó una valija pequeña sobre el asiento trasero de su coche, miró su reloj para asegurarse de tener tiempo de sobra para alcanzar su vuelo de mediodía, y volvió a entrar en la casa. Mientras colocaba los platos en el lava vajilla, sonó el teléfono.

-¡Hola, preciosa! -dijo Paúl Richardson, con un voz a la vez cálida y cortante, que Julie consideró una extraña combinación-. Ya sé que te llamo a último momento, pero me encantaría verte este fin de semana. Podría volar desde Dallas y llevarte a comer mañana a la noche para celebrar el día de San Valentín. Mejor aún, ¿por que no vuelas tú a Dallas, así cocino yo?

Julie ya había decidido que, si la estaban vigilando, un viaje inocente como el que pensaba hacer ese fin de semana ayudaría a engañar a sus sabuesos, que tal vez bajarían la guardia.

-No puedo, Paúl, dentro de media hora salgo para el aeropuerto.

-¿Adonde vas?

-¿Es una pregunta oficial?

-¿No te parece que si fuera oficial te la estaría haciendo personalmente?

La instintiva simpatía y confianza que Paúl le inspiraba estaban en pugna con las advertencias de Zack, pero hasta que subiera al auto para alejarse definitivamente de Keaton, le pareció mejor atenerse estrictamente a la verdad.

-No estoy tan segura -admitió.

-¿Qué puedo hacer para lograr que confíes en mí, Julie?

-¿Renunciar a tu trabajo, quizás?

-Tiene que haber una manera más fácil.

-Todavía me quedan algunas cosas que hacer antes de salir para el aeropuerto. Te propongo que hablemos de esto a mi regreso.

-¿Desde dónde y cuándo?

-Voy a visitar a la abuela de un amigo, en una pequeña ciudad de Pennsylvania... Ridgemont, para ser exacta. Estaré de vuelta mañana a la tarde.

-Bueno -contestó Paúl, suspirando-. Té llamaré la semana que viene para que nos veamos.

-Está bien -contestó Julie, distraída mientras echaba detergente en el lava vajilla.

Cuando, desde su oficina. Paúl Richardson cortó la comunicación, hizo un segundo llamado. Ante su pregunta, una voz de mujer le contestó:

-Señor Richardson, Julie Mathison tiene reservas para viajar desde Dallas, vía Filadelfia, hasta Ridgemont, Pennsylvania. ¿Necesita algún otro dato?

-No -contestó Paúl con un suspiro de alivio. Se puso de pie, caminó hasta la ventana y contempló el tránsito que pasaba por la calle.

-¿Y? -preguntó Dave Ingram, que en ese momento entraba desde la oficina vecina-. ¿Qué dijo con respecto a la valija que metió en el auto?

-¡La verdad, maldito sea! Me dijola verdad porque no tiene nada que ocultar.

-¡No digas tonterías! Estás olvidando ese llamado de Sudamérica que esperó la otra noche en el colegio. Paúl se volvió, sobresaltado.

-¿De Sudamérica? ¿Entonces pudiste rastrearlo?

-Sí, hace cinco minutos. La llamada fue hecha desde el conmutador de un hotel de Santa Lucía del Mar.

-¡Benedict! -exclamó Paúl, apretando los dientes-. ¿Bajo qué nombre se registró?

-José Feliciano -contestó Ingram-. Ese hijo de puta arrogante se registró como José Feliciano.

Paúl se quedó mirándolo con incredulidad.

-¿Está usando un pasaporte con ese nombre?

-El conserje no le pidió pasaporte. Supuso que se trataba de un compatriota. ¿Y por qué no? Es morocho, tenía nombre español y hablaba español... algo muy útil cuando uno vive en California. A propósito, ahora tiene barba.

-Supongo que ya se retiró del hotel.

-Por supuesto. Pagó una noche por adelantado y a la mañana siguiente ya no estaba. Tampoco usó la cama del cuarto.

-Es posible que vuelva para usar el teléfono. Conviene vigilar ese hotel.

-Ya me encargué de eso.

Paúl se desplomó en su sillón, detrás del escritorio.

-Habló con él durante diez minutos -agregó Ingram-. Es tiempo más que suficiente para planear cualquier cosa.

-También es tiempo suficiente para hablar con alguien a quien ella compadece y para asegurarse de que está bien. Julie es una mujer de buen corazón y está convencida de que el cretino es una víctima de crueles circunstancias. No olvides eso. Si hubiera querido seguir con él, no habría vuelto de Colorado.

-Tal vez él no haya querido llevarla consigo.

-¡Claro! -contestó Paúl con sarcasmo-. Pero ahora, después de semanas de no verla, de repente se vuelve tan loco por ella que decide salir de su escondite y buscarla.

-¡Mierda! -exclamó Ingram-. Tú lo harías. Ya has puesto tu carrera en peligro por tu continua defensa de esa mujer, y sigues luchando por ella. Julie Mathison mintió descaradamente con respecto a lo que sucedió en Colorado. En ese momento debimos haberla arrestado...

Paúl tuvo que hacer un esfuerzo por recordarse que Ingram era su amigo y que buena parte de su furia era debida a la preocupación que él le causaba.

-No olvides que para eso hay que tener motivos de sospecha razonables -le recordó-. Y no los teníamos, así como tampoco teníamos ninguna prueba de su culpabilidad.

-¡Pero desde hace cinco minutos las tenemos, después de haber rastreado esa llamada!

-Si tú estás en lo cierto, ella nos llevará directamente hasta Benedict. Si estás equivocado, no habremos perdido nada.

-Antes de entrar en este cuarto di orden de que fuera constantemente vigilada. Paúl.

Paúl apretó los dientes y se mordió una protesta que no tenía sentido.

-Quiero recordarte que hasta que nuestros superiores decidan lo contrario, yo estoy a cargo de este caso. Antes de tomar otra maldita decisión, la consultarás conmigo. ¿De acuerdo?

-¡De acuerdo! -retrucó Dave, igualmente furioso-. ¿Averiguaste algo más sobre ese auto que estuvo estacionado frente a su casa la semana pasada?

Con impaciencia, Paúl le pasó un informe.

-Se lo alquiló a Hertz en Dallas un tal Joseph 0'Hara. Con domicilio en Chicago. No tiene antecedentes. Está limpio como un recién nacido. Trabaja como chofer y guardaespaldas para el Collier Trust.

-¿Eso es un banco?

-Hay un Collier Bank y Trust en Houston, con sucursales en todas partes del país.

-Recién, cuando la llamaste, ¿le hiciste alguna pregunta a Blancanieves sobre sus visitantes de Chicago?

-¿Para alertarla de que la vigilamos y que tú me vuelvas a acusar de favoritismo?

Ingram lanzó un profundo suspiro y arrojó el informe de 0'Hara sobre el escritorio.

-Mira, lo siento, Paúl. Simplemente me niego a que destruyas tu carrera por una mujer cualquiera de grandes ojos azules y buenas piernas.

Paúl se recostó contra el respaldo de su sillón y lo miró con una sonrisa sombría.

-Algún día tendrás que pedirle perdón de rodillas, o no serás el padrino de nuestro primer hijo. Ingram volvió a suspirar.

-Espero que llegue el día en que tenga que hacerlo. Paúl. Te lo aseguro.

-Está bien. Entonces aparta tu maldita mirada de sus piernas.

Julie terminó de limpiar la cocina, sacó el tapado del placard y se preparaba para salir rumbo a Pennsylvania cuando oyó un llamado a su puerta. Abrió con el tapado sobre el brazo y se sorprendió al ver allí a Ted y a Katherine juntos.

-Hace mucho tiempo -dijo con una sonrisa feliz- que no los veo juntos en el porche de nadie.

-Katherine me dice que viajas a Pennsylvania para jugar a la embajadora de buena voluntad o algo por el estilo en favor de Zachary Benedict. ¿Qué es eso, Julie? -preguntó Ted, entrando en el living seguido por una Katherine, que mostraba un aspecto culpable.

Julie hizo a un lado su tapado y miró el reloj.

-Sólo tengo cinco minutos para explicártelo, aunque creí habérselo explicado anoche a Katheri. -En cualquier otro momento, Julie se habría enfurecido por la injerencia de ambos en su vida, pero saber que a los pocos días los dejaría definitivamente le impidió sentir resentimiento hacia ellos. Así que pudo contestar sin rencor. -Aunque me encanta volver a verlos juntos, ojalá no fuera para cargosearme a mí.

-Yo tengo la culpa -se apresuró a decir Katherine-. Esta mañana vi a Ted y me preguntó por ti. Tú no me dijiste que tu viaje fuera un secreto...

-No lo es.

-Entonces explícame por qué te vas -insistió Ted, con expresión preocupada y frustrada.

Julie cerró la puerta de calle, mientras pensaba qué debía decirles. No podía explicarles que estaba supersticiosamente impresionada por el comentario de Zack acerca de que el casamiento de ambos estuviera maldito desde el principio por el dolor que causaría a tantas personas. Por otra parte quería decirles toda la verdad posible para que la recordaran y los ayudara a comprenderla y perdonarla después de que se hubiera ido. Miró la cara preocupada de Katherine y la expresión furibunda de Ted, y habló con tono vacilante.

-¿Creen en ese dicho popular que asegura que las cosas terminan de acuerdo con la manera en que empiezan? -Katherine y Ted se miraron sin comprender y Julie explicó: -¿Creen que cuando algo empieza mal tiende a terminar mal?

-Sí -dijo Katherine-, yo lo creo.

-Yo no -dijo Ted con voz cortante, y Julie sospechó que pensaba en su matrimonio-. Algunas cosas tienen un principio maravilloso y un final horrible.

-Ya que ustedes han decidido entrometerse en mi vida -dijo Julie con tono divertido-, creo tener el derecho de señalarles que, si se están refiriendo a su propio matrimonio, el verdadero problema es que nunca terminó. Katherine lo sabe, aunque tú te niegues a enfrentarlo, Ted. Y ahora sólo me queda un minuto para terminar de contestar tu pregunta sobre mi viaje a Pennsylvania. Zack fue criado por su abuela y se separaron en circunstancias muy desagradables. Desde entonces, en su vida personal, nada ha

andado bien. Ahora se encuentra en peligro, y está solo, pero inicia una etapa completamente nueva de su vida. Me gustaría que en esa nueva vida tuviera suerte y paz, y tengo la sensación... llámalo superstición, si quieres... de que tal vez, si yo logro reconstruir los puentes que él quemó hace tantos años, por fin lo acompañarán esa suerte y esa paz que le deseo. -En el silencio que siguió a su declaración, vio que Ted y Katherine luchaban infructuosamente por encontrar un argumento en contra de lo que se proponía hacer, y no lo encontraban, de modo que se dirigió a la puerta. -Recuerden eso, ¿quieren? -agregó, mientras se esforzaba por borrar todo vestigio de emoción de su voz y por disfrazar la importancia de su siguiente pedido-. Para ser realmente feliz, ayuda mucho que la familia te desee esa felicidad... aunque uno no haga lo que a ellos les gustaría. Que la familia lo odie a uno es casi como una maldición.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Ted miró a Katherine con expresión irritada.

-¿Qué demonios quiso decir con eso?

-Lo que dijo me pareció bastante claro y lógico -afirmó Katherine, pero fruncía el entrecejo a causa de la tensión que notó en la voz de Julie-. Mi padre y yo también somos bastante supersticiosos. Aunque la palabra maldición me pareció demasiado fuerte.

-No estoy hablando de eso. ¿Qué quiso decir con eso de que nuestro matrimonio no ha terminado y que tú lo sabes?

Durante las últimas semanas Katherine había observado a Julie, enfrentando con valentía al FBI y al resto del mundo, mientras expresaba valientemente su fe en la inocencia de Zack Benedict, a pesar de que él la había rechazado y herido tremendamente en Colorado. Durante ese mismo tiempo Katherine se las había arreglado para poder estar muchas veces con Ted, pero siempre ocultando sus sentimientos y sólo tratando de vencer la hostilidad que él sentía hacia ella. En un principio se convenció de que la mejor manera de manejar a Ted y lograr su meta era usar una estrategia lenta y cautelosa, sin admitir abiertamente sus sentimientos. Pero en ese momento, al mirar al hombre a quien amaba, se dio cuenta de que todo eso no era más que miedo de ser herida, de hacer el papel de tonta, y de que sus esperanzas quedaran destruidas de un solo golpe. Sabía que Ted salía con otra mujer, y que la veía con más frecuencia desde que ella se hallaba en la ciudad, y en ese momento comprendió que lo único que había logrado hasta el momento era una especie de tregua; los sentimientos de Ted hacia ella no habían cambiado. Simplemente, con su presencia constante lo obligaba a ocultar su desprecio tras una fachada de amable y fría cordialidad.

Tuvo miedo de que se le estuviera terminando el tiempo con que contaba, de perder su valor si no se lo decía en ese mismo momento; y al mismo tiempo tuvo miedo de cometer un error fatal, porque se sentía tan nerviosa y desesperada que se lo largaría todo junto.

-¿Estás pensando en lo que me vas a contestar, o estudiando la forma de mi nariz? -preguntó Ted, irritado.

Para su espanto, Katherine sintió que le temblaban las rodillas y le transpiraban las palmas de las manos, pero miró a su marido a los ojos y dijo con valentía:

-Julie cree que nuestro matrimonio no se ha terminado porque yo sigo enamorada de ti.

-¿Y de dónde saca una idea tan absurda como ésa?

-Porque yo se lo dije -contestó Katherine, cada vez más temblorosa.

Ted frunció el entrecejo y le dirigió una mirada de desprecio que la hizo vacilar.

-¿Tú le dijiste que sigues enamorada de mí?

-Sí, le conté todo, incluyendo que fui una pésima esposa y... también le conté cómo perdimos a nuestro bebé.

Aun entonces, años después, la mención del hijo a quien Katherine había destruido deliberadamente enfureció tanto a Ted, que tuvo que hacer un esfuerzo para no pegarle una cachetada.

-¡Jamás vuelvas a mencionar a esa criatura delante de mí o de ningún otro si no quieres que yo... !

-¿Que tú qué? -preguntó Katherine con voz entrecortada-. ¿Que me odies? No podrías odiarme más de lo que yo misma me odio por lo que sucedió. ¿Que te divorcies de mí? Ya lo has hecho. ¿Que te niegues a creer que fue un accidente? -continuó preguntando, cada vez más histérica-. Bueno, ¡fue un accidente!

-¡Cállate la boca, maldito sea! -exclamó Ted, aterrándole los brazos para hacerla a un lado e irse, pero Katherine ignoró el dolor que le causaba y se apoyó contra la puerta para impedir que saliera.

-¡No puedo! -gritó-. ¡Tengo que hacerte comprender! Hace tres años que trato de olvidar la forma en que arruiné nuestro matrimonio, tres años tratando de pagar por todo lo que fui y no quise ser.

-¡No quiero oír una sola palabra más! -Ted hizo un esfuerzo por sacarla del camino, pero ella se apretó contra la puerta. -¿Qué demonios quieres de mí? -preguntó él, incapaz de moverla sin apelar a la fuerza bruta.

-¡Quiero que me creas cuando te digo que fue un accidente! -sollozó Katherine.

Ted luchó por ignorar el impacto que le causaban sus palabras y su rostro hermoso surcado de lágrimas. En todos los años que hacía que la conocía, jamás había visto llorar a Katherine. Era malcriada, orgu-llosa, cabeza dura, pero jamás la había visto derramar una sola lágrima. Pese a todo habría sido capaz de resistirse, si en ese momento ella no hubiera levantado hacia él la mirada de sus ojos húmedos.

-Hace años que los dos lloramos por dentro por la forma en que acabó nuestro matrimonio. Por lo menos abrázame, y terminémoslo ahora.

Contra su voluntad, Ted aflojó las manos con que la sostenía. Entonces Katherine enterró la cabeza en su pecho y, de repente, sin que él pudiera impedirlo, la estaba abrazando. Y ella lloraba, y el dulce desconsuelo que Ted experimentó al oprimir el cuerpo de Katherine contra el suyo casi fue su ruina. Luchó por mantener un tono indiferente y por no permitir que se trasluciera su emoción, y le advirtió:

-Ya terminó, Katherine. Lo nuestro terminó.

-Déjame decirte las cosas que vine a Keaton a decirte, para que podamos terminar como amigos, y no como enemigos. -Ted dejó de acariciarle la espalda y Katherine contuvo el aliento, temiendo que se negara, pero al ver que continuaba en silencio, lo miró y dijo: -¿Por lo menos no puedes tratar de creer que hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que no haya tratado de perder a nuestro hijo? -Y antes de que él pudiera hablar, continuó hablando con dolorosa sinceridad. -Si lo piensas bien, te darás cuenta de que yo nunca hubiera tenido el coraje necesario para arriesgar mi propia vida por nada. Era una cobarde, le tenía miedo a la sangre, a las arañas, a las víboras...

Ted ya era mayor y tenía más experiencia» Se dio cuenta de la lógica de lo que decía Katherine; pero más que eso, vio la verdad en sus ojos, y la furia y el disgusto de todos esos años comenzaron a desintegrarse, dejándole una increíble sensación de alivio.

-Hasta te daban miedo las polillas. Katherine asintió y vio que, por primera vez en años, la animosidad de Ted se disipaba.

-No puedo explicarte cuánto me arrepiento de haber hecho algo tan egoísta y tan tonto, pero que nos llevó a perder a nuestro hijo. Cuánto me arrepiento de haber arruinado nuestro matrimonio, de haber convertido el tiempo que vivimos juntos en una pesadilla...

-¡No fue para tanto! -exclamó él, a regañadientes-. Por lo menos no lo fue todo el tiempo.

-No simules para tranquilizarme. Ahora soy adulta y he aprendido a enfrentar la verdad. Y la verdad es que fui una pésima esposa. Además de comportarme como una chiquilina malcriada y exigente, era completamente inútil. No sabía cocinar, no sabía limpiar y cuando no me hacías el gusto, hasta me negaba a acostarme contigo. Hace años que tengo necesidad de admitirlo ante ti, y de decirte la verdad: nuestro matrimonio no fracasó, tú no fracasaste. Fracasé yo.

Para sorpresa de Katherine, Ted negó con la cabeza y suspiró.

-Siempre has sido demasiado dura contigo misma. En eso no has cambiado.

-¿Dura conmigo misma? -repitió Katherine con una risa ahogada-. ¡Debes de estar bromeando! Por si no lo recuerdas, yo fui quien casi te envenenó en las pocas ocasiones en que me molesté en cocinar. Yo fui la que te quemé tres camisas la primera vez que me dispuse a planchar. Yo fui la que te marcó la raya de los pantalones a los costados.

-¡No es cierto que hayas estado a punto de envenenarme! ¡Maldito sea! Tomaba antiácidos como si fueran caramelos porque estaba casado con una mujer a la que no podía hacer feliz, y eso me destrozaba por dentro.

Katherine había esperado mucho tiempo para confesar sus fracasos, y no estaba dispuesta a que Ted la perdonara por un concepto equivocado de la galantería.

-¡Eso no es cierto, y lo sabes! ¡Por Dios! Tu madre hasta me dio la receta de tu plato favorito y cuando te lo preparé ni siquiera pudiste tragarlo. ¡No lo niegues! -exclamó al ver que Ted empezaba a menear la cabeza-. Te vi tirarlo al tacho de la basura en cuanto salí de la cocina. Sin duda debes de haber tirado todo lo que yo cocinaba, y no te culpo.

-Te equivocas, comía todo lo que tú cocinabas -insistió él, furioso-. Con excepción del goulash. Lamento que me hayas visto tirarlo a la basura, pero no lo soporto.

-Ted; tu madre me dijo concretamente que era tu plato favorito.

-No. Era el plato preferido de Cari. Mamá siempre se confundía.

Los dos se dieron cuenta al mismo tiempo de lo absurda que era esa discusión tan acalorada. Katherine se tentó de risa.

-¿Por qué no me lo dijiste en ese momento?

-Porque no me habrías creído -dijo Ted, y trató de volver a explicarle lo que jamás le pudo hacer entender cuando tenía veinte años-. En algún momento de tu vida como la hija hermosa e inteligente de Dillon Cahill se te metió en la cabeza la loca idea de que tenías que hacer todo mejor que el resto del mundo. Cuando no podías destacarte en algo, te enojabas y avergonzabas tanto que no había manera de razonar contigo, Kathy -explicó en voz baja, y al oír el sobrenombre que sólo él le daba, Katherine se emocionó profundamente-. Quisiste ir a la universidad enseguida de que nos casamos, no porque fueses superficial o malcriada, sino porque te pareció que habías modificado el orden correcto de las cosas al haberte casado conmigo antes de terminar tu educación. Y cuando quisiste esa maldita mansión que tu padre nos mandó edificar, no fue porque quisieras ser superior a los demás, sino porque en alguna parte de tu ser realmente creíste que seríamos felices allí porque... porque era el lugar que naturalmente le correspondía a Katherine Cahill.

Katherine cerró los ojos, apoyó la cabeza contra la puerta y suspiró, entre frustrada y divertida.

-Después de nuestro divorcio, cuando volví a la universidad, durante un año entero tuve sesiones semanales con un psicoanalista para tratar de comprender por qué era así.

-¿Y qué averiguaste?

-No tanto como me acabas de decir tú en dos minutos. ¿Y sabes lo que hice

después? Ted sonrió y meneó la cabeza.

-No me lo puedo imaginar. ¿Qué hiciste?

-¡Fui a París y tomé un curso de cocina en el Cordón Bleu!

-¿Y cómo te fue?

-En realidad, no muy bien -contestó ella con una sonrisa triste-. Fue la única vez en mi vida que no me destaqué en un curso que yo quise seguir. -Ted levantó las cejas para enfatizar la importancia del comentario de Katherine.

-¿Pero aprobaste el examen?

-Aprobé en carne -bromeó ella, y la risa de Ted le alegró el corazón-, pero fracasé en ternera.

Permanecieron largo rato sonriendo, de acuerdo por primera vez en años.

-¿Me harías el favor de besarme? -pidió Katherine de repente con voz suave.

Ted se enderezó y retrocedió.

-¡Ni pienso!

-¿Tienes miedo?

-¡Acaba con esto, maldito sea! Ya me sedujiste hace años, así que es historia antigua. No te dará resultado.

Katherine ignoró el golpe que acababa de recibir su amor propio y se cruzó de brazos, mirándolo sonriente.

-Maldices demasiado, considerando que eres hijo de un ministro.

-Ya me lo dijiste hace años. Y, como te dije entonces, el ministro no soy yo, sino mi padre. Además -agregó, en un intento deliberado de molestarla-, aunque cuando era más joven me resultaste indudablemente atractiva, ahora prefiero ser yo el que elige a quien quiere seducir.

El orgullo herido de Katherine la llevó a alejarse de la puerta y tomar el abrigo que había dejado caer sobre una silla.

-¿Ah, sí?

-Te aseguro que sí. Y ahora, si quieres que te dé un consejo: vuelve volando a Dallas, reúnete con tu Hayward Spencer o Spencer Hayward, o como sea que se llame, y permite que él calme tu sensibilidad herida con un collar de brillantes que haga juego con ese anillo increíblemente vulgar que tienes puesto.

En lugar de atacarlo como hubiera hecho años antes, Katherine le dirigió una mirada indescifrable.

-Ya no me hacen falta tus consejos. Tal vez te sorprenda saberlo, pero ahora mucha gente, incluyendo a Spencer, me pide consejos.

-¿Sobre qué? -se burló él-. ¿Sobre la manera de redactar una nota sobre modas en la sección sociales?

-¡Eso es el colmo! -explotó Katherine, arrojando el abrigo sobre la silla-. Permitiré que me hieras cuando me lo merezco, pero maldito si dejaré que me ataques para ocultar tu inseguridad sexual.

-¿Mi qué? -explotó Ted.

-Estuviste perfectamente agradable, muy cómodo hasta que te pedí que me besaras, y entonces iniciaste este absurdo ataque personal. Por lo tanto: discúlpate, bésame o admite que tienes miedo.

-Me disculpo -dijo él con tanta rapidez y tal falta de arrepentimiento, que Katherine lanzó una carcajada.

Antes, una discusión como ésa habría terminado en una batalla campal. Ted no salía de su sorpresa ante la nueva serenidad de Katherine, tanto que se dio cuenta de que realmente había cambiado.

-Katherine -dijo de repente-, me disculpo por haberte atacado. Lo digo en serio.

Katherine asintió, pero sin mirarlo, para que sus ojos no la traicionaran.

-Lo sé. Es posible que no hayas entendido qué clase de beso te pedía. Sólo pensé que era una manera de sellar nuestro pacto de paz y de hacerlo perdurable.

Entonces alzó la vista para mirarlo y hubiera jurado que en los ojos de Ted vio una expresión divertida, pero para su sorpresa, él le hizo el gusto. Le levantó la barbilla y murmuró:

-Está bien. Bésame, Pero que sea rápido. Fue por eso que Katherine reía y Ted sonreía cuando los labios de ambos entraron en contacto por primera vez en tres años.

-No sigas riendo -advirtió él sofocando su propia risa.

-Y tú no sigas sonriendo -contraatacó ella, pero el aliento de ambos se mezclaba y no hizo falta más para despertar la pasión que años antes habían compartido. Ted la tomó por la cintura y la acercó a sí, y ella se acható contra su cuerpo.



LIbrodot

*52*

Siguiendo las instrucciones que le dio el empleado de la agencia de alquiler de automóviles del pequeño aeropuerto de Ridgemont, a Julie no le costó encontrar la casa natal de Zack. En lo alto de una colina que se alzaba sobre un pequeño y pintoresco valle se erguía la mansión estilo Tudor donde todavía vivía Margareth Stanhope. Al ver los pilares de ladrillo que marcaban la entrada al parque, Julie salió de la ruta y dobló a la izquierda. Mientras recorría el ancho camino flanqueado por árboles que conducía a lo alto de la colina, recordó lo que Zack le había dicho acerca del día que abandonó ese lugar: "En ese momento fui definitivamente repudiado. Entregué las llaves de mi auto y bajé caminando hasta la ruta". Fue una larga caminata, pensó Julie con una aguda sensación de nostalgia, mientras miraba a su alrededor, tratando de imaginar lo que él habría visto y sentido ese día.

Después de la última curva, al llegar a lo alto de la colina, el camino se ensanchaba y se internaba en un parque de césped prolijamente cortado, con
árboles gigantescos, ahora desnudos de hojas. La casa de piedra tenía un aire tan austero que Julie se sintió inquieta cuando detuvo el auto frente a los escalones de entrada. No se había anunciado por anticipado porque no quiso explicar por teléfono el motivo de su visita, ni quiso darle a la abuela de Zack la oportunidad de negarse a recibirla. Por experiencia propia sabía que era mejor tratar personalmente los asuntos delicados. Tomó la cartera y los guantes, bajó del auto y se detuvo un instante a mirar la mansión. Allí creció Zack y la casa parecía haber dejado una marca en su personalidad; en cierta forma se parecía a él: era formidable, orgullosa, sólida, impresionante.

Eso la hizo sentirse mejor, más valiente, y subió los escalones hacia la ancha puerta de entrada. Debió sobreponerse al inexplicable presentimiento trágico que en ese momento hizo presa de ella, y se recordó que estaba allí en una "misión de paz" ya demasiado demorada. Entonces levantó el pesado llamador de bronce.

Abrió la puerta un anciano mayordomo encorvado que vestía traje oscuro y corbata moñito.

-Soy Julie Mathison -informó ella-. Me gustaría ver a la señora Stanhope. -Al oír el nombre de Julie, el anciano levantó las blancas cejas, pero enseguida recobró la compostura y retrocedió para dejarla pasar a un oscuro vestíbulo con piso de pizarra verde.

-Veré si la señora Stanhope puede recibirla. Espere aquí -dijo, señalando una silla antigua de respaldo recto que había junto a una mesa. Julie se sentó, con la cartera sobre la falda, y en ese vestíbulo tan formal y poco acogedor tuvo la sensación de ser una especie de mendiga; se le ocurrió que debía de ser algo intencional, para que los visitantes no invitados se sintieran así. Se volvió, nerviosa al ver regresar al mayordomo.

-La señora le concederá exactamente cinco minutos -anunció.

Julie se negó a dejarse atemorizar por un principio tan poco prometedor y lo siguió por el amplio vestíbulo hasta una puerta, donde el anciano se detuvo para darle paso. En la habitación había un enorme hogar de piedra encendido y el piso de madera oscura estaba cubierto por una alfombra oriental. Había un par de sillones de respaldo alto frente a la chimenea, y al no ver a nadie en el sofá o en ninguna otra silla, Julie

supuso erróneamente que estaba sola. Se acercó a una mesa cubierta de fotografías con marco de plata, con la intención de estudiar los rostros de los familiares y antepasados de Zack y notó que él no había exagerado: se parecía notablemente a otros hombres de su familia. En ese momento, a sus espaldas resonó una voz aguda.

-Acaba de desperdiciar uno de sus cinco minutos, señorita Mathison.

Julie se volvió sorprendida y se acercó a los sillones de alto respaldo situados frente a la chimenea. Allí la esperaba su segunda sorpresa, porque la anciana que en ese momento se ponía de pie, apoyándose en un bastón de mango de plata, no era la viejita diminuta que esperaba ver. En cambio, la abuela de Zack era más alta que ella, y cuando terminó de erguirse su postura era tan rígida como pétrea y atemorizante era su expresión.

-¿Señorita Mathison? -dijo de mal modo la anciana-. Siéntese o permanezca de pie, pero empiece a hablar. ¿Para qué ha venido?

-Lo siento -dijo Julie enseguida, sentándose en el otro sillón de respaldo alto. Lo hizo para que la abuela de Zack no se sintiera en la obligación de permanecer de pie. -Señora Stanhope, soy amiga de...

-Ya sé quién es. La he visto por televisión -la interrumpió la mujer con frialdad, mientras se sentaba-. Él la tomó como rehén y después la convirtió en su vocero.

-No exactamente -contestó Julie, notando que la mujer hasta se negaba a usar el nombre de Zack. Como siempre, cuando estaba preparada de antemano para enfrentar una situación difícil, Julie lograba mantener una serenidad exterior que no siempre sentía, pero esta situación era más tensa y difícil de lo que esperaba.

-¡Le pregunté por qué ha venido! En lugar de permitir que la anciana la intimidara con su tono, Julie sonrió y le contestó en voz baja.

-He venido, señora Stanhope, porque estuve en Colorado con su nieto...

-Sólo tengo un nieto -interrumpió la vieja-, y vive aquí, en Ridgemont.

-Señora Stanhope -dijo Julie con calma-, sólo me ha concedido cinco minutos. Le pido por favor que no me haga malgastarlos cavilando sobre tecnicismos, porque en ese caso me temo que terminaré yéndome sin haberle explicado lo que vine a decirle... y creo que va a querer oírlo. -Ante el tono en que esa muchacha se atrevía a hablarle, la anciana frunció el entrecejo y apretó los labios, pero Julie siguió adelante con valentía. -Ya sé que no reconoce a Zack como nieto suyo, lo mismo que sé que tuvo otro nieto que murió trágicamente. También sé que la brecha que la separa de Zack se ha mantenido durante todos estos años por culpa de la tozudez de él.

En la cara de la mujer apareció una expresión de burla.

-¿Él le dijo eso?

Julie asintió, tratando de ignorar el inesperado sarcasmo de la mujer.

-Me dijo muchas cosas en Colorado, señora Stanhope, cosas que nunca le había confiado a nadie. -Se detuvo, esperando que la abuela de Zack diera alguna muestra de curiosidad, pero cuando la anciana siguió mirándola con expresión pétrea, no tuvo más remedio que proseguir. -Entre otras cosas me dijo que si pudiera volver a vivir, hace mucho que se habría reconciliado con usted. La admira y la quiere...

*-¡Vayase!*

Julie se puso instintivamente de pie, pero su mal humor crecía e hizo un esfuerzo enorme por contenerlo.

-Zack admitió que ustedes dos se parecen mucho, y en lo que se refiere a tozudez no me cabe duda de que es cierto. Estoy tratando de decirle que su nieto lamenta la brecha que se ha creado entre los dos y que la quiere.

-¡Le dije que se fuera! ¡Nunca debió haber venido!

-Por lo visto eso es cierto -convino Julie, tomando su cartera-. No sabía que una mujer adulta, que se enfrenta con el final de su vida, pudiera conservar ese resentimiento absurdo contra una persona de su sangre, a causa de algo que él hizo cuando no era más que un chico. ¿Qué pudo haber hecho, que sea tan terrible que usted no lo pueda perdonar?

La señora Stanhope lanzó una carcajada amarga.

-¡Pobre imbécil! También la engañó a usted, ¿verdad?

-¿Qué?

-¿Le pidió que viniera? -preguntó la anciana-. No lo hizo, ¿verdad? ¡No se hubiera atrevido!

Julie presintió que una respuesta negativa significaría seguirle el juego y endurecerla aún más contra Zack, de modo que dejó de lado su orgullo y se jugó entera en esa última posibilidad de llegar al corazón de esa mujer.

-Zack no me pidió que viniera a decirle lo que siente por usted, señora Stanhope. Hizo algo que es aún más revelador del respeto y cariño que le tiene. -Respiró hondo para reunir fuerzas, ignoró la expresión helada de la anciana y siguió hablando. -No había tenido noticias de él hasta que, hace una semana y media, recibí una carta suya. Me la escribió porque temía que estuviera embarazada, y en ella me implora que, en caso de ser así, no me haga un aborto. Me pidió que en vez de ello le trajera a su hijo para que usted lo criara, porque sabe que su abuela jamás en la vida ha evadido una responsabilidad y que tampoco evadiría ésa. Dijo que le escribiría una carta

para explicarle...

-Si usted está embarazada de él y sabe algo de genética -interrumpió furiosa la señora Stanhope-, ¡se hará un aborto! Pero más allá de lo que decida hacer, yo jamás tendría en mi casa a ese bastardo. Julie retrocedió ante la maldad de ese comentario.

-¿Qué clase de monstruo es usted?

-El monstruo es él, señorita Mathison, y usted,

la persona a quien ha embaucado. Dos personas que lo amaban ya han sufrido muertes violentas en manos de él. ¡Tiene suerte de no haber sido la tercera!

-Zack no mató a su mujer, y no sé de qué habla

cuando dice que dos personas...

-¡Hablo de su hermano! Lo mismo que Caín mató a Abel, ese monstruo demente mató a Justin. ¡Le pegó un tiro en la cabeza después de haber discutido

con él!

Ante una mentira tan horrible, Julie perdió el control. Temblaba de furia.

-¡Miente! ¡Sé exactamente cómo murió Justin y por qué! Si dice esas cosas de Zack porque está tratando de justificar su negativa a recibir a su hijo, ¡no gaste su aliento! ¡No estoy embarazada y, si lo estuviera, jamás la dejaría un instante sola con mi hijo! ¡No me sorprende que su propio marido no pudiera seguir amándola y se dedicara a otras mujeres! ¡Sí, también estoy enterada de eso! -exclamó cuando el impacto causado por sus palabras resquebrajó por un momento la expresión de desprecio de la señora Stanhope-. Zack me lo contó todo. Me dijo que su abuelo le contó que usted era la única mujer en el mundo a quien había amado, a pesar de que todos creyeron que se había casado con usted por su dinero. Pero su marido le confesó a Zack que no podía mantenerse a la altura de sus expectativas y que por fin dejó de intentarlo poco después de que se casaron. Lo que realmente no comprendo -terminó diciendo Julie con profundo desprecio- es por qué la amó su marido y la admira Zack. Usted no tiene principios... ¡Lo que tiene es un corazón de hielo! No

me sorprende que el pobre Justin nunca se haya animado a decirle que era gay. Zack no es un monstruo. ¡El monstruo es usted!

-¡Y usted es el instrumento del monstruo! -contraatacó la señora Stanhope. Como si la pérdida de control de Julie fuese contagiosa, de repente la rigidez desapareció del rostro de la anciana y su voz de autócrata adquirió un tono de gran cansancio. -¡Siéntese, señorita Mathison!

-No. Me voy.

-Si lo hace, significa que le teme a la verdad -la desafió la anciana-. Acepté recibirla porque la vi abogar por él por televisión y quería saber qué la había traído hasta acá. Creí que era una oportunista, desesperada por captar la atención del público, y que había venido para ver si podía averiguar algo que la ayudara. Ahora estoy convencida de que es una joven valiente y de fuertes convicciones, y que vino guiada por su equivocado sentido de la justicia. Yo respeto el coraje, señorita Mathison, sobre todo en las de mi propio sexo. Y respeto el suyo hasta el punto de estar dispuesta a conversar con usted sobre cosas que me resultan intensamente dolorosas. Por su propio bien, le sugiero que me escuche.

Sorprendida por el drástico cambio de tono de la conversación, Julie vaciló, pero permaneció obcecadamente de pie.

-Veo, por su expresión, que ha decidido no aceptar mi palabra en ningún sentido -agregó la anciana, observándola-. Muy bien, si yo estuviera tan engañada y fuera tan leal como usted, obviamente tampoco escucharía. -De la mesa a su lado tomó una campanilla y la agitó. Instantes después el mayordomo apareció en la puerta. -Pase, Foster -ordenó la dueña de casa. Enseguida se volvió hacia Julie-. ¿Cómo cree que murió Justin? -preguntó.

-Yo sé cómo murió -la corrigió Julie.

-¿Qué cree saber? -retrucó la señora Stanhope,
levantando las cejas.

Julie abrió la boca para contestar, pero vaciló.
Aunque tarde, se dio cuenta de que hablaba con una anciana, y que no tenía derecho a destruir el recuerdo que tenía de Justin con tal de que dejara de odiar a Zack. Pero, por otra parte, Justin estaba muerto y Zack seguía con vida.

-Mire, señora Stanhope, no quiero herirla más de lo que ya debo de haberla herido, y eso es lo que lograré si le digo la verdad.

-La verdad no me puede doler -contestó ella. El tono burlón de la anciana volvió a poner en carne viva los nervios de Julie y quebró su débil control. -Justin se suicidó -dijo directamente-. Se pegó un tiro en la cabeza porque era homosexual y no se animaba a enfrentarlo. Se lo confesó a Zack una hora antes de matarse. Los fríos ojos grises de la anciana no se inmutaron;simplemente miró fijo a Julie con una mezcla de pena y desdén; después tomó una de las fotografías que había sobre la mesa y se la tendió. -Mire esta fotografía -dijo. Sin poder evitarlo, Julie tomó la fotografía y vio a un muchacho rubio y sonriente, parado en su velero. -Ése es Justin -dijo la señora Stanhope con una voz que mantuvo cuidadosamente inexpresiva-. ¿Le parece que tiene aspecto de homosexual? -¡Ésa es una pregunta ridicula! El aspecto de un hombre no tiene nada que ver con sus gustos sexuales...

Julie se interrumpió al ver que la señora Stanhope giraba sobre sus talones y se dirigía a un mueble antiguo ubicado contra la pared opuesta de la habitación. Con una mano en el bastón, se inclinó y abrió la puerta, dejando al descubierto una serie de estantes con copas de cristal. Después tiró con fuerza del estante superior y el panel entero giró como en un arco. Detrás, Julie vio la puerta de una caja de seguridad y, en

un estado de inexplicable inquietud, observó que la anciana hizo girar el dial, abrió la caja y sacó un sobre de papel madera atado con una banda elástica. Con rostro inexpresivo, la señora Stanhope retiró la banda elástica y dejó caer el sobre en el sofá, frente a Julie.

-Ya que se niega a aceptar mi palabra acerca de lo que sucedió, ahí tiene el registro de las investigaciones del juzgado con respecto a la muerte de Justin, y también los recortes de los diarios de la época.

A pesar de sí, Julie fijó la mirada en algunos recortes de diarios que sobresalían del sobre. En la primera plana de uno de ellos había una fotografía de Zack a los dieciocho años, otra de Justin y el titular rezaba:

ZACHARY STANHOPE ADMITE HABER DISPARADO CONTRA SU HERMANO JUSTIN

Con manos que habían comenzado a temblar incontrolablemente, Julie se agachó y tomó ese recorte periodístico. De acuerdo con el diario, Zack estaba en el dormitorio de Justin examinando una de las armas de la colección de su hermano, una Remington automática que creía descargada. Durante la conversación que ambos mantenían, el arma se disparó accidentalmente, la bala hizo impacto en la frente de Justin y lo mató instantáneamente. Julie registraba las palabras que leía, pero su corazón las rechazaba. Apartó la mirada del recorte y miró a la señora Stanhope, echando chispas por los ojos.

-¡No creo una sola palabra de esto! Los diarios constantemente imprimen noticias falsas.

La señora Stanhope la miró con expresión impasible. Se inclinó, sacó del sobre una transcripción y se la arrojó.

-Entonces lea la verdad en sus propias palabras. Julie apartó la mirada del rostro de la anciana y
la fijó en la tapa del manuscrito, pero no lo tocó.
Tenía miedo de hacerlo.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-La carpeta de la investigación judicial.
A regañadientes, Julie la tomó. Estaba todo allí:
la explicación verbal que hizo Zack del acontecimiento, transcripto por un estenógrafo del juzgado. Zack decía exactamente lo que publicaba el diario. Al sentir que las piernas se negaban a sostenerla, Julie se dejó caer en el sofá y siguió leyendo; leyó el informe íntegro, después leyó los recortes periodísticos, buscando algo, cualquier cosa que pudiera explicar la discrepancia entre lo que Zack le había dicho y lo que declaró en el momento del hecho.

Cuando por fin consiguió apartar la mirada de los recortes y la fijó en el rostro de la señora Stanhope, comprendió que Zack le había mentido cuando le contó la historia... o bien que le mintió a la justicia, estando bajo juramento. Aun así, luchó por encontrar una manera de no condenarlo.

-No sé por qué me habrá dicho Zack que Justin se había suicidado, pero de cualquier manera no fue suya la culpa. De acuerdo con estos documentos, fue un accidente. ¡Un accidente! Él lo dijo...

-¡No fue ningún accidente! -escupió la señora Stanhope-. Es imposible que usted no quiera ver la verdad cuando la está mirando de frente: ¡le mintió a usted y mintió durante la investigación judicial!

-¡Basta! -gritó Julie poniéndose de pie y arrojando el sobre al sofá como si estuviera contaminado-. Debe de haber una explicación. Yo sé que la hay. En Colorado, Zack no

me mintió. ¡Le aseguro que me hubiera dado cuenta si me mentía! -Buscó desesperada una explicación, y se le ocurrió una que le pareció lógica. -Justin se suicidó -dijo con voz temblorosa-. Era gay y se lo confesó a Zack antes de suicidarse. Entonces Zack... por algún motivo Zack decidió cargar con la culpa... tal vez para que nadie empezara a buscar motivos...

-¡No sea imbécil! -exclamó la señora Stanhope, pero en su voz había tanta pena como enojo-. Justin y Zack acababan de tener una discusión justo antes del disparo. Alex, el hermano de ambos, los oyó discutir, y Foster también. -Se volvió hacia el mayordomo y le ordenó: -Dígale a esta pobre muchacha por qué discutían.

-Discutían por una chica, señorita Mathison -dijo Foster sin vacilar-. Justin había invitado a la señorita Amy Price al baile de Navidad del club de campo y Zack también quería ir con ella. Justin se ofreció a retirar su invitación, para hacerle el gusto a Zack, pero Zack no quiso saber nada. Estaba furioso.

Julie tragó bilis y tomó su cartera, pero siguió tratando de defender a Zack.

-¡No les creo a ninguno de los dos!

-¿Prefiere creer la palabra de un hombre que, o le mintió a usted o mintió bajo juramento en el juzgado?

-¡Sí! -contestó Julie, desesperada por salir de allí-. Adiós señora Stanhope. -Caminaba con tanta rapidez que Foster tuvo que trotar tras ella para llegar antes a la puerta de calle y abrírsela.

Cuando Julie casi había llegado a la puerta, la voz de la señora Stanhope la detuvo en seco. Se volvió aterrorizada, haciendo un esfuerzo por mirar a la abuela de Zack con cara inexpresiva. La anciana parecía haber envejecido veinte años en el tiempo que demoró en llegar hasta el vestíbulo.

-Si usted sabe dónde está Zachary -le dijo-, y si tiene algo de conciencia, notificará enseguida a la policía. Pese a todo lo que usted cree, fue por lealtad hacia él que yo oculté a las autoridades su discusión con Justin, en lugar de haberla repetido, que es lo que debí hacer.

Julie levantó la barbilla, pero contestó con voz temblorosa.

-¿Y por qué cree que debió hacer eso?

-Porque en ese caso lo habrían arrestado y hubiera recibido ayuda psiquiátrica. Zachary mató a su propio hermano y mató a su esposa. Si hubiera recibido ayuda psiquiátrica, tal vez Rachel Evans no estaría en la tumba. Llevo sobre mis hombros la culpa de su muerte, y no puedo explicarle lo pesada que me resulta esa carga. De no haber sido evidente desde el principio que Zachary sería condenado por el asesinato, yo no hubiera tenido más remedio que presentarme y declarar la verdad acerca de la muerte de Justin. -Se interrumpió, luchando visiblemente por controlarse. -Entregúelo, por su propio bien. En caso contrario, algún día habrá otra víctima y usted vivirá el resto de su existencia cargando con la misma culpa con que cargo yo ahora.

-¡Zack no es un asesino! -exclamó Julie.

-¿Ah, no?

-¡No!

-Pero no puede negar que es un mentiroso -indicó la señora Stanhope-. <No es verdad que le mintió a usted o les mintió a las autoridades sobre la muerte de Justin?

Julie se negó a contestar. Se negó porque le resultaba intolerable admitir en voz alta que era así.

-Es un mentiroso -declaró enfáticamente la señora Stanhope-. Y es tan buen mentiroso que encontró la carrera ideal para él... la de actor. -Se volvió para alejarse, pero de repente se detuvo y miró a Julie por sobre el hombro. -Tal vez -agregó en un tono de cansancio y de fracaso que, de alguna manera, era más alarmante y más eficaz

que su odio anterior- Zachary realmente crea sus propias mentiras, y por eso resulta tan convincente. Tal vez haya creído ser esos hombres que interpretaba en el cine, y por eso lo consideraban un actor tan "dotado". En sus películas interpretaba a hombres que asesinaban sin necesidad y que luego evadían las consecuencias de sus actos, porque eran "héroes". Tal vez creyó que podía asesinar a su mujer y también escapar a las consecuencias porque era un "héroe" cinematográfico. Tal vez -terminó diciendo con voz enfática- ya no pueda distinguir la realidad de la fantasía.

Julie sintió que se mareaba, y aferró la cartera con fuerza.

-¿Sugiere que está loco? -preguntó. La señora Stanhope se encogió de hombros y su voz se convirtió en un susurro, como si de repente
hablar le exigiera un esfuerzo supremo.

-Sí, señorita Mathison. Eso es exactamente lo que sugiero. Zachary está loco.

Julie nunca supo si la anciana permaneció en el vestíbulo o no. Sin pronunciar una palabra, se volvió, salió y se encaminó al auto luchando contra la necesidad de correr, para huir de la maldad de esa casa, de los secretos que encerraba y de la aterrorizante semilla de duda que acababan de sembrar en su corazón. Tenía la intención de quedarse a pasar la noche en algún motel de la zona para explorar el lugar donde Zack había nacido. En lugar de eso, se dirigió directamente al aeropuerto, devolvió el auto y tomó el primer vuelo que salía del pequeño aeropuerto de Ridgemont.



LIbrodot

*53*

Tommy Newton levantó la vista del guión que estaba marcando, cuando su hermana entró en el living de su casa de Los Ángeles, donde ella pasaba el fin de semana.

-¿Qué pasa? -preguntó él.

-Acabas de recibir el llamado de un loco
-explicó ella-. Por lo menos espero que haya sido un loco.

-Los Ángeles está llena de gente rara que hace llamados obscenos -la tranquilizó Tommy-. En el sur de California, ése es un medio habitual de comunicación -agregó en broma-. ¿No te has enterado de que aquí todo el mundo se siente alienado? Justamente por eso la ciudad está llena de psicoanalistas.

-No fue un llamado obsceno, Tommy.

-¿Entonces qué fue?

-El que llamaba dijo que era Zack Benedict
-contestó ella dudando, mientras fruncía el entrecejo y meneaba la cabeza.

-¿Zack? -repitió Tommy, lanzando una carcajada-. ¡Eso es ridículo! ¿Qué más dijo?

-Dijo... que te avisara que va a matarte. Dijo que sabes quién asesinó a Rachel y que te matará por no haber atestiguado.

-¡Eso es una locura!

-No parecía loco, Tommy. Hablaba muy en serio. -Se estremeció. -Creo que deberías llamar a la policía.

Tommy vaciló, luego meneó la cabeza.

-No, debe de haber sido un loco.

-¿Y cómo crees que ese loco consiguió tu número de teléfono, si no figuras en guía?

-Es evidente que soy amigo de algún loco -trató de bromear él.

La hermana tomó el teléfono que estaba sobre una mesa, junto al sofá, y le tendió el tubo.

-Llama a la policía. Si no lo haces por tu propia seguridad, hazlo porque es tu deber.

-Está bien -accedió Tommy con un suspiro-, pero se me reirán en la cara.

En su casa de Beverly Hills, Diana Copeland se apartó del abrazo de su amante para atender el teléfono.

-¡Diana! -se quejó él-. ¿Por qué no dejas que lo atienda la mucama?

-Es mi línea privada -le explicó ella al hombre cuyo rostro era tan familiar como el suyo para los espectadores de cine-. Es posible que me quieran avisar de algún cambio en el horario de filmación de mañana. ¿Hola? -dijo.

-Habla Zack, Dee Dee -dijo una voz profunda-. Tú sabes quién mató a Rachel. Permitiste que me encarcelaran por ese crimen. Ahora puedes considerarte muerta.

-¡Espera, Zack...! -exclamó ella, pero la línea había enmudecido.

-¿Quién era?

Diana se irguió, parpadeando como una ciega, con el cuerpo tenso por la impresión.

-Era Zack Benedict...

-¿Qué? ¿Estás segura?

-Me... me llamó Dee Dee. Zack es la única persona en el mundo que me ha llamado así.

Se levantó como impulsada por una catapulta, fue a su dormitorio, donde tomó otro teléfono y marcó un número.

-¿Tony? -dijo con voz temblorosa-. Acabo de recibir un llamado... de Zachary

Benedict.

-Yo también. Debe de ser algún loco. No era Zack.

-¡Pero me llamó Dee Dee! Sólo Zack me llamaba así. Dice que yo sé quién mató a Rachel y que permití que lo encarcelaran. Y que ahora me va a matar.

-¡Tranquilízate! ¡Son mentiras! Es algún loco, o tal vez hasta un periodista ansioso por desenterrar una historia antigua.

-Yo voy a llamar a la policía.

-Haz el papel de tonta, si eso es lo que quieres, pero déjame fuera del asunto. Ese tipo no era Zack.

-¡Te digo que sí lo era!

Emily McDaniels se hundió en la reposera que había junto a la pileta de natación de la elegante casa de su marido, el doctor Richard Grover. La vida había sido una larga luna de miel desde que se casaron, seis meses antes. En ese momento Emily observaba nadar a su marido y admiraba sus brazadas elegantes. Richard interrumpió su actividad y se apoyó sobre el borde, a su lado.

-¿Quién llamó por teléfono? -preguntó, apartándose el pelo de los ojos con esas manos de largos dedos, su principal instrumento para las delicadas operaciones de neurocirugía que realizaba en el Centro Médico de Cedars-Sinaí-. Por favor, dime que no era uno de mis pacientes -suplicó, estudiando la expresión alicaída de su mujer.

-No era ninguno de tus pacientes.

-Me alegro -dijo él, tironeándole una pierna-. Ya que ninguno de mis pacientes ha cometido la descortesía de interrumpir nuestra noche de sábado, métete en la pileta y demuéstrame que todavía me quieres.

-Dick -dijo ella con voz tensa-, el que llamó era mi padre.

-¿Qué le pasa? -preguntó Dick, saliendo del agua.

-Dice que acaba de recibir un llamado de Zack Benedict.

-¿Benedict? -repitió Dick con tono de desprecio mientras se secaba con una toalla-. Si ese tipo odioso anda dando vueltas por Los Ángeles, no sólo es un asesino sino también un loco. La policía lo apresará en cualquier momento. ¿Qué quería?

-A mí. Zack le dijo a mi padre -explicó con voz temblorosa-, que cree que yo sé quién fue el verdadero asesino de Rachel. Dice que quiere que les diga a los diarios quién fue, para que él no tenga que matar a todos los que estaban allí ese día. -Meneó la cabeza como para aclarar sus ideas y cuando volvió a hablar, el temor había desaparecido de su voz. -Tiene que ser algún loco. Zack jamás me amenazaría, y mucho menos intentaría hacerme daño. A pesar de lo que pienses de él, Zack no era ningún tipo odioso. Aparte de ti, era el mejor hombre que he conocido.

-Si eso es lo que crees, formas parte de una minoría.

-Es lo que sé. A pesar de todo lo que oíste y viste durante el juicio, Rachel Evans era una ramera viciosa y maldita que merecía morir. La única pena es que Zack haya tenido que ir a la cárcel a causa de eso. -Lanzó una carcajada sombría. -Nadie creía que Rachel fuese una buena actriz, pero la verdad es que era una actriz brillante... era tan buena que casi nadie adivinó lo que en realidad ocultaba tras esa sonrisa. Parecía una mujer elegante, bastante reservada y agradable. Pero no era nada de eso. ¡Nada!

-¿Qué quieres decir? ¿Que era una puta?

-Sí, también era una puta, pero no me refería a eso -dijo Emily, doblando una toalla mojada que Dick había dejado cerca de la sombrilla-. Me refiero a que era como los gatos que recorren los callejones, mirando el interior de los tachos de basura de otra

gente, de gente confiada que ni siquiera lo sospechaba.

-Una definición muy colorida -se burló su marido-, pero no demasiado clara.

Emily se recostó en la reposera y trató de ser más clara.

-Si Rachel se enteraba de que alguien quería algo: un papel en una película, un hombre, una silla determinada en el set, hacía lo imposible para impedir que lo obtuviera, aun en el caso de que a ella no le interesara. Por ejemplo, la pobre Diana Copeland estaba enamorada de Zack, realmente enamorada de él, pero se lo guardó y jamás trató de insinuársele. Yo era la única que lo sabía y me enteré por accidente.

Al ver que Emily quedaba en silencio, mirando fijo las luces de la pileta, Dick dijo:

-Nunca quisiste hablar sobre Benedict ni sobre el juicio, pero ya que ahora lo estás haciendo, debo confesar que tengo una gran curiosidad por conocer todos los detalles que los diarios nunca publicaron. Por ejemplo: nunca se supo que Diana Copeland hubiera estado enamorada de Zack.

Emily asintió, ante el pedido de mayores detalles de su marido.

-Yo decidí que nunca hablaría sobre el asunto, porque no podía confiar en nadie, ni siquiera en los hombres con quienes salía. Cualquiera de ellos hubiera sido capaz de hablar con algún periodista que habría tergiversado mi versión con tal de volver a revolver el avispero. -Le sonrió a su marido y arrugó la naricita. -Sin embargo creo que ahora puedo hacer una excepción, considerando que has prometido honrarme y amarme.

-Supongo que puedes -contestó él con una sonrisa.

-No me enteré de lo de Diana hasta algunos meses después del juicio, cuando Zack ya estaba en la cárcel. Yo le había escrito una carta a la prisión, pero me llegó de vuelta con la frase "Devolver a Remitente" escrita en el sobre con la letra de Zack. Algunos días después Diana fue a verme. Lo extraño era que quería que yo le mandara a Zack una carta que ella le había escrito, pero en un sobre dirigido con mi letra. Zack le había devuelto a ella su carta, lo mismo que devolvió la mía. Yo sabía que también había devuelto cartas de Harrison Ford y de Pat Swayze, y se lo dije. Y entonces Diana empezó a llorar como una Magdalena.

-¿Por qué?

-Porque acababa de volver de Texas, donde trató de sorprender a Zack haciéndole una visita. Cuando él la vio, le dio la espalda y, sin dirigirle una sola palabra, les dijo a los guardias que la sacaran de allí. Yo le dije que estaba segura de que lo hacía porque estaba avergonzado y no quería que sus antiguos amigos lo vieran, y entonces ella empezó a llorar. Dijo que la cárcel donde estaba Zack era una gigantesca pesadilla, que era un lugar escuálido y sucio, y que obligaban a Zack a usar el uniforme de los presos.

-¿Y qué esperaba? ¿Que le dieran un traje de alguna sastrería famosa?

Emily lanzó una pequeña carcajada triste.

-Lo que tanto le dolió a Diana fue verlo vestido de presidiario -explicó-. De todos modos, empezó a llorar y me dijo que estaba enamorada de él, y que por eso modificó sus planes de trabajo y aceptó un papel secundario en Destino... para estar cerca de él. De alguna manera, Rachel adivinó los sentimientos de Diana, porque un día le hizo bromas acerca del entusiasmo que sentía hacia Zack, y cuando Diana no lo negó, Rachel empezó a esmerarse en manosear a Zack cada vez que Diana se hallaba presente. No olvides que Rachel vivía una aventura con Tony Austin y pocos días después pensaba iniciarle juicio de divorcio a Zack. Luego, a la semana siguiente, la semana de la muerte de Rachel, varias personas la oyeron advertirle a Zack que no debía incluir a Diana en el elenco de su siguiente película.

-Sí, pero como él nunca dirigió otra película, Diana no perdió nada.

-Ése no es el asunto -dijo Emily-. El asunto es que Rachel era una verdadera bruja.

No podía tolerar que alguien fuese feliz. Si conseguía imaginar lo que uno quería, lo que a uno lo haría feliz, por pequeño que fuera, encontraba la manera de impedir que uno lo tuviera, o te lo quitaba.

Dick la estudió un rato en silencio; por fin preguntó en voz baja:

-¿Y a ti qué te quitó, Emily?

Antes de contestar, Emily lo miró a los ojos.

-Me quitó a Tony Austin.

-¡Estás bromeando!

-¡Ojalá fuese una broma! -dijo ella con tono sombrío-. La ceguera y la estupidez de la juventud no tienen nombre. Yo estaba loca por él.

-¡Pero es un drogadicto y un alcohólico! Su carrera ya estaba temblequeando...

-Ya sé todo eso -dijo Emily, poniéndose de pie-. Pero verás, creí que podía salvarlo de todo, y también de sí mismo. Años después descubrí cuál era el mayor atractivo que Tony tenía para las mujeres. Exteriormente era tan frío y sexy que uno se convencía de que sería capaz de protegerte del mundo entero, pero después uno descubría en él una parte tan vulnerable como la de una criatura, y de repente era uno quien quería protegerlo. Supongo que por eso se enamoró de él el pobre Tommy Newton. En cambio, Zack era lo opuesto de Tony... él no necesitaba a nadie y uno lo sentía.

Dick ignoró la última frase de su mujer.

-¿Tommy Newton -repitió con tono de disgusto-, el tipo que dirigió tu última película, estaba enamorado de Tony Austin? -Al ver que Emily asentía, meneó la cabeza. -Ese negocio en el que has estado metida desde que eras una criatura me hace pensar en un nido de víboras.

-A veces lo es -dijo Emily, lanzando una carcajada--, pero por lo general no es así. Sólo es un negocio... una cantidad de gente laboriosa que vive y trabaja en conjunto durante cuatro o cinco meses, después cada cual sigue su camino y a veces algunos se vuelven a encontrar en otra película.

-Sí, no puede ser tan malo porque tú has vivido años en ese ambiente y eres más recta y más dulce que ninguna otra mujer que yo haya conocido. -Se quedó con expresión pensativa. -Lo que me sorprende es que todo eso de ti. Tony, Diana y Rachel no se haya ventilado en el juicio.

Emily se encogió de hombros.

-No se puede decir que la policía se haya esforzado mucho en buscar otros sospechosos u otros motivos. Verás: sabían que Zack puso en ese revólver las balas que mataron a Rachel. Lo sabíamos todos. Aparte del hecho de que la noche anterior había amenazado con matarla y de que tenía sobrados motivos, tanto emocionales como económicos, era también el único que tenía suficiente coraje para matarla.

-Tal vez haya tenido coraje, pero además debió ser arrogante como el demonio para creer que podría salir con la suya.

-Sí, Zack era decididamente arrogante -convino Emily, pero su sonrisa era sentimental y en su voz había un dejo de admiración-. Zack era como... como una fuerza irresistible, como el viento que sopla en distintas direcciones; tenía tantas facetas que uno nunca sabía cuál iba a mostrar. Podía ser increíblemente agudo, galante y dulce o suave y sofisticado.

-De acuerdo con tu definición, es una especie de dechado de virtudes.

-También podía ser brutal, cruel y despiadado.

-Pensándolo bien, suena como una persona con múltiples personalidades.

-Era un hombre complejo -admitió Emily-. Y reservado. Hacía lo que se le daba la

gana y cuando se le daba la gana, y no le importaba un bledo lo que la gente pensara de él. A causa de eso se ganó muchos enemigos, pero hasta la gente que lo detestaba sentía por él un temor casi religioso. A Zack no le importaba que lo odiaran, y tampoco que lo admiraran. Era como si lo único que le importara fuese su trabajo. No parecía necesitar a la gente... es decir, no le gustaba que nadie se le acercara demasiado... con excepción de mí. Posiblemente yo estuviera más cerca de él que ninguno de los demás.

-¡No me digas que estaba enamorado de ti! No podría soportar otro triángulo. Emily rió a los gritos.

-Para Zack yo no era más que una criatura. Justamente por eso permitió que estuviera tan cerca. Hablaba conmigo sobre cosas que dudo que conversara con Rachel.

-¿Qué clase de cosas?

-No sé.. cosas sin importancia, como que le encantaba la astronomía. Una noche, cuando estábamos filmando en un rancho cerca de Dallas, se sentó afuera conmigo y me señaló las estrellas mientras me contaba historias acerca de la manera en que las disti-ntas constelaciones recibieron sus nombres. En ese momento salió Rachel y preguntó qué estábamos haciendo y cuando yo se lo dije, quedó estupefacta. Ignoraba que a Zack le gustara la astronomía y que supiera algo del asunto.

-Entonces, ¿cómo te explicas que esta noche le haya hecho una llamada amenazadora a tu padre?

-Yo creo que esa llamada la debe de haber hecho un loco y que mi padre estaba equivocado -dijo Emily-. Papá también dijo que anoche le pareció ver a alguien parecido a Zack merodeando por los alrededores de su departamento.

La expresión preocupada de Dick desapareció y dio paso a una mirada irritada.

-¿Por casualidad tu padre estaba borracho cuando te llamó?

-No estoy segura. Tal vez. No seas demasiado duro con él -pidió, apoyando una mano sobre el brazo de su marido-. Está muy solo, ahora que yo me he ido. Yo era toda su vida, y lo abandoné para casarme contigo.

-¡No lo "abandonaste"! Eres su hija, no su mujer. Ella le rodeó la cintura con un brazo y apoyó la cabeza contra su pecho.

-Ya lo sé, y él también. -Y mientras entraban en la casa, Emily agregó: -Hace algunos minutos me felicitaste por haber seguido siendo dulce y recta a pesar de haber estado tantos años en este ambiente. Trata de recordar que sólo conseguí llegar a ser lo que soy, porque papá me cuidó y me vigiló constantemente. Sacrificó su vida por mí.

Dick le besó la frente.

-Lo sé.

*54*

Ya era medianoche cuando Julie estacionó el auto en el camino de entrada de su casa. Durante las siete horas transcurridas desde que abandonó la mansión de la abuela de Zack no había hecho más que luchar contra las dudas insidiosas y las confusiones que la acosaron en ese sitio. Pero había logrado ganar la batalla, y ahora que se hallaba de vuelta en su casa se sentía mucho mejor. Abrió la puerta de calle, prendió las luces del living y miró esa habitación tan alegre y acogedora. Allí, la idea de que Zack fuera loco parecía tan absurda que se puso furiosa consigo misma por haber dudado de él. Al colgar su abrigo recordó que en ese mismo cuarto, Matt y Meredith Farrell habían pasado una velada maravillosa con ella y le desearon suerte y buen viaje. Se dio cuenta de que Mathew Farrell se hubiera reído en la cara de la señora Stanhope si delante de él la anciana se hubiera atrevido a sugerir que Zack estaba loco, ¡y eso era exactamente lo que ella debió hacer!

Meneó la cabeza, disgustada consigo misma, se encaminó al dormitorio, se sentó en la cama y sacó la carta de Zack del cajón de la mesa de luz. Releyó cada una de esas palabras hermosas y llenas de amor, y su vergüenza por haber dudado de él fue tan grande como su repentina necesidad de lavar de su cuerpo todo rastro del viaje a la casa de los Stanhope. Hizo a un lado la carta de Zack, se sacó el suéter y la pollera y se encaminó al baño a ducharse.

Se lavó el cuerpo y el pelo como si estuvieran contaminados por la atmósfera malevolente de esa pila de piedras sombrías que en una época Zack consideró su hogar. Allí no había calidez, ni en la casa ni en la gente que en ella vivía. ¡Si alguien sufría de engaños malévolos, era esa anciana. Y el mayordomo. Y también Alex, el hermano de Zack.

Sólo que, argumentó parte de su ser, más que una malvada, la abuela de Zack le dio la impresión de ser una persona abatida, por lo menos hacia el final de la entrevista. Y el mayordomo parecía un poco perdido, pero seguro de lo que decía. ¿Qué sentido tiene que mientan acerca de la discusión de Zack con Justin?, se cuestionó Julie. Pero desechó la pregunta, desenchufó el secador de pelo, ajustó el cinturón de su bata y se dirigió al living. Tal vez sólo creyeron oír que Zack y Justin discutían, pensó mientras prendía el televisor para enterarse de las últimas noticias.

Pero había algo que no podía ignorar, justificar ni discutir: Zack le había mentido con respecto a la forma en que murió Justin.

O le mintió a ella, o le mintió a la policía, al periodismo y a los magistrados.

En ese momento Julie decidió que debía de haberles mentido a todos los demás, pero no a ella. Era imposible que hubiera hecho eso. Lo sabía en el fondo de su corazón. Y cuando se encontraran en México, él le explicaría por qué les mintió a los demás. El programa que estaban emitiendo era un informe especial sobre China y, como estaba demasiado nerviosa para poder dormir, Julie decidió empezar a redactar la carta que pensaba dejarle a su familia, mientras esperaba el último noticiario de la noche para asegurarse de que no había ninguna novedad sobre Zack. Él le había recomendado que fuera muy cuidadosa durante una semana y que se preparara para partir el octavo día. Ya habían transcurrido cinco de esos días.

Se encaminó al dormitorio en busca de la carta, que ya tenía parcialmente escrita; luego se instaló en la mecedora y prendió una lámpara de pie a su lado. Con el sonido



LIbrodot

del televisor como fondo, siguió escribiendo a su familia.
Un rato después Julie levantó la cabeza, sobresaltada, al oír que el locutor de televisión anunciaba:
"Interrumpimos nuestra emisión especial sobre la situación de China, para informarles el último acontecimiento ocurrido en la búsqueda de Zachary Benedict. Según la policía de Orange County, California, Benedict, que huyó de la Penitenciaría Estatal de Amarillo, donde cumplía una condena de cuarenta y cinco años por el asesinato de su esposa, ha sido visto en Los Ángeles por uno de sus antiguos conocidos. Esa persona, cuya identidad no ha sido todavía revelada, afirma que no hay duda de que se trataba de Benedict. Esa información, agregada al descubrimiento de que el criminal prófugo ha hecho llamados telefónicos amenazando de muerte a varios integrantes del elenco y del equipo técnico de la película *Destino* que se hallaban presentes en el set o en las cercanías del lugar de la muerte de su esposa, ha intensificado la búsqueda,del convicto. La policía de Orange County está advirtiendo a todos los que se encontraban en el set de *Destino* que procedan con extremada
cautela, puesto que se sabe que Benedict esta armado y es peligroso."

La lapicera y la carta escaparon de las manos de Julie y cayeron al piso cuando ella se puso de pie de un salto, mirando fijo el televisor. Luchó por controlarse y recogió la carta y la lapicera. ¡Es falso!, pensó. ¡Tenía que ser falso! Algún loco que simulaba ser Zack para asustar a la gente y, ser noticia.

Por supuesto que es un engaño, decidió, apagando el televisor. Y se fue a acostar.

Pero cuando por fin se quedó dormida, sus sueños estaban llenos de espectros sin rostro que, ocultos en las sombras, le gritaban advertencias y aullaban amenazas.

*55*

-Julie, ¿estás bien, querida? -Mientras hablaba, Flossie Eidridge golpeaba con los nudillos el parabrisas del auto. -Hace casi media hora que estás ahí sentada en la oscuridad y con el motor en marcha.

Julie miró el rostro regordete de expresión preocupada y sacó la llave del contacto, apagó el motor del auto y bajó presurosa.

-Estoy perfectamente bien, señorita Flossie... Estaba pensando en algo... en un problema que tengo en el colegio, y olvidé dónde estaba.

Temblando en la noche gélida, Flossie se arrebujó en su abrigo.

-Ahí sentada te pescarás un resfrío espantoso. Mortificada por haber perdido por completo la noción de tiempo y lugar, Julie tomó su portafolio del asiento trasero e hizo un esfuerzo por sonreír a su vecina. Impulsivamente se inclinó y besó la mejilla arrugada de la anciana.

-Buenas noches -dijo. Adiós, pensó. Ya habían pasado seis de las ocho noches que Zack le pidió que esperara.

Una vez que llegó al porche de su casa, buscó las llaves de la puerta en la cartera, abrió la puerta, entró y cerró la puerta. Cuando estiraba la mano para encender la luz, oyó una voz de hombre.

-No prenda la luz. -Julie sintió surgir un alarido de espanto en su garganta, pero lo contuvo cuando el hombre volvió a hablar. -Está bien, soy amigo de Zack.

-¿Y por qué debo creerle? -preguntó Julie, cuya voz temblaba tanto como sus manos.

-Porque -contestó Dominio Sandini con una sonrisa en la voz- he venido a echar una mirada y a constatar si el camino está libre por si de repente usted decidiera hacer un viajecito.

-¡Maldito sea! ¡Me dio un susto tremendo! -explotó Julie, entre enojada y divertida, desmoronándose contra la puerta.

-Lo siento.

-¿Cómo logró entrar? -preguntó ella, sintiéndose un poco absurda al hablar con un desconocido en plena oscuridad.

-Entré por atrás, después de echar un vistazo por los alrededores. Tiene compañía, señora.

-¿Compañía? -Julie estaba tan desorientada que supuso que había alguien más en la habitación y empezó a mirar a su alrededor.

-La están vigilando. Un camioncito azul estacionado del otro lado de la calle observa la casa, y una pickup negra la sigue a todas partes. Tiene que ser el FBI... ellos usan coches que no vale la pena robar, pero son más hábiles para vigilar que la policía local. Los autos -agregó con orgullo- son mi especialidad.

-¿Usted... vende automóviles? -preguntó Julie, ignorando por el momento el problema del FBI ante la alegría de poder estar conversando con alguien que se decía amigo de Zack.

-Algo por el estilo -contestó el desconocido
con una risita-. Pero cuando los vendía era sin papeles, no sé si entiende lo que le quiero decir.

-¿Usted... robaba automóviles? -preguntó Julie, inquieta.

-Sí, pero eso era antes -contestó el desconocido, lanzando otra risita-. Ahora me he reformado.

-¡Me alegro! -exclamó ella con sinceridad. No resultaba tan tranquilizante que el amigo de Zack fuese ladrón de autos. De repente Julie comprendió que tal vez su visitante invisible fuera capaz de hacer desaparecer el resto de sus temores.

-Zack no está en Los Ángeles, ¿verdad? No está amenazando a otra gente, ¿no?

-No sé dónde está ni lo que está haciendo, y le aseguro que ésa es la verdad.

-¡Pero debe saberlo! Es decir... obviamente ha hablado con él...

-No... yo no. A Zack le daría un ataque si supiera que vine en persona y que me involucré en esto. Se suponía que este asunto sería manejado por gente de afuera, pero comprendí que sería mi única oportunidad de conocer a su Julie. Usted debe de quererlo muchísimo.

El desconocido permaneció en silencio y Julie habló en voz baja.

-Si, lo quiero muchísimo. Supongo que también usted lo querrá, para haber corrido un riesgo tan grande viniendo acá.

-¡Diablos! No es ningún riesgo -contestó el desconocido con tono fanfarrón-. No estoy haciendo nada ilegal. Lo único que he hecho es detenerme a visitar a la amiga de un amigo, y no hay ninguna ley que me lo impida, como tampoco hay una ley que me impida entrar por la puerta de atrás y esperarla en la oscuridad. En realidad, mientras lo hacía hasta arreglé la cerradura de la puerta trasera. Esa cosa no hubiera impedido que un chico entrara en esta casa. ¿Eso significa que soy o no un ciudadano respetuoso de la ley? -bromeó.

Había dicho que fue hasta allí para asegurarse de que Julie estuviera en condiciones de hacer el viaje, y justamente cuando ella estaba por preguntarle qué significaba eso, él se encargó de proporcionarle la explicación con el mismo tono jovial y despreocupado.

-De todos modos, el motivo que me trajo hasta aquí es que Zack quería que usted tuviera un auto nuevo... por si dentro de un par de días decidiera hacer un largo viaje... así que me ofrecí a entregarlo. Y aquí estoy.

Julie supuso de inmediato que tendría que usar ese auto, en lugar del suyo, para despistar a sus perseguidores cuando se alejara de Keaton, dos días después.

-Asegúreme que no es un auto robado-pidió en un tono que hizo que el desconocido largara una carcajada.

-No, no es robado. Como le dije, me retiré del negocio. Zack lo pagó y yo decidí entregar su regalo, eso es todo. No hay ninguna ley que impida que un convicto prófugo compre un auto para una señora con su propio dinero bien habido. Ahora, la forma en que ella decida usar ese auto no es asunto mío.

-Esta noche no vi ningún auto frente a mi casa.

-¡Por supuesto que no! -exclamó él con tono de horror exagerado-. No creí que fuera prudente quebrantar alguna ordenanza municipal llenando de autos estacionados una calle tan linda como la suya. De manera que lo entregué en una playa de estacionamiento situada detrás de un lugar de la ciudad llamado Keldon's Dry Goods.

-¿Por qué? -preguntó Julie, sintiéndose una tonta.

-Ésa es una pregunta interesante. No sé por qué tuve un impulso tan loco como ése -bromeó, y de repente a Julie le recordó el carácter incorregible de sus alumnos de ocho años-. Supongo que imaginé que si alguna mañana usted estacionaba su propio auto frente a esa tienda, tal vez tuviera ganas de entrar, de mirar a su alrededor, y después salir por la puerta trasera y dar una vuelta de prueba en el auto nuevo. Por supuesto que tal vez eso les dé rabia a los hombres-que la siguen. Es decir, a .ellos les resultaría difícil imaginar hacia qué lado fue, qué auto maneja y qué ropa lleva puesta... suponiendo que una vez dentro de la tienda usted tuviera repentinas ganas de ponerse un suéter diferente o algo que por casualidad llevara en su portafolio. ¿Sabe a qué me refiero?

Julie asintió en la oscuridad, temblando ante el tono de clandestinidad de todo lo que el desconocido acababa de decir.

-Sé a qué se refiere -contestó con una risita nerviosa.

La mecedora crujió cuando él se puso de pie.

-Ha sido muy agradable poder conversar con usted -dijo, mientras su mano rozaba el brazo de Julie-. Adiós, Julie de Zack. Espero que sepa lo que está haciendo.

Julie también lo esperaba.

-No encienda las luces de atrás de la casa hasta que me haya ido.

Julie escuchó los pasos lentos del desconocido y tuvo la sensación de que caminaba con una leve renquera.



LIbrodot

*56*

Tony Austin oyó un ruido a sus espaldas y se dispuso a encender la lámpara que había a su lado, sobre una mesa. En ese instante notó que se movían los cortinados que cubrían los ventanales corredizos.

-¡No prendas la luz! -ordenó una voz y, en ese momento una sombra se apartó de las cortinas-. Desde aquí te veo perfectamente bien.

-¡No necesito luz para reconocerte la voz! ¿Por qué demonios no entraste por la puerta del frente?-preguntó Austin, alejando la mano de la lámpara y ocultando su sorpresa tras un tono de desprecio-. La dejé abierta para que pudieras entrar.

-¿Tienes alguna idea del tiempo que hace que quiero matarte?

-Hace cinco años perdiste tu oportunidad. ¿Dónde está el dinero?

-Eres igual a un vampiro. Desangras a la gente.

-Cállate la boca y entrégame el dinero. La sombra que estaba junto a los cortinados alzó la mano y Tony vio el arma.

-¡No seas imbécil! Si me matas, en veinticuatro horas sabrán que has sido tú.

-¡No! No lo sabrán. ¿No te has enterado de que Zack Benedict está suelto y anda alborotando el avispero? -Su carcajada aguda heló la sangre de Tony.

-Está haciendo llamados amenazadores. La gente cree que yo también recibí uno. Me encargué de que lo creyeran. Pensarán que él te mató. ¡Hace tanto tiempo que espero este momento! -Levantó el arma, apuntó...

-¡No seas loco! Si me matas tra...

El disparo hizo un pequeño agujero en el pecho de Tony Austin, cerca de la clavícula. Pero no tuvo importancia que la bala de punta hueca no le hubiera perforado el corazón. En el momento del impacto se fragmentó a lo largo de toda la cavidad pectoral de Austin, matándolo instantáneamente.

*57*

-Has tenido una idea maravillosa al invitarnos a todos a comer -le dijo la señora Mathison a Julie mientras se ponía de pie para ayudarla a levantar la mesa-. No deberíamos esperar que se presenten ocasiones especiales para comer todos juntos, como hacemos por lo general -agregó.

Julie levantó los vasos y le sonrió a su madre. Era una ocasión especial: la última noche que pasaría con ellos en toda su vida, porque a la mañana siguiente iría a reunirse con Zack.

-¿Estás segura de que no quieres que Cari y yo nos quedemos a ayudarte a poner todo en orden?
-preguntó Sara mientras Cari la ayudaba a ponerse el abrigo-. Cari tiene que trabajar un poco en el proyecto del centro recreativo, pero eso podría esperar otra media hora.

-No, no puede esperar -contestó Julie, abrazando primero a Sara y luego a Cari. Los sostuvo a ambos un poco más de lo necesario y luego les besó las mejillas. Porque ése era el adiós definitivo.
-Cuídense -les recomendó a ambos en un susurro.

-Sólo vivimos a dos kilómetros de aquí -señaló Cari con sequedad. Julie los observó alejarse caminando por la vereda, y trató de grabar ese momento en su memoria; luego se volvió y cerró la puerta. Ted y su padre se habían instalado en el living para ver el noticiario y Katherine ayudaba a levantar la mesa.

-¡Sara es una chica tan dulce! -comentó la señora Mathison cuando quedó a solas con Julie en la cocina-. Ella y Cari hacen una buena pareja y son muy felices. -Entonces miró por sobre el hombro hacia el comedor, donde Katherine estaba juntando los platos sucios y comentó en un susurro:
-Creo que Ted y Katherine han vuelto a encontrarse, ¿no te parece? Cuando se casaron, Katherine era demasiado joven, pero ahora ha madurado. Ted estaba muy enamorado de ella; creo que nunca ha superado ese sentimiento.

Julie sonrió con expresión sombría mientras cargaba los platos en el lavavajilla.

-No te ilusiones demasiado. Esta noche no fue Ted quien invitó a Katherine, sino yo. Él todavía sigue saliendo con Grace Halvers... Supongo que es su manera de luchar contra lo que siente por Katherine.

-¿Te pasa algo, Julie? Esta noche estás rara. Pareces preocupada.

Julie tomó un trapo rejilla, fijó en su rostro una sonrisa brillante y empezó a lavar la pileta.

-¿Por qué lo dices?

-Para empezar, porque has dejado la canilla abierta, los platos todavía no están lavados y te has puesto a limpiar las mesadas y la pileta. Siempre fuiste una chica prolija, Julie -bromeó, mientras Julie dejaba el trapo rejilla y volvía a su tarea anterior-. Todavía sigues pensando en Zachary Benedict, ¿no es cierto?

Era una oportunidad maravillosa para preparar a su madre para lo que leería en la carta que les dejaba, y Julie decidió aprovecharla.

-¿Qué dirías si te confesara que me enamoré de él en Colorado?

-Diría que es una cosa insensata, dolorosa y tonta y que no te aconsejaría dar alas a ese sentimiento.

-¿Y si no lo puedo evitar?

-Te recomendaría el remedio del tiempo, mi amor. Eso cura cualquier cosa. Después de todo, sólo lo conociste por una semana. ¿Por qué en cambio no te enamoras de Paúl Richardson? -propuso medio en broma-. Él tiene un buen trabajo y está loco por tí... Hasta tu padre se ha dado cuenta.

Julie comprendió que tanto la conversación acerca de Paúl como la tarea de lavar los platos significaban perder el poco tiempo que le quedaba con su familia. Hizo a un lado el trapo rejilla.

-¿Por qué no vamos al living? -propuso guiando hacia allí a su madre-. Más tarde terminaré de limpiar la cocina. ¿Alguien quiere algo más? -preguntó en voz alta.

-Sí -contestó Ted-. Café.

Katherine, que acababa de entrar en la cocina para ayudar a lavar la vajilla, abrió un armario para sacar tazas y platos, pero Julie la miró y meneó la cabeza.

-Ve a conversar con Ted. En cuanto esté listo, yo serviré el café.

En el momento en que se encaminaba al living con una bandeja cargada de tazas, oyó que su padre decía con voz sibilante:

-Apaga ese televisor, Ted. ¡No tiene ningún sentido que Julie oiga eso!

-¿Qué es lo que no quieren que oiga? -preguntó Julie, deteniéndose aterrorizada mientras Ted corría hacia el televisor-. ¡No lo apagues, Ted! -advirtió, instintivamente convencida de que debía tratarse de algo referente a Zack-. Han apresado a Zack, ¿verdad?
-preguntó, temblando tanto que las tazas comenzaron a entrechocarse-. ¡Contéstenme! -exclamó, mirando las caras horrorizadas de sus familiares.

-No, no lo apresaron -dijo Ted con tono sarcástico-, pero él acaba de conseguirse otra víctima.
-Mientras Ted hablaba terminó el aviso de televisión y Julie vio que sacaban una camilla de una casa, con el cuerpo cubierto por una sábana blanca, mientras la voz del locutor resonaba amenazante en el cuarto.

"Repetimos la noticia de último momento: Tony Austin, quien protagonizó la película *Destino,* justo con Zachary Benedict y Rachel Evans, fue hallado muerto en el día de hoy en su casa de Los Ángeles, a raíz de un disparo que recibió en el pecho. Los informes preliminares indican que la bala que le causó el deceso era de punta hueca, similar a la que mató a Rachel Evans, la esposa de Zachary Benedict. El médico forense ha fijado la hora de la muerte aproximadamente a las veintidós de anoche. Oficiales de policía de Orange County han confirmado que Austin informó haber recibido anoche un llamado amenazador de Zachary Benedict, y que se cree que Benedict fue visto más temprano en los alrededores de la casa del crimen. Otros integrantes del elenco y del equipo técnico de *Destino* también recibieron llamados amenazadores de Benedict y se les ha advertido que tomen extremadas precauciones..."

Las siguientes palabras del locutor fueron ahogadas por el ruido ensordecedor de tazas y platos de porcelana al romperse. Julie acababa de dejar caer la bandeja y se cubría la cara con las manos, en un intento de borrar de su memoria la imagen de ese cuerpo cubierto por una sábana y de la voz fría de Zack cuando le dijo: \

"Deja a Austin por mi cuenta. Hay otras maneras de encargarse de él."

-¡Julie! -exclamaron todos, pero ella retrocedió mirando ciegamente a su madre y a Katherine, que se inclinaban a recoger la vajilla rota, y a Ted y su padre, quienes la miraban consternados y con expresión de alarma.

-¡Por favor! -dijo con voz ahogada-. En este momento necesito estar sola. Papá, por favor lleva a mamá a casa. -Hacía un esfuerzo enorme por controlar su histeria. -No conviene que se angustie por mí. Le subirá la presión.

Se volvió para encaminarse a su dormitorio, cerró la puerta tras ella y se sentó en la oscuridad. Oyó que en alguna parte de la casa sonaba la campanilla del teléfono, pero lo que resonaba en el interior de su cabeza era la voz de la señora Stanhope.

"Zachary mató a su propio hermano, y mató a su esposa. En sus películas, interpretaba a hombres que asesinaban sin necesidad y luego escapaban a las consecuencias porque eran 'héroes'... Él ya no puede distinguir la realidad de la fantasía... Zachary está loco.

"Si hubiera recibido ayuda psiquiátrica, Rachel Evans no estaría en su tumba... Entregúelo por su propio bien. En caso contrario, algún día habrá otra víctima y, durante el resto de su existencia, usted cargará con el mismo peso de culpa que yo debo soportar..."

El rostro famoso y carismático de Tony Austin flotaba ante los ojos de Julie, con su sonrisa querible y fascinante. No volvería a sonreír. Estaba muerto, lo mismo que Rachel Evans y Justin Stanhope. Asesinado.

Escuchó la advertencia de Matt Farrell:

"También descubrimos pruebas que señalan a Diana Copeland... a Emily McDaniels... a Tommy Newton."

Julie abrió el cajón de la mesa de luz y sacó la carta de Zack. La apretó contra su pecho, pero no era necesario que la leyera, se la sabía de memoria, palabra por palabra. Se envolvió el vientre con los brazos, se inclinó y empezó a mecerse hacia atrás y hacia adelante, con la carta apretada contra el corazón, en una agonía sin lágrimas, mientras en silencio pronunciaba el nombre de Zack en la oscuridad.

Las voces ahogadas que llegaban del living poco a poco la arrancaron del abismo en que se encontraba, donde no existía nada para ella, salvo el tormento de ese momento. Voces que la obligaron a ponerse lentamente de pie. Voces de gente que debía saber... ayudar... decirle...

*58*

En el momento en que Julie entró en el living, con el cuerpo tieso como si fuera de madera y aferrando en la mano la carta que pensaba dejarles, el reverendo Mathison interrumpió la conversación que mantenía con Ted y Katherine.

-Envié a mamá a casa -explicó su padre. Julie asintió, muy tensa, y se aclaró la garganta.

-Me alegro -contestó. Durante algunos instantes permaneció retorciendo entre sus manos la carta que les había escrito. Después se la tendió. El reverendo Mathison la tomó y la abrió para leerla. -Yo... mañana pensaba reunirme con él.

Ted le clavó la mirada, entrecerrando los ojos con furiosa desaprobación.

-Es la verdad -dijo Julie antes de que él pudiera hablar. Notó que su hermano se le acercaba, pero dio un paso atrás para esquivarlo. -¡No me toques! -advirtió histérica, aferrando el respaldo de una silla-. ¡No me toques! -Apartó la mirada para clavarla en el rostro sombrío y dolido de su padre. Lo vio terminar de leer la carta, dejarla sobre la mesa y ponerse de pie. -¡Ayúdame! -le suplicó con voz entrecortada-. ¡Por favor, ayúdame! Tú siempre sabes lo que está bien. Yo tengo que hacer lo correcto. ¡Por favor, que alguien me ayude! -suplicó mirando a Katherine, que parpadeaba para contener las lágrimas, y luego a Ted.

De repente sintió que su padre la abrazaba y se aferró a él con fuerza. El reverendo Mathison le acarició la espalda como solía hacer cuando era chica y lloraba porque se había lastimado.

-Ya sabes lo que tienes que hacer -dijo con voz áspera-. Ese hombre debe ser apresado y detenido. Ted -dijo, no pudiendo ocultar el impacto que acababa de recibir-, tú eres el abogado. ¿Cuál es la mejor manera de manejar este asunto sin seguir incriminando a Julie?

Ted permaneció algunos instantes pensativo.

-Nuestro mejor recurso es Paúl Richardson. Podría llamarlo e intentar hacer un trato con él. Julie le entrega a Benedict a cambio de que él no la acuse. De que no se hagan preguntas.

La palabra preguntas sacó a Julie de su torturado estupor. Con voz alarmada, advirtió:

-¡Dile a Paúl que me niego a contestar preguntas acerca de la manera en que me enteré del paradero de Zack! -Pensó en Matt y en Meredith Farrell y en el alegre hombrecito que le había traído el auto... todos leales a un hombre que había traicionado la confianza que depositaron en él, porque estaba enfermo. Porque no lo podía evitar. -Si lo llamas
-dijo, tratando de hablar con tranquilidad-, es necesario que acepte que le diga exclusivamente dónde estará Zack mañana a la noche. No estoy dispuesta a involucrar a nadie más en esto. ¡Y lo digo en serio!

-¡Estás hundida hasta el cuello en una intriga ilegal y te preocupas por proteger a algún otro!
-ladró Ted-. ¿Te das cuenta de lo que podría hacerte Richardson? ¡Podría sacarte de aquí esposada esta misma noche!

Julie iba a contestarle, pero comprendió que ya prácticamente no se podía contener, de manera que en lugar de hablar con su hermano, giró sobre sus talones. Entró en la

cocina y se dejó caer en una silla, lo más lejos posible de ese teléfono por el que harían el llamado que traicionaría a su amante. Estremecida por sollozos silenciosos, se cubrió la cara con las manos, y las lágrimas contra las que luchaba empezaron a correr a torrentes por sus mejillas.

-¡Lo siento, querido! -sollozó con voz entrecortada-. ¡Lo siento tanto...!

Instantes después, Katherine le puso un pañuelo en las manos y se sentó a su lado, para brindarle un apoyo silencioso.

Para cuando Ted entró en la cocina, Julie había conseguido recuperar en parte su control.

-Richardson está dispuesto a hacer el trato -informó-. Estará aquí dentro de tres horas. -Se volvió cuando empezó a sonar el teléfono de la cocina y arrancó el tubo de su horquilla. -Sí -dijo-, está aquí, pero no atiende llamados... -Frunció el entrecejo, hizo una pausa, tapó con la mano el tubo y le dijo a Julie: -Es una persona que dice llamarse Margareth Stanhope. Asegura que es urgente.

Julie asintió, tragó con fuerza y extendió la mano para que Ted le pasara el tubo.

-¿Ha llamado para regodearse, señora Stanhope? -preguntó con amargura.

-No -contestó la abuela de Zack-. He llamado para pedirle, para suplicarle, que si sabe dónde está, lo entregue antes de que asesine a otro inocente.

-¡Se llama Zack! -exclamó Julie con furia-. ¡No siga evitando pronunciar el nombre de su propio nieto!

La anciana respiró con fuerza y cuando habló, su voz era casi tan atormentada como la de Julie.

-Si sabe dónde está Zack -suplicó-, si sabe dónde está mi nieto -agregó-, ¡por favor, por amor de Dios, deténgalo!

La animosidad de Julie se esfumó al oír el tono angustiado de esa voz orgullosa.

-Lo haré -susurró.



LIbrodot

*59*

-En nombre de la tripulación del vuelo 614, queremos agradecerles por haber volado en Aero-México -dijo la azafata-. No olviden -agregó con voz alegre- que es la compañía aérea que los llevó a destino con veinte minutos de adelanto. -Luego su voz se tornó más seria. -Por favor, permanezcan en sus asientos con el cinturón de seguridad ajustado hasta que el avión se haya detenido. Sentada entre Ted y Paúl Richardson, en una de las filas de atrás del avión atestado, Julie aferró con fuerza la mano de su hermano y sintió que se le formaba un nudo en la boca del estómago cuando el avión se detuvo y un ómnibus salió a buscar a los pasajeros desde la terminal. Su corazón empezaba a gritarle que eso no estaba bien, su conciencia le gritaba que había hecho lo correcto y que estaba atrapada sin remedio entre dos fuegos. A su lado, Paúl Richardson notó que empezaba a respirar agitada-mente y le tomó la otra mano en una de las suyas.

-Tómalo con calma, querida -dijo en voz baja y tranquilizadora-. Ya casi ha terminado todo. Todas las salidas del aeropuerto están vigiladas.

Julie apartó la mirada de los pasajeros que comenzaban a ponerse de pie y a reunir sus cosas.

-¡No lo puedo hacer! ¡No puedo! ¡Me voy a descomponer!

Paúl le apretó la mano con más fuerza.

-Te falta el aire. Respira hondo. Julie se obligó a obedecer.

-¡No permitas que nadie lo lastime! -susurró con fiereza-. Me prometiste que no permitirías que nadie lo lastimara.

Paúl se puso de pie y urgió con suavidad a Julie para que lo imitara. Ella apartó el brazo que Paúl trataba de tomarle.

-¡Quiero que me vuelvas a prometer que no permitirás que nadie lo lastime!

-Nadie quiere hacerle daño, Julie -contestó él, como si se dirigiera a una niñita asustada-. Por eso estás aquí. Quisiste asegurarte de que nadie le haría daño y yo te dije que habría menos posibilidades de violencia si Benedict te ve y cree que quedarás atrapada en medio de un tumulto. ¿Recuerdas?

Al ver que ella asentía, empezó a avanzar, colocando una mano debajo del codo de Julie.

-Bueno, ya vamos -dijo-. De ahora en adelante, Ted y yo nos quedaremos unos pasos detrás de ti. No tengas miedo. Mi gente está diseminada por toda la terminal y fuera de ella, y tu seguridad es nuestra primera prioridad. Si Benedict empieza a disparar, arriesgarán sus vidas por protegerte.

-Zack jamás me haría daño -aseguró ella con desdén.

-No está bien de la cabeza. Es imposible saber lo que hará si llega a darse cuenta de que lo vendiste. Por eso, suceda lo que suceda, simularás estar de su lado hasta que nos hayamos apoderado de él. ¿Recuerdas que ya conversamos acerca de todo esto? -Se echó atrás cuando estaban por llegar a la puerta del avión. -¿Lo tienes todo claro?

Julie tuvo ganas de gritar que nada estaba claro, pero se clavó las uñas en las palmas de las manos y de alguna manera logró asentir.

-Muy bien, ahora todo depende de ti -dijo Paúl. La detuvo al llegar a la puerta del avión, le quitó el tapado que llevaba sobre los hombros y se lo colocó sobre el brazo. -Dentro de cinco minutos, todo habrá terminado. No pienses más que en eso... sólo

faltan cinco minutos. Y recuerda: no lo busques, deja que él te encuentre a ti.

La observó caminar con lentitud delante de ellos, y cuando se les hubo adelantado algunos metros, él también avanzó, con Ted a su lado. En cuanto se alejaron de la tripulación del avión y estuvo seguro de que no escucharían sus palabras, Ted se volvió con furia hacia él.

-¡No tenías ningún derecho de someterla a todo esto! Tú mismo dijiste que el aeropuerto entero es un hervidero de agentes del FBI y de policías mexicanos. ¡No te hacía falta Julie para poner a descubierto a Benedict!

Paúl se desabrochó el saco y se aflojó la corbata;

era la perfecta imagen de un empresario vestido de manera informal, que llegaba a Ciudad de México con un amigo para pasar unos días en los que combinarían negocios y placer. Metió las manos en los bolsillos y le contestó a Ted con una sonrisa tensa.

--Te consta que ella misma insistió en venir para asegurarse de que nadie le haría daño a Benedict. Le pedí al piloto que ordenara que hubiera un médico en el aeropuerto. El doctor estará a mano para darle un sedante en cuanto todo esto haya pasado.

-Si fueras la mitad de lo inteligente que crees ser, tu gente ya habría apresado a Benedict, y no lo lograron, ¿no es así? Lo averiguaste cuando fuiste a la cabina de control para hablar por radio, ¿no?

La sonrisa de Paúl se hizo más amplia, pero sus palabras fueron ominosas.

-Tienes razón. De alguna manera logró esquivar a mis hombres, o tal vez ni siquiera haya venido. El FBI no tiene jurisdicción en México. Hasta que consigamos tener a Benedict del otro lado de la frontera, lo único que podemos hacer es "cooperar" con la policía mexicana en este operativo, y te aseguro que ellos no son demasiado hábiles para este tipo de cosas.

Temblando desde los dedos de los pies hasta las uñas de las manos, Julie se encaminó, trastabillante, hasta la puerta donde los viajeros eran recibidos por sus familiares y amigos. Buscaba como loca con la mirada a un hombre alto y morocho que suponía debía esperarla cerca de algún grupo de gente alegre. Al no verlo, avanzó algunos pasos hacia la terminal y vaciló, paralizada por una conflictiva mezcla de alivio y de pánico.

-¡Perdón, señorita! -exclamó un mexicano que pasó a su lado con un niño de una mano y una valija en la otra.

-¡Perdón! -dijo otro hombre, después de empujarla con grosería; era muy alto y morocho y tenía la cara vuelta hacia el otro lado.

-¡Zack! -susurró Julie, aterrorizada. Se volvió con rapidez y lo vio correr hacia una verja rodeada de pasajeros que se aprestaban a abordar un avión. Tres mexicanos, que estaban apoyados contra un poste, la miraron fijo, después miraron al hombre, y luego nuevamente a ella. En ese momento Julie vio la cara del morocho alto. No era Zack.

El sistema de altoparlantes del aeropuerto resonaba con fuerza en sus oídos y la ensordecía. "Anunciamos la llegada del vuelo 620, procedente de Los Ángeles en la puerta A-64. El vuelo 1162, procedente de Phoenix llega a la puerta A-2 3. El vuelo..."

Cada vez más temblorosa, Julie levantó una mano para apartarse un mechón de pelo de la cara y empezó a caminar como ciega por la terminal. En ese momento quería que todo sucediera sin que ella tuviera que presenciarlo. Cuatro minutos más. Si camino rápido, pensó, si no miro hacia derecha o izquierda, Zack surgirá desde detrás de un pilar, o en una puerta, y lo arrestarán y todo habrá terminado.

Por favor. Dios, te pido que suceda rápido, rogaba en una especie de letanía que pronunciaba al mismo ritmo de sus pasos largos. En la aduana no la habían detenido. No permitas que le hagan daño. Que suceda rápido, continuaba rogando.

Siguió caminando con rapidez, se abrió paso por entre los pasajeros que salían de la

atestada puerta de seguridad y, sin acortar el paso, miró la flecha que señalaba la salida de la terminal, hacia donde se dirigió. No permitas que le hagan daño... No permitas que le hagan daño... Por favor, que Zack no esté aquí... rogaba mientras caminaba. Dos minutos más. Delante de sí vio las puertas que conducían a la zona muy iluminada donde esperaban taxis y automóviles particulares, con las luces prendidas. Permite que no esté aquí. Permite que no esté aquí. Permite que no esté aquí. Permite que no esté... aquí.

No estaba allí.

Julie se detuvo en seco, ignorando que la gente la empujaba, ignorando a la multitud que la rodeaba riendo y conversando a los gritos, y que trataba de adelantársele para llegar a la salida. Se volvió con lentitud y miró más allá de Paúl Richardson, que se había detenido y parecía estar conversando con Ted... más allá del grupo de mexicanos alegres que se dirigían hacia ella, *más alla.* del anciano alto, agachado, de pelo gris que llevaba una valija, y tenía la cabeza inclinada... más allá de la madre con... ¡El anciano! Julie volvió a mirarlo en el preciso instante en que él levantaba la vista y fijaba en ella... sus cálidos y sonrientes ojos dorados.

Lanzando una silenciosa advertencia, Julie dio un paso adelante, dos, y empezó a correr, a abrirse paso entre la multitud, tratando de colocarse entre él y el peligro, en el momento en que una voz de hombre gritaba:

-¡No se mueva, Benedict!

Zack quedó como petrificado. Los hombres lo aferraron y lo arrojaron contra la pared, pero él mantuvo la mirada clavada en Julie, como para advertirle que no se acercara. Entonces se desató un pandemónium. Los pasajeros gritaban, tratando de apartarse del camino de los Federales Mexicanos que corrían hacia adelante, esgrimiendo sus armas. Y en medio de la batahola, Julie se oyó gritar como enloquecida.

-¡No le hagan daño! ¡No le hagan daño! Paúl Richardson la tomó de un brazo y la obligó a retroceder.

-¡Lo están lastimando! -aulló Julie, haciendo esfuerzos desesperados por ver lo que sucedía más allá de las espaldas de los hombres que se interponían entre ella y Zack-. ¡Lo están lastimando!

-¡Ya pasó todo! -le gritó Paúl al oído, mientras trataba de contenerla y calmarla-. ¡Está bien! ¡Ya pasó todo!

Julie por fin registró las palabras y quedó como petrificada. Incapaz de liberarse ni de apartar la mirada, observó, paralizada de angustia, que Zack estaba rodeado, que lo palpaban de armas bajo la supervisión de un hombre bajo, impecablemente vestido, y de pelo escaso, que parecía haberse hecho cargo del operativo. Sonreía al ver que Zack era zamarreado por los Federales Mexicanos, y Julie lo escuchó decir:

-Ahora iremos a casa, Benedict. Y estaremos juntos durante mucho, mucho tiempo... -Se interrumpió cuando uno de los Federales sacó algo del bolsillo de Zack y se lo tendió. -¿Qué es eso? -preguntó.

El Federal dejó caer el objeto en la palma de la mano del individuo de baja estatura y Julie se puso tensa al ver la maldad con que él miraba alternadamente lo que tenía en la mano y el rostro de Zack. -¡Qué tierno! -se burló. De repente se volvió y se acercó a Julie. -Soy Hadley, el director de la Penitenciaría de Amarillo -se presentó. Enseguida le tendió el objeto que tenía en la mano. -Apuesto a que esto era para usted.

Julie no reaccionó, no podía moverse, porque en ese momento Zack la miró y al ver la expresión de sus ojos, tuvo ganas de morir. En silencio, le estaba diciendo que la amaba. Le decía que lo lamentaba. Le decía adiós.

Porque todavía creía que los había llevado hasta él accidentalmente.

-¡Tómelo! -ordenó Hadley en un tono horripilante.

Sorprendida, Julie extendió una mano. El objeto que Hadley dejó caer en ella era un delgado anillo de diamantes.

-¡Oh, no! -gimió ella apretándolo contra su pecho mientras las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas-. ¡No, no, no...!

Ignorándola, Hadley se volvió hacia los policías mexicanos.

-Sáquenlo de aquí -ordenó señalando con la cabeza las puertas donde acababan de aparecer docenas de patrulleros. Pero en el momento en que los Federales lo empezaban a sacar a los empujones, Hadley los detuvo. -¡Un momento! -ordenó. Entonces se dirigió hacia Julie, se detuvo junto a ella y le habló con una sonrisa malvada. -Señorita Mathison, he sido muy grosero. Todavía no le he agradecido su cooperación. Si usted no nos hubiera ayudado a armar toda esta escena, tal vez nunca hubiéramos podido apoderarnos de Benedict.

Zack levantó la cabeza y clavó la mirada en el rostro culpable de Julie. Espantada, ella vio que al principio la miraba con incredulidad. Y luego con odio. Un odio tan profundo que todos los músculos de su rostro se apretaron para formar una máscara de ira. Presa de una explosión de furia, se retorció entre las manos de los policías y se lanzó hacia la puerta.

-¡Sostengan a ese hijo de puta! -gritó Hadley, y su tono de alarma hizo que los Federales empezaran a castigar a Zack con sus varas reglamentarias.

Julie oyó el ruido del golpe de madera contra hueso, vio que Zack caía de rodillas al piso, y cuando los Federales volvieron a levantar las varas para seguir golpeándolo, se volvió loca. Se liberó de las manos de Paúl y se lanzó contra Hadley. Llorando, enloquecida de dolor por el hombre tendido en el piso, rasguñó la cara de Hadley y lo pateó presa de un terrible frenesí, mientras Paúl trataba de impedírselo. Hadley levantó el puño para pegarle, pero lo detuvo la furiosa advertencia de Paúl:

-¡Si la llega a tocar, le arrancaré la laringe, sádico de mierda! -Enseguida Paúl levantó la cabeza y le gritó a uno de sus hombres: -¡Traigan a ese maldito médico de una vez! -luego se volvió hacia Hadley para agregar: -¡Y usted saque a ese hombre de aquí!

Pero no había ninguna necesidad de que le preocupara la posibilidad de tener que interrumpir otra pelea... Julie se deslizaba lentamente en sus brazos, desmayada.

60

El doctor Delorik salió del dormitorio de su paciente y sonrió a la familia de Julie con expresión
alentadora.

--Es una joven muy fuerte. En veinticuatro horas estará físicamente bien -prometió-. Si quieren, pueden entrar a desearle buenas noches. Está bajo el efecto de sedantes, de manera que es posible que no sabrá que no es de noche sino de mañana, y tal vez no responda y ni siquiera se dé cuenta de que ustedes estuvieron allí, pero de todos modos quizá la presencia de su familia la ayude a descansar mejor. Transcurrirán un par de días hasta que se sienta con ganas de
volver a trabajar.

-Llamaré al director de la escuela para explicárselo -dijo enseguida la señora Mathison, y se puso de pie, mirando con ansiedad la puerta del dormitorio de
Julie.

-No tendrá que darle demasiadas explicaciones a él o a ningún otro -respondió el médico-. Por si todavía no han prendido el televisor, les diré que lo que sucedió anoche en el aeropuerto de Ciudad de México está en todos los programas de noticias, completo, con videotapes proporcionados por los turistas que tenían minicámaras en el aeropuerto. La buena noticia es que, a pesar de los golpes que los policías mexicanos le dieron a Benedict, la prensa está presentando a Julie como una heroína que colaboró con la policía en una trampa inteligente para atrapar
a un asesino.

Todos lo miraron sin dar muestras de placer ante la "buena noticia", de manera que el médico se puso el sobretodo y continuó diciendo:

-Alguien debería quedarse con ella durante las próximas veinticuatro horas, sólo para vigilarla y para que no esté sola cuando despierte.

-Nos quedaremos nosotros -dijo James Mathison, rodeando con un brazo los hombros de su esposa.

-Si quieren que les dé un consejo médico, ustedes dos deben volver a su casa y descansar un poco -dijo el doctor Delorik con firmeza-. Usted está extenuada, Mary, y no quiero tener que internarla por un problema cardíaco a causa de todo este alboroto.

-El doctor tiene razón -dijo Ted, completamente decidido-. Ustedes dos vuelvan a casa a descansar un poco. Cari, tú y Sara vayan a trabajar y si quieren, vuelvan esta noche. De todos modos yo tengo dos días francos, de manera que me quedaré aquí.

-¡De ninguna manera! -lo contradijo Cari-. Hace dos días que no duermes, Ted, y además, cuando te quedas dormido, nada te despierta. Jamás oirás a Julie si llega a necesitarte. ,

Ted abrió la boca para discutir, pero de repente se le ocurrió una solución mejor.

-Katherine -preguntó-, ¿te quedarías aquí conmigo? Porque en caso contrario Cari y Sara perderán medio día de trabajo discutiendo conmigo. ¿O tienes algo especial que hacer?

-Quiero quedarme -contestó Katherine con sencillez.

-Entonces está decidido -dijo el reverendo Mathison, y toda la familia se encaminó hacia el dormitorio de Julie, mientras Katherine entraba en la cocina a prepararle el desayuno a Ted.

-Julie, querida, soy yo, papá. Mamá está conmigo. En su sueño drogado, Julie sintió

que algo le tocaba la frente y que la voz de su padre le hablaba en susurros, desde muy, muy lejos.

-Te queremos. Todo saldrá bien. Debes dormir. Después oyó la voz de su madre, llorosa y suave.

-Eres muy valiente, querida. Siempre has sido valiente. Que duermas bien.

Algo áspero rozó su mejilla y Julie hizo una mueca y alejó la cabeza.

-Ésa no es manera de tratar a tu hermano preferido... sólo porque todavía no me haya afeitado... Te quiero, querida -dijo la voz de Carl.

Después le habló Ted, con su habitual tono de broma.

-Carl es un engreído. ¡Yo soy tu hermano preferido! Katherine y yo nos quedaremos aquí. Si te despiertas, llámanos enseguida y te serviremos como esclavos.

Y luego las voces se perdieron, se hundieron en la oscuridad para mezclarse con los otros sonidos extraños y con las imágenes angustiantes de gente que corría y gritaba, pistolas y luces giratorias y un par de ojos helados que se clavaban en ella y la herían como dagas doradas, y el ruido de aviones que rugían y rugían y rugían.

Katherine oyó que se cerraba la puerta de calle cuando estaba colocando tostadas, dulce y un vaso de jugo de frutas sobre una bandeja. Tal como se lo había prometido el día anterior, Ted la llamó en cuanto llegó de regreso con Julie y, como cuando ella llegó la familia ya estaba reunida, lo único que sabía sobre lo ocurrido en México era la breve y sin duda suavizada versión que Ted les contó a sus padres.

Se encaminó al living con la bandeja en la mano, y en la puerta se detuvo al ver a Ted hundido en el sofá, agachado hacia adelante, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Era una postura de tanta desesperanza, que Katherine enseguida se dio cuenta de que no sólo era provocada por el cansancio. -Fue terrible lo de México, ¿verdad? -preguntó en voz baja.

-Peor que eso. Fue una pesadilla. La única bendición es que desde antes de que todo empezara, Julie estaba tan histérica, tan sobrepasada, tan tensa, que creo que no registró ni la mitad de lo que sucedía. Además, Paúl Richardson consiguió mantenerla alejada y donde no pudiera ver demasiado. Pero yo -agregó con tono sombrío- tuve una ubicación de ringside, y no estaba histérico. Dios, fue peor que todo lo que pude haber imaginado...

Al ver que Ted no sabía cómo empezar a explicarle lo sucedido, Katherine preguntó:

-¿Quieres decir que Benedict se puso violento? ¿Que trató de agredir a Julie?

-¿Violento? -repitió Ted con tono amargo-. ¿Que si trató de agredirla? Casi quisiera que lo hubiera intentado. Habría sido muchísimo más fácil para ella.

-No comprendo.

Ted lanzó un suspiro, se recostó contra el respaldo del sofá, miró el cielo raso y lanzó una carcajada sombría.

-No, no se puso violento. En el instante en que se dio cuenta de que lo habían identificado, quedó como petrificado, no trató de moverse ni de correr, sólo se quedó parado y se entregó sin luchar. Miró fijo a Julie y meneó la cabeza, advirtiéndole que se apartara y se ocultara... No retrocedió ni dijo una sola palabra, ni siquiera cuando lo esposaron y lo empujaron contra la pared para palparlo de armas. La policía de México no tiene problemas en utilizar lo que nosotros llamamos "fuerza injustificada", y .con el pretexto de palparlo lo empezaron a maltratar. Uno le golpeó los ríñones con la varita, otro detrás de las rodillas, y él no luchó, ni se defendió, ni emitió un sonido. Dios, en mi vida he visto actuar así a un hombre cuando lo apresan y las cosas se ponen violentas. Era como si estuviera tan desesperado por mantener las cosas en

calma, que no le importaba lo que hicieran con él. Julie no alcanzaba a ver lo que estaba sucediendo, y sin embargo no hacía más que gritar, pidiendo que no lo lastimaran.

-Bebe esto antes de seguir contándome -dijo Katherine, alcanzándole un vaso de jugo de naranja. Ted se irguió y lo tomó con una sonrisa de agradecimiento. -¿Y cómo terminó todo? -preguntó ella cuando Ted hubo terminado de beber el jugo.

Él meneó la cabeza y volvió a su postura anterior.

-Mira -dijo con tono cáustico-, lo que te conté hasta ahora fue la parte buena del asunto.

-¿Y la mala? -preguntó Katherine, atemorizada.

-Eso vino un poco después, cuando sacaban a Benedict a la rastra. Hadley, el director de la Penitenciaría de Amarillo, que además de hijo de puta es un sádico, se detuvo a felicitar a Julie delante de Benedict.

-¿Y eso por qué lo convierte en un sádico?

-Para comprenderlo, tendrías que haber visto su sonrisa. Ante Benedict, que se hallaba allí parado, Hadley deliberadamente dio a entender que Julie había tramado todo el encuentro en México para poder atraparlo y entregarlo a la policía.

Katherine se llevó una mano al cuello y Ted asintió, como aprobando su inconsciente gesto defensivo.

-Acabas de ver el cuadro, y Benedict también lo vio. ¡Dios! ¡Hubieras visto su expresión! Era una expresión... asesina. Es la única palabra que se me ocurre, y ni siquiera alcanza a describirla. Entonces trató de llegar hasta Julie, o quizás haya tratado de alejarse, no sé, pero de cualquier manera los Federales utilizaron eso como excusa para empezar a castigarlo delante de Julie. Entonces ella se volvió loca y atacó a Hadley. Después se desmayó, gracias a Dios.

-¿Y por qué no hizo algo Paúl Richardson para impedir que sucediera todo eso?

Ted frunció el entrecejo y depositó el vaso sobre una mesa.

-Paúl tenía las manos atadas. Mientras estuviéramos del otro lado de la frontera, tenía que proceder de acuerdo con el sistema de ellos. El único motivo por el que estaba involucrado el FBI era porque había un cargo federal de secuestro contra Benedict. El gobierno mexicano accedió a cooperar con velocidad, pero los Federales tenían completa jurisdicción sobre Benedict hasta que lo hubieran entregado en territorio estadounidense.

-¿Y cuánto demorarán en hacerlo?

-En este caso, nada. En lugar de llevarlo en auto hasta la frontera, que es lo que normalmente hubieran hecho. Paúl los convenció de que lo trasladaran hasta allí en un pequeño avión privado. El avión que llevaba a Benedict despegó al mismo tiempo que el nuestro. Pero antes de que abandonáramos el aeropuerto, los Federales tuvieron un tardío ataque de conciencia social -agregó con sarcasmo-. Confiscaron las películas de todos los turistas que tenían consigo una cámara. Paúl pudo conseguir un par de videotapes que ellos pasaron por alto, no por cariño a los Federales, sino para impedir que Julie fuera vista aquí en películas. En el televisor del aeropuerto pude ver uno de los videos que algún turista logró tomar, pero casi todo el tiempo la cámara enfocaba a Benedict. Por lo menos eso es una bendición.

-Yo creí que Paúl volvería aquí con Julie.

Ted meneó la cabeza.

-Tenía que estar en la frontera para recibir a Benedict de manos de los Federales y luego entregárselo a Hadley. Katherine lo estudió durante algunos instantes.

-¿Y eso es todo lo que sucedió?

-No -confesó él-. Hubo un detalle más, un golpe de muerte para Julie que no te conté.

-¿Qué fue?

-Esto -dijo Ted, metiendo la mano en el bolsillo de la camisa-. Benedict tenía esto y Hadley se lo entregó a Julie, gozoso. -Abrió la mano y dejó caer el anillo sin ceremonia alguna en la palma de la mano de Katherine, que lo miró con incredulidad. Luego se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¡Dios mío! -susurró, mirando el resplandeciente círculo de diamantes-. Es evidente que quería darle algo muy especial. Este anillo es exquisito.

-No te pongas sentimental -advirtió Ted, pero su propia voz estaba ronca-. Ese hombre es un maníaco, un asesino...

Katherine tragó con fuerza y asintió.

-Ya sé.

Ted miró alternativamente el anillo que ella sostenía en la mano derecha y el enorme diamante que lucía en la izquierda.

-Es pequeño, comparado con el cascote que usas tú.

Ella rió.

-El tamaño no lo es todo, y además, Julie no hubiera podido usar un anillo como éste porque habría llamado la atención en todas partes. Así que le compró uno más lógico. \

-Que no es más que una alianza con diamantes. Katherine negó con la cabeza.

-Este anillo no tiene nada de ordinario. El engarce no es de oro sino de platino, y la circunferencia completa está rodeada de diamantes.

-Sí, pero no son grandes -insistió Ted, tan aliviado como ella de no seguir hablando del tema anterior.

-El tamaño de las piedras tampoco es lo más importante -afirmó Katherine, haciendo girar el anillo entre sus dedos-. Estos diamantes son excepcionales y tienen un corte muy caro.

-Son cuadrados.

-Oblongos. El corte que tienen se llama "radiante". Benedict tiene un gusto exquisito.

-Es un loco y un asesino.

-Tienes razón -dijo Katherine dejando el anillo sobre una mesa. Entonces levantó la mirada y Ted contempló ese rostro hermoso que antes lo hipnotizaba. Ahora Katherine estaba tan distinta... más madura, más suave, más dulce... preocupada por los demás en lugar de vivir pensando en sí misma. Y mil veces más deseable. -No empieces a culparte por lo que le sucedió a Julie -dijo con suavidad-. La salvaste de una vida infernal, y ella lo sabe.

-Gracias -dijo Ted en voz baja. Después estiró un brazo sobre el respaldo del sofá, echó atrás la cabeza y cerró los ojos. -¡Estoy tan cansado, Kathy!

-Como si en su cuerpo renaciera un recuerdo sin la aprobación de su mente extenuada, la mano de Ted se curvó sobre el hombro de Katherine y la atrajo hacia sí. Recién cuando la mejilla de ella descansó contra su pecho y Kathy apoyó una mano sobre su brazo, Ted se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Pero le pareció bastante inofensivo.

-Tú y yo tuvimos suerte -susurró ella-. Nos vimos, nos enamoramos, nos casamos. Y después lo arrojamos todo al tache de basura.

-Ya sé. -La pena que percibió en su propia voz lo obligó a abrir los ojos sorprendido y enojado a la vez, y bajó la cabeza para mirarla. Katherine quería que la besara, lo

tenía escrito en su rostro. -No -dijo Ted, cerrando los ojos. Ella frotó la mejilla contra su pecho y Ted sintió que su resistencia comenzaba a flaquear. -¡No sigas! -advirtió-. Porque si no, iré a acostarme al cuarto de al lado. -Katherine se detuvo en el acto, pero no retrocedió enojada ni lo atacó, como él casi hubiera deseado. Minutos antes estaba muerto de cansancio, extenuado; pero en ese momento su cuerpo volvía a la vida y su voz parecía tener voluntad propia. -O te levantas --advirtió sin abrir los ojos-, o te sacas ese anillo que llevas puesto.

-¿Por qué? -preguntó ella en un susurro.

-¡Porque maldito sea si estoy dispuesto a hacerte el amor mientras uses el anillo de otro hombre!

Un diamante de un millón de años, valuado en un cuarto de millón de dólares, rebotó sobre una mesa ratona. La voz de Ted fue una mezcla de risa y quejido.

-Kathy, eres la única mujer en el mundo capaz de hacer eso con ese anillo.

-Soy la única mujer en el mundo para ti. Ted volvió a echar atrás la cabeza y cerró los ojos, tratando de ignorar la verdad de ese comentario, pero su mano ya se curvaba alrededor del cuello de Kathy, sus dedos le levantaban la cara. Abrió los ojos y la miró, recordando el infierno que había sido estar casado con ella... y el vacío que había sido su vida sin ella. También vio una lágrima que temblaba en las pestañas de Katherine.

-Ya sé que lo eres -susurró. Inclinó la cabeza y tocó con la lengua esa lágrima salada.

-Si me das otra oportunidad, te lo demostraré -prometió ella.

-Ya sé que lo harás -susurró Ted, besando una segunda lágrima.

-¿Me darás otra oportunidad? Ted le levantó la barbilla, la miró a los ojos, y supo que estaba perdido.

-Sí.

61

Todavía algo desorientada por las drogas que le habían administrado veinticuatro horas antes, Julie se llevó una mano a la cabeza dolorida y salió tambaleante del dormitorio en dirección a la cocina. Al llegar se detuvo en seco ante el espectáculo increíble que tenía ante la vista: junto a la pileta, Ted y Katherine estaban abrazados en una actitud decididamente apasionada. En ese momento Julie vivía en un estado de confusión, y sonrió ante la escena tan doméstica y acogedora.

-Han dejado la canilla abierta -comentó, y los tres se sobresaltaron al oír su voz, que parecía un graznido. Ted levantó la cabeza y le sonrió, pero Catherine saltó como si la hubiesen sorprendido haciendo algo pecaminoso, y se apartó de Ted.

-¡Lo siento, Julie! -exclamó.

-¿Por qué? -preguntó Julie, dirigiéndose a un armario para sacar un vaso y servirse un poco de agua. La bebió, tratando de calmar su extraña sed.

-Siento que nos hayas encontrado así.

-¿Por qué? -volvió a preguntar Julie mientras volvía a llenar el vaso con agua, pero se le estaba empezando a aclarar la mente y los recuerdos pugnaban por surgir.

-Porque no deberíamos estar así delante de tí -balbuceó Katherine, incómoda-, cuando se supone que estamos aquí para ayudarte a afrontar lo que sucedió en México... -Sé interrumpió, horrorizada, al ver que el vaso se deslizaba de los dedos de Julie e iba a estrellarse contra el piso.

-¡No! -explotó Julie, apoyándose contra la mesada y haciendo un esfuerzo sobrehumano para borrar el recuerdo del rostro furioso de Zack justo ames de que la policía mexicana empezara a pegarle y luego del ruido que hizo su cuerpo al caer sobre el piso del aeropuerto. Se estremeció una y otra vez, cerró los ojos para tratar de no ver la escena, y después de un minuto, logró erguirse. -No vuelvas a hablar nunca de eso -pidió-. Yo estoy bien -agregó, con más decisión que verdad-. Ya terminó todo. Estaré bien si ustedes no hablan del asunto. Tengo que hacer un llamado -agregó, mirando el reloj de pared. Y sin darse cuenta de que estaba haciendo lo contrario de lo que acababa de pedirles, tomó el teléfono, llamó a la oficina de Paúl Richardson y dio su nombre a la secretaria. Su última explosión emotiva la había dejado llena de miedo y como vacía. Al mirar sus manos y verlas temblorosas, se dio cuenta de que estaba tensa hasta el punto del colapso nervioso, y eso debía terminar de una vez por todas. Se recordó que la vida era dura para mucha gente, y que debía dejar de flaquear ante cada golpe. Ya. Enseguida. Tenía dos opciones: pedir la receta de un sedante y convertirse en una zombie, o enfrentar el futuro de una manera tranquila y racional. El remedio del tiempo curaría lo demás. No más lágrimas, se prometió. No más exabruptos. No más dolor. Había gente que dependía de ella, sus alumnos regulares y las mujeres a quienes enseñaba a leer por las noches. Sobre todo ellas, que la admira-

ban y a quienes debía demostrar cómo enfrentar la adversidad.

Tenía que proseguir con sus clases. Tendría que empezar a trabajar y mantenerse ocupada. No debía desfallecer.

-Paúl -dijo, sólo con un leve temblor en la voz cuando él atendió-. Tengo que ver a Zack, tengo que explicarle...

Paúl le contestó con un tono comprensivo y bondadoso pero que no admitía discusión.

-Por el momento no será posible. Durante un tiempo no podrá recibir visitas en Amarillo.

-¿Amarillo? ¡Me prometiste que lo internarían en un instituto psiquiátrico para que fuera evaluado y recibiera tratamiento!

-Dije que trataría de lograrlo, y lo intentaré, pero esas cosas toman tiempo, y...

-No me vengas a decir ahora que "necesitas tiempo" -advirtió Julie, pero consiguió no perder la compostura-. El director de la cárcel es un monstruo. Es un sádico y pudiste comprobarlo en México. Hará azotar a Zack hasta que...

-Hadley no le pondrá una mano encima -interrumpió Paúl con suavidad-. Por lo menos eso es algo que te puedo prometer.

-¿Cómo lo sabes? ¡Yo necesito estar segura!

-Lo sé porque le advertí que tendríamos que interrogar a Benedict con respecto a la acusación de secuestro, y que esperábamos encontrarlo en perfectas condiciones físicas. Hadley sabe que me resulta desagradable y sabe que hablo en serio. No hará tonterías conmigo ni con el FBI, sobre todo cuando las autoridades carcelarias ya lo están investigando a raíz del levantamiento que se produjo el mes pasado en la prisión. Su trabajo y su piel le importan demasiado, y no va a arriesgarlos.

-Pero yo te advierto que no estoy dispuesta a permitir que se me utilice para acusar a Zack de secuestro -le recordó Julie con tono seguro.

-Ya lo sé -contestó Paúl, conciliador-. Es una manera de mantener controlado a Hadley, a pesar de que no creo que sea realmente necesario. Como te dije, el hombre ya sabe que las autoridades carcelarias están investigando su conducta y lo observan de cerca. -Oyó que Julie lanzaba un suspiro de alivio. -Tengo la impresión de que hoy estás un poquito mejor. Trata de descansar. Iré a verte este fin de semana.

-No creo que ésa sea una buena idea...

-Iré aunque no quieras verme -interrumpió él con firmeza-.Tú puedes preocuparte por Benedict, pero yo me preocupo por ti. Ese hombre es un asesino y tú hiciste lo que debías hacer, por el bien de Benedict y por el de todos. Jamás lo dudes.

Julie asintió, diciéndose con firmeza que Paúl tenía razón.

-Estaré bien -aseguró-. Te lo digo en serio. Cuando cortó, miró a Katherine y a Ted.

-Les aseguro que estaré bien -les prometió-. Ya lo verán. -En su rostro apareció una sonrisa trémula. -Es agradable saber que de esta pesadilla salió algo bueno... lo de ustedes dos.

Después de tomar el desayuno, obligada por Ted y Katherine, se levantó para hacer un segundo llamado telefónico.

Con la firme intención de convencer a Matt Farrell de que pusiera en juego sus considerables influencias para lograr que internaran a Zack en un instituto psiquiátrico, Julie marcó su número privado de Chicago. La secretaria le pasó el llamado, pero cuando Farrell tomó el teléfono, su reacción fue mucho peor de lo que Julie hubiera podido imaginar.

-¡Perra maldita! -dijo con voz sibilante de furia-. ¡Debía haber sido actriz! No

puedo creer que fui lo suficientemente imbécil para tragarme su actuación y permitir que me utilizara para atrapar a Zack! -Y con esas palabras cortó la comunicación. Julie se quedó mirando el tubo que tenía en la mano y se dio cuenta de que el amigo de Zack no creía que él fuera culpable del asesinato de Tony Austin. Entonces, la necesidad de obtener lo que se proponía y al mismo tiempo explicar su posición se convirtió en una compulsión. Llamó a Chicago, obtuvo el ' número de teléfono de Bancroft & Compañía y pidió hablar con Meredith Bancroft. Cuando la secretaria de Meredith insistió en saber quién llamaba antes de comunicarla, Julie supuso que Meredith se negaría a atenderla.

Sin embargo, a los pocos instantes le oyó la voz-una voz fría y reservada, pero por lo menos estaba dispuesta a hablar con ella.

-No entiendo qué puedes querer conversar conmigo, Julie -fueron sus primeras palabras.

-¡Por favor, sólo te pido que me escuches! -dije Julie, sin poder evitar un tono de súplica-. Hace unos minutos llamé a tu marido para preguntarles: tenía alguna influencia para poder conseguir que internaran a Zack en algún instituto psiquiátrico pero cortó antes de que se lo pudiera decir.

-No me sorprende. Te odia con toda el alma.

-¿Y tú? -preguntó Julie, tragando con fuerza para tratar de tranquilizarse-. ¿Crees, como él, que la noche que estuvieron en casa tramé un plan para atrapar a Zack y entregarlo, y que los usé a ustedes?

-¿No fue eso lo que hiciste? -preguntó Meredith, pero Julie notó cierta vacilación en su voz y se aferró a eso.

-¡No es posible que creas eso! -farfulló, desesperada-. ¡Por favor, te pido por favor que no lo creas! Después de que ustedes estuvieron en casa, fui a ver a la abuela de Zack y ella me contó la verdad acerca de la forma en que murió Justin, el hermano de Zack. ¡Meredith, Zack lo mató de un tiro! Tres personas han muerto por haberse cruzado en su camino. Tienes que comprender que no pude permitir que siguiera matando más gente. ¡Por favor, créeme!

A cientos de kilómetros de distancia, Meredith se recostó contra el respaldo de su sillón y se refregó la sien, recordando las risas y el amor vividos en el living de Julie.

-Te... te creo -dijo por fin-. Lo que viviste la noche en que Matt y yo estuvimos en tu casa no pudo ser una actuación. Amabas perdidamente a Zack y nada más lejos de tus pensamientos que la posibilidad de permitir que lo atraparan.

-Gracias -susurró Julie con sencillez-. Adiós.

-¿Estarás bien? -preguntó Meredith.

-Ya no recuerdo lo que es "estar bien" -contestó Julie con una risa entrecortada. Pero enseguida se sacudió su autocompasión. -Lo soportaré. Estaré bien -dijo con tono amable.

62

Durante las semanas siguientes, Julie consiguió sobrevivir de la única manera que sabía: desterró por completo de su vida el televisor y la radio, se enfrascó en el trabajo y en una docena de actividades cívicas y religiosas, y se mantuvo en permanente actividad hasta que, por la noche, caía extenuada en la cama. En Keaton nadie dudaba de los motivos que la llevaban a desarrollar una actividad tan frenética, pero a medida que transcurrían los días, las miradas subrepticias y compasivas eran cada vez menos frecuentes y nadie fue nunca lo bastante tonto o desalmado como para felicitarla por su valentía de haber entregado a la policía al hombre a quien amaba.

Los días se convirtieron en semanas que transcurrían confusas, en medio de una actividad febril, pero lentamente, muy lentamente, Julie empezó a recuperar otra vez el equilibrio. Algunos días llegaban a pasar cuatro o cinco horas sin que pensara en Zack, había noches en que antes de dormirse no releía la única carta que le había escrito, y amaneceres en que no permanecía despierta, con la mirada fija en el cielo raso, recordando lo que él le decía mientras le hacía el amor.

Paúl pasaba todos los fines de semana en Keaton. Al principio se alojaba en el motel del pueblo, y luego, por invitación del matrimonio Mathison, en la casa de ellos. En vista de eso, todo el pueblo empezó a comentar que el agente del FBI que había llegado a Keaton para arrestar a Julie Mathison se había enamorado de ella. Pero Julie se negaba a considerar esa posibilidad. Lo hacía porque enfrentarla la obligaría a decirle a Paúl que estaba perdiendo el tiempo, y quería seguir viéndolo. Tenía que seguir viéndolo, porque Paúl la hacía reír. Y porque al verlo, recordaba a Zack. Así que empezaron a salir los cuatro, ellos dos y Ted y Katherine, y a la noche él la acompañaba hasta su casa y se despedía con un beso, cada vez más ardiente. Durante el sexto fin de semana que pasó en Keaton, la paciencia de Paúl empezó a flaquear. Habían ido los cuatro a un cine, y después Julie los invitó a tomar café en su casa. Cuando Ted y Katherine se fueron, Paúl tomó las manos de Julie y la obligó a ponerse de pie.

-He pasado un fin de semana maravilloso -dijo. Ella sonrió y su rostro se suavizó. -Me encanta que me sonrías -susurró Paúl-. Y para asegurarme de que sonreirás cada vez que me recuerdes, te traje algo. -Metió la mano en el bolsillo, del que sacó una cajita chata, forrada en terciopelo. Se la entregó y se quedó mirándola mientras la abría. Era un pequeño payaso de oro con ojos de zafiros, que colgaba de una cadena hermosa y larga. Cuando Julie movió la cadena, notó que los brazos y piernas del payaso se movían, y rió.

-Es precioso -dijo-, y cómico.

-Muy bien. Te propongo que te saques esa cadena que tienes puesta y te lo pruebes -dijo Paúl refiriéndose a la delgada cadena que Julie usaba debajo de la blusa. Julie levantó una mano para cubrirla, pero era demasiado tarde. Paúl ya la había sacado, poniendo al descubierto el anillo que Zack tenía en el bolsillo en el aeropuerto de ciudad de México.

Paúl lanzó una maldición en voz baja y la tomó de los hombros.

-¿Por qué? -preguntó, haciendo un esfuerzo evidente para no zamarrearla-. ¿Por qué te torturas usando esto? ¡Hiciste lo correcto al entregarlo!

-Lo sé -contestó Julie.

-Entonces no sigas pensando en él, ¡maldito sea! Está en la cárcel y allí seguirá durante el resto de su vida. Tú tienes tu propia vida, una vida que debería ser plena, con un marido e hijos. Lo que te hace falta -dijo, y su voz se suavizó mientras deslizaba las manos por los brazos de Julie- es acostarte con un hombre que te haga olvidar lo que viviste con él. Yo sé que se acostaron, Julie -dijo al ver que ella lo

miraba sobresaltada-. Y no me importa.

Ella levantó el mentón y contestó con tranquila dignidad.

-Cuando deje de importarme a mí, estaré lista para alguien más. Pero no antes.

Entre frustrado y divertido. Paúl le acarició el mentón con el pulgar.

-¡Dios, qué cabeza dura eres! ¿Qué harías -dijo en tono de broma- si yo me fuera a Dallas y no volviera?

-Te extrañaría muchísimo.

-Y supongo que crees que por ahora me conformaré con eso -comentó irritado, porque sabía que era así.

Antes de contestar, Julie sonrió y asintió.

-Sí, porque te enloquece como cocina mamá. Riendo, Paúl la tomó en sus brazos.

-Me enloqueces. Nos veremos el fin de semana que viene.

*63*

-Tiene que haber un error -dijo Emily, mirando alternativamente a su marido y al contador-Mi padre jamás hubiera comprado acciones ni invertido dinero en nada que tuviera alguna relación con Tony Austin.

-Los hechos demuestran lo contrario, señorita McDaniels -dijo con tranquilidad Edwin Fairchild-. A lo largo de los últimos cuatro años, ha invertido más de cuatro millones de su fondo fiduciario en Producciones TA, de propiedad del señor Austin Le aseguro que fue todo legal, aunque ciertamente no haya sido rentable, y debo agregar que su padre cometió un error, puesto que por lo visto Austin utilizaba el dinero exclusivamente para pagar su gastos. No implicó que hubiera mala fe por parte de señor McDaniels -aseguró al notar que Emily fruncí, el entrecejo-. Su padre compró las acciones de T para usted y están a su nombre. El único motivo por el que saco este tema, en mi calidad de nuevo consejero financiero, es porque creo que conviene vender las acciones a los herederos de Austin, siempre que quieran comprarlas, o cedérselas a cualquier precio, para que en la próxima declaración conjunta de réditos que hagan ustedes, podamos ponerlas en el rubro de pérdidas. Emily luchó por ordenar sus pensamientos.

-¿Qué dijo mi padre acerca de esta pésima inversión en Producciones TA?

-No me corresponde a mí conversarlo con él, ni cuestionar sus criterios de inversión. Entiendo que su padre se ha encargado del manejo de su fondo fiduciario desde que usted era niña, y la forma en que haya decidido invertir para usted ese dinero es de exclusiva competencia suya. Todo eso es algo entre usted y él. El único motivo por el que yo estoy ahora involucrado es que hace muchos años que manejo los asuntos financieros de su marido y dado que ahora están casados, hay ciertos asuntos que les conciernen a ambos, como el impuesto a los réditos conjunto y demás.

-Mi padre no debe de haber sabido que Producciones TA era de Tony Austin -declaró Emily con firmeza.

Fairchild levantó las blancas cejas, como para demostrar que lo ponía en duda.

-Si eso es lo que prefiere creer...

-No se trata de lo que yo prefiera creer -contestó Emily, riendo-, sino que el hecho .de que mi padre haya sido engañado hasta el punto de haber comprado acciones de la compañía de Tony Austin me parece algo... maquiavélico. Papá despreciaba a ese hombre.

-No comprendo cómo pudieron haberlo engañado -dijo el marido de Emily con tono cuidadosamente neutral, pues sabía lo sensible que era ella cuando se trataba de su padre-. Edwin y yo conversamos del asunto hoy, por teléfono, y es evidente que tu padre tuvo que comprarle las acciones directamente a Austin.

-¿Qué te hace pensar eso?

-Porque TA no cotiza en la bolsa. Como dijo Edwin hace algunos instantes, es una compañía privada y la única manera de comprar acciones sería a través de Austin o su representante.

Emily miró a su marido y al contador.

-¿Y Tony tenía representantes? Edwin Fairchild se puso los anteojos y empezó a buscar un documento.

-Decididamente nunca le pagó a nadie para que lo representara. Según los informes

corporativos de TA, que se pueden obtener en Sacramento, Austin era el único director, ejecutivo y accionista de la empresa. Al investigar el asunto por mi cuenta, averigüé que era también el único empleado de la firma. -Se sacó los anteojos y miró su reloj pulsera de oro. -Ya son más de las seis. No era mi intención retenerlos tanto tiempo, pero creo que hemos tratado todos los puntos necesarios. Si deciden vender las acciones de TA a los herederos de Austin, será mejor que lo hagan cuanto antes, porque lo más probable es que más adelante ellos estén envueltos en procedimientos judiciales. En cuanto me avisen si van a vender o conservar esas acciones, estaré en condiciones de terminar las proyecciones impositivas del año próximo. Dick asintió y Fairchild se volvió hacia Emily con tono conciliatorio.

-No se angustie, señorita McDaniels. Aun en el caso de que su padre haya perdido cuatro millones de su dinero en la compañía de Austin, podremos tomarlo como pérdidas contra las ganancias de sus otras inversiones. En ese caso los beneficios impositivos reducirán la pérdida a menos de tres millones.

-Yo no entiendo nada de finanzas ni de impuestos -les dijo Emily a ambos-. Mi padre siempre se ha encargado de eso en mi nombre.

-Entonces convendría que hablara con él del asunto de las acciones de TA. A lo largo de los últimos cinco años, él hizo cerca de veinte compras distintas, y debe de haber tenido en cuenta algún posible beneficio que nosotros desconocemos. Tal vez el señor McDaniels pueda darle alguna razón por la que convenga conservar esas acciones algún tiempo más.

-Gracias, señor Fairchild, eso es lo que haré.

--Antes de que se vayan -dijo el contador cuando Emily tomó el brazo de su marido--, quiero que quede claro que, en todo lo demás, el manejo que ha hecho su padre de su fortuna es irreprochable. Ha invertido sabiamente su dinero y anotado cada centavo que gastó durante los últimos quince años, incluyendo el dinero invertido en Producciones TA.

Emily se puso tensa.

-No necesito que usted ni nadie me diga que mi padre ha hecho lo mejor para mis intereses. Siempre ha procedido así.

Una vez en el auto, Emily se arrepintió de sus palabras.

-Fui grosera con Fairchild, ¿verdad? -le preguntó a su marido.

En ese momento los detuvo la luz roja de un semáforo y Dick aprovechó para mirarla.

-No estuviste grosera, te pusiste a la defensiva. Pero cuando se trata de tu padre, siempre te pones a la defensiva.

-Ya sé -suspiró ella-, pero hay un motivo.

-Que lo quieres y que él te dedicó su vida -recitó Dick.

Emily lo miró a los ojos.

-Además hay otro motivo. Es bien sabido que, antiguamente, una cantidad de padres de niños actores malgastaron y hasta robaron el dinero que ganaban sus hijos. Aunque ahora hay leyes que impiden que eso suceda, mucha gente ha tratado a papá como si viviera de mi dinero.

-Es evidente que no conocen su departamento, porque de ser así no lo hubieran hecho -comentó Dick-. Hace diez años que no lo hace pintar, y tendría que renovar todos los muebles. El barrio en que vive está en plena decadencia, y dentro de unos años allí ni siquiera será seguro salir a la calle.

-Ya sé todo eso, pero no le gusta gastar. -Volvió a referirse al tema anterior. -No te imaginas lo humillante que le ha resultado a veces ser mi padre. Todavía recuerdo lo que sucedió hace cinco años, cuando decidió comprar un auto. El vendedor estaba dispuesto a venderle un Chevrolet, hasta que yo acompañé a papá para ayudarlo a

elegir el color. En cuanto el tipo me vio y se dio cuenta de quién era papá, le dijo con voz presuntuosa: "¡Esto cambia el asunto, señor McDaniels! Estoy seguro de que su hija preferiría mil veces que usted comprara ese elegante Seville que le gustaba, ¿no es cierto, querida?".

-Si a tu padre le preocupaba tanto lo que pensaba la gente -dijo Dick, olvidando por un instante de disimular el disgusto que le provocaba su suegro-, bien podría haberse buscado un trabajo agradable y respetable, aparte de cuidar a su pequeña Emily. Entonces tal vez ahora tendría algo que hacer, aparte de emborracharse y compadecerse porque su hijita creció y se casó. -Miró de reojo a su mujer y al notar su expresión de desaliento le pasó la mano por sobre el hombro. -Lo siento -dijo-. Es evidente que soy un celoso de porquería y que me desespera la relación increíblemente estrecha que existe entre mi mujer y su padre. ¿Me perdonas?

Emily asintió y llevó la mano de Dick hasta su mejilla, pero él notó que seguía pensativa.

-No, veo que no me has perdonado -insistió él tratando de sacarla de ese estado de ánimo infrecuente y sombrío-. Una disculpa no basta. Merezco que me pegues un puntapié en el trasero. Merezco
-agregó después de permanecer un instante pensativo- que me obligues a invitarte a comer a Anthony esta noche, a brindarte la comida más cara de Los Ángeles, y a quedarme allí sentado mientras todo el mundo mira a mi mujer con la boca abierta. -Ella le sonrió y sus famosos hoyuelos se marcaron en sus mejillas. Dick le acarició la cara y dijo en voz baja: -Te quiero, Emily.

Ella lo miró, pero la sonrisa de Dick se esfumó cuando lo desafió.

-¿Me quieres bastante para llevarme a la casa de papá antes de comer?

-¿Por qué? -preguntó él, irritado.

-Porque quiero aclarar con él ese asunto del dinero que invirtió en la empresa de Tony. No lo comprendo y me está volviendo loca.

-Supongo -dijo Dick, encendiendo las luces de giro para indicar que iba a doblar para dirigirse a la casa del padre de Emily- que te quiero tanto que hasta estoy dispuesto a hacer eso.

Emily oprimió el timbre del departamento de su padre y después de una larga espera él mismo abrió la puerta, con un vaso de whisky en la mano.

-¡Emily, mi chiquita! -dijo, arrastrando las palabras y mirándola con los ojos inyectados en sangre en su rostro con una barba de tres días-. No sabía que vendrías.

Ignorando por completo al marido, pasó un brazo por sobre los hombros de su hija y la hizo entrar.

Con una punzada de frustración y pena, Emily se dio cuenta de que estaba borracho. No borracho perdido, pero trastabillante. En una época había sido un completo abstemio, pero durante los últimos años sus borracheras eran cada vez más frecuentes.

-¿Por que no prendes un poco de luz? -sugirió, encendiendo una lámpara.

-Me gusta la oscuridad -contestó él, apagándola-. Es dulce y segura.

-Yo prefiero que haya un poco de luz para que Emily no tropiece contra algo y se mate en la caída -dijo Dick con firmeza, volviendo a encender la lámpara.

-¿Por qué decidiste venir? -le preguntó McDaniels a Emily, como si Dick no existiera-. Ya nunca vienes a verme -se quejó.

-La semana pasada estuve aquí dos veces -le recordó Emily-. Pero para contestar tu pregunta, te diré que vine a hablar de negocios, si es que estás en condiciones de hacerlo. El contador de Dick tiene algunas preguntas que debo contestar para que prepare la liquidación conjunta de réditos o algo por el estilo.

-Por supuesto, por supuesto. No hay problema, querida. Ven a mi estudio, donde guardo todos tus archivos.

-Yo tengo que hacer algunos llamados -le dijo Dick a Emily-. Conversa con tu padre mientras hablo por teléfono.

Emily siguió a su padre hasta el piso de arriba, donde él había convertido un dormitorio en estudio, y McDaniels se instaló detrás del escritorio, que era la única superficie no abarrotada de cosas de la casa. Los archivos que se alineaban a sus espaldas, contra la pared, estaban cubiertos de fotografías enmarcadas de Emily... Emily cuando era bebita, cuando empezaba a gatear, a los cuatro años; Emily con su tutu de bailarina, con su disfraz del día de Todos los Santos, luciendo el traje que usó en su primer papel estelar;
Emily a los trece años con el pelo recogido en una cola de caballo, a los quince con el primer "corsage" que le mandó un chico. Y al mirar las fotografías, Emily se dio cuenta por primera vez de que su padre estaba con ella en casi todas. Y después notó otra cosa: la luz de la lámpara ubicada sobre el polvoriento escritorio resplandecía sobre los vidrios y los marcos de las fotografías, como si recién acabaran de limpiarlos.

-¿Qué necesitas saber, querida? -preguntó McDaniels, después de beber un trago de whisky.

Emily consideró la posibilidad de hablarle sobre la necesidad de que se sometiera a alguna clase de tratamiento para lo que claramente se había convertido en una adicción alcohólica, pero en las dos oportunidades anteriores en que había abordado el tema, su padre primero se mostró ofendido y después se enfureció. De manera que reunió coraje e inició con el mayor tacto posible el tema que la preocupaba.

-Papá, ya sabes lo agradecida que estoy por la manera en que has cuidado y administrado mi dinero durante todos estos años. Lo sabes, ¿verdad? -insistió al ver que él cruzaba los brazos sobre el pecho y la miraba sin ver.

-¡Por supuesto que lo sé! He guardado cada centavo que ganaste y lo he cuidado con mi vida. Nunca tomé nada para mí con excepción de un sueldo de veinte dólares la hora, y eso sólo cuando insististe en que debía hacerlo. ¡Estuviste tan divina ese día! -exclamó emocionado-. Tenías-dieciséis años y enfrentaste a tu viejo padre como una.mujer madura, y me dijiste que si no me adjudicaba un sueldo mayor me despedirías.

-Es cierto -dijo Emily, distraída-. Así que ni por un minuto quiero que creas que dudo de tu integridad por la pregunta que te voy a hacer. Sólo trato de entender tus razonamientos. No me quejo por el dinero que perdí.

-¿Por el dinero que perdiste? -preguntó él, enojado-. ¿A qué diablos te refieres?

-Me refiero a los cuatro millones que invertiste en Producciones Tony Austin a lo largo de los últimos cinco años. Esas acciones no tienen ningún valor. ¿Por qué lo hiciste, papá? Te consta que yo lo odiaba, y tenía la sensación de que tú lo despreciabas tanto o más que yo. Durante un instante él permaneció inmóvil; después levantó la cabeza con lentitud, con los ojos hundidos brillantes como dos carbones ardientes y, sin darse cuenta, Emily se echó atrás en su sillón.

-Austin -dijo McDaniels, y su sonrisa fue al principio maliciosa, luego tranquilizadora.-. Ya no tienes que preocuparte más por él, querida. Yo me encargué de eso. Ya no tendremos necesidad de seguir comprando sus acciones ficticias. Lo mantendremos como un secreto entre tú y yo.

-¿Pero por qué tuvimos que comprar sus acciones? -preguntó Emily, increíblemente nerviosa por la expresión y la voz de su padre y por el ambiente de ese cuarto en penumbras.

-Él me obligó a hacerlo. Yo no quería. Ahora está muerto y no tengo que seguir comprando.

-¿Pero cómo es posible que te haya obligado a invertir cuatro millones de mi dinero en su compañía, si no querías hacerlo? -preguntó ella con voz más aguda de lo necesario.

-¡No me hables en ese tono! -retrucó él, repentinamente furioso-. Si no quieres que te pegue unas buenas palmadas.

Emily estaba tan sobresaltada por esa amenaza sin precedentes por parte de un hombre que en la vida le había levantado la mano, que se puso de pie.

-Hablaremos de esto en algún otro momento, cuando estés en condiciones de razonar.

-¡Espera! -Con sorprendente rapidez, él se inclinó sobre el escritorio y le aferró un brazo. -No me dejes, querida. Estoy asustado. Eso es todo. Estoy tan asustado que hace días que no duermo. Yo jamás te lastimaría, y lo sabes.

De repente parecía en verdad aterrorizado, y eso impresionó a Emily. Le palmeó la mano, con la

sensación de ser la madre y no la hija de ese hombre, y le habló con suavidad.

-No me iré, papá. No tengas miedo. Dime lo que sucede. Yo comprenderé.

-¿Lo mantendrás en secreto? ¿Me lo juras? Ella asintió, sorprendida ante la súplica tan infantil.

-Austin me obligó a comprar esas acciones. Nos estaba... chantajeando. Durante cinco largos años ese cretino nos ha estado extorsionando.

-¿Dices que nos chantajeó? -preguntó ella con una mezcla de incredulidad e impaciencia.

-Tú y yo somos un equipo. Lo que le sucede a uno le sucede al otro, ¿no es cierto?

-Supongo... supongo que sí -contestó Emily, cautelosa, tratando de que su temblor interior no se le notara en la voz-. ¿Por qué... nos chantajeaba Tony Austin?

Su padre bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspirador.

-Porque sabía que nosotros matamos a Rachel. Emily se levantó de un salto y se quedó mirándolo, petrificada.

-¡Eso es una locura! ¡Estás tan borracho que sufres alucinaciones! ¿Qué motivo pudiste tener para matar a la mujer de Zack?

-Ninguno.

Emily apoyó las manos sobre el escritorio.

-¿Por qué hablas así? ¡Es una locura!

-¡Nunca me digas eso! ¡Es lo que me dijo él, y no es cierto! Yo no estoy loco. Estoy asustado, ¿no lo entiendes? -dijo, con la voz convertida en un lloriqueo.

-¿Quién dijo que estás loco, papá? ¿Y qué es lo que temes? -preguntó Emily con paciencia, como si se estuviera dirigiendo a un octogenario confuso.

-La noche que lo maté, Austin dijo que yo estaba loco.

-¡Zachary Benedict asesinó a Tony Austin! -afirmó ella-.Es lo que todos creen.

En los ojos de McDaniels apareció una expresión de completo terror y bebió de un trago el whisky que quedaba en su vaso.

-¡No todo el mundo lo cree! -exclamó, apoyando el vaso con fuerza contra la mesa-. Desde esa noche han venido a verme dos veces unos hombres, unos investigadores privados. Quieren que demuestre dónde estaba cuando ocurrió el crimen. Están trabajando para alguien... tiene que ser así, pero se niegan a decirme quién los contrató. Alguien sospecha de mí, querida, ¿no lo ves? Han deducido que Austin me estaba chantajeando y muy pronto se imaginarán por qué, y entonces sabrán que yo maté a Rachel y a Austin.

Emily trató de contestar con tono escéptico, a pesar de ,que todas las fibras de su ser vibraban, enloquecidas de alarma.

-¿Y por qué ibas a matar a Rachel? McDaniels se pasó las manos por el pelo.

-No' seas obtusa... ¡Yo quería matar a Austin! Quería que ese hombre muriera, pero el imbécil de Benedict cambió de idea acerca de quién debía disparar el primer tiro.

Emily hizo un esfuerzo por respirar.

-¿Y por qué querías matar a Tony?

-¡Tú lo sabes! -dijo él, desplomándose sobre la silla y comenzando a llorar-. Le dio drogas a mi chiquita y la dejó embarazada. Tú creíste que yo no lo sabía, pero lo supe. -Cerró los ojos. -Empezaste a sentirte mal por las mañanas, y cuando llamé al consultorio de ese médico de Dallas para averiguar lo que tenías, la enfermera me lo dijo. Al oír mi apellido, creyó que era tu marido. -Se pasó las manos por los ojos y sollozó. -Tú sólo tenías dieciséis años y te dejó embarazada y después permitió que fueras sola a hacerte un aborto. Y mientras tanto, andaba con esa puta de Rachel y se reían de ti a tus espaldas. Desde que te casaste, Austin me ha estado amenazando con contarle a tu marido que te embarazó... y que tú abortaste.

Emily tuvo que aclararse dos veces la garganta antes de poder hablar, y las palabras que pronunció no tenían nada que ver con la furia que rugía en su interior.

-Dick está enterado de todo lo que me sucedió. Hace unas semanas hasta le dije que fue Tony. Y en su momento no te dije lo que me pasaba, porque no quena herirte ni que te avergonzaras de mí.

-Alguien está enterado de lo que hice -dijo McDaniels, enterrando la cabeza entre las manos mientras los sollozos le sacudían los hombros-. Cuando me entere quién es, lo mataré... -amenazó, levantando la cabeza. Entonces miró hacia la puerta y su mano se deslizó hacia el cajón del escritorio.

-Entonces será mejor que empiece por mí -dijo desde la puerta el marido de Emily, entrando en el cuarto y levantando a su mujer del sillón-, porque yo también estoy enterado.

En lugar de aterrorizarse, George McDaniels miró a su hija y le habló en tono conspirador.

-Dick tiene razón, Emily. Me temo que tendremos que matar a tu marido. -Se puso de pie y Emily vio que la luz de la lámpara brillaba sobre el arma que tenía en la mano.

-¡No! -gritó, tratando de escudar a su marido con su cuerpo mientras él intentaba hacerla a un lado.

-¡Apártate, querida! -ordenó el padre-. No le dolerá. No sentirá nada. Estará muerto antes de tocar el piso.

-¡Papá! -gritó Emily, empujando a Dick hacia la puerta-. Para herirlo a él, tendrás que dispararle a través de mi cuerpo. No... no quieres hacer eso, ¿verdad?

La voz de Dick sonó tranquila, a pesar de que le clavaba los dedos en los brazos para obligarla a ponerse a salvo.

-Baje esa arma, George. Si me mata, tendrá que matar a Emily para impedir que ella se lo diga a la policía, y yo sé que sería incapaz de dañarla. Lo único que ha hecho ha sido tratar de protegerla.

El hombre del arma vaciló, y Dick siguió hablando con suavidad.

-Baje el arma. Lo ayudaremos a explicar que sólo lo hizo para proteger a su hija.

-Estoy cansado de tener miedo -gimoteó él mientras Emily corría hacia el dormitorio de su padre, donde tomó el teléfono y marcó el 911-. No puedo dormir.

Dick se adelantó con lentitud, extendiendo una mano.

-Ya no tendrá nada que temer. Los médicos le darán pastillas para ayudarlo a dormir.

-¡Usted está tratando de hacerme caer en una trampa, cretino! -gritó McDaniels, y Dick saltó hacia el arma en el preciso momento en que su suegro le apuntaba con ella.

Desde el dormitorio Emily oyó la explosión sorda del disparo, el golpe de un cuerpo pesado que daba sobre el piso. Dejó caer el teléfono, giró sobre sus talones y cuando corría hacia el escritorio, chocó con su marido.

-¡No entres! -le advirtió Dick. La abrazó y la volvió a llevar al dormitorio, donde tomó el teléfono.

-¡Papá! -gritó Emily.

-Tu padre estará bien -la tranquilizó Dick, tratando de sujetarla mientras llamaba una ambulancia-. Al caer, se golpeó la cabeza contra el escritorio y está sangrando como un cerdo.

*64*

Los tres abogados se levantaron de la mesa de conferencias. El que se encontraba más cerca de Emily le estrechó la mano.

-Sé lo duro que esto debe de haber sido para usted, señorita McDaniels, y no puedo explicarle lo que le agradecemos el trabajo que se ha tomado para averiguar que somos los abogados que representamos a Zack Benedict, para recurrir a nosotros sin pérdida de tiempo.

-No fue ningún trabajo -contestó ella con voz tensa a causa del estrés y la angustia-. Recordé la firma de abogados que lo representaba antes, y cuando los llamé, esta mañana, me dijeron que me dirigiera a ustedes.

-Cuando el señor Benedict fue acusado de asesinar a Tony Austin, un gran amigo suyo decidió que en esta oportunidad convenía que lo representáramos nosotros.

Emily se retorció nerviosa las manos.

-¿Podrán sacarlo hoy mismo de la cárcel?

-Me temo que no. Pero si usted estuviera dispuesta a acompañarme ahora mismo al departamento de policía para hacer allí la misma declaración que nos acaba de hacer a nosotros, eso ayudará a apresurar su libertad.

Emily asintió, pero su mente atormentada no hacía más que pensar en los noticiarios en que había visto a Zack esposado y con el uniforme de presidiario, y el video que habían repetido innumerables veces por televisión durante las últimas semanas, que lo mostraba cuando era castigado por la policía mexicana... todo por un crimen que no había cometido... un crimen del que ella era indirectamente responsable.

-No comprendo qué impide que lo liberen hoy mismo -repitió, luchando para no llorar de vergüenza y a causa de la culpa que la agobiaba-. Aguardaremos en la sala de espera.

Cuando Emily salió, acompañada por su marido, John Seiling miró sonriente a sus socios y tomó el teléfono.

-Susan -le dijo a su secretaria-. Llama al capitán Jorgen; después comunícate con Mathew Farrell en Chicago y dile a su secretaria que se trata de una emergencia. Luego llama a William Wesly en la oficina del fiscal de Amarillo, Texas. Y por fin reserva pasaje para nosotros tres en el vuelo a Amarillo de mañana a la mañana.

Cinco minutos después en la sala de conferencias sonó el zumbido del intercomunicador.

-El capitán Jorgen está en la línea 1.

-Gracias -dijo el abogado, oprimiendo el botón de la línea 1-. Capitán Jorgen -dijo con tono jovial-, (le gustaría asegurar sus posibilidades de convertirse en nuestro nuevo comisionado policial, y al mismo tiempo en un héroe para los medios de comunicación? -Escuchó lo que le respondían con una sonrisa cada vez más amplia. -Lo único que necesito es que alguien de allí tome una declaración referente a las muertes de Tony Austin y Rachel Evans y que mantengan la boca cerrada uno o dos días sobre lo que han oído, hasta que yo les avise que pueden hablar. -Volvió a escuchar. -Sí, me pareció que usted era la persona indicada para manejar este asunto. Estaremos allí dentro de cuarenta y cinco minutos.

Cuando cortó, ya había otras dos luces encendidas en el teléfono y volvió a oírse la voz de la secretaria.

-El señor Farrell está en la línea 2 y William Wesley, el fiscal de Amarillo, en la línea 3.

Seiling tomó la llamada de la línea 2, y cuando habló, su voz había perdido su tono impersonal. -Señor Farrell -dijo con evidente respeto-, usted nos pidió que lo mantuviéramos al tanto de cualquier progreso que hiciéramos, y llamo para decirle que esta mañana hemos recibido una información inesperada y de suma importancia para el caso de Zachary Benedict.

En su oficina de Chicago, Matt volvió la espalda a los integrantes del directorio de Intercop, reunidos alrededor de su escritorio.

-¿Qué clase de información?

-Nos la proporcionó Emily McDaniels. Anoche su padre admitió haber dado muerte a Rachel Evans y a Tony Austin. En este momento se encuentra en un hospital local, donde están realizando una evaluación de su estado mental, pero está dispuesto a confesar. Emily nos ha hecho personalmente una declaración y también nos ha entregado el arma que su padre utilizó para matar a Austin.

-Después puede darme los detalles. ¿Cuánto tiempo necesita para liberar a Zack?

-Mañana nos reuniremos en Texas con el fiscal, le presentaremos la declaración de Emily McDaniels junto con un pedido de hábeas corpus, que intentaremos convencerlo debe llevar sin demora ante un juez. Con un poco de suerte, el juez estará de acuerdo en firmarlo. De allí pasará a la capital, Austin, para ser firmado por el juez de apelaciones, y entonces el señor Benedict debería ser puesto en libertad bajo fianza.

-¡Bajo fianza! -repitió Matt en voz baja-. ¿Por qué?

Seiling vaciló ante el tono de voz que constantemente reducía a los adversarios financieros de Farrell a un estado de sudorosa incoherencia.

-Sea o no inocente, al huir de la prisión Benedict transgredió las leyes de Texas. Técnicamente cometió una ofensa contra la sociedad. A menos que tengamos mucha suerte y podamos mostrarnos persuasivos, el fiscal de Amarillo puede, y es seguro que lo hará, tomarse algún tiempo para decidir qué hacer con respecto a ese problema. Señalaremos que el muy publicitado maltrato físico que Benedict recibió en ciudad de México es castigo más que suficiente por la falta cometida. Según el estado de ánimo del fiscal, puede mostrarse de acuerdo y recomendar al juez que pase por alto la fianza y deje todo en la nada, o mantenerse en sus trece y causar problemas.

-Entonces le recomiendo que lo pongan de buen humor -advirtió Matt con tono implacable.

-De acuerdo -dijo Seiling.

-En el caso de que no reciban cooperación instantánea por parte de las autoridades, quiero que los medios sean notificados de todo. Ellos moverán
las cosas.

-Estoy de acuerdo. Mis socios y yo salimos mañana
para Amarillo.

-Mañana, no. Esta noche -corrigió Matt-. Yo me encontraré allí con ustedes. -Cortó antes de que Seiling pudiera poner alguna objeción, y oprimió un botón de su intercomunicador. -Eleanor -le dijo a su secretaria-, cancele todos los compromisos que tenga mañana y pasado mañana.

En Los Ángeles, el abogado depositó el tubo en la horquilla. Alzó las cejas y miró a sus socios.

-Si alguna vez se han preguntado qué tienen Benedict y Farrell en común, acabo de averiguarlo:
son dos tipos increíblemente fríos.

-Pero pagan jugosos honorarios -bromeó uno de los abogados.

Seiling asintió y entró en actividad.

-Empecemos a ganar los nuestros, señores -dijo, mientras oprimía el botón de la línea 3-. Señor Wesley -dijo, modulando la voz para que fuera a la vez firme y agradable-, entiendo que su predecesor, Aitón Peterson, hace cinco años fue fiscal en el caso contra Zachary Benedict. Por lo tanto comprendo que nada de lo sucedido fue culpa suya, pero por lo visto se ha cometido una enorme injusticia. Necesito su ayuda para rectificar la situación con la mayor rapidez posible. En retribución, me encargaré de que los medios sepan que usted intervino en persona y con premura para remediar la situación. Más allá de lo que usted haga, Zack Benedict saldrá de esto con la imagen de un mártir y un héroe. Los medios pedirán la sangre de alguien a cambio de la injusticia que se cometió, y no me gustaría que se tratara de la de usted. -Hizo una pausa para escuchar. -¿Que de qué diablos estoy hablando? ¿Por qué no lo conversamos mientras comemos, esta noche a las siete?

*65*

Katherine clavó los frenos y detuvo el auto frente a la casa de Julie. Lanzó una maldición al ver una bicicleta en la vereda, porque eso significaba que Julie estaba dando clase. Dejó la cartera en el auto, cruzó corriendo la vereda, abrió la puerta de calle sin llamar y entró en el comedor donde Julie estaba sentada con tres niños pequeños.

-Tengo que hablar contigo enseguida en el living, Julie -dijo, sin aliento.

Julie depositó sobre la mesa su libro de lectura y les sonrió a sus alumnos.

-Sigue leyendo tú, Willie. Enseguida vuelvo. Katherine se dirigió apresuradamente al living y prendió el televisor.

-¿Qué pasa, Katherine? -preguntó Julie, temblorosa, al ver que su amiga buscaba con desesperación un canal determinado, y segura de que debía de tratarse de algo relacionado con Zack-. ¡No me hagas esto! ¿Qué ha sucedido? Se trata de Zack, ¿verdad? ¿Es una mala noticia?

Katherine se alejó del televisor, meneando la cabeza.

-Está en todos los noticiarios. Interrumpen los programas para anunciarlo. NBC anunció que tenían un videotape y que lo pasarían a las cuatro y media. -Miró su reloj. -Es decir, ahora.

-¿Pero de qué se trata? -explotó Julie.

-Es una buena noticia -dijo Katherine con una risa entrecortada-. O una mala noticia, según como lo tomes. Julie, él es... -Se detuvo y señaló la pantalla donde el locutor anunciaba que interrumpían su programación habitual para transmitir un boletín noticioso especial. En pantalla apareció el rostro de Tom Brokaw.

-Buenas tardes, señoras y señores -dijo-. Hace una hora, en Amarillo, Texas, Zachary Benedict fue puesto en libertad en la Penitenciaría Estatal de Amarillo, donde cumplía una condena de cuarenta y cinco años por la muerte de su esposa, la actriz Rachel Evans. Los abogados de Benedict obtuvieron su libertad como resultado de una declaración formal proporcionada por Emily McDaniels, que fue coprotagonista, junto con Benedict, Evans y Tony Austin, en la película *Destino.*

Sin darse cuenta de lo que hacía, Julie tomó la mano de Katherine y la apretó con fuerza mientras Brokaw continuaba diciendo:

-La NBC se ha enterado de que la declaración de la señorita McDaniels por lo visto contenía el testimonio de que, hace dos días, su padre, George McDaniels, le confesó haber asesinado a Rachel Evans y al actor Tony Austin, que fue hallado muerto en su casa de Los Ángeles el mes pasado.

Julie lanzó un gemido de placer, de tormento y de culpa. Aferró el respaldo de una silla para poder mantenerse de pie cuando en la pantalla aparecieron las puertas de la Penitenciaría Estatal de Amarillo, de la que vio salir a Zack, vestido con un traje azul marino y con corbata, en compañía de un hombre que lo escoltó hasta una limosina mientras Brokaw decía:

Benedict salió de la cárcel como hombre libre, en compañía de sus abogados de California. En la limo-sina lo esperaba su gran amigo, el industrial Mathew Farrell, cuya fe inquebrantable en su inocencia no ha sido secreto para el periodismo ni para las autoridades. De pie, en un costado, se encontraba una joven mujer cuyo rostro es muy familiar, aunque sus famosos hoyuelos no estuvieran en ese momento en evidencia. Tal como lo demuestra este videotape, es obvio que no esperaba ser vista,

pero que acudió al lugar para asegurarse de que Benedict fuera puesto en libertad.

Julie vio que Zack se encaminaba con rapidez hacia la limosina y que de repente se detenía y miraba a su derecha donde, en compañía de su marido, se encontraba Emily McDaniels, cuyo rostro era una máscara de dolor. Zack permaneció inmóvil, mirándola, durante un instante. Después se le acercó, caminando con lentitud.

Las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de Julie al ver que Zack abrazaba a Emily. Luego la soltó dejándola en manos de su marido, y desapareció dentro de la limosina, que se alejó velozmente mientras Brokaw agregaba:

-Al enterarse de que Benedict había sido puesto en libertad, los periodistas de Amarillo se dirigieron al aeropuerto con la esperanza de obtener una declaración. Pero Benedict se alejó en compañía de Farrell en el jet privado de éste. NBC ha averiguado que el plan de vuelo trazado por el piloto del jet de Farrell tiene como destino la ciudad de Los Ángeles, donde Benedict es propietario de una mansión, aunque en este momento está alquilada por el actor de cine Paúl Resterman y su esposa.

Ahogándose con sus lágrimas, Julie miró a Kathe-rine.

-Matt Farrell nunca dudó de su inocencia -dijo-. Por lo menos Zack tuvo un amigo leal.

-No empieces a torturarte -le advirtió Katherine, pero su propia voz estaba ahogada por la emoción, y de todos modos Julie no la escuchaba. Tenía la mirada clavada en la pantalla y estaba pendiente de las palabras del locutor.

-William Wesley, el fiscal de Amarillo, está por hacer una declaración desde los Tribunales de esa ciudad...

En la pantalla aparecieron los escalones del edificio de Tribunales, donde un individuo de pelo oscuro, de alrededor de treinta años, se dirigía a los periodistas que se arracimaban a su alrededor blandiendo micrófonos y haciéndole preguntas a los gritos.

-Les pido que no hagan preguntas -advirtió mientras se ponía los anteojos-, hasta que haya leído mi declaración. Después de eso responderé a todas las preguntas que me sea posible. -Cuando el furor se aquietó, alzó el papel que tenía en la mano y empezó a leer: -Ayer, desde California, los abogados de Zachary Benedict me pidieron que los recibiera en mi despacho. Durante esa reunión, me proporcionaron una declaración jurada de la señorita Emily McDaniels, en la que atestigua que su padre, George Anderson McDaniels, había admitido ser el asesino de Rachel Evans y de Anthony Austin. La señorita McDaniels, quien hizo su declaración ante el capitán de policía John Jorgen en Orange County, California, también hizo entrega de un arma automática, calibre .45, de propiedad de su padre. Los estudios balísticos preliminares, realizados esta mañana, indican que las balas que dieron muerte al señor Austin fueron disparadas por esa arma. Después de nuestra reunión, los abogados del señor Benedict presentaron aquí, en Amarillo, un pedido de babeas corpus, exigiendo que su cliente fuera puesto en libertad. El pedido fue concedido, sin objeciones por parte de mi oficina, por el juez Wocott y luego enviado a Austin para ser refrendado por el juez de la Cámara de Apelaciones. Esa firma fue otorgada esta mañana, y Zachary Benedict ha sido puesto en libertad. Todavía quedan pendientes algunas formalidades referentes a su huida de la Penitenciaría Estatal de Amarillo, ocurrida hace dos meses, que técnicamente, viola la ley de Texas. Sin embargo, esta fiscalía opina que el señor Benedict ya ha pagado un alto precio a manos de la policía de México por su breve libertad ilegal, así como con los cinco años de prisión por un crimen que, por lo visto, no ha cometido. ¿Alguna pregunta? -dijo, mirando a los reporteros.

Había docenas de ellos, pero el fiscal respondió al que preguntó en voz más alta.

-¿Y qué sucede con respecto al secuestro de Julie Mathison, perpetrado por Benedict? ¿Tendrá que ser juzgado por ello?

-Eso depende de la señorita Mathison. Si ella presenta cargos contra el señor

Benedict en un juzgado criminal o civil, será juzgado. Sin embargo, esta fiscalía no tiene nada que ver con eso.



LIbrodot

66

*-¡Bienvenido, señor Benedict! -El gerente del hotel Beverly Hills se adelantó presuroso al ver que Zack se registraba, el día de su liberación. -Lo he ubicado en la mejor cabana y todo el personal del hotel está a su disposición. Señor Farrell -dijo con amabilidad al ver a Matt-, su secretaria me advirtió que sólo estará con nosotros esta noche. Por favor, le ruego que me avise si yo o mi personal podemos serle de utilidad.*

A espaldas de ellos, una multitud se volvía a mirarlos y Zack oyó que susurraban su nombre.

-Mande una botella de champaña a mi cabana -le ordenó al obsequioso empleado de recepción-. A las ocho, quiero que nos mande comida para dos. Si recibo algún llamado, informe que no me he registrado en este hotel.

-Sí, señor Benedict.

Con una seca inclinación de cabeza, Zack se volvió y estuvo a punto de chocar con una hermosa rubia y una morocha despampanante que le tendían sendas servilletas y lapiceras.

-Señor Benedict -dijo la rubia, con una resplandeciente sonrisa-, ¿nos daría su autógrafo?

Con una breve sonrisa que no se reflejó en sus ojos, Zack asintió, pero cuando la morocha le entregó la servilleta para que la firmara, Zack vio un número de habitación escrito en un rincón y sintió la inconfundible presión de una llave en la mano. Firmó la servilleta y la devolvió.

Por el rabillo del ojo, Matt vio la escena familiar que se repetía, idéntica a tantas otras del pasado.

-Supongo -dijo con sequedad mientras seguían al gerente hacia las cabanas que rodeaban el hotel- que esta noche comeré solo.

Por toda respuesta, Zack miró la llave que tenía en la mano, la arrojó a unos arbustos y luego consultó su reloj.

-Son las cuatro. Dame dos horas para hacer algunos llamados, y luego seguiremos festejando juntos mi libertad.

-Supongo -dijo Matt, a las siete, cuando Zack por fin cortó luego de una larga conversación con sus iñquilinos, durante la que consiguió convencerlos de que aceptaran una importante suma de dinero a cambio de entregarle su casa de Pacific Palisades- que es completamente inútil que te pida que te internes unos días en un hospital para que te hagan un examen físico completo, ¿no? Mi mujer está completamente convencida de que eso es lo que deberías hacer.

-Tienes razón -contestó Zack con sequedad mientras se dirigía al bar para preparar unas copas-, no tienes ninguna posibilidad de convencerme de eso. -Sonrió al ver las numerosas botellas que contenía el bar. -¿Champaña o algo más fuerte? -preguntó.

-Algo más fuerte.

Zack asintió, sirvió whisky en dos vasos, les agregó hielo y un chorro de agua y le entregó uno a Matt. Por primera vez desde el momento de salir de la cárcel, Zack sintió que empezaba a relajarse. Estudió a su amigo en silencio, solazándose en su libertad y en la inexpresable gratitud que sentía hacia Matt.

-Dime algo -dijo con tono solemne.

-¿Qué quieres saber?

Zack trató de ocultar su sensibilidad tras una broma.

-Ya que no hay manera de que pueda pagarte tu lealtad y tu amistad, ¿que puedo darte como regalo tardío de casamiento?

Ambos se miraron, conscientes de lo significativo que era ese momento, pero eran hombres que no se permitían sentimentalismos. Matt bebió un trago de whisky y levantó una ceja en un gesto pensativo, como si estuviera prestando toda su atención al asunto.

-Teniendo en cuenta la cantidad de trabajo que me causaste, creo que una agradable isla en el Egeo sería un regalo que estaría de acuerdo con tu gratitud.

-Ya tienes una isla en el Egeo -le recordó Zack.

-Es cierto. En ese caso deja que lo converse con Meredith en cuanto llegue a casa.

Zack notó que su mirada se suavizaba al nombrar a su mujer, como notó el sutil tono de placer con que pronunció la palabra casa. Como si Matt le hubiera leído los pensamientos, miró su vaso, bebió otro trago de whisky y dijo:

-Meredith está deseando conocerte.

-Yo también deseo conocerla -contestó Zack.

-Cuando estés instalado, traeré a Meredith y a Marissa, para que pasemos unos días juntos.

-¿Qué te parece dentro de seis semanas? Eso me dará tiempo suficiente para poner todo en marcha y volver a la normalidad. En realidad, tengo ganas de dar una fiesta. -Permaneció un minuto pensativo. -El veintidós de mayo, si la fecha te conviene.

-¿Dentro de seis semanas? ¿Cómo crees que lograrás poner todo al día en apenas seis semanas?

Zack señaló con la cabeza la pila de recados que tenía sobre una mesa.

-Esos son "mensajes urgentes" que los telefonistas consideraron que debía leer, pese a que informaron que no me había registrado en este hotel. Te pido que los revises.

Matt tomó los mensajes y los leyó. Entre ellos se encontraban lo nombres de los directores de los cuatro estudios cinematográficos más importantes, los de varios productores independientes, y había dos llamados del antiguo representante de Zack. Matt los hizo a un lado con una sonrisa divertida.

-Todos dicen lo mismo: "Bienvenido a casa. Sabíamos que eras inocente, y queremos hacerte una oferta que te resultará imposible rechazar".

-¡Qué cretinos! ¿Verdad? -dijo Zack sin rencor-. Es extraño, pero nunca me enviaron mensajes de amor como ésos a la cárcel. Y ahora llaman a todos los hoteles de la ciudad para dejarme mensajes, por si estoy en alguno.

Matt rió. Enseguida se puso serio y enfrentó el tema que lo preocupaba desde la liberación de Zack.

-¿Qué piensas hacer con respecto a Julie Mathison? Si ella te llega a acusar de...

La sonrisa de Zack se esfumó y sus ojos se convirtieron en dos trozos de hielo.

-Nunca vuelvas a mencionarme su nombre -dijo-.Jamás. Matt frunció el entrecejo ante el tono de su amigo, pero lo dejó pasar. Esa noche, ya en su propia cabana, llamó a Meredith para avisarle que volvía a la mañana siguiente, y para ponerla al tanto de las actividades de Zack.

-Ya ha recibido una pila de ofrecimientos de películas por parte de todos los estudios de Hollywood. Y quiere dar una fiesta dentro de seis semanas, el veintidós de mayo, siempre que nosotros podamos asistir.

En Chicago, Meredith retorció el cordón del teléfono y mencionó a alguien a quien Matt despreciaba.

-¿Y qué me dices de Julie Mathison?

-Ella no está invitada -contestó Matt con tono sarcástico. Pero enseguida suavizó la voz. -Si te parece que yo me muestro irracional con respecto a ella, ni siquiera

imaginas cómo reacciona Zack ante la sola mención de su nombre.

-¿Y alguien se ha detenido a pensar en lo que debe de estar sintiendo ella ahora, al saber que él es inocente de esos crímenes? -preguntó Meredith con tozudez.

-Sin duda se sentirá desilusionada al comprobar que su imagen pública de heroína se ha ido a la mierda.

-A pesar de lo que tú crees, Matt, ella lo amaba. Lo sé. Se notaba a la legua.

-Ya hemos hablado de ese asunto, querida, y de todos modos, ni siquiera vale la pena. Zack la odia y no es un sentimiento pasajero. Estaré allí por la mañana. ¿Cómo está Marissa?

-*Te* extraña.

La voz de Matt adquirió un tono de enorme ternura.

-¿Y cómo está la mamá de Marissa? Meredith sonrió.

-Ella te extraña aún más.



LIbrodot

*67*

-¿Señor Benedict, podemos tomarle una fotografía con la señorita Copeland? -gritó el periodista del Los *Angeles Daily News,* alzando la voz para ser oído por sobre la música y las conversaciones de los quinientos invitados que asistían a una fiesta de fin de semana en la mansión de Zack. Al ver que él no la oía, el hombre se volvió hacia los demás reporteros y se encogió de hombros.

-¡Qué despliegue! -exclamó, señalando a los cincuenta mozos de esmoquin que circulaban, ofreciendo bebidas y bandejas con bocaditos a los invitados que no tenían ganas de acercarse a la enorme carpa blanca donde había largas mesas con caviar, langosta y toda clase de manjares. Detrás, la enorme pileta de natación con sus columnas románicas estaba repleta de otros invitados, algunos completamente vestidos, que bebían y gritaban. -Sólo hace seis semanas que salió de la cárcel y ya está de nuevo en la cima del mundo -continuó diciendo el periodista, mientras se servía una copa de champaña Dom Perignon-. Los reyes de la industria están todos a sus pies, felices de tener el honor de haber sido incluidos en su "fiesta de regreso". -Bebió un sorbo de champaña y comunicó lo que casi todos ellos ya sabían. -Su representante dijo que la Universal, la Paramount y la Fox le han ofrecido filmar cualquier guión que quiera, y le ofrecen veinte millones de cachet por su próxima película. Pero él se mantiene firme en veinticinco y un porcentaje mayor de las ganancias brutas.

-No está mal para un tipo que ha estado alejado del negocio durante cinco años -comentó el periodista de CBS y, lo mismo que el del *Daily News,* evitó mencionar la palabra cárcel, no porque tuviera demasiado tacto, sino por un motivo de orden práctico: el representante de Zack había aclarado a todos los reporteros que tuvieron la suerte de ser admitidos en la fiesta, que había tres temas absolutamente vedados y que, si los mencionaban, se les pediría de inmediato que se retiraran y quedarían eliminadas sus posibilidades de cualquier entrevista futura con Zack. Esos temas tabú eran su encarcelamiento, su difunta esposa y Julie Mathison.

El periodista de la NBC miró su reloj, preocupado.

-Su directora de relaciones públicas prometió que si no lo molestábamos, Benedict nos concedería a todos una entrevista de dos minutos y que posaría para algunas fotografías. Si no lo hace pronto, no voy a llegar con este video al noticiario de las diez.

Como si comprendiera el dilema que se les presentaba, Sally Morrison, la jefa de prensa de Zack desde hacía años, indicó por señas a los periodistas que se reunieran, y luego se encaminó hacia Zack, quien, con Diana Copeland del brazo, conversaba con tres productores.

Sally le dijo unas palabras, él asintió, miró a los periodistas y se les acercó, siempre con Diana del brazo.

68

-¡Cómo nos hemos divertido esta noche! -exclamó Katherine con entusiasmo mientras se deslizaba en el reservado del restaurante ocupado por su marido, Julie y Paúl Richardson. Ir al cine los sábados a la noche y después detenerse a comer en Mandillos se había convertido en un ritual durante las últimas seis semanas, desde que Julie decidió arrojarse a la vida con una especie de sentido de venganza que, en lugar de tranquilizarlos, los alarmaba. -¿No les parece divertido? -preguntó, mirando los rostros sonrientes de sus compañeros de mesa.

-¡Bárbaro! -dijo Ted.

-¡Divertidísimo! -afirmó Paúl. Rodeó con un brazo los hombros de Julie. -¿Y tú qué piensas? -preguntó-. ¿Dirías que estas reuniones de los sábados son divertidas?

-Son maravillosas -decidió enseguida Julie-. (Y notaste qué noche templada es la de hoy? Mayo siempre ha sido mi mes predilecto. -En las seis semanas transcurridas desde la liberación de Zack, no sólo el tiempo había cambiado. El mes anterior, Ted y Katherine se habían vuelto a casar en la intimidad, en una ceremonia oficiada por el reverendo Mathison en el living de la casa de los Cahill.

Paúl Richardson asistió al casamiento y desde entonces los fines de semana de los cuatro se habían. convertido en un ritual. Sin embargo, el padre de Julie insinuaba que, en cuanto Paúl y ella estuvieran dispuestos, le gustaría bendecir otro matrimonio. Paúl estaba dispuesto. Julie no. A pesar de su alegría y animación exterior, se encontraba en un estado de anestesia emocional con respecto a cualquier clase de sentimiento profundo, y era un estado del que disfrutaba. Se aferraba a él y lo nutría. Podía reír y sonreír y trabajar y jugar y sentir... todo lo cual era agradable. Pero nada más que eso. Era tan fuerte su equilibrio emocional cuidadosamente adquirido, que no vertió una sola lágrima durante el casamiento de Ted y Katherine, a pesar de sentirse muy, muy feliz. Pero ya había derramado todas sus lágrimas por Zack, y ahora había encontrado un aislamiento pacífico que no podía ser quebrantado por nada ni por nadie.

En Mandillos había un tocadiscos automático y una pequeña pista de baile en un rincón, mesas en el centro del local y, en el extremo opuesto, un lugar de estar donde se encontraba el bar y una enorme pantalla de televisión que era popular, en particular durante la temporada de fútbol.

-Tengo algunas monedas -dijo Paúl, metiendo la mano en el bolsillo-. ¿Por qué no me ayudas a elegir unos temas para ponerlos en el tocadiscos?

Julie asintió, sonriente, y se levantó con él. En el restaurante lleno de gente conocida, demoró diez minutos en pasar por las mesas junto a las que se iba deteniendo para saludar a sus amigos, y sólo dos minutos en elegir los temas musicales.

-El tocadiscos está apagado porque han prendido el televisor -informó Paúl cuando volvieron a la mesa-. Le pediré a la camarera que lo apague -dijo, buscándola con la mirada.

-Espera dos minutos -pidió Ted-. Ya llegan las noticias y me gustaría saber cómo terminó el partido. Y los cuatro fijaron la mirada en la pantalla.

-Antes de pasar a los deportes -dijo en ese momento el locutor-, tenemos un informe especial de Amanda Bladesly, que asiste a una fiesta fabulosa en la fastuosa propiedad que Zachary Benedict tiene en Pacific Palisades...

La mención del nombre de Zack interrumpió todas las conversaciones del restaurante y la gente miró con nerviosa comprensión la mesa de Julie. Enseguida todos comenzaron a hablar con renovado entusiasmo, en un intento de tapar el sonido del televisor. Cuando Ted, Katherine y Paúl también se lanzaron a una conversación

desenfrenada, Julie los detuvo con un gesto de la mano.

-No me molesta en lo más mínimo -informó, y para demostrarlo, apoyó el mentón en una mano y miró la pantalla con una sonrisa. Con ojos muy grandes y sin parpadear, observó a Zack que conversaba con una multitud de periodistas, mientras los fotógrafos lo enfocaban y Diana Copeland lo miraba sonriente. Zack hablaba con una copa de champaña en la mano... en esa misma mano que en una época la acariciaba y exploraba íntimamente cada rincón de su cuerpo, y su sonrisa perezosa resultaba tan atractiva como en Colorado... ahora más aún, porque estaba muy bronceado. -En verdad le queda muy bien el esmoquin -comentó Julie con tono imparcial a sus inquietos acompañantes-. ¿No les parece?

-No particularmente -contestó Paúl, notando que el rostro de Julie perdía el poco color que tenía. -Todos los hombres quedan bien con esmoquin -señaló apresurada Katherine-. Miren a los demás hombres de la fiesta. Se los ve bien a todos. Hasta a Jack Nicholson.

Julie sofocó una carcajada ante el inútil intento de Katherine de menospreciar a Zack, pero no apartó la mirada de la pantalla. En ese momento la cámara recorrió lentamente la multitud de personas -muchas de ellas famosas- que bailaban, reían y conversaban. Julie lo observó todo con una especie de insensibilidad interior, hasta cuando alguien le gritó a Diana: ¿Por qué no le das un beso de bienvenida. Diana?

Sin vacilar, observó que Zack sonreía y cumplía con el pedido. Rodeó con un brazo la cintura de Diana y ella le dio un beso largo y apasionado que hizo que los invitados empezaran a reír y a aplaudir. Julie lo soportó sin reaccionar, pero cuando él se inclinó y le susurró algo a Diana... o le mordisqueó la oreja... el gesto afectuoso destrozó su barricada emocional. ¡Cretino!, pensó en un relámpago de furioso dolor que sofocó enseguida. Con firmeza, se recordó que no tenía motivos para enojarse con Zack, porque él estuviera feliz y ella... muerta por dentro. Le gustaba no sentir nada, después de todo era su elección, una elección muy reconfortante.

Zack se alejó con Diana, poniendo fin a la breve entrevista, pero la periodista no había terminado. Cuando la cámara la tomó en un primer plano, dijo con tono de conspiradora:

-Esta noche corren rumores de que podría ser inminente un casamiento entre Zachary Benedict y su amiga de tantos años. Diana Copeland.

-¡Me alegro por él! -dijo Julie, muy animada-. ¡Ah! Ahí llega nuestra comida.

Media hora más tarde Julie y Katherine se alejaron hacia el baño de damas. La sonrisa de Julie era otra vez brillante, su conversación animada, y se detenía en casi todas las mesas a charlar con sus amigos. Paúl la observó alejarse y luego miró a Ted.

-¿Cuántos kilos crees que ha rebajado?

-Demasiados. Sin embargo se ríe mucho -agregó Ted con marcada ironía.

-Tiene mucha fuerza de voluntad.

-Sí. Trabaja y juega como si se tratara de una venganza.

-Es una buena señal, ¿no crees? Ted lanzó un suspiro de enojo.

-No significa nada, aparte de que está tratando de enterrar sus recuerdos.

-¿Por qué estás tan seguro?

-Entre otras señales obvias, cuando Julie está sometida a un estrés, se pone a organizar y a ordenar cosas. En las últimas seis semanas, además de dar sus clases, entrenar a sus chicos minusválidos, enseñar a alumnos particulares, trabajar en todas las obras cívicas y religiosas de la ciudad, y hacerse cargo de los festejos del bicentenario, ha empapelado todos los cuartos de su casa, reorganizado todos sus placares, armarios y cajones, y pintado el garaje. Dos veces. Ahora ha llegado a

archivar sus comestibles por orden alfabético en los armarios de la cocina.

Paúl sofocó una carcajada.

-¿Qué?

-Ya me oíste -dijo Ted, pero no sonreía-. Y no es gracioso. Ha llegado al máximo del estrés, y en cualquier momento tendrá un colapso nervioso. Y ahora quiero preguntarte algo -agregó, inclinándose hacia adelante-. Tú la metiste en esta pesadilla, y yo también. Le hablamos hasta que la convencimos de que Benedict era culpable. Tú la obligaste a ir a la Ciudad de México como una oveja al matadero, y yo lo permití. Acepto mi parte de culpa. ¿Niegas la tuya?

Paúl hizo a un lado su plato de postre e hizo un movimiento negativo con la cabeza.

-No.

Inclinándose aún más, Ted decidió, con voz tensa:

-¿Entonces que te parece si tú y yo pensamos en alguna manera de sacarla de este lío? Paúl asintió.

-Te propongo que lo conversemos esta noche, después de que lleve a Julie a su casa.



LIbrodot

*69*

Paúl no podía pasar la noche en la casa de Julie, ni siquiera platónicamente, sin provocar una tormenta de comentarios, además de los que ya habían circulado por la ciudad a raíz de su frustrado romance con Benedict. Así que, ante la insistencia de Ted y Katherine, los fines de semana había empezado a alojarse en el nuevo departamento de la pareja.

Esa noche, cuando llegó, después de haber dejado a Julie en su casa, la puerta de entrada estaba sin llave y Ted lo esperaba sentado en el living.

-Este asunto entre Julie y Benedict tiene que llegar a una definición -dijo Ted, en cuanto Paúl se sentó frente a él-. Por mí, ojalá ese tipo desapareciera de la faz de la tierra, pero Katherine cree que hasta que de alguna manera Julie se reconcilie con él, jamás estará en paz consigo misma. Ni contigo, si eso es lo que esperas. Es lo que esperas, ¿verdad?

Sorprendido e irritado por el entrometimiento de Ted, Paúl vaciló. Luego contestó, con tono cortante:

-Estoy enamorado de ella.

-Es lo que me dijo Katherme. También me dijo que su conciencia está destrozando a Julie, aunque si alguien merece sentirse culpable es ese cretino de Benedict. Lo único que hizo Julie fue ofrecer llevarlo en el coche porque creyó que le había cambiado una goma pinchada. El resultado es que en este país hay doscientos millones de personas que han visto ese video de Benedict siendo castigado en México, y culpan de ello a Julie. Las mismas personas que aplaudían su coraje por haberlo entregado, ahora la consideran una bruja que entregó e hizo castigar a un inocente. Por lo menos la gente que vive aquí y la conoce no siente eso, y ya es algo. No será mucho, pero es algo. Los periodistas todavía la acosan, tratando de conseguir que hable, y las preguntas que le hacen son malignas.

Katherine entró desde el dormitorio, de bata de cama y pantuflas, obviamente decidida a participar en la conversación. Se instaló en el brazo del sillón de Ted. Quitando importancia al tema de la opinión pública, que le parecía trivial, fue de manera directa a lo que creía más importante.

-Julie le escribió a la cárcel, y él le devolvió las cartas sin abrir. Desde que salió de la cárcel le ha escrito al estudio de sus abogados, cartas sencillas y amables, esta vez preguntándole cómo quiere que le devuelva el auto que él le mandó. Benedict tampoco le ha contestado esas cartas. Hasta que lo haga, o hasta que ella u otra persona pueda hacerle entender que Julie no mintió ni trató de tenderle una trampa cuando dijo que quería reunirse con él en México, Julie no se permitirá quererte a ti ni a ningún otro. Ni aceptará que ningún hombre la quiera a ella. Entre otras cosas, se está castigando.

Paúl la miró sorprendido, frunciendo el entrecejo.

-¿Eso es lo que le impide tener algo conmigo.... seguir viviendo? ¿Necesita el perdón de Benedict?

-Estoy convencida de que es así -aseguró Katherine.

-Está bien -dijo Paúl, después de permanecer unos instantes pensativo-. Si eso es lo que le hace falta, se lo conseguiré, y no tendrá que esperar otras seis semanas... ni seis días siquiera. -Se puso de pie con el aspecto del hombre que tiene una misión que cumplir. -Se lo conseguiré en cuarenta y ocho horas. Díganle que se presentó un imprevisto y que tuve que interrumpir nuestro fin de semana.

Katherine lo observó dirigirse al cuarto de huéspedes.

-¡Pero Paúl! Benedict ni siquiera quiere hablar con ella.

-¡Pero hablará conmigo! -contestó Paúl por sobre el hombro.

-¿Por qué crees que hablará contigo? -preguntó Ted cuando Paúl salió algunos instantes después, con una valija en la mano.

-Por esto -dijo Paúl poniendo su chapa de identificación en la mano de Ted mientras sacaba su abrigo del placard.

-Eso te puede hacer entrar en su casa, pero no hará que te crea.

-Ese hijo de puta no tiene que creerme a mí. ¿Dónde está la carta que Julie iba a dejarles cuando se fuera con él?

-La tengo yo -dijo Katherine, saliendo a buscarla-, pero eso tampoco lo convencerá. No puedes probar que no la escribió ayer -agregó al volver del dormitorio con la carta en la mano-. No olvides que ahora Benedict es rico y famoso; se mostrará doblemente suspicaz con todo lo que parezca un intento de reconciliación por parte de Julie.

-Tal vez. Pero en mi oficina de Dallas hay algo que no tendrá más remedio que creer.

-¿Qué?

--Videos -contestó Paúl con tono cortante, extendiendo la mano para que Ted le devolviera su chapa de identificación-. Un video de la conferencia de prensa que Julie ofreció cuando trataba de poner al mundo de parte de Benedict.

-Eso tampoco bastará. Supondrá que fue parte del plan para que tú lo atraparas.

-Y además -agregó Paúl mientras tomaba su valija-, conservo un video confiscado de lo que realmente sucedió en el aeropuerto de México... un video que muestra la reacción de Julie cuando vio que golpeaban a Benedict. El hombre que sea capaz de ver ese video sin quedar destrozado tiene más estómago que yo. Y por si no lo han adivinado ya

-agregó mientras se encaminaba a la puerta-, viajaré en auto hasta Dallas para recoger lo que necesito, y por la mañana volaré a Los Ángeles. Debemos de tener la dirección de California de Benedict en nuestro archivo.

-¿Estás seguro de que no le estropearás la fiesta?

-preguntó Ted con una sonrisa irónica.

-¡A la mierda con su fiesta! Hace meses que estropea mi vida y la de Julie, ¡y estoy harto del asunto! Y si esto fracasa -agregó dirigiéndose a Ted-, si se niega a escucharme o a mirar las pruebas que le llevo, te sugiero que le hagas juicio por haber secuestrado a Julie y por el tormento mental que ha estado sufriendo como resultado de todo lo que le hizo. Si Benedict se niega a escucharme, podrá escucharte a ti en el juzgado ¡y pagar sus culpas con un cheque bien gordo!

-Gracias, Paúl -dijo Katherine, besándolo después de que él se despidió de Ted con un apretón de manos-. Adiós -dijo con tono emocionado-. Llámanos cuando lo hayas visto. -Lo contempló alejarse por la vereda y cuando cerró la puerta notó que Ted la miraba con una expresión extraña.

-Parecías muy triste cuando le dijiste adiós... como si te estuvieras despidiendo para siempre. ¿Por qué?

-Porque soy una persona malvada que no merece ser amada por un hombre tan maravilloso como tú -contestó ella con una sonrisa culpable.

-¿Traducción? -pidió Ted con una mirada de desconfianza.

-Hay algo que no les dije a ti ni a Paúl -admitió ella-. Es posible que Julie crea que

lo único que desea es el perdón de Zack, pero lo que realmente quiere es al hombre. Siempre lo quiso. Aún cuando era un fugitivo. Si Paúl logra lo que se propone, Julie tendrá más que paz. Tendrá a Zack Benedict.

-El tipo ha vuelto a ser una estrella de cine. Ya lo viste esta noche por televisión: las mujeres no lo dejan en paz. Además debes de haber notado que vive en una mansión fastuosa. No tiene por qué conformarse con la pequeña Julie Mathison.

-Yo leí la carta que le escribió -dijo Katherine con total convicción mientras se estudiaba las uñas-. Eso era amor, verdadero amor. Por lo menos es lo que creo. -Levantó la mirada y agregó, con una sonrisa: -Y si en verdad la amaba, más le vale esperar que la "pequeña Julie Mathison" esté dispuesta a conformarse con él, después de todo lo que la ha hecho sufrir. Julie está enojada, Ted. En el fondo de su ser está furiosa, realmente furiosa por la injusticia que se ha cometido con ella. Se culpa por haber perdido su fe en Zack, pero lo culpa a él por todo lo que la hizo sufrir, empezando por haberla secuestrado, y por haberle mentido acerca de la forma en que murió su hermano, y por negarse a leer sus cartas o a recibirla cuando fue a verlo a la cárcel.

-Se ríe constantemente y en la mayoría de los casos esa risa no es fingida -dijo Ted, porque le angustiaba pensar lo contrario.

-Está enojada -insistió Katherine-, y tiene todo el derecho del mundo a estarlo. En realidad me gustaría estar presente cuando le dé su merecido a Benedict. Si él lo acepta y lo supera, nos estará demostrando que es un hombre" que vale la pena.

-¿Y si no puede soportarlo o ni siquiera se molesta?

-Entonces Julie se lo habrá sacado de adentro, habrá hecho las paces con él y todavía le quedará Paúl.

Ted se puso de pie y apagó la lámpara.

-¿Por quién apuestas: por Richardson o por Benedict?

-Por Julie.



LIbrodot

*70*

Sentado en el solarlo, Zack revisaba con cuidado los documentos que Matt le había proporcionado para que se pusiera al tanto de su estado financiero. Afuera, más allá de las paredes de vidrio tonalizado que impedían que desde afuera se viera el interior del solario, alguien pronunció el nombre de Zack y él levantó la mirada, no para contestar, sino por el puro placer de estar en su casa y de solazarse con la vista tan familiar. Del otro lado del vidrio, un parque de césped bien cortado descendía hasta una enorme pileta de natación curva con graciosas columnas románicas y estatuas de mármol. En el otro extremo del parque se levantaban los pabellones de huéspedes, construidos en el mismo estilo arquitectónico románico que la casa principal... que en ese momento se hallaban todos llenos de gente.

El grueso vidrio que rodeaba el solario apagaba el sonido de la fiesta que estaba en todo su apogeo. Un centenar de personas se bañaban en la pileta de Zack, o utilizaban sus canchas de tenis o tomaban sol. Los trescientos invitados restantes regresarían esa noche para la segunda velada de festividades, y los mozos ya empezaban a preparar la carpa blanca en el costado este del parque.

-¿Dónde está Zack Benedict? -preguntó una mujer de bikini verde, sin darse cuenta de que Zack la veía y escuchaba sus palabras-. He estado aquí todo el día y todavía no lo he visto. Estoy empezando a creer que es una leyenda y que no existe.

No era extraño que no lo hubiera visto, porque esa ala de la casa estaba exclusivamente reservada para Zack y para Matt y Meredith Farrell. Ellos eran los únicos huéspedes de Zack. Los únicos que estaban autorizados a entrar en su santuario. Por eso Zack frunció el entrecejo al oír que otra mujer decía:

-¿Alguien ha visto a Zack? -Era evidente que no tendría más remedio que aparecer, o esa cantinela que se había repetido a lo largo de la última hora crecería hasta que alguien fuera a buscarlo.

-¿Has visto tú a Zack Benedict? -preguntó a sus espaldas la voz melodiosa y culta de Meredith Farrell, que estaba muerta de risa.

-No, me temo que no -bromeó Zack, poniéndose de pie para recibirla.

-Todo el mundo parece estar buscándote -dijo Meredith, colocando una mano en la que le extendía Zack.

Zack se inclinó y la besó en la mejilla, un poco sobresaltado por el afecto instantáneo que le inspiraba la mujer de Matt. Hasta dos días antes, cuando la conoció, Zack creía que las alabanzas que hacía Matt cuando se refería a ella eran motivadas por el amor, pero al conocerla también él quedó muy impresionado. Meredith Bancroft Farrell poseía el aplomo y la belleza que le atribuían las notas sociales, pero carecía de la fría altanería que Zack esperaba encontrar en ella. En cambio, poseía una suavidad, una nobleza y una calidez carente de toda afectación que lo desarmaban y emocionaban.

-Se comenta -dijo Zack- que ese Benedict es un bicho antisocial a quien no le gustan las grandes fiestas, pero lo que es seguro es que no le gusta ésta.

Ella se puso seria y lo miró a los ojos.

-¿En serio? ¿Y a qué lo atribuyes? Zack sonrió y se encogió de hombros.

-Supongo que en este momento no estoy en el estado de ánimo indicado.

Meredith consideró la posibilidad de mencionar a Julie Mathison, cosa en la que había pensado mucho en esos días, pero Matt no sólo le pidió, sino que le rogó que no lo hiciera.

-¿Estoy interrumpiendo tu trabajo? -preguntó Meredith, mirando las gruesas carpetas que Zack estudiaba.

-No, y me encanta tu compañía. -Zack miró a su alrededor, buscando a la encantadora hija de los Farrell. En realidad esperaba verla aparecer con su habitual exigencia de un abrazo. -¿Dónde está Marissa?

-Está tomando el té con Joe, antes de su siesta.

-¡Qué infidelidad! -exclamó Zack, mirando el juego de té de Sevres que había pedido a su ama de llaves que tuviera preparado-. ¡Me había prometido que tomaría el té conmigo!

-¡Ni se te ocurra permitir que Marissa toque estas tazas exquisitas! Últimamente parece convencida de que cuando uno termina el té, lo que corresponde es dejar caer la taza al piso.

En ese momento entró Matt, que parecía descansado, relajado y divertido.

-Sin duda lo hace porque yo le he dicho que es una princesa. Lo cual es cierto. ¿Donde está Joe? -preguntó-. Necesito mandarlo a...

Como si la mención de su nombre hubiera conjurado su presencia, en ese momento entró en el solario Joe 0'Hara; su expresión era adusta.

-Zack -dijo-. Acaba de pararme su ama de llaves en el vestíbulo. Parece que tiene una visita, un hombre que le mostró su identificación y la dejó aterrorizada. Es alguien del FBI. Se llama Paúl Richardson. Ella le pidió que esperara en la biblioteca.

Ante la necesidad de tener que conversar con un agente del FBI, Zack maldijo en voz baja y se volvió para salir.

-¡Zack! -lo llamó Matt. Zack se volvió. -¿Vas a verlo a solas? ¿O con testigos? Zack vaciló.

-Con testigos, si no te importa.

-¿Estás en condiciones de acompañarnos? -le preguntó Matt a su mujer.

Ella asintió y los tres se encaminaron a la biblioteca revestida de paneles de caoba.

Ignorando groseramente al hombre alto y morocho que miraba los libros de los estantes, Zack esperó hasta que Matt y Meredith se sentaran, después se ubicó detrás de su escritorio y dijo, cortante:

-Muéstreme su identificación. -El agente del FBI, a quien Zack ya había reconocido por haberlo visto en el aeropuerto de la ciudad de México, sacó la identificación del bolsillo del saco y se la tendió. Zack la miró y luego miró a Richardson. -Es una pésima fotografía, pero se le parece en algo.

-No vale la pena que perdamos tiempo con jueguitos -contestó Paúl con idéntica falta de cortesía, buscando la mejor manera de encarar a ese adversario-. Usted supo quién era yo en cuanto me vio. Me reconoció porque estuve en el aeropuerto de México.

Benedict le quitó importancia y se encogió de hombros.

-De todos modos, no tengo la menor intención de hablar con usted ni con ningún otro del FBI a menos que sea en presencia de mis abogados.

-Ésta no es una visita oficial, sino personal. Además, no es necesario que usted diga una sola palabra. Hablaré yo.

En lugar de invitarlo formalmente a sentarse, Benedict señaló con una leve inclinación de cabeza la silla que había frente a su escritorio. Paúl contuvo su enojo por el tono que ya había adquirido la reunión, se sentó, puso el portafolio a su lado en el piso y lo abrió.

-En realidad, preferiría hablar de esto en privado... -dijo, mirando de soslayo al hombre y la mujer que lo observaban desde el sofá, y a quienes reconoció enseguida-.

...sin la presencia del señor Farrell y su señora.

-No me interesa en absoluto lo que usted "prefiera" -replicó Benedict. Se reclinó contra el respaldo de su sillón de cuero, tomó la lapicera de oro que tenía sobre el escritorio y empezó a hacerla rodar entre sus dedos. -Escuchemos lo que tenga que decir.

Paúl hizo un esfuerzo por ocultar su enojo tras una fachada de fría amabilidad.

-Empezaré por recordarle que se encuentra en una posición muy vulnerable con respecto al secuestro de Julie Mathison. Si ella decidiera acusarlo, es muy probable que usted acabara entre rejas por lo que le hizo. Por razones personales -agregó con tono amable-, yo disfrutaría enormemente si se me encargara ese caso.

Observó la cara inexpresiva de Benedict y al no ver la menor reacción ante su amenaza, Paúl decidió que le convenía más emplear un tono cortés.

-Mire, a cambio de mi garantía personal de que ella no presentará cargos en su contra, lo único que le pido es que me conceda cinco minutos y que escuche lo que tengo que decirle.

-¿Me equivoco, o acaba de hacerme un pedido amable?

Paúl contuvo sus ganas de pegarle una trompada.

-Lo fue.

-En ese caso, le quedan cuatro minutos y cincuenta segundos.

-¿Tengo su palabra de que me dejará terminar?

-Siempre que pueda hacerlo en cuatro minutos y cuarenta segundos. -Empezó a golpear el escritorio con la lapicera de oro, en un gesto de clara impaciencia.

-Para que no dude de la credibilidad ni de la validez de mi información, quiero que entienda que estuve a cargo de su caso -dijo Paúl, cortante-. Yo estuve en Keaton mientras Julie estaba en Colorado con usted, y estaba allí cuando regresó, y soy el que la puso bajo constante vigilancia cuando abandonamos Keaton, porque tenía el presentimiento de que ella trataría de ponerse en contacto con usted, o usted con ella. También soy la persona a quien ella llamó la noche antes del día en que debía reunirse con usted en la ciudad de México. -La voz de Paúl se ponía más enfática a medida que se acercaba al punto que deseaba aclarar -A pesar de todo lo que usted crea, y de la forma en que lo han presentado los medios, también sé, más allá de toda duda, que Julie no aceptó reunirse con usted en México para tenderle una trampa y entregarlo. La verdad es que mi oficina ignoraba por completo su intención de reunírsele hasta la noche antes de la fecha en que debía tener lugar ese encuentro. Ella por fin se dejó llevar por el pánico y me llamó por dos motivos. Tres días antes había ido a visitar a su abuela, Margareth Stanhope, porque se le ocurrió la loca idea de que, por su bien, quería cicatrizar las heridas familiares. En lugar de lograrlo, su abuela le mostró pruebas de que usted había confesado haber matado accidentalmente a su hermano, y además le informó que ella creía que usted lo había asesinado con toda deliberación, como después asesinó a su esposa.

Paúl esperaba que esas bombas verbales produjeran alguna clase de reacción, pero con excepción de que un músculo empezó a palpitar en la mandíbula de Benedict ante la mención de la abuela, no hubo ninguna.

-Julie regresó de Ridgemont -continuó Paúl con tenacidad-, y esa noche se enteró de que los integrantes del elenco y el equipo técnico de *Destino* estaban recibiendo llamadas amenazadoras, presuntamente realizadas por usted, pero a pesar de eso, ella siguió sin entregarlo. Recién la noche antes de su partida, cuando supo que Tony Austin había sido asesinado, por fin decidió notificarnos que usted pensaba encontrarse con ella en la ciudad de México. -Hizo una pausa y al ver que Benedict seguía allí sentado, mirándolo con expresión de desprecio, Paúl se enfureció. -¿Me escuchó, maldito sea? ¡Julie no le tendió una trampa desde el principio! ¿Está claro

eso?

La cara de Benedict se puso tensa, pero su voz era ominosamente suave.

-Si vuelve a usar ese tono de voz una sola vez más, yo en personarlo sacaré a patadas de aquí, a pesar de mi promesa de escuchar lo que tenía que decir. ¿Está claro eso para usted? -preguntó con sarcasmo.

Paúl se recordó que, por el bien de Julie, debía tener éxito, y continuó hablando con cierta mansedumbre.

-Suspendamos los escarceos adolescentes. Nosotros no nos tenemos simpatía, así que dejémoslo ahí. El asunto es que no vine para provocarlo, sino para proporcionarle pruebas de que Julie nunca pensó tenderle una trampa en México. La verdad es que lo que ella vio que sucedía en el aeropuerto, además de su negativa a permitir que le diera explicaciones, y que ni siquiera abriera sus cartas, la han herido hasta un punto difícil de imaginar. Su familia está preocupada por ella, y yo también.

-¿Usted? -preguntó Zack con divertida insolencia-. Me pregunto por qué.

-Porque, a diferencia de usted, me siento responsable por el papel que desempeñé en la ciudad de México y por el daño que eso le causó. -Tomó el portafolio, del que sacó un sobre grande; luego se puso de pie, como dando el caso por cerrado. -Y porque estoy enamorado de ella -agregó, arrojando el sobre con desdén sobre el escritorio de su adversario.

Benedict no lo tomó, ni siquiera lo miró.

-¿Por qué será que ese anuncio no me sorprende? -preguntó con tono burlón.

-Tal vez sea clarividente -retrucó Paúl-. De todos modos allí tiene las pruebas: dos videos y una carta. No acepte mi palabra, Benedict, véalo usted mismo. Y luego, si le queda algo de decencia, alivie el sufrimiento de esa chica.

-¿Cuánto cree que costará "aliviar su sufrimiento"? -preguntó Zack con sarcasmo-. ¿Un millón de dólares? ¿Dos millones? ¿El doble, dado que usted piensa compartir con ella el botín?

Paúl plantó las manos sobre el escritorio de Benedict, se inclinó hacia adelante y dijo con furia salvaje:

-¡Debí haber dejado que los Federales le rompieran el alma durante todo el camino hasta la frontera!

-¿Ah, sí? ¿Y por qué no lo hizo? Paúl se enderezó y le dirigió una mirada de desprecio.

-Porque antes de entregarlo, Julie me obligó a prometerle que no permitiría que nadie le hiciera daño. En lo único que le mintió fue cuando le dijo que estaba embarazada. Lo hizo para que le permitiera reunirse con usted. Debe de haber estado loca para creer que estaba enamorada de usted, ¡cretino insensible y arrogante!

Al oír esas palabras, Zack se puso de pie, rodeó el escritorio y se le acercó con aire amenazador.

-¡Inténtelo! -invitó Paúl, con las manos a los costados-. ¡Por favor, le pido que lo intente, actor de cine! ¡Pegúeme la primera trompada para que yo pueda darme el gusto!

-¡Basta! -atronó la voz de Matt Farrell, quien tomó a Zack por un brazo-. Richardson, ya han pasado sus cinco minutos. ¡0'Hara! -gritó-. Acompañe al señor Richardson hasta la puerta.

Joe 0'Hara apareció al instante en el cuarto desde la puerta donde había estado escuchando.

-¡Justo ahora que empezaba a ponerse bueno!

-exclamó. Miró a Paúl Richardson con respeto, señaló la puerta con un ademán grandilocuente y dijo: -Hasta ahora nunca había conocido a un agente de civil que estuviera dispuesto a no ampararse tras su insignia y que en cambio amenazara con los puños. Permítame que lo acompañe hasta su coche.

Su muestra de buen humor no hizo nada por disipar la tensión que reinaba en el cuarto cuando ambos salieron.

-Creo que debemos irnos -dijo Matt.

-En cambio, yo creo que debemos esperar mientras Zack mixa las pruebas que hay en ese sobre

-contradijo Meredith, provocando una mirada de sorpresa de los dos hombres. Se volvió a mirar a Zack. -Creo que también ha llegado la hora de que te diga que estoy absolutamente segura de que Julie te amaba. También estoy convencida de que todo lo que dijo Richardson es cierto.

-Si eso es lo que crees -retrucó Zack con sarcasmo-, te sugiero que te lleves las "evidencias" y las veas, Meredith. Después puedes quemarlas.

Matt se puso blanco de furia.

-¡Te doy cinco segundos para disculparte ante mi mujer!

-Sólo me hacen falta dos -contestó Zack con tono cortante, y Meredith sonrió antes de que lo hiciera Matt porque había escuchado las palabras y no el tono. Zack le tendió la mano y dijo con una sonrisa sombría: -Te pido que me disculpes el tono. Fui inexcusablemente grosero.

-Inexcusablemente, no -contestó ella, mientras lo miraba a los ojos, como buscando algo-. Pero, si no te importa, aceptaré tu ofrecimiento y me llevaré el sobre.

-Como veo que tu marido todavía se debate en la duda y no sabe si pegarme una trompada o no, y como sé que me la he ganado, no creo que deba tentar más mi suerte, negándotelo -dijo Zack con sequedad.

-Creo que has estado muy prudente -dijo ella mientras miraba con expresión risueña a su marido. Tomó el sobre del escritorio y enlazó su brazo con el de Matt. -No olvides que en una época, la sola mención de mi nombre te provocaba una furia igual a la de Zack -le recordó con suavidad, haciendo un esfuerzo por impedir que ambos siguieran tensos.

El ceño de Matt se trocó en una sonrisa.

-¿Era yo tan tonto como Zack? Meredith lanzó una carcajada.

-Ésa es una pregunta que me meterá a mí en un brete con alguno de los dos.

Matt la despeinó con gesto afectuoso.

-Te veremos en la fiesta después de que nos hayamos cambiado -se despidió ella de Zack.

-Muy bien -dijo Zack y se quedó mirándolos alejarse, maravillado ante lo unidos que eran y ante el cambio que Meredith había logrado en Matt. No hacía mucho imaginó que Julie y él... Furioso por haber permitido que ella entrara en sus pensamientos, se acercó a los ventanales y abrió los cortinados. No sabía qué despreciaba más, sí la traición de Julie o su propia credulidad. A los treinta y cinco años ella lo había convertido en un pelele que volcaba su corazón en cartas de amor y se pasaba noches enteras mirando su fotografía, para no hablar de que arriesgó su cuello para comprarle el anillo indicado en la joyería más exclusiva de Sudamérica. La vergüenza y el disgusto que le provocaban esas cosas eran casi peores que la humillación que significó ser golpeado y puesto de rodillas delante de medio mundo. Y ella también era responsable de eso. Y todo el que tuviera un televisor lo sabía... sabía que él se dejó embaucar ciegamente por una maestra de pueblo chico y que arriesgó su vida por estar con ella.

Zack hizo un esfuerzo para sacarse a Julie de la cabeza y miró a la multitud creciente que se reunía para las festividades de esa noche. Glenn Cióse conversaba

con Julia Roberts. Levantó la vista, lo vio parado junto a la ventana y lo saludó con la mano.

Zack le devolvió el saludo. Por su jardín se paseaban casi todas las mujeres más hermosas del mundo y la mayoría de ellas correría hacia él con que sólo les hiciera una seña. Zack las estudió, buscando alguna que se destacara entre las demás y lo atrajera... alguna que tuviera ojos particularmente lindos, una boca romántica, una cabellera atractiva, pelo sano... una mujer cálida e ingeniosa, con metas y con ideales.... alguien capaz de derretir el hielo que tenía en su interior. Se alejó de la ventana y se encaminó a su suite para cambiarse. No existía en el mundo entero una antorcha con fuerza suficiente para derretir ese hielo, y para hacerle sentir lo que había sentido en Colorado. Y aunque fuera posible, no volvería a permitir que le sucediera. Comportarse como un tonto enamorado no era su estilo. Debía de haber estado loco en Colorado. Sin duda se debió a una combinación de tiempo y lugar. En circunstancias normales, jamás habría sentido eso por ninguna mujer.

Se prometió que sería más atento con sus invitados. Ignoraba por qué, pero después de sólo seis semanas, parte de la fascinación que le provocaba la renovación de su carrera empezaba a desaparecer. Decidió que estaba extenuado y empezó a desabrocharse la camisa. En apenas seis semanas, además de reunirse con seis productores, cinco directores de estudios e incontables hombres de negocios, había leído docenas de guiones y conseguido recuperar las dos casas que tenía alquiladas. Además contrató nuevo personal, recuperó parte del anterior, compró dos coches y encargó un avión. Le hacía falta relajarse y disfrutar del gusto del éxito, ahora que volvía a ser suyo, decidió, arrojando la camisa sobre la cama. Oyó que se abría la puerta del dormitorio, y se volvió con las manos en la cintura.

-He estado buscándote por todas partes, Zack -dijo la pelirroja con una sonrisa invitante mientras se adelantaba, meneando las caderas. En sus muñecas y sus dedos resplandecían las alhajas. -Y vengo a encontrarte justo cuando empiezas a desvestirte. ¿No te parece una coincidencia sorprendente?

-Sorprendente -mintió Zack, mientras trataba de recordar quién demonios sería esa mujer-. Pero para eso son los dormitorios, ¿verdad?

-No sólo para eso -susurró ella, deslizando las manos por el pecho de Zack.

Con suavidad, él las tomó entre las suyas.

-Más tarde -dijo, haciéndola girar sobre sí misma y conduciéndola con firmeza hacia la puerta-. Necesito una ducha y luego tengo que salir a interpretar el papel de dueño de casa.



LIbrodot

71

-Es una fiesta espléndida, Zack -le susurró al oído una voz inconfundible-, ¿pero dónde encontraste tantos monos dispuestos a disfrazarse? -Sonriente, Zack se alejó del grupo con quien conversaba cerca de la pileta y le pasó un brazo sobre los hombros, acercándola a sí.

-Tenía la esperanza de que vinieras.

-¿Para qué? ¿Para aliviar tu monotonía? -preguntó ella, estudiando la fiesta, que estaba en todo su apogeo a la una de la tarde.

Cuando ella empezó a alejarse, él la retuvo.

-¡No me abandones! -pidió en broma-. Se nos acerca Irwin Levine y empezará a hablarme sobre la película que Empire quiere que filme. Quédate a mi lado durante el resto del día.

-¡Cobarde! Yo te enseñaré a manejar estas cosas. -Ignorando el apretón de advertencia de las manos de Zack, ella tendió sus largos dedos de uñas laqueadas. -¡Irwin querido! -ronroneó, besándolo en la mejilla-. Zack quiere que te alejes y lo dejes gozar de su fiesta en paz.

-¡Maldita como siempre! ¿No, Barbra? -contestó él, furioso.

-¡Buen trabajo! -comentó Zack con sequedad, observando al otro que se alejaba ofendido-. En la actualidad, mi representante tiene ese mismo efecto sobre la gente, cuando empieza a hablar de dinero.

-No me interesa tu agente. ¿Por qué no contestaste mis cartas, pedazo de tonto? Supongo que sabrás que no suelo mandar paquetes a la cárcel por cualquiera, ¿no?

-Porque estaba avergonzado y no quería caridad. Y ahora cállate la boca y tararea algo bonito mientras circulamos.

Riendo, Barbra rodeó con un brazo la cintura de Zack y empezó a cantar en voz baja:

-Gente... gente que necesita a la gente es la gente más afortunada...

*72*

-¡Eso confirma lo que yo creía! -exclamó Meredith poniéndose de pie de un salto en el living donde ella, Matt y Joe acababan de ver los videos que el agente del FBI le había entregado a Zack. Se secó las lágrimas y metió las "evidencias" dentro del sobre. -¡Obligaré a Zachary Benedict a ver estos videos, aunque para eso tenga que atarlo!

-Meredith -dijo Matt con suavidad, tomándola por la muñeca-. Comprendo que tenías razón con respecto a Julie, pero yo conozco a Zack. No podrás conseguir que mire esos videos a menos que esté dispuesto a hacerlo.

Ella permaneció unos instantes pensativa, y luego una sonrisa le iluminó el rostro resuelto.

-Sí, claro que podré... ¡y sé cómo lograrlo!

Matt se puso de pie.

-Si estás decidida a intentarlo, te acompañaré y lo sujetaré mientras tú lo atas.

-Eso no daría resultado -dijo Meredith-. Acabarías poniéndote furioso. En cambio, si no estás allí creo que podré utilizarte para obligarlo.

-Lo dudo.

-Déjame intentarlo -dijo ella, inclinándose para besar la frente de su marido. Si necesito ayuda, vendré a buscarte.

Antes de que Matt pudiera oponerse, cosa que estaba a punto de hacer, Meredith abrió las puertas del patio y se encaminó al parque. Vio a Zack parado al borde de la pileta. Estaba rodeado por un grupo de actores, actrices y directivos de estudios. Meredith alzó la cabeza y hacia allí se encaminó, decidida.

Zack reía, festejando una broma, cuando vio a Meredith que cruzaba el parque con un sobre en la mano; su sonrisa desapareció.

-Discúlpame un momento -le dijo a Barbra, entrecerrando los ojos y mirando fijo ese maldito sobre. Cuando estuvo junto a Meredith, le dirigió su sonrisa más seductora, evitando mirar el sobre. -Me preguntaba dónde estarían tú y Matt. Veo que todavía no te has cambiado.

-Estábamos en el living, viendo algo en el televisor -contestó ella, y Zack se dio cuenta de que tenía los ojos irritados y que parecía haber llorado. -¿Puedo hablar contigo a solas ?

-Estamos en plena fiesta -puntualizó él con tono evasivo-. Ven conmigo y te presentaré a Kevin Costner. Anoche me dijo que quería conocerte.

-Más tarde -insistió ella con tozudez-. Esto no puede esperar. Sin otra alternativa, Zack asintió y la siguió hasta la biblioteca.

-¿Qué estás tramando? -preguntó Zack, sentándose en el borde del escritorio y encendiendo una lámpara, mientras Meredith corría las cortinas y oscurecía el cuarto.

Ella se volvió y se paró frente a él.

-Estoy pensando en el contenido de ese sobre.

-Te pedí que lo destruyeras.

-Sí, es cierto -retrucó ella, enfrentándolo con toda la sangre fría-. Y ahora tengo algo que preguntarte.

-¿Qué?

-¿Sientes alguna obligación moral hacia mi marido por todo lo que hizo por tí

mientras estabas preso?

Zack asintió con aire de desconfianza.

-Muy bien. Matt se niega a imponerse, pidiéndote un favor a cambio de eso.

-Y en cambio tú estás decidida a hacerlo -dijo él, cortante.

-Así es. A cambio de los años de ayuda y de lealtad de Matt, te voy a pedir un favor en su nombre. Queremos que te sientes, mires estos videos y leas la carta que contiene este sobre.

Zack apretó los dientes, pero asintió y empezó a ponerse de pie.

-Lo haré más tarde.

-No, ahora.

Él la miró echando chispas por los ojos, pero sin ningún resultado.

-No creo que sea mucho pedirte -señaló Meredith con tono irrefutable-. Media hora de tu tiempo.

-Muy bien -decidió Zack-. ¿Me permitirás que lo haga a solas o quieres vigilarme para estar segura de que cumplo con mi palabra?

Feliz por el éxito obtenido, ella le dedicó una dulce sonrisa.

-Acepto tu palabra. Gracias. -Se acercó a la videograbadora, deslizó en su lugar el primer casette, prendió el equipo y le entregó el control remoto. -El primer video contiene una conferencia de prensa que Julie concedió uno o dos días después de haberte dejado en Colorado. ¿Ya la has visto?

-No -contestó Zack.

-Muy bien. Entonces te espera un triple impacto. El segundo video fue filmado por un aficionado mientras tú eras arrestado en la ciudad de México. Cuando lo mires, no apartes tu mirada de Julie.

Cuando Meredith salió, Zack oprimió el botón para empezar a proyectar el primer video, pero se levantó y se acercó al bar. La sola mención de Julie Mathison, y el recuerdo de lo tonto y crédulo que había sido, lo hacía querer ahogarse en alcohol. La sola idea de tener que verla en ese cuarto, en su casa, lo hizo lanzar abundantes maldiciones mientras echaba cubitos de hielo en su vaso y lo llenaba con la primera bebida que encontró a mano. A sus espaldas, el intendente de ese pueblo de porquería donde ella vivía estaba anunciando que Julie Mathison ofrecería una conferencia de prensa y que todos debían tratarla con respeto.

Con una sonrisa presuntuosa y llena de desprecio, Zack caminó de regreso a su escritorio, se apoyó contra el borde y cruzó los brazos sobre el pecho. A pesar de estar preparado para verla y oírla, hizo una mueca cuando el rostro inolvidable de Julie lo miró desde la pantalla, el negro pelo sujeto con un moño a la altura de la nuca. Cuando ella empezó a hablar, la primera reacción de Zack fue de sorpresa al verla tan tranquila frente a lo que parecía una multitud de por lo menos doscientos periodistas.

Instantes después, Zack depositó lentamente su vaso sobre el escritorio, frunciendo el entrecejo de incredulidad ante lo que oía. Pese a que la había despedido de Colorado con toda la intención de destrozar cualquier sentimiento que tuviera hacia él, Julie miraba la cámara y trataba, con éxito, de pintar su cautiverio en Colorado como una broma o una travesura, y a Zack como un héroe ingenioso que de una manera divertida hizo fracasar su intento de huir en la playa de estacionamiento y luego arriesgó su vida en un esfuerzo por rescatarla del arroyo helado durante su segundo intento de huida.

Terminada su declaración, cuando desde todas partes empezaron a lloverle preguntas a los gritos, Julie mantuvo su sonrisa y su tranquilidad, mientras evitaba

incriminar a Zack, dando explicaciones que él sabía eran veraces pero incompletas. Cuando un reportero le preguntó si él la había amenazado con un arma, cosa que Zack sabía que hizo, ella se evadió con una broma: "Sabía que tenía un arma, porque la vi, y eso bastó para convencerme -por lo menos al principio- de que no me convenía discutir con él, ni criticar sus viejas películas."

Zack hizo un esfuerzo por no sonreír ante la agudeza de Julie, y se recordó con severidad que lo más probable era que ella hubiera dicho todo eso porque pensaba que tal vez él vería la conferencia de prensa y eso lo sacaría con más rapidez de su escondrijo. Sin embargo, instantes después, cuando le preguntaron si pensaba presentar cargos contra él por haberla secuestrado, Zack la vio sonreír con alegría y evadir el tema de un crimen federal con otra broma inteligente. "No creo que lograra que lo condenaran. Es decir, creo que si hubiera mujeres en el jurado, lo declararían inocente en el acto en cuanto se enteraran de que, la mitad de las veces, él se encargó de preparar la comida y de limpiar la cocina."

Zack tomó su vaso, pero un momento después la respuesta de Julie a otra pregunta lo obligó a dejarlo, mientras fruncía el entrecejo con incredulidad. "Señorita Mathison, ¿le gustaría que capturaran a Zachary Benedict?"

¿Cómo es posible que alguien quiera que vuelvan a encarcelar a un hombre que fue injustamente condenado y enviado a prisión? No sé cómo es posible que un jurado lo haya condenado por asesinato, pero en cambio sé que no es más capaz que yo de matar a alguien. Si fuera capaz de cometer un asesinato, yo no estaría aquí en este momento, porque, como les expliqué hace algunos minutos, hice todo lo posible por poner en peligro su huida. También me gustaría que recordaran que cuando creyó que habíamos sido encontrados por un helicóptero, su primera preocupación fue mi seguridad, y no la suya. Lo que me gustaría sería que detuvieran esta cacería mientras alguien revisa su caso.

Zack tomó el control remoto, con intenciones de rebobinar la cinta y volver a escuchar la última respuesta de Julie, mientras buscaba en su rostro alguna señal de engaño o de mentira, pero la siguiente pregunta petrificó su dedo sobre el botón.

"Señorita Mathison, ¿está enamorada de Zachary Benedict?"

La vio vacilar, pero Julie enseguida miró la cámara y respondió con una sonrisa suave. "En un momento u otro, casi todas las integrantes de la población femenina de este país posiblemente se imaginaron enamoradas de Zachary Benedict. Ahora que lo conozco, creo que demostraron un juicio excelente. Él... -vaciló un instante y luego terminó con voz entrecortada por la emoción-. Es un hombre muy fácil de amar."

Zack oprimió el botón de rebobinado y volvió a escuchar las últimas dos respuestas de Julie, con la mirada clavada en la pantalla, estudiando su rostro y su entonación, mientras buscaba rastros del engaño que sabía debía de haber en alguna parte. No lo pudo encontrar. Lo que vio y oyó era coraje y serenidad y todo lo que él había amado de ella en Colorado.

Se dijo que debía de estar pasando algo por alto, algún ardid, algún motivo oculto que la llevaba a comportarse así delante de millones de personas. Entonces sacó el otro video de la caja, se levantó y lo colocó en la videograbadora. Esta vez se instaló en el sillón detrás del escritorio, preparándose para ver una escena que jamás olvidaría; una situación que lo puso de rodillas y lo humilló ante el mundo, y todo porque se había vuelto loco por una mentirosa...

Que había admitido ante el mundo que lo amaba.

Aunque él la hubiera secuestrado.

Y enviado de vuelta a su casa después de decirle que desconocía la diferencia entre el sexo y el amor.

Zack estaba tan enfrascado en sus pensamientos que demoró un momento en darse

cuenta de lo que sucedía en la pantalla del televisor, y apretó los dientes al verse arrojado contra una pared y esposado por los Federales. Todo el mundo gritaba y el que filmaba la escena no hacía más que mover la cámara de un lado para el otro, tratando de ubicar a una mujer que gritaba algo acerca de que estaban lastimando a alguien.

Entonces Zack se inclinó hacia adelante, mirando con incredulidad a Julie, quien luchaba por abrirse paso entre los policías, mientras gritaba: ¡No lo lastimen! Vio que Richardson la tomaba de los brazos y la obligaba a retroceder, y que ella lloraba al ver lo que le hacían a él.

La cámara volvió a enfocar a Zack y a Hadley, y después de algunos segundos, Zack se dio cuenta de que Hadley acababa de apoderarse del anillo que él tenía en el bolsillo. La cámara siguió a Hadley, que en ese momento se acercaba a Julie, quien extendió la mano en respuesta a algo que Hadley acababa de decirle, y cuando miró lo que tenía en la mano empezó a llorar como una histérica, mientras se llevaba el anillo al pecho.

Zack se levantó a medias de la silla al ver el rostro atormentado de Julie, pero enseguida se obligó a volver a sentarse y ver lo que él sabía que vendría. Sucedió tal como lo recordaba... los Federales que lo empujaban hacia la salida, y luego Hadley que los obligaba a detenerse casi junto a Julie. El que filmaba la escena se mostraba más atrevido y se animó a acercarse, porque hasta el sonido era más claro. Pero Zack no necesitaba escuchar lo que se decía. Las palabras de Hadley habían quedado grabadas en su memoria.

"Señorita Mathison, he sido muy grosero. Todavía no le he agradecido su cooperación. Si usted no nos hubiera ayudado a preparar esta trampa, es posible que nunca hubiéramos atrapado a Benedict."

Zack recordaba el impacto helado que rugió por su cuerpo al oír esas palabras, y se vio en la película, mirando a Julie en una agonía de furia, antes de levantar los brazos para tratar de obligarlos a llevárselo de allí...

Y entonces en la película se desencadenó el infierno, lo mismo que había sucedido en el aeropuerto. De repente él estaba de rodillas y le pegaban... Sólo que también se había iniciado otro tumulto. Zack alcanzó a verlo en el costado derecho de la pantalla y se levantó para acercarse al televisor y observarlo con mayor claridad. Era evidente que Julie había enloquecido cuando empezaron a castigarlo, y estaba atacando a Hadley. Sollozaba y le arañaba la cara, le golpeaba el pecho con los puños cerrados y, cuando Richardson la obligó a alejarse, alcanzó a lanzarle dos fuertes puntapiés en la entrepierna. Entonces Julie se desmayó y Richardson empezó a pedir a gritos la presencia de un médico mientras la policía sacaba a Zack a la rastra del aeropuerto.

Con el corazón latiendo con fuerza, Zack rebobinó el video y lo volvió a ver. Sólo que esa vez no apartó la mirada del rostro de Julie y lo que vio le formó un nudo en la boca del estómago. Le temblaba la mano cuando sacó la carta y se dispuso a leerla.

"Queridos mamá y papá, y queridos Cari y Ted:

Cuando lean esta carta, ya sabrán que me he ido, para reunirme con Zack. No espero que perdonen lo que me dispongo a hacer, pero quiero explicarlo para que por lo menos algún día puedan comprenderme.

Lo amo.

Me gustaría poder darles más y mejores motivos, en lugar de ése único, y los he buscado, pero no encuentro ninguno. Tal vez sea porque eso es lo único que realmente importa...

Después de que me vaya, todos ustedes oirán cosas sobre Zack, rumores espantosos y malignas conjeturas desparramadas por periodistas, por policías y por gente que ni siquiera lo conoce. ¡No saben lo que me hubiera gustado que lo conocieran! Pero ya que eso no es posible, les dejo algo, algo que recibí de él y que les permitirá vislumbrar el hombre que es en realidad. Es la copia de una carta, una carta muy personal, que Zack me mandó. He omitido un pequeño párrafo, no porque sea algo que podría hacerlos cambiar de opinión, sino porque se refiere a otra persona y a un favor muy especial que esa persona nos hizo a ambos. Cuando lean la carta de Zack, creo que sabrán que el hombre que la escribió me amará y protegerá en todo lo que esté a su alcance. Nos casaremos en cuanto estemos juntos..."

Zack se echó atrás y cerró los ojos, presa del tormento y la ternura que le provocaban lo que acababa de leer. Volvió a ver el rostro angustiado de Julie cuando vio que lo esposaban y escuchó su voz suave durante la única conversación telefónica que mantuvieron: "Te amo tanto... No puedo dejar de amarte... Reserva tus oraciones para después, querido. Cuando llegue a tu lado te gastarás las rodillas... pidiendo que te deje dormir por la noche, rogando que deje de darte hijos..." Hacía semanas que Zack imaginaba que ella había mentido al decir que estaba embarazada, pero supuso que era para hacerlo caer en la trampa.

Todo lo demás había sido verdad...

Julie en Colorado, arrastrándolo por la nieve hacia el *snowcat...* tendida en sus brazos por la noche, entregándose con un ardor tan poco egoísta que lo volvía loco de deseo y lo obligó a tratar de satisfacerla tanto como ella lo satisfacía a él. Julie con sus ojos resplandecientes, su risa musical, su vocabulario decoroso, su sonrisa desenvuelta.

Le parecía sentirla tendida en sus brazos esa última noche, con una mano apoyada sobre su corazón mientras le decía que lo amaba... le parecía ver sus ojos que se oscurecían de pena cuando él le contó esa tonta historia de la maestra que se negó a bailar con él... "Yo nunca te habría rechazado, Zack..." Recordó cómo se le iluminaba la cara cuando le contó que enseñaba a leer a mujeres adultas... "Oh, Zack... ¡Es como tener un milagro en las manos!"

Zack se dio cuenta de que si no se le hubiera ocurrido la loca idea de visitar a la traidora de su abuela, es posible que Julie ni siquiera habría cedido bajo la presión de la muerte de Tony Austin. Richardson aseguró que recibió el primer golpe sin perder su resolución. Cedió bajo el segundo.

Julie había sido real. Y suya. Lo amó cuando él no tenía nada que ofrecerle, aparte de una vida oculta con un fugitivo. Había aferrado ese anillo, se lo llevó al pecho y lloró como si se le partiera el corazón... Hizo y fue todas esas cosas. De repente a Zack se le ocurrió que Richardson no había dicho que Julie siguiera enamorada de él, sino sólo que estaba llena de culpa por lo sucedido en México. También empezaron a ocurrírsele otras cosas: por lo visto, durante los últimos tres meses, Richardson había estado con Julie el tiempo suficiente para enamorarse de ella. En cambio Julie sólo conoció a Zack durante una semana y él, por otra parte, le convirtió la vida en un infierno. Paralizado por una mezcla de urgencia y temor, Zack se puso de pie.

*73*

Matt y Meredith intercambiaron sonrisas de profundo placer cuando Zack llegó al living con una valija. Matt se recostó contra el sillón, estiró las piernas y estudió con mirada sobradora el traje azul que Zack se había puesto.

-En California nadie se pone traje para asistir a una fiesta, Zack. Es algo que no se hace.

-¡Me olvidé de esa maldita fiesta! -exclamó él, mirando a sus invitados por la ventana-. Por favor, les pido que los atiendan en mi nombre... ¿Lo harán? Expliquen que se me presentó algo urgente. ¿Puedo disponer de tu piloto? -agregó, depositando distraído la valija en el piso mientras se anudaba la corbata.

-¿Sólo el piloto? -preguntó Matt, mirando a Meredith que se había sentado en el brazo del sofá, con una mano sobre el hombro de su marido.

Zack se volvió cuando entró presurosa su ama de llaves para entregarle dos portafolios que él le había pedido que le preparara.

-Tu avión y tu piloto -aclaró Zack con impaciencia.

-Depende de adonde pienses ir.

Seguro de que tenía todo lo que necesitaría durante los días siguientes, Zack por fin prestó atención a su amigo.

-¿Adonde demonios creen que voy a ir?

-¿Cómo quieres que lo sepa? Si es a Keaton, Texas, ¿no crees que antes deberías llamar a Julie?

-No, porque no sé cómo reaccionará. No quiero que se vaya a alguna parte para no tener que encontrarse conmigo. Y si tomo un vuelo comercial, demoraré horas en llegar.

-¿Y qué apuro tienes? Ya la has dejado seis semanas esperando, mientras Richardson le tenía la mano, sin duda, y le ofrecía sus anchos hombros para que llorara sobre ellos. Además, los aviones privados son juguetes muy caros...

-No tengo tiempo para estas b... -Zack contuvo la mala palabra por Meredith, se adelantó para despedirse de ella con un beso y se detuvo cuando en la puerta apareció Joe 0'Hara.

-Tengo el auto en la puerta, Matt. Y hablé con Steve por teléfono. Dice que el avión está lleno de combustible y listo para decolar. ¿Cuándo quiere partir, Zack?

-Creo que ahora mismo-bromeó Matt con sequedad.

Después de dirigir una mirada de disgusto a su amigo, Zack abrazó a Meredith.

-Gracias -dijo en voz baja y con tono de enorme sinceridad.

-De nada -contestó ella, muy sonriente-. Dale cariños a Julie.

-Y transmítele mis sinceras disculpas -agregó Matt, poniéndose de pie con aire serio, mientras estrechaba la mano de Zack-. Buena suerte.

Lo miraron dirigirse a la puerta. Entonces Meredith miró a su marido y su sonrisa se hizo más amplia.

-Ese hombre la quiere tanto que no le importa que mucha gente crea que es un imbécil por buscarla después de lo que ella le hizo en la ciudad de México. Lo único que le importa es que ella también lo ame.

-Ya sé -contestó Matt, mirando los ojos empañados de lágrimas de su mujer-. Es un

sentimiento que conozco bien.



LIbrodot

*74*

-Ajústese el cinturón y rece -bromeó el piloto por el intercomunicador, y el Lear comenzó el descenso en pleno anochecer, rumbo a la pista de cemento-. Si esa pista tuviera quince centímetros menos no podríamos aterrizar, y si estuviera más oscuro tendríamos que aterrizar en Dallas. Por lo visto, de noche no iluminan esta vereda. A propósito, su taxi lo espera.

Sin apartar la mirada de los videos de Julie, que había llevado consigo para volver a verlos en el avión, Zack se puso el cinturón de seguridad. Pero pocos instantes después levantó la vista sobresaltado cuando el piloto clavó los frenos en el momento en que el avión tocó la pista y el elegante avión carreteó con un chirrido de neumáticos. Por fin se detuvo a pocos centímetros del final de la pista.

-Después de dos aterrizajes en esta pista, el señor Farrell necesitará nuevos frenos -dijo el piloto, con voz algo temblorosa y un tono de profundo alivio-. ¿Qué planes tiene para esta noche, señor Benedict? ¿Quiere que me registre en un motel o que regrese a la Costa Oeste?

Zack estiró la mano hacia el botón del intercomunicador, situado en la consola entre ambos asientos, pero de repente vaciló y enfrentó la realidad que había tratado de ignorar durante todo el viaje. Ignoraba si ahora Julie no lo odiaría más de lo que en una época lo había amado. No sabía cómo lo iba a recibir ni cuánto tardaría en convencerla de que regresara con él a California, si es que lograba convencerla.

-Regístrese en un motel por esta noche, Steve. Enviaré el taxi de regreso a buscarlo.

El piloto todavía estaba apagando los motores cuando Zack bajó presuroso por la escalerilla del avión. El conductor del taxi se hallaba de pie junto a la puerta abierta del vehículo, luciendo un ridículo y poco auténtico uniforme de la Guerra Civil, suponiendo que fuera eso lo que pretendía ser.

-¿Sabe dónde vive Julie Mathison? -preguntó al subir al auto-. Si no lo sabe tengo que encontrar una guía. Olvidé traer la dirección.

-¡Por supuesto que sé dónde vive! -contestó el conductor, mirando a Zack con los ojos entrecerrados. Al reconocerlo, su expresión se tornó feroz. Subió al auto y cerró la puerta con fuerza innecesaria. -¿Por casualidad usted se llama Benedict? -preguntó algunos minutos después, mientras pasaban frente a la escuela primaria y se internaban en un distrito agradable que se erigía alrededor del edificio de tribunales, con tiendas y restaurantes alrededor de una plaza.

Zack estaba distraído mirando el pueblo donde había crecido Julie.

-Sí.

A un kilómetro de distancia, el taxi se detuvo frente a una prolija casa de una planta con un jardín inmaculado y grandes árboles de copa, y Zack sintió que su corazón comenzaba a latir con nerviosa expectativa mientras metía la mano en el bolsillo en busca de dinero.

-¿Cuánto le debo?

-Cincuenta dólares.

-¡Usted debe estar bromeando!

-Para cualquier otro, este viaje vale cinco dólares. A un desgraciado como usted le cuesta cincuenta. Y ahora, si quiere que lo lleve adonde está Julie, en lugar de dejarlo aquí, donde no está, le costará setenta y cinco.

Presa de una mezcla de enojo, sorpresa y tensión, Zack ignoró la opinión que el individuo tenía de él y volvió a subir al taxi.

-¿Dónde está?

-En la escuela secundaria, donde se encarga del ensayo de una obra de teatro.

Zack recordó que había pasado frente a la escuela secundaria cuya playa de estacionamiento estaba atestada de automóviles. Vaciló, desesperado por verla, por aclarar las cosas, por abrazarla, si ella se lo permitía.

-¿Por casualidad también sabe cuánto tiempo estará allí? -preguntó con sarcasmo.

-El ensayo puede durar toda la noche -dijo por puro rencor Hermán, el chofer.

-En ese caso, lléveme hasta allí. El chofer asintió y arrancó el auto.

-No veo por qué tiene tanto apuro por verla ahora -dijo, dirigiendo una mirada asesina a Zack por el espejo retrovisor-. Después de haberla secuestrado y llevado a Colorado, la dejó sola durante todo este tiempo para que enfrentara sin ayuda a los periodistas y a la policía. Y cuando salió de la cárcel tampoco vino a verla. Ha estado demasiado ocupado con sus mujeres elegantes y sus fiestas para pensar en una chica dulce como Julie, que en su vida ha hecho mal a nadie. ¡La avergonzó delante de todo el mundo, delante de todo este pueblo! La gente que no es de Keaton la odia porque hizo lo correcto allá en México, aunque después resultó que era lo incorrecto. ¡Espero -dijo con tono vengativo en el momento en que detenía el auto frente a las puertas de la escuela secundaria- que le pinche un ojo cuando lo vea! Si yo fuera el padre de Julie, en cuanto me enterara de que usted está en el pueblo, tomaría la escopeta y saldría a buscarlo. Y espero que el reverendo Mathison lo haga.

-Tal vez se cumplan todos sus deseos -dijo Zack en voz baja, sacando un billete de cien dólares del bolsillo y entregándoselo-. Vuelva al aeropuerto a buscar a mi piloto. Como él no es ningún desgraciado, supongo que otros veinticinco dólares bastarán para pagar el viaje.

Algo en la voz de Zack hizo vacilar a Hermán, quien se volvió a mirarlo.

-¿Piensa hacer las paces con Julie? ¿Por eso ha venido?

-Lo voy a intentar. Toda la hostilidad de Hermán se desvaneció.

-Su piloto tendrá que esperar unos minutos. No me puedo perder esto. Además, quizás usted necesite un amigo en medio de esa multitud.

Zack no lo oyó porque ya caminaba hacia el colegio. Al entrar siguió la dirección del ruido que llegaba desde el otro lado de las puertas dobles, en el extremo del corredor.



LIbrodot

*75*

Antes de que las puertas del gimnasio se cerraran tras él, Zack alcanzó a ver a Julie en medio del gentío. Estaba en el escenario, dirigiendo un coro de niños, algunos de ellos en sillas de ruedas, que lucían distintos disfraces, mientras una pianista los acompañaba.

Permaneció inmóvil, como hipnotizado, escuchando el dulce sonido de su voz, observando si sonrisa increíble, y era tanta la ternura que sentía que le dolió el pecho. Vestida con jeans y una remera con el pelo atado en cola de caballo, Julie estaba adorable... y delgada. Sus pómulos y sus ojos *se* destacaban más que antes, y la sensación de culpa le formó un nudo en la garganta a Zack cuando se dió cuenta de la cantidad de kilos que debía de haber perdido. A causa de él. El chofer del taxi dijo que le había avergonzado delante de todo el pueblo; eso era algo que trataría de reparar. Ignoró las miradas de sorpresa y los susurros que empezaban a circular por el salón a medida que la gente lo veía y lo reconocía, y se encaminó hacia el escenario.

-Bueno, chicos, ¿qué pasa? -preguntó Julie cuando algunos de los chicos mayores dejaron de cantar y empezaron a hablar en susurros y a señalar. Tuvo conciencia de que a sus espaldas se hacía un profundo silencio y oyó el eco de unos pasos de hombre sobre el piso de madera, pero lo que la preocupaba era que se hacía tarde y sus alumnos estaban distraídos. -Willie, si de veras quieres cantar, tienes que prestar atención -advirtió, pero Willie señalaba algo entre el público y les susurraba furiosamente a dos compañeros-. ¡Señorita Timmons! -dijo Julie, mirando a la pianista, que también se había quedado mirando con la boca abierta algo a espaldas de Julie-. Por favor, señorita Timmons, vuelva a tocar eso. -Pero ante la sorpresa de Julie, una parte de los niños del coro se adelantaba formando un pequeño grupo. -¿Adonde creen que. van? -preguntó Julie, a punto de perder la paciencia. Giró sobre sus talones. Y quedó petrificada.

Zack estaba parado a cuatro metros de distancia, con las manos a los costados. Por fin debe de haber leído mi última carta, pensó, y ha venido a buscar su auto. Permaneció donde estaba, con miedo de hablar, con miedo de moverse, mirando fijo ese rostro adusto y apuesto que la acosaba en sueños y atormentaba sus días.

Uno de los alumnos predilectos de Julie, Willie Jenkins, se adelantó y habló con tono serio y beligerante. -¿Usted es Zack Benedict? -preguntó. Zack asintió en silencio y varios otros chicos se adelantaron, tres de ellos en sillas de ruedas, para formar una especie de abanico alrededor de Julie. Zack se dio cuenta de que se preparaban para defenderla del monstruo que acababa de aparecer.

-Entonces será mejor que dé media vuelta y salga de aquí -advirtió otro de los chicos, adelantando el mentón-. Usted hizo llorar a la señorita Mathison. La mirada de Zack no se apartó del rostro pálido de Julie.

-Ella también me hizo llorar.

-¡Los hombres no lloran! -exclamó uno de los pequeños.

-A veces lloran... si alguien muy querido los hiere. Willie levantó la vista para mirar a su querida maestra y vio que tenía las mejillas bañadas en lágrimas.

-¡Mire! ¡La está haciendo llorar de nuevo! -advirtió con una mirada furibunda-. ¿Para eso
vino?

-No, vine porque no puedo vivir sin ella -contestó Zack.

Todos los presentes quedaron estupefactos al ver al famoso actor rudo del cine que se humillaba y admitía eso delante de ellos, pero Julie ni siquiera notó las miradas de

los demás. Se adelantó presurosa, primero caminando, después corriendo... corriendo para arrojarse a los brazos que se abrían para recibirla.

Zack la abrazó con fuerza inusitada, acunó con las manos su cara llorosa contra el pecho, la protegió de la vista del público, inclinó la cabeza y susurró con voz ronca:

-Te amo. -Con el cuerpo estremecido por los sollozos, Julie le rodeó el cuello con las manos, enterró la cara contra su pecho y se colgó de él.

En la parte trasera del auditorio, Ted rodeó con un brazo los hombros de Katherine y la acercó a sí.

-¿Cómo adivinaste lo que sucedería? -preguntó. Hermán, el chofer, tenía una mente más práctica, aunque igualmente romántica.

-¡El ensayo ha terminado! -gritó mientras apagaba las llaves de luz, sumergiendo el auditorio en una total oscuridad. Enseguida salió trotando en dirección a su taxi.

Cuando por fin alguien encontró las llaves de luz, Zack y Julie se habían ido.

-Entren -invitó Hermán con un floreo de su sombrero cuando los vio salir corriendo de la escuela, tomados de la mano-. Siempre quise manejar el auto de una pareja que se fugaba -agregó mientras apretaba a fondo el acelerador y el auto saltaba hacia adelante, alejándose del edificio-. ¿Adonde vamos?

En ese momento a Julie le resultaba imposible pensar.

-¿A tu casa? -preguntó Zack.

-No, si quieren estar tranquilos -opinó Hermán-. Todo el pueblo los llamará y pasará por ahí a saludarlos.

-¿Dónde queda el hotel o motel más cercano? Julie lo miró inquieta, pero Hermán fue más directo.

-¿Qué trata de hacer? ¿Arruinar por completo la reputación de Julie, o restaurarla?

Zack miró a Julie y se sintió incapaz de hablar, indefenso y desesperado por estar a solas con ella. Los ojos de Julie le decían que ella sentía lo mismo.

-A mi casa -decidió ella-. Si es necesario descolgaremos el teléfono y desconectaremos el timbre de la puerta de calle.

Instantes después, Hermán detuvo el auto frente a la casa de Julie, y Zack metió la mano en el bolsillo en busca de más dinero.

-¿Cuánto le debo esta vez? -preguntó con sequedad.

El hombre se volvió con aire de dignidad ofendida y le devolvió el billete de cien dólares.

-Cinco dólares por el viaje completo, incluyendo la ida al aeropuerto para buscar a su piloto. Ésa es una tarifa especial para el hombre que no tiene miedo de confesar delante de todo el pueblo que está enamorado de Julie -agregó con una sonrisa juvenil. Extrañamente emocionado, Zack le entregó el billete de cien dólares.

-En el avión dejé una valija y otro portafolio. ¿Le molestaría traérmelos hasta acá después de haber dejado al piloto en el motel?

-¿Cómo me va a molestar? Los dejaré en la puerta trasera de la casa de Julie, para que no tengan necesidad de atender el timbre.

*76*

Julie entró en el living y prendió una lámpara, pero cuando Zack le tomó la mano se arrojó en silencio en sus brazos y lo besó con una silenciosa desesperación que era idéntica a la de él. Lo abrazó con fuerza, apretó la boca contra la suya y le recorrió el cuerpo con las manos. Los labios de Zack devastaban los suyos mientras memorizaba con las manos la forma de ese cuerpo tan querido.

El sonido de la campanilla del teléfono junto a ellos los sobresaltó a los dos. Julie tendió una mano temblorosa para tomar el tubo.

Zack la observó llevárselo al oído y no pudo menos que sonreír al notar que bajaba los ojos cuando él empezó a sacarse el saco.

-Sí, es verdad, señora Addleson -dijo Julie-, está realmente aquí. -Permaneció un minuto escuchando y luego dijo: -No sé. Se lo preguntaré, -Cubrió el tubo con la mano y le dirigió a Zack una mirada de impotencia. -El mayor y la señora Addieson preguntan si tú, nosotros, estamos libres y si queremos comer con ellos esta noche. Zack se quitó la corbata y empezó a desabrocharse la camisa. Meneó la cabeza con lentitud, y notó que al percibir el motivo de su negativa el rubor empezaba a cubrir la cara de Julie.

-Me temo que nos será imposible. No, no sé con seguridad cuáles son sus planes inmediatos ni futuros. Sí, se lo preguntaré y les avisaré.

Julie cortó, luego descolgó el tubo y colocó el teléfono debajo de un almohadón del sofá; se enderezó y se pasó las manos por los muslos, nerviosa. Mientras permanecía allí, mirando a Zack, en su mente se atrepellaban miles de preguntas, dudas, incertidumbres y esperanzas. Pero por sobre todas las cosas, la embargaba una sensación de jubilosa irrealidad al verlo allí, en su living, mirándola con expresión suave, divertida y sexy.

-No puedo creer que estés aquí -susurró en voz alta-. Hace unas horas todo parecía tan...

-¿Vacío? -propuso él en esa voz profunda y apremiante que tanto había deseado volver a oír-. ¿Y sin sentido? -agregó Zack, acercándosele.

Julie asintió.

-Y sin esperanzas. Zack, ¡tengo tanto que explicarte, si me lo permites! Pero yo... -Se interrumpió cuando él la tomó en sus brazos. Entonces le acarició la cara con dedos temblorosos. -¡Oh, Dios! ¡Te he extrañado tanto!

Zack le contestó con la boca, separándole los labios con los suyos; le quitó el pañuelo que tenía atado en el pelo; metió los dedos en su cabellera lujuriosa y Julie se apretó contra él, retribuyendo su pasión con el mismo ardor salvaje y provocativo que lo había acosado en sueños en Sudamérica y que lo despertaba cubierto de sudor en la cárcel. De repente Zack apartó la boca de la de ella.

-Muéstrame tu casa -dijo con una voz tan ronca que él mismo casi no la reconoció. Lo que en realidad había querido decir era "muéstrame tu dormitorio".

Julie asintió, comprendiendo el significado de sus palabras, y lo condujo directamente al lugar adonde Zack quería ir. Pero cuando vio los muebles blancos, de caña, las macetas con plantas muy verdes, los blancos volados del cubrecamas, el dosel y la mesa vestida, el cuarto era tan idéntico a lo que él imaginaba que se detuvo en seco. Como si le leyera los pensamientos, ella preguntó:

-¿Lo imaginabas así?

-Sí, lo pensaba idéntico cuando... Al ver la tensión que se pintaba en la cara de Zack, Julie terminó la frase por él, con voz sombría.

-Cuando estabas tendido en la cucheta de tu barco, y me imaginabas en este cuarto porque yo te pedí por teléfono que lo hicieras. Cuando -agregó con brutal franqueza-, cuando todavía creías que estaría allí contigo... cuando ni siquiera se te había pasado por la cabeza la posibilidad de que te traicionara, de que te entregara al FBI y que te golpearan y te volvieran a encarcelar.

Zack la miró con una sonrisa algo sombría.

-Cuando todo eso era cierto. Julie se sentó en la cama y le dirigió una mirada honesta e interrogante.

-¿Podríamos quedarnos un rato tendidos, y conversar primero?

Zack vaciló. Por una parte estaba deseando dejar atrás el pasado y dedicar el presente a hacerle el amor en esa cama con dosel, llena de volados, de un blanco virginal, que le resultaba excitante. Pero, por otra parte, era evidente que ella estaba angustiada y no era lógico que volvieran a empezar hasta haber aclarado todo.

-Pero siempre que sea un rato corto -aceptó. Ella colocó una serie de almohadas contra la cabecera de la cama y en cuanto se le acercó, Zack extendió un brazo y lo pasó sobre sus hombros. Cuando Julie se le arrimó y colocó una mano sobre su pecho, Zack recordó las mañanas que habían
vivido en Colorado, sentados exactamente así, y sonrió.

-Había olvidado lo bien que te adaptas a mi cuerpo.

-Estás pensando en las mañanas de Colorado, ¿verdad?

En realidad no era una pregunta, sino una afirmación, y Zack sonrió.

-También había olvidado lo perceptiva que eres.

-En realidad, yo no diría que sea una cuestión de percepción. Lo que pasa es que estábamos pensando en lo mismo. -Sonrió y enseguida hizo un intento vacilante de iniciar la peligrosa conversación acerca del pasado reciente. -No sé por dónde empezar -dijo. -Y casi... casi tengo miedo de empezar. Ni siquiera sé que te trajo hoy por aquí.

Zack alzó las cejas, sorprendido.

-Lo que me trajo hoy por aquí fue Richardson. ¿No sabías que pensaba ir a verme? -Julie se quedó mirándolo, estupefacta. -Esta mañana apareció en mi casa de California, de traje formal, corbata Armani y un auténtico distintivo del FBI

-¿Paúl fue a verte? -preguntó Julie sin poder creerlo. -¿Paúl Richardson? ¡No es posible que te refieras a mi Paúl!

Zack se puso tieso.

-¡Por supuesto que me refiero a tu Paúl. -En ese momento se le ocurrió que, aunque él le había dicho que la amaba, ella sólo dijo que lo había extrañado. -No sé de dónde saqué la idea de que no sólo querías que viniera para hacer las paces contigo -dijo en un tono de voz cuidadosamente inexpresivo-. Ahora que lo pienso, no fue más que una conclusión que saqué al ver esos videos. Creo -agregó, haciendo un esfuerzo por retirar su brazo- que sería mejor que mantuviéramos esta conversación en el living. O tal vez mañana, en el vestíbulo de mi hotel, que todavía no sé cuál será.

-Zack-dijo ella, temblorosa, aferrándole *el* brazo-, ¡no te atrevas de abandonar esta cama!, Si alguna vez me vuelves a sacar de tu vida sin permitirme la oportunidad de darte una explicación, nunca te lo perdonaré. Paúl es mi amigo. Estuvo aquí y me acompañó cuando yo me sentía infeliz y sola.

Zack dejó caer la cabeza sobre la almohada y abrazó a Julie con fuerza, aliviado.

-¿Cómo te las arreglas para derrumbar mi seguridad? En Colorado me hiciste sentir

como un yo-yo emocional, y ahora está sucediendo lo mismo. -Ya más tranquilo, decidió seguir *con el* tema original. -Vine hoy a Keaton porque está mañana Richardson se metió en mi casa, mostrando su insignia, y me dejó sobre el escritorio un sobre que contenía dos videos y una carta. -Los celos que todavía sentía por la amistad de Julie con Richardson y su propia sensación de culpa lo llevaron a continuar hablando con tono sarcástico. -Aparte de expresar dudas acerca de mi honorabilidad y de provocarme para tratar de iniciar conmigo una pelea a golpes de puño, también consiguió decirme que, al contrario de lo que Hadley trató de hacerme creer en México, no me habías propuesto la idea de reunirte conmigo para tenderme una trampa y entregarme. Tambiéin me explicó que la visita que le hiciste a Margareth Stanhope, combinada con el asesinato de Tony Austin, fueron lo que por fin te decidió a entregarme.

-¿Pero qué eran esos videos y esa carta?

-Uno de los videos es la conferencia de prensa que ofreciste al volver de Colorado. La carta es 1 que les escribiste a tus padres cuando planeaba reunirte conmigo. El otro video fue tomado por un aficionado y pertenece a los archivos del FBI. En el aparecemos tú y yo en el aeropuerto de la ciudad de México, y muestra todo lo que sucedió.

Ante la mención del aeropuerto, Julie se estremeció en sus brazos.

-Lo siento -dijo con voz entrecortada, enterrando la cara en el pecho de Zack. -¡Si supieras cuánto lo siento! No sé cómo vamos a poder olvidar y superar lo que pasó ese día.

Zack registró su reacción y tomó una decisión, pero decidió demorar algunos minutos en ponerla en práctica. Antes le tomó la barbilla y le levantó la cara, para poder mirarla.

-¡Por amor de Dios! ¿Cómo se te ocurrió la loca idea de ir a ver a Margareth Stanhope?

Sonó el timbre de la puerta de calle, pero ambos lo ignoraron.

-En tu carta decías que ojalá te hubieras reconciliado con ella mucho tiempo antes. Hasta sugerías que yo le entregara a nuestro hijo para que lo criara. Y por teléfono me dijiste que estábamos invitando a una maldición al dejar tras nosotros tanta infelicidad. Así que decidí ir a verla para explicarle que la querías y que lamentabas el alejamiento que había entre ustedes.

-Y ella se te rió en la cara.

-Peor. De alguna manera salió el tema de Justin, y en el momento menos pensado ella me estaba diciendo que lo habías asesinado después de haber discutido con él por una chica. Enseguida me entregó un sobre lleno de recortes de diarios donde tú admitías haber disparado contra tu hermano. Y yo... -respiró hondo, porque le resultaba odioso acusarlo-, yo comprendí que me habías engañado, Zack. Traté de convencerme de que le habías mentido a ella, no a mí, pero cuando asesinaron a Tony Austin, fueron tres las personas con quienes habías discutido y todos encontraron la muerte en tus manos, o por lo menos eso era lo que parecía. Yo creí... empece a creer, lo mismo que creía tu abuela... que estabas loco. Te traicioné. Creí que era por tu propio bien.

-Yo no te mentí acerca de Justin, Julie -aseguró Zack suspirando. -Le mentí a la policía de Ridgemont.

-¿Pero por qué?

-Mi abuelo me pidió que lo hiciera, porque todo suicidio exige una investigación sobre sus posibles causas, y mi abuelo y yo queríamos proteger a esa vieja maligna y

evitar que tuviera que enfrentar la homosexualidad de Justin cuando la policía la descubriera. No debí haberme molestado -agregó, muy tenso-. Debí permitir que se revolcara en lo que para ella hubiera sido algo vergonzoso. A Justin no le habría hecho ninguna diferencia.

-Pero sabiendo lo que sentía por ti, ¿cómo creíste que se haría cargo de un hijo nuestro? Zack alzó las cejas en un gesto de divertido desafío.

-¿Qué hijo, Julie?

Esa sonrisa contagiosa que alegraba la vida de Zack en Colorado, iluminó la cara de Julie, y la leve culpabilidad que demostraba aumentó su atractivo.

-El hijo que inventé para que me dejaras reunirme contigo.

-¡Ah, ese hijo!

Ella le abrió otro botón de la camisa y le besó el cuello.

-Contesta mi pregunta.

-Si sigues haciendo eso es más probable que te dé un hijo real antes que una respuesta a tu pregunta.

Julie lanzó una carcajada y lo miró con ternura.

-Soy terriblemente voraz, Zack. Quiero las dos cosas.

Con ternura, Zack le tomó la cara entre las manos y le acarició las mejillas con sus pulgares.

-¿En serio, querida? ¿Quieres un hijo mío?

-Desesperadamente.

-Si estás en condiciones, pondremos manos a la obra esta misma noche.

Julie se mordió los labios y la risa estremeció sus hombros.

-Si me guío por un recuerdo ya algo borroso, creo que más bien depende de que seas tú el que esté en condiciones.

-¿En condiciones? -preguntó Zack, disfrutando de la broma y de esa combinación increíble de risa y amor que ella siempre le proporcionaba.

Julie asintió.

-En realidad, desde esta mañana, cuando leí tu carta, he estado casi todo el tiempo "en condiciones". Las pruebas están a tu alcance.

Volvió a sonar el timbre de la puerta de calle y volvieron a ignorarlo, pero la interrupción logró que Julie apartara con gesto culpable la mano con la que Zack esperaba que buscara las "pruebas".

-¿Vas a terminar de contestar mi pregunta? -insistió ella.

-Sí -suspiró Zack. -Si piensas en la carta que te escribí, recordarás que yo aclaraba específicamente que le escribiría a mi abuela antes de enviarte allí con nuestro hijo. En realidad, ante todo le hubiera escrito a Foster, no a ella.

-¿Foster? ¿Te refieres al viejo mucamo? Zack asintió.

-Mi abuelo y yo lo obligamos a jurar que guardaría el secreto, pero él sabe lo que en realidad sucedió. Foster estaba en el vestíbulo cuando sonó el disparo en el cuarto de Justin, y me vio correr de mi dormitorio al de mi hermano. Así que, en el caso de haber tenido que llevar allí a nuestro hijo, habría liberado a Foster de su juramento y le hubiera pedido que hablara con su empleadora y le dijera la verdad.

-Es tu abuela, Zack. No sigas dando vueltas para evitar llamarla así. Yo creo que ella te quiso más de lo que imaginas. Si la vieras ahora, si le hablaras, te darías cuenta del castigo que todo esto ha sido para ella...

-Esa mujer ha muerto para mí, Julie -interrumpió Zack con amargura-. A partir de esta noche, no quiero que me la vuelvas a mencionar, ni que te refieras a ella.

Julie abrió la boca para discutir, pero enseguida tomó una decisión distinta y por el

momento se contuvo.

-No le das una segunda oportunidad a nadie, ¿verdad?

-Es verdad -contestó él, implacable.

-Excepto a mí.

Zack pasó los nudillos por la mejilla tersa de Julie.

-Excepto tú -aprobó.

-¿Y yo, cuántas oportunidades tendré?

-¿Cuántas necesitas?

-Me temo que muchas -contestó Julie, con un suspiro tan explosivo que Zack lanzó una carcajada y la tomó en sus brazos. Al soltarla, notó la delgada cadena que llevaba alrededor del cuello y que asomaba debajo de la remera.

-¿Qué es eso? -preguntó. Julie bajó la barbilla, apoyándola contra su pecho.

-¿A qué te refieres?

-A esto -contestó Zack, introduciendo un dedo debajo de la cadena.

Temerosa de que el anillo le recordara toda la fealdad de lo sucedido en la ciudad de México, Julie se apoyó presurosa una mano sobre el pecho, para disimular el anillo.

-No es nada. ¡Por favor no preguntes! Al notar su ansiedad, Zack entrecerró, los ojos y lo embargó una extraña sensación de desconfianza.

-¿Qué es? -inquirió, cuidando de mantener un tono de voz razonable-. ¿El regalo de un antiguo novio?

-Algo así. No volveré a ponérmelo.

-Quiero verlo-dijo Zack.

-No.

-Un hombre tiene derecho a conocer el gusto de sus predecesores.

-Éste tenía un gusto maravilloso. Lo aprobarías. Pero deja eso en paz.

-Eres una pésima mentirosa, Julie -advirtió él-. ¿Qué cuelga de esa cadena? -Y sin darle oportunidad de impedirlo, apartó las manos de Julie y sacó la cadena.

En su mano brilló una alianza de platino rodeada de deslumbrantes diamantes.

Al verla, a Zack lo invadió una enorme ternura y la colocó contra su pecho.

-¿Por qué tenías miedo de que la viera?

-Me da miedo cualquier cosa que pueda recordarte lo sucedido en Ciudad de México. Creo que nunca olvidaré la manera en que me miraste cuando te diste cuenta de que no los había conducido hasta ti por accidente... -Le temblaba la voz. -Ni cómo cambió tu expresión cuando comprendiste que había sido deliberado. Sé que jamás lo olvidaré. Nunca. Siempre tendré miedo de volver a ver esa expresión.

Zack lamentó tener que postergar el momento de hacerle el amor, pero eso era demasiado importante. La apartó para poder sentarse en la cama.

-Vamos a superar esto de una vez por todas.

-¿Qué? -preguntó Julie, presa del pánico-. ¿Qué haces?.

-¿Tienes una videograbadora?

El miedo de Julie se trocó en intriga.

-Sí, en el living.

*77*

-¿Qué estás haciendo? -le preguntó Julie a Zack cuando él se sentó a su lado después de haber puesto en marcha la videograbadora- Espero que no pretendas que veamos una película porno o una escena de sexo de alguna de tus películas.

Él la rodeó con sus brazos.

-Es un video que hoy he visto varias veces
-explicó en voz baja-, el que el FBI confiscó en Méx...

Julie sacudió la cabeza como enloquecida, mientras trataba de apoderarse del control remoto.

-¡No quiero ver eso! ¡Ni esta noche ni nunca! -exclamó temblando, cuando en el cuarto empezó a resonar el griterío del aeropuerto-. ¡No lo puedo soportar!

-Mira esa pantalla -dijo él, implacable-. Estuvimos allí juntos, pero hasta hoy, nunca supe lo que hacías tú mientras me arrestaban, y tengo la impresión de que tú tampoco tienes un recuerdo demasiado claro de lo que hiciste.

-¡Por supuesto que sí! ¡Recuerdo con exactitud lo que te estaban haciendo! ¡Recuerdo que fue todo por mi culpa!

Zack la obligó a volverse y a mirar la pantalla.

-Quiero que te mires a ti misma. Mira y verás lo que yo vi: una mujer que sufría más de lo que estaba sufriendo yo. -A regañadientes, Julie se decidió a mirar la pantalla, donde aparecía la imagen de lo que ella quería olvidar. Se vio gritándoles a todos que no lo lastimaran, que Paúl la obligaba a retroceder diciéndole a los gritos que "ya todo había terminado", vio que Hadley se le acercaba con una sonrisa malvada y que dejaba caer en su mano el anillo. Que ella aferraba el anillo y se lo llevaba al pecho, llorando.

-Julie -susurró Zack con enorme ternura-, mírate, querida, para que veas lo que veo yo. No era más que un anillo, un trozo de metal con piedras. Pero mira lo que significaba para ti.

-¡Era el anillo de casamiento que habías elegido para mí! -exclamó ella con fiereza-. ¡Por eso lloraba!

-¿En serio? -bromeó Zack-. Yo creí que llorabas porque los diamantes era demasiado chicos. Ella abrió la boca y dejó escapar una risa histérica, al tiempo que parpadeaba para contener las lágrimas que llenaban sus ojos maravillosos.

-Y ahora mira lo que viene -pidió Zack, abrazándola con más fuerza-. Ésta es mi parte favorita. No te fijes en lo que me están haciendo a mí -agregó enseguida, al notar que Julie se sobresaltaba y clavaba la vista en las varas que esgrimían los Federales-. Observa lo que le estás haciendo a Hadley a la derecha de la pantalla. Eso demuestra -agregó con admiración-, que tienes un maravilloso gancho de derecha, muchacha.

Julie se obligó a mirar y se sorprendió y alegró al ver que atacaba a ese maldito.

-En realidad, no recuerdo mucho de eso -reconoció en un susurro.

-No, pero apuesto a que Hadley nunca olvidará lo que viene ahora. Cuando Richardson te arrastró hacia atrás y ya no pudiste alcanzar a Hadley con las uñas ni las manos...

-¡Le di un puntapié! -dijo Julie, observando la escena con sorpresa.

-¡Justo en la entrepierna! -dijo Zack con orgullo. Lanzó una carcajada al ver que Hadley se doblaba en dos llevándose las manos a la entrepierna-. ¿Tienes idea de la cantidad de hombres de este mundo que se hubieran muerto de ganas de hacer eso?

Julie meneó la cabeza en silencio, mientras observaba la última parte del video donde un médico le daba una inyección en el brazo y Paúl la sostenía. Zack dejó que el

video siguiera corriendo y la miró con expresión seria.

-Estoy decidido a hacer pedazos a Hadley ante un tribunal. Dentro de dos semanas tengo una audiencia con la Junta de Justicia Criminal de Texas. Cuando haya terminado con Hadley, ese tipo estará ocupando una de sus propias celdas.

-¡Es un maldito!

-Y tú -dijo Zack, levantándole la barbilla- eres un ángel. ¿Tienes idea de lo que sentí cada vez que proyecté ese video? -Julie hizo un movimiento negativo con la cabeza. -Me sentí amado. Increíblemente amado, de manera completa e incondicional. A pesar de creer que era un asesino, luchabas y llorabas por mí. -Apoyó la boca sobre la de Julie y susurró:

-Nunca he conocido una mujer con tanto coraje como tú... -Le besó los bordes de los ojos y deslizó la boca por su cara hasta apoyarla en la comisura de sus labios. -Ni con tanto amor para dar. -Le deslizó las manos debajo de la remera. -Dámelo, querida -susurró-, dame todo tu amor... ahora mismo.

-Le abrió la boca con sus labios, mientras le acariciaba con las manos la piel desnuda y metía la lengua en su boca. Y cuando ella le desabrochó la camisa con dedos temblorosos y le acarició el pecho, el quejido que Zack oyó había sido lanzado por él. Pero el campanilleo que resonaba en sus oídos era el del timbre de la puerta de calle, y los golpes que repiqueteaban dentro de su cabeza eran el sonido de puños que golpeaban la puerta. Zack se irguió, lanzando una maldición. Le tendió la mano a Julie con la intención de conducirla al dormitorio.

-¡Julie! -La voz de Ted acompañó la segunda serie de golpes en la puerta.

-¡Es mi hermano! -dijo Julie.

-¿No puedes sugerirle que se vaya y vuelva mañana?

Julie estaba por asentir cuando Ted agregó, muerto de risa:

-Por tu propio bien, te pido que me abras. Yo sé que estás allí. -Al oír las palabras de su hermano, Julie hizo un movimiento negativo con la cabeza, se alisó la remera y se ordenó un poco el pelo.

-Será mejor que vea qué quiere -dijo.

-Te esperaré en la cocina -dijo Zack, alisándose el pelo con las manos.

-Pero ya que está aquí, quiero que se conozcan. -¿Quieres que lo conozca en este momento? -Bajó la mirada y luego miró a Julie, divertido. -¿Así?

-Pensándolo bien -dijo Julie, sonrojada-, será mejor que esperes en la cocina. -Entonces se encaminó hacia la puerta, mientras Zack se alejaba en dirección contraria.

Julie abrió la puerta en el momento en que Ted levantaba la mano para volver a golpear. Sometió a su hermana a un divertido escrutinio.

-Siento interrumpir. ¿Dónde está Benedict?

-En la cocina.

-¡Muy comprensible! -rió Ted.

-¿Qué quieres? -preguntó Julie, exasperada, avergonzada y feliz a la vez, porque acababa de darse cuenta de que sin duda había sido él quien le dio su carta a Paúl.

-Será mejor que se los diga a los dos juntos -dijo Ted, mientras cruzaba el vestíbulo y se asomaba al dormitorio, sin lugar a dudas divertidísimo.

Zack estaba bebiendo un vaso de agua junto a la pileta de la cocina cuando oyó la voz de Julie a sus espaldas.

-Zack, éste es mi hermano Ted.

Sobresaltado por la silenciosa llegada de ambos, Zack se volvió y se topó con otra cara que le resultaba familiar.

Ted asintió.

-Tienes razón. Yo estaba con Julie en el aeropuerto de México.

Recuperándose de la sorpresa, Zack le tendió la mano.

-Me alegro de conocerte en circunstancias más agradables.

-Pero no en este momento en particular -bromeó Ted, mientras le estrechaba la mano. Zack experimentó una instantánea simpatía hacia el hermano de Julie. -Si yo estuviera en tu lugar -agregó Ted, mirando sonriente a Zack-, me prepararía algo más fuerte que agua para beber. -Y al ver la confusión de Julie, explicó: -Papá quiere verlos a ambos en casa. Inmediatamente -enfatizó en un tono cómico-. En este momento Katherine está allá con mamá, ayudándola a convencer a papá de que todo será más agradable si los espera allí tranquilo, en tugar de venir hasta acá, que era lo que estaba decidido a hacer al ver que no podía comunicarse contigo por teléfono.

-¿Y por qué está tan ansioso por vernos? -preguntó Julie.

Ted se apoyó contra la pared, metió las manos en los bolsillos, alzó las cejas y miró a Zack.

-¿Se te ocurre por qué puede estar el padre de Julie un poco... digamos... decidido a hablar contigo en vista de tu llegada inesperada al pueblo?

Zack tragó el agua que quedaba en el vaso y lo volvió a llenar.

-Creo que lo adivino.

-Julie, ve a peinarte y trata de no tener un aspecto tan... este... deliciosamente desgreñado. Mientras, llamaré a papá y le diré que enseguida vamos.

Julie giró sobre sus talones y huyó a su cuarto, mientras por sobre el hombro le advertía a su hermano que el teléfono estaba descolgado y debajo de uno de los almohadones del sofá. Después de llamar a su padre, Ted volvió a la cocina. Zack estaba en el baño, afeitándose. Pocos minutos después salió, peinado y con una camisa limpia y se encaminó a la cocina. Ted estaba buscando algo en los armarios, y al verlo se detuvo.

-¿Supongo que no sabrás dónde puede haber puesto Julie la vodka esta vez?

-¿Esta vez? -preguntó Zack, tratando de no pensar en la inminente reunión con su futuro suegro.

-Julie tiene una costumbre muy peculiar -explicó Ted, inclinándose para buscar debajo de la pileta. -Cuando está preocupada por algo, vuelve a arreglar todas las cosas... te diría que las pone en orden.

Zack sonrió con ternura al recordar que la había visto hacerlo en Colorado.

-Ya lo sé.

-Entonces no te sorprenderá que te diga que desde que saliste de la cárcel ha reordenado todos los armarios y cajones de la casa, y ha pintado el garaje. Dos veces. -Ante el fracaso de su búsqueda, Ted abrió la heladera. -Por ejemplo, mira la heladera -dijo señalando los estantes-. Notarás que las botellas y los jarros han sido colocados por tamaño, en orden descendente, con los más altos a la izquierda. En el estante siguiente, por motivos artísticos, ha invertido el orden para que los más alto.s estén a la derecha. La semana pasada todo estaba arreglado por colores. Valía la pena verlo.

Dividido entre la gracia que le hacía la costumbre de Julie y la pena que le provocaba pensar que él había sido el causante de tanta inquietud, Zack contestó:

-No me cabe duda.

-Eso no es nada -continuó diciendo Ted-. Mira un poco lo que es esto. -Abrió un armario y señaló las latas y cajas que se alineaban en los estantes. -Ha guardado sus provisiones en orden alfabético.

Zack se ahogó de risa.

-¿Qué?

-Compruébalo tú mismo.

Zack espió por sobre los hombros de Ted. Las latas, botellas y cajas estaban mezcladas, pero formando precisas hileras.

-Anís, azúcar, bacalao... -murmuró con divertida incredulidad-, coliflor, dátiles, estragón, arvejas...

-Miró a Ted. -Se equivocó con las arvejas.

-¡Ni pienso haberme equivocado! -exclamó Julie, entrando a la cocina con aire indiferente, al ver que Zack y Ted la miraban divertidos. -Las arvejas están en la L.

-¿En la L? -preguntó Zack, haciendo esfuerzos enormes por no estallar en carcajadas.

Avergonzada, Julie bajó la mirada hasta una invisible motita de polvo que parecía haberse instalado en su suéter.

-En la L... de legumbres -informó. Zack se ahogó de risa, la tomó en sus brazos, hundió la cara en su pelo y se solazó en la alegría que le proporcionaba.

-¿Dónde está la vodka? -le susurró al oído-. Ted la estuvo buscando.

Julie echó atrás la cabeza y fijó en él su mirada risueña.

-Está detrás de las legumbres.

-¿Qué demonios hace aquí? -preguntó Ted, apartando las latas de arvejas para sacar la botella.

Con los hombros temblorosos de risa contenida, Zack consiguió darle una explicación.

-Están bajo la L... de licor. Es lógico.

-Naturalmente -confirmó Julie, tentada de risa. Es una lástima que no tengamos tiempo de beber un trago -se lamentó Ted.

-Yo no quiero beber nada -dijo Zack.

-Lo lamentarás -le advirtió Ted. El patrullero de Ted lo esperaba en la puerta. Zack subió con renuencia y se puso tenso.

-¿Qué pasa? -preguntó Julie, tan pendiente de él que instantáneamente percibía cualquier cambio en su actitud o en su estado de ánimo.

-Éste no es uno de mis medios de transporte favoritos, eso es todo.

Zack notó que los ojos de Julie se oscurecían de pena, pero de inmediato se sobrepuso y convirtió el asunto en una broma para levantarle el ánimo.

-Ted -dijo sin dejar de mirar sonriente a Zack-, debiste haber traído el Blazer de Cari. Zack lo considera mucho más... atractivo.

Los hizo reír a ambos.

*78*

Quince minutos después, Zack ya no reía. Estaba sentado frente al reverendo Mathison en el pequeño estudio de éste, y recibía la filípica más grande de su vida de parte del padre de Julie, quien se paseaba furioso de un lado al otro del cuarto. Zack esperaba esa filípica, hasta aceptaba que la merecía, pero suponía que el padre de Julie sería un hombre pequeño y manso que le daría una monótona conferencia acerca de los mandamientos que Zack había quebrantado. Pero no esperaba que Jim Mathison fuese un hombre alto y robusto, capaz de pronunciar una diatriba descriptiva y elocuente.

-¡Nada de lo que usted ha hecho tiene excusa ni perdón! ¡Absolutamente nada! -Terminó diciendo por fin Jim Mathison, mientras se dejaba caer en el gastado sillón de cuero de su escritorio. -Si yo fuese un hombre violento, le daría unos cuantos azotes con un látigo. ¡Y a pesar de todo le aseguro que estoy tentado de hacerlo! ¡Por su culpa, mi hija ha debido sufrir el terror, la censura pública y la más completa desilusión! ¡En Colorado usted la sedujo, y yo sé que lo hizo! ¿Se atreve a negarlo?

Era una locura, pero en ese momento Zack admiró a ese hombre; era el tipo de padre que le hubiera gustado tener -y que algún día le gustaría ser-, un hombre íntegro y honesto que esperaba el mismo comportamiento en quienes lo rodeaban. Su intención era que Zack se sintiera avergonzado. Y lo estaba logrando.

-¿Niega que sedujo a mi hija? -repitió con enojo.

-No -admitió Zack.

-¡Y después la mandó de vuelta a Keaton para que enfrentara a los periodistas y para que lo defendiera ante el mundo! ¡Fue el acto más cobarde, irresponsable... ! Después de eso, ¿cómo se atreve a enfrentarse consigo mismo, conmigo o con ella?

-En realidad, haberla mandado de vuelta a su casa fue lo único decente que hice -dijo Zack, defendiéndose por primera vez desde el principio de la perorata del padre de Julie.

-¡Adelante! Estoy deseando enterarme de cómo ha llegado a esa conclusión.

-Sabía que Julie estaba enamorada de mí. Fue por su bien, no por el mío, que me negué a llevarla a Sudamérica y en cambio la mandé de vuelta a su casa.

-¡Pero su sentido de la decencia tuvo corta vida! ¿No es verdad? Pocas semanas después, ya hacía planes para que ella se le reuniera.

Volvió a esperar, exigiendo una respuesta con su silencio. Y Zack se la dio.

-Creí que estaba embarazada y no quise que se hiciera un aborto ni que tuviera que soportar la humillación de ser madre soltera en una ciudad pequeña.

A Zack le pareció percibir una sutil reducción en la hostilidad del reverendo Mathison, aunque no la demostrara en su ácido comentario siguiente.

-Si hubiera ejercitado un mínimo de decencia, si en Colorado hubiera contenido su lujuria, no habría tenido que preocuparse por la posibilidad de que ella estuviera embarazada, ¿no es así?

Entre enojado, avergonzado y divertido por el uso bíblico que el reverendo Mathison hacía de la palabra lujuria, Zack alzó las cejas y se quedó mirándolo.

-Le agradecería que tuviera la cortesía de contestarme, jovencito.

-La respuesta es obvia.

-¡Y ahora -continuó diciendo con enojo el reverendo-, ahora viene tan tranquilo a nuestra ciudad en su avión privado, para volver a convertir a Julie en un espectáculo público! ¿Y todo para qué? ¡Para destrozarle el corazón! He oído, visto y leído

bastante acerca de usted antes de que lo enviaran a la cárcel y después de que salió de ella, para saber el tipo de vida que lleva en California, para saber que ha sido una vida amoral, licenciosa y superficial: fiestas enloquecidas, mujeres desnudas, borracheras, películas sucias. ¿Qué puede contestar a eso?

-Que en mi vida he hecho una película sucia -contestó Zack, admitiendo tácitamente el resto de los cargos.

Jim Mathison estuvo a punto de sonreír.

-Por lo menos no es mentiroso. ¿Tiene conciencia de que Paúl Richardson está enamorado de Julie? Quiere casarse con ella. Me pidió mi bendición. Es un hombre excelente, decente y con principios. Quiere una esposa para toda la vida, no hasta que la próxima estrellita de cine se acerque y le dé vuelta la cabeza. Quiere hijos. Está dispuesto a hacer sacrificios por Julie... hasta el punto de que, por el bien de ella, viajó a California para verlo a usted. Lo mismo que Julie, proviene de una familia unida y cariñosa. Juntos tendrían una vida maravillosa. ¿Bueno, qué me dice de eso?

Sumido en una oleada de celos, Zack se dio cuenta de que Jim Mathison estaba utilizando a Richardson como una manera de obligarlo a ver sus carencias como presunto candidato de Julie, y también para colocarlo en una posición en la que sólo le quedaban dos opciones: poner las cartas sobre la mesa o retirarse. A pesar del momento desagradable que Mathison le había causado, la admiración que Zack sentía por él aumentó.

-Lo que tengo que decir es esto -empezó, decidido a responder a la lista de cualidades de Richardson en el orden en que las había puesto el padre de Julie-: Tal vez Richardson sea un santo de papel maché y esté enamorado de su hija, pero yo también lo estoy. Es más. Julie me ama. No me interesan las estrellitas de cine, sean rubias, morochas o pelirrojas;
no me interesa ninguna mujer aparte de Julie. Y para siempre. Yo también estoy deseando tener hijos, en cuanto Julie lo desee. Haré por ella todos los sacrificios que sean necesarios. No puedo modificar la manera en que he vivido hasta ahora, sólo puedo modificar mi modo de vida de aquí en adelante. No puedo impedir el hecho de que mi familia no haya sido unida; sólo puedo dejar que Julie me enseñe lo que debe ser una familia. Y si no logro obtener su bendición, por lo menos me gustaría contar con su renuente aceptación.

Mathison cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró a los ojos.

-No lo he oído pronunciar la palabra casamiento. Zack sonrió.

-Supuse que era una conclusión obvia.

-¿En la mente de quién? ¿Julie ha aceptado casarse con usted, es decir desde que regresó?

-No he tenido tiempo de preguntárselo. El reverendo Mathison levantó las cejas.

-¿Ni siquiera durante la hora en que el teléfono de mi hija estuvo descolgado esta noche? ¿O es que usted estaba demasiado ocupado convenciéndola de que iniciaran enseguida esa familia que dice querer?

Zack tuvo la espantosa sensación de que se estaba por ruborizar como un adolescente.

-Me parece -continuó diciendo con tono cortante el reverendo Mathison- que usted tiene un punto de vista distorsionado con respecto a lo que es ser decente. En su mundo, las parejas gozan del sexo, luego tienen hijos y recién entonces se casan. ¡Ése no es un orden de cosas aceptable en el mundo de Julie, en el de Dios ni en el mío!

Resistiendo una necesidad de moverse inquieto en la silla, Zack explicó:

-Tenía la intención de pedirle esta misma noche que se casara conmigo. En realidad pensé que mañana, camino a California, podíamos detenernos en Lake Tahoe y casarnos allí.

Mathison se inclinó hacia adelante.

-¡Qué! Ustedes dos se han conocido durante siete días, ya se han acostado juntos, ¡y ahora quiere que ella tire todo por la borda y se vaya con usted para casarse en una ceremonia civil barata! Julie tiene trabajo, una familia y otra gente a quien considerar. ¿Qué cree que es mi hija? ¿Una mascota sin cerebro a la que le puede poner una correa para llevarla a Disneyíandia? ¿Dónde están su sentido de justicia y de las prioridades? ¡Esperaba más de usted después del discurso que le oí pronunciar hace algunos minutos!

Zack cayó en la trampa como un chorlito.

-Creo que no comprendo. ¿Qué pretende que haga?

Mathison no perdió la oportunidad.

-Pretendo que se comporte como un caballero, que haga algunos pequeños sacrificios. En síntesis, pretendo que el futuro marido de Julie pase algún tiempo aquí para conocerla mejor, que la trate con reverencia y respeto, como Dios pretende que tratemos a nuestras mujeres, y que después le pida que se case con usted. Suponiendo que ella acepte, estarán comprometidos durante un tiempo prudencial y después se casarán. La luna de miel tiene lugar después del casamiento -dijo con tono implacable-. Si usted está dispuesto a hacer todos esos sacrificios, entonces, y sólo entonces, yo estaría dispuesto a darle mi bendición y a bendecir el matrimonio que, por otra parte, creo que sería la única manera en que Julie estaría verdaderamente feliz. ¿Soy claro?

Zack frunció el entrecejo.

-Muy claro.

Jim Mathison notó que se había puesto ceñudo y volvió a atacar.

-Si esos pocos sacrificios de su conveniencia personal y de su satisfacción física ya le resultan excesivos, entonces...

-Nunca dije que fueran demasiado -interrumpió Zack, convencido de que era lógico que Julie quisiera que los casara su propio padre.

-Muy bien, Zack -dijo el reverendo, llamándolo por primera vez por su nombre de pila. Le dirigió una sonrisa que, de repente, fue cálida y hasta paternal. -Entonces está todo arreglado.

Zack logró apartarse de sus pensamientos, percibió la expresión satisfecha de su futuro suegro, y se dio cuenta de que acababa de ser prácticamente obligado a acceder a algo que estaba fuera de la cuestión.

-No todo -dijo, cortante. -Estoy dispuesto a quedarme aquí todo lo que pueda, pero eso no significa que Julie y yo tengamos que "llegar a conocemos" antes de que siquiera pueda pedirle que se case conmigo, y tampoco estoy dispuesto a esperar varios meses para casarme. Le pediré enseguida que se case conmigo. Y en cuanto acepte, desde mi punto de vista estaremos comprometidos.

-Estará comprometido con ella cuando le ponga un anillo en el dedo. Por algo existen la formalidad y la tradición, jovencito. Lo mismo que el celibato antes del matrimonio, proporcionan un significado especial y duradero al acontecimiento en sí.

-Muy bien -aceptó Zack. Mathison sonrió.

-¿Cuándo quiere que sea el casamiento?

-Lo antes posible. Como máximo, dentro de un par de semanas. Hablaré con Julie.

-¿Estás segura de que no necesitas ayuda, mamá? -preguntó Julie observando a su madre, que en ese momento colocaba un plato de masas caseras sobre la mesa del comedor.

-No, querida. Ustedes, chicos, quédense en el living y conversen. ¡Me fascina verlos felices a los tres!

Julie estaba casi más nerviosa que feliz. Dirigió una mirada a la puerta cerrada del estudio de su padre, luego miró a Ted y a Katherine, que estaban instalados en el sofá y que le hacían bromas con respecto a las palabras de Zack en el gimnasio.

-¿Qué diablos está pasando allí adentro? -se preguntó Julie, exasperada.

Ted sonrió y miró su reloj de pulsera.

-Sabes de memoria lo que está pasando. Papá está pronunciando uno de sus famosos discursos prematrimoniales al presunto novio.

-En realidad Zack no me ha vuelto a pedir que me case con él.

Katherine la miró con incredulidad.

-Después de las cosas maravillosas que te dijo esta noche, delante de todo el pueblo, ¿tienes alguna duda de que quiere casarse contigo?

-No, en realidad, no. Pero papá está demorando demasiado. Mucho más que en cualquiera de sus conferencias normales.

-Es cierto, ésta le está llevando más tiempo -dijo Ted, abiertamente divertido-, porque papá debe de haber sentido una necesidad paternal de hacerle ver lo que opina de él por haberte secuestrado y todo eso.

-Zack ya ha sufrido más que suficiente por cualquier cosa que haya hecho -exclamó Julie.

Katherine ahogó una risita junto con un trago de gaseosa.

-Va a sufrir mucho más si muerde el anzuelo y acepta las condiciones habituales.

-¿Qué condiciones? -preguntó Julie.

-Ya sabes, eso de "la tradición lo significa todo, nada de sexo antes del casamiento, los noviazgos largos son los mejores"... las promesas habituales que papá arranca a todos los futuros maridos.

Julie rió.

-¡Ah, eso! Zack jamás lo aceptará. Es mayor, más culto y más sofisticado que la mayoría de los hombres con quienes se enfrenta papá.

-Aceptará -aseguró Ted, muerto de risa-. ¿Qué remedio le queda? Papá no es sólo un hombre inteligente, ni es sólo el ministro que bendecirá la boda, sino que también es tu padre. Zack ya sabe que, desde el punto de vista de papá, ya tiene tres malas notas. Aceptará por tu bien y por el bien de la armonía familiar.

-Quieres decir que esperas que acepte, porque tú no tuviste más remedio que aceptar -bromeó Katherine. Ted se inclinó y mordisqueó la oreja de su mujer.

-¡Basta! ¡Estás poniendo incómoda a Julie! -dijo.

-Julie se ríe. Eres tú el que se sonroja.

-Me sonrojo, mujer charlatana, porque estoy recordando el mes más largo y doloroso de mi vida, y lo que fue nuestra noche de bodas como resultado de un mes de abstinencia.

Katherine lo miró y durante algunos instantes olvidó por completo la presencia de Julie.

-¡Fue una maravilla! -recordó-. Algo especial... como si se tratara de la primera vez para los dos. Creo que ése es el propósito de tu padre cuando le pide que se espere hasta la noche de bodas para hacer el amor, aun en el caso de que ya lo estén haciendo.

-¿A nadie le importa que yo esté escuchando todo esto? -preguntó Julie, temblorosa.

La puerta del estudio se abrió y todos se volvieron a mirar. El reverendo Mathison parecía satisfecho, Zack lucía aturdido y enojado, y Ted empezó a estremecerse de risa.

-¡Cayó en el lazo! -exclamó entre una carcajada y otra-. Tiene el mismo aspecto aturdido y enojado que tienen todos. ¡Mi héroe cinematográfico! -exclamó meneando la cabeza-. Tenía mi cuarto tapizado de posters de él, y resulta que no es más que un pobre mortal, un pedazo de arcilla en manos de papá. La cárcel no pudo con él, pero papá, sí.

Mientras avanzaba, Zack dirigió una mirada especulativa al grupo que esperaba en el living, pero la señora Mathison lo detuvo para invitarlo a pasar al comedor para

comer algo dulce.

-No, gracias, señora Mathison -dijo Zack, mirando su reloj-. Es tarde. Todavía tengo que encontrar un hotel y registrarme.

La madre de Julie dirigió una mirada interrogante a su marido, quien sonrió y asintió con lentitud. Entonces ella también sonrió.

-Nos gustaría mucho que se quedara con nosotros -invitó.

Zack consideró el número de llamados telefónicos que haría y recibiría mientras estuviera en Keaton y la molestia que sin duda causaría su presencia en esa familia. De manera que negó con la cabeza.

-Gracias, pero creo que sería mejor que me alojara en un hotel. Traje trabajo, pediré que me envíen más y posiblemente tendré que realizar algunas reuniones de negocios. -La señora Mathison parecía genuinamente desilusionada. -Creo que sería mejor que tomara una suite en algún hotel.

No percibió la mirada incómoda que Julie le dirigió cuando mencionó la palabra "suite", porque estaba ansioso por alejarse de allí con ella, por ordenar que les subieran una botella de champaña al cuarto y luego tomarla en sus brazos y pedirle que se casara con él en la atmósfera apropiada y con toda la ceremonia adecuada.

-¿Te importaría llevarme al hotel? -preguntó.

*79*

-Éste es -dijo Julie, alrededor de media hora después, cuando detuvo el auto frente al único motel de Keaton-. Éste es el mejor motel que hay en Keaton.

Ted y Katherine los habían dejado en la casa de Julie, donde recogieron la valija y los portafolios de Zack.

Zack miró con incredulidad el largo edificio destartalado de puertas negras a tres metros de distancia una de la otra que, de alguna manera, le hacía pensar en dientes podridos, y la pileta de natación vacía que estaba casi al borde de la ruta. Después miró el resplandeciente cartel de neón y lo leyó en voz alta.

-"Motel Descanse sus Huesos" -dijo con incredulidad-. ¡Tiene que haber otro motel por los alrededores!

-¡Ojalá lo hubiera! -dijo Julie sofocando una carcajada.

Un viejo de sombrero Stetson que mascaba tabaco estaba sentado en una silla metálica, frente en la oficina, disfrutando de la noche cálida. Zack se encaminó a registrarse. El hombre se puso de pie en cuanto Zack bajó del auto.

-¡Hola, Julie! -saludó el anciano, identificándola a través del parabrisas.

Zack abandonó toda esperanza de encontrar un lugar agradable y anónimo para estar con Julie y entró a la oficina con el ánimo por el piso.

-¿Le molestaría que conservara esto como recuerdo? -preguntó el viejo después de que Zack firmó el libro de registros y se lo devolvió.

-No.

-Zack Benedict -dijo con reverencia el gerente del motel, estudiando la firma-. ¡Zack Benedict aquí, alojado en mi motel! ¿Quién hubiera dicho que sucedería esto?

-Yo no -contestó directamente Zack-. ¿Supongo que no tendrá una suite?

-Tenemos una cámara nupcial.

-¡No me diga! -exclamó Zack, volviéndose a mirar el poco invitante edificio. Y entonces la vio a Julie apoyada contra la puerta de la oficina, con los tobillos cruzados y el rostro iluminado por una sonrisa de picardía y el ánimo de Zack levantó vuelo.

-La cámara nupcial tiene una cocinita -anunció el viejo.

-¡Qué romántico! La tomo -decidió Zack y enseguida oyó la mágica risa de Julie. Lo hizo sonreír.

-Vamos-dijo escoltándola hacia afuera y rumbo a su cuarto, mientras el gerente los seguía sin dejar de mirarlos-. ¿Son imaginaciones mías -preguntó Zack mientras abría la puerta de la cámara nupcial y se hacía a un lado para que Julie lo precediera-, o ese viejo está mirando para ver si entras?

-Está mirando para ver si entro, si cerramos o no la puerta, y cuánto tiempo me quedo. Mañana todo el pueblo conocerá las respuestas a esas tres preguntas.

Zack oprimió la llave de luz de la pared, miró la cámara nupcial y volvió a apagarla con rapidez.

-¿Cuánto tiempo podemos estar en tu casa sin desatar demasiados comentarios?

Julie vaciló, deseando que volviera a decirle que la amaba y lo que pensaba hacer al respecto.

-Eso depende de tus intenciones.

-Tengo intenciones muy honorables, pero tendrán que esperar hasta mañana. Me niego a hablar de eso en un cuarto con una cama en forma de corazón, cubierta con una colcha de terciopelo colorado y con sillas de tono púrpura.

El alivio de Julie surgió en una explosión de risa musical, y Zack la abrazó. Le tomó la cara en la oscuridad, la acunó entre sus manos, riendo mientras la besaba. Y

entonces la risa se fue apagando y ella se abrazó a él y le devolvió el beso.

-Te amo -susurró Zack-. ¡Me haces tan feliz! Lograste que fuera divertido estar ocultos en Colorado. Lograste que esta cámara nupcial espantosa hasta me parezca linda. Hasta en la cárcel, donde te odiaba, soñaba con la manera en que me arrastraste hasta casa, medio congelado, y con tu manera de bailar conmigo, y me despertaba deseándote.

Julie le pasó la punta de los dedos por los labios y refregó la mejilla contra su pecho.

-Algún día, pronto, ¿me llevarás a Sudamérica para que podamos vivir en tu barco? Soñé con estar allí contigo.

-No era gran cosa como barco. Antes yo tenía un yate grande. Te compraré otro y haremos un crucero.

Julie negó con la cabeza.

-Me gustaría estar contigo en Sudamérica y en ese barco, tal como lo planeamos, aunque sólo sea durante una semana.

-Haremos las dos cosas.

A regañadientes, la soltó y la condujo hacia la puerta abierta.

-En California es dos horas más temprano, y tengo que hacer una serie de llamados y arreglos. ¿Cuándo te puedo volver a ver?

-¿Mañana?

-¡Por supuesto! ¿Pero a qué hora?

-A la hora que quieras. Mañana es fiesta en el condado. Hay un gran desfile, una feria, picnic y todo lo demás, para celebrar el bicentenario de la fundación del pueblo. Los festejos seguirán toda la semana.

-Eso suena divertido -dijo Zack, y se sorprendió al darse cuenta de que lo decía en serio-. ¿Por qué no me pasas a buscar a las nueve, y te invitaré a tomar el desayuno?

-Conozco justo el lugar indicado. La mejor comida del pueblo.

-¿En serio? ¿Cuál?

-McDonald's -bromeó ella, riendo ante la cara espantada de Zack. Después lo besó en la mejilla y se fue.

Todavía sonriente, Zack cerró la puerta y prendió la luz; luego se acercó a la cama, sobre la que apoyó su portafolio. Sacó su teléfono celular y ante todo llamó a los Farrell, que debían de hallarse ansiosos por conocer el resultado de su viaje. Esperó mientras Joe 0'Hara salía a buscar a Matt y a Meredith, que estaban con los invitados de su fiesta.

-¿Y? -preguntó la voz de Matt con tono expectante-. Meredith también está aquí y he conectado los parlantes al teléfono, así que participará en la conversación. ¿Cómo está Julie?

-Julie es maravillosa.

-¿Ya se casaron?

-No -contestó Zack, pensando con irritación en el compromiso que lo había obligado a contraer el padre de Julie-, estamos de novios.

-¿Qué? -farfulló Meredith-. Es decir, creímos que ya estarían en Tahoe.

-Todavía estoy en Keaton.

-¡Ah!

-En el Motel "Descanse sus Huesos". Escuchó la carcajada de Meredith.

-En la cámara nupcial. Meredith rió más fuerte.

-Tiene una cocinita. Meredith aulló de risa.

-El piloto de ustedes también debe estar clavado aquí, pobre tipo. Creo que lo voy a invitar a jugar un poco de póquer.

-Si lo haces, cuídate -advirtió Matt-. Se llevará casi todo el dinero que tengas

encima.

-Aquí, ni siquiera alcanzará a ver las cartas que tiene en la maño. Lo enceguecerán la cama de terciopelo colorado, en forma de corazón y las sillas color púrpura. ¿Cómo va la fiesta?

-Hice el anuncio de que habías tenido que alejarte por asuntos urgentes. Meredith está haciendo el papel de dueña de casa. No hay ningún problema.

Zack vaciló, pensando en el anillo de compromiso que necesitaba y en las alhajas soberbias que Bancroft y Compañía tenía fama de vender en su joyería.

-Meredith, ¿puedo pedirte un favor?

-Lo que quieras -dijo ella con tranquila sinceridad.

-Necesito enseguida un anillo de compromiso... mañana por la mañana, si fuera posible. Sé lo que quiero, pero aquí no lo encontraré, y si voy a Dallas me reconocerán. No quiero que los periodistas me sigan. Pretendo que caigan sobre este pueblo a último minuto.

Ella lo comprendió en el acto.

-Explícame qué clase de anillo quieres. Mañana por la mañana, en cuanto abra nuestra sucursal de Dallas, llamaré por teléfono al director de la Sección Joyería para que elija varios anillos. Steve puede pasarlos a buscar alrededor de las diez y cuarto, y llevártelos.

-Eres un ángel. Mira, lo que me gustaría es...



LIbrodot

*80*

Al día siguiente Zack se dio cuenta de que en un pueblo chico la celebración del bicentenario era un asunto elaborado que se iniciaba con el discurso del alcalde y que continuaba con un programa de una semana de duración, que incluía desfiles por la calle principal, eventos deportivos, feria de animales y una variedad de entretenimientos.

-Ése es el mayor AddLeson -indicó Julie en cuanto llegaron al parque del centro del pueblo y se detuvieron en el borde, donde serían vistos por menos gente. Señaló a un hombre alto, de cerca de cincuenta años, que se encaminaba con agilidad a la tienda de campaña, engalanada con banderas coloradas, blancas y azules. -Y ésa del vestido amarillo es su esposa, Marian. Cuando el mayor la conoció, en Dallas, hace dos años, Marian era decoradora de interiores. La trajo aquí y papá los casó. Tienen un rancho maravilloso en las afueras del pueblo, y están edificando una casa nueva en la colina. Son muy agradables.

Zack le deslizó un brazo alrededor de la cintura, la acercó a sí y enterró la cara en su pelo.

-A ti se te siente muy agradable. Ella se apoyó contra él, y Zack sintió que el cuerpo se le endurecía.

-A ti también.

Zack tragó con fuerza y trató de distraerse mirando al mayor Addieson. El mayor, era obvio, compartía el amor por la pompa y los discursos de todos los políticos, porque habló durante casi media hora de la gran batalla que se luchó en tierra de Keaton y sobre la historia del pueblo, empezando por sus fundadores. Mientras tanto, Zack comparaba mentalmente los méritos o falta de méritos de los distintos guiones que había leído durante la última semana, cuando se dio cuenta de que el mayor se estaba refiriendo a él.

-Antes de hacer el disparo del cañón que marcará el comienzo de las festividades, me gustaría hablarles sobre el visitante especial que tenemos con nosotros. Ya no es secreto para nadie que Zack Benedict está aquí, y que ha venido a visitar a Julie Mathison. Tampoco es ningún secreto que hasta ahora el gran estado de Texas no lo ha favorecido ni se ha mostrado muy amistoso con él. Me consta que todos ustedes están deseando conocerlo y, a la vez, ansiosos por modificar la mala opinión que él pueda tener de los téjanos, pero, amigos, la mejor manera de lograrlo es dándole un poco de espacio y dejando que llegue hasta nosotros a su manera. Todos saben cuánto ha sufrido y todos han visto la forma en que la gente acosa a los astros de cine para pedirles autógrafos. Es posible que Zack no tenga ningún lugar en el mundo donde poder relajarse y donde se lo trate como a una persona más. Excepto acá. Demostré-mosle lo que es tener un pueblo como el que tiene Julie, donde la gente se tiene cariño y todos se cuidan unos a otros.

El pedido fue recibido con grandes aplausos, un golpe de tambor por parte de la banda de música y amistosos saludos con la mano dirigidos a Zack por parte de centenares de ciudadanos; él los devolvió con amabilidad.

Para sorpresa y placer de Zack, la gente del pueblo adhirió a la propuesta del alcalde, permitiéndole gozar del día más tranquilo y relajado que recordaba en quince años. Tampoco era inmune al ánimo festivo y al sabor típicamente estadounidense de lo que sucedía a su alrededor. A lo largo del día y hasta que llegó el crepúsculo, disfrutó de una manera increíble haciendo cosas tontas y sencillas, como visitar puestos donde se vendía de todo, desde tortas caseras hasta puntillas hechas a mano,

devorar sandwiches de salchicha con mostaza, y hacer bromas con Ted y Katherine acerca de la posibilidad de que los juegos de los distintos puestos estuvieran arreglados. Pero lo cierto es que estaba con Julie y, tal como había descubierto en Colorado, ella tenía el don de convertir las cosas más banales en una aventura.

Julie era además, una gran favorita de la gente del pueblo, y el afecto que le tenían parecía incluirlo también a él... ahora que, de acuerdo con las palabras que pronunció la noche anterior en el gimnasio, sin duda había llegado con "intenciones serias". Zack se moría por demostrárselos a ellos y al mundo entero, deslizando en el dedo de Julie el anillo que había elegido esa mañana; pero esperaba que se presentara el momento propicio. Después de la calamidad que había sido su último intento de darle un anillo, estaba decidido a que esta vez el júbilo borrara la tristeza de la anterior.

Y en ese momento, mientras caminaba con Julie al anochecer por el ruidoso e iluminado parque de la feria de diversiones, Zack tenía plena conciencia del anillo con un diamante de diez quilates que llevaba en el bolsillo, y también de las miradas de curiosidad de centenares de habitantes de Keaton que mientras disfrutaban de la feria, sin duda se preguntaban si él se le declararía a Julie, y cuándo. De vez en cuando notaba que alguien les tomaba una fotografía, pero todos lo hacían con suma discreción.»

-¿Quieres que demos una vuelta en la rueda gigante? -preguntó Zack al ver que Julie se detenía a mirarla.

-Sólo si me prometes que no moverás el asiento
-dijo ella, cortando un trozo de su algodón de azúcar rosado y dándoselo en la boca.

-¡Ni soñando! -mintió Zack, mientras lo comía-. Julie, esa cosa tiene un gusto horrible. ¿Cómo puedes comerlo? Dame otro poco.

Julie rió y arrancó otro trozo de esa pegajosa sustancia rosada y ambos sonrieron a las parejas que pasaban por ahí y los saludaban con una amistosa inclinación de cabeza.

-Te pido en serio que no muevas el asiento
-advirtió ella al ver que Zack metía la mano en el bolsillo para sacar boletos-. Las ruedas gigantes siempre me... ponen un poco nerviosa.

-¿A ti? -preguntó él con incredulidad-. ¿A la mujer que casi nos provocó la muerte hace un rato en esa cápsula voladora, haciéndola girar?

-Eso era distinto. Estábamos encerrados en una jaula. En cambio las ruedas gigantes son abiertas y un poco aterrorizantes -contestó Julie, alzando la cabeza para mirar hacia arriba, calculando la altura de esa rueda.

Zack estaba por acercarse a sacar los boletos, cuando a sus espaldas oyó que alguien anunciaba:

-¡Pasen y ganen un ge-nui-no anillo de oro, con piedras de fantasía! ¡Si les pega a cinco patos, gana el anillo para su novia! ¡Si les pega a diez, gana un osito de peluche gigante para que ella abrace!

Zack se volvió, miró los patos mecánicos que avanzaban en una fila interminable, los falsos rifles apoyados sobre el mostrador y la bandeja de anillos con enormes "joyas" de todos colores, desde el amarillo huevo hasta el rojo rubí. Y tuvo una inspiración.

-Creí que querías dar una vuelta en la rueda
gigante -dijo Julie, tomándolo del brazo.

-Primero -anunció- quiero ganar un genuino anillo de oro con una piedra de fantasía para ti.

-¿Cuántos tiros quiere? -preguntó el hombre del puesto de tiro, mirando sorprendido a Zack-. Usted me resulta muy familiar, compañero. -Tomó el dinero que Zack le

ofrecía y le entregó un rifle sin dejar de mirarlo fijo. Después se volvió hacia Julie.

-Su novio se parece mucho a... usted sabe... ¿cómo se llama?... el actor. Usted sabe a quién me refiero -insistió en el momento en que Zack alzaba el rifle para apuntar.

Julie observó la sonrisa de Zack.

-¿Habla de ese actor buen mozo? -le preguntó al dueño del puesto de tiro-, ¿ese morocho, de cara atractiva?

-¡Sí, ése!

-¡Steven Seagal! -bromeó Julie, y Zack erró el tiro. Bajó el rifle, le dirigió una mirada de indignación y volvió a apuntar.

-No, él no -dijo el hombre-. El tipo del que le hablo es un poco más alto, un poco mayor, más buen mozo. -Zack esbozó una sonrisa engreída.

-¡Warren Beatty! -exclamó Julie, y Zack erró el segundo tiro.

-Julie -le advirtió por el costado de la boca, temblando de risa-. ¿Quieres o no un anillo?

-No -decidió ella-. Quiero un oso de peluche.

-Entonces no sigas hablando mientras yo apunto, y deja que les dé a esos malditos patos antes de que se reúna un gentío más grande.

Julie miró a su alrededor y comprobó que, pese al deseo de la gente del pueblo de seguir la sugerencia del mayor AddLeson, un grupo importante se había detenido a observar, atraídos por el sorprendente espectáculo de un Zack Benedict de carne y hueso disparando un rifle, solo que en ese caso los blancos eran patos de metal en lugar de mafiosos, espías y pistoleros.

Con ocho tiros, Zack dio en el blanco de ocho patos y alguien empezó a aplaudir; luego se detuvo presuroso.

-Vuélvete, querida -pidió Zack-. Me estás poniendo nervioso.

Cuando Julie obedeció, Zack metió una mano en el bolsillo, le guiñó un ojo al dueño del puesto de tiro y colocó con rapidez el anillo de compromiso de diamantes en la bandeja donde estaban los falsos. Después volvió a disparar dos veces y erró a propósito.

-Bueno -le dijo a Julie, tomando la bandeja-, vuélvete y elige un anillo. Julie se volvió.

-¿Así que no tendré mi oso de peluche? -preguntó al notar que el dueño del puesto se había quedado mirando el anillo con la boca abierta.

-Lo siento. Pero erré los últimos dos tiros. ¿Qué anillo te gusta?

Julie miró el arco iris de grandes piedras falsas amarillas, rosadas, rojas y azules que brillaban sobre engarces baratos de oro. Y vio el diamante. Mucho más grande que todas las piedras de vidrio, resplandecía reflejando las luces giratorias de la rueda gigante. Reconoció el corte de la piedra porque hacía juego con los diamantes de su alianza y cuando levantó la vista para mirar a Zack reconoció su mirada sombría y tierna.

-¿Te gusta? -preguntó.

La gente que lo había estado mirando disparar presintió que sucedía algo, o tal vez fue la cara de sorpresa del dueño del puesto lo que los impulsó a acercarse.

-Me gusta -dijo Julie con suavidad, en voz baja y temblorosa.

-¿Te parece que lo llevemos y encontremos un lugar para ponértelo?

Ella asintió sin palabras, Zack tomó el anillo y, cuando se volvieron, los que los observaban vieron la sonrisa de él y también sonrieron.

-Allá arriba -dijo él, tomándola del brazo e impulsándola hacia la ventanilla donde vendían las entradas para la rueda gigante-. Rápido -dijo riendo, mientras el hombre

del puesto de tiro al blanco le explicaba a la multitud con voz sorprendida:

-Ese hombre... el que se parece a Warren Beatty... ¡acaba de sacar del bolsillo el diamante más grande que he visto en mi vida y se lo dio a ella!

El reverendo Mathison y su señora estaban conversando con el mayor y su esposa y con los padres de Katherine cuando Ted y Katherine se les acercaron corriendo, seguidos por un grupo de antiguos amigos.

-¡Ya es oficial! -exclamó Ted, riendo-. Julie y Zack acaban de comprometerse. -Y, en un esfuerzo deliberado y exitoso por incomodar a su padre, agregó: -Con un anillo que Zack ganó en el puesto de tiro al blanco.

-Eso no me parece demasiado formal -opinó el reverendo Mathison, ceñudo.

-Estaba bromeando, papá. Es un anillo verdadero. Todos se volvieron encantados, buscando a la pareja para felicitarla.

-¿Dónde están? -preguntó, feliz, la señora Mathison.

Katherine señaló la rueda gigante que en ese momento se había detenido y a la multitud que vitoreaba en su base.

-Están allá arriba -dijo Katherine, señalando la silla más alta-. En la cima del mundo.

Cuando llegaron al pie de la rueda gigante para felicitar a la pareja, la multitud coreaba:

-¡Bésala Zack! ¡Bésala! -mientras el fotógrafo del *Keaton Crier* enfocaba con la cámara la silla más alta de la rueda, sin dejar de gritar a coro con los demás.

Zack había pasado un brazo sobre los hombros de Julie, y con la otra mano le levantó la cara.

-No nos harán bajar hasta que nos vean besarnos. -Ella se mordió los labios, colorada como la grana, los ojos llenos de amor y protegiendo con la mano el brillante que él acababa de deslizarle en el dedo.

-¡No puedo creer que hayas hecho esto aquí... delante de todo el mundo! Tú odias la publicidad. Zack la abrazó con más fuerza y la atrajo hacia sí.

-No esta publicidad. A ésta no la odio. Todo el maldito mundo -susurró, inclinando la cabeza- ha sido testigo de nuestra infelicidad. Deja que vean lo que sucede cuando un endurecido convicto prófugo se encuentra con un ángel que cree en él. Bésame, Julie.

En medio de los vítores que se alzaron cuando la multitud vio que la pareja se estrechaba en un abrazo, el mayor Addleson le sonrió a su mujer y miró aTed.

-¿Tu padre consiguió que hiciera la promesa? Ted se estremeció de risa.

-Sí.

-¡Pobre diablo! -dijo Addleson, contemplando el largo beso que Zack le daba a su novia-. Entonces no podrá soportar mucho de eso.

-No.

-¿Cuándo es el casamiento?

-Zack pidió que fuera dentro de quince días.

-No es bastante pronto -intervino un amigo de Ted. Miró a su mujer. -Le parecerán dos años. ¿Te acuerdas, Susan?

Ella asintió y miró a Katherine.

-Tu suegro es un hombre realmente traicionero.

-Y muy sabio -agregó el mayor AddLeson, poniéndose serio.

-Eso no era lo que sentías antes de que nos casáramos, querido -le recordó su mujer.

-No, pero fue lo que sentí durante nuestra noche de bodas.

El amigo de Ted se quedó mirando a la pareja de la rueda gigante.

-Espero que esté enterado del asunto de la ducha de agua fría -comentó.



LIbrodot

*81*

Julie, querida, no puedo soportar esto mucho más -dijo Zack varias noches después, alejando a Julie a regañadientes y sentándose muy derecho en el sofá del living de su novia. Después de pasar dos días en el motel "Descanse sus Huesos", Zack se dio cuenta de que los padres de Julie se sentían realmente heridos porque él no había aceptado alojarse en casa de ellos, así que aceptó la invitación, agradecido. Las comodidades eran mucho mejores, y la comida maravillosa, y además dormía en el antiguo dormitorio de Julie, rodeado de sus cosas. Durante el día, mientras ella estaba en el colegio, dictando clase, Zack trabajaba en su casa. Allí leía guiones, se comunicaba con su personal en California y discutía por teléfono potenciales acuerdos con productores. Por lo tanto tenía algo en que pensar, aparte de su frustración sexual. Pero en cuanto Julie volvía, la miraba e inevitablemente lo asaltaba el deseo, que lo conducía a la frustración, y todo volvía a empezar.

Era tan frágil el autocontrol que le quedaba, que en lugar de pasar las veladas en la casa con Julie, prefería salir con ella y sus amigos. Dos noches antes, hasta la había besado y acariciado en la última fila del cine del pueblo, donde sabía que las cosas no podían llegar demasiado lejos. Y la noche anterior a ésa, sugirió que fueran a jugar al bowling, porque sabía que allí las cosas no podían llegar a ninguna parte.

Zack maldijo en voz baja, alejó a Julie con gesto decidido y se puso de pie.

-Jamás debí permitir que tu padre me arrancara esa promesa de celibato prematrimonial. ¡Es arcaico, insensato y juvenil! Lo hizo para vengarse de mí por haberte secuestrado. ¡Ese hombre es inteligente, y además es sádico! En el único momento en que me sentí bien con esa promesa fue el domingo, en la iglesia.

Julie sofocó una sonrisa indefensa.

-¿Y por qué crees que sucedió eso?

-¡Yo sé por qué sucedió! Esa hora que pasamos en la iglesia fue el único momento de la última semana en que no tuve una erección.

No era la primera vez que Zack mencionaba el trato que había hecho con su padre, pero se mostraba tan sensible con respecto al tema, que Julie tenía miedo de decirle que no era una víctima aislada. Zack tenía mucho orgullo y era, por sobre todas las cosas, una persona muy reservada. Por eso, Julie no sabía cómo reaccionaría al descubrir que todos los hombres de la ciudad cuyo matrimonio había sido bendecido por su padre sabían con exactitud lo que le estaba sucediendo. Levantó la mirada cuando él empezó a pasearse por el cuarto.

-Tengo treinta y cinco años -le informó con amargura-. Soy un hombre razonablemente sofisticado, tengo un alto cociente intelectual, ¡y no sólo me siento igual a un adolescente privado de sexo sino que he empezado a comportarme como ellos! Me he dado tantas duchas frías que tu madre debe de creer que tengo una obsesión por la limpieza. Además, me estoy poniendo irritable.

Julie se apartó el pelo de la frente, se puso de pie y lo miró entre exasperada y divertida.

-¿No me digas? ¡Jamás me habría dado cuenta! Lanzando un suspiro de irritación, Zack amontonó sobre la mesa los guiones que había estado leyendo.

-¿Qué crees que debemos hacer esta noche?

-¿Has pensado en los efectos sedantes de reorganizar los armarios de la cocina? -bromeó ella, muerta de risa-. A mí siempre me dio resultado. Podríamos hacerlo juntos.

Zack abrió la boca para contestar de mal modo, pero en ese momento sonó el teléfono y atendió, volcando su frustración en quien llamaba.

-¿Qué demonios quiere?

Sally Morrison, su jefa de relaciones públicas, le llamaba desde California.

-Buenas noches, Zack -dijo con sequedad- ¡Tú siempre tan agradable! Llamo para hablar cor Julie. Necesito que me diga si quiere que envíe las invitaciones por limusina o por medio de mensajero. Ya he llamado por teléfono a los cincuenta afortunados que recibirán invitación a la fiesta para que tengan tiempo de hacer los arreglos necesarios para estar en Texas el sábado a primera hora Todos aceptaron. Betty y yo -dijo, refiriéndose a si secretaria- hemos arreglado que haya limusina; esperándolos en el aeropuerto de Dallas, para llevarlo hasta Keaton. También he reservado suites para, todos el sábado a la noche en los hoteles de Dallas que tú sugeriste.

Parte del enojo de Zack se esfumó. Esperó que Julie se encaminara al comedor, bajó la voz y preguntó:

-¿Julie tiene alguna idea de la gente que vendrá?

-No, jefe. Como querías darle una sorpresa, le dije que podía contar con los cincuenta invitados más aburridos. Todos financistas y hombres de negocios.

-¿Y qué me dices con respecto a la prensa? -preguntó Zack-. ¿Cómo te los estás sacando de encima? Ellos saben que estoy aquí y que me caso el sábado. Lo anuncian a cada rato en los noticiarios de televisión. Pero sólo he visto a un par de periodistas dando vueltas por aquí, y hasta ellos conservan la distancia. Pensé que a esta altura ya caerían sobre nosotros como una manga de langostas.

Sally vaciló un instante.

-¿No te comentó Julie cómo había decidido manejar a la prensa?

-No.

-Entonces será mejor que se lo preguntes a ella. Si no estás de acuerdo, para mí será un infierno tratar de romper el trato que hice con ellos.

-¿Qué trato? -preguntó Zack.

-Pregúntaselo a Julie después de que cortemos. ¿Y ahora, puedo hablar con ella? Zack miró por sobre el hombro.

-¡Julie! Sally quiere hablar contigo.

-Ya voy -contestó Julie. Entró con el siempre presente anotador que utilizaba para seguir la pista de todos los detalles que por lo visto preocupaban siempre a las mujeres ante la inminencia de un casamiento. Zack la observó sacarse el aro derecho y colocar el teléfono entre la oreja y el hombro.

-¡Hola, Sally! -saludó con tanta suavidad que Zack se sintió un tipo irascible, beligerante y egoísta, incapaz de controlar sus necesidades sexuales y de comportarse como un caballero-. ¿Qué hay *áe* nuevo? -Escuchó un minuto. -Se lo preguntaré a Zack -dijo. Se volvió y le sonrió, con lo cual Zack se sintió aún peor.

-Sally sigue sin saber si quieres que envíe tus invitaciones a la gente de California por limusina o por mensajero. -Consultó su anotador. -Las limusinas cuestan cuatro veces más.

-Limusinas -decidió Zack.

-Limusinas -repitió Julie por teléfono. Cuando cortó, Zack la miró y toda su impaciencia se convirtió en admiración. A pesar de todas las presiones a que estaba sometida, ella nunca perdía su

equilibrio.

Hacía una semana que Julie organizaba el casamiento, sólo con la ayuda de Katherine y los llamados de larga distancia para hablar con el personal competente de Zack. Al mismo tiempo continuaba dando clase, hizo los arreglos necesarios para

subarrendar su casa, y nunca perdió el buen humor. Como todos los ciudadanos de Keaton se habían esmerado tanto para lograr que Zack se sintiera cómodo y bienvenido, y como Julie era parte muy importante del pueblo, decidieron limitar los invitados a la ceremonia de la tarde exclusivamente a la familia y los amigos más cercanos, pero invitar a todos los amigos y conocidos de los Mathison a la fiesta de la noche que se realizaría en el parque. La decisión de .no ofrecer una pequeña recepción, sino invitar a 650 personas, fue tomada a pedido de Zack. Durante los días que había pasado en Keaton disfrutó de más compañerismo con gente decente y con los pies sobre la tierra, que en ningún otro momento de su vida. A pesar de sus quejas, disfrutaba profundamente de las cosas sencillas que él y Julie habían hecho juntos. Gozó bailando con Julie en un restaurante, donde se les reunieron infinidad de amigos que jamás se entrometieron; le gustó ir con ella al cine, comer un pochoclo bastante rancio, besarla en la última fila de platea, y después llevarla a su casa caminando de la mano por las calles del pueblo. La noche anterior había jugado al pool en la casa de los Cahill con Ted y sus amigos, mientras Julie, Katherine y el resto de las mujeres les servían la comida y los alentaban. Y después Zack no pudo creer lo que veían sus ojos cuando Julie desafió al ganador... y lo venció.

De alguna manera ella había conseguido hacer todo eso, además de disponer los arreglos necesarios con algunas mujeres del pueblo para que se encargaran de los comestibles que se ofrecerían en la recepción, contratar a los músicos, seleccionar las melodías que interpretarían, ordenar las flores de la florería del pueblo y contratar las carpas que serían enviadas desde Dallas para ser armadas en el parque. Zack, quien a menudo escuchaba los arreglos que se hacían, tenía la esperanza de que, aunque bien su segunda recepción de casamiento careciera del decoro y la elegancia de la primera, por lo menos le sobrara calidez y una atmósfera festiva. Si no todo indicaba que sería un verdadero desastre. En cuyo caso Zack deseaba devotamente que lloviera.

Lo único que atribuló por un momento a Julie fue el asunto de los trajes para Katherine, Sara y Meredith, que serían sus damas de honor. Meredith ofreció la solución del problema el día que Julie la llamó para invitarla al casamiento. Envió fotografías de todos los trajes de novia y de cortejo que había en el exclusivo salón de Bancroft y Compañía. Julie se decidió por tres posibilidades, que al día siguiente fueron recogidas en Chicago por el piloto de los Farrell, quien se encargó de llevarlos a Keaton. Rachel deliberó cuatro semanas antes de decidirse por un traje de novia. Julie, Katherine y Sara deliberaron dos horas, eligieron y llevaron sus vestidos a las mellizas Eidridge para que los adaptaran a sus respectivos talles. El vestido de Meredith, que se encontraba en Chicago, se lo hicieron allí.

Durante todo ese tiempo, el único disgusto que tuvieron Zack y Julie ocurrió durante la noche del compromiso, a raíz de la insistencia de Zack en pagar todos los gastos del casamiento y la fiesta. Por fin se puso de acuerdo en privado con el padre de Julie, quien, por suerte, no tenía la menor idea de lo que podía costar un traje de novia en Bancroft y Compañía, o cargar de combustible el jet que Zack le pensaba devolver a Matt, ni acerca de ninguna otra cosa semejante. Por lo tanto Zack "aceptó graciosamente" que el reverendo Mathison contribuyera con dos mil dólares para el costo de la boda y luego ofreció -con idéntica gracia pero mucha menos honestidad- que su contador de California se encargara del tedioso trabajo de pagar todas las cuentas y devolver el excedente del dinero al reverendo Mathison.

En ese instante, al mirar a Julie que escribía en su anotador, Zack pensó en las presiones a que estaba sometida y en la tranquilidad con que las manejaba. En comparación, sus días habían sido maravillosamente pacíficos y llenos de logros. Liberado de las constantes interrupciones que hubiera tenido en California, pudo leer guiones, su tarea más apremiante por el momento, y considerar lo que quería hacer como primer proyecto cinematográfico. Los directores de estudios, productores y

banqueros con quienes debía reunirse esperarían hasta que estuviera de regreso en su casa. Su dramática huida de la cárcel, su captura, su subsiguiente liberación y ahora su casamiento con la joven maestra que había sido su rehén se combinaban para convertirlo en una "leyenda" aún más grande que lo que había sido antes de ser encarcelado. No necesitaba leer Variety para saber que era el actor y director más buscado de la industria cinematográfica. Aparte de atender su trabajo, el único tema que tuvo que encarar personalmente durante la última semana fue la imagen de Julie. Al principio, cuando se transmitieron los videos de su arresto en México, el mundo consideró a Julie una heroína que había atrapado a un asesino. Pocas semanas después, al quedar demostrada la inocencia de Zack, esos mismos videos lo convirtieron a él en el mártir heroico sujeto a la brutalidad de la policía, y a Julie en la bruja que lo había traicionado. Como no estaba dispuesto a tolerar ese estado de cosas, Zack envió a un amigo de CNN una copia del video que le dio Richardson, sin consultarlo antes con Julie. A las veinticuatro horas de haberlo emitido por primera vez, todo el mundo había reaccionado ante el sufrimiento de Julie de la misma manera como ese video había hecho reaccionar a Zack.

Y en ese momento, al recordar todo lo sucedido durante la última semana, Zack se sintió avergonzado por haberse mostrado tan irascible a causa de algo que, después de todo, no era más que dos semanas de celibato forzoso en presencia de una mujer a quien deseaba más de lo imaginable. Entonces se le acercó, le quitó el anotador de las manos, le besó la frente y dijo con suavidad:

-Eres una mujer sorprendente, querida. Por desgracia te vas a casar con un tipo demasiado susceptible a excitarse sexualmente y además malhumorado, pero que te desea con desesperación.

Ella se inclinó y lo besó con suficiente ardor como para hacer que Zack lanzara un quejido y volviera a alejarla.

-Lo único que tienes que hacer -le recordó Julie- es romper tu palabra o decirle a mi padre que el trato ha quedado en la nada.

-No pienso quebrar mi maldita promesa. Julie lanzó una risita, meneó la cabeza, volvió a tomar el anotador y sacó el lápiz que había metido en su pelo brillante, como si ya hubiera olvidado el beso que a Zack todavía le hacía arder la sangre.

-Ya lo sé. Si lo hicieras, me habrías desilusionado.

-Sería un consuelo y una ayuda -dijo Zack, irracionalmente molesto por la misma paciencia que instantes antes admiraba en Julie- por lo menos poder creer que este arreglo insensato te está volviendo tan loca como a mí.

Julie hizo a un lado el anotador y se irguió. Y entonces Zack se dio cuenta por primera vez de que el casamiento y el celibato forzoso no la dejaban tan serena como él creía, o que su impaciencia la estaba cansando. O las tres cosas juntas.

-Esta noche se supone que debemos estar en la cancha de béisbol, ¿recuerdas? -dijo Julie-. Es un partido muy especial entre el equipo del pueblo, que yo he ayudado a entrenar durante todo el año, y nuestros rivales de Perseville. Tú aceptaste ser referí y todo el mundo está muy excitado. No discutamos. Si vamos a estar en desacuerdo, reservémoslo para el partido.

Zack lo hizo, y así fue.

Tres horas después, con dos equipos mirando y las tribunas atestadas de padres sorprendidos, Zack Benedict cosechó los frutos de la semana de injusta impaciencia a que había sometido a su prometida.

Agazapado detrás de la base de llegada, durante la séptima entrada, cuando los equipos empataban, Zack observó la corrida de uno de los dos jugadores estrellas del equipo de Julie.

-¡Fuera! -gritó Zack, levantando el brazo de la manera ritual. Como había sido una corrida tan ajustada, aun desde el punto de vista privilegiado que él tenía, no le

sorprendió que el público lanzara un rugido de desaprobación. Sin embargo, se sorprendió al ver que Julie saltaba de su banco de entrenadora y marchaba hacia él como una arpía furibunda.

-¡Necesitas anteojos! -explotó, temblando de furia-. ¡Mi jugador llegó a la base, y lo sabes!

-¡He dicho que fuera!

-¡Nada de fuera! ¡Estás tan preocupado por demostrarle a todo el mundo que eres imparcial, que le haces trampa a mi equipo!

-¡Ese jugador ha quedado afuera, y tú también lo estarás si mantienes esa actitud!

-¡No te atreverás a sacarme del partido! Zack se puso lentamente de pie.

-¡Estás haciendo una escena! ¡Siéntate! -ordenó, siseante.

-¡No es una escena! -retrucó Julie, y para asombro e incredulidad de Zack, pateó el polvo para que le ensuciara los zapatos-. ¡Ésta es una escena! -agregó enfurecida.

-¡Has quedado fuera del partido! -contestó Zack a los gritos, levantando el brazo en el gesto inconfundible del arbitro que echa de la cancha a un entrenador, y la noche fragante se llenó de vítores, rugidos y aplausos cuando Julie salió del campo de juego-. ¡Que siga el juego! -ordenó Zack, llamando por señas al otro equipo a la cancha y retomando su posición de arbitro. Por el rabillo del ojo alcanzó a ver la postura tiesa de los hombros de Julie, la leve cadencia de sus caderas, y la brisa que la despeinaba cuando se encaminó al banco y tomó su suéter. Zack comprendió que lamentaría lo que acababa de hacer. Julie se encargaría de ello.

El equipo de Julie perdió por 4 a 3. Cuando los perdedores y sus padres se reunieron en el restaurante local para la comida que Zack creía era ritual después de todos los partidos, Julie estaba allí, esperándolos. Tuvo palabras de aprobación y de consuelo para todos sus chicos, y absolutamente nada que decirle a Zack cuando él intentó pasarle algo de beber. El resto de los adultos parecía dispuesto a olvidar la sanción que les había costado el partido, y varios lo invitaron con una cerveza, pero Julie le dio deliberadamente la espalda y continuó conversando con Sara y Katherine como si él fuera transparente.

Sin más opción que tratar de tranquilizarla en público, cosa que Zack no estaba dispuesto a hacer, o retirarse al bar donde Ted, Carl y el mayor Addleson comían pizza, Zack se decidió por esto último. Al ver que se acercaba, Ted apoyó los codos sobre el bar y le dijo sonriente:

-No fue una buena medida la que tomaste durante el partido, Zack.

-Fue muy mala -afirmó Cari.

-Realmente mala -confirmó el mayor Addleson, lanzando una risita y metiéndose un puñado de maníes en la boca.

-Fui justo -dijo Zack.

-Tal vez hayas sido justo -dijo el mayor Addleson-, pero la medida que tomaste no fue buena.

-¡Al diablo con eso! -explotó Zack, completamente furioso porque Julie seguía ignorándolo-. ¡Si ella no es capaz de aguantar el calor, que no se acerque al fuego!

Por algún oculto motivo, esa frase tan sencilla hizo aullar de risa a los tres hombres.

Zack decidió ignorarlos, cada vez más enojado al comprender que Julie lo había colocado en una posición absurda, poco digna e injusta. Tenía treinta y cinco años, un capital de más de cien millones, y con excepción de los cinco años que estuvo en la cárcel, se había pasado la vida comiendo en los mejores restaurantes, parando en los mejores hoteles y confraternizando con gente talentosa, brillante y famosa, como él mismo. En lugar de eso, ahora no le quedaba más remedio que comer pizza de pie, en un restaurante de baja categoría de un pueblito de ínfima importancia, ¡y era ignorado por una mujer que debía sentirse orgullosa de que él quisiera casarse con ella! Tenía ganas de sacarla de la rastra del restaurante, exponerle sus condiciones y después

llevarla directamente a la cama, como cualquier hombre adulto merecía poder hacer con la mujer con quien pensaba casarse. Lo que había hecho con el padre de Julie no era un trato, sino la maligna venganza que se tomaba con él un chupacirios arrogante y acostumbrado a manipular a la gente...

Zack se alejó del bar.

El mayor Addleson le apoyó una mano pesadamente sobre el hombro y le habló con tono paternal.

-Acepte el consejo de un hombre que ya ha estado en su lugar. No lo haga.

-¿Qué? -retrucó Zack. Ted se inclinó, y le sonrió.

-Bebe algo fresco, cómete una hamburguesa y después vuelve a casa, date otra ducha fría y aguanta otra semana. Algún día recordarás todo esto y te reirás.

-No sé de qué mierda estás hablando.

-Estamos hablando de lo que en este pueblo se conoce como el Método Mathison de Infelicidad Premarital -explicó Ted de buen humor-. Es la manera bien intencionada que tiene mi padre de restaurar el elemento de suspenso y de excitación en la noche de bodas, en una época en que piensa que las parejas la están privando de su magia por haber consumado prematuramente ese amor.

Zack apretó los dientes con furia, equivocadamente convencido de que el padre de Julie había recorrido el pueblo contándole a todo el mundo el trato ridículo que lo había obligado a aceptar, en venganza por haber secuestrado a su hija.

-¿Qué dijiste? -preguntó.

Al oír la pregunta, Carl se inclinó hacia Ted.

-Ya se está poniendo sordo. -En un intento de quitarle importancia al asunto, agregó: -Debes saber cuál es la causa de esa sordera.

Ted bebió un trago de su cerveza.

-No, cuando uno hace eso no se vuelve sordo sino ciego.

-¿De qué mierda están hablando?

-Estamos hablando de ti, mi amigo -contestó Ted-. No es Julie la que no puede soportar el "calor", sino tú. Lo mismo que nos sucedió a nosotros. La mitad de los hombres de este pueblo se dejó convencer por papá e hizo el mismo trato que has hecho tú, y la mayoría, los que mantuvimos nuestra palabra, terminamos peleándonos a gritos por cualquier cosa con nuestras novias.

La furia y frustración de Zack se evaporaron como por milagro, y experimentó una mezcla de incredulidad y de risa ante el absurdo de lo que le acababan de decir.

-Dígaselo usted, mayor -invitó Ted.

-Es un infierno. Yo tengo diez años más que tú, hijo, y no sabes la desesperación con que necesitaba algo, en parte por haber prometido que no lo tomaría. Y el asunto también deja sus huellas en las mujeres, aunque estoy convencido de que la angustia de ellas es menor porque disfrutan inmensamente al ver al hombre reducido a un estado en que las necesitan con desesperación. Esa última parte acerca de las mujeres -agregó con una sonrisa- no es una teoría mía sino la generalización de un profesor de psicología que tuve durante el segundo año de mi carrera universitaria. A propósito, ¿a qué universidad asististe? Tienes todo el aspecto de un yanqui, pero tu acento no coincide.

Todavía tironeado entre el enojo y la incredulidad ante el Método Mathison, Zack vaciló, a sabiendas de que Addieson estaba simplemente tratando de cambiar de tema. Entonces miró el bonito perfil de Julie y consideró el hecho de que su frustración sexual fuera conocida, y comprendida, por la mayoría de los hombres presentes en el restaurante. Y entonces capituló con un suspiro de irritación.

-A la USC -contestó.

-¿Y qué carrera seguiste?

-Finanzas y cinematografía.

-¿Dos carreras simultáneas?

Zack asintió, con la mirada fija en Julie. Todavía no estaba dispuesto a hacer un segundo intento público de tranquilizar su injusto enojo.

Desde el otro extremo del salón, Julie miró disimuladamente a Zack. Él la vio y la miró fijo, con expresión impasible. Esperando. Los últimos rastros del enojo de Julie desaparecieron. ¡Lo amaba tanto y habían compartido tantas cosas! Esa noche se había portado mal con él, y lo sabía. Deseó haber permitido que Zack hiciera las paces con ella temprano, cuando llegaron al restaurante, para no tener que tragarse su orgullo y acercársele ahora, cuando sin duda todo el mundo estaría mirando. Pero por otra parte decidió que era una locura perder un solo minuto más de sus vidas en esa ridicula pelea. Entonces se disculpó ante la gente que estaba conversando con ella, se acercó a Zack, saludó con una inclinación de cabeza al mayor y a sus hermanos y se metió las manos en los bolsillos del jean, vacilante.

-¿Y? -preguntó Zack, tratando de ignorar la manera deliciosa en que la remera se estiraba sobre los pechos de Julie.

-Me gustaría pedir algo para comer -dijo ella. Desilusionado al comprobar que no iba a tener la cortesía de disculparse, Zack llamó a la camarera que se apresuró a acercarse.

-¿Qué van a comer? -preguntó la mujer, lista para anotar el pedido.

-Estoy indecisa -dijo Julie, y miró a su novio-. ¿Qué te parece que debo pedir, Zack? ¿Un pastel de humildad?

Zack se esforzó por ocultar una sonrisa.

-¿Y a ti qué te parece?

Julie miró a la camarera, que luchaba sin éxito por contener la risa.

-Sí, decididamente una porción de pastel de humildad, por favor, Tracy.

-Con abundante queso y salchicha italiana -agregó Zack, convirtiendo el pedido en una pizza. Sonriendo, pasó un brazo sobre los hombros de Julie y la apretó contra su cuerpo. Julie esperó hasta que la camarera se hubiera alejado unos pasos y luego agregó: -¡Ah! Y además trae un par de bifocales para el arbitro, Tracy.

Un silencioso suspiro de alivio recorrió el restaurante y el ruido y las risas crecieron instantáneamente.

Más tarde, los novios regresaron a su casa caminando de la mano en la noche fragante.

-Me gusta estar aquí -dijo Zack al doblar una esquina-. No me había dado cuenta de la falta que me hacía un poco de normalidad en la vida. Desde el día que salí de la cárcel, no me detuve un solo instante a relajarme.

Cuando Julie abrió la puerta de calle y entró, Zack negó con la cabeza y se quedó en el porche.

-No me vuelvas a tentar -pidió, tomándola en sus brazos para darle un beso breve. Apenas le rozo los labios con los suyos, pero cuando empezaba a soltarla, Julie se aferró a él con fuerza y empezó a besarlo con todo el amor y el arrepentimiento que llenaban su corazón. Entonces Zack perdió la batalla y abrió la boca hambrienta para recibir la de ella. Le acarició los costados del pecho, después le tomó las nalgas entre sus manos y la atrajo con firmeza hacia su cuerpo endurecido y la siguió besando hasta que ambos estuvieron sobreexcitados. Cuando por fin Zack pudo apartar la boca

de los labios de Julie, ella siguió rodeándole el cuello con las manos y refregó la mejilla contra su pecho; era una gatita que esa tarde le había mostrado las uñas pero que ahora estaba tranquila. Su cuerpo seguía estrechamente unido al de él, y Zack se debatía acerca de la prudencia de volver a besarla cuando Julie ladeó la cabeza y lo miró, con expresión invitante. En respuesta a esa mirada provocativa, él sintió que todo el cuerpo se le ponía tenso. A regañadientes, negó con la cabeza.

-Basta ya, mi querida. Ya estoy tan excitado que apenas puedo mantenerme de pie. Y además -agregó tardíamente-, todavía no te he perdonado por no haberme dicho que tu padre inflige este trato miserable a todos los hombres que le piden que los case.

A la luz de la luna vio que los ojos de Julie se iluminaban con una sonrisa tímida.

-Tuve miedo de que te sintieras más incómodo, si sabías que todos los demás estaban enterados de lo que te pasaba.

-Julie -dijo Zack, acercándola a su cuerpo para ilustrar lo que estaba por decirle-, es completamente imposible que pueda sentirme más incómodo que ahora.

-¡Yo tampoco! -dijo ella con tanto énfasis que él rompió a reír. La volvió a besar y luego la alejó con suavidad-. Me haces muy feliz -dijo con una sonrisa tierna. -Contigo me divierto como no me había divertido nunca.



LIbrodot

*82*

Sentado ante el escritorio del reverendo Mathison, dos días antes del casamiento, Zack levantó la vista del guión que estaba leyendo y miró distraído a la señora Mathison.

-Zack querido -dijo su futura suegra mientras colocaba un plato de bizcochos sobre el escritorio; parecía un poco angustiada-, ¿puedo pedirte un favor muy especial?

-Por supuesto -contestó él, estirando la mano hacia el plato.

-No te estropees el apetito comiendo demasiados bizcochos -le advirtió ella.

-No lo haré -contestó él con una sonrisa juvenil. En las dos semanas que hacía que estaba viviendo en esa casa, les había tomado un genuino afecto a sus futuros suegros. Eran los padres que nunca tuvo y la casa estaba llena de las risas y el amor de los que la suya siempre careció. Jim Mathison era inteligente y bondadoso. Se quedaba levantado hasta tarde, para conocer mejor a Zack, y lo vencía jugando al ajedrez y le contaba historias maravillosas sobre la infancia de Julie. Trataba a Zack como si fuera su hijo adoptivo, le advertía que debía ahorrar dinero y no ser dispendioso y le aconsejaba que no hiciera películas inmorales. Por su parte, Mary Mathison lo trataba como una madre, lo retaba por trabajar demasiado, y luego lo enviaba a hacer mandados, como si se tratara de su propio hijo. Para Zack, que jamás en su vida de adulto había sido enviado a una lavandería o una carnicería, fue al mismo tiempo desconcertante y emocionante que le dieran una lista de mandados y lo enviaran a cumplirlos. También le resultaba satisfactorio que los dueños de los negocios le sonrieran y le preguntaran por su nueva familia política.

-¿Cómo soporta Mary el ajetreo de los preparativos del casamiento? -preguntó el carnicero mientras envolvía un pollo en papel blanco-. Supongo que se cuidará la presión, ¿no?

El dueño de la lavandería le entregó un atado de ropa recién lavada.

-No me deben nada -aclaró-. Todos estamos poniendo nuestro granito de arena para el casamiento, y felices de poder hacerlo. Usted va a entrar a formar parte de una gran familia, señor Benedict.

-La mejor -confirmó Zack, y lo sentía. En ese momento notó que Mary Mathison trataba

de ocultar alguna preocupación mientras se alisaba el delantal y lo miraba.

-¿Qué favor me iba a pedir? -preguntó-. Si se trata de pelar cebollas, como ayer, le costará un puñado más de bizcochos -agregó en broma. Ella se instaló sobre el brazo de un sillón.

-No se trata de nada de eso. Necesito que me aconsejes... en realidad, más bien que me tranquilices.

-¿Con respecto a qué? -preguntó Zack, dispuesto a tranquilizarla con respecto a lo que fuera.

-Acerca de algo que hizo Julie y que yo la alenté a hacer. Necesito plantearte una pregunta hipotética... como hombre.

Zack se acomodó en el sillón, brindándole toda su atención.

-Adelante.

-Digamos que un hombre... mi marido, por ejemplo -dijo con aire culpable, y Zack

sospechó en el acto que el hombre en cuestión efectivamente debía de ser Jim Mathison-, digamos que tiene un pariente de edad con quien hace tiempo que está distanciado, y que yo supiera con toda seguridad que ese pariente está deseando hacer las paces con él antes de que sea demasiado tarde. Si nosotros, Julie y yo, supiéramos además que el casamiento de ustedes podría ser la última y la mejor oportunidad para eso, ¿te parece que estaría bien o mal que invitáramos a venir a ese pariente sin haberle avisado?

Zack sofocó el poco caritativo y divertido pensamiento de que ésa sería una buena manera de retribuirle a su suegro todos los sufrimientos que le había causado con la promesa que le arrancó. Pero de todos modos no le pareció que la idea de Julie y su madre fuese buena, y estaba por decirlo cuando su suegra agregó con mansedumbre:

-El problema es que ya lo hicimos.

-En ese caso -dijo Zack con una leve sonrisa-, lo único que queda por hacer es desear que todo salga lo mejor posible.

Ella asintió y se levantó, volviendo a alisarse el delantal.

-Eso es lo que pensamos. Es importante recordar -agregó con tono significativo en el momento de salir- que no es bueno guardar rencores. La Biblia nos advierte que debemos perdonar a quienes nos ofenden. Dios ha dejado eso muy, muy claro.

-Sí, señora, eso es lo que he oído -dijo Zack con la necesaria seriedad.

-Llámame mamá -corrigió ella. Enseguida se le acercó y le dio un abrazo de aprobación maternal que hizo que Zack se sintiera muy joven. Y muy especial. -Eres un hombre excelente, Zack. Un hombre verdaderamente excelente. Jim y yo estamos orgullosos de que pases a formar parte de la familia.

Una hora después, Zack volvió a levantar la mirada cuando Julie volvió de sus clases y espió por sobre su hombro.

-¿Qué es eso? -preguntó después de besarlo en la mejilla.

-El guión de una película que creo que me gustaría filmar. Se llama *Último interludio,* pero tiene algunos problemas importantes que requieren mucho trabajo.

Le contó la historia y le enumeró los problemas, mientras ella escuchaba con atención. Cuando agotaron el tema, Julie lo miró vacilante.

-Me gustaría pedirte un favor muy especial. Mañana no sólo es mi último día de clases sino que además es la última noche que estaré con las mujeres a las que he estado enseñando a leer. Para ellas sería muy importante tener la sensación de que has hecho un esfuerzo por conocerlas. Sobre todo tengo interés en que conozcas a Debbie Sue Cassidy. Es muy inteligente, pero se menosprecia y cree que el hecho de que no pueda leer de corrido después de unos pocos meses de clases, demuestra que es incapaz. Es culta, porque a pesar de no saber leer escuchaba grabaciones de libros. -Al ver que Zack la miraba inexpresivo, aclaró: -Debbie tiene una manera maravillosa de decir las cosas, con mucha sencillez, pero haciendo que uno sienta lo que está diciendo. Quiere poder llegar a escribir un libro.

-¿No crees que eso le pasa a todo el mundo? -preguntó Zack, en broma. Ella le dirigió una mirada extraña y culpable.

-Posiblemente. Pero no la menosprecies. Si alguien a quien ella admira la alentara...

-¿Alguien como yo? Julie lanzó una carcajada y le besó la frente.

-¿Cómo lo adivinaste?

-¿A qué hora quieres que aparezca mañana?

-Alrededor de las siete. Eso nos dará tiempo más que suficiente para asistir al ensayo.

-Trato hecho. A propósito, una de esas señoras mellizas me paró en el pueblo y me hizo pasar por su casa para ver su costura. No soy un experto, pero me pareció que trabajan realmente bien.

-Ustedes, los de ciudades grandes, son todos iguales -bromeó Julie-. Creen que el

talento sólo se encuentra en las grandes ciudades. ¡Los floristas de nuestro pueblo han sido elegidos por la Asociación de Floristas para encabezar el equipo que decorará la Casa Blanca para el Baile Inaugural! Espera y verás lo que será la recepción de nuestro casamiento. Todas las mujeres que trabajan en ello están invitadas, de manera que se esmerarán para que sea un suceso inolvidable.

-Con tal de que tú estés allí y que nos casemos, todo me parecerá maravilloso -dijo Zack, evitando con cautela aventurar una opinión acerca de la competencia de las señoras que preparaban la recepción.

Sin advertencia previa, de repente Julie se puso sombría y ansiosa.

-Te aseguro que estaré allí. En este momento, lo único importante es que me quieras bastante como para perdonarme si hiciera algo que te pareciera tonto o hasta muy equivocado.

-¿Eso involucra a otro hombre?

-¡Por supuesto que no!

-En ese caso -dijo Zack con aire magnánimo-, me encontrarás más que dispuesto a perdonar. Pero en lo que se refiere a ti y a otros hombres, soy posesivo y celoso -al decirlo pensó en Richardson-. Y ahora dime, ¿qué has hecho que pueda ser tonto o estar mal?

-Bueno, en realidad no llegué a decir que hubiera hecho nada de eso -se evadió ella-. Fue simplemente una pregunta retórica. Tengo que ayudar a mamá con la comida -agregó, batiéndose en una repentina retirada.

-¿Estás segura de que no hay ningún problema?

-No, todavía no -aseguró ella, y desapareció. A pesar de las palabras de Julie, durante toda la comida Zack tuvo la sensación de que algo preocupaba a su novia y a sus suegros. En cuanto levantaron la mesa, el reverendo Mathison y su señora anunciaron su intención de visitar amigos y salieron tan presurosos, que Zack estuvo más seguro que nunca de que sucedía algo. Después Julie rechazó su ofrecimiento de ayudarla en la cocina, cosa que era muy poco habitual, así que volvió al escritorio, pensando en el extraño comportamiento de toda la familia. Media hora más tarde, cuando Zack estaba estudiando algunos documentos legales que acababa de enviarle su abogado, Julie reapareció en la puerta.

-Zack -dijo con una sonrisa demasiado brillante-, ha venido alguien a verte.

Zack se levantó, se encaminó al living y al llegar quedó petrificado, con la mirada clavada en la anciana que estaba parada en el centro de la habitación, con el bastón en la mano. Su voz sonaba tal como él la recordaba: enérgica, fría y arrogante. Después de saludarlo con una majestuosa inclinación de cabeza, la anciana dijo:

-Ha transcurrido mucho tiempo, Zachary.

-No el suficiente -retrucó él. Clavó su mirada gélida enJulie. -¿Qué demonios es esto?

-Esto -dijo Julie con toda calma- significa que debes escuchar lo que tu abuela quiere decirte. -Zack empezó a volverse para salir, pero Julie le apoyó una mano en el brazo. -Por favor, querido. ¡Hazlo por mí! Que sea mi regalo de casamiento. Yo iré a la cocina a preparar un poco de té.

Zack estudió a la anciana con desprecio.

-Di lo que viniste a decir, ¡y después te pido que salgas definitivamente de mi vida!

En lugar de atacarlo verbalmente, su abuela asintió y habló, vacilante.

-Vine a decirte que... que lamento mucho todo lo que te hice.

-Muy bien -dijo Zack con tono sarcástico-. ¡Ahora vete!

-También vine a pedirte que me perdones.

-¡No seas ridicula!

-Y a decirte que yo... yo... -Se le perdió la voz y buscó con expresión indefensa a Julie, en procura de ayuda. Pero Julie ya se había ido a la cocina. Entonces la anciana extendió la mano en,un gesto de súplica. -¡Por favor, Zachary! -Zack miró la mano aristocrática que le tendía; estaba más vieja y demasiado delgada, y la alianza de oro era su único adorno. Al ver que él se negaba a tomarla, ella dejó caer la mano. -No te suplicaré -dijo, alzando el mentón en un gesto arrogante. Se volvió hacia la ventana, irguió los hombros y contempló la calle tranquila. -Pero vine a explicarte algunas cosas, y lo haré. -Permaneció algunos instantes en silencio, y cuando por fin habló, en su voz había una inseguridad desconocida para Zack. -Poco antes de la muerte de Justin, yo había subido a poner flores frescas en la mesa del entrepiso. Los oí discutir en el cuarto de Justin. Discutían acerca de cuál de los dos debía llevar a Amy Price al baile del club de campo. -Respiró hondo antes de continuar. -Pocos minutos después hubo un disparo y Justin estaba muerto.

La señora Stanhope miró por sobre el hombro y dijo con amargura:

-Yo sabía que mentías cuando le dijiste a la policía que el arma se había disparado accidentalmente, lo noté en tus ojos. Sólo que... creí que mentías al decir que lo habías matado por accidente.

Al ver la pena que se pintaba en la cara de su abuela, Zack tuvo que hacer un esfuerzo para no reaccionar, pero le sorprendió enterarse de que ella lo hubiera oído discutir con Justin, y comprendió tardíamente que eso debió de resultarle muy sospechoso. En realidad él había discutido con Justin porque su hermano se había echado atrás y no quería llevar a Amy Price al baile, e insistía en que lo hiciera Zack en su lugar.

-¡Por favor, di algo! -pidió la señora Stanhope con voz ronca.

Parada en la puerta del living, y al ver que Zack no pensaba hablar, Julie intercedió con suavidad.

-Señora Stanhope, ¿por qué no habló con la policía sobre la pelea entre Zack y Justin que usted había oído?

Margareth Stanhope contempló las manos arrugadas que apoyaba sobre el bastón, como si le avergonzara verlas tan débiles.

-No pude -explicó-. No podía soportar la presencia de Zachary, pero tampoco podía tolerar la idea de que lo enviaran a la cárcel. Así que te eché de casa, para que estuvieras fuera de mi vista -terminó, mirando la cara impasible de Zack-. Lejos de tu hogar, de tu hermano y de tu hermana. Sabía que no tendrías problema en sobrevivir -agregó con voz ronca por la emoción-. Verás... sabía que eras el más fuerte de mis nietos, Zachary. -Volvió a respirar hondo antes de continuar. -Y el más inteligente. Y el más orgulloso. -Al ver que Zack todavía no reaccionaba, continuó diciendo: -Tu abuelo los obligó a ti y a Foster a prometer que jamás me dirían que Justin se suicidó, ni por qué lo hizo. Foster rompió esa promesa el día que te dejaron en libertad. Sintió que ya se habían cometido demasiadas injusticias contigo, y no pudo seguir soportando el peso de su promesa. Ahora soy yo la que debo cargar con la culpa de todo lo que te he hecho. Te robé a tu hermano y a tu hermana, te arrojé del hogar que te pertenecía por derecho propio, y logré que Julie te creyera capaz de asesinar. Y fui yo quien la asusté hasta el punto de llevarla a traicionarte y entregarte a las autoridades.

Entonces esperó que Zack dijera algo, y al ver que seguía en silencio, miró a Julie con expresión indefensa.

-Te dije que no me perdonaría. Se parece demasiado a mí para aceptar una simple disculpa por algo que es imperdonable. -Se volvió hacia la puerta de calle, pero antes de salir se detuvo y miró a Zack con angustia. -¡Qué patética debo de parecerte en este momento! ¡Y qué ciega! He desperdiciado toda mi vida esforzándome por no querer primero a tu abuelo, y luego a ti. Y Julie me dice que ambos me quisieron más de lo

que nunca imaginé. Ahora pasaré el resto de mi vida lamentando los años perdidos, y mi estupidez, mi crueldad y mi ceguera. Un castigo justo, ¿no crees, Zachary?

-¡No! -exclamó Julie, presintiendo la lucha interior de Zack, al verlo apretar los dientes-. ¡No es un castigo justo, y Zack tampoco lo cree! -Estiró una mano y le tocó el mentón rígido, negándose a retroceder a pesar de la expresión helada de sus ojos. -Zack -dijo con suavidad-, no permitas que esto suceda. Puedes ponerle punto final al asunto ahora mismo. Yo sé que quieres a tu abuela, ¡lo sé! Lo oí en tu voz cuando me hablaste de ella en Colorado. Te oyó discutir con Justin justo antes de que él muriera, eso es algo que hasta ahora no sabías, ¿verdad?

-No -contestó Zack, cortante. Julie le apretó el brazo con desesperación.

-A mí me has perdonado cosas mucho peores -suplicó.

La señora Stanhope giró para irse, pero volvió a detenerse para sacar una cajita de terciopelo de su cartera.

-Traje esto para dártelo -dijo, tendiéndosela a Zack. Al ver que se negaba a aceptarla, se la entregó a Julie, mientras le explicaba a su nieto: -Es el reloj de tu abuelo. -Irguió los hombros, asintió en dirección a Julie y dijo con una sonrisa triste: -Te agradezco lo que trataste de hacer. Eres una jovencita notable, cálida y valiente... una digna esposa para mi nieto. -Al pronunciar la última palabra se le quebró la voz y tomó el picaporte para salir.

-Julie acaba de preparar té -dijo entonces Zack, con tono cortante-. Probablemente le gustaría que te quedaras a tomarlo. -Era lo más cercano a una declaración de paz que pudo decir, pero tanto su abuela como Julie supieron lo que significaba. La señora Stanhope miró a ese hombre alto, orgulloso y apuesto que había logrado sobrevivir y triunfar a pesar de las enormes dificultades que encontró en su camino. Y luego miró a la joven valiente a quien él amaba.

-Tu hermano y tu hermana están esperando en el auto -dijo entonces la señora Stanhope con voz ronca de emoción. -Si no te opones, les gustaría verte.

Julie contuvo el aliento al ver que Zack vacilaba, pero respiró aliviada al verlo salir al porche. Allí se detuvo, con la manos en los bolsillos, y miró la limusina estacionada junto al cordón de la vereda. Julie comprendió que no tenía la menor intención de acercarse al auto ni de encontrarse con ellos a mitad camino, pero que les estaba dando una oportunidad.

Y ellos la aprovecharon.

La puerta trasera de la limusina se abrió y bajó un chico, de traje oscuro y corbata, seguido con más lentitud por su madre y su tío. El chiquilín subió a los saltos los escalones del porche, se detuvo junto a Zack y lo estudió con la cabeza ladeada.

-¿Eres realmente mi tío Zack? -preguntó. Zack miró al chico de ojos oscuros y sonrió a regañadientes al comprobar que las facciones de los Stanhope volvían a aflorar en otra generación;
la criatura se parecía tanto a él a esa edad que resultaba increíble.

-Sí -contestó Zack-. ¿Y tú quién eres? El muchachito sonrió.

-Soy Jamison Zachary Arthur Stanhope. Puedes llamarme Jamie, como me llama todo el mundo. Mamá me puso Zachary por ti. Y abuela se enojó muchísimo -confió.

Zack se inclinó y lo alzó.

-¡Apuesto a que se puso furiosa! -dijo con sequedad.

Desde la puerta, Julie observaba la escena.

-¡Hola, Elizabeth! -dijo Zack en voz baja cuando su hermana subió corriendo los escalones y le arrojó los brazos al cuello. El hermano de Zack le tendió la mano con expresión vacilante.

-No te culpo si no quieres estrechar mi mano, Zack -dijo-. Si yo estuviera en tu lugar, no lo haría.

Zack pasó a su sobrino y a su hermana llorosa al brazo izquierdo y le tendió la

mano derecha a su hermano. Alex la miró, la estrechó y luego abrazó a Zack, palmeándole la espalda.

Jamie miró a su madre, a su abuela y después a Julie.

-¿Por qué están todas llorando? –le preguntó a Zack.

-Porque sufren de alergia -mintió él con una sonrisa tranquilizadora-. ¿Cuántos años tienes?

Más tarde, sentados en los escalones del porche de la casa de los Mathison, Zack y Julie observaban las estrellas que brillaban en el cielo oscuro, mientras escuchaban el canto de los grillos.

-Voy a extrañar este lugar -dijo Julie en voz baja, apoyando la cabeza contra el pecho de Zack.

-Lo sé -contestó él-. Y yo también. -Durante las últimas dos semanas había hecho dos viajes de negocios a California, y en las dos oportunidades se descubrió deseando volver a Keaton y a Julie con una impaciencia casi adolescente. Al día siguiente tenía que volar a Austin para reunirse con la Cámara de Justicia Criminal, que consideraba la posibilidad de tomar severas medidas disciplinarias contra Wayne Hadley. Después, se casaría.

-¡Ojalá no tuvieras que ir a Austin mañana! Zack le besó el pelo y deslizó un brazo alrededor de su cintura.

-Yo tampoco tengo ganas.

-No olvides que debes volver lo más temprano posible.

-¿Por qué? -bromeó Zack-. ¿Planeas sorprenderme con la presencia de otro grupo de parientes distanciados?

Ella levantó la cabeza para mirarlo.

-¿Los tienes?

-¡No! -exclamó Zack. Notó que ella se esforzaba por sonreír y le levantó la cara-. ¿Y ahora, qué pasa?

-No me gusta que te acerques a nada que se relacione con cárceles.

Zack la tranquilizó con una sonrisa, pero su voz era implacable.

-Es algo que debo hacer, pero no hay por qué preocuparse. Si llegan a tratar de encerrarme -agregó en broma-, sé que puedo contar con que me harás liberar a tiempo para el casamiento.

-¡Por supuesto! -exclamó ella con tanta ferocidad que Zack lanzó una carcajada.

-Estaré en tu escuela mañana a las siete en punto -prometió.

*83*

El olor nostálgico de la plastilina asaltó a Zack mientras caminaba con lentitud por el corredor desierto hacia la única aula iluminada. A medida que se acercaba empezó a oír risas femeninas; al llegar se detuvo a la entrada, sin que nadie notara su presencia, y contempló los pupitres ocupados por siete mujeres. Julie se hallaba apoyada contra el escritorio, rodeada por pizarrones cubiertos de dibujos infantiles y por gigantescas letras del abecedario distribuidas por la clase. Ya estaba vestida para la comida que esa noche seguiría al ensayo de la ceremonia, y tenía el pelo sujeto por un moño que le daba un aspecto sorprendentemente sofisticado. Zack la estaba admirando cuando ella levantó los ojos y lo vio.

-Llegas justo a tiempo -dijo, sonriéndole-. Hemos terminado la clase y nos estábamos dedicando a los recuerdos y haciendo nuestra propia fiesta de despedida. -Mientras hablaba señaló con la cabeza la torta y los vasos de papel que había sobre el escritorio. Luego le tendió la mano. Se volvió hacia sus alumnas y explicó: -Zack ha venido esta noche porque tenía muchas ganas de conocerlas antes de que nos fuéramos. -Siete pares de ojos lo estudiaron con toda una gama de expresiones que iban desde inquietud hasta el temor casi reverente. -Pauline -dijo Julie-quiero presentarte a mi novio. Zack, ésta es Pauline Perkins...

A la segunda presentación Zack se dio cuenta de que Julie trataba de dar la impresión de que el honor de esa presentación era de Zack, no de sus alumnas. Lo logró sencillamente haciéndole algún comentario sobre cada una de ellas, y Zack notó que las tensiones comenzaron a disiparse y asomaron las sonrisas.

Impresionado por el tacto de su novia, después de estrechar la mano de la última alumna se enderezó y permaneció junto a Julie. El instante de incómodo silencio de repente fue quebrado por una joven de veintitantos años que tenía un bebé sobre el pupitre, y a quien Julie había presentado como Rosalie Silmet.

-¿No le gustaría... una tajada de torta? -preguntó, nerviosa pero decidida.

-Jamás rechazo un pedazo de torta -mintió Zack con una sonrisa que la tranquilizó. Luego se volvió hacia el escritorio y se cortó una tajada.

-La hice yo misma -explicó Rosalie. Zack se volvía con la tajada de torta de chocolate en la mano cuando notó que Julie le decía en silencio, solo moviendo los labios:

-¿Cómo?

-Yo... -comenzó a responder la mujer, enderezando los delgados hombros-. ¡Leí la receta! -Lo declaró con tanto orgullo que Zack sintió un extraño cosquilleo dentro del pecho. -Y Peggy nos trajo en auto -agregó, señalando con la cabeza a la mujer llamada Peggy Lindstrom-. ¡Y mientras pasábamos, iba leyendo en voz alta los nombres de todas las calles!

-¡Eso a él no le importa! -exclamó Peggy Lindstrom, ruborizándose intensamente-. Cualquiera puede leer los nombres de las calles.

-No cualquiera -se oyó decir Zack, sorprendido, porque en ese momento, al mirar a esas mujeres de expresión ansiosa, habría hecho cualquier cosa con tal que se retiraran de allí sintiéndose especiales-. Julie me contó que pasó mucho tiempo antes de aprender a leer.

-¿Le dijo eso? -preguntó una de ellas, sorprendida de que Julie hubiera sido capaz de hacer esa confesión.

Zack asintió.

-Y yo la admiré enormemente por haber tenido el coraje de modificar esa situación.

-Miró a Peggy Lindstrom y agregó con una sonrisa: -Cuando usted aprenda a leer mapas, ¿me enseñará a hacerlo? Yo me siento perdido en cuanto alguien abre un mapa. -Alguien lanzó una risita. -¿Quién trajo el ponche? -preguntó Zack.

-Yo -dijo una de las alumnas, levantando la mano.

-¿Y usted también leyó la receta? La autora del ponche asintió con tanto orgullo que Zack quedó admirado:

-La receta estaba en una lata. En el almacén. Costaba un dólar con sesenta y cinco centavos. También leí eso.

-¿Puedo tomar un poco?

La mujer asintió y, mientras se servía, Zack volvió a experimentar esa extraña sensación en el pecho. Estaba tan preocupado que se volcó un poco de ponche en el puño de la camisa y Rosalind Silmet se puso de pie de un salto.

-Le mostraré donde está el baño, para que pueda limpiarlo con un poco de agua fría.

-Gracias -dijo Zack, temeroso de herir sus sentimientos si no aceptaba-. Debo de estar nervioso esta noche, porque estaba deseando conocer a las alumnas de Julie -agregó-. Creo que si no les llegara a caer bien, ella sería capaz de cancelar el casamiento -agregó mientras salía del aula detrás de Rosalie Silmet y sintió que había logrado algo maravilloso al oír que todas estallaban en carcajadas.

Cuando volvió, la fiesta estaba terminando. A todas les preocupaba la posibilidad de que Julie llegara tarde al ensayo de la ceremonia de casamiento.

-Todavía tenemos tiempo de sobra -aseguró Julie, mientras Zack bebía el ponche. Notó que Rosalie Silmet se inclinaba a susurrarle algo a Debbie Sue Cassidy, que meneó la cabeza. Hasta ese momento, la protegida de Julie -una joven de pelo castaño lacio, sostenido detrás de las orejas por un par de peinetas- no había hablado demasiado. Zack se preguntó qué habría en ella para impresionar tanto a Julie. Las otras eran absolutamente fascinantes.

-Julie -dijo Rosalie-, Debbie Sue le escribió un poema de despedida y ahora se niega a leerlo.

Zack comprendió enseguida que el motivo de la timidez de Debbie Sue era él, pero intervino Julie, con voz tranquila y animosa.

-¡Por favor, léemelo, Debbie!

-No vale nada -dijo Debbie, con desesperación.

-¡Por favor!

A la mujer le temblaban las manos cuando tomó un trozo de papel de su pupitre.

-No rima -explicó.

-No es necesario que los poemas rimen. Muchos de los poemas más maravillosos del mundo no riman. Y nadie me ha escrito nunca un poema exclusivamente para mí -agregó Julie-. Me siento honrada.

Ante eso Debbie pareció reunir coraje y cuadró los hombros. Después de dirigir una última mirada de aprensión a Zack, dijo:

-Lo titulé: "Gracias a Julie". -Cuando empezó a leer, con cada palabra su voz adquiría más fuerza y emoción.

Antes me avergonzaba
Ahora estoy orgullosa.

En una época el mundo era negro
Y ahora es resplandeciente.

Caminaba con la cabeza gacha
Y ahora me yergo cuan alta soy.

Antes me alimentaban los sueños
Pero ahora tengo esperanza.

Gracias a Julie.

Zack se quedó mirándola con el vaso de ponche olvidado en la mano, mientras las palabras, sencillas y expresivas, resonaban en su mente. Observó a Julie, que sonrió y pidió a la autora que le permitiera guardar el poema; la vio llevárselo al pecho, lo mismo que había hecho en México con la alianza que él le había comprado. La fiesta terminó, Zack dijo todas las cosas apropiadas y las contempló salir juntas del aula.

Mientras Julie limpiaba el escritorio, Zack observaba los anuncios pegados en los pizarrones. Pero no pensaba en los dibujos infantiles ni en las flores de papel que había ante sus ojos. Recordaba constantemente ese poema que acababa de escuchar, que expresaba exactamente lo que él sentía por Julie, y la recordó en Colorado, tendiéndole la mano con una expresión maravillada mientras trataba de hacerlo entender:
"¡Oh, Zack... verlas descubrir que pueden leer es lo mismo que tener un milagro en tu propia mano!"

Una gomita le pasó silbando junto a la oreja y rebotó contra el pizarrón; Zack levantó la cabeza, creyendo que algo había caído del techo. La segunda erró su sien por pocos milímetros, y Zack se volvió, tratando de sacudirse la sensación en que estaba enfrascado. Julie se hallaba apoyada contra el escritorio con una bandita elástica en los dedos como si se tratara de una honda.

-¡Buena puntería, Wyatt! -trató de bromear él.

-He sido entrenada por expertos -contestó Julie con una leve sonrisa, pero sin dejarse engañar por el intento de bromear de Zack-. ¿Qué te preocupa, señor Benedict? -preguntó con suavidad mientras apuntaba a un libro del último pupitre. Y le dio.

Julie ya había empacado y cerrado su portafolio y Zack se le acercó, sin saber cómo responder a su pregunta.

Ella sin duda sabía lo que estaba pensando, porque ladeó la cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho y preguntó con inocencia:

-¿Qué te parecieron mis alumnas?

-Yo... Tu Debbie Sue Cassidy es algo fuera de lo común. Son todas... lo único que puedo decir es que no son lo que esperaba.

-Hace algunos meses, nadie hubiera logrado arrancarles una sola palabra delante de ti.

-En cambio ahora parecen bastante seguras.

-¿Lo crees? -preguntó Julie con un tono extraño y dubitativo-. Si hubieran sabido que vendrías, no habría podido lograr que vinieran a clase. La mujer del carnicero asistirá a nuestra fiesta de casamiento, todos los padres de mis alumnos también, hasta la mujer del portero de la iglesia estará allí. Pero no pude conseguir que una sola de estas mujeres creyera que yo quería que fueran mis invitadas, y he . estado más tiempo con ellas que con ninguna de las otras. Ése es el grado de autoestima que tienen. Cuando volví de Colorado con el dinero que había conseguido en Amarillo, pedí que se les hicieran tests especiales para conocer las posibilidades de cada una de ellas.

-¿Y cómo se le hace un test a una persona que no sabe leer?

-Verbalmente. Es simple cuando se cuenta con el material indicado. Y no hay que mencionar la palabra test, porque son todas tan inseguras que quedarían deshechas

ante la sola mención de la palabra. ¿Y sabes lo que averigüé?

Zack meneó la cabeza, hipnotizado por el celo de Julie y por el amor que les tenía a esas mujeres.

-Me enteré de que Debbie ya podía leer a nivel de tercer grado y que dos de las otras tenían problemas de aprendizaje moderados y que por eso no saben leer. ¿Pero sabes lo que necesitan, aparte de que se les enseñe? -Cuando él hizo un movimiento negativo con la cabeza, ella confesó: -Me necesitan a mí. A una persona que les tenga cariño. ¡Dios, es como si florecieran cuando otro ser humano les dedica tiempo y cree en ellas! No es necesario que se trate de una maestra... simplemente otra mujer. El futuro de ese bebé de Rosalie depende por completo de que Katherine, quien tomará mi lugar, pueda conseguir que Rosalie crea en sí misma y en sus posibilidades de aprender. Si no lo logra, esa criatura crecerá en la pobreza y dependerá de la caridad ajena, lo mismo que la madre. En este momento se están organizando grupos en varias partes del país, algunos fundados por corporaciones, y uno de ellos, llamado "Alfabetismo, transmíteselo a otros", cuenta con un programa nacional dedicado exclusivamente a mujeres. Yo no lo supe hasta hace un par de días.

Al escucharla, al mirarla, Zack no sabía si ofrecerle un cheque o prometer que se haría cargo de una clase.

-Ya sé que Rachel decidió que no podía renunciar a su carrera en cuanto ustedes se casaron, y yo... tengo que decirte que quiero seguir enseñando en California, Zack. No a chicos, sino a mujeres adultas. Quiero participar en ese programa -agregó con cierta desesperación.

-Y supongo que por eso me pediste que viniera esta noche -dijo él con sequedad, pensando en lo absurdo que era comparar la ambición desmedida y egoísta de Rachel con la necesidad de Julie de ayudar a las de su mismo sexo.

Equivocando por completo el motivo de su tono, Julie lo miró y suplicó:

-Yo tengo mucho que dar, Zack. Tengo que transmitir los dones que se me dieron. Zack la tomó en sus brazos y la estrujó.

-El don eres tú -susurró-. Tienes más facetas que ese brillante que llevas en el dedo, y todas me vuelven loco...

Cuando él levantó la cabeza y aflojó levemente su abrazo, Julie le dirigió una mirada vacilante.

-Debbie está sin trabajo, porque la familia con que ha trabajado desde la adolescencia se va del pueblo. Todavía no está en condiciones de hacer mucho, aparte de ser mucama...

Zack le tomó la barbilla y se entregó sin luchar.

-Yo tengo una casa muy grande.

*84*

-¿Estás seguro de que todo está preparado en la iglesia? -le preguntó Zack a Matt Farrell, mientras se abotonaba la camisa del esmoquin.

-Todo está listo, menos tú -contestó Matt con una risita.

Como la noche anterior había tenido que estar eri el ensayo de la ceremonia y en la comida posterior, Zack no pudo hacer un llamado desde la casa de los Mathison sin riesgo de ser oído, y tuvo que confiar en Matt y Meredith, que habían llegado el día anterior y se alojaban en casa de Julie, para el intercambio de informaciones de último minuto entre él y Sally Morrison.

-¿Han llegado todos los de California?

-Ya están en la iglesia.

-¿Le advertiste a Meredith que impida que Julie espíe el interior de la iglesia antes de hacer su entrada? -siguió preguntando Zack mientras se anudaba el moño de la corbata frente al espejo-. No quiero que ella sepa quiénes han venido. Se supone que es una sorpresa.

-Meredith y Katherine Cahill se han convertido en custodias de Julie. Tu novia no podrá respirar sin que ellas la vean. Ya debe de tener la impresión de que las tiene pegadas con cola y sin duda se estará preguntando por qué.

Zack se puso el saco del esmoquin.

-¿Estás seguro de que ha llegado Barbra?

-Te digo que está en la iglesia, con su acompañante. Anoche me comuniqué con ella en su hotel de Dallas. Ya debe de estar en el coro, esperando la llegada de la novia.

Zack se pasó una mano por el mentón, para asegurarse de estar bien afeitado.

-¿Qué hora es?

-Las cuatro menos diez. Tienes diez minutos para llegar a la iglesia. Ted Mathison ya está allí. Durante el camino repasaré contigo la parte que debiste haber aprendido anoche, durante el ensayo de la ceremonia.

-No olvides que ya he vivido antes un ensayo general, con vestuario y todo -comentó Zack con sequedad-. ¿Recuerdas que no es la primera vez que me caso?

-Existen algunas diferencias importantes -señaló Matt con una sonrisa.

-¿En serio? ¿Cuáles?

-Que la última vez no estabas tan feliz, pero en cambio se te veía mucho más tranquilo.

Existía otra diferencia importante entre su primer casamiento y ése, y a pesar de su comentario indiferente, Zack lo sabía. Lo sabía aun antes de acercarse al altar, delante de una multitud sonriente, para pararse junto a su futuro suegro en una iglesia donde resplandecían las luces de las velas, perfumada por pequeños ramos de rosas blancas atadas con cintas de satén. Esta vez, mientras esperaba a Julie en el altar, había en él una reverencia interior, una sensación de sereno júbilo. Observó a Meredith que avanzaba hacia él por la nave central, luciendo un vestido de seda verde, seguida por Sara y Katherine que llevaban vestidos idénticos, todas hermosas y sonrientes y tranquilas, como si ellas, lo mismo que Zack, presintieran lo apropiado y justo que era lo que estaba por suceder.

La música del órgano llegó a un *crescendo* y Zack temió que le explotara el corazón ante lo que veía.

Envuelta en una nube de seda blanca, con una larga cola tras ella, avanzaba hacia él

la mujer a quien había secuestrado, con quien había reído y a quien amaba. A la luz de las velas, su rostro resplandecía y en sus ojos Zack vio todo el amor del mundo, la promesa de hijos por nacer, toda una vida llena del amor que ella tenía para dar. Vio todo eso y luego vio que los ojos de Julie se agrandaban cuando del coro surgió la voz de Barbra Streisand, entonando la canción que Zack le pidió que cantara cuando Julie hiciera su entrada en la iglesia.

Hace tiempo y a lo lejos, un día tuve un sueño
Y ahora ese sueño está aquí, delante de mí.
Hace tiempo el cielo estaba cubierto,
pero ahora las nubes han pasado...
Estás aquí, por fin.

Los escalofríos recorren mi espina dorsal.
La lámpara de Aladino es mía.
El sueño que soñé no me fue negado.
Al mirarte por vez primera supe...
Que todo lo que deseaba, desde siempre, eras tú.

Zack estiró el brazo para tomar la mano de Julie con firmeza; luego se volvió hacia el altar. El reverendo Mathison sonrió y alzó el libro que tenía en las manos.

-Queridos amigos: estamos hoy aquí reunidos, en presencia de Dios...

En el primer banco, Mathew Farrell miró a los ojos a su esposa; Ted y Katherine Mathison se sonrieron.

La recepción en el parque, que Zack temía resultara poco lucida, fue una fiesta alegre y espléndida, con luces parpadeantes en los árboles y mesas con manteles de hilo cubiertas de una variedad de comida exquisitamente preparada, que no tenía nada que envidiarle a cualquier banquete que Zack hubiera ofrecido antes.

Mientras conversaba con Matt Farrell, Zack notó que Patrick Swayze interrumpía el baile de Harrison Ford con la novia para reclamarla él, y sonrió para sus adentros al recordar la impresión que Julie recibió cuando Zack empezó a presentarle a casi todos los hombres que, en Colorado, ella había declarado sus actores favoritos. Sin embargo, después de la sorpresa inicial, Julie se recuperó y trató a sus famosos invitados con una gracia sin afectación que lo llenó de orgullo.

-Un espléndido casamiento, Zack -comentó Warren Beatty, acercándose de la mano con su mujer, mientras con la otra sostenía un plato de *hors d'oeuvres-.* ¡La comida es increíble!

Cuando se alejaron, Zack consultó su reloj y luego miró a su alrededor en busca de Julie. La vio bailando de nuevo con Swayze. Julie reía de algo que él le acababa de decir.

-Los ha cautivado a todos -comentó Matt con una sonrisa de aprobación.

-Sobre todo a Swayze -puntualizó Zack, notando lo bien que bailaban juntos y tratando de no notar lo cerca que él la sostenía. Pocos instantes después, Matt le tocó el brazo y señaló a Meredith con la cabeza.

-Mira lo que tengo que soportar: es la tercera vez que Costner la saca a bailar. Ella es una gran admiradora suya -agregó.

-Y por lo visto, viceversa. Por suerte tanto Swayze como Costner están casados -

observó Zack con una sonrisa perezosa. Depositó su copa de champaña sobre una mesa.

-Creo que ya es hora de que reclame la última pieza y nos vayamos.

-¿Estás apurado por empezar tu luna de miel?

-Ni siquiera imaginas lo apurado que estoy -bromeó Zack. Tendió la mano para estrechar la de Matt, pero no le agradeció sus años de amistad ni los abundantes favores que había recibido de él. Su gratitud era demasiado profunda para eso, y ambos lo sabían.

Zack se detuvo para pedirle al director de orquesta que tocara una determinada canción, y luego se dirigió a recuperar a su mujer. Julie abandonó a Patrick Swayze con gratificante velocidad para lanzarse a los brazos de su marido y mirarlo a los ojos, sonriente.

-Era hora de que vinieras a buscarme -comentó con suavidad.

-¿Lista para que nos vayamos? -preguntó él cuando la canción llegó a su fin.

Julie se moría por irse, por alejarse con Zack y estar a solas con él. Asintió y ya se volvía cuando él meneó la cabeza y dijo con voz ronca:

-Después de la próxima canción.

-¿Qué canción? -preguntó Julie, pero él sólo le sonrió y enseguida empezaron a resonar los acordes sensuales de la pieza que Zack había pedido.

-Ésta -dijo él cuando la letra de la canción de Feliciano empezó a resonar en medio de la noche.

-Enciende mi fuego, Julie -pidió él con voz ronca, empezando a moverse con ella al compás de la música.

A los pocos segundos Julie había caído bajo el hechizo de la mirada y de la sonrisa invitante de su marido. Ignorando a la multitud que se volvía a mirarlos, se le acercó más y su cuerpo siguió los sutiles movimientos del de Zack. Él le deslizó los brazos alrededor de la cintura y la acercó a sí.

-Más -pidió.

*85*

Enroscada en el sofá de la lujosa cabina del avión, Julie miró por la ventanilla la negrura del cielo. Debajo, a lo lejos, de vez en cuanto alcanzaba a ver alguna luz, pero aparte de eso tenía la sensación de que descendían hacia una negra soledad. Zack estaba sentado frente a ella, con los pies apoyados sobre la mesa ratona, la chaqueta del esmoquin abierta... la imagen de la paciencia y la satisfacción. En cuanto abandonaron la recepción, la condujo apresuradamente al avión de Matt Farrell que los esperaba en el aeropuerto, negándose a permitir que se cambiara de ropa. Y en ese momento, mientras se dirigían a un destino que él se negaba a revelarle, parecía estar dispuesto a llegar antes de consumar el matrimonio.

-Me voy a sentir espantosamente tonta entrando en el vestíbulo de un hotel vestida de novia -se quejó Julie.

-¿En serio, querida? -preguntó él con suavidad, muy sonriente.

Julie asintió, deseando que él le permitiera cambiarse y ponerse alguno de los vestidos que llevaba en las valijas.

-Me podría cambiar en dos minutos. Zack meneó la cabeza.

-Quiero que los dos lleguemos vestidos exactamente como lo estamos ahora.

-¿Pero por qué?

-Ya lo verás -dijo él, tendiéndole la mano. Ella se levantó y fue a sentarse a su lado.

-A veces no te comprendo -dijo con cierta tristeza.

Pero lo comprendió en cuanto bajó del avión y puso sus pies sobre una pequeña pista de aterrizaje donde los esperaba un auto y, al mirar a su alrededor, vio las altas montañas.

-¡Colorado! -exclamó, rodeándose el cuerpo con los brazos para protegerse del frío de la noche-. Estamos en Colorado, ¿verdad?

Recorrer en auto el camino privado rumbo a la casa de la montaña que habían compartido durante aquella tumultuosa semana fue una experiencia conmovedora para Julie. También lo fue entrar en la casa con Zack y volver a ver las hermosas y familiares habitaciones donde había peleado y bailado con él y donde luego se enamoró.

Mientras Zack entraba las valijas y encendía el fuego en la chimenea, ella se acercó a los ventanales y contempló el lugar donde en determinado momento construyó su muñeco de nieve.

Zack se le acercó por detrás y le deslizó los brazos alrededor de la cintura, apretándola contra su cuerpo, y los vidrios los reflejaron: un novio alto que abrazaba a la novia. Al mirar el reflejo de ambos, Zack notó que los ojos de Julie estaban llenos de lágrimas.

-¿Por qué lloras? -preguntó con suavidad, mientras bajaba la cabeza para frotar la nariz contra el cuello de Julie.

Ella tragó con fuerza y echó atrás la cabeza.

-Porque... -susurró, pensando en lo sentimental que Zack demostraba ser en todo lo que hacía por ella-, ¡porque eres tan perfecto!

Los brazos de Zack la rodeaban protectores.

-Somos perfectos juntos -susurró.

-Te haré feliz -prometió ella, con voz temblorosa por la emoción-. Te lo juro.

Su marido la hizo volverse en sus brazos y había una sonrisa en su voz cuando levantó una mano para alisarle el pelo.

-Me has hecho feliz desde la primera noche que pasamos juntos aquí.

Julie sonrió, pero en ese momento vio que las llamas de la chimenea resplandecían en la alianza de oro que Zack lucía en la mano izquierda, y acercó la mano a sus labios para besar el anillo.

-Te amo, Zack -susurró-. Amo el sonido de tu voz y el contacto de tus manos, y tu manera de sonreír. Quiero darte hijos... y una vida llena de risas... y quiero entregarme entera a ti.

El deseo comenzó a latir furiosamente en las venas de Zack, alimentado por semanas de abstinencia, La acercó y cubrió la boca de Julie con la suya con repentina urgencia.

-Ven a la cama con tu marido, mujer. Marido. Mujer. Las palabras revolotearon con lentitud en la mente de Julie, suaves, dulces y profundas, mientras se encaminaba con él al dormitorio que habían compartido. Y esas palabras crecieron dentro de su corazón cuando Zack la tomó en sus brazos y se volvió hacia ella con amor y necesidad. Y Julie respondió con una ansiedad exquisita que logró que las manos de Zack temblaran mientras la recorrían, le acariciaban la piel y atraían sus caderas hacia su cuerpo. Ella recibió la pasión de su marido con la suya, lo alentó con besos excitantes y cuando él por fin se deslizó profundamente dentro de ella, le rodeó los hombros con sus brazos y susurró:

-¡Bienvenido a casa, Zack!

Esas dulces palabras arrancaron un quejido de Zack, quien empezó a moverse en su interior. Su mujer se movía con él, y bañó sus sentidos con un placer extravagante, hasta que la salvaje belleza de lo que se estaban haciendo los llevó a ambos a un orgasmo aniquilante.

Envueltos uno en brazos del otro, saciados y satisfechos, flotaron lentamente de regreso a la realidad en la misma cama donde en determinado momento no se animaron a pensar en el futuro. Mientras acariciaba lentamente la espalda de su esposa, Zack pensó en los años que tenía por delante en compañía de la mujer que lo había amado, confiado en él y enseñado a perdonar. Bienvenido a casa le acababa de decir.

Por primera vez en la vida, Zack supo lo que era tener un hogar y una familia: Julie era su hogar y su familia.

## Epílogo

Rodeada por una profusión de ramos de rosas de tallo largo de todos los colores del arco iris, Julie acunaba contra su pecho a su hijo recién nacido en una habitación privada del Centro Médico Cedars-Sinaí. Pero por primera vez desde el nacimiento de su hijo, ocurrido dos días antes, no dedicaba toda su atención a ese niño pequeño y perfecto que ella y Zack habían creado.

Hasta pocos instantes antes, las enfermeras se arremolinaban a su alrededor para mirar la transmisión de la entrega de premios de la Academia Cinematográfica, pero debieron alejarse para llevar a los bebés a sus respectivas madres, e interiormente Julie se alegraba de poder estar sola. Muy pronto otorgarían el premio al Mejor Actor Protagónico, y aunque estaba bastante segura de que lo ganaría Zack, prefería no tener público a su alrededor cuando anunciaran el premio.

-¡Mira, Nicky! -susurró, volviendo levemente al bebé para que quedara frente a la pantalla de televisión-. Allí están tus futuros padrinos, Matt y Meredith Farrell. Y junto a ellos está tu papá, aunque esta vez la cámara no lo haya mostrado.

Nicholas Alexander Benedict, que había dejado de mamar algunos instantes antes, se quejó de inmediato al verse privado del pecho de su madre, de manera que Julie lo volvió a colocar en su lugar y lo ayudó a encontrar lo que buscaba y luego volvió su atención al televisor.

La primera película filmada por Zack después de su casamiento. *Último Interludio,* no sólo quebró todos los récords de taquilla, sino que también mereció un número inusitado de nominaciones para el Oscar. Zack ganó el premio al Mejor Director, Sam Hudgins el de Mejor Fotografía, y le otorgaron los premios a los Mejores Efectos Especiales y a la Mejor Partitura Musical.

Zack quiso quedarse en el sanatorio y mirar la ceremonia con ella, y cuando Julie se reconoció incapaz de convencerlo por otros medios de que debía asistir, alegó que debía hacerlo por el bien de todos los que habían trabajado en *Interludio,* incluyendo a los actores de reparto que también tenían nominaciones para el Oscar.

En realidad Julie sentía que ésa era la noche de Zack y que ni ella ni el bebé ni un acto de Dios debían impedirle gozarla. Esa mañana había llegado a la casa el primer ejemplar del libro que Zack la alentó a escribir para ayudar a recaudar fondos para el programa de alfabetismo para mujeres adultas. Aunque Julie estaba ansiosa por mostrárselo y pedirle su opinión, le pidió a Sally que se lo mandara al sanatorio y que no se lo mostrara ni le comentara que había llegado.

Estaban anunciando a los nominados para el premio al Mejor Guión Cinematográfico. Julie se mordió los labios, pero enseguida sonrió feliz cuando anunciaron el nombre del ganador, Peter Listerman, quien subió a recibir su galardón.

-Mira Nicky -susurró, feliz-, ¡allí está Pete, y ganó! Debes estarle muy agradecido a Pete -bromeó-. Gracias a él tienes la única silla alta del mundo que es idéntica a la silla del director de cine y que, además, lleva tu nombre en el respaldo.

Pete era uno de los personajes preferidos de Julie. En parte porque ese hombre de aspecto estudioso había pasado tanto tiempo en la casa trabajando con Zack en el guión de *interludio,* que llegó a conocerlo bien, y en parte porque él parecía mantener una extraña relación amor-odio con Debby Sue Cassidy. Un día, cuando Zack y Peter se debatían tratando de encontrar un final mejor para el guión, Debby afirmó que ella había pensado en uno. El aspecto tranquilo de Peter ocultaba un feroz temperamento artístico, y lo único que salvó a Debby de su ira por haber intervenido fue que a Zack le gustó la idea. Realmente le gustó. Le pidió a Pete que la trabajara y ése fue el final

nuevo y emocionante que ayudó a hacer de *Interludio* el éxito que era.

El discurso de aceptación de Pete siguió los cánones habituales, hasta el final, cuando levantó la mirada para fijarla en la cámara y dijo:

-También quiero hacer llegar mi agradecimiento a la señorita Debby Cassidy cuya contribución a mi trabajo fue invalorable.

-¡Eres un amor, Peter! -exclamó Julie al oírlo, abrazando con fuerza a su hijo. El insaciable deseo de aprender de Debby, junto con sus incansables esfuerzos, con el agregado de la renuente admiración y la tutela de Peter estaban obrando milagros.

Instantes después Julie se puso tensa cuando Robert Duval y Meryl Streep subieron al escenario y empezaron a leer los nombres de los nominados para el premio de Mejor Actor Protagonice.

-Cruza los dedos, mi amor -le dijo al pequeño. Besó la manito de su hijo y luego enlazó en ella un dedo, para que les diera suerte.

-Y los nominados son... -Meryl Streep clavó los ojos en la cámara. -...Kevin Costner, por *Fin del arco iris.*

-Kurt Russell, por *Disparo en la noche* -agregó Duval.

-Zachary Benedict por *Ultimo interludio* -anunció Streep.

-Jack Nicholson, por *El pacificador* -terminó Duval.

Extendió la mano para tomar el sobre y en ese momento Julie sintió un extraño cosquilleo en la

nuca.

-Y el Oscar es para... -Duval miró el papel que contenía el sobre y esbozó una amplia sonrisa-. ¡Zachary Benedict por *Último interludio*!

Los aplausos fueron atronadores y el público se puso de pie para ovacionar al ganador; entonces las cámaras enfocaron a un hombre alto y morocho de esmoquin que se dirigía al escenario a recibir el premio y Duval se inclinó hacia el micrófono para agregar:

-En nombre de Zack, el premio será recibido por Mathew Farrell...

Y de repente Julie comprendió la causa de ese extraño cosquilleo que sentía en la nuca...

Se apoyó contra las almohadas con una sonrisa indefensa, y sin mirar hacia la puerta dijo:

-¿Estás ahí, verdad?

-¿Cómo lo adivinaste? -preguntó Zack. Julie se volvió y lo vio acercarse con el saco del esmoquin colgado de un hombro, con aire negligente y con el resplandeciente Oscar al Mejor Director colgando de un dedo de su mano izquierda.

-Se supone que deberías estar allí, recibiendo tu premio -le recordó Julie, pero cuando él se sentó a su lado, le pasó el brazo libre alrededor de los anchos hombros.

Con cuidado para no aplastar a su hijo dormido, Zack besó a su mujer en la mejilla y luego en la boca.

-Estoy exactamente donde quería estar en este momento -susurró mientras le acariciaba el cuello con ternura-. En el único lugar donde deseaba estar. Ella le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

-Nicky y yo estamos muy orgullosos de ti -dijo con suavidad, y Zack sintió un desacostumbrado ardor de lágrimas en los ojos al mirar el rostro resplandeciente de su mujer y al hijo que tenía abrazado contra el pecho, y que aferraba con una manilo el camisón de su madre.

-Se está quedando dormido -dijo Zack con voz ronca de emoción-. ¿Quieres que lo ponga en la cuna?

-Podrías intentarlo -contestó ella, alcanzando el bebé a su padre.

Después de colocar a su hijo en la cuna, Zack se quitó los brillantes zapatos de vestir y se recostó en la cama, aferrando con fuerza a Julie.

-Gracias por darme a mi hijo -susurró, y como esa noche sus emociones se encontraban peligrosamente cerca de la superficie, miró alrededor para encontrar algo que lo distrajera. Su mirada cayó sobre un libro que Julie tenía boca abajo sobre la mesa de luz, y lo tomó.

-¿Qué estás leyendo?

Mientras escribía el libro o durante su producción, Julie nunca quiso conversarlo con su marido. Zack era un profesional exigente y temió que la menor crítica de su parte la hiciera caer en el pánico. Pero ahora había llegado el momento de la verdad, de manera que respiró hondo.

-Es mi libro... el primer ejemplar, recién salido de la imprenta. Sally me lo mandó esta mañana.

-¡Pero por qué no me lo dijiste! -exclamó Zack, contemplando el libro-. ¡Esto es muy excitante!

-No te lo dije porque hoy era el día de entrega de los premios de la Academia y no quise que el libro ni ninguna otra cosa te distrajera un solo minuto de eso.

Emocionado por la inútil preocupación de Julie, Zack abrió el libro y lo hojeó, mientras su esposa lo observaba con una mezcla de miedo y ansiedad.

-Es hermoso -dictaminó Zack, estudiando la tapa.

-¿Qué te parece el título? Zack sonrió.

-Lo llamaste Perfecto. Julie asintió.

-Me gusta -dijo él, sonriente-. ¿Cómo se te ocurrió ese título?

-Fue lo más fácil de todo -susurró Julie, mirándolo-. En realidad se trata de nuestra historia, pero el personaje central del libro eres tú.

La sonrisa de Zack se esfumó y sintió una explosión de ternura en su interior. Tomó a su mujer en sus brazos y enterró la cara en su pelo. Julie permaneció a su lado cuando el mundo lo consideraba un malvado, lo quiso cuando no tenía nada que ofrecerle, y le enseñó a perdonar. Aplaudía sus triunfos, lo apoyaba cuando tenía razón y se le oponía tercamente cuando estaba equivocado. Julie reinventó la vida para él, y la llenó de metas y de sentido, de risas y de amor. Y después le dio un hijo.

Recordó el poema que Debby Sue Cassidy le había escrito:

Antes me avergonzaba,
Ahora estoy orgullosa.

En una época el mundo era negro,
Ahora es resplandeciente.

Antes me alimentaban los sueños,
Pero ahora tengo esperanza.

Gracias a Julie.

-No llores, querido -susurró Julie, sorprendida por lo húmeda que estaba la mejilla que su marido apretaba contra la de ella. Le apoyó una mano sobre la nuca para impedir que se alejara y bromeó, algo temblorosa: -Todavía no has leído mi libro. Tal vez sea mejor escritora de lo que tú crees.

Y en uno de los momentos más emotivos de su vida, Zack no tuvo más remedio que

estallar en carcajadas.



LIbrodot